



STEPHEN
KING

bellas
durmientes

OWEN
KING

PLAZA  JANES

D.J.57

STEPHEN
KING

bellas
durmientes

OWEN
KING

Traducción de
Carlos Milla Soler

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

En recuerdo de Sandra Bland

PERSONAJES

DOOLING, CAPITAL DEL CONDADO DE DOOLING

Truman Mayweather, conocido como **Trume**, 26, cocinero de meta.

Tiffany Jones, 28, prima de Truman.

Lenny Mars, 40, operadora del departamento de Policía.

Lila Norcross, 45, jefa del departamento de Policía.

Jared Norcross, 16, alumno de tercero en el instituto, hijo de Lila y Clint.

Anton Dubcek, 26, dueño y operario de Anton el Chico de la Piscina, S. R. L.

Magda Dubcek, 56, madre de Anton.

Frank Geary, 38, agente del departamento de Control Animal.

Elaine Geary, 35, voluntaria en Goodwill y esposa de Frank.

Nana Geary, 11, alumna de la escuela de secundaria.

Vieja Essie, 60, indigente.

Terry Coombs, 45, del departamento de Policía.

Rita Coombs, 42, esposa de Terry.

Roger Elway, 28, del departamento de Policía.

Jessica Elway, 28, esposa de Roger.

Platinum Elway, 7 meses, hija de Roger y Jessica.

Reed Barrows, 31, del departamento de Policía.

Leanne Barrows, 32, esposa de Reed.

Gary Barrows, 2, hijo de Reed y Leanne.

Vern Rangle, 48, del departamento de Policía.

Elmore Pearl, 38, del departamento de Policía.

Rupe Wittstock, 26, del departamento de Policía.

Will Wittstock, 27, del departamento de Policía.

Dan Treat, conocido como **Treater**, 27, del departamento de Policía.

Jack Albertson, 61, del departamento de Policía (retirado).

Mick Napolitano, 58, del departamento de Policía (retirado).

Nate McGee, 60, del departamento de Policía (retirado).

Carson Struthers, alias **Recio**, 32, exboxeador amateur.

J. T. Wittstock, 64, entrenador de los Warriors, equipo de fútbol juvenil del instituto.

Garth Flickinger, 52, cirujano plástico.

Fritz Meshaum, 37, mecánico.

Barry Holden, 47, abogado de oficio.

Oscar Silver, 83, juez.

Mary Pak, 16, alumna de tercero en el instituto.

Eric Blass, 17, alumno de tercero en el instituto.

Curt McLeod, 17, alumno de tercero en el instituto.

Kent Daley, 17, alumno de tercero en el instituto.

Willy Burke, 75, voluntario.

Dorothy Harper, 80, jubilada.

Margaret O'Donnell, 72, hermana de Gail, jubilada.

Gail Collins, 68, hermana de Margaret, secretaria en la consulta de un dentista.

Señora Ransom, 77, panadera.

Molly Ransom, 10, nieta de la señora Ransom.

Johnny Lee Kronsky, 41, investigador privado.

Jaime Howland, 44, profesor de Historia.

Eve Black, aparenta unos treinta años, desconocida.

Janice Coates, 57, directora del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Lawrence Hicks, conocido como **Lore**, 50, subdirector del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Rand Quigley, 30, funcionario del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Vanessa Lampley, 42, funcionaria del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling y campeona de la competición de pulsos de Ohio Valley en 2010 y 2011, grupo de edad 35-45.

Millie Olson, 29, funcionaria del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Don Peters, 35, funcionario del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Tig Murphy, 45, funcionario del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Billy Wettermore, 23, funcionario del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Scott Hughes, 19, funcionario del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Blanche McIntyre, 65, secretaria del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Clinton Norcross, conocido como **Clint**, 48, psiquiatra del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling y esposo de Lila.

Jeanette Sorley, 36, reclusa n.º 4582511-1 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Reese Marie Dempster, conocida como **Ree**, 24, reclusa n.º 4602597-2 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Kitty McDavid, 29, reclusa n.º 4603241-2 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Angel Fitzroy, 27, reclusa n.º 4601959-3 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Maura Dunbarton, 64, reclusa n.º 4028200-1 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Kayleigh Rawlings, 40, reclusa n.º 4521131-2 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Nell Seeger, 37, reclusa n.º 4609198-1 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Celia Frode, 30, reclusa n.º 4633978-2 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Claudia Stephenson, alias **Cuerpo de Dinamita**, 38, reclusa n.º 4659873-1 del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

OTROS

Lowell Griner, alias **Pequeño Low**, 35, delincuente.

Maynard Griner, 35, delincuente.

Michaela Morgan, antes apellidada **Coates**, 26, periodista de ámbito nacional, NewsAmerica.

Compadre Hoja Dorada (Scott David Winstead Jr.), 60, pastor-general, los Dorados.

Un zorro común, entre 4 y 6 años.

*Lo mismo da que seas rica o pobre,
que seas lista o tonta.
El sitio de una mujer en este mundo
está en el puño de un hombre.
Y si has nacido mujer,
has nacido para que te hagan sufrir,
has nacido para que te pisoteen,
para que te mientan,
para que te engañen,
y para que te traten como a un perro.*

SANDY POSEY,
«Born a Woman»
(letra de Martha Sharp)

No puedes *no* preocuparte por un
recuadro de luz, te lo digo yo.

REESE MARIE DEMPSTER,
reclusa n.º 4602597-2
Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling

Se la avisó. Se le dio una explicación.
Aun así, insistió.

ADDISON «MITCH» MCCONNELL,
senador, en referencia a la
senadora Elizabeth Warren

Evie ríe al ver la mariposa nocturna. Se posa en su antebrazo desnudo, y ella acaricia las ondas grises y marrones que colorean sus alas. «Hola, preciosa», la saluda. La mariposa emprende el vuelo. Sube, sube y sube, hasta que la engulle un haz de sol enredado entre las relucientes hojas verdes, a siete metros por encima de Evie, que se encuentra en el suelo, entre las raíces.

Una soga cobriza se descuelga desde el agujero negro que hay en el centro del tronco y zigzaguea entre las láminas de corteza. Evie no se fía de la serpiente, como es natural. Ya le ha causado problemas antes.

Su mariposa y otras diez mil se elevan desde la copa del árbol en una nube crepitante de color parduzco. El enjambre ondea en el cielo hacia los pinos replantados de aspecto enfermizo que se alzan más allá del prado. Evie se levanta y lo sigue. Los tallos crujen bajo sus pies, y la hierba, que le llega a la cintura, le araña la piel desnuda. Mientras avanza en dirección al bosque triste, talado casi por completo, percibe los primeros olores a sustancias químicas —amoníaco, benceno, petróleo y otros muchos, diez mil cortes en un solo pedazo de carne— y abandona la esperanza que, sin darse cuenta, albergaba.

Desde sus huellas se propagan telarañas que destellan a la luz de la mañana.

PRIMERA PARTE

ESE VIEJO TRIÁNGULO

*En la cárcel de mujeres,
setenta mujeres hay,
y ojalá con ellas
yo viviera.*

*Así ese viejo triángulo tintinearía
por las orillas del Canal Real.*

BRENDAN BEHAN

Ree preguntó a Jeanette si alguna vez se fijaba en el recuadro de luz proyectado por la ventana. Jeanette contestó que no. Ree ocupaba la cama superior de la litera; Jeanette, la inferior. Las dos estaban esperando a que se abrieran las celdas para el desayuno. Era una mañana más.

Al parecer, la compañera de celda de Jeanette se había dedicado a estudiar el recuadro. Ree explicó que primero se veía en la pared opuesta a la ventana, bajaba, bajaba, bajaba, se derramaba sobre la superficie del escritorio y finalmente llegaba al suelo. Como Jeanette podía comprobar en ese momento, allí estaba, en medio del suelo, en extremo resplandeciente.

—La verdad, Ree —dijo Jeanette—, no puedo preocuparme por un recuadro de luz.

—¡No puedes *no* preocuparte por un recuadro de luz, te lo digo yo! —Ree dejó escapar el graznido mediante el cual expresaba que algo le parecía gracioso.

—Vale —respondió Jeanette—. Aunque no sé qué coño quiere decir eso.

Su compañera de celda soltó otro graznido.

Ree no era mala persona, pero daba la impresión de que el silencio la ponía nerviosa, como a un niño pequeño. Estaba entre rejas por uso fraudulento de tarjetas de crédito, falsificación y posesión de drogas destinadas al tráfico ilegal. Nada de eso se le daba demasiado bien, razón por la cual había acabado allí.

Jeanette estaba entre rejas por homicidio; en 2005, una noche de invierno, le

clavó un destornillador de estrella en la entrepierna a su marido, Damian, quien, como iba ciego de droga, se limitó a quedarse sentado en un sillón y murió desangrado. Ella también iba ciega, claro.

—He mirado el reloj —informó Ree—. Lo he cronometrado. La luz tarda veintidós minutos en llegar desde la pared hasta ese punto en el suelo.

—Tendrías que llamar a los de *Guinness* —contestó Jeanette.

—He soñado que comía tarta de chocolate con Michelle Obama, y ella se cabreaba: «¡Con eso vas a engordar, Ree!». Pero ella también estaba comiéndose un trozo. —Ree soltó un graznido—. ¡Qué va! No es verdad. Me lo he inventado. En realidad he soñado con una profe que tuve. Me repetía una y otra vez que yo no estaba en la clase que me correspondía, y yo le repetía una y otra vez que sí estaba en la clase que me correspondía, y ella decía vale, y luego seguía con la lección un rato, y al final volvía a decirme que no estaba en la clase que me correspondía, y yo decía que sí, que estaba en la clase que me correspondía, y así seguíamos, dale que dale. Más que nada era exasperante. ¿Tú qué has soñado, Jeanette?

—Pues... —Jeanette trató de hacer memoria, pero no se acordaba. Le parecía que con la nueva medicación dormía más profundamente. Antes a veces tenía pesadillas: soñaba con Damian. Por lo general, él aparecía con el mismo aspecto de la mañana siguiente, ya muerto, con la piel de un azul disparejo, como tinta aguada.

Jeanette había preguntado al doctor Norcross si pensaba que esos sueños podían tener algo que ver con la culpa. El doctor la miró con los ojos entrecerrados, como diciendo «No jodas, ¿en serio?» —expresión que la sacaba de quicio pero a la cual había acabado acostumbrándose—, y luego le preguntó si, en su opinión, la leche era blanca. Bueno, vale. Lo pillo. En cualquier caso, Jeanette no echaba de menos esos sueños.

—Lo siento, Ree. No me acuerdo de nada. Si he soñado algo, ya se me ha

borrado.

En algún lugar del pasillo de la segunda planta del módulo B, se oyó un taconeo contra el cemento: algún funcionario que hacía una comprobación de último minuto antes de abrir las puertas.

Jeanette cerró los ojos. Se inventó un sueño. En él, la cárcel estaba en ruinas. Exuberantes enredaderas trepaban por las antiguas paredes de la celda y filtraban la brisa de primavera. Había desaparecido parte del techo, roído por el tiempo, de modo que solo quedaba un saliente. Un par de lagartijas correteaban por una pila de escombros herrumbrosos. En el aire revoloteaban mariposas. Los intensos aromas de la tierra y las hojas sazonzaban lo que quedaba de la celda. Bobby, de pie junto a ella en una brecha de la pared, la miraba impresionado. Su madre era arqueóloga. Había descubierto ese lugar.

—¿Tú crees que puedes salir en un concurso de la tele si tienes antecedentes penales?

La visión se desvaneció. Jeanette dejó escapar un gemido. En fin, fue bonito mientras duró. La vida era decididamente mejor con las pastillas. Le permitían acceder a un lugar tranquilo y relajado. Había que reconocérselo al doctor: la química mejoraba la vida. Jeanette volvió a abrir los párpados.

Ree miraba a Jeanette con los ojos como platos. Era poco lo que podía decirse en favor de la cárcel, pero quizá una chica como Ree corría menos peligro dentro que fuera. En el mundo exterior, era muy posible que acabase atropellada por un coche. O vendiendo drogas a un estupa con toda la pinta de estupa. Como había sido el caso.

—¿Qué pasa? —preguntó Ree.

—Nada. Es que estaba en el paraíso, solo eso, y lo has echado a perder con esa bocaza tuya.

—¿Qué?

—Da igual. Mira, en mi opinión, debería haber un concurso en el que solo

podiera participar gente con antecedentes. Podría llamarse *Premio a la Mentira*.

—¡Me encanta! ¿Cómo funcionaría?

Jeanette se incorporó, bostezó y se encogió de hombros.

—Tendré que pensarlo. Ya sabes, establecer las reglas.

Su hogar era como siempre había sido y como siempre sería, por los siglos de los siglos, amén: una celda de diez pasos de largo y cuatro pasos entre la litera y la puerta. Las paredes de cemento eran lisas, de color crudo. Sus fotos y postales, abarquilladas en los bordes y pegadas con bolas de masilla adhesiva verde, ocupaban el único espacio autorizado para eso (como si a alguien fuera a interesarle mirarlas). Había un pequeño escritorio metálico adosado a una pared y, en el extremo opuesto, una estantería baja, también metálica. A la izquierda de la puerta se hallaba el inodoro de acero, donde tenían que sentarse en cuclillas, mirando cada una en una dirección para crear una ilusión de intimidad no muy convincente. La puerta, con una ventanilla de doble cristal a la altura de los ojos, ofrecía una vista del corto pasillo que atravesaba el módulo B. Cada centímetro y objeto de la celda destilaba los penetrantes olores de la cárcel: sudor, moho, lisol.

Contra su voluntad, Jeanette se fijó por fin en el recuadro de sol del suelo. Casi había llegado a la puerta, pero no iría más allá, eso desde luego. A menos que algún celador metiese una llave en la cerradura o abriera la celda desde la Garita, se quedaría atrapado allí dentro, igual que ellas.

—¿Y quién sería el presentador? —preguntó Ree—. Todo concurso necesita un presentador. Además, ¿cuáles serían los premios? Tienen que ser buenos. ¡Los detalles! Tenemos que pensar en todos los detalles, Jeanette.

Ree, con la cabeza reclinada, se enrollaba los espesos rizos decolorados en torno al dedo mientras miraba a Jeanette. Casi en lo alto de la frente, tenía una cicatriz similar a la marca de una parrilla, tres profundas líneas paralelas.

Aunque Jeanette desconocía el origen de dicha cicatriz, adivinaba *quién* era el autor: un hombre. Quizá su padre, quizá su hermano, quizá un novio, quizá un tío al que nunca antes había visto y nunca volvería a ver. Entre las reclusas del Centro Penitenciario de Dooling, había, por decirlo suavemente, muy pocas historias sobre premios. En cambio, había muchas sobre malos hombres.

¿Qué podía hacer una? Podía compadecerse de sí misma. Podía detestarse a sí misma o detestar a todo el mundo. Podía colocarse esnifando productos de limpieza. Una podía hacer lo que le viniera en gana (dentro de sus limitadas opciones, todo había que decirlo), pero la situación no cambiaría. Su turno siguiente para hacer girar la gran y resplandeciente Rueda de la Fortuna sería en todo caso su vista de libertad condicional. Jeanette procuraría impulsarla con todas sus fuerzas cuando llegara el momento. Tenía que pensar en su hijo.

Resonó un ruido sordo cuando el funcionario, desde la Garita, abrió las sesenta y dos cerraduras. Eran las seis y media de la mañana, y todas debían salir de sus celdas para el recuento.

—No sé, Ree. Piensa en ello —dijo Jeanette—, y yo lo pensaré también; luego intercambiamos notas.

Bajó las piernas al suelo y se levantó.

2

A unos kilómetros de la cárcel, en la terraza de la casa de los Norcross, Anton, el chico de la piscina, retiraba los bichos muertos del agua. La piscina había sido el regalo del doctor Clinton Norcross a su mujer, Lila, por su décimo aniversario de boda. Viendo a Anton, Clint dudaba a veces, como esa mañana por ejemplo, de la sensatez del regalo.

Anton se había quitado la camisa, y por dos buenas razones. En primer

lugar, iba a ser un día caluroso. En segundo lugar, tenía el abdomen como una roca. Estaba cachas, Anton el chico de la piscina. Parecía uno de esos sementales que salen en las portadas de las novelas románticas. Si alguien disparara contra el abdomen de Anton, le convendría hacerlo en ángulo, por si rebotaban las balas. ¿Qué comía? ¿Montañas de proteína pura? ¿Qué ejercicios hacía? ¿Limpiar los establos de Augias?

Anton levantó la mirada y sonrió desde debajo de los cristales relucientes de sus Wayfarer. Con la mano libre, dirigió un saludo a Clint, que lo observaba desde la ventana del cuarto de baño principal, en el piso de arriba.^[P]_[SEP]—Por Dios, tío —susurró Clint para sí. Devolvió el saludo—. Ten compasión.

Clint, de costado, se apartó de la ventana. En el espejo de la puerta cerrada del baño, apareció un hombre blanco de cuarenta y ocho años, licenciado por Cornell y doctorado en Medicina por la Universidad de Nueva York, con unos discretos michelines debido al moca de tamaño grande de Starbucks. Su barba entrecana no era tanto de leñador viril como de capitán de barco cutre con una sola pierna.

Le resultaba irónico el hecho de que su edad y su cuerpo reblandecido le causaran cierta sorpresa. Nunca había tenido mucha paciencia con la vanidad masculina, y menos con la que solía aparecer en la madurez, y en todo caso se le había ido agotando a medida que acumulaba experiencia profesional. De hecho, lo que Clint consideraba el gran punto de inflexión de su carrera como médico se había producido hacía dieciocho años, en 1999, cuando un posible paciente, un tal Paul Montpelier, había acudido al joven médico por una «crisis de ambición sexual».

—Cuando dice «ambición sexual», ¿a qué se refiere? —había preguntado Clint a Montpelier. Las personas ambiciosas aspiraban a ascensos, y ciertamente uno no podía llegar a ser vicepresidente de Asuntos de Sexo. Se

trataba de un eufemismo peculiar.

—Me refiero a que... —Montpelier pareció sopesar distintos términos para describirlo—. Todavía quiero hacerlo. Todavía quiero buscarlo.

—Eso no parece excepcionalmente ambicioso —dijo Clint—. Parece normal.

Por aquel entonces, su cuerpo aún no se había reblandecido. Acababa de terminar la residencia en psiquiatría, era su segundo día en la consulta, y Montpelier, su segundo paciente.

(La primera había sido una adolescente con cierta ansiedad fruto de las solicitudes de ingreso a la universidad. Sin embargo, no tardó en salir a la luz que había sacado una nota de 6,5 en las pruebas de acceso. Clint señaló que era una calificación excelente, y no hubo necesidad de tratamiento ni de una segunda visita. «¡Curada!», se apresuró a escribir al pie del cuaderno de papel pautado amarillo en el que solía tomar notas.)

Paul Montpelier, sentado en el sillón de piel sintética frente a Clint, llevaba aquel día un chaleco de punto blanco y un pantalón de pinzas. Hablaba encorvado, con el tobillo de una pierna sobre la rodilla de la otra y una mano apoyada en el zapato. Clint lo había visto aparcar un deportivo de color rojo caramelo delante del achaparrado edificio de oficinas. Trabajaba en lo alto de la cadena alimenticia de la industria del carbón, con lo que podía permitirse un coche así, pero con aquel rostro alargado y el semblante atribulado, a Clint le recordaba a los Golfos Apandadores que atormentaban a Gilito McPato en las antiguas historietas.

—Dice mi mujer... bueno, no con esas palabras, pero, ya me entiende, el significado es claro, el... esto... *subtexto*. Quiere que renuncie. Que renuncie a mi ambición sexual. —De repente alzó el mentón.

Clint siguió su mirada. En el techo giraba un ventilador. Si Montpelier mandaba ahí su ambición sexual, las aspas la rebanarían.

—Retrocedamos un poco, Paul. ¿Cómo salió el tema entre usted y su mujer? ¿Dónde empezó?

—Tuve una aventura. Ese fue el incidente que lo precipitó. ¡Y Rhoda, mi mujer, me puso de patitas en la calle! Le expliqué que el asunto no tenía nada que ver con ella; tenía que ver con... una necesidad mía, ¿entiende? Los hombres tienen necesidades que las mujeres no siempre comprenden. — Montpelier movió en círculos la cabeza para estirar el cuello. Dejó escapar un bufido de frustración—. ¡No quiero divorciarme! Una parte de mí siente que es ella quien debe aceptarlo. Aceptarme a mí.

Ojeras de un morado intenso oscurecían los párpados de Montpelier, y bajo la nariz tenía un corte, que posiblemente se había hecho con una maquinilla de tres al cuarto porque, al despacharlo su mujer, se había olvidado la navaja de afeitar buena. La tristeza y la desesperación de aquel hombre eran sinceras, y a Clint no le costaba imaginar la náusea provocada por ese desplazamiento repentino: vivir en un hotel con lo que llevaba en la maleta, cenar tortillas medio crudas sin compañía. Era auténtico dolor. No se trataba de una depresión clínica, pero era algo digno de consideración y merecía respeto y atención, por más que el causante de la situación fuera él mismo.

Montpelier se inclinó sobre el vientre, a su edad ya un poco abultado.

—No nos engañemos. Voy para los cincuenta, doctor Norcross. Mi mejor momento sexual ya pasó. Renuncié a él por mi mujer. Se lo *entregué*. Cambié pañales. Llevé a los niños en coche a todos los partidos y competiciones, y aparté dinero en fondos de ahorro para la universidad. Marqué todas las casillas del cuestionario del matrimonio. ¿Por qué, entonces, no podemos llegar a alguna clase de acuerdo ahora? ¿Por qué hay que tomárselo tan a la tremenda y separarse por una cosa así?

Clint no contestó, se limitó a esperar.

—La semana pasada estaba en casa de Miranda, la mujer con la que he

estado acostándome. Lo hicimos en la cocina. Lo hicimos en su habitación. Casi conseguimos hacerlo una tercera vez en la ducha. ¡Yo estaba que me salía! ¡Endorfinas! Y luego me fui a casa. Disfrutamos de una buena cena en familia, jugamos al Scrabble, ¡y todos los demás se sentían genial también! ¿Cuál es el problema? Es un problema *inventado*, esa es mi opinión. ¿Por qué no puedo tener un poco de libertad? ¿Es mucho pedir? ¿Tan intolerable es?

Durante unos segundos, nadie habló. Montpelier observó a Clint. En la cabeza de este, las buenas palabras nadaban de acá para allá como renacuajos. No le habría costado atraparlas, pero siguió postergándolo.

Detrás de su paciente, apoyada en la pared, estaba la reproducción del Hockney enmarcada que le había regalado Lila para «animar la consulta». Se proponía colgarla ese mismo día. Junto a la reproducción, estaban las cajas de manuales de medicina a medio vaciar.

Alguien tiene que ayudar a este hombre, pensó de pronto el joven médico, y debería hacerlo en esta consulta tranquila y agradable, con esa reproducción del Hockney en la pared. Pero ¿debería ser el doctor Clinton R. Norcross quien lo ayude?

Al fin y al cabo, él había trabajado muchísimo para convertirse en médico, y no había contado con la ayuda de ningún fondo de ahorro. Se había criado en circunstancias difíciles y se había pagado los estudios por sus propios medios, a veces no solo con dinero. Para salir adelante, había hecho cosas que nunca había contado a su mujer, ni le contaría jamás. ¿Para eso había hecho aquellas cosas? ¿Para tratar a Paul Montpelier, un hombre sexualmente ambicioso?

El rostro ancho de Montpelier se contrajo en una tierna mueca de disculpa.

—Venga, suéltelo. No estoy haciéndolo bien, ¿verdad?

—Está haciéndolo perfectamente —contestó Clint, y durante los siguientes treinta minutos dejó de lado sus dudas con un esfuerzo consciente.

Desarrollaron el tema; lo estudiaron desde todos los ángulos; analizaron la

diferencia entre deseo y necesidad; hablaron sobre la señora Montpelier y sus preferencias en la alcoba, vulgares y corrientes, en opinión de Montpelier; incluso se permitieron una digresión de una franqueza sorprendente para hablar de la primera experiencia sexual adolescente de Paul Montpelier, cuando se masturbó utilizando las fauces del cocodrilo de peluche de su hermano pequeño.

Clint, conforme a su obligación profesional, preguntó a Montpelier si alguna vez había contemplado la posibilidad de hacerse daño. (No.) Quiso saber cómo se sentiría Montpelier si se invirtieran los papeles entre su esposa y él. (Insistió en que le diría que hiciera lo que tuviese que hacer.) ¿Dónde se veía Montpelier al cabo de cinco años? (Fue entonces cuando el hombre del chaleco de punto blanco se echó a llorar.)

Al final de la sesión, Montpelier dijo que ya esperaba con impaciencia la siguiente y, en cuanto se marchó, Clint llamó a su servicio de recepción de llamadas. Dio instrucciones para que desviaran todas a un psiquiatra de Maylock, el pueblo vecino. La operadora le preguntó hasta cuándo.

—Hasta que anuncien que nieva en el infierno —respondió Clint. Desde la ventana vio a Montpelier dar marcha atrás en su deportivo de color rojo caramelo y salir del aparcamiento. Nunca volvería a verlo.

A continuación telefoneó a Lila.

—Hola, doctor Norcross. —Al oír su voz, experimentó esa sensación a la que la gente se refería (o debería referirse) cuando decía que le brincaba el corazón dentro del pecho. Le preguntó cómo le había ido el segundo día.

—Acaba de hacerme una visita el hombre que menos se entera de nada de todo Estados Unidos —respondió.

—Ah, ¿sí? ¿Ha estado ahí mi padre? Seguro que el Hockney lo ha desconcertado.

Era aguda, su mujer, tan aguda como cariñosa, y tan implacable como aguda.

Lila lo quería, pero nunca dejaba de descolocarlo. Clint pensaba que probablemente él lo necesitaba. Probablemente lo necesitaban casi todos los hombres.

—Ja, ja —dijo Clint—. Pero escúchame: esa vacante en la cárcel que mencionaste... ¿A quién se lo oíste comentar?

Siguieron unos segundos de silencio mientras su mujer se detenía a pensar en las implicaciones de la pregunta. Respondió con su propia pregunta:

—Clint, ¿tienes algo que contarme?

Clint no se había planteado siquiera que pudiera decepcionarla su decisión de abandonar la medicina privada a cambio de una plaza de funcionario. Estaba seguro de que no le importaría.

Daba gracias a Dios por concederle a Lila.

3

Para llegar al vello gris de debajo de la nariz con la maquinilla eléctrica, Clint tenía que alzar la cara de tal forma que parecía Quasimodo. Una púa blanca como la nieve asomaba de su orificio nasal izquierdo. Anton podía levantar pesas cuanto quisiera, pero a todo hombre lo aguardaban los pelos blancos en la nariz, al igual que los que salían en las orejas. Clint consiguió cortarse ese.

Nunca había tenido la complexión de Anton, ni siquiera el último año de instituto, cuando el juez le concedió la independencia y vivió solo y practicó atletismo. Por entonces Clint era más larguirucho, más flaco, sin abdominales pero con el vientre liso, como su hijo Jared. En su memoria, Paul Montpelier era más rechoncho que la versión de sí mismo que veía esa mañana, pero se parecía más a este que al Clint de antaño. ¿Dónde estaría en ese momento, Paul Montpelier? ¿Se habría resuelto la crisis? Probablemente. El tiempo todo

lo cura. O todo locura, y la locura no tiene cura, como señaló algún gracioso.

Clint no sentía más deseos de líos extraconyugales que los normales, es decir, unos deseos saludables, plenamente conscientes y circunscritos a la fantasía. Su situación, a diferencia de la de Paul Montpelier, no era una crisis. Era la vida normal y corriente tal como él la entendía: una segunda ojeada a una chica guapa en la calle; un vistazo instintivo a una mujer con minifalda que salía de un coche; un arranque inconsciente de lujuria al ver a una de las modelos que adornaban *El precio justo*. Era un hecho lamentable, suponía, y quizá un poco cómico, que la edad lo alejara a uno progresivamente del cuerpo que más le gustaba y dejara intactos, en cambio, esos arraigados instintos (no ambiciones, gracias a Dios), como el olor de un guiso mucho después de que se consuma la cena. ¿Y acaso juzgaba a todos los hombres por su propia experiencia? No. Él era solo uno más de la tribu. Los verdaderos enigmas eran las mujeres.

Clint se sonrió en el espejo. Estaba recién afeitado. Estaba vivo. Tenía más o menos la misma edad que Paul Montpelier en 1999.

—Eh, Anton: jódete —dijo al espejo. Esa fanfarronada era falsa, pero al menos hizo el esfuerzo.

En el dormitorio, al otro lado de la puerta del cuarto de baño, oyó el chasquido de una cerradura, el roce de un cajón al abrirse, un golpe sordo cuando Lila depositó la pistolera en el cajón, lo cerró y echó la llave. La oyó exhalar un suspiro y bostezar.

Cuando salió, por si ya estaba dormida, se vistió sin hablar y, en lugar de sentarse en la cama para calzarse, cogió los zapatos para llevárselos abajo.

Lila carraspeó.

—No te preocupes. Todavía estoy despierta.

Clint dudó que fuera del todo cierto: Lila no había pasado de desabrocharse el botón superior del pantalón del uniforme antes de echarse en la cama. Ni

siquiera se había metido entre las sábanas.

—Debes de estar agotada. Enseguida salgo. ¿Todo el mundo bien en Mountain?

La noche anterior, Lila le había enviado un mensaje de texto para comunicarle que se había producido un accidente de tráfico en Mountain Rest Road: «No me esperes levantado». Sin ser un hecho insólito, era poco habitual. Jared y él se hicieron a la parrilla unos filetes y bebieron unas Anchor Steam en la terraza.

—Se desenganchó el remolque de un camión. De Pet... como se llame. De esa cadena de tiendas, ya sabes. Volcó y bloqueó toda la calzada. Había arena para gatos y pienso para perros por todas partes. Al final hemos tenido que retirarlo con un buldócer.

—Menudo follón se habrá armado. —Se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Oye, ¿quieres que empecemos a salir a correr juntos? —Acababa de ocurrírsele, y la idea lo animó de inmediato. No puedes evitar que tu cuerpo se estropee y se ensanche, pero puedes presentar batalla.

Lila abrió el ojo derecho, verde claro en la penumbra de la habitación, con las cortinas corridas.

—Esta mañana no.

—Claro que no —dijo Clint.

Se quedó inclinado hacia Lila, pensando que ella le devolvería el beso, pero se limitó a desearle un buen día y decirle que recordara a Jared que debía sacar la basura. El ojo se cerró. Un destello verde... y desapareció.

En el cobertizo, el olor era casi insoportable.

A Evie se le erizó el vello en la piel desnuda y hubo de contener las arcadas. El hedor procedía de una mezcla de sustancias químicas quemadas, humo de hojas viejas y comida pasada.

Una de las mariposas nocturnas, anidada en su pelo, palpitaba contra su cuero cabelludo y le transmitía serenidad. Evie procuró no respirar hondo y escrutó alrededor.

El cobertizo prefabricado disponía de todo lo necesario para cocinar droga. En el centro se alzaba un fogón de gas unido mediante unos tubos amarillentos a un par de bombonas blancas. En un aparador adosado a la pared, había bandejas, garrafas de agua, un paquete abierto de bolsas de plástico con cierre hermético, tubos de ensayo, trozos de corcho, incontables cerillas usadas, una pipa pequeña con la cazoleta chamuscada y un fregadero con una manguera conectada al desagüe. Esta llegaba hasta el exterior por debajo de la malla que Evie había retirado para entrar. En el suelo, botellas vacías y latas abolladas. Una hamaca de aspecto inestable con el logo de Dale Earnhart Jr. estampado en la parte de atrás. En un rincón, una camisa gris de cuadros hecha un rebusco.

Tras sacudir la camisa para eliminar la rigidez y al menos parte de la mugre, se la puso. Los faldones le cubrían el trasero y los muslos. Hasta hacía poco, esa prenda había pertenecido a alguien repulsivo. Un manchurrón impresionante con forma de mapa de California en la pechera indicaba que esa persona repulsiva era descuidada y aficionada a la mayonesa.

Se acuclilló junto a las bombonas y arrancó los tubos amarillos de un tirón. Después giró medio centímetro las llaves de las bombonas de propano.

De nuevo fuera del cobertizo, con la malla ya bien cerrada, Evie se detuvo a respirar hondo el aire fresco varias veces.

A unos cien metros de allí, al pie del terraplén boscoso, se veía una caravana frente a una extensión de grava en la que había una furgoneta y dos coches aparcados. Tres conejos destripados, uno de los cuales todavía

goteaba, colgaban de un tendedero junto a unas cuantas bragas descoloridas y una cazadora vaquera. Vaharadas de humo de leña se elevaban de la chimenea de la caravana.

Desde allí, después de atravesar el bosque ralo y el campo, ya no se veía el Árbol del que Evie procedía. Pero no estaba sola: las mariposas nocturnas, que revoloteaban y se agitaban, revestían el techo del cobertizo.

Evie empezó a descender por el terraplén. Las ramas caídas se le clavaban en los pies, y se hirió el talón con una piedra. No aminoró el paso. Sus heridas cicatrizaban enseguida. Se detuvo junto al tendedero y aguzó el oído. Oyó la risa de un hombre, el sonido de un televisor, y diez mil gusanos en el pequeño terreno que la rodeaba, fertilizando la tierra.

El conejo que aún sangraba dirigió hacia Evie sus ojos velados. Ella le preguntó cuál era la situación.

—Tres hombres, una mujer —respondió el conejo.

Una única mosca alzó el vuelo desde los labios negros y maltrechos del conejo, zumbó alrededor y penetró en la cavidad de una oreja flácida. Evie oyó el ruido bronco de la mosca allí dentro. No culpaba a la mosca —se comportaba como cabía esperar—, pero lo lamentaba por el conejo, que no merecía un destino tan ingrato. Si bien Evie amaba a todos los animales, sentía especial aprecio por los más pequeños, aquellos que reptaban por la pradera y brincaban entre la maleza, los de alas frágiles y los huidizos.

Ahucó la mano por detrás de la cabeza del conejo moribundo y con delicadeza se acercó su boca negra, cubierta de sangre seca, a la suya.

—Gracias —susurró Evie, y lo dejó descansar en paz.

Una ventaja de vivir en ese rincón en particular de la región de los Apalaches era que uno podía permitirse una casa de tamaño aceptable con dos sueldos de funcionario. La vivienda de los Norcross era una edificación de estilo contemporáneo, con tres habitaciones, en una urbanización de casas similares. Eran casas agradables, espaciosas sin ser desproporcionadas, con jardines de tamaño suficiente para lanzarse la pelota y unas vistas de la montaña que, en las estaciones húmedas, adquirirían un aspecto frondoso y exuberante. Lo que resultaba un tanto deprimente de la urbanización era que, incluso a precios reducidos, casi la mitad de sus casas, bastante atractivas, estaban vacías. La única excepción era la unidad piloto, en lo alto de la cuesta; esa estaba amueblada, limpia y reluciente. Según Lila, era solo cuestión de tiempo que algún adicto a la meta forzara la entrada de una de las casas y tratara de montar un laboratorio. Clint le había dicho que no se preocupara, que él conocía a la sheriff. De hecho, se veían con cierta regularidad.

(«¿A esa le van los hombres mayores?», había contestado Lila al tiempo que le hacía ojitos y se arrimaba a su cadera.)

El piso superior de la casa de los Norcross contenía el dormitorio principal, la habitación de Jared y un tercer cuarto que los dos adultos utilizaban como despacho. En la planta baja estaba la cocina, abierta y amplia, separada del salón por una barra. A la derecha del salón, detrás de unas puertas de cristal cerradas, se hallaba el comedor, que apenas usaban.

Clint bebía café y leía *The New York Times* en su iPad en la barra de la cocina. Un terremoto en Corea del Norte había provocado un número incalculable de víctimas. El gobierno norcoreano insistía en que los daños eran menores gracias a su «arquitectura superior», pero imágenes captadas con móviles mostraban escombros y cadáveres polvorientos. En el golfo de Adén, ardía una plataforma petrolífera, probablemente como consecuencia de un sabotaje, pero nadie lo había reivindicado. La reacción diplomática de los

países de la región era equiparable a la de un puñado de críos que rompen una ventana jugando al béisbol y se van corriendo a casa sin volver la vista atrás. En el desierto de Nuevo México, el FBI iba ya por el día número cuarenta y cuatro de su pulso con un grupo armado que capitaneaba Compadre Hoja Dorada (seudónimo de Scott David Winstead Jr.). Esa alegre banda se negaba a pagar sus impuestos, a aceptar la legalidad de la Constitución y a entregar su arsenal de automáticas. Cuando la gente se enteraba de que Clint era psiquiatra, a menudo le pedían que diagnosticara las enfermedades mentales de políticos, celebridades y otros personajes públicos. Por lo general, él se resistía, pero en ese caso no tuvo inconveniente en emitir un diagnóstico a distancia: Compadre Hoja Dorada padecía algún trastorno disociativo.

Al pie de la primera plana, figuraba una foto de una joven de rostro consumido ante una cabaña de los Apalaches con un recién nacido en brazos: «Cáncer en la región del carbón, p. 13». Clint recordó entonces el vertido químico que se había producido en un río de la zona cinco años antes. Había causado el corte del suministro de agua durante toda una semana. Pese a que en teoría ya estaba todo en orden, para mayor seguridad, Clint y su familia seguían bebiendo agua embotellada. El sol le calentaba la cara. Miró en dirección a los dos grandes olmos que crecían al fondo del jardín, más allá del borde de la piscina. Los olmos lo llevaron a pensar en hermanos, en hermanas, en maridos y mujeres; tenía la certeza de que, bajo tierra, sus raíces se entrelazaban mortalmente. A lo lejos se alzaban unas montañas de color verde oscuro. Las nubes parecían fundirse en la bóveda del cielo, azul claro. Los pájaros volaban y trinaban. ¿No era una lástima la forma en que un buen país se echaba a perder por su gente? Esa era otra de las cosas que le había dicho algún viejo gracioso.

A Clint le gustaba creer que no se echaba a perder por culpa de él. Nunca había esperado poseer una vista como esa. Se preguntaba cuán decrepito y

reblandecido tenía que llegar a estar para encontrarle sentido a eso: cómo a unos les sonreía la suerte en tanto que a otros los lastraba la mala fortuna.

—Hola, papá. Buenos días. ¿Cómo va el mundo? ¿Ha pasado algo bueno?

Clint apartó la vista de la ventana y vio a Jared entrar en la cocina cerrando la cremallera de su mochila.

—Un momento... —Pasó un par de páginas electrónicas. No quería mandar a su hijo al colegio con la noticia de un vertido de petróleo, un grupo armado o un cáncer. Ah, dio con una perfecta—. Según la teoría de algunos físicos, el universo podría durar eternamente.

Jared revolvió en el armario de los tentempiés, encontró una Nutribar y se la metió en el bolsillo.

—¿Y eso te parece bueno? ¿Puedes explicarte?

Clint se detuvo a pensar unos segundos antes de caer en la cuenta de que su hijo estaba tomándole el pelo.

—Te he visto el plumero. —Mientras miraba a Jared, se rascó el párpado con el dedo corazón.

—No tienes por qué avergonzarte, papá. Puedes acogerte al derecho de confidencialidad entre padre e hijo. Todo queda entre nosotros. —Jared se sirvió café. Lo tomaba solo, tal como hacía Clint cuando su estómago era joven.

La cafetera estaba cerca del fregadero, donde la ventana daba a la terraza. Jared tomó un sorbo y contempló la vista.

—Uau. ¿Seguro que te conviene dejar a mamá aquí sola con Anton?

—Vete, por favor —dijo Clint—. Vete al colegio y aprende algo.

Su hijo ya era más alto que él, cosa que, además de conmoerlo, le generaba melancolía, irritación, desorientación, admiración, asombro, alarma. «¡Perro!», esa fue la primera palabra que dijo Jared, aunque con la erre pronunciada suave: *pero*. «¡Perro! ¡Perro!» De niño era afable, curioso y bien

intencionado, y en ese momento era un joven afable, todavía curioso y bien intencionado. Clint se enorgullecía de ver cómo el hogar seguro y estable que le habían proporcionado le permitía ser cada vez más él mismo. No había sido el caso de Clint.

Había contemplado la idea de dar unos condones al chico, pero no le apetecía hablarlo con Lila y tampoco quería fomentar nada. No quería ni pensar en ello. Jared insistía en que Mary y él eran solo amigos, y quizá incluso se lo creyera. Pero Clint veía de qué manera miraba a la chica, y era la forma en que uno miraba a alguien de quien quería ser amigo muy muy íntimo.

—El saludo de la liga infantil —propuso Jared, y tendió las manos—. ¿Todavía te acuerdas?

Clint se acordaba: choque de puños, pulgares extendidos y enlazados, manos trabadas, *roce* de palma con palma y dos palmadas por encima de la cabeza. Pese a que hacía mucho tiempo desde la última vez, les salió perfectamente, y los dos se rieron. Eso infundió alegría a la mañana.

Clint no se acordó de que debía decir a Jared que sacara la basura hasta que su hijo ya se había ido.

Otro aspecto de hacerse mayor: uno se olvidaba de lo que quería recordar y recordaba lo que quería olvidar. El viejo gracioso que dijera eso podía ser él. Debería hacer que le bordasen la frase en un cojín.

Después de recibir informes de buena conducta durante sesenta días, Jeanette Sorley disfrutaba de privilegios de sala común tres mañanas por semana, entre las ocho y las nueve. En realidad eso significaba entre las ocho y las nueve menos cinco, porque su turno en el taller de carpintería, de seis horas,

empezaba a las nueve. Allí se pasaba el tiempo inhalando barniz a través de una fina mascarilla de algodón y torneando patas de silla. Ganaba tres dólares la hora. El dinero se ingresaba en una cuenta, y el pago se le efectuaría mediante cheque cuando saliera en libertad (las reclusas llamaban a sus cuentas de trabajo «Parking Gratuito», como en el Monopoly). Las sillas se vendían en la tienda de la cárcel, al otro lado de la Interestatal 17. Algunas salían por sesenta dólares, la mayoría por ochenta, y la cárcel vendía muchas. Jeanette no sabía adónde iba a parar ese dinero, y le daba igual. Los privilegios de sala común, en cambio, no le daban igual. Allí había un televisor grande, juegos de mesa y revistas. Contaba también con una máquina expendedora de tentempiés y otra de refrescos, que solo funcionaban con monedas de veinticinco centavos, y las reclusas no *tenían* monedas de veinticinco centavos, porque las monedas de veinticinco centavos se consideraban contrabando —¡un sinsentido!—, pero al menos podían recrear la vista. (Además, la sala común, en determinadas horas de la semana, se convertía en la sala de visitas, y los visitantes veteranos, como Bobby, el hijo de Jeanette, sabían que debían llevar muchas monedas de veinticinco centavos.)

Esa mañana, sentada junto a Angel Fitzroy, veía las noticias de la mañana en la WTRF, Canal 7, que emitía desde Wheeling. El noticiario ofrecía el batiburrillo de costumbre: un tiroteo desde un coche en marcha, el incendio de un transformador, una mujer detenida por agredir a otra en el Monster Truck Jam, una trifulca en la asamblea legislativa del estado a causa de una nueva cárcel para hombres que se había construido sobre una antigua explotación minera a cielo abierto y, por lo visto, tenía problemas estructurales. En el frente nacional, proseguía el asedio a Compadre Hoja Dorada. En el otro extremo del planeta, se calculaba que habían muerto miles de personas en un terremoto en Corea del Norte, y en Australia los médicos informaban de un

brote de la enfermedad del sueño que, al parecer, solo afectaba a las mujeres.

—Eso será cosa de la meta —comentó Angel Fitzroy. Mordisqueaba un Twix que había encontrado en la bandeja de la máquina expendedora. Despacio, para hacerlo durar.

—¿Qué en concreto? ¿Lo de las mujeres dormidas, lo de la tía del Monster Truck Jam o lo de ese fulano que parece salido de un reality?

—Podría ser cualquiera de las tres noticias, pero estaba pensando en la tía del Jam. Estuve una vez en uno de esos y, menos los críos, prácticamente todo el mundo estaba fumado o hasta arriba de coca. ¿Quieres un poco? —Ahuecó la mano en torno al resto de Twix (por si en ese momento la funcionaria Lampley vigilaba por una de las cámaras de la sala común) y se lo ofreció a Jeanette—. No está tan rancio como algunos de los que hay ahí dentro.

—Paso —dijo Jeanette.

—A veces veo algo y me dan ganas de morirme —comentó Angel con toda naturalidad—. O de que se muera el resto del mundo. Mira eso. —Señaló un póster nuevo entre las dos máquinas expendedoras. Mostraba una duna de arena en la que se alejaban unas huellas, aparentemente hacia el infinito. Debajo de la foto se leía este mensaje: EL RETO ES LLEGAR ALLÍ.

—El tío llegó allí, pero ¿adónde? ¿Dónde *está* ese lugar? —quería saber Angel.

—¿Irak? —preguntó Jeanette—. El tío seguro que está en el siguiente oasis.

—No, se ha muerto de una insolación. Está tirado ahí detrás, donde no se lo ve, con los ojos fuera de las órbitas y la piel negra como la pez.

No sonrió. Angel le había pegado a la meta, y era rural hasta la médula, hasta el límite de masticar corteza y ser bautizada en aguardiente casero. La habían encerrado por agresión, pero Jeanette suponía que Angel podría haber encajado en la mayoría de las categorías del catálogo de delitos. Su rostro era todo huesos y ángulos: parecía lo bastante duro para romper asfalto. Durante

su estancia en Dooling, había pasado no poco tiempo en el módulo C. Allí solo te dejaban salir dos horas al día. Era una chica mala de pueblo, una chica de módulo C.

—Dudo que tú te pusieras negra aunque te murieras de una insolación en Irak —comentó Jeanette. Podía ser un error discrepar (aunque fuese en broma) de Angel, aquejada de lo que el doctor Norcross se complacía en llamar «episodios de ira», pero esa mañana a Jeanette le apetecía vivir peligrosamente.

—Lo que quiero decir es que es una gilipollez —explicó Angel—. El reto está en sobrevivir hasta el final del puto día sin más, como tú bien sabes.

—¿Quién lo habrá colgado ahí? ¿El doctor Norcross?

Angel dejó escapar un resoplido.

—Norcross tiene más sentido común. No, eso es cosa de la directora Coates. *Jaaanice*. A ese encanto de mujer le va el rollo de la motivación. ¿Has visto el póster que tiene en su despacho?

Jeanette lo había visto: un clásico, pero no de los buenos. Mostraba a un gatito colgado de la rama de un árbol. Aguanta ahí, sí señor. La mayoría de las gatitas encerradas allí ya se habían caído de sus ramas. Algunas no sabían ni si estaban arriba o abajo.

En el noticiario apareció la foto policial de un preso que se había fugado.

—Vaya —dijo Angel—. Con este no se cumple eso de que lo negro es hermoso, ¿no crees?

Jeanette se abstuvo de hacer comentarios. El hecho era que a ella todavía le gustaban los hombres de mirada malévola. Seguía trabajando en ello con el doctor Norcross, pero de momento no lograba superar la atracción por tipos que parecían capaces de atizarte sin previo aviso con un batidor de mano en la espalda desnuda mientras estabas en la ducha.

—McDavid está en una de las celdas del módulo A, al cuidado de Norcross

—comentó Angel.

—¿Dónde te has enterado de eso?

Kitty McDavid, lista y pendenciera, era una de las preferidas de Jeanette. Corría el rumor de que Kitty había andado con una panda peligrosa cuando estaba fuera, pero ella carecía de auténtica maldad, excepto esa que una dirigía contra sí misma. En algún momento de su pasado, había cultivado insistentemente el hábito de cortarse; tenía cicatrices en los pechos, los costados, la parte superior de los muslos. Y era propensa a sufrir períodos de depresión, aunque los medicamentos que Norcross le recetaba, fueran cuales fuesen, parecían haberla ayudado en eso.

—Si quieres todas las noticias, tienes que llegar aquí antes. Me he enterado por esa. —Angel señaló a Maura Dunbarton, una anciana presa de confianza condenada a perpetua.

En ese momento Maura iba con su carrito de mesa en mesa colocando revistas con cuidado y precisión infinitos. El cabello blanco le rodeaba la cabeza como una corona vaporosa. Llevaba las piernas enfundadas en gruesas medias de compresión del color del algodón de azúcar.

—¡Maura! —llamó Jeanette, aunque en voz baja. Gritar en la sala común estaba estrictamente prohibido, excepto para los niños los días de visita y las reclusas la noche de fiesta mensual—. ¡Ven para acá, amiga mía!

Maura empujó el carrito lentamente hacia ellas.

—Tengo un número de *Seventeen* —anunció—. ¿Os interesa a alguna de las dos?

—A mí no me interesaba ni cuando tenía diecisiete años —contestó Jeanette—. ¿Qué le ha pasado a Kitty?

—Se ha tirado la mitad de la noche gritando —respondió Maura—. Me extraña que no la hayáis oído. La han sacado de la celda, la han pinchado y la han llevado al A. Ahora duerme.

—¿Gritando algo en particular? —preguntó Angel—. ¿O gritando sin más?
—Decía que viene la Reina Negra —contestó Maura—. Que llegará hoy.
—¿Va a venir Aretha a cantar? —preguntó Angel—. Es la única reina negra que yo conozco.

Maura no le prestó atención. Miraba a la rubia de ojos azules de la portada de la revista.

—¿Seguro que ninguna de las dos quiere este *Seventeen*? Salen vestidos de fiesta bonitos.

—Yo no me pongo un vestido así a menos que tenga mi tiara —dijo Angel, y se rio.

—¿Ha visto el doctor Norcross a Kitty? —preguntó Jeanette.

—Todavía no —respondió Maura—. Yo tuve un vestido de fiesta. De un azul precioso, y con la falda abullonada. Mi marido lo quemó con la plancha. Fue un accidente. Quería ayudar. Pero nadie le había enseñado a planchar. La mayoría de los hombres nunca aprenden. Y ahora ya no aprenderá, eso desde luego.

Ninguna de las dos contestó. Era bien sabido lo que había hecho Maura Dunbarton a su marido y sus dos hijos. Había ocurrido treinta años antes, pero algunos crímenes son inolvidables.

Hacía tres o cuatro años —o tal vez cinco o seis; le bailaban los números y tenía poco claros los puntos de referencia—, en un aparcamiento situado detrás de un Kmart, en Carolina del Norte, un hombre había augurado a Tiffany Jones que iba a acabar metida en problemas. Pese a lo confusa que había sido la última década y media, ese momento se le quedó grabado en la memoria.

Las gaviotas chillaban y picoteaban la basura en el muelle de carga y descarga del Kmart. La llovizna veteaba el cristal de la ventanilla del todoterreno en el que se encontraba, que pertenecía al tipo que le había augurado que se metería en problemas. El tipo era un segurata del centro comercial. Ella acababa de hacerle una mamada.

Lo que ocurrió fue que la pilló robando desodorante. La contraprestación acordada fue bastante clara y nada sorprendente: ella le practicaba sexo oral, y él la dejaba ir. Era un gordo mantecoso, el muy hijo de puta. Acceder a su polla, abriéndose paso entre la barriga, los muslos y el volante del coche, había constituido toda una aventura. Pero Tiffany había hecho muchas cosas ya, y esa, en comparación, era tan insignificante que ni siquiera habría ocupado un lugar destacado en la lista de no ser por lo que él dijo.

—Tiene que ser un mal rollo para ti, ¿eh? —Una mueca de lástima se había extendido por su rostro sudoroso mientras se contoneaba en el asiento para subirse el pantalón de chándal de plástico de color rojo vivo que probablemente era lo único que le cabía con semejante tamaño—. Oye, vas a acabar metida en problemas si has terminado en una situación como esta, teniendo que cooperar con una persona como yo.

Hasta ese momento Tiffany había dado por supuesto que quienes cometían abusos sexuales —personas como su primo Truman— debían de vivir en un estado de negación. Si no, ¿cómo podían seguir adelante? ¿Cómo iba a poder uno hacer daño o degradar a alguien si era del todo consciente de lo que estaba haciendo? Pues resultaba que podía, y hombres como ese cerdo, el guardia de seguridad, podían. Había sido una auténtica conmoción para ella, esa súbita toma de conciencia que explicaba tantas cosas de toda su vida de mierda. Tiffany no estaba segura de haberlo superado.

Tres o cuatro mariposas nocturnas repiqueteaban dentro de la tulipa del aplique instalado encima de la encimera. La bombilla estaba fundida. Daba

igual; la luz de la mañana iluminaba de sobra la caravana. Las mariposas aleteaban y se agitaban, pugnando entre sí sus pequeñas sombras. ¿Cómo habían llegado ahí? Y ya puestos, ¿cómo había llegado *ella* ahí? Durante un tiempo, después de una época complicada hacia el final de la adolescencia, Tiffany había conseguido forjarse una vida. En 2006 servía mesas en un pequeño restaurante y se sacaba buenas propinas. Vivía en un apartamento de dos habitaciones en Charlottesville, con helechos en el balcón. Para no haber terminado el instituto, no le iban mal las cosas. Los fines de semana se permitía el placer de alquilar un caballo zaíno enorme llamado Moline, un animal de carácter amable y medio galope relajado, y se iba a cabalgar por el parque nacional de Shenandoah. En ese momento estaba en una caravana perdida en el culo del mundo, en la región de los Apalaches, y no iba a acabar metida en problemas, sino que ya se había metido. Pero al menos eran problemas entre algodones. No hacían tanto daño como cabía esperar, y tal vez eso fuera lo peor, porque estaba metida hasta el cuello, hasta lo más hondo, donde ni siquiera podía...

Tiffany oyó un ruido sordo, y de repente se hallaba en el suelo. Le palpitaba la cadera, donde se había golpeado con fuerza contra el borde de la encimera.

Con un cigarrillo colgando del labio, Truman la miró fijamente.

—Muévete, puta crackera. —No llevaba más que unos calzoncillos tipo bóxer y las botas camperas. Tenía la carne del torso tan tirante como un plástico adherido a las costillas—. Muévete, puta crackera —repitió Truman, y batió las palmas ante el rostro de Tiffany como si esta fuera un perro malo—. ¿Es que no lo oyes? Están llamando a la puerta.

Tru era un gilipollas de tal calibre que Tiffany, o la parte de ella que seguía viva —la parte que de vez en cuando sentía el impulso de cepillarse el pelo o de telefonar a aquella mujer, Elaine, la del consultorio de Planificación Familiar, que la animaba a inscribirse en un programa de desintoxicación en

aislamiento—, a veces lo observaba con perplejidad científica. Tru era un baremo de gilipollez. Tiffany se preguntaba: «¿Es tal o cual tipo más gilipollas que Truman?». Pocos podían comparársele; de hecho, hasta la fecha, oficialmente solo daban la talla Donald Trump y los caníbales. Truman tenía un largo historial delictivo. De niño se metía el dedo en el culo y luego se lo incrustaba en la nariz a críos más pequeños. Más adelante robó a su madre, empeñó sus joyas y antigüedades. Introdujo a Tiffany en la meta la primera tarde que se pasó a verla por el bonito apartamento de Charlottesville. Su idea de una broma era aplastarte un cigarrillo encendido en la piel desnuda del hombro mientras dormías. Truman era un violador, pero nunca había cumplido condena por ello. Algunos gilipollas sencillamente tenían suerte. Le crecía en la cara un asomo de barba desigual de un rojo dorado y las pupilas le abarcaban casi todo el ojo, pero el chico desdeñoso e incorregible que siempre había sido se ponía de manifiesto en la prominencia de su mandíbula.

—Putra crackera, adelante.

—¿Qué? —consiguió preguntar Tiffany.

—¡Te he dicho que abras la puerta! ¡Por Dios! —Truman amagó un puñetazo, y ella se tapó la cabeza con las manos. Parpadeó para contener las lágrimas.

—Vete a la mierda —dijo Tiffany sin mucha convicción. Esperaba que el doctor Flickinger no la oyera. Estaba en el cuarto de baño. A ella le caía bien el médico. Ese hombre era la monda. Siempre la llamaba «señora» y le guiñaba el ojo para que supiera que no se reía de ella.

—Eres una puta crackera sorda y desdentada —anunció Truman, pasando por alto el detalle de que él mismo necesitaba cirugía estética dental.

El amigo de Truman salió del dormitorio de la caravana, se sentó a la mesa plegable y dijo:

—La puta crackera llama a casa. —Se rio de su propio chiste e hizo un

corte de mangas.

Tiffany no recordaba su nombre, pero esperaba que su madre se enorgulleciera muchísimo de su hijo, que tenía el zurullo de *South Park* tatuado en la nuca.

Llamaron a la puerta. Esta vez Tiffany sí lo captó, dos golpes secos y enérgicos.

—¡Déjalo, Tiff! No querría molestarte. Tú quédate ahí como una imbécil.
—Truman abrió la puerta de un tirón.

Apareció en el umbral una mujer con una de las camisas de cuadros de Truman, bajo la cual quedaban a la vista unas piernas de tono oliváceo.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó Truman—. ¿Qué quieres?

—Hola, tío —contestó ella con voz débil.

El amigo de Truman habló desde la mesa.

—¿Eres la chica de Avon o qué?

—Oye, guapa —contestó Truman—, entra si quieres, pero creo que vas a tener que devolverme la camisa.

Eso arrancó una risotada al amigo de Truman.

—¡Esto es increíble! En serio, ¿es tu cumpleaños o qué, Tru?

Tiffany oyó que se vaciaba la cisterna en el cuarto de baño. El doctor Flickinger había terminado con lo suyo.

La mujer de la puerta levantó una mano y agarró a Truman por el cuello. Él dejó escapar un ligero resuello; el cigarrillo le saltó de la boca. Hincó los dedos en la muñeca de la visitante. Tiffany vio que la mano de la mujer perdía color por efecto de la presión, pero no soltó a Truman.

Las mejillas de este se tiñeron de rojo. Corrían hilillos de sangre de las heridas que abría con las uñas en la muñeca de la mujer. Aun así, ella no lo soltó. El resuello se redujo a un silbido. Con la mano libre, Truman buscó a tientas la empuñadura del machete que llevaba en el cinturón y lo sacó.

La mujer entró en la caravana al tiempo que detenía con la otra mano el antebrazo de Truman a media estocada. Lo obligó a retroceder y lo estampó contra la pared opuesta. Ocurrió tan deprisa que Tiffany no llegó a registrar plenamente el rostro de la desconocida, sino solo la cortina de cabello enmarañado, que le caía hasta los hombros, tan oscuro que parecía teñido de verde.

—Eh, eh, eh —dijo el amigo de Truman mientras cogía la pistola de detrás de un rollo de papel de cocina y se levantaba de la silla.

En las mejillas de Truman, las manchas rojas se habían extendido hasta convertirse en nubes moradas. Emitió un ruido semejante al chirrido de unas zapatillas sobre parquet, y su rostro se transformó en la mueca triste de un payaso. Se le quedaron los ojos en blanco. Tiffany veía latir su corazón en la piel tirante a la izquierda del esternón. La mujer poseía una fuerza asombrosa.

—Eh —repitió el amigo de Truman al tiempo que la mujer asestaba un cabezazo a Truman.

Le partió la nariz, y el chasquido sonó como un petardo.

Un chorro de sangre se elevó hacia el techo, y unas gotas salpicaron la tulipa del aplique. Las mariposas, enloquecidas, arremetían contra el cristal produciendo un sonido semejante al repiqueteo de los cubitos de hielo contra un vaso.

Cuando Tiffany volvió a bajar la mirada, vio a la mujer zarandear el cuerpo de Truman en dirección a la mesa. El amigo de Truman, de pie, apuntó con el arma. En la caravana resonó algo parecido al ruido atronador de una bola de bolos de piedra. En la frente de Truman cobró forma una pieza de puzle irregular. Un pañuelo hecho jirones cayó sobre el ojo de Truman, piel con una porción de ceja, desgarrada y colgante. La sangre se desparramó por su boca torcida y le resbaló hasta el mentón. La tira de piel con parte de la ceja batió contra la mejilla. A Tiffany le recordó a esas esponjas como fregonas que

limpiaban el parabrisas en los túneles de lavado.

Una segunda bala perforó el hombro de Truman, y la sangre roció la cara de Tiffany. La mujer embistió al amigo de Truman con el cadáver. La mesa se desplomó bajo el peso de los tres cuerpos. Tiffany no oía sus propios gritos.

Se produjo un salto en el tiempo.

Tiffany descubrió que se hallaba dentro del armario, en un rincón, tapada hasta la barbilla con una gabardina. La caravana se mecía sobre su base al compás de unos golpes ahogados y rítmicos. Tiffany se vio arrastrada a un recuerdo de muchos años atrás, en la cocina del restaurante de Charlottesville: el cocinero ablandaba carne de ternera con un mazo. Los golpes se parecían a esos, solo que eran mucho mucho más potentes. Se oyó un desgarrón de metal y plástico, y acto seguido cesaron los golpes. La caravana dejó de moverse.

Llamaron enérgicamente a la puerta del armario.

—¿Estás bien? —Era la mujer.

—¡Vete! —exclamó Tiffany.

—El del baño ha salido por la ventana. No creo que tengas que preocuparte por él.

—¿Qué has hecho? —preguntó Tiffany entre sollozos. Estaba manchada de sangre de Truman y no quería morir.

La mujer no contestó de inmediato. Tampoco era necesario. Tiffany ya había visto lo que había hecho, o había visto suficiente. Y había oído suficiente.

—Deberías descansar —aconsejó la mujer—. Descansa.

Al cabo de unos segundos, a través del eco persistente de los disparos, Tiffany creyó oír el chasquido de la puerta exterior al cerrarse.

Se arrebujó con la gabardina y, entre gemidos, pronunció el nombre de Truman.

Él la había enseñado a fumar crack: da pequeños sorbos, decía. «Te sentirás mejor.» Vaya embustero. Vaya cabrón había sido, vaya monstruo. ¿Por qué

entonces lloraba por él? No podía contenerse. Ojalá hubiera podido, pero no podía.

8

La chica de Avon que no era una chica de Avon se alejó de la caravana y regresó al laboratorio de meta. El olor a propano era más intenso a cada paso que daba, hasta que un tufo a rancio invadió el aire. Detrás de ella quedaba el dibujo de sus pisadas, blancas, pequeñas y delicadas, formas que salían de la nada y parecían hechas de pelusa de algodoncillo. Los faldones de la camisa prestada ondeaban en torno a sus largos muslos.

Delante del cobertizo, desprendió un papel atrapado en un arbusto. El encabezamiento anunciaba con grandes letras azules: ¡TODO ESTÁ EN LIQUIDACIÓN TODOS LOS DÍAS! Debajo incluía fotos de frigoríficos tanto grandes como pequeños, lavadoras, lavavajillas, microondas, aspiradoras, compactadores de basura, procesadores de comida y muchas cosas más. En una foto aparecía una joven esbelta en vaqueros; dirigía una sonrisa de complicidad a su hija, rubia como mamá. La monada de criatura acunaba un bebé de plástico en los brazos y devolvía la sonrisa. También había grandes televisores en los que salían hombres jugando al fútbol, hombres jugando al béisbol, hombres en coches de carreras, y barbacoas junto a las cuales se veía a hombres con tenedores gigantes y pinzas gigantes. Aunque no lo decía abiertamente, el mensaje del anuncio era inequívoco: las mujeres trabajan y cuidan del nido mientras los hombres asan las presas cobradas.

Evie enrolló el anuncio y empezó a chascar los dedos de la mano izquierda debajo del extremo. Con cada chasquido saltaba una chispa. El papel prendió con el tercero. Evie también sabía asar. Sostuvo el anuncio enrollado en alto,

examinó la llama y arrojó el papel al interior del cobertizo. Se alejó briosamente y atravesó el bosque en dirección a la Interestatal 43, conocida entre los lugareños como Ball's Hill Road.

—Un día ajetreado —dijo a las mariposas que de nuevo revoloteaban a su alrededor—. Muy pero que muy ajetreado.

El cobertizo estalló, y ella no se volvió; tampoco se inmutó cuando un trozo de acero acanalado pasó silbando por encima de su cabeza.

La oficina del sheriff del condado de Dooling dormitaba bajo el sol de la mañana. Los tres calabozos se hallaban vacíos; las puertas de barrotes permanecían abiertas, y los suelos, recién fregados, olían a desinfectante. La única sala de interrogatorios también estaba vacía, como lo estaba el despacho de Lila Norcross. Linny Mars, la operadora, tenía la oficina para ella sola. Detrás de su escritorio colgaba un póster de un preso musculoso, vestido con un mono de color naranja, que levantaba un par de mancuernas y enseñaba los dientes en un gruñido. NO DESCANSAN UN SOLO DÍA, advertía el póster, ¡TÚ TAMPOCO DEBERÍAS!

Linny tenía por norma desoír ese consejo bienintencionado. No hacía ejercicio desde un breve escaqueo con la danza aeróbica en el YWCA, pero se enorgullecía de su físico. En ese momento estaba absorta en un artículo de *Marie Claire* sobre la manera adecuada de delinearse los ojos. Para conseguir una raya firme, primero había que apoyar el meñique en el pómulo. Así se lograba más control y se evitaban las contracciones repentinas. El artículo sugería empezar por la mitad y seguir hacia la comisura exterior del ojo, y continuar luego hacia la nariz hasta completar la tarea. Una raya fina para diario; una más gruesa, más espectacular, para esa noche importante en que una salía con el tío con quien esperaba...

Sonó el teléfono. No era la línea normal, sino la que tenía una banda roja en el auricular. Linny dejó la *Marie Claire* (recordándose que debía pasar por

Rite Aid, la farmacia, y comprar un poco de L'Oréal Opaque) y descolgó. Trabajaba como operadora desde hacía cinco años, y a esa hora de la mañana bien podía tratarse de un gato incapaz de bajar de un árbol, un perro extraviado, un percance en la cocina o —esperaba que no— un caso de riesgo de asfixia por atragantamiento de un niño de corta edad. Los líos con armas de por medio casi siempre ocurrían una vez se ponía el sol, y normalmente estaban relacionados con el Squeaky Wheel.

—Aquí el nueve uno uno, ¿cuál es su urgencia?

—¡La chica de Avon ha matado a Tru! —contestó a gritos una voz femenina—. ¡Ha matado a Tru y al amigo de Tru! ¡El amigo no sé cómo se llama, pero esa mujer le ha hundido la puta cabeza en la puta pared! ¡Si vuelvo a mirarlo, me quedaré ciega!

—Señora, todas las llamadas al nueve uno uno quedan grabadas —advirtió Linny—, y no nos gustan las bromas.

—¡No bromeo! ¿Quién bromea? ¡Una desconocida ha entrado aquí por las buenas y ha matado a Tru! ¡A Tru y al otro! ¡Hay sangre por todas partes!

Linny, al oír que esa voz gangosa mencionaba a la chica de Avon, estuvo segura en un noventa por ciento de que aquello era una broma o un delirio; ahora, en cambio, estaba segura en un ochenta por ciento de que se trataba de un hecho real. La mujer farfullaba de tal modo que era casi imposible entenderla, y tenía un marcado acento sureño. Si la propia Linny no hubiese sido de Mink Crossing, en el condado de Kanawha, quizá habría pensado que su interlocutora hablaba un idioma extranjero.

—¿Cómo se llama, señora?

—Tiffany Jones, ¡pero da igual quién soy! Están muertos, y no sé por qué me ha dejado viva a mí, pero ¿y si vuelve?

Linny se encorvó para examinar la hoja de turnos del día: quién estaba en la oficina, quién de patrulla. El departamento del sheriff disponía de solo nueve

coches, y casi siempre había uno o dos en el taller. El condado de Dooling era el más pequeño del estado, aunque no el más pobre; ese dudoso honor correspondía a su vecino, el condado de McDowell, en medio de la nada.

—No veo su número en mi pantalla.

—Claro que no. Llamo desde uno de los desechables de Tru. Les hace algo. Les... —Se produjo un silencio, una interferencia, y de pronto la voz de Tiffany Jones se alejó y adquirió un tono más agudo—. ¡Dios mío, el laboratorio acaba de volar por los aires! ¿Por qué habrá hecho eso? Dios mío, Dios mío...

Linny se disponía a preguntar de qué hablaba cuando oyó un retumbo. No fue muy potente, no temblaron las ventanas, pero había sido una explosión sin lugar a dudas. Como si un reactor salido de Langley, en Virginia, hubiese roto la barrera del sonido.

¿A qué velocidad viaja el sonido?, se preguntó. ¿No lo aprendimos en clase de física? Pero de eso hacía mucho tiempo. Había sido casi en otra vida.

—¿Tiffany? ¿Tiffany Jones? ¿Sigue ahí?

—¡Mande a alguien aquí antes de que se incendie el bosque! —exclamó Tiffany, levantando tanto la voz que Linny tuvo que apartarse el auricular de la oreja—. ¡Guíese por el olfato! ¡Busque el humo! ¡Ya se está formando una nube! ¡En Ball's Hill, pasados el transbordador y el almacén de madera!

—Esa mujer, la que ha llamado usted «chica de Avon»...

Tiffany se echó a reír a la vez que lloraba.

—Ah, los polis la reconocerán si la ven. Es la que va manchada de sangre de Truman Mayweather.

—¿Puede darme su dir...?

—¡La caravana no tiene dirección! ¡Tru no recibe correo! ¡Cierre la boca y mande a alguien aquí!

Dicho esto, Tiffany colgó.

Linny cruzó la oficina principal vacía y salió al sol de la mañana. En las aceras de Main Street, unas cuantas personas miraban hacia el este haciéndose visera con las manos. En esa dirección, a unos cinco kilómetros de distancia quizá, se elevaba una columna de humo negro. Recta y bien definida, sin ondear, gracias a Dios. Y sí, era cerca del almacén de madera de Adams, un lugar que Linny conocía bien, primero por las excursiones con su padre en furgoneta y después por las excursiones con su marido en furgoneta. A los hombres les fascinaban cosas extrañas. Por lo visto, los almacenes de madera eran una de ellas, probablemente un poco por encima de los *monster trucks* pero muy por debajo de las exposiciones de armas.

—¿Qué pasa? —preguntó Drew T. Barry, de la Aseguradora Drew T. Barry, de pie delante de su local, en la acera de enfrente.

Linny casi veía las columnas de cifras de primas deslizándose al fondo de sus ojos. Volvió a entrar sin contestarle para llamar primero al departamento de Bomberos (donde ya estarían sonando los teléfonos), después a Terry Coombs y Roger Elway, de la Unidad Cuatro, y por último a la jefa. Que seguramente estaría dormida, porque la noche anterior había llamado para decir que estaba enferma.

Pero Lila Norcross no dormía.

Había leído en una revista, probablemente mientras esperaba para una limpieza dental o para examinarse la vista, que una persona tardaba, por término medio, entre quince y treinta minutos en quedarse dormida. Había una advertencia, no obstante, de la que Lila no necesitaba ser informada: convenía hallarse en un estado de ánimo sereno, y no era su caso. Para empezar, seguía

vestida, si bien se había desabrochado el pantalón y la camisa marrón del uniforme. También se había quitado el cinturón reglamentario. Se sentía culpable. No estaba acostumbrada a mentir a su marido por pequeñeces, y nunca había mentido por nada verdaderamente importante hasta esa mañana.

«Accidente de tráfico en Mountain Rest Road —había escrito en un mensaje de texto—. No intentes llamar, tenemos que dejar esto en condiciones.» Esa mañana incluso había añadido un poco de verosimilitud que en ese momento se le clavaba como una espina: «Había arena para gatos por todas partes. Necesitamos un buldócer». Pero una cosa como esa aparecería en el semanario de Dooling, ¿no? Solo que Clint nunca lo leía, así que quizá por ese lado no había problema. No obstante, la gente hablaría de un accidente tan cómico, y él, al no oír a nadie comentarlo, tendría sus dudas.

«Quiere que lo descubran —había dicho a Clint mientras veían un documental de la HBO (*El gafe*, se titulaba) sobre un asesino en serie rico y excéntrico, un tal Robert Durst. Eso fue al principio del segundo de seis episodios—. Nunca habría accedido a dejarse entrevistar para el documental si no lo quisiera.» Y, en efecto, Robert Durst se hallaba actualmente en la cárcel. La cuestión era: ¿quería *ella* que la descubrieran?

De no ser así, ¿por qué ya de entrada le había enviado un mensaje? En su momento se dijo que lo hacía porque si él llamaba y oía de fondo el ruido del gimnasio del instituto Coughlin —las ovaciones del público, los chirridos de las zapatillas en el parqué, los trompetazos—, lógicamente le preguntaría dónde estaba y qué hacía allí. Pero podría haber dejado que la llamada pasara al buzón de voz, ¿no? ¿Y devolverla más tarde?

No se me ha ocurrido, se dijo. Estaba nerviosa y alterada.

¿Verdadero o falso? Esa mañana se inclinaba a pensar que era lo segundo. Que había estado urdiendo una enmarañada red a propósito. Que quería obligar a Clint a que la obligara a ella a confesar, y que fuera él quien

deshiciera la madeja.

Tristemente, se dijo que, pese a sus numerosos años de experiencia en las fuerzas del orden, era su marido, el psiquiatra, quien podría convertirse en mejor delincuente con diferencia. Clint sabía guardar un secreto, ¿no?

Lila se sentía como si de pronto hubiese averiguado que su casa tenía una planta más. Por casualidad, se apoyó en cierto punto desgastado de la pared y apareció una escalera. A la entrada del pasadizo secreto había un gancho, y del gancho colgaba una chaqueta de Clint. La conmoción fue considerable, el dolor fue mayor, pero ni lo uno ni lo otro podía compararse con la vergüenza: ¿cómo podía una no percibirlo? Y en cuanto una se enteraba, en cuanto una despertaba a la realidad de su vida, ¿cómo podía seguir viviendo un solo segundo más sin anunciarlo a gritos? Si el descubrimiento de que su marido, un hombre con el que había hablado a diario durante más de quince años, el padre de su hijo, tenía una hija a la que nunca había mencionado... si eso no justificaba un grito, un desgarrador alarido de rabia y pesar, ¿qué lo justificaba? En cambio, le había deseado buenos días y se había acostado.

Al cabo de un rato el cansancio empezó a imponerse y a atenuar su angustia. Por fin sucumbía al sueño, y eso era bueno. Aquella situación le parecería más sencilla después de dormir cinco o seis horas; su determinación sería mayor; se vería capaz de hablar con él; y tal vez Clint la ayudara a comprender. En eso consistía el trabajo de él, ¿no? En dar sentido a los embrollos de esta vida. ¡Y vaya si era un embrollo aquello que ella tenía que plantearle! Arena para gatos por toda la calzada. Mierda de gato en el pasadizo secreto, arena para gatos y mierda de gato en la cancha de baloncesto, donde una chica, Sheila, se llamaba, bajó el hombro, obligando a retroceder a la defensora, dribló y enfiló hacia el aro.

Mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla, Lila exhaló un suspiro, ya cerca de la escapatoria del sueño.

Algo le hizo cosquillas en la cara. Parecía un mechón de pelo o quizá un hilo desprendido de la funda de la almohada. Lo apartó, se sumió un poco más en el sueño verdadero, y estaba ya casi dormida cuando el teléfono, con un toque de clarín, reclamó su atención desde el cinturón reglamentario, que había dejado en el arcón de cedro situado al pie de la cama.

Abrió los ojos y se incorporó en el acto. El hilo o el pelo o lo que fuera le rozó la mejilla; lo apartó de un manotazo. Clint, si eres tú...

Cogió el teléfono, miró la pantalla. No era Clint. Se leía una única palabra: BASE. El reloj marcaba las 7.57. Lila pulsó ACEPTAR.

—¿Sheriff? ¿Lila? ¿Estás levantada?

—No, Linny, todo esto es un sueño.

—Es posible que tengamos un problema grave, me parece.

Linny era concisa y profesional. A ese respecto Lila le daba un sobresaliente, pero el acento asomaba de nuevo a su voz: no «tenemos un problema grave, *me parece*», sino *me parese*, de lo que se deducía que estaba preocupada y hablaba muy en serio. Lila abrió los ojos de par en par, como si con eso fuera a despertarse más deprisa.

—La persona que ha llamado ha denunciado un homicidio múltiple cerca del almacén de madera de Adams. Puede que se haya equivocado, o que haya mentido, o incluso que fuera una alucinación, pero desde luego sí ha habido una explosión de las gordas. ¿No lo has oído?

—No. Dime exactamente qué tenemos.

—Puedo ponerte la grabación de la llamada...

—Solo dímelo.

Linny la puso al corriente: una mujer colocada, histérica, dice que hay dos muertos, la chica de Avon es la autora, explosión, humo visible.

—Y has mandado...

—A la Unidad Cuatro. Terry y Roger. Según su última comunicación, están

más o menos a un kilómetro de allí.

—De acuerdo. Bien.

—¿Vas...?

—De camino.

3

Estaba a medio camino del coche patrulla, aparcado en la vía de acceso, cuando advirtió que la miraba Anton Dubcek. Descamisado, con los pectorales relucientes, el pantalón (apenas) por encima de los huesos de la cadera, el chico de la piscina parecía estar presentándose a un casting para la foto de mayo del calendario de Chippendales. De pie en la acera, al lado de su camioneta, sacaba algún elemento de su equipo de limpieza de piscinas. ANTON EL CHICO DE LA PISCINA, se leía en el costado del vehículo en letra florentina.

—¿Qué estás mirando?

—El esplendor de la mañana —contestó Anton, y le dedicó una sonrisa radiante que probablemente debía de haber encandilado a todas las camareras de la zona de los Tres Condados.

Ella bajó la vista y vio que no se había remetido ni abotonado la camisa. El sencillo sujetador blanco mostraba mucho menos que cualquiera de sus dos biquinis (y era mucho menos sugerente), pero los hombres tenían algo con la ropa interior; veían a una chica en sujetador, y era como si acabaran de ganar cincuenta dólares por un billete de lotería de cinco pavos. Por Dios, pero si Madonna en su día había hecho carrera con eso. Seguramente antes de que Anton naciera, Lila cayó en la cuenta.

—¿Te da resultado esa frase, Anton? —preguntó ella al tiempo que se

abotonaba y remetía la camisa—. ¿Alguna vez?

Él desplegó una sonrisa aún más amplia.

—La sorprendería.

Vaya, qué dientes tan blancos. No la sorprendería.

—Dejo abierta la puerta de atrás por si quieres una Coca-Cola. Ciérrala al salir, ¿vale?

—Recibido, procedo. —Le dirigió un apático saludo militar.

—Y nada de cerveza. Es demasiado temprano incluso para ti.

—Siempre son las cinco de la tarde en algún...

—No me vengas con letras de country, Anton. He tenido una larga noche y, si no consigo dar una cabezada en algún momento, va a ser un largo día.

—Recibido también. Pero, oiga, jefa, tengo que darle una mala noticia: casi seguro que allí, al fondo, tiene grafiosis del olmo. ¿Quiere que le deje el número de teléfono de mi experto en árboles? No le conviene que...

—Tú mismo, gracias.

A Lila la traían sin cuidado los árboles, al menos esa mañana, aunque debía reconocer lo inoportuno del momento: sus propias mentiras, las omisiones de Clint, el agotamiento, el incendio, los cadáveres, y para acabar una plaga en los árboles, y todo antes de las nueve de la mañana. Ya solo faltaba que Jared se rompiera un brazo o algo así, y a Lila no le quedaría más remedio que ir a St. Luke y rogar al padre Lafferty que la oyera en confesión.

Salió del camino de acceso marcha atrás, se dirigió hacia el este por Tremaine Street, se saltó un stop, cosa que le habría valido una multa de no haber sido sheriff, vio la columna de humo que se elevaba cerca de la Interestatal 17 y encendió las luces de emergencia. Pondría la sirena en las tres manzanas que constituían el centro de Dooling. Para sobresaltarlos a todos.

En el semáforo de delante del instituto, Frank Geary tamborileaba con los dedos sobre el volante. Iba camino de la casa del juez Silver. El viejo juez lo había llamado al móvil; por su tono de voz, era obvio que a duras penas mantenía la compostura. Habían atropellado a su gata, Cocoa.

Una indigente a la que ya conocía, envuelta en tal cantidad de capas de ropa que no se le veían los pies, cruzó por delante de su furgoneta empujando un carrito. Hablaba sola con una expresión risueña y jubilosa. Tal vez una de sus personalidades planeaba organizar una fiesta de cumpleaños sorpresa para otra de sus personalidades. A veces Frank pensaba que no le desagradaría volverse loco, loco no como Elaine creía que estaba, sino loco de verdad, loco como para hablar solo y empujar un carrito que contuviera bolsas de basura y la mitad superior de un maniquí masculino.

¿Qué razones tenían los dementes para preocuparse? Razones disparatadas, era probable, pero Frank, en su fantasía de la locura, quería imaginar que en ese estado todo era más sencillo. ¿Me echo la leche y los cereales por encima de la cabeza o lo echo todo en el buzón? Si uno estaba como un cencerro, quizá esa fuera una decisión estresante. Para Frank, una fuente de estrés eran los recortes inminentes en el presupuesto municipal anual de Dooling, que podían costarle el empleo, y otra fuente de estrés era tratar de controlarse los fines de semana cuando veía a su hija, y otra fuente de estrés era saber que Elaine esperaba que él fuera incapaz de controlarse. Su propia mujer deseando que fracasara, ¿qué tal eso como fuente de estrés? En comparación, la decisión entre echarse la leche y los cereales en la cabeza o echarlos al buzón era, a su juicio, perfectamente manejable. Los cereales en la cabeza, la leche en el buzón. Listo. Problema resuelto.

El semáforo se puso en verde, y Frank dobló a la izquierda por Malloy.

5

En la otra acera, la indigente —conocida como Vieja Essie entre los voluntarios del albergue, Essie Wilcox en un tiempo lejano— empujó cuesta arriba el carrito bamboleante por el corto terraplén cubierto de hierba que rodeaba el aparcamiento del instituto. Al acceder a la superficie asfaltada, se encaminó hacia los campos de deporte y la zona de bosque y matorral que se extendía más allá, donde vivía en los meses cálidos.

—¡Deprisa, niñas! —Essie dirigía la voz al frente, como si hablase al ruidoso contenido de su carrito, aunque en realidad se lo decía a su familia invisible, compuesta por cuatro niñas idénticas, que la seguían en fila, como patitos—. Tenemos que llegar a casa a la hora de la cena, ¡o si no, podríamos acabar *convertidas* en cena! ¡En la olla de una bruja!

Essie dejó escapar una risa, pero las niñas empezaron a llorar e inquietarse.

—¡Serán bobaliconas estas niñas! —exclamó—. Lo decía en broma.

Essie llegó al final del aparcamiento y siguió empujando el carrito por el campo de fútbol. A su espalda, las niñas se habían animado. Sabían que su madre nunca consentiría que les pasara nada. Eran niñas buenas.

6

Evie se hallaba entre dos palés de tablonos de pino recién cortados en el lado izquierdo del almacén de madera de Adams cuando la Unidad Cuatro pasó a toda velocidad. Quedaba oculta a los curiosos que se hallaban delante del

edificio principal, pero no a los que pasaban por la carretera. Así y todo, los agentes que acudían al aviso no se fijaron en ella, pese a que solo cubría su cuerpo la camisa de Truman Mayweather y presentaba en la cara y los brazos manchas de sangre de Truman Mayweather. Los polis solo tenían ojos para el humo que se elevaba en el linde de un bosque sumamente seco.

Terry Coombs se echó hacia delante en el asiento y señaló.

—¿Ves esa roca grande donde pone TIFFANY JONES LA CHUPA pintado con espray?

—Sí.

—Justo detrás verás un camino de tierra. Dobla por ahí.

—¿Seguro? —preguntó Roger Elway—. Parece que el humo está al menos un kilómetro más allá.

—Hazme caso. He estado aquí antes, en los tiempos en que Tru Mayweather se consideraba chulo de caravana a jornada completa y señorito cultivador de hierba a tiempo parcial. Supongo que ha medrado en la vida.

La Unidad Cuatro derrapó en la tierra, pero los neumáticos enseguida recuperaron la tracción. Roger avanzó a setenta, y la parte de atrás del coche patrulla a veces tocaba el suelo pese a la suspensión dura. Los altos hierbajos que crecían en el montículo central del camino zumbaban contra los bajos. Ya olían el humo.

Terry cogió el micrófono.

—Unidad Cuatro a Base; Base, aquí Cuatro.

—Cuatro, aquí Base —respondió Linny.

—Llegaremos al lugar de los hechos en tres minutos, siempre y cuando a Roger no se le vaya el coche a la cuneta.

Roger apartó una mano del volante el tiempo necesario para hacer una peineta a su compañero.

—¿Cuál es la situación de los bomberos? —preguntó Terry.

—Han puesto en marcha los cuatro camiones, además de la ambulancia. Van también algunos voluntarios. Deberían estar justo detrás de vosotros. Cuidado con la chica de Avon.

—La chica de Avon, entendido. Corto.

Terry dejó el micro en la horquilla justo cuando el coche patrulla superaba un bache y quedaban suspendidos en el aire momentáneamente. Roger detuvo el vehículo con un derrape. Más adelante salpicaban el camino fragmentos de tejado acanalado, bombonas de propano hechas añicos, garrafas de plástico y papeles rotos, algunos de ellos llameantes. Alcanzó a ver un disco negro y blanco que parecía el mando de un fogón.

Una pared del cobertizo, apoyada contra un árbol muerto, ardía como una antorcha tiki. El fuego había prendido también en dos pinos próximos a lo que fuera la parte de atrás del cobertizo, al igual que en los matorrales que delimitaban el camino.

Roger abrió el maletero, cogió el extintor y empezó a rociar la maleza con espuma blanca. Terry agarró la manta ignífuga y se puso a golpear con ella los restos en llamas dispersos por el camino. Los bomberos no tardarían en llegar; de momento sus esfuerzos debían concentrarse en la contención.

Roger se acercó al trote, extintor en mano.

—Ya está vacío, y tú con eso no vas a apagar una mierda. Larguémonos de aquí o nos quedaremos atrapados, ¿cómo lo ves?

—Me parece una idea excelente. Veamos qué ha pasado *chez* Mayweather.

El sudor perlaba la frente de Roger y resplandecía entre su escaso cabello, rubio claro. Entrecerró los ojos.

—¿*Che*? ¿Qué es eso de *che*?

A Terry le caía bien su compañero, pero no habría querido a Roger en su equipo en el concurso de preguntas de los miércoles en el Squeaky Wheel.

—Déjalo. Tú conduce.

Roger se sentó al volante. Terry rodeó el vehículo a toda prisa. A cuarenta metros por detrás de ellos, un camión bomba del departamento de Bomberos de Dooling dobló el recodo, escorado, rozando con sus altos flancos las ramas de los árboles que prácticamente invadían el camino. Terry los saludó con la mano y después desprendió la escopeta anclada bajo el salpicadero. Más valía prevenir que curar.

Llegaron a un claro donde una caravana pintada de un turquesa horrendo, como el de los guijarros de un acuario, se alzaba sobre gatos hidráulicos. Los peldaños eran bloques de hormigón. Una furgoneta F-150 oxidada descansaba sobre un par de neumáticos pinchados. Había una mujer desplomada contra el portón trasero, su rostro oculto tras una melena de color castaño claro. Vestía vaqueros y un top sin mangas. Tenía decorada con tatuajes la mayor parte de piel a la vista. Terry leyó la palabra AMOR en el antebrazo derecho. Iba descalza y una capa de mugre le cubría los pies. De tan flaca parecía demacrada.

—Terry... —Roger tomó aire y se aclaró la garganta con un ruido que semejaba más bien una arcada—. Allí.

Lo que Terry vio le trajo a la memoria la caseta de una feria de pueblo en la que había jugado de niño. Un hombre asomaba la cabeza a través de una silueta de Popeye, y por diez centavos podías lanzarle tres bolsas de plástico con agua coloreada. Solo que lo que había bajo la cabeza que sobresalía de la pared de la caravana no era agua coloreada.

A Terry le sobrevino un inmenso cansancio. Todo su cuerpo pareció aumentar de peso, como si sus entrañas se hubiesen convertido en hormigón. Ya había experimentado esa sensación antes, sobre todo en lugares donde se habían producido accidentes de tráfico graves, y sabía que era algo pasajero, pero mientras duraba era atroz. Se producía en el momento en que uno miraba a un niño sujeto todavía a su sillita por el cinturón pero con el pequeño cuerpo

abierto igual que una bolsa de ropa sucia —o en el momento en que uno miraba una cabeza que asomaba de una caravana, con la piel arrancada de las mejillas por efecto del brutal modo en que había traspasado la pared— y se preguntaba por qué demonios se había creado el mundo ya de entrada. Las cosas buenas escaseaban, y el resto, en su mayor parte, se había podrido.

La mujer que estaba sentada en el portón trasero de la furgoneta levantó la cabeza. Estaba pálida y ojerosa. Tendió los brazos en dirección a ellos y en el acto volvió a bajarlos hacia los muslos, como si le pesaran demasiado, sencillamente demasiado. Terry la había visto ya allí; era una de las chicas de Tru Mayweather antes de que este entrara en el negocio de la meta. Tal vez continuaba allí porque él la había ascendido a seminovia, si es que a eso podía llamárselo ascender.

Salió del coche patrulla. Ella se deslizó por el portón, y habría caído de rodillas si Terry no la hubiese sujetado a medio camino. Al tocarla, notó su piel fría y las costillas muy marcadas. De cerca vio que algunos de los tatuajes eran en realidad magulladuras. Ella se aferró a él y se echó a llorar.

—Ya, ya —dijo Terry—. Ya, ya, chica. Estás a salvo. No sé qué ha pasado aquí, pero, sea lo que sea, ya ha terminado.

En otras circunstancias habría considerado a la única superviviente la sospechosa principal y habría pensado que todo eso de la chica de Avon no eran más que mentiras, pero el saco de huesos que tenía entre los brazos jamás habría podido empotrar la cabeza de aquel individuo en la pared de la caravana. Terry ignoraba cuánto tiempo llevaba Tiffany colocándose con el alijo de Truman, pero en su estado actual, pensó, solo sonarse la nariz le habría supuesto un esfuerzo sobrehumano.

Roger se acercó con una actitud extrañamente jovial.

—¿Es usted quien ha llamado, señora?

—Sí...

Roger sacó el cuaderno.

—¿Su nombre?

—Es Tiffany Jones —contestó Terry—. Es así, ¿no, Tiff?

—Sí. Yo a usted ya lo he visto antes. Aquella vez que fui a recoger a Tru cuando salió de la cárcel. Me acuerdo. Me trató bien.

—¿Y ese tío? ¿Quién es?

Roger señaló con el cuaderno la cabeza que asomaba de la pared; fue un gesto despreocupado, como si indicase un lugar turístico interesante en la zona, y no a un ser humano destrozado. Esa despreocupación daba grima, y Terry se la envidió. Si él fuera capaz de aprender a adaptarse a imágenes de esa índole tan fácilmente como Roger sería un hombre más feliz, pensó, y quizá un policía mejor.

—No lo sé —respondió Tiffany—. Era solo un amigo de Trume. Vino la semana pasada, de Arkansas, según decía. O quizá hace ya dos semanas.

Más abajo en el camino, se oían las voces de los bomberos y el zumbido del agua, procedente, cabía suponer, de un camión cisterna; allí no llegaba la conducción del agua. Terry vio un arcoíris momentáneo en el aire, frente al humo, que adquiría ya un color blanco.

Terry sujetó a Tiffany con delicadeza por las muñecas, finas como palos, y le escudriñó los ojos, inyectados en sangre.

—¿Qué sabes de la mujer que ha hecho esto? Has dicho a la operadora que ha sido una mujer.

—El amigo de Tru la llamó «chica de Avon», pero desde luego no lo era. — Una pizca de emoción afloró en Tiffany pese al estado de shock. Se irguió y, temerosa, miró alrededor—. Se ha ido, ¿no? Más vale.

—¿Cómo era?

Tiffany negó con la cabeza.

—No me acuerdo. Pero le ha robado la camisa a Tru. Creo que debajo iba

desnuda.

Se le cerraron los ojos, y al cabo de un momento volvió a abrirlos lentamente. Terry reconoció los síntomas. Primero el trauma fruto de un suceso violento inesperado; a continuación la llamada histérica al novecientos once, y en ese momento el shock posterior al suceso. A eso debían sumarse las drogas que había consumido, independientemente de cuáles fuesen y durante cuánto tiempo las hubiera tomado. Subidón, bajón. Por lo que él podía adivinar, Truman Mayweather, Tiffany y el colega de Arkansas de Truman Mayweather llevaban tres días colocados.

—¿Tiff? Quiero que te sientes en el coche patrulla mientras mi compañero y yo echamos un vistazo. Siéntate aquí, en la parte de atrás. Relájate.

—Hora de echarse un sueñecito, chica —dijo Roger, sonriente, y por un momento Terry sintió el impulso casi irresistible de darle una patada en el culo a aquel paleta.

En lugar de eso, mantuvo abierta la puerta del coche para ella, y eso le trajo otro recuerdo: la limusina que había alquilado para ir al baile de graduación con Mary Jean Stukey. Ella con un vestido rosa sin tirantes y las mangas abullonadas, y el ramillete que él le había regalado prendido en la muñeca; él con un esmoquin de alquiler. Eran los tiempos dorados en que aún no había visto el cadáver de ojos blancos de una chica guapa con el cráter de un disparo de escopeta en el pecho; o un hombre ahorcado en un pajar; o una prostituta de ojos hundidos, adicta a la meta, a la que no parecían quedarle más de seis meses de vida.

Ya estoy viejo para este trabajo, se dijo Terry. Debería retirarme.

Tenía cuarenta y cinco años.

Aunque en realidad Lila nunca había herido a nadie de un tiro, sí había desenfundado el arma en cinco ocasiones y había disparado al aire una vez (y la de papeleo que tuvo que hacer solo por eso). Al igual que Terry y Roger, y todos los demás miembros de su pequeña banda de caballeros de azul, había retirado restos humanos de las carreteras del condado después de muchos accidentes de tráfico (normalmente con el olor a alcohol flotando todavía en el aire). Había esquivado objetos voladores, disuelto disputas familiares que llegaron a las manos, había practicado la reanimación cardiopulmonar, y había entablillado brazos y piernas rotos. Ella y sus hombres habían encontrado a dos niños perdidos en el bosque, y le habían vomitado encima en unas cuantas ocasiones. A lo largo de catorce años en las fuerzas del orden, había acumulado numerosas experiencias, pero nunca se había encontrado con una mujer manchada de sangre sin más ropa que una camisa de franela caminando por la línea central de la carretera principal del condado de Dooling. Era su primera vez.

Rebasó el cambio de rasante de Ball's Hill a ciento treinta kilómetros por hora, y allí apareció la mujer, a menos de treinta metros del coche patrulla. No hizo siquiera ademán de apartarse a derecha o izquierda para esquivar el vehículo, pero en ese brevísimo instante Lila no advirtió en su rostro la característica expresión de ciervo asustado por los faros, sino solo serena observación. Y se fijó también en algo más: era guapísima.

Lila no podría haber parado a tiempo aunque hubiese dormido toda la noche, no a ciento treinta por hora. Se limitó a girar el volante a la derecha y sorteó a la mujer de la carretera por escasos centímetros, sin sortearla del todo, en realidad; oyó un ruido sordo, y de repente el retrovisor exterior no reflejaba la carretera, sino a la propia Lila.

Entretanto, tenía que lidiar con la Unidad Uno, ya un proyectil apenas bajo

control. Embistió un buzón, que salió volando por los aires; antes de caer al suelo, el poste dio vueltas como el bastón de una *majorette*. El pesado coche patrulla levantó una polvareda, y Lila notó que amenazaba con deslizarse hacia la cuneta. Frenar no la salvaría, así que optó por pisar el acelerador, aumentando la velocidad. El coche patrulla rodó por el arcén derecho, y la grava repiqueteó en los bajos. Avanzaba ya con una inclinación considerable. Si la cuneta la atrapaba, volcaría, y sus probabilidades de llegar a ver a Jared graduarse en el instituto se reducirían de manera drástica.

Lila giró el volante ligeramente a la izquierda. Al principio el coche derrapó, pero al cabo de un momento recuperó la tracción y volvió a la calzada con un rugido. Con el asfalto de nuevo bajo las ruedas, Lila pisó el freno, el morro se hundió, y la deceleración la impulsó con tal fuerza contra el cinturón de seguridad que tuvo la sensación de que los ojos se le salían de las órbitas.

Paró al final de una larga huella doble de caucho quemado. El corazón le palpitaba con violencia. Ante sus ojos flotaban puntos negros. Se obligó a tomar aire para no desmayarse y echó un vistazo por el retrovisor.

La mujer no se había adentrado en el bosque, ni corría cuesta arriba por Ball's Hill, donde había otra carretera que se desviaba hacia el transbordador de Ball Creek. Se quedó allí sin más, volviendo la cabeza por encima del hombro. Esa mirada atrás, unida al trasero desnudo que asomaba por debajo del faldón de la camisa, resultaba extrañamente coqueta; parecía una foto de algún calendario de Alberto Vargas.

Con la respiración acelerada y un sabor metálico en la boca a causa de la adrenalina consumida, Lila retrocedió por el camino de acceso de una casa unifamiliar pequeña y cuidada. En el porche había una mujer con un niño en brazos. Lila bajó la ventanilla eléctrica y dijo:

—Entre en casa, señora. Inmediatamente.

Sin esperar a ver si la mujer obedecía, Lila arrancó y, atenta para esquivar el buzón caído, volvió a subir por Ball's Hill hacia donde se hallaba la mujer. Oía el roce del guardabarros abollado contra uno de los neumáticos.

La radio emitió un sonido. Era Terry Coombs.

—Unidad Uno, aquí Cuatro. ¿Estás ahí, Lila? Contesta. Tenemos a dos cocineros de meta muertos cerca del almacén de madera.

Lila agarró el micrófono.

—Ahora no, Ter —dijo, y dejó caer el micro en el asiento.

Se detuvo delante de la mujer, desabrochó el cierre de la pistolera y, al tiempo que se apeaba de la Unidad Uno, desenfundó su arma reglamentaria por sexta vez en toda su carrera al servicio de las fuerzas del orden. Mientras contemplaba aquellas piernas largas y bronceadas y aquellos pechos turgentes, se retrotrajo por un instante a su propio camino de acceso... ¿era posible que hubieran pasado solo quince minutos? «¿Qué estás mirando?», había preguntado. Anton había contestado: «El esplendor de la mañana».

Esa mujer, allí en medio de la carretera de Dooling, sí era el esplendor de la mañana, un esplendor como Lila nunca había visto.

—Levante las manos. Levántelas, ahora mismo.

La chica de Avon, alias Esplendor de la Mañana, alzó las manos.

—¿Sabe lo cerca que ha estado de morir?

Evie desplegó una sonrisa que iluminó todo su rostro.

—No tan cerca —dijo—. Lo has tenido bajo control todo el tiempo, Lila.

El viejo hablaba con un ligero temblor.

—He preferido no moverla.

La gata, una atigrada marrón, yacía en la hierba. El juez Oscar Silver estaba en el suelo a su lado, manchándose las rodillas de los pantalones caquis. Tendido de costado, el animal casi parecía normal, salvo por la pata delantera derecha, que colgaba, laxa, en una grotesca V. De cerca, se veían también volutas de sangre en sus ojos, alrededor de las pupilas. Tenía la respiración superficial y, conforme al instinto de los felinos heridos, contrario a la lógica, ronroneaba.

Frank se sentó en cuclillas junto a la gata. Se levantó las gafas de sol por encima de la frente y entornó los ojos, deslumbrado por la implacable luz de la mañana.

—Lo siento, juez.

Silver ya no lloraba, pero había llorado. Frank lamentó verlo, pero no le sorprendió: las personas querían a sus animales, a menudo con un grado de franqueza que no se permitían expresar con sus congéneres.

¿Cómo definiría eso un psiquiatra? ¿Como desplazamiento? Bueno, el amor era difícil. Lo único que Frank sabía era que de quienes uno realmente debía cuidarse en este mundo era de los que no podían sentir amor ni por un gato ni por un perro. Y uno debía cuidarse de sí mismo, naturalmente. Mantener las cosas bajo control. Conservar la calma.

—Gracias por venir tan pronto —dijo el juez Silver.

—Es mi trabajo —respondió Frank, aunque no era exactamente así.

Como único funcionario a jornada completa del departamento de Control Animal del condado, se ocupaba más de mapaches y perros callejeros que de gatos moribundos. No obstante, consideraba a Oscar Silver un amigo, o algo parecido. Antes de que el juez pasara al dique seco por culpa de sus riñones, Frank había compartido con él no pocas cervezas en el Squeaky Wheel, y fue Oscar Silver quien le había facilitado el nombre de un abogado matrimonialista y le había sugerido que pidiese hora con él. Silver le

recomendó también «alguna forma de orientación psicológica» cuando Frank reconoció que a veces levantaba la voz a su mujer y a su hija (guardándose de mencionar aquella ocasión en que atravesó la pared de la cocina de un puñetazo).

Frank no había ido a ver al abogado ni al psicoterapeuta. Con respecto a lo primero, aún creía que podía resolver las cosas con Elaine. Con respecto a lo segundo, tenía la sensación de que podía controlar bastante bien su mal genio si los demás (Elaine, por ejemplo, pero también Nana, su hija) tomaban conciencia de que él solo pensaba en el interés de ellos.

—La he tenido desde que era una cría —decía entonces el juez Silver—. La encontré detrás del garaje. Fue poco después de que falleciera Olivia, mi mujer. Sé que suena ridículo, pero me pareció... un mensaje.

Recorrió con el índice el valle entre las orejas de la gata, frotándole la piel con delicadeza. Si bien la gata siguió ronroneando, no alargó el cuello hacia el dedo ni reaccionó. Sus ojos ensangrentados permanecían fijos en la hierba verde.

—Quizá lo fuera —dijo Frank.

—Fue mi nieto quien le puso Cocoa. —Meneó la cabeza y torció el gesto—. Ha sido un Mercedes. Lo he visto. Yo salía a por el periódico. Ese maldito coche debía de ir casi a cien. ¡En un barrio residencial! ¿Qué razón hay para eso?

—Ninguna. ¿De qué color era ese Mercedes?

Frank estaba pensando en algo que Nana le había comentado unos meses antes. En una de las casas grandes de lo alto de Briar, por delante de la cual pasaba cuando repartía el periódico, vivía un hombre que tenía un coche de lujo. Un Mercedes verde, le había dicho, si Frank no recordaba mal.

—Verde —dijo entonces el juez Silver—. Era verde.

Un gorgoteo acompañaba ya el ronroneo de la gata. Su costado subía y

bajaba más rápidamente. Sin duda estaba sufriendo.

Frank apoyó una mano en el hombro de Silver y le dio un apretón.

—Tengo que hacerlo ya.

El juez se aclaró la garganta, pero no habría sido capaz de hablar. Se limitó a asentir con la cabeza.

Frank abrió la cremallera de la bolsa de piel que contenía la aguja hipodérmica y los dos viales.

—La primera solo la relaja. —Clavó la aguja en el vial y llenó la jeringuilla—. La segunda la deja dormida.

9

Hubo un tiempo, mucho antes de los acontecimientos narrados aquí, en que la zona de los Tres Condados (McDowell, Bridger y Dooling) elevó una petición para que el desaparecido reformatorio juvenil de Ash Mountain pasara a ser una muy necesaria cárcel de mujeres. El estado pagó el terreno y los edificios, y se le puso el nombre del condado —Dooling— que más dinero aportó a la reforma del Centro Penitenciario. Este abrió sus puertas en 1969, e integraban el personal residentes de los Tres Condados muy necesitados de empleo. En su día se había considerado aquella prisión «de última generación» y «un punto de referencia en el sector penitenciario femenino». Parecía más un instituto de las afueras que una cárcel si pasabas por alto la concertina que coronaba los metros y metros de alambrada del perímetro.

Casi medio siglo después, seguía pareciendo un instituto, pero uno que atravesaba tiempos difíciles y tenía una base tributaria decreciente. Los edificios habían empezado a deteriorarse. La pintura (rica en plomo, según rumores) se desconchaba. Las cañerías tenían escapes. El sistema de

calefacción estaba obsoleto, y en lo más crudo del invierno solo la zona de administración mantenía la temperatura por encima de los dieciocho grados. En verano las reclusas se asaban en sus módulos. La iluminación era tenue; el antiguo cableado eléctrico era una catástrofe en ciernes, y el vital equipo de vigilancia de las reclusas se averiaba como mínimo una vez al mes.

En cambio disponía de un excelente patio de ejercicio, con pista de atletismo, una cancha de baloncesto en el gimnasio, otra de *shuffleboard*, un pequeño diamante para softball y un huerto contiguo a la zona de administración. Era allí, cerca de los guisantes y el maíz en flor, donde la directora Janice Coates, sentada en una caja de plástico azul para el reparto de la leche, con el bolso de punto de color beige abandonado en la tierra a sus pies, fumaba un Pall Mall sin filtro y veía acercarse el coche de Clint Norcross.

El psiquiatra mostró su carnet (algo innecesario, puesto que todo el mundo lo conocía, pero exigido por el protocolo) y la verja principal se deslizó sobre su riel. Accedió al espacio de seguridad intermedio y esperó a que se cerrara la verja. Cuando la funcionaria de guardia —esa mañana Millie Olson— vio una señal verde en su tablero, lo que indicaba que la verja exterior estaba bien cerrada, abrió la interior. Al volante de su Prius, Clint avanzó lentamente junto a la valla hasta el aparcamiento del personal, que a su vez disponía de verja. Allí un letrero advertía: ¡NO DESCUIDE LA SEGURIDAD! ¡CIERRE BIEN SU VEHÍCULO!

Al cabo de dos minutos, estaba de pie junto a la directora, con el hombro apoyado en el viejo muro de ladrillo y el rostro vuelto hacia el sol de la mañana. Lo que siguió se asemejó a un salmo responsorial en una iglesia fundamentalista.

—Buenos días, doctor Norcross.

—Buenos días, directora Coates.

—¿Preparado para un nuevo día en el maravilloso mundo penitenciario?

—La verdadera pregunta es si el maravilloso mundo penitenciario está preparado para mí. Así de preparado estoy. ¿Y usted, Janice?

Ella se encogió de hombros en un gesto parco y dejó escapar el humo.

Clint señaló el cigarrillo con el mentón.

—Pensaba que lo había dejado.

—Y así era. Me gusta tanto dejarlo que lo dejo una vez por semana. En ocasiones dos.

—¿Todo en orden?

—Esta mañana, sí. Anoche tuvimos una crisis nerviosa.

—No me lo diga, a ver si lo adivino: Angel Fitzroy.

—No. Kitty McDavid.

Clint enarcó las cejas.

—Eso no me lo esperaba. Cuénteme.

—Según su compañera de celda, Claudia Stephenson, a la que las otras mujeres llaman...

—Claudia Cuerpo de Dinamita —completó Clint—. Muy orgullosa de esos implantes. ¿Fue Claudia la que inició algo?

Clint no tenía nada en contra de Claudia, pero confiaba en que fuera el caso. Los médicos, como seres humanos que eran, tenían sus preferencias, y Kitty McDavid era una de las suyas. Kitty se hallaba en mala forma cuando llegó: autolesiones, humor muy variable, alto nivel de ansiedad. Habían avanzado mucho desde entonces. Los antidepresivos habían surtido un efecto óptimo y, Clint se complacía en creer, las sesiones de psicoterapia también habían ayudado un poco. Al igual que él, Kitty era producto del sistema de acogida familiar de la región de los Apalaches. En una de sus primeras entrevistas, Kitty le había preguntado con acritud si se hacía una mínima idea, en su enorme cabeza de zona residencial, de cómo se sentía uno sin hogar ni familia.

Clint no titubeó.

—No sé cómo fue para ti, Kitty, pero yo me sentí como un animal. Como si estuviera siempre cazando o siendo cazado.

Ella se quedó mirándolo con los ojos como platos.

—¿Usted...?

—Sí, yo —contestó él, queriendo decir: «Yo también».

Kitty había pasado a recibir informes de buena conducta casi a diario y, mejor aún, había llegado a un acuerdo con la fiscalía para atestiguar en el caso de los hermanos Griner, fruto de una importante redada por un asunto de droga organizada ese invierno por la mismísima sheriff de Dooling, Lila Norcross. Si Lowell y Maynard Griner caían, la libertad condicional era una clara posibilidad para Kitty. De conseguirla, tal vez saliera adelante, pensaba Clint. Ella entendía ya que, si bien quedaría en sus propias manos encontrar un lugar en el mundo, para asumir esa responsabilidad necesitaría apoyo continuo, tanto médico como de la comunidad. Clint consideraba que Kitty poseía la fortaleza suficiente para pedir ese apoyo, para luchar por él, y se fortalecía cada día más.

Janice Coates era menos optimista. En lo que se refería a las reclusas, su postura consistía en no hacerse demasiadas ilusiones. Quizá por eso ella era la directora —la mandamás—, y él, solo el psiquiatra residente de ese hotel del Estado.

—Según Stephenson, McDavid la despertó —explicó Janice—. Primero empezó a hablar dormida, luego levantó la voz y al final gritó. Decía que venía el Ángel Negro o algo así. O tal vez fuera la Reina Negra. Sale en el informe del incidente. «Con telarañas en el pelo y muerte en las yemas de los dedos.» Daría para un buen programa de televisión, ¿no cree? Para el canal de ciencia ficción. —La directora dejó escapar una risa sin sonreír—. Seguro que se lo pasaría usted en grande con eso, Clint.

—Suenan más a película —comentó Clint—. Puede que alguna que vio de niña.

Coates alzó la vista al cielo.

—¿Lo ve? Citando a Ronnie Reagan: «Ya está otra vez con lo mismo».

—¿Qué? ¿No cree en los traumas infantiles?

—Yo creo en una cárcel agradable y tranquila, en eso creo. Se la llevaron al módulo A, la Tierra de los Chiflados.

—Políticamente incorrecto, directora Coates. El término preferido es Centro de Apretado de Tornillos. ¿Tuvieron que ponerla en la silla de inmovilización?

Aunque a veces era necesaria, Clint detestaba esa silla, que parecía el asiento envolvente de un coche deportivo transformado en instrumento de tortura.

—No, le dimos medicación amarilla, y se calmó. No sé cuál, tampoco me importa demasiado, pero constará en el informe del incidente, si quiere consultarlo.

En Dooling había tres niveles de medicación: rojo, que solo podía administrar personal médico; amarillo, que podían administrar los funcionarios; y verde, que las reclusas podían tener en las celdas siempre y cuando no estuvieran en el módulo C ni hubieran sido objeto de informes de mala conducta.

—De acuerdo —dijo Clint.

—Ahora mismo, su chica, McDavid, está durmiendo la mona...

—No es *mi* chica...

—Y con eso concluye el parte de la mañana. —Janice bostezó, restregó el cigarrillo contra la pared y echó la colilla bajo la caja de reparto de leche, como si por no estar a la vista de algún modo fuera a desaparecer.

—¿No la dejó dormir, Janice?

—No es usted. Anoche cené comida mexicana. Me he levantado no sé cuántas veces para ir al váter. Eso que dicen es verdad: lo que sale se parece sospechosamente a lo que entra.

—Exceso de información, directora.

—Es usted médico, puede manejarla. ¿Va a ir a ver cómo está McDavid?

—A lo largo de la mañana, sin duda.

—¿Quiere que le diga cuál es mi teoría? Pues bien, es esta: de pequeña sufrió malos tratos por parte de alguna mujer que se hacía llamar la Reina Negra. ¿Qué le parece?

—Podría ser —dijo Clint, sin morder el anzuelo.

—*Podría ser.* —La directora negó con la cabeza—. ¿Por qué investigar su infancia, Clint, cuando todavía son niñas? En esencia por eso están aquí la mayoría de ellas: comportamiento infantil en primer grado.

Eso llevó a Clint a pensar en Jeanette Sorley, que después de soportar los crecientes malos tratos en su matrimonio había apuñalado a su marido con un destornillador y se había quedado mirando cómo moría desangrado. Si no hubiese actuado así, al final Damian Sorley habría acabado matándola. A ese respecto Clint no albergaba la menor duda. Para él eso no era comportamiento infantil, sino instinto de supervivencia. En todo caso, si se lo decía a la directora Coates, ella se negaría a oírlo: en ese sentido, era de la vieja escuela. Más valía limitarse a dar por concluido el salmo (responsorial).

—Iniciemos, pues, directora Coates, un día más en la vida de la cárcel femenina, a orillas del Canal Real.

Ella cogió su bolso, se puso en pie y se sacudió los fondillos del pantalón del uniforme.

—No hay canal, pero siempre está el transbordador de Ball's Creek, a un paso de aquí carretera abajo, así que sí. Iniciemos el día.

Prendiéndose las tarjetas de identificación en sus respectivas camisas,

entraron juntos aquel primer día de la enfermedad del sueño.

Magda Dubcek, madre del joven y apuesto limpiador de piscinas del pueblo conocido como Anton el Chico de la Piscina (además, se había convertido en sociedad, así que tengan la bondad de extender los cheques a nombre de Anton el Chico de la Piscina, S. R. L.), entró tambaleante en el salón del dúplex que compartía con su hijo. Llevaba el bastón en una mano y un tonificante matutino en la otra. Se desplomó en su sillón con un suspiro y un pedo y encendió el televisor.

A esa hora del día, normalmente habría sintonizado la segunda parte de *Good Day Wheeling*, pero esa mañana puso NewsAmerica. Había una noticia que le interesaba, lo cual era bueno, y conocía a una de las corresponsales que la cubrían, lo cual era aún mejor. La pequeña Michaela Coates, que en ese momento se hacía llamar Michaela Morgan pero para Magda sería por siempre jamás la pequeña Mickey, a quien había cuidado cuando era niña, hacía ya muchos años. Por aquel entonces Jan Coates era solo celadora en la prisión de mujeres situada en el extremo sur del pueblo, una madre viuda que intentaba salir adelante como buenamente podía. Se había convertido en la directora, la jefa de toda la banda, y su hija Mickey, en una corresponsal de televisión conocida a nivel nacional y establecida en Washington, famosa por sus preguntas contundentes y sus faldas cortas. No cabía duda de que las Coates habían llegado a algo en la vida. Magda se enorgullecía de ellas, y si sentía un amago de tristeza por el hecho de que Mickey nunca la telefonara ni le escribiera, o porque Janice nunca se dejase caer por allí para pegar la hebra, bueno, las dos tenían trabajos que atender. Magda no pretendía siquiera

comprender las presiones bajo las que las dos actuaban.

Esa mañana el presentador de turno era George Alderson. Con sus gafas y sus hombros cargados, y el pelo ralo, no se parecía en nada a los ídolos de los informativos vespertinos que solían leer las noticias sentados tras grandes mesas. Alderson parecía el empleado de un depósito de cadáveres. Además, tenía una voz poco afortunada para dedicarse a la televisión. Una especie de graznido. En fin, Magda suponía que por alguna razón NewsAmerica era la cadena número tres por detrás de FOX y CNN. Esperaba con impaciencia el día en que Michaela ascendiera a una de esas otras. Entonces ya no tendría que soportar a Alderson.

«A esta hora todavía seguimos con atención una noticia reciente que empezó en Australia», dijo Alderson. En su semblante intentaba combinar preocupación y escepticismo, pero el resultado parecía más bien una mueca de estreñimiento.

«Deberías jubilarte y quedarte calvo en la comodidad de tu casa», pensó Magda, y brindó con el primer cubalibre del día. «Ve a encerarte la cabeza, George, y deja paso a mi Michaela.»

«Responsables médicos de Oahu, Hawái, informan de que continúa propagándose el brote de lo que algunos llaman “enfermedad del desvanecimiento asiática”, y otros, “gripe del desvanecimiento australiana”. Según parece, nadie sabe con certeza dónde se originó en realidad, pero hasta el momento las únicas víctimas han sido mujeres. Ahora nos llega la noticia de que se han observado algunos casos en nuestras costas, primero en California, luego en Colorado y ahora en las Carolinas. Damos paso a Michaela Morgan, que nos trae más información.»

—¡Mickey! —exclamó Magda, y brindó de nuevo en dirección al televisor (derramándose un poco de cubalibre en la manga de la rebeca). Esa mañana Magda tenía solo un leve dejo checo, pero para cuando Anton llegara a casa a

las cinco hablaría como si acabara de desembarcar, pese a llevar casi cuarenta años viviendo en la zona de los Tres Condados—. ¡La pequeña Mickey Coates! Yo perseguía tu trasero desnudo por el salón de tu madre, y nos partíamos las dos de risa. Te cambiaba los pañales sucios, locuela. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

Michaela Morgan, antes Coates, vestida con una blusa sin mangas y una de sus características minifaldas, se hallaba delante de un complejo de edificios dispersos de color rojo establo. Magda opinaba que esas minifaldas le hacían un buen servicio. Incluso los políticos de altos vuelos podían quedar hipnotizados por un atisbo de muslo, y a veces, cuando se hallaban sumidos en ese estado, la verdad escapaba de sus bocas mentirosas. No siempre, claro, pero sí a veces. En lo referente a la nueva nariz de Michaela, Magda albergaba sus dudas. Echaba en falta la graciosa naricilla que tenía su chica de pequeña, y en cierto modo, con su afilada nariz actual, Mickey ya no se parecía mucho a Mickey. Por otro lado, estaba espectacular. Uno no podía apartar la vista de ella.

«Estoy en el centro de cuidados paliativos Loving Hands, de Georgetown, donde esta mañana temprano se han observado los primeros casos de lo que algunos llaman “gripe del desvanecimiento australiana”. Hay aquí internados casi cien pacientes, en su mayoría geriátricos, y más de la mitad son mujeres. La gerencia no quiere confirmar ni desmentir el brote, pero he hablado con un auxiliar hace unos minutos, y lo que ha dicho, aunque breve, resulta inquietante. Ha pedido que se respete su anonimato. Aquí lo tienen.»

La entrevista grabada era ciertamente breve, apenas un puñado de frases. Mostraba a Michaela conversando con un hombre que vestía una bata blanca; este tenía la cara pixelada y la voz alterada electrónicamente, de modo que parecía el siniestro jefe supremo alienígena de una película de ciencia ficción.

«¿Qué está pasando ahí dentro? —preguntó Michaela—. ¿Puede ponernos al

corriente?»

«La mayoría de las mujeres están dormidas, y es imposible despertarlas — dijo el auxiliar con su voz de jefe supremo alienígena—. Pasa lo mismo que en Hawái.»

«Pero ¿los hombres...?»

«Los hombres como si nada. En pie y desayunando.»

«En Hawái se ha informado de... *excrecencias* en las caras de las mujeres dormidas. ¿Ocurre aquí lo mismo?»

«Creo... creo que no debo hablar de eso.»

«Por favor —insistió Michaela con un pestañeo—, la gente está preocupada.»

—¡Así se hace! —graznó Magda, saludó al televisor con su copa y se derramó un poco más de cubalibre en la rebeca—. ¡Ponte sexy! ¡En cuanto te los metes en el bolsillo, puedes sacarles cualquier cosa!

«No hay excrecencias en el sentido de tumores —dijo la voz del jefe supremo—. Parece más bien como si tuvieran algodón pegado. Ahora tengo que irme.»

«Solo una pregunta más...»

«Tengo que irme. Pero... crece, esa especie de algodón. Da... asco.»

Las imágenes dieron paso a la toma en directo.

«Una declaración inquietante de una persona con información de primera mano... de ser cierta. Te devuelvo la palabra, George.»

Una vez que había visto a Mickey, Magda apagó el televisor. Esperaba que aquello fuera un bulo, otro rumor falso para sembrar el pánico, como lo del Efecto 2000 o el SRAG; aun así, la idea de que una enfermedad provocara en las mujeres no solo el sueño sino además el crecimiento de algo era, como decía Mickey, inquietante. Se alegraría cuando Anton llegara a casa. Sin más compañía que el televisor, se sentía sola, aunque no era de las que se

quejaban. Magda no quería causar preocupaciones a su hijo, un joven muy trabajador, eso ni hablar. Ella le había prestado el dinero para abrir el negocio, pero era él quien lo mantenía en marcha.

De momento, sin embargo, quizá una copita más, solo un trago, y después una siesta.

En cuanto Lila tuvo esposada a la mujer, la envolvió con la manta isotérmica que llevaba en el maletero del coche patrulla y la ayudó a acomodarse en el asiento trasero. Entretanto le recitó sus derechos. La mujer, en silencio, con aquella sonrisa radiante reducida a una expresión ensoñadora, había aceptado sin resistirse la mano de Lila en el brazo y se había dejado guiar de buen grado al asiento. En menos de cinco minutos, se había reducido a la sospechosa y se había efectuado la detención; la polvareda que habían levantado los neumáticos del coche patrulla aún no se había posado del todo cuando Lila rodeó el vehículo para dirigirse a la puerta del conductor.

—Mariposa viene de «mari», forma abreviada de María, y de «posa», del verbo posar.

Lila estaba cambiando de sentido para enfilear Ball's Hill abajo, en dirección al pueblo, cuando la detenida le dio a conocer este dato. A través del retrovisor, vio los ojos de la mujer, que la miraba. Tenía la voz suave, aunque no especialmente femenina, y parecía divagar. Lila no supo si se dirigía a ella o si hablaba sola.

«Drogas —pensó—. Fenciclidina, probablemente. También podía tratarse de ketamina.»

—Sabe cómo me llamo —dijo Lila—. ¿De qué la conozco, entonces?

Había tres posibilidades: la APA (improbable pero no imposible), el periódico o que Lila la hubiera detenido en algún momento de los catorce últimos años y no se acordara. La puerta número tres parecía la mejor opción.

—Todo el mundo me conoce —contestó Evie—. Vengo a ser algo así como una It Girl, Chica Eso. —Las esposas tintinearón cuando ladeó un hombro para rascarse la barbilla—. Algo así. Eso y Chica. Mí, me y yo. Padre, Hijo y Eva Santa. Eva, que rima con cueva. Y con luna nueva. Luna, noche. Cuando todas nos vamos a dormir. ¿Entiendes? Mariposa, ¿captas? De María, de madre.

La población civil no se imaginaba siquiera la cantidad de disparates que un poli tenía que oír. Al público le encantaba rendir homenaje a los agentes de policía por su valor, pero nadie les reconocía el mérito por la entereza que requería a diario sobrellevar las gilipolleces. Si bien la valentía era un rasgo excelente en un policía, más importante era, en opinión de Lila, la resistencia innata a las idioteces.

Casualmente, por eso había costado tanto cubrir la última plaza disponible de ayudante a jornada completa. Era sin duda la razón por la que Lila había desestimado la solicitud del tipo de Control Animal, Frank Geary, y contratado en su lugar a un joven veterinario llamado Dan Treater, pese a que este apenas tenía experiencia laboral en las fuerzas del orden. Aun siendo inteligente y bienhablado como Geary obviamente era, su expediente le pareció demasiado extenso: había generado demasiado papeleo, puesto demasiadas multas. El mensaje entre líneas denotaba una tendencia a la confrontación; no era un individuo capaz de hacer la vista gorda ante pequeñeces. Eso no era bueno.

No podía decirse que sus hombres en conjunto fuesen una superbrigada de la lucha contra el crimen, pero qué más daba, bienvenidos al mundo real. Uno reunía a los mejores elementos a su alcance y luego intentaba ayudarlos. Roger Elway y Terry Coombs, sin ir más lejos. Posiblemente Roger hubiera recibido un golpe de más en su época como defensa del equipo de fútbol del instituto de Dooling, al servicio del entrenador Wittstock, hacía más de una década. Terry tenía más luces, pero podía desanimarse y contrariarse si las cosas no salían según lo previsto, y bebía demasiado en las fiestas. Sin embargo, los dos

poseían mucho aguante, lo cual significaba que podía confiar en ellos. Casi siempre.

Lila albergaba la opinión no expresada de que la maternidad era el mejor entrenamiento posible para un futuro agente de policía. (No expresada en particular ante Clint, que se lo habría pasado en grande al oírlo; se lo imaginaba ladeando la cabeza y torciendo los labios de aquella manera un tanto enojosa suya, para acabar diciendo: «Eso es interesante» o «Podría ser».) Las madres tenían un don natural para imponer orden, porque los niños pequeños, al igual que los delincuentes, a menudo eran belicosos y destructivos.

Si una podía superar esos primeros años de la vida de un niño sin perder la calma ni volverse loca, posiblemente sería capaz de afrontar la delincuencia de personas mayores. La clave era no reaccionar, mantener una actitud adulta/madura... ¿y estaba pensando en la mujer desnuda y ensangrentada que tenía algo que ver con la muerte violenta de dos personas, o en cómo manejar a alguien más cercano, mucho más cercano, el hombre que apoyaba su cabeza en la almohada junto a la de ella? (Cuando el cronómetro llegó a 00.00, sonó la bocina del gimnasio, y los chicos y chicas prorrumpieron en vítores. La puntuación final: Equipo Femenino Amateur del Condado de Bridger 42 – Equipo Femenino Amateur de Fayette 34.) Como quizá diría Clint: «Oye, es interesante. ¿Quieres contarme un poco más?».

—Ahora hay muchas buenas ofertas —prosiguió Evie, erre que erre—. Lavadoras-secadoras. Parrillas. Bebés que comen y cagan comida de plástico. Grandes descuentos en todos los departamentos.

—Ya —dijo Lila, como si las palabras de la mujer tuvieran sentido—. ¿Cómo se llama?

—Evie.

Lila volvió la cabeza.

—¿Y el apellido? ¿Cuál es?

La mujer tenía los pómulos firmes y prominentes. Sus ojos, de color castaño claro, resplandecían. Su piel poseía lo que Lila consideraba un tono mediterráneo, ¡y vaya cabello oscuro el suyo! Se le había secado una mancha de sangre en la frente.

—¿Lo necesito? —preguntó Evie.

Por lo que a Lila se refería, eso confirmaba sus sospechas: decididamente su nueva conocida llevaba un colocón de órdago.

Se volvió hacia delante, pisó el acelerador y desprendió el micro.

—Base, aquí Unidad Uno. Tengo a una mujer bajo custodia, la he encontrado paseando al norte del almacén de madera de Ball's Hill. Va muy manchada de sangre, así que necesitamos el kit para recogida de muestras. Necesita además un mono desechable. Y llama a una ambulancia para que se reúna con nosotras. Ha tomado algo.

—Recibido —contestó Linny—. Según Terry, lo de la caravana es un verdadero asco.

—Recibido. —Evie se rio alegremente—. Un verdadero asco. Llevad toallas de sobra. Pero no de las buenas, ja ja ja. Recibido.

—Unidad Uno, corto. —Lila prendió el micro. Echó un vistazo a Evie por el retrovisor—. Debería quedarse callada, señora. La he detenido bajo sospecha de asesinato. La cosa va en serio.

Se acercaban al límite del término municipal. Lila aminoró y detuvo el coche patrulla ante el stop que regulaba el tráfico en el cruce de Ball's Hill con West Lavin. West Lavin llevaba a la cárcel. En el lado opuesto de la calle, un cartel muy visible prevenía contra la recogida de autostopistas.

—¿Está herida, señora?

—Todavía no —contestó Evie—. Pero ¡eh! Triple doble. Muy bien.

Algo titiló en la cabeza de Lila, el equivalente mental a una mota

resplandeciente en la arena, barrida de inmediato por una ola espumosa.

Volvió a mirar por el retrovisor. Evie, con los ojos cerrados, se había recostado. ¿Estaba dándole el bajón?

—Señora, ¿va a vomitar?

—Más vale que le des un beso a tu hombre antes de dormirte. Más vale que le des un beso de despedida mientras estés a tiempo.

—Claro que... —empezó a decir Lila, pero de pronto la mujer se abalanzó de cabeza contra la rejilla divisoria. Cuando esta vibró y se sacudió por efecto del testarazo de Evie, Lila se apartó instintivamente—. ¡No haga eso! —exclamó un segundo antes de que Evie embistiera la rejilla por segunda vez. Lila alcanzó a ver un asomo de sonrisa en su rostro, sangre reciente en los dientes y, a continuación, una tercera arremetida.

Con la mano ya en la puerta, Lila se disponía a salir para ir a la parte de atrás e incapacitar a la mujer mediante una descarga eléctrica por su propia seguridad, para calmarla, pero el tercer golpe fue el último. Evie se había desmoronado en el asiento y jadeaba satisfecha, como un corredor que acabara de cruzar la línea de meta. Tenía sangre en torno a la boca y la nariz, y una brecha en la frente.

—¡Triple doble! ¡Desde luego! —exclamó Evie—. ¡Triple doble! ¡Un día ajetreado!

Lila descolgó el micro y transmitió a Linny: cambio de planes. El abogado de oficio tenía que acudir a la oficina cuanto antes. Y también el juez Silver si era posible convencer al viejo para que se acercara por allí y les hiciera un favor.

Hundido hasta el vientre entre unas matas de helecho dulce, un zorro observaba a Essie descargar el carrito.

El animal no pensaba en ella como Essie, claro está, no la llamaba de ninguna manera. Era sencillamente una humana más. En todo caso el zorro llevaba observándola mucho tiempo —lunas y soles— y se daba perfecta cuenta de que aquel cobertizo cochambroso de láminas de plástico y lonas era una guarida. El zorro entendía también que los cuatro trozos de cristal verde que la mujer había dispuesto en semicírculo y a los que se refería como «las niñas» tenían un gran significado para ella. A veces, cuando Essie no estaba presente, el zorro los olisqueaba —ahí no había vida— e inspeccionaba sus pertenencias, que eran desdeñables, a excepción de unas cuantas latas de sopa desechadas que él había limpiado a lengüetazos.

Consideraba que ella no representaba la menor amenaza, pero era un zorro viejo, y uno no llegaba a zorro viejo por confiarse en ningún asunto. Uno llegaba a zorro viejo por andarse con cautela y aprovechar las oportunidades, aparearse con la mayor frecuencia posible procurando no enredarse, no cruzar jamás una carretera a la luz del día y escarbar hondo en marga buena y blanda.

Esa mañana no parecía necesario ejercer la prudencia. El comportamiento de Essie era el normal en ella. Después de sacar del carrito las bolsas y los diversos objetos misteriosos, informó a los fragmentos de cristal de que su madre necesitaba dar una cabezada.

—Nada de tonterías, ¿eh, niñas? —advirtió Essie, y entró en el cobertizo para tumbarse sobre una pila de mantas de mudanza que utilizaba como colchón. Aunque el cobertizo ocultaba su cuerpo, la cabeza asomaba a la luz.

Mientras Essie conciliaba el sueño, el zorro enseñó los dientes en silencio a la mitad superior del maniquí masculino que ella había dejado junto al cobertizo, entre las hojas, pero el maniquí no reaccionó. Probablemente estaba tan muerto como el cristal verde. El zorro se mordisqueó una pata y esperó.

La respiración de la vieja no tardó en acompañarse, cada honda inspiración se veía seguida de una espiración sibilante y superficial. El zorro abandonó despacio los helechos y avanzó con sigilo hacia el cobertizo para cerciorarse de las intenciones o la ausencia de las mismas del maniquí. Le enseñó los dientes de modo más manifiesto. El maniquí no se movió. Sí, decididamente muerto.

Trotó hasta hallarse a cierta distancia del cobertizo y se detuvo. Sobre la cabeza de la mujer dormida se propagaba una sustancia blanquecina en movimiento: hebras blancas, como telarañas, que se elevaban desde sus mejillas, se desplegaban sin pausa y se depositaban en la piel, recubriéndola. Nuevas hebras se formaban a partir de las ya extendidas, y enseguida revistieron la cara, formando una máscara que pronto envolvería toda la cabeza. En la penumbra del cobertizo, revoloteaban en círculo unas mariposas.

El zorro, husmeando, retrocedió unos pasos. No le gustaba aquella cosa blanca: la cosa blanca estaba sin duda viva, y sin duda era una criatura distinta de todas las que conocía. El intenso olor de aquella cosa blanca llegaba incluso a lo lejos, y era una mezcla inquietante: en ese olor se percibían sangre y tejidos, avidez e inteligencia, y un elemento surgido de la tierra, de muy hondo, de la Guarida entre todas las Guaridas. ¿Y qué dormía en ese gran lecho? Un zorro, no, de eso estaba seguro.

El olfateo dio paso a un gimoteo, y el zorro se volvió y empezó a alejarse al trote en dirección oeste. Un sonido de movimiento atravesó el bosque detrás de él —alguien se acercaba—, y el trote se convirtió en carrera.

Después de ayudar a Oscar Silver a enterrar a la gata Cocoa —envuelta en una

toalla raída—, Frank recorrió en coche las dos cortas manzanas hasta el número 51 de Smith Lane, casa cuya hipoteca pagaba, pero donde, desde que Elaine y él se habían separado, solo residían esta y su hija de once años, Nana.

Elaine había sido asistente social a sueldo del estado hasta hacía dos recortes presupuestarios, pero en ese momento trabajaba a tiempo parcial en la tienda de Goodwill y, como voluntaria, en un par de bancos de alimentos y en el centro de Planificación Familiar de Maylock. El lado bueno de eso era que no necesitaban buscar dinero para canguros. Cuando terminaban las clases, nadie ponía reparos a que Nana hiciera compañía a su madre en Goodwill. El lado malo era que iban a perder la casa.

Eso preocupaba más a Frank que a Elaine. De hecho, a ella no parecía preocuparla en absoluto. Por más que Elaine lo negara, Frank sospechaba que se proponía utilizar la venta como pretexto para abandonar la zona y marcharse quizá a Pennsylvania, donde vivía su hermana. Si eso ocurría, los fines de semana alternos de Frank se convertirían en un fin de semana cada dos meses, como mucho.

Excepto los días de visita, procuraba evitar aquel lugar. E incluso entonces, si podía arreglarlo para que Elaine le llevara a Nana, lo prefería. Los recuerdos que acompañaban esa casa —la sensación de injusticia y fracaso, el agujero parchado en la pared de la cocina— seguían en carne viva. Frank tenía la sensación de que, mediante engaños, le habían arrebatado toda su vida, y la mejor parte de esa vida la había pasado en el 51 de Smith Lane, la casa unifamiliar ajardinada, sencilla y cuidada, con un pato que su hija había pintado en el buzón.

No obstante, el asunto del Mercedes verde lo obligaba a detenerse allí.

Al subirse con una sacudida al bordillo, vio a Nana dibujar con tiza en el camino de acceso. Uno normalmente asociaría esa actividad con una niña

mucho menor, pero su hija tenía talento para la ilustración. El curso anterior había ganado el segundo premio en un concurso organizado por la biblioteca de la localidad que consistía en diseñar un marcapáginas. Nana había dibujado una bandada de libros volando como aves a través de un banco de nubes. Frank lo había enmarcado y colgado en su despacho. Lo miraba continuamente. Era hermoso, eso de imaginar libros volando dentro de la cabeza de su hija.

Nana estaba sentada al sol en la cámara de aire de un neumático, con las piernas cruzadas, y tenía dispuesto alrededor, en abanico, su arcoíris de utensilios. Junto con la aptitud para el dibujo, o quizá en consonancia con ella, Nana poseía un don para ponerse cómoda. Era una niña soñadora, de movimientos lentos, más parecida a Frank que a su enérgica madre, que nunca se andaba con rodeos, que siempre iba al grano.

Se inclinó sobre la consola de la furgoneta y abrió la puerta del lado opuesto.

—Eh, Ojos Brillantes. Ven aquí.

La niña lo miró con los párpados entornados.

—¿Papá?

—Sí, que yo sepa —dijo él, esforzándose por mantener levantadas las comisuras de los labios—. Ven, ¿quieres?

—¿Ahora? —Ya había echado un vistazo a su dibujo.

—Sí. Ahora mismo. —Frank respiró hondo.

No había empezado a ponerse de «esa manera», como lo llamaba Elaine, hasta después de despedirse del juez. Con eso se refería a «perder los estribos». Cosa que, al margen de lo que ella pensara, rara vez le ocurría. ¿Y ese día? Al principio estaba bien. Luego, tras dar cinco pasos por la hierba del jardín de Oscar Silver, era como si se hubiese activado un disparador invisible. A veces ocurría sin más. Como cuando Elaine le reprochó que hubiera levantado la voz en la reunión de la APA y él atravesó la pared de la

cocina de un puñetazo, y Nana, llorando, corrió arriba, sin entender que a veces uno daba un puñetazo a un *objeto* para no dárselo a una *persona*. O aquel asunto con Fritz Meshaum, donde él había perdido un poco el control, debía reconocerlo, pero Meshaum se lo merecía. Cualquiera que hiciese eso a un animal se lo merecía.

«Esa gata podría haber sido mi hija», era lo que estaba pensando Frank mientras cruzaba el jardín de Oscar Silver. Y de pronto, ¡bum! Como si el tiempo fuera el cordón de un zapato y, en el recorrido hasta la furgoneta, se hubiese desatado. Porque de repente estaba en su furgoneta, camino de Smith Lane, y no recordaba el momento en que se había subido. Tenía las manos sudorosas en torno al volante y las mejillas calientes, y seguía pensando que la gata podría haber sido su hija, solo que no era un pensamiento. Era más bien un mensaje luminoso urgente en una pantalla LED:

error error error
mi hija mi hija mi hija

Con cuidado Nana dejó un trozo de tiza morado en el espacio vacío entre uno naranja y uno verde. Empujándose, se levantó de la cámara de aire y, durante unos segundos, se quedó allí de pie sacudiéndose el polvo de los fondillos del pantalón corto amarillo de flores y frotándose contemplativamente las yemas de los dedos, manchadas de tiza.

—Cariño —dijo Frank, conteniéndose para no levantar la voz. Porque hay que tener en cuenta que la niña estaba justo en el camino de acceso, donde cualquier borracho, cualquier gilipollas en un coche de lujo, podía atropellarla.

mi hija mi hija mi hija

Nana dio un paso, se detuvo y se examinó los dedos otra vez, al parecer no muy satisfecha.

—¡Nana! —Frank, todavía inclinado sobre la consola, dio una palmada en el asiento del acompañante. Una palmada fuerte—. ¡Ven aquí!

La niña alzó la cabeza en el acto, sobresaltada, como si un trueno acabara de arrancarla del sueño. Avanzó lentamente, y cuando llegó a la puerta abierta, Frank la agarró por la pechera de la camiseta y tiró de ella para atraerla hacia sí.

—¡Eh! Me estás deformando la camiseta —dijo Nana.

—Eso da igual —contestó Frank—. Aquí lo importante no es tu camiseta. Yo te diré qué es lo importante, así que atiende. ¿Quién tiene un Mercedes verde? ¿De qué casa es?

—¿Cómo? —Nana intentó apartarle la mano con la que la tenía sujeta por la camiseta—. ¿De qué me hablas? Vas a estropearme la camiseta.

—¿Es que no me has oído? ¡Olvídate de la puta camiseta! —Estas últimas palabras se le escaparon, y se aborreció por ello, pero a la vez le complació ver que su hija dejaba de mirarse la camiseta para fijar la vista en él. Por fin había captado su atención. Nana parpadeó y tomó aire—. Vale, ahora que ya has bajado de las nubes, centrémonos los dos en esto. Me hablaste de un hombre al que veías cuando repartías periódicos, que conducía un Mercedes verde. ¿Cómo se llama? ¿En qué casa vive?

—No me acuerdo del nombre. Lo siento, papá. —Nana se mordió el labio inferior—. Pero es la casa que está al lado de la que tiene esa bandera grande. Hay una tapia. En Briar. Arriba del todo de la cuesta.

—Bien. —Frank le soltó la camiseta.

Nana no se movió.

—¿Ya no estás enfadado?

—Cariño, no estaba enfadado. —Al ver que la niña callaba, añadió—: Bueno, sí. Un poco. Pero no contigo.

Nana no lo miró, se limitó a seguir frotándose los malditos dedos. La quería, era lo más importante en su vida, pero a veces costaba creer que no le faltara algún tornillo.

—Gracias. —Parte del sofoco empezaba a desaparecer de su cara; parte del sudor se enfriaba ya en su piel—. Gracias, Ojos Brillantes.

—De nada —dijo Nana. La niña dio un corto paso atrás, y a Frank el ruido de la suela de su zapatilla en contacto con la acera se le antojó estridente en extremo.

Frank se irguió en el asiento.

—Una cosa más. Hazme el favor de no quedarte en el camino esta mañana, hasta que yo resuelva un asunto. Hay un hombre que va conduciendo por ahí como un loco. Dibuja en papel dentro de casa, ¿de acuerdo?

La niña se mordisqueaba el labio inferior.

—De acuerdo, papá.

—No vas a llorar, ¿verdad?

—No, papá.

—Bien. Esa es mi chica. Nos vemos el fin de semana que viene, ¿vale?

Frank notó que tenía los labios muy secos. Se preguntó qué más debería haber hecho, y una voz dentro de él contestó: «Bueno, digámoslo de otra manera: ¿qué más *podrías* haber hecho? Quizá podrías, no sé, esto posiblemente te sonará absurdo, Frank, pero, oye, quizá podrías *no haber perdido los papeles*». La voz era como una parodia jocosa de la del propio Frank, la voz de un hombre que estaba repantigado en una tumbona, con gafas de sol, bebiendo té helado quizá.

—Vale. —La niña asintió con la cabeza como una autómatas.

A su espalda, en la acera, había dibujado un elaborado árbol, con el tronco

nudoso de través y la copa a un lado del camino. De las ramas colgaba musgo, y al pie se amontonaban las flores. Las raíces descendían hasta el contorno de un lago subterráneo.

—Me gusta eso que has dibujado ahí —dijo él, y sonrió.

—Gracias, papá —respondió Nana.

—Es solo que no quiero que te pase nada. —La sonrisa que tenía en el rostro parecía fijada con clavos.

Su hija se sorbió la nariz y le dirigió otro asentimiento de autómata. Él supo que estaba conteniendo las lágrimas.

—Oye, Nana... —empezó a decir, pero las palabras que buscaba se dispersaron cuando la voz interior intercedió de nuevo para avisarlo de que la niña ya había tenido bastante. De que lo dejara correr de una vez.

—Adiós, papá.

Ella tendió los brazos y cerró la puerta de la furgoneta con delicadeza. Giró sobre los talones y se alejó corriendo por el camino de acceso, desparramando las tizas, pasando por encima de su árbol, emborronando los verdes y los negros de la copa. La cabeza gacha. Los hombros trémulos.

Los niños, se dijo Frank, no siempre lo entienden cuando uno intenta hacer lo correcto.

Había tres informes de esa noche en el escritorio de Clint.

El primero era previsible pero preocupante: una de las funcionarias que estaba de guardia la noche anterior había conjeturado que acaso Angel Fitzroy se hallaba bajo los efectos de algo. Cuando se apagaron las luces, Angel había intentado entablar conversación con la funcionaria sobre una cuestión

semántica. En Dooling era de estricto cumplimiento la norma de llamar «funcionario» a todo representante de la autoridad. Sinónimos como «guardia» o «celador», y ya no digamos —¡obviamente!— improprios como «gilipollas» o «cabrón» eran inaceptables. Angel había preguntado a la funcionaria Wettermore si entendía el idioma. *Claro* que eran guardias, afirmó Angel. También podían ser funcionarios, en eso no había inconveniente, pero no podían no ser guardias, puesto que guardaban. ¿Acaso no guardaban a las presas? Si uno hacía pan, ¿no era acaso panadero? Si excavaba un hoyo, ¿no era excavador?

«Se advirtió a la reclusa que había rebasado el límite de una conversación razonable y podía esperar consecuencias si no se callaba de inmediato — escribió Wettermore—. La reclusa cedió y entró en su celda, pero después preguntó que cómo esperábamos que las presas respetaran las normas cuando las palabras con que se formulaban las normas no tenían sentido. El tono de la reclusa era amenazador.»

Angel Fitzroy era una de las pocas mujeres de la cárcel a quienes Clint consideraba verdaderamente peligrosas. Por sus interacciones con ella, sospechaba que podía tratarse de una sociópata. Jamás había percibido en la reclusa la menor empatía, y en sus antecedentes figuraban numerosas infracciones: drogas, peleas, comportamiento amenazador.

—¿Cómo crees que te sentirías si el hombre al que agrediste hubiese muerto a causa de sus heridas, Angel? —le había preguntado durante una sesión de terapia en grupo.

—Ah —había contestado Angel, arrellanada en la silla, recorriendo las paredes de la consulta con la mirada—. Me habría sentido... esto... bastante mal... supongo. —De pronto se relamió y fijó los ojos en la reproducción de Hockney que había colgada en la pared—. Mirad ese cuadro, chicas. ¿No os gustaría visitar ese sitio?

Si bien la condena por agresión ya era bastante grave —un hombre, en una gasolinera, dijo algo a Angel que a ella no le gustó, y Angel arrancó una varilla del limpiaparabrisas del coche de la víctima y lo molió a golpes—, existían indicios de que había quedado impune de cosas mucho peores.

Un inspector de Charleston había viajado a Dooling para solicitar a Clint ayuda en un caso relacionado con Fitzroy. Lo que el inspector buscaba era información respecto a la muerte de un antiguo casero de Angel. El suceso se había producido un par de años antes de su encarcelamiento actual. Angel era la única sospechosa, pero solo la proximidad la vinculaba al crimen, sin motivo aparente. La cuestión era (como el propio Clint sabía) que Angel, según su historial, no necesitaba grandes motivos. Devolverle veinte centavos menos de cambio podía bastar para que estallara. El inspector de Charleston casi se había regodeado en la descripción del cadáver del casero: «Daba la impresión de que el vejete solo se había caído por la escalera y se había partido el cuello. Pero, según el forense, alguien se había entretenido con su paquete antes de la muerte. Tenía los huevos... no recuerdo qué palabra usó exactamente el forense, si dijo “fracturados” o qué. Pero, hablando en plata, quiso decir: “En esencia los tenía aplastados”».

Clint no se dedicaba a delatar a sus pacientes, y así se lo hizo saber al inspector, pero sí mencionó posteriormente esa investigación a Angel.

Con una expresión de inescrutable asombro, respondió: «¿Los huevos pueden fracturarse?».

Clint tomó nota mentalmente de que debía pasarse por la celda de Angel ese mismo día y efectuar una lectura sismológica.

El segundo informe trataba de una reclusa asignada al servicio de conserjería que afirmó que había una plaga de mariposas en la cocina de la cárcel. La funcionaria Murphy, tras comprobarlo, no vio ninguna mariposa. «La reclusa se sometió voluntariamente a un análisis de orina: limpia de

drogas y alcohol.»

Parecía poder interpretarse como el caso de una reclusa empeñada en enloquecer a una funcionaria y una funcionaria empeñada en devolverle el favor. Clint no tenía interés en alimentar ese círculo con su propia intervención. Lo archivó.

Kitty McDavid era el último incidente.

La funcionaria Wettermore había anotado algunos de sus desvaríos: «El Ángel Negro ascendió desde las raíces y descendió desde las ramas. Sus dedos son muerte, y su pelo está lleno de telarañas, y el sueño es su reino». Tras administrarle una dosis de haloperidol, la habían trasladado al módulo A.

Clint salió de la consulta y atravesó la zona de administración en dirección a la sección este del centro, que albergaba las módulos de celdas. La cárcel tenía aproximadamente la forma de una «t» minúscula, siendo el trazo central largo el pasillo conocido como Broadway, que corría paralelo a la Interestatal 17/West Lavin Road, por dar una referencia con respecto al exterior. Las oficinas de administración, el centro de comunicaciones, la sala de funcionarios, el salón de recreo del personal y las aulas se hallaban todos en el extremo oeste de Broadway. El otro pasillo, Main Street, era perpendicular a West Lavin. Main Street iba desde la puerta principal de la cárcel hasta el taller de actividades artesanales, el cuarto de máquinas, la lavandería y el gimnasio. En el otro extremo de Main Street, Broadway continuaba hacia el este, dejando atrás la biblioteca, el comedor, la sala de visitas, la enfermería y la zona de ingresos, antes de llegar a los tres módulos.

Una puerta de seguridad separaba Broadway de las celdas. Clint se detuvo allí y pulsó el botón con el cual uno comunicaba a la Garita su intención de entrar. Sonó un zumbido, y los cerrojos de la puerta de seguridad se descorrieron con un chasquido potente. Clint la empujó.

Los tres módulos, A, B y C, estaban dispuestos en forma de tenaza. En el

centro se hallaba la Garita, una estructura semejante a un cobertizo protegida con cristal blindado. Contenía los monitores de las funcionarias y el panel de comunicaciones.

Aunque la mayor parte de la población reclusa se mezclaba en el patio y en otros sitios, los módulos estaban organizados conforme al peligro hipotético que cada presa representaba. En la cárcel había sesenta y cuatro celdas; doce en el módulo A, doce en el módulo C y cuarenta en el módulo B. A y C se encontraban al nivel del suelo; el módulo B contaba con una segunda planta de celdas.

El módulo A se destinaba a la atención médica, aunque también alojaban allí a algunas reclusas consideradas «tranquilas», al final del pasillo. Las presas no necesariamente tranquilas pero «estables», como en el caso de Kitty McDavid, ocupaban las celdas del módulo B. El C se reservaba a las conflictivas.

C era la zona menos poblada, y actualmente la mitad de las doce celdas estaban vacías. Cuando se producía una crisis o un problema disciplinario grave, el procedimiento oficial exigía que se trasladara a la reclusa de su celda a una de las celdas «Ojo» del módulo C, conocidas entre las presas como «celdas del pajilleo», porque unas cámaras instaladas en el techo permitían a los funcionarios observarlas en todo momento. Se insinuaba que los funcionarios varones se ponían cachondos espiándolas. En cualquier caso, las cámaras eran indispensables. Si una reclusa intentaba hacerse daño o incluso quitarse la vida, era necesario verlo para prevenirlo.

La funcionaria de guardia en la Garita ese día era la capitana Vanessa Lampley. Se inclinó por encima del panel de control para abrirle la puerta. Clint se sentó a su lado y le preguntó si podía mostrarle la Unidad Doce en el monitor para observar a McDavid.

—¡Pasemos al vídeo! —exclamó alegremente Frank.

Lampley le lanzó una mirada.

—¡Pasemos al vídeo! Ya sabe, es lo que siempre dice Warner Wolf.

Ella se encogió de hombros y activó la cámara de la Unidad Doce para inspección visual.

—¿El comentarista deportivo? —aclaró Clint.

Vanessa volvió a encogerse de hombros.

—Lo siento. Debió de ser antes de mi época.

A Clint le pareció extraño el comentario —Warner Wolf era una leyenda—, pero lo dejó correr para concentrarse en la pantalla. Kitty yacía en posición fetal, con el rostro oculto entre los brazos.

—¿Ha visto algo fuera de lo común?

Lampley negó con la cabeza. Ella había empezado su turno a las siete, y McDavid había dormido como un tronco todo el tiempo.

A Clint no le sorprendió. El haloperidol era un fármaco potente. Aun así, le preocupaba Kitty, madre de dos hijos, condenada por falsificación de recetas. En un mundo ideal, Kitty no habría entrado en un centro penitenciario para empezar. Era una drogadicta bipolar que no había terminado el instituto.

Lo sorprendente era cómo se había manifestado la bipolaridad en esa ocasión. Anteriormente Kitty solía retraerse. En su historial médico no había antecedentes de delirios violentos como los de esa noche. Clint tenía la certeza casi absoluta de que el tratamiento de litio que le había prescrito surtía efecto. Durante más de medio año, Kitty había permanecido estable, en general animada, sin picos ni bajones de consideración. Y había tomado la decisión de testificar para la acusación en el caso de los hermanos Griner, lo cual no solo era una prueba de valor, sino que además sin duda podía favorecerla en su propia causa. Existían sobradas razones para creer que podía salir en libertad condicional poco después del juicio. Los dos habían empezado a hablar del centro de reinserción social, de cómo reaccionaría la primera vez que se

enterase de que alguien pasaba drogas, de cómo volvería a presentarse ante sus hijos. ¿Había empezado a parecerle todo de color de rosa?

Lampley debió de percibir la preocupación de Frank.

—Se pondrá bien, doctor. Ha sido un episodio aislado, esa es mi opinión. La luna llena, posiblemente. Hoy anda todo un poco revuelto, ¿sabe?

La fornida veterana era pragmática pero concienzuda, exactamente las cualidades que uno esperaba en una funcionaria con rango de jefa. Tampoco estaba de más que Van Lampley se hubiese labrado cierto renombre por su poderío como contrincante en las competiciones de pulsos. Sus voluminosos bíceps se dibujaban bajo las mangas grises del uniforme.

—Sí, ya —dijo Clint, acordándose del accidente de tráfico en la carretera que Lila había mencionado. Había asistido un par de veces a la fiesta de cumpleaños de Van, que vivía al otro lado de la montaña—. Hoy debe de haber venido al trabajo por el camino largo. Lila me ha comentado que ha volcado un camión. Me ha contado que han tenido que retirar con buldócer toda la carga.

—¿Eh? —contestó Van—. Yo no he visto nada de eso. Deben de haberlo limpiado antes de que yo saliera. Me refería a lo de West y Ryckman. —Jodi West y Claire Ryckman eran las auxiliares sanitarias del turno de día. Como Clint, trabajaban de nueve a cinco—. No se han presentado. Así que no tenemos a nadie en la sección médica. Coates está que trina. Dice que va a...

—¿No ha visto nada en Mountain Rest Road? —¿No había dicho Lila que era en Mountain Rest Road? Clint estaba seguro, o al menos casi seguro.

Van negó con la cabeza.

—Aunque no sería el primer accidente en esa carretera. —Sonrió, exhibiendo una buena dentadura amarillenta—. En otoño volcó allí un camión. Vaya calamidad. Era de PetSmart, ¿sabe? Arena para gatos y pienso para perros por toda la calzada.

La caravana que perteneciera al difunto Truman Mayweather no tenía buen aspecto la última vez que Terry Coombs había estado allí (para apaciguar un altercado doméstico relacionado con una de las numerosas «hermanas» de Truman, la cual abandonó la residencia poco después), pero esa mañana era un caos. Mayweather yacía desmadejado bajo la mesa del comedor con parte de los sesos sobre el pecho desnudo. Los muebles (adquiridos en su mayor parte en mercadillos a pie de carretera, en Dollar Discount o en Chapter 11, suponía Terry) estaban tirados por todas partes. El televisor, del revés, se hallaba en el plato de ducha oxidado. En el fregadero, una tostadora entablaba amistad con una zapatilla Converse remendada con cinta aislante. Había salpicaduras de sangre en todas las paredes. Además, cómo no, estaba el otro cadáver, cuya cabeza asomaba por el costado de la caravana, encorvado, con la raja del culo visible por encima de unos vaqueros sin cinturón. En el suelo de la caravana, había un billetero que contenía el documento de identidad del señor Jacob Pyle, de Little Rock, Arkansas.

¿Cuánta fuerza se requería para empotrar la cabeza de un hombre en una pared como esa?, se preguntó Terry. Las paredes de la caravana eran finas, cierto, aun así...

Lo fotografió todo debidamente y a continuación realizó una toma de trescientos sesenta grados con uno de los iPad del departamento. Permaneció dentro el tiempo suficiente para mandar las pruebas fotográficas a Linny Mars. Ella, en la oficina, imprimiría un juego de imágenes para Lila y crearía dos archivos, uno digital y otro en papel. Además, Terry envió un breve mensaje de texto a Lila.

«Ya sé que estarás cansada, pero será mejor que te pases por aquí.»

Aún débil pero cada vez más cerca, se oyó el sonido reconocible de la única ambulancia completamente equipada del hospital de St. Theresa, no un potente ulular, sino un gimoteo un tanto remilgado.

Roger Elway, con un cigarrillo colgando de la comisura de los labios, precintaba el lugar con cinta amarilla en la que se leía: ESCENARIO DE UN CRIMEN. NO PASAR. Terry le habló desde los peldaños de la caravana.

—Si Lila se entera de que has estado fumando en la escena de un crimen, te hará un culo nuevo.

Roger se quitó el cigarrillo de la boca, lo examinó como si nunca hubiese visto algo semejante, se lo apagó en la suela del zapato y se guardó la colilla en el bolsillo de la camisa.

—¿Dónde está Lila, por cierto? El ayudante del fiscal viene de camino; espera encontrarla aquí.

La ambulancia se detuvo, las puertas se abrieron en el acto, y a toda prisa, calzándose ya los guantes, se apearon Dick Bartlett y Andy Emerson, dos sanitarios con los que Terry ya había trabajado. Uno llevaba una tabla espinal, y el otro acarreaba el hospital portátil que llamaban bolsa de primeros auxilios.

Terry dejó escapar un gruñido.

—Solo el ayudante del capullo del fiscal, ¿eh? Dos muertos, y ni siquiera así merecemos la visita del mandamás.

Roger se encogió de hombros. Bartlett y Emerson, entretanto, después de las prisas iniciales, se habían detenido junto a la caravana, donde la cabeza asomaba de la pared.

—Dudo que este caballero vaya a beneficiarse mucho de nuestros servicios —comentó Emerson.

Bartlett, con los guantes de goma ya enfundados, señalaba con un dedo el

sitio por donde salía el cuello.

—Creo que tiene el Señor Mojón tatuado en el cuello.

—¿El zurullo parlante de *South Park*? ¿En serio? —Emerson se volvió para mirar—. Pues sí. Es verdad.

—¡Aquí estoy! —entonó Bartlett.

—Eh —dijo Terry—. Lo hacéis muy bien, chicos. Algún día deberíais colgar vuestro numerito en YouTube. Pero de momento tenemos otro cadáver dentro, y hay una mujer en el coche patrulla a la que no vendría mal un poco de ayuda.

—¿Seguro que quieres despertarla? —preguntó Roger. Movi6 la cabeza en direcci6n a la Unidad Cuatro. Se veían mechones de cabello lacio y sucio pegados a la ventanilla trasera—. La novia se ha quedado frita. Sabe Dios qué se habrá tomado.

Bartlett y Emerson cruzaron el patio sucio hasta el coche patrulla, y el primero golpeó el cristal con los nudillos.

—¿Señora? ¿Señorita? —Nada. Golpeó con más insistencia—. Vamos, despierte. —Todavía nada. Probó el tirador, y al ver que no cedía, se volvió hacia Terry y Roger—. Necesito que lo abráis.

—Ah —dijo Roger—. Claro.

Pulsó el botón de apertura del mando a distancia. Los faros de la Unidad Cuatro destellaron. Dick Bartlett abrió la puerta de atrás, y Tiffany Jones cayó hacia fuera como un saco de ropa sucia. Bartlett la sujetó justo a tiempo de evitar que la mitad superior de su cuerpo aterrizara en la grava entremezclada con hierbajos.

Emerson saltó hacia delante para ayudarlo. Roger se quedó inmóvil, con aire un tanto irritado.

—Si esta se nos va, Lila se va a cabrear como una mona. Es la única testi...

—¿Dónde tiene la cara? —preguntó Emerson con tono de asombro—.

Maldita sea, ¿dónde tiene la *cara*?

Eso sí que hizo que Terry se moviera. Se acercó al coche patrulla mientras los dos sanitarios depositaban a Tiffany con cuidado en el suelo. Terry le sujetó el cabello —sin saber muy bien por qué—, pero lo soltó en el acto al notar entre los dedos un contacto grasiento y una especie de chasquido. Se limpió la mano en la camisa. Tiffany tenía el pelo vetado de una sustancia blanca y membranosa. Le cubría también el rostro, y sus facciones apenas se distinguían, como si quedaran ocultas por uno de esos velos que aún llevaban algunas ancianas cuando iban a la iglesia en aquella tierra de gente devota.

—¿Qué es eso? —Terry seguía frotándose la mano. La sustancia, un tanto viscosa, le producía una sensación desagradable, un ligero hormigueo—. ¿Telarañas?

Roger miraba por encima del hombro, con los ojos muy abiertos en una mezcla de fascinación y repugnancia.

—¡Le sale de la nariz, Ter! ¡Y de los ojos! ¿Qué coño es esto?

El sanitario Bartlett retiró una porción de aquel pringue de la mandíbula de Tiffany y se lo limpió en su propia camisa, pero Terry advirtió que parecía fundirse en cuanto se despegaba de la piel de ella. Se miró la mano. Tenía la piel limpia y seca. Tampoco quedaba residuo alguno en la camisa, pese a que la mancha estaba ahí hacía un momento.

Emerson apoyó los dedos a un lado de la garganta de Tiffany.

—Noto el pulso. Firme y estable. Y respira bien, porque en la boca, según veo, esa mierda sube y baja. Saquemos el kit de diagnóstico.

Bartlett extrajo el estuche de color naranja de la bolsa de primeros auxilios, vaciló y a continuación volvió a meter la mano en la bolsa para sacar unos paquetes de guantes desechables. Entregó un par a Emerson y se quedó otro. Terry observaba, lamentando profundamente haber tocado aquella especie de telaraña que cubría la piel de Tiffany. ¿Y si era venenosa?

Obtuvieron una tensión arterial que, según Emerson, era normal. Los sanitarios discutieron largo y tendido sobre si convenía o no limpiarle los ojos y examinarle las pupilas, y si bien aún no lo sabían, cuando se decantaron por no hacerlo, tomaron la mejor decisión de sus vidas.

Mientras hablaban, Terry vio algo que no le gustó: la boca revestida de telarañas de Tiffany se abrió y cerró lentamente, como si masticara el aire. Su lengua se había teñido de blanco. De ella surgían filamentos, ondeantes como plancton.

Bartlett se irguió.

—Deberíamos trasladarla al St. Theresa, ahora mismo, a no ser que tengáis algún inconveniente. Si es así, decidlo, porque parece estable... —Miró a Emerson, quien asintió.

—Fijaos en los ojos —apuntó Roger—. Los tiene totalmente blancos. ¡Qué asco!

—Adelante, lleváosla —contestó Terry—. Tampoco parece que podamos interrogarla.

—Los dos fallecidos... —dijo Bartlett—. ¿Ellos también presentan esta sustancia?

—No —respondió Terry, y señaló hacia la cabeza saliente—. En ese podéis verlo vosotros mismos. En Truman, el tío de dentro, tampoco.

—¿Y en el fregadero? —preguntó Bartlett—. ¿En el váter? ¿En la ducha? O sea, en sitios húmedos.

—La tele está en el plato de ducha —explicó Terry, lo cual no era una respuesta; era, de hecho, una incongruencia, pero en un primer momento no se le ocurrió nada más. Otra incongruencia: ¿estaba ya abierto el Squeaky? Aunque era temprano, en mañanas como esa se les permitía tomar una o dos cervezas; existía una dispensa especial para situaciones con cadáveres espeluznantes o mierda repulsiva en la cara de la gente. Seguía mirando a

Tiffany Jones, quien lenta pero incesantemente estaba siendo enterrada viva bajo una bruma blanca y diáfana de... algo. Se obligó a contestar a la pregunta —. Solo en ella.

A continuación, Roger Elway dijo lo que todos estaban pensando.

—Tíos, ¿y si es contagioso?

Nadie respondió.

Terry captó un movimiento con el rabillo del ojo y se volvió al instante hacia la caravana. Al principio pensó que la bandada que se elevaba del tejado eran mariposas, pero durante el día las mariposas eran de colores, y aquellas eran marrones y grises. No eran mariposas diurnas corrientes, sino mariposas nocturnas. Centenares.

6

En torno a unos doce años antes, un bochornoso día de finales de verano, llegó a Control Animal el aviso de que había un mapache bajo el suelo de un granero reformado que la iglesia Episcopal utilizaba como «centro pastoral». La mayor preocupación era la posibilidad de que tuviese la rabia. Frank se presentó allí en el acto. Se puso la mascarilla y unos guantes hasta los codos, se arrastró por debajo del granero e iluminó con una linterna al animal, que huyó despavorido, como correspondía a un mapache sano. Ahí debería haber acabado todo —los mapaches rabiosos eran un problema grave; los mapaches intrusos, no tanto—, salvo por el hecho de que la bonita mujer de veintitantos años que le había mostrado el hueco bajo el granero le ofreció un vaso de Kool-Aid azul del mercadillo benéfico de bollos y pastas organizado en el aparcamiento. Sabía bastante mal —aguado, sin azúcar suficiente—, pero Frank consumió bebida por valor de tres dólares con tal de quedarse allí, de

pie en la hierba amarillenta, hablando con aquella mujer, que tenía una risa maravillosa y vibrante, y una forma de ponerse en jarras que le despertaba cierto cosquilleo.

—Bueno, ¿y va usted a cumplir con su deber, señor Geary? —preguntó por fin Elaine a su peculiar manera, interrumpiendo de pronto la charla intrascendente para ir al grano—. Con mucho gusto le permitiría que me invitara a salir si tapara ese hueco de algún modo para impedir que ese bicho siga matando a seres debajo del suelo de la iglesia. Ese es mi ofrecimiento. Se le han quedado los labios azules.

Él regresó después del trabajo y clavó una tabla en el hueco —lo siento, mapache, un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer—, y acto seguido llevó a su futura mujer al cine.

Hacía doce años.

Entonces ¿qué había ocurrido? ¿Era culpa de él o es que el matrimonio sencillamente tenía fecha de caducidad?

Durante largo tiempo, Frank creyó que las cosas les iban bien. Tenían a la niña, la casa, buena salud. No todo era miel sobre hojuelas, naturalmente. El dinero salía tal como entraba. Nana no era la estudiante más aplicada. A veces Frank se ponía... en fin... ciertas cosas lo desbordaban, y cuando se sentía desbordado, afloraba en él cierta *tensión*. Pero todo el mundo tenía sus defectos, y a lo largo de doce años forzosamente tenía que aparecer alguna que otra gotera. Solo que su mujer no lo veía de esa manera. Hacía ocho meses le había explicado cómo lo veía ella exactamente.

Le había dado a conocer su visión de las cosas después del famoso puñetazo en la pared de la cocina. Poco antes del famoso puñetazo en la pared de la cocina, le dijo que había donado ochocientos dólares a la iglesia en una recaudación de fondos para procurar alimento a los niños hambrientos de algún lugar de África sumido en la miseria. Frank no era un desalmado; se

hacía cargo del sufrimiento ajeno. Pero uno no donaba un dinero que no podía permitirse donar. Uno no ponía en peligro la situación de su propia hija para ayudar a los hijos de otras personas. Aun así, por descabellado que resultase —un plazo entero de la hipoteca se había ido volando al otro lado del océano—, aquella no había sido la causa del famoso puñetazo en la pared. La causa fue lo que ella añadió a continuación, y la expresión de su cara cuando lo dijo, a la vez insolente y hermética: «Ha sido decisión mía porque era mi dinero». Como si sus votos matrimoniales no significaran nada para ella después de once años, como si pudiera hacer lo que le viniera en gana sin tenerlo a él en cuenta. Así que Frank dio un puñetazo a la pared (no a *ella*, a la *pared*), y Nana corrió escalera arriba lloriqueando, y Elaine hizo su declaración: «Al final se te irá la mano con nosotras, cariño. Un día de estos, no será la pared».

Ya no cambió de idea al margen de lo que Frank dijera o hiciera. La alternativa era un período de separación de prueba o el divorcio, y Frank eligió lo primero. Y Elaine había fallado en su predicción. A él nunca se le había ido la mano con ellas. Nunca se le iría. Era fuerte. Era un protector.

Lo cual dejaba en el aire una pregunta muy importante: ¿qué trataba de demostrar Elaine? ¿Qué ganaba ella haciéndolo pasar por eso? ¿Se debía a algún conflicto infantil sin resolver? ¿Era puro y simple sadismo?

Fuera lo que fuese, era jodidamente irreal. Y jodidamente absurdo. Como afroamericano en la zona de los Tres Condados (o en cualquier condado de Estados Unidos), uno no llegaba a los treinta y ocho años sin encontrarse con sobradas situaciones absurdas: al fin y al cabo, el racismo era la máxima expresión de lo absurdo. Se acordó de la hija de un minero allá en primero o segundo de primaria, una niña con los dientes en abanico, como una mano de póquer, y el pelo recogido en trenzas tan cortas que parecían muñones de dedos. La cría le había hincado un dedo en la muñeca y había observado: «Eres del color de la mugre, Frank, como la que tiene mi papá debajo de las

uñas».

La niña tenía una expresión a medio camino entre la jocosidad y el asombro, dominada por una estupidez extrema. Pese a su corta edad, Frank había reconocido el agujero negro de la estupidez incurable. Le causó estupefacción y perplejidad. Más adelante, cuando vio eso mismo en otros rostros, lo asustaría, y lo indignaría, pero en aquel momento se quedó de una pieza. Una estupidez de esa magnitud tenía su propio campo gravitacional. *Tiraba de uno.*

Solo que Elaine no era estúpida. Nada más lejos.

Elaine sabía qué se sentía cuando a una, en unos grandes almacenes, la seguía de acá para allá un muchacho blanco que ni siquiera tenía el graduado escolar, actuando como si fuera Batman y se dispusiera a sorprenderla robando un tarro de cacahuets. A Elaine la habían maldecido manifestantes frente a Planificación Familiar, la habían mandado al infierno personas que ni siquiera sabían cómo se llamaba.

¿Qué quería, pues? ¿Por qué le infligía ese dolor?

Una incómoda posibilidad: no le faltaba razón para preocuparse.

Mientras iba en busca del Mercedes verde, Frank veía una y otra vez en su cabeza a Nana alejarse de él, pisar sus tizas bien ordenadas y pasar por encima de su dibujo.

Frank sabía que no era perfecto, pero también sabía que en esencia era un hombre bueno. Ayudaba a la gente, ayudaba a los animales, quería a su hija y haría cualquier cosa por protegerla, y jamás había maltratado a su mujer. ¿Había cometido errores? ¿Se contaba el famoso puñetazo en la pared entre ellos? Eso Frank lo admitía. Así lo habría declarado ante un juez. Pero nunca había hecho daño a nadie que no lo mereciera, y su intención era sencillamente hablar con el hombre del Mercedes.

Frank detuvo la furgoneta delante de una elegante verja de hierro forjado y

aparcó detrás del Mercedes verde. El guardabarros delantero del lado izquierdo estaba polvoriento, pero el del derecho resplandecía. Se veía por dónde había pasado el trapo, el muy hijo de puta.

Frank subió por el sendero de pizarra que comunicaba el camino de acceso con la puerta de la gran casa blanca. Terraplenes ajardinados en los que crecían sasafrases bordeaban el sendero, y la enramada creaba un pasadizo. Los pájaros gorjeaban en las copas por encima de él. Al final del sendero, al pie de la escalinata, un lilo joven, casi en flor, crecía en un tiesto de piedra. Frank resistió el impulso de arrancarlo de raíz. Subió hasta el porche. En la puerta maciza de roble había una aldaba de latón con forma de caduceo.

Se dijo que debía dar media vuelta y marcharse derecho a casa. A renglón seguido agarró la aldaba y golpeó una y otra vez contra la placa.

7

Garth Flickinger tardó en despegarse del sofá.

—Ya va, ya va —dijo, en vano: la puerta era muy gruesa y él tenía la voz muy ronca. Llevaba fumando sin parar desde que había vuelto a casa tras su visita a la señorial caravana del placer de Truman Mayweather.

Si alguien le hubiera preguntado por las drogas, Garth habría puesto especial empeño en transmitir a su interlocutor la idea de que él solo consumía de vez en cuando, para pasar un buen rato, pero esa mañana había sido una excepción. Una emergencia, en realidad. No ocurría todos los días que uno estuviese echando una meada en la caravana de su camello y de pronto estallara la Tercera Guerra Mundial al otro lado de la endeble puerta del cagadero. Allí había sucedido algo —golpes, disparos, gritos—, y a Garth, en un momento de idiotez incomprensible, no se le había ocurrido otra cosa que

abrir la puerta para averiguar qué pasaba. Lo que había visto sería difícil de olvidar. Quizá imposible. En el extremo opuesto de la caravana, una mujer de cabello negro, desnuda de cintura para abajo, tenía al colega de Truman llegado de Arkansas agarrado por el pelo y la cinturilla de los vaqueros y estaba estampándolo de cabeza contra la pared: *¡pum! ¡pum! ¡pum!*

Imaginemos un artefacto de asedio que embiste con un tronco descomunal las puertas de un castillo. El hombre tenía la cabeza bañada en sangre y los brazos le bailaban a los costados como los de una muñeca de trapo.

Por otro lado, allí yacía Truman, desplomado en el suelo con un orificio de bala en la frente. ¿Y aquella mujer extraña? Mantenía una expresión horrorosamente plácida. Era como si se ocupara de sus asuntos sin ninguna preocupación en particular, salvo que sus asuntos consistían en utilizar la cabeza de un hombre como ariete. Garth había cerrado la puerta con cuidado, se había subido a la tapa del inodoro y se había descolgado por la ventana. Después había corrido hasta su coche y había vuelto a casa a la velocidad de la luz.

La experiencia le había alterado un poco los nervios, y eso no solía ocurrir. A Garth Flickinger, cirujano plástico certificado en su especialidad, miembro destacado de la sociedad estadounidense de cirujanos plásticos, por lo general no le temblaba el pulso.

Ya se sentía mejor, la piedra que se había fumado le había sentado bien, pero esos golpes en la puerta le disgustaban.

Garth rodeó el sofá y, abriéndose paso a través de un pequeño mar de cajas de comida rápida, atravesó el salón.

En el televisor de pantalla plana, una periodista sumamente sexy hablaba en actitud sumamente seria sobre unas ancianas comatosas de una residencia de la tercera edad de Washington. Su seriedad no hacía sino realzar lo sexy que era. Tenía una copa A, pensó Garth, pero su complexión pedía a gritos una B.

«¿Por qué solo mujeres? —se preguntaba la periodista en voz alta en la pantalla plana—. Al principio pensábamos que solo eran vulnerables las muy mayores y las muy jóvenes, y ahora parece que mujeres de todas las edades...»

Garth apoyó la frente en la puerta y dio una palmada en la madera.

—¡Basta! ¡No más!

—¡Abra!

Era una voz grave y malhumorada. Reunió fuerzas y levantó la cabeza para echar un vistazo por la mirilla. Fuera había un afroamericano, de unos treinta y cinco años, hombros anchos, rostro de magnífica estructura ósea. A Garth se le aceleró el pulso por un momento al ver que el hombre vestía uniforme beige —¡policía!—, pero enseguida advirtió que en la placa rezaba CONTROL ANIMAL.

«Ah, eres un perrero, un apuesto perrero, pero empleado de perrera de todos modos. Aquí no tenemos a ningún can fugitivo, caballero, así que no hay de qué preocuparse.»

¿O sí? Era difícil estar del todo seguro. ¿Podía ser ese individuo amigo de la arpía semidesnuda de la caravana? Mejor ser su amigo que su enemigo, supuso Garth, pero mejor aún, mucho mejor, eludirla totalmente.

—¿Lo manda ella? —preguntó Garth—. Yo no he visto nada. Dígaselo, ¿quiere?

—¡No sé de qué me está hablando! ¡He venido por iniciativa propia! ¡Ahora abra! —repitió el hombre a voz en cuello.

—¿Por qué? —preguntó Garth. Para mayor seguridad añadió—: Ni pensarlo.

—¡Oiga! Solo quiero hablar con usted. —El empleado de la perrera había hecho el esfuerzo de bajar la voz, pero Garth advirtió que contraía los labios para contener la necesidad (sí, la necesidad) de seguir gritando.

—En este momento no —contestó Garth.

—Alguien ha atropellado un gato. Alguien que iba en un Mercedes verde. Usted tiene un Mercedes verde.

—Eso es una desgracia. —Se refería al gato, no al Mercedes. A Garth le gustaban los gatos. También le gustaba su camiseta de los Flamin' Groovies, que en ese momento estaba hecha un ovillo al pie de la escalera. Garth la había utilizado para limpiar un poco de sangre del guardabarros del coche. Corrían tiempos difíciles—. Pero yo no sé nada de eso, y he tenido una mañana complicada, así que será mejor que se marche. Lo siento.

Un golpe, y la puerta se sacudió en el marco. Garth retrocedió. Aquel tipo le había asestado una patada.

Por la mirilla, Garth vio que el empleado de la perrera tenía los tendones del cuello en tensión.

—¿Mi hija vive cerca de aquí, más abajo, pedazo de gilipollas! ¿Y si hubiese sido ella? ¿Y si hubieses atropellado a mi hija en lugar de a ese gato?

—Voy a llamar a la policía —advirtió Garth. Confiaba en que aquel individuo lo encontrara más convincente que él mismo.

Se retiró al salón, se hundió en el sofá y cogió su pipa. La bolsa de droga estaba en la mesita de centro. Fuera empezó a oírse ruido de cristales rotos. Siguió un crujido metálico. ¿Acaso estaba el Señor Empleado de la Perrera maltratando su Mercedes? A Garth no le importó, ese día no. (De todos modos lo tenía asegurado.) Aquella pobre yonqui. Tiffany, se llamaba, tan consumida y tan encantadora. ¿Habría muerto? ¿La habría matado la gente que había atacado la caravana (suponía que esa mujer extraña formaba parte de una banda)? Se dijo que Tiff, por encantadora que fuese, no era su problema. Mejor no obsesionarse con lo que no podía cambiarse.

La bolsa era de plástico azul, así que las piedras parecían azules hasta que uno las sacaba. Probablemente ese era el patético homenaje de Tru

Mayweather a *Breaking Bad*. Truman Mayweather ya no rendiría más homenajes, ni patéticos ni de ningún tipo, no después de esa mañana. Garth cogió una piedra y la echó en la cazoleta de la pipa. Lo que quiera que el Señor Empleado de la Perrera estuviera haciendo en ese momento al Mercedes disparó la alarma: *bip, bip, bip*.

El televisor mostraba imágenes de una luminosa habitación de hospital. Dos siluetas femeninas yacían bajo sábanas de hospital. Capullos de un tejido tenue cubrían las cabezas de las mujeres. Era como si llevaran sendos panales encasquetados hasta la barbilla. Garth encendió la pipa, dio una calada, se llenó los pulmones y retuvo el humo.

Bip, bip, bip.

Garth tenía una hija, Cathy, de ocho años. Padecía de hidrocefalia y vivía en un centro especializado, uno muy agradable, en Carolina del Norte, lo bastante cerca de la costa para que llegara el salitre con la brisa. Él corría con todos los gastos, qué otra cosa podía hacer. Para la niña, era mejor que la madre se ocupara de los detalles. Pobre Cathy. ¿Qué se había dicho antes con respecto a la yonqui? Ah, sí, que era mejor no obsesionarse con lo que no podía cambiarse. Resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Pobre Garth. Pobres ancianas con panales encasquetados en las cabezas. Pobre gato.

La guapa corresponsal se hallaba en una acera frente a una multitud cada vez mayor. A decir verdad, la talla de copa A le quedaba bien. Lo de la B había sido solo una primera impresión. ¿Tenía la nariz operada? Caray, si la tenía operada —y Garth, sin verla de cerca, no estaba del todo seguro—, el resultado era excelente, muy natural, ligeramente respingona.

«El Centro de Control y Prevención de Enfermedades ha emitido un aviso —anunció—: Bajo ningún concepto intenten retirar la excrecencia.»

—Parecerá una locura —dijo Garth—, pero solo de oírlo me entran ganas de hacerlo.

Cansado de las noticias, cansado del tío de Control Animal, cansado de la alarma del coche (aunque supuso que se apagaría en cuanto el individuo de Control Animal decidiera llevarse su mal genio a otra parte), cansado de obsesionarse con lo que no podía cambiarse, Garth fue cambiando de canal hasta encontrar un publrreportaje sobre cómo desarrollar los abdominales en solo seis días para tener tableta. Intentó anotar el número 800, pero el único bolígrafo que encontró no escribía en la palma de su mano.

La población total de los condados de McDowell, Bridger y Dooling ascendía a setenta y dos mil almas aproximadamente, el cincuenta y cinco por ciento hombres, el cuarenta y cinco por ciento mujeres. Eso equivalía a cinco mil personas menos desde el último censo general de Estados Unidos, lo que oficialmente convertía los Tres Condados en una «zona de emigración». Contaba con dos hospitales, uno en el condado de McDowell («¡Una tienda de regalos estupenda!», decía el único post en la sección de comentarios de la página web del hospital de McDowell) y uno mucho más grande en el condado de Dooling, donde residía la mayor parte de la población: treinta y dos mil personas. La zona de los Tres Condados disponía de un total de diez dispensarios, más dos decenas de «dispensarios del dolor», como se los llamaba, en los pinares, donde podían obtenerse diversos opiáceos con recetas extendidas in situ. Tiempo atrás, antes de que cerraran casi todas las minas, la zona de los Tres Condados era conocida como la República de los Hombres Sin Dedos. En la actualidad se había convertido en la República de los Hombres en Paro, pero eso tenía su lado bueno: los menores de cincuenta años, en su gran mayoría, conservaban todos los dedos, y hacía diez años que nadie moría en un derrumbe.

La mañana que Evie Sin Nombre (así inscrita por Lila Norcross, porque la detenida no facilitó su apellido) visitó la caravana de Truman Mayweather, la mayor parte de las aproximadamente catorce mil mujeres del condado de Dooling despertaron como de costumbre e iniciaron su jornada. Muchas vieron

en televisión la noticia sobre la propagación de la epidemia que inicialmente recibió el nombre de enfermedad del sueño australiana, luego de gripe del sueño de las mujeres, y después gripe de Aurora, así llamada por la princesa de la versión de Walt Disney del cuento de hadas *La Bella Durmiente*. La noticia asustó a pocas de las mujeres de los Tres Condados que la vieron; Australia, Hawái y Los Ángeles eran lugares lejanos, al fin y al cabo, y si bien la información transmitida por Michaela Morgan desde aquella residencia de ancianos de Georgetown era un tanto alarmante, y Washington se hallaba cerca desde el punto de vista geográfico —a menos de un día de viaje en coche—, Washington era una ciudad, y eso, para la mayor parte de la gente en los Tres Condados, la situaba en una categoría totalmente distinta. Además, por aquellos lares no muchos veían NewsAmerica, porque preferían *Good Day Wheeling* o a Ellen DeGeneres.

El primer indicio de que podía estar ocurriendo algo grave incluso allí, en aquel rincón perdido, tuvo lugar poco después de las ocho de la mañana. Se presentó a las puertas del hospital de St. Theresa en la persona de Yvette Quim, quien estacionó su viejo Jeep Cherokee oblicuamente junto al bordillo e irrumpió en Urgencias con sus dos hijas gemelas en brazos. Una pequeña cara envuelta en un capullo descansaba sobre cada uno de sus pechos. La mujer vociferaba con la estridencia de una sirena de bomberos, lo que atrajo de inmediato a médicos y enfermeras.

—¡Que alguien ayude a mis niñas! ¡No se despiertan! ¡No se despiertan de ninguna manera!

Tiffany Jones, mucho mayor pero envuelta de manera similar, llegó poco después, y hacia las tres de esa tarde el servicio de Urgencias estaba abarrotado. Y seguían llegando: padres y madres con sus hijas, chicas con sus hermanas menores, tíos con sus sobrinas, maridos con sus esposas. Esa tarde nadie veía en el televisor de la sala de espera *Judge Judy*, ni el *Show del*

doctor Phil, ni ningún programa concurso. Solo los noticiarios, en los que no se hablaba más que de la misteriosa enfermedad del sueño, que afectaba únicamente a las con el cromosoma XX.

El minuto exacto, o el medio minuto, o el segundo en que las hembras de *Homo sapiens* dormidas dejaron de despertar y empezaron a formar sus capullos no llegó a determinarse de manera concluyente. Sin embargo, basándose en los datos acumulados, los científicos consiguieron por fin reducir la franja al espacio de tiempo comprendido entre las 7.37 y las 7.57, hora de la costa atlántica.

«Solo nos queda esperar que despierten —dijo George Alderson en NewsAmerica—. Y por el momento ninguna ha despertado. Doy paso a Michaela Morgan, con más información.»

2

Para cuando Lila Norcross llegó al edificio cuadrado de obra vista que albergaba la oficina del sheriff del condado de Dooling a un lado y el departamento de Asuntos Municipales al otro, estaban todos a punto. El ayudante Reed Barrows esperaba en el bordillo, listo para ocuparse de la actual detenida de Lila.

—Sé buena, Evie —dijo Lila, y abrió la puerta—. Enseguida vuelvo.

—Sé buena, Lila —contestó Evie—. Aquí estaré. —Se echó a reír. La sangre que le había salido de la nariz iba secándose en sus mejillas en forma de craquelado; la de la brecha de la frente le apelmazaba el pelo por delante, formando una pequeña cola de pavo en abanico.

Mientras Lila salía del coche y se apartaba para dejar paso a Reed, Evie añadió:

—Triple doble. —Se rio otra vez.

—Los técnicos forenses van de camino a la caravana —anunció Reed—. También el ayudante del fiscal y la Unidad Seis.

—Bien —contestó Lila, y se dirigió al trote hacia la puerta de la oficina.

Triple doble, pensó. Ah, eso era: al menos diez puntos, diez asistencias y diez rebotes. Y eso era lo que había conseguido la chica la noche anterior en la cancha de baloncesto, la chica a la que Lila había ido a ver.

La chica, tal como Lila pensaba en ella. Se llamaba Sheila. No era culpa de la chica. Culpa de *Sheila*. Su nombre era el primer paso hacia... ¿qué? No lo sabía. Sencillamente no lo sabía.

Y Clint. ¿Qué quería *Clint*? Lila sabía que no debería preocuparle, dadas las circunstancias, pero le preocupaba. Clint era un auténtico misterio para ella. Acudió a su mente una imagen familiar: su marido, sentado junto a la barra de la cocina, contemplando los olmos del jardín trasero, deslizándose el pulgar por los nudillos, esbozando una mueca vaga. Hacía mucho que ya no le preguntaba si le pasaba algo. Solo estaba pensando, decía él siempre, solo estaba pensando. Pero ¿en qué? ¿Y en quién? Eran preguntas lógicas, ¿no?

Lila no daba crédito a lo cansada, lo débil que se sentía, como si se hubiese derretido dentro del uniforme y se hubiese desparramado por encima de los zapatos en los veinte pasos que separaban el coche de la escalinata. De pronto todo parecía abierto a la duda, y si Clint no era Clint, ¿quién era ella? ¿Quién era cualquiera?

Debía concentrarse. Habían muerto dos hombres, y la presunta autora del crimen se hallaba en la parte trasera del coche patrulla de Lila, con un globo de aúpa. Lila podía estar cansada y débil, pero no en ese momento.

Oscar Silver y Barry Holden esperaban en la oficina principal.

—Caballeros —dijo.

—Jefa —contestaron ellos casi al unísono.

El juez Silver era más viejo que Matusalén y le flojeaban las piernas, pero no padecía la menor carencia en la azotea. Barry Holden se ganaba la vida para sí y para su tribu de mujeres dependientes (esposa, cuatro hijas) a fuerza de redactar testamentos y contratos y negociar acuerdos con las compañías de seguros (sobre todo con el infame ogro Drew T. Barry, de la Aseguradora Drew T. Barry). Holden era también uno de los cinco o seis abogados de la zona de los Tres Condados que actuaban de oficio por rotación. Era un buen hombre, y Lila no tardó mucho en explicarle qué quería. Él accedió, aunque necesitaba un anticipo por sus servicios. Dijo que un dólar bastaría.

—Linny, ¿tienes un dólar? —preguntó Lila a la operadora—. Podría quedar un poco raro que yo contratara a un representante legal para una mujer a la que he detenido por dos cargos de asesinato en primer grado.

Linny entregó un dólar a Barry. Este se lo guardó en el bolsillo, se volvió hacia el juez Silver y adoptó su mejor voz de juzgado.

—Habiendo sido contratado por Linnette Mars en representación de la detenida que la sheriff Norcross acaba de traer bajo custodia, solicito que... ¿cómo se llama, Lila?

—Evie, el apellido no lo sabemos aún. Llámela Evie Sin Nombre.

—Que Evie Sin Nombre quede bajo la custodia del doctor Clinton Norcross para ser sometida a un examen psiquiátrico, examen que se realizará en el Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

—Así queda ordenado —apostilló el juez Silver en el acto.

—Esto... ¿y qué pasa con el fiscal? —preguntó Linny desde su mesa—. ¿No tiene Janker algo que decir?

—Janker accede *in absentia* —respondió el juez Silver—. Después de salvar su incompetente pellejo en mi sala en más de una ocasión, puedo afirmarlo con total seguridad. Decido que Evie Sin Nombre sea trasladada al Centro Penitenciario de Dooling inmediatamente y retenida allí por un período

de... ¿unas cuarenta y ocho horas, Lila?

—Que sean noventa y seis —intervino Barry Holden, considerando al parecer que debía hacer algo por su clienta.

—De acuerdo, juez, noventa y seis —convino Lila—. Solo quiero llevarla a algún sitio donde no se haga más daño mientras consigo algunas respuestas.

Linny decidió pronunciarse. En opinión de Lila, empezaba a ponerse pesada.

—¿No tendrán inconveniente Clint y la directora Coates en acoger a una invitada?

—Ya me ocuparé yo de eso —respondió Lila, y volvió a pensar en su nueva detenida. Evie Sin Nombre, la misteriosa asesina que sabía cómo se llamaba Lila y hablaba de triples dobles sin ton ni son. Obviamente una coincidencia, pero de lo más inoportuna—. Hagámosla entrar el tiempo justo para tomarle las huellas. Además, Linny y yo tenemos que acompañarla a un calabozo y ponerle el mono desechable. La camisa que viste ha de apartarse como prueba, y es lo único que lleva. No estaría bien que la mandara a la cárcel en cueros, ¿verdad que no?

—No, como abogado suyo, yo no lo aprobaría en absoluto —dijo Barry.

3

—¿Y bien, Jeanette? ¿Qué tenemos?

Jeanette reflexionó sobre la táctica de apertura de Clint.

—Hummm, veamos. Ree ha dicho que anoche soñó que comía tarta con Michelle Obama.

Los dos, el psiquiatra de la prisión y la reclusa-paciente, caminaban lentamente por el patio de ejercicio. Estaba vacío a esa hora de la mañana,

cuando casi todas las reclusas se dedicaban a sus diversos trabajos (carpintería, ebanistería, mantenimiento, lavandería, limpieza) o asistían a clases para sacarse el graduado escolar en lo que en el Centro Penitenciario de Dooling se conocía como Escuela para Tontos o se limitaban a quedarse tumbadas en sus celdas y dejar pasar el tiempo.

Jeanette llevaba prendido en la casaca del uniforme beige un Pase de Patio firmado por el propio Clint. Lo que lo convertía en responsable de ella. Eso no le suponía el menor problema. Era una de sus reclusas-pacientes preferidas (una de sus «mascotas», habría dicho la directora Janice Coates, cáusticamente), y la menos conflictiva. En su opinión, el lugar de Jeanette estaba fuera de allí; no en otro centro, sino en el exterior, caminando en libertad. No era una opinión que fuera a compartir con Jeanette, porque ¿de qué iba a servirle a ella? Aquello era la región de los Apalaches. En los Apalaches, uno no salía en libertad condicional con una condena por asesinato, por más que fuese de segundo grado. Su convicción de que Jeanette no podía considerarse culpable de la muerte de Damian Sorley era una de esas cosas que no manifestaba a nadie excepto a su mujer, y quizá ni siquiera a ella. De un tiempo a esa parte notaba a Lila un poco ausente. Un poco abstraída. Esa misma mañana, por ejemplo, aunque quizá se debiera a la falta de sueño. Y a eso se añadía lo que Vanessa Lampley había dicho sobre el camión de pienso volcado en Mountain Rest Road el año anterior. ¿Qué probabilidades existían de que se produjeran dos accidentes idénticos, tan peculiares, con solo unos meses de diferencia?

—Eh, doctor N., ¿está usted ahí? Decía que Ree...

—Soñó que comía con Michelle Obama, lo he oído.

—Eso es lo que ha dicho *al principio*. Pero se lo ha inventado. En realidad soñó con una profesora que le decía que no estaba en la clase que le correspondía. Un sueño de máxima ansiedad, ¿no le parece?

—Podría ser. —Era una de las diez o doce respuestas por defecto que tenía siempre a punto para contestar a las preguntas de las pacientes.

—Eh, doctor, ¿cree que Tom Brady vendría aquí? ¿A dar una charla, firmar autógrafos?

—Podría ser.

—Podría firmar algunos de esos balones de fútbol pequeños de juguete, ¿sabe?

—Claro.

Jeanette se detuvo.

—¿Qué acabo de decir?

Clint se lo pensó por un momento y se echó a reír.

—Me has pillado.

—¿Dónde tiene hoy la cabeza, doctor? Está haciendo ese gesto que suele hacer. Disculpe por, digamos, meterme en su espacio privado, pero ¿va todo bien en casa?

Con un desagradable sobresalto interior, Clint cayó en la cuenta de que ya no tenía la total seguridad de que así fuese, y la inesperada pregunta de Jeanette —su percepción— lo inquietó. Lila le había mentado. No había habido ningún accidente en Mountain Rest Road, no la noche anterior. De pronto estaba seguro.

—Todo va perfectamente en casa. ¿Qué gesto hago?

Ella adoptó una expresión ceñuda, levantó el puño y se pasó el pulgar una y otra vez por los nudillos.

—Cuando hace eso, sé que anda usted por ahí cogiendo margaritas o algo así. Da la impresión de que se acuerda de una pelea en la que estuvo metido.

—Ah —dijo Clint. Apuntaba demasiado cerca para su tranquilidad—. Una vieja costumbre. Hablemos de ti, Jeanette.

—Mi tema preferido.

Esa respuesta quedaba bien, pero Clint sabía que distaba mucho de ser cierta. Si permitía a Jeanette dirigir la conversación, se pasarían la hora entera al sol hablando de Ree Dempster, Michelle Obama, Tom Brady y quienquiera que le acudiese a la cabeza por libre asociación. En lo tocante a libre asociación, Jeanette no tenía rival.

—Bien. ¿Qué soñaste *tú* anoche? Si vamos a hablar de sueños, hablemos de los tuyos, no de los de Ree.

—No me acuerdo. Ree me lo ha preguntado, y le he contestado lo mismo. Me parece que es por ese medicamento nuevo que usted me recetó.

—Es decir, que soñaste algo.

—Sí... probablemente... —Jeanette miraba el huerto en lugar de mirarlo a él.

—¿Podrías haber soñado con Damian? Antes soñabas mucho con él.

—Desde luego, con su aspecto. Todo azul. Pero hace mucho que no tengo el sueño del hombre azul. Oiga, ¿se acuerda de aquella película? *¿La profecía?* ¿Sobre el hijo del diablo? El nombre del niño era parecido: Damien.

—Tienes un hijo...

—¿Y? —Jeanette sí lo miraba, y con cierta desconfianza.

—Bueno, algunos podrían decir que tu marido, en tu vida, era el demonio, con lo cual Bobby sería...

—¿El hijo del diablo! *¿La profecía 2!* —Señalándolo con el dedo, soltó una carcajada—. ¡Eso sí que tiene gracia! Bobby es el niño más adorable del mundo, ha salido a la familia de mi madre. Viene a verme desde Ohio con mi hermana cada dos meses. Ya lo sabe. —Se rio otra vez, un sonido poco común en esa hectárea de terreno cercada y rigurosamente vigilada, pero muy grato—. ¿Sabe qué pienso?

—No —dijo Clint—. Soy psiquiatra, no mentalista.

—Pienso que podría ser un caso clásico de *transferencia*. —Trazó unos

signos en el aire con el índice y el corazón de ambas manos para indicar las comillas en torno a la palabra clave—. En el sentido de que es usted quien está preocupado porque *su* chico sea el hijo del diablo.

Esta vez fue Clint quien rio. La idea de que Jared tuviera cualquier lazo con el diablo —Jared, que se ahuyentaba los mosquitos de los brazos en vez de aplastarlos de una palmada— era surrealista. Su hijo le preocupaba, sí, pero no por la posibilidad de que acabara entre rejas y alambre de espino, como Jeanette y Ree Dempster, Kitty McDavid y la bomba de relojería conocida como Angel Fitzroy. Por Dios, pero si su hijo ni siquiera tenía valor para pedir a Mary Pak que lo acompañara al baile de primavera.

—A Jared no le pasa nada, y seguro que a tu Bobby tampoco. ¿Qué tal te va la medicación para los...? ¿Cómo lo llamas?

—Mis desenfoques. Es cuando no veo o no oigo del todo bien a la gente. Estoy muchísimo mejor desde que empecé con las nuevas pastillas.

—¿No lo dices solo por decir? Porque tienes que ser sincera conmigo, Jeanette. ¿Recuerdas lo que siempre digo?

—La sinceridad da dividendos. Y soy franca con usted. Estoy mejor. Aunque a veces todavía tengo bajones, y entonces empiezo a perder el norte y vuelven los desenfoques.

—¿Alguna excepción? ¿Hay alguien que te llegue alto y claro cuando estás deprimida? ¿Y que quizá te catapulte para salir de ese estado?

—¡Catapulte! Eso me gusta. Sí, Bobby puede. Él tenía cinco años cuando entré aquí. Ahora tiene doce. Es teclista de un grupo, ¿no es increíble? ¡Y canta!

—Debes de estar muy orgullosa.

—¡Y tanto! El suyo debe de ser de la misma edad, ¿no?

Clint, que sabía cuándo una de sus pacientes intentaba desviar la conversación, contestó con una evasiva entre dientes en lugar de decirle que

Jared pronto tendría edad para votar, por raro que le pareciera a él mismo.

Ella le dio una palmada en el hombro.

—Asegúrese de que lleve condones.

Desde el puesto de guardia, bajo una sombrilla cerca de la pared norte, una voz amplificadora advirtió:

—¡RECLUSA! ¡NADA DE CONTACTO FÍSICO!

Clint dirigió un gesto al funcionario (costaba distinguirlo debido al altavoz, pero le pareció que el hombre de uniforme sentado en la silla plegable era el gilipollas de Don Peters) para indicarle que todo estaba en orden, y luego dijo a Jeanette:

—Ahora voy a tener que hablar de esto con *mi* terapeuta.

Ella se rio, complacida.

A Clint se le ocurrió, no por primera vez, que si las circunstancias fueran muy distintas, le habría gustado tener a Jeanette Sorley por amiga.

—Eh, Jeanette. ¿Sabes quién es Warner Wolf?

—¡Pasemos al vídeo! —exclamó ella al instante en una imitación perfecta—. ¿Por qué quiere saberlo?

Era una buena pregunta. ¿Por qué quería saberlo? ¿Qué tenía que ver con nada ese viejo comentarista deportivo? ¿Y qué más daba si su marco de referencia en la cultura popular (al igual que su físico) estaba algo desfasado?

Una pregunta mejor: ¿por qué le había mentido Lila?

—Ah —dijo Clint—, lo ha mencionado alguien. Me ha hecho gracia.

—Sí, a mi padre le encantaba —añadió Jeanette.

—A tu padre.

Un fragmento de *Hey Jude* sonó en su teléfono. Miró la pantalla y vio la foto de su mujer. Lila, que debería haber estado sumida en el sueño; Lila, que tal vez recordara a Warner Wolf o tal vez no; Lila, que había mentido.

—Tengo que atender esta llamada —dijo a Jeanette—, pero será solo un

momento. Acércate al huerto, arranca unas malas hierbas, y a ver si recuerdas qué soñaste anoche.

—Un poco de privacidad, lo pillo —respondió ella, y se encaminó hacia el huerto.

Clint hizo otra seña hacia la pared norte, para indicar al funcionario que el movimiento de Jeanette estaba autorizado, y a continuación pulsó ACEPTAR.

—Hola, Lila, ¿qué tenemos? —dijo, consciente en cuanto la frase salió de su boca de que era así como iniciaba muchas conversaciones con sus pacientes.

—Ah, lo de costumbre —dijo ella—. Una explosión en un laboratorio de meta, un doble homicidio, con la autora bajo custodia. La he pescado mientras se paseaba por Ball's Hill casi como Dios la trajo al mundo.

—Es broma, ¿no?

—Me temo que no.

—Joder, ¿estás bien?

—Sigo en pie a fuerza de pura adrenalina, pero por lo demás estoy perfectamente. El caso es que necesito un poco de ayuda.

Le dio los detalles. Clint escuchó, sin hacer preguntas. Jeanette trabajaba a lo largo de una hilera de guisantes, arrancando las malas hierbas y cantando algo alegre sobre su intención de ir al río Harlem a ahogarse. En el extremo norte del patio de la cárcel, Vanessa Lampley se acercó a la silla plegable de Don Peters, le habló y después ocupó el asiento mientras Don se dirigía con gesto cansino hacia la zona de administración con la cabeza gacha, como un niño llamado al despacho del director del colegio. Y si alguien merecía ser emplazado era aquel saco de tripas y líquidos.

—¿Clint? ¿Sigues ahí?

—Aquí mismo. Solo estaba pensando.

—Solo estabas pensando —repitió Lila—. ¿En qué?

—En el proceso. —Esa forma de presionarlo lo cogió por sorpresa. Casi parecía que Lila se hubiera burlado de él—. En teoría, es posible, pero tendría que consultarlo con Janice...

—Pues hazlo, por favor. Puedo estar ahí dentro de veinte minutos. Y si Janice necesita que la convenzan, convéncela. Necesito ayuda con esto, Clint.

—Tranquila, lo haré. El temor a una posible autolesión es una preocupación válida. —Jeanette había terminado con una fila y trabajaba en el sentido opuesto con la siguiente—. Solo digo que en condiciones normales la llevarías primero al St. Theresa para que la examinaran. Por lo que dices, parece que se ha destrozado la cara.

—Su cara no es mi preocupación inmediata. Casi le ha arrancado la cabeza a un hombre, y ha hundido la cabeza de otro en la pared de una caravana. ¿De verdad crees que debería meterla en una sala de reconocimiento con un interno de veinticinco años?

Clint deseó preguntarle de nuevo si se encontraba bien, pero, dado su ánimo, se pondría hecha una fiera, porque así era como uno reaccionaba bajo los efectos del cansancio y la tensión: arremetía contra la persona que no representaba un peligro. A veces, a menudo, incluso, Clint lamentaba tener que ser él quien no representara peligro.

—Quizá no.

Clint había empezado a oír los ruidos de la calle. Lila había salido del edificio.

—No solo es que sea peligrosa, ni que esté mal de la cabeza. Es como si... Jared diría: «Noto un cosquilleo en mi sentido arácnido».

—Quizá cuando tenía siete años.

—No había visto a esa mujer en mi vida, lo juraría sobre una pila de biblias, pero ella me conoce. Me ha llamado por mi nombre.

—Si llevas la camisa del uniforme, y supongo que así es, tiene una placa de

identificación en el bolsillo del pecho.

—Exacto, pero solo dice NORCROSS. Me ha llamado Lila. Tengo que cortar. Dime que cuando llegue ahí con ella encontraré fuera el felpudo de bienvenida.

—Así será.

—Gracias. —Clint la oyó carraspear—. Gracias, cariño.

—No hay de qué, pero tienes que hacer algo por mí. No la traigas tú sola. Estás agotada.

—Conducirá Reed Barrows. Yo voy de copiloto.

—Bien. Te quiero.

Se oyó que se abría la puerta de un vehículo, probablemente el coche patrulla de Lila.

—Yo también te quiero —dijo ella, y cortó.

¿Había percibido una ligera vacilación? En ese momento no tenía tiempo para pensar en eso, para desmenuzarlo hasta convertirlo en algo que posiblemente no era, y mejor así.

—¡Jeanette! —Y cuando ella se volvió hacia él, añadió—: Voy a tener que interrumpir la sesión antes de tiempo. Ha surgido un problema.

Las memeces eran el archienemigo de Coates. Tampoco es que la gente en general las apreciara, o le gustaran siquiera, pero muchos toleraban las memeces, llegaban a un entendimiento con ellas, y a su vez aportaban una abundante cosecha propia. La directora Janice Tabitha Coates no era dada a las memeces. No formaba parte de su manera de ser, y en todo caso habría resultado contraproducente. La cárcel era en esencia una fábrica de memeces,

podía llamársela Centro Manufacturero de Memeces para Mujeres de Dooling, y la misión de Janice Coates consistía en evitar que la producción se descontrolara. Las autoridades del estado lanzaban aluviones de memeces en forma de memorandos en los que le exigían simultáneamente que recortara costes y mejorara servicios. Había un flujo constante de memeces procedente de los juzgados —reclusas, abogados defensores y fiscales enzarzados en disputas por recursos de apelación—, y de alguna manera Coates siempre acababa viéndose en medio de todo. El departamento de Sanidad era muy aficionado a dejarse caer para llevar a cabo inspecciones, más memeces. Los técnicos que acudían a reparar la instalación eléctrica de la cárcel siempre prometían que sería la última vez, pero sus promesas eran memeces. La instalación seguía averiándose.

Y las memeces no terminaban cuando Coates llegaba a casa. Incluso mientras dormía, continuaban amontonándose, como la nieve en una nevada, una nieve marrón hecha de memeces, porque las memeces eran del color de la mierda. Como el ataque de locura de Kitty McDavid y la ausencia sin aviso de las dos auxiliares sanitarias, que habían elegido exactamente la misma mañana para no presentarse. Esa pila pestilente estaba esperándola cuando cruzó la puerta.

Como psiquiatra, Norcross era fiable, pero también producía su dosis de memeces, solicitando tratamientos y exenciones especiales para sus pacientes. Aquella incapacidad crónica para darse cuenta de que la gran mayoría de sus pacientes, las reclusas de Dooling, poseían a su vez un gran talento para las memeces, de que habían dedicado sus vidas a cultivar excusas que eran memeces, resultaba casi conmovedora, solo que luego le tocaba a Coates empuñar la pala para retirar toda esa mierda en forma de memeces.

Y sí, debajo de las memeces, algunas de esas mujeres tenían razones reales. Janice Coates no era tonta ni insensible. Muchas mujeres de Dooling, por

encima de todo, habían tenido mala suerte. Eso Coates lo sabía. Malas infancias, maridos horribles, situaciones inviables, trastornos mentales medicados a base de drogas y alcohol. Además de proveedoras, eran víctimas de las memeces. Así y todo, no correspondía a la directora cribar nada de eso. La compasión no podía poner en peligro sus obligaciones. Las reclusas estaban allí, y Coates debía ocuparse de ellas.

Y por esa misma razón debía vérselas con Don Peters, el artista supremo de la memez, a quien tenía delante en ese momento, quien estaba acabando de exponer su última sarta de memeces: el trabajador honrado, acusado de manera injusta.

Cuando hubo dado las últimas pinceladas, Coates respondió:

—No me salga con ese rollo del sindicato, Peters. Una queja más, y se va a la calle. Una reclusa dice que la agarró usted del pecho; otra dice que le pellizó el culo, y una tercera dice que le ofreció medio paquete de Newports por una mamada. Si el sindicato quiere levantar el hacha de guerra por usted, es asunto suyo, pero dudo mucho que lo hagan.

El funcionario, bajo y rechoncho, estaba sentado en el sofá de la directora con las piernas muy abiertas (como si ella tuviera algún interés en verle la entrepierna) y de brazos cruzados. Lucía un flequillo a lo Buster Brown, que le caía sobre las cejas, y se lo apartó de un soplido.

—Nunca he tocado a nadie, directora.

—Presentar la dimisión no tiene nada de vergonzoso.

—No pienso dejar el puesto, ¡y no me avergüenzo de nada de lo que he hecho! —Las mejillas de Peters, por lo general pálidas, se tiñeron de rojo. Con la indignación, se le dilataban las aletas de la nariz al respirar.

—Eso debe de estar bien. Yo sí tengo toda una lista de cosas de las que avergonzarme. Aprobar su solicitud para este empleo ocupa una de las primeras posiciones. Es usted como un moco que no consigo despegarme del

dedo.

Don torció los labios con expresión ladina.

—Sé que pretende provocarme, directora. No va a darle resultado.

No era tonto, ese era el problema. Por eso no lo habían pescado hasta el momento. Peters tenía la astucia de cometer sus fechorías cuando no había nadie cerca.

—Supongo que no. —Coates, sentada en el borde de su escritorio, cogió el bolso y se lo apoyó en el regazo—. No puede culparme por intentarlo.

—Usted sabe que mienten. Son delincuentes.

—El acoso sexual también es un delito. Esta ha sido mi última advertencia. —Coates revolvió el contenido del bolso en busca de su barra de cacao de labios—. Por cierto, ¿solo medio paquete? Vamos, Don. —Sacó los pañuelos de papel, el mechero, un frasco de píldoras, el iPhone, el billetero y finalmente encontró lo que buscaba. El tapón se había soltado y la barra tenía pelusa adherida. Janice la utilizó de todos modos.

Peters se había quedado en silencio. Ella lo miró. Era un canalla y un acosador, y tenía la extraordinaria suerte de que ningún otro funcionario se hubiese prestado a denunciar sus abusos. Pero lo atraparía. Tenía tiempo. En una cárcel, de hecho, tiempo era sinónimo de condena.

—¿Qué? ¿Quiere un poco? —Coates le tendió la barra de cacao—. ¿No? Pues vuelva al trabajo.

Peters cerró la puerta con tal violencia que tembló contra el marco, y Coates oyó los sonoros pasos de sus pies planos en la recepción, como si fuera un adolescente con una rabieta. Satisfecha con que la sesión disciplinaria hubiese transcurrido conforme a lo previsto, centró de nuevo la atención en su barra de cacao llena de pelusa y revolvió en el bolso en busca del tapón.

Vibró el teléfono. Coates dejó el bolso en el suelo y se acercó al sofá. Tras detenerse a pensar en la aversión que le producía la persona cuyo trasero

había estado allí plantado por última vez, se sentó a la izquierda del hueco todavía visible en el cojín central.

—Hola, mamá. —Por detrás de la voz de Michaela se oían otras voces, algunas de ellas estridentes, y sirenas.

Coates contuvo el impulso inicial de soltar un rapapolvo a su hija por no telefonarla en tres semanas.

—¿Qué pasa, cariño?

—Un momento.

Los sonidos quedaron ahogados, y Janice esperó. La relación con su hija había tenido altibajos. La decisión de Michaela de dejar la carrera de Derecho para dedicarse al periodismo televisivo (a su manera, una fábrica de memeces de igual magnitud que el sistema penitenciario, y probablemente llena también de delincuentes) había sido un valle en esa relación, y con la rinoplastia posterior se había hundido más aún, quedando muy muy por debajo del nivel del mar durante un tiempo. Aun así, Michaela poseía una persistencia que Coates había aprendido a respetar de manera gradual. Tal vez no fueran tan distintas como parecía. La chiflada de Magda Dubcek, la mujer del pueblo que había cuidado de Michaela cuando esta aún no sabía caminar, había dicho en una ocasión: «¡Es igualita que tú, Janice! ¡No puede negarse! Dile que solo una galleta, y comerse tres se convierte en una misión personal. Todo son sonrisas y risitas y zalamerías, hasta que no puedes decirle que no».

Dos años antes Michaela se dedicaba a hacer loas en los noticiarios locales. Para entonces ya trabajaba para NewsAmerica, donde había ascendido meteóricamente.

—Vale —dijo Michaela al volver a la línea—. Tenía que buscar un sitio tranquilo. Nos han echado del Centro de Control y Prevención de Enfermedades. No tengo mucho tiempo para hablar. ¿Has visto las noticias?

—Las de la CNN, por supuesto. —A Janice le encantaba esa pulla y no

perdía ocasión para lanzarla.

Esta vez Michaela la pasó por alto.

—¿Te has enterado de lo de la gripe de Aurora? ¿La enfermedad del sueño?

—He oído algo por la radio. Unas ancianas que no pueden despertar en Hawái y Australia...

—Es real, mamá, y puede afectar a cualquier mujer. Mayores, recién nacidas, jóvenes, de mediana edad. Cualquier mujer que se quede dormida. O sea: *no duermas*.

—¿Cómo dices? —Algo no cuadraba. Eran las once de la mañana. ¿Por qué iba a dormir? ¿Estaba diciéndole Michaela que no podía volver a dormir nunca? Si era así, no iba a dar resultado. Sería como si le pidiera que no volviera a orinar jamás—. Eso es absurdo.

—Pon las noticias de la televisión, mamá. O de la radio. O míralo en internet.

La imposibilidad quedó suspendida entre ellas en la línea.

—Vale —contestó Janice, sin saber qué otra cosa decir. Su hija podía estar equivocada, pero no le mentiría. Tanto si aquello era una memez como si no, Michaela creía que era verdad.

—La científica con la que acabo de hablar... trabaja para el gobierno federal, y es amiga mía, confío en ella... está al corriente. Dice que, según estimaciones, en el huso horario de la costa del Pacífico, el ochenta y cinco por ciento de las mujeres ya están inconscientes. No se lo digas a nadie; en cuanto la noticia llegue a internet, va a ser un caos.

—¿Qué quieres decir con eso de «inconscientes»?

—Quiero decir que no se despiertan. Forman esos... una especie de capullos. Membranas, revestimientos. Los capullos parecen hechos en parte de cerumen... cera de orejas... en parte de seborrea, que es la sustancia aceitosa que se forma a los lados de la nariz, en parte de mucosidad y en parte de...

otra cosa que no han identificado, más allá de que es una proteína sin ADN. Cambia de forma casi en el instante mismo en que aparece, pero no intentes quitarlo. Se han producido... reacciones. ¿Queda claro? *No intentes retirar esa sustancia.* —Sobre esta última cuestión, no menos absurda que el resto, Michaela adoptó una actitud de una severidad impropia de ella—. ¿Mamá?

—Sí, Michaela. Aquí sigo.

De pronto su hija adoptó un tono más intenso, vehemente.

—Ha empezado entre las siete y las ocho hora local, entre las cuatro y las cinco hora del Pacífico, por eso las mujeres que viven más al oeste han sufrido tanto los efectos. Así que nosotras tenemos todo el día. Tenemos prácticamente el depósito lleno.

—El depósito lleno... ¿de horas de vigilia?

—Premio. —Michaela respiró hondo—. Ya sé que parece un disparate, pero no bromeo ni mucho menos. Debes quedarte despierta. Y vas a tener que tomar algunas decisiones difíciles. Te conviene pensar qué hacer con tu cárcel.

—¿Con mi cárcel?

—Las reclusas empezarán a quedarse dormidas.

—Ah —dijo Janice. De pronto comprendió. Más o menos.

—Tengo que dejarte, mamá, tengo que salir al aire, y el productor está que se sube por las paredes. Volveré a llamarte cuando pueda.

Coates se quedó en el sofá. Posó la mirada en la fotografía enmarcada que tenía en el escritorio. Mostraba al difunto Achibald Coates con su pijama de quirófano, sonriente, sosteniendo a su hija recién nacida en el brazo. Fallecido de un infarto a la edad extraordinariamente injusta de treinta años, Archie llevaba muerto casi tanto tiempo como había vivido. En la foto se veía un poco de placenta blanquecina en la frente de Michaela, como un retal de tela. La directora lamentó no haber dicho a su hija que la quería, pero el pesar solo la paralizó unos segundos. Tenía trabajo que hacer. Había tardado unos

segundos en asimilar el problema, pero la respuesta —qué hacer con las mujeres de la cárcel— no admitía muchas opciones. Mientras fuera posible, debía seguir haciendo lo que había hecho siempre: mantener el orden y anticiparse a las memeces.

Encargó a su secretaria, Blanche McIntyre, que volviera a telefonar a las auxiliares sanitarias a casa. Después de eso, Blanche debía ponerse en contacto con Lawrence Hicks, el subdirector, e informarlo de que su convalecencia por la extracción de la muela del juicio tendría que acortarse; se requería su presencia en el recinto inmediatamente. Por último, necesitaba que Blanche comunicara a todos los funcionarios de servicio, uno por uno, lo siguiente: debido a la situación nacional, todos debían hacer turnos dobles. La directora dudaba seriamente de que el otro turno se presentara. En las crisis, la gente era reacia a separarse de sus seres queridos.

—¿Cómo? —preguntó Blanche—. *¿La situación nacional?* ¿Le ha pasado algo al presidente? ¿Y quiere que todos hagan turno doble? Eso no va a gustarles.

—Me trae sin cuidado si les gusta o no. Pon las noticias, Blanche.

—No lo entiendo. ¿Qué está pasando?

—Si mi hija tiene razón, lo sabrás en cuanto lo oigas.

A continuación Coates fue a buscar a Norcross a su consulta. Irían juntos a ver cómo estaba Kitty McDavid.

Jared Norcross y Mary Pak estaban sentados en la grada durante la tercera hora de Educación Física, con las raquetas de tenis a un lado de momento. Junto con un grupo de Memos de Segundo que ocupaban las gradas inferiores,

estaban viendo jugar en la pista central a dos estudiantes de último curso, que gruñían como Monica Seles con cada golpe. El flaco era Curt McLeod. El pelirrojo musculoso era Eric Blass.

Mi rival invencible, pensó Jared.

—No creo que sea buena idea —dijo.

Mary lo miró con las cejas enarcadas. Era alta, y (en opinión de Jared) perfectamente proporcionada. Tenía el cabello negro, los ojos grises, las piernas largas y bronceadas, y llevaba unas zapatillas de un blanco immaculado. Inmaculada era, de hecho, la mejor palabra para describirla. En opinión de Jared.

—¿Y eso a qué viene?

Como si no lo supieras, pensó Jared.

—Viene a que te vas a ver a Arcade Fire con Eric.

—Hummm. —Mary pareció reflexionar al respecto—. Entonces tienes suerte de no ser tú quien vaya con él.

—Oye, ¿te acuerdas de aquella excursión al Museo de Juguetes y Trenes de Kruger Street? ¿En quinto?

Mary sonrió y se deslizó la mano por la larga melena; llevaba las uñas pintadas de un azul aterciopelado.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Por poco no entramos, porque Billy Mears se escribió alguna burrada en el brazo. La señorita Colby lo obligó a quedarse en el autobús con el conductor, aquel que tartamudeaba.

Eric lanzó la pelota al aire, se puso de puntillas y sirvió un saque letal que apenas rozó la red. Curt, en lugar de devolverlo, dio un respingo. Eric levantó los brazos como Rocky en lo alto de la escalinata del Museo de Arte de Filadelfia. Mary aplaudió. Eric se volvió hacia ella e inclinó la cabeza.

—En su brazo decía LA SEÑORITA COLBY ES UN COÑAZO —recordó Jared—, y no lo escribió Billy. Fue Eric. Billy estaba profundamente dormido cuando

Eric lo escribió, y luego mantuvo la boca cerrada porque quedarse en el autobús era mejor que recibir una paliza de Eric días más tarde.

—¿Y?

—Y Eric es un matón.

—Era un matón —corrigió Mary—. Quinto fue hace mucho tiempo.

—Árbol que crece torcido jamás su tronco endereza. —Jared oyó el tono pedante que a veces adoptaba su padre, y lo habría retirado de haber podido.

Mary posó en él sus ojos grises, evaluándolo.

—¿Lo cual significa...?

Basta, se dijo Jared; haz un gesto de indiferencia, di *da igual* y déjalo correr. A menudo se daba buenos consejos similares, y por lo general la lengua lo traicionaba. Como ocurrió en ese momento.

—Significa que la gente no cambia.

—A veces sí. Antes mi padre bebía demasiado, pero lo dejó. Ahora va a las reuniones de Alcohólicos Anónimos.

—Vale, algunas personas cambian. Me alegro de que tu padre sea una de ellas.

—Más te vale. —Aquellos ojos grises seguían fijos en él.

—Pero la mayoría de la gente no cambia. Piénsalo. Los deportistas de quinto, como Eric, siguen siendo los deportistas. Tú eras lista entonces y eres lista ahora. Los niños que se metían en líos en quinto siguen metiéndose en líos en los últimos cursos. ¿Ves alguna vez juntos a Eric y a Billy? ¿No? Caso cerrado.

En esa ocasión Curt sí consiguió devolver el servicio a Eric, pero la bola le quedó corta, y Eric se abalanzó como un buitre sobre la red, prácticamente se colgó de ella. El tiro —tras un claro contacto con la red— golpeó a Curt en la hebilla del cinturón.

—¡No te pases, tío! —exclamó Curt—. ¡Quizá quiera tener hijos algún día!

—¡Mala idea! —contestó Eric—. Ve a buscarla; es mi pelota de la suerte. Venga, perrito, tráela.

Mientras Curt, malhumorado, se dirigía hacia la valla, adonde había ido a parar la pelota, Eric miró a Mary e inclinó de nuevo la cabeza. Ella le dirigió una sonrisa de cien vatios. Todavía la exhibía cuando se volvió hacia Jared, aunque con muchos menos vatios.

—Te quiero por querer protegerme, Jere, pero ya soy mayorcita. Es un concierto, no un compromiso de por vida.

—Tú intenta...

—Intenta ¿qué? —La sonrisa había desaparecido por completo.

Intenta cuidarte de él, quiso decir Jared. Porque escribir en el brazo de Billy fue solo un detalle menor. Una de esas cosas de primaria. En secundaria ha habido bromas pesadas en el vestuario de las que prefiero no hablar. En parte porque nunca he impedido ninguna de ellas. Me limité a mirar.

Otro buen consejo, y antes de que su boca traidora pudiera desoírlo, Mary se volvió en el asiento y miró en dirección al colegio. Debía de haberle llamado la atención algún movimiento, y de pronto Jared lo vio también: desde el tejado del gimnasio se elevaba una nube marrón. Era tan grande que espantó a los cuervos que se habían posado en los robles que rodeaban el aparcamiento del profesorado.

Polvo, pensó Jared, aunque en lugar de disiparse, la nube viró bruscamente y se dirigió hacia el norte. Ese era comportamiento de bandada, pero aquello no eran pájaros. Eran demasiado pequeños incluso para ser gorriones.

—¡Un eclipse de mariposas nocturnas! —exclamó Mary—. ¡Uau! ¿Quién iba a pensarlo?

—¿Así llamas a un montón de mariposas juntas? ¿Eclipse?

—¡Sí! ¿Quién iba a pensar que volaban en bandada? Y son mariposas nocturnas, que rara vez se ven durante el día. Al menos normalmente.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Hice el proyecto de Ciencias de octavo sobre las mariposas nocturnas. Mi padre me convenció de que eligiera ese tema, porque antes me asustaban. Cuando era pequeña, alguien me dijo que si me entraba en los ojos el polvillo de las alas de una mariposa nocturna me quedaría ciega. Mi padre me aseguró que eso eran cuentos de viejas, y que si hacía el proyecto de Ciencias sobre las mariposas nocturnas, quizá llegara a apreciarlas. Dijo que las mariposas diurnas son las reinas de la belleza en el mundo de los insectos, las que siempre consiguen ir al baile, y las pobres mariposas nocturnas son las que se quedan atrás, como la Cenicienta. Por entonces él aún bebía, pero fue una historia divertida igualmente.

Aquellos ojos grises posados en él, retándolo a que le llevara la contraria.

—Sí, una pasada —contestó Jared—. ¿Y fue así?

—Fue así ¿qué?

—Llegaste a apreciarlas.

—No exactamente, pero encontré mucha información interesante. Las mariposas diurnas pliegan las alas sobre la espalda cuando están en reposo; las nocturnas utilizan las suyas para protegerse el vientre. Estas tienen frénulo, o frenillo, una especie de ganchos para mantener unidas las alas, pero las diurnas, no. Las diurnas forman una crisálida, que es dura; las nocturnas forman un capullo, que es blando y sedoso.

—¡Eh! —Era Kent Daley, que cruzaba en bicicleta el campo de softball desde el terreno baldío cubierto de maleza del otro lado. Llevaba una mochila, y la raqueta de tenis colgada al hombro—. ¡Norcross! ¡Pak! ¿Habéis visto todos esos pájaros que han echado a volar?

—Son mariposas nocturnas —aclaró Jared—. De las que tienen frénulo. O frenillo.

—¿Eh?

—Déjalo. ¿Qué estás haciendo? Hoy hay clase, ¿lo sabías?

—Mi madre me ha dicho que sacara la basura.

—Debía de haber mucha —comentó Mary—. Ya estamos en la tercera hora.

Kent le dirigió una mueca. Entonces vio a Eric y a Curt en la cancha central y dejó caer la bicicleta en la hierba.

—Siéntate, Curt; déjalo en manos de un hombre. No podrías devolverle un saque a Eric aunque te fuera la vida de tu perro en ello.

Curt cedió su campo a Kent, un vivales que, al parecer, no sentía ninguna necesidad acuciante de pasar por secretaría para explicar su retraso. Eric sirvió, y Jared vio con satisfacción que el recién llegado le devolvía el saque con contundencia.

—Los aztecas creían que las mariposas nocturnas eran un mal augurio —prosiguió Mary. Había perdido el interés en el partido de tenis—. En los valles de los Apalaches, aún hay quien cree que una palomilla blanca dentro de casa significa que va a morir alguien.

—Eres una *mariposabidilla*, Mary.

Mary emitió un triste sonido de trombón.

—Un momento, tú no has estado en uno de esos pueblos perdidos en tu vida. Te lo has inventado para meterme miedo. Buen trabajo, por cierto.

—No, no me lo he inventado, lo leí en un libro.

Le dio un puñetazo en el hombro. A Jared le dolió un poco, pero fingió que no.

—Esas eran marrones —observó Jared—. ¿Qué significan las marrones?

—Ah, eso es interesante —contestó Mary—. Según los indios pies negros, las mariposas nocturnas marrones adormecen y traen los sueños.

Jared estaba vistiéndose en un banco al fondo del vestuario. Los Memos de Segundo ya se habían marchado, temerosos de que los azotaran con toallas mojadas, cosa por la que Eric y sus adláteres eran famosos. Aunque eso, más que fama, era infamia. Tú dices frénulo, yo digo frenillo, pensó Jared mientras se ponía las zapatillas. Demos por zanjado el asunto.

En la ducha, Eric, Curt y Ken aullaban, salpicaban y gritaban todas las lindezas habituales: jódete, fóllate a tu madre, ya lo he hecho, maricón, chúpame un cojón, tu hermana es un monstruo, está con la menstru, etcétera. Aburría, y a Jared aún le quedaba mucho instituto por delante hasta poder escaparse.

Se cerraron los grifos. Eric y los otros dos salieron con los pies mojados, y sus ruidosos pasos resonaron camino de la zona del vestuario que consideraban su coto privado —solo último curso, por favor—, así que Jared no tuvo que padecer más que una breve ojeada a su trasero desnudo antes de que doblaran el recodo y desaparecieran. Por él no había problema. Olfateó sus calcetines de tenis, hizo una mueca, los metió en la bolsa de deporte y cerró la cremallera.

—He visto a la Vieja Essie cuando venía —decía Kent.

—¿La sintecho? —preguntó Curt—. ¿La del carrito?

—Sí. Casi choco con ella y me caigo en ese agujero en el que vive.

—Alguien debería echarla de aquí —afirmó Curt.

—Anoche debió de pulirse las reservas de peleón —dijo Kent—. Estaba completamente inconsciente. Y debía de haberse envuelto con algo. Tenía una especie de pringue por toda la cara, como telarañas. ¡Qué asco, joder! Lo veía moverse cuando respiraba. Así que voy y le pego un grito: «Eh, Essie, ¿qué te pasa, nena? ¿Qué te pasa, puta desdentada?». Nada, tíos. Como muerta, joder.

—Ojalá existiera una poción mágica para hacer dormir a las chicas y

tirárselas sin tener que camelarlas antes —comentó Curt.

—Existe —afirmó Eric—. La burundanga.

Mientras se desternillaban de risa, Jared pensó: Ese es el tío que va a llevar a Mary al concierto de Arcade Fire. Ese tío de ahí.

—Además —continuó Kent—, tiene todo tipo de cosas raras en ese pequeño barranco en el que duerme, incluida la parte de arriba de un maniquí. Me follaría a casi cualquier cosa, tío, pero ¿una vagabunda borracha cubierta de telarañas? Ahí pongo mi línea roja, y es una línea gruesa.

—Mi límite ahora mismo es de puntos. —Se advirtió un tonillo melancólico en la voz de Curt—. La situación ya es desesperada. Me cepillaría hasta a un zombi de *Walking Dead*.

—Ya lo has hecho —dijo Eric—. Harriet Davenport.

Más carcajadas trogloditas. ¿Por qué estoy escuchando esto?, se preguntó Jared, y en su cabeza cobró forma de nuevo el mismo pensamiento: Mary va a ir de concierto con uno de estos psicópatas. Ni se imagina cómo es Eric en realidad, y después de nuestra conversación en las gradas, no estoy muy seguro de que me creyera si se lo dijese.

—A esa no te la cepillarías —aseguró Kent—. Pero tiene gracia. Deberíamos pasar por allí después de clase. A ver cómo está.

—Después de clase no —intervino Eric—. Larguémonos después de la sexta hora.

Se oyeron palmadas cuando la chocaron para cerrar el trato. Jared cogió su bolsa de deporte y se marchó.

Ya en el almuerzo, Frankie Johnson se sentó junto a Jared y dijo que la extraña enfermedad del sueño de las mujeres que antes afectaba solo a Australia y Hawái se había extendido hasta Washington, Richmond e incluso Martinsburg, que no quedaba muy lejos. Jared pensó por un momento en lo que Kent había contado sobre la Vieja Essie —telarañas en la cara—, pero

decidió que era imposible. Allí no. En Dooling nunca ocurría nada tan interesante.

—La llaman Aurora —informó Frankie—. Oye, ¿eso es ensalada de pollo? ¿Qué tal está? ¿Cambiamos?

La Unidad Doce del módulo A no contenía más mobiliario que un camastro, el inodoro de acero y, en los ángulos del techo, las cámaras. Carecía de escritorio y recuadro en la pared donde pegar fotos. Coates había arrastrado una silla de plástico hasta el interior para sentarse mientras Clint, en cuclillas, examinaba a Kitty McDavid, que yacía en el camastro.

—¿Y bien? —preguntó la directora.

—Está viva. Mantiene las constantes vitales estables. —Clint se incorporó. Se quitó los guantes quirúrgicos y los metió cuidadosamente en una bolsa de plástico. Del bolsillo de la chaqueta extrajo un cuaderno pequeño y un bolígrafo, y empezó a tomar notas—. No sé qué es esa sustancia. Es pegajosa, como la savia, y también resistente, y sin embargo salta a la vista que es permeable, porque respira a través de ella. Huele... a tierra, creo. Y un poco a cera. Si me apuran, diría que es una especie de hongo, pero no se comporta como ninguno de los hongos que he visto o conozco. —Para Clint, el mero hecho de tratar de analizar la situación era como trepar por una montaña de monedas—. Un biólogo podría tomar una muestra y examinarla con un microscopio...

—Me han dicho que no conviene retirar esa cosa.

Clint cerró el bolígrafo y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta junto con el cuaderno.

—Bueno, en todo caso no soy biólogo. Y como se la ve tranquila...

La excrecencia que había aparecido en el rostro de Kitty era blanca y

vaporosa, y se ceñía a la piel. Recordaba a una mortaja, pensó Clint. Notó que tenía los ojos cerrados y los movía en fase REM. La idea de que estuviera soñando bajo esa cosa le produjo desazón, aunque no sabía muy bien por qué.

Minúsculas volutas de ese tejido fino brotaban de sus manos y muñecas inertes, se desenrollaban y, ondeando como movidas por la brisa, se prendían en la cintura del uniforme de McDavid, donde formaban conexiones. Basándose en cómo se propagaba la sustancia, Clint dedujo que al final recubriría todo el cuerpo.

—Parece un pañuelo de hada. —La directora tenía los brazos cruzados. No se la veía disgustada, solo pensativa.

—¿Un pañuelo de hada?

—Los tejen las arañas del pasto. Se ven por la mañana, cuando aún hay rocío.

—Ah. Sí. A veces veo telarañas de ese tipo en el jardín de atrás.

En silencio, observaron los pequeños bucles de tejido vaporoso. Debajo de la envoltura, los párpados de Kitty se agitaban. ¿Qué clase de viaje era ese? ¿Estaba soñando que pillaba? Kitty le contó una vez que la perspectiva de ponerse a tono, esa dulce expectación, le gustaba incluso más que el colocón en sí. ¿Soñaba acaso que se hacía cortes? ¿O con Lowell Griner, el camello que había prometido matarla si lo delataba algún día? ¿O tenía el cerebro inactivo, anulado por el virus (si es que era un virus) cuya manifestación más visible era aquella membrana? ¿Eran sus ojos en movimiento el equivalente neural de las chispas que desprendía un cable de alta tensión arrancado?

—Joder, da miedo—dijo Janice—. Y yo no uso esos términos a la ligera.

Clint se alegraba de que Lila estuviese de camino. Al margen de lo que estuviera ocurriendo entre ellos, deseaba ver su cara.

—Debería llamar a mi hijo —dijo Clint, básicamente para sí.

Rand Quigley, el funcionario de servicio en esa planta, asomó la cabeza.

Lanzó una fugaz mirada de inquietud a la mujer incapacitada con el rostro amortajado antes de acercarse a la directora y carraspear.

—Se prevé que la sheriff llegue con la detenida dentro de veinte o treinta minutos. —Se quedó inmóvil un momento—. Blanche ya me ha informado, directora. Seguiré aquí mientras me necesite.

—Buen hombre —dijo ella.

De camino, Clint había puesto al corriente a Coates del aplazamiento que Lila había obtenido para la mujer hallada en el escenario del crimen, y de que iba a trasladarla allí. La directora, mucho más preocupada por lo que Michaela le había contado, había mostrado una indiferencia nada propia de ella ante semejante incumplimiento del protocolo. Para Clint fue un alivio, que duró solo unos segundos, ya que acto seguido la directora le soltó todo lo que sabía acerca de Aurora.

Sin dar tiempo a Clint a preguntar si hablaba en serio, le había enseñado en su iPhone la primera plana de *The New York Times*. EPIDEMIA, anunciaba el titular en cuerpo veinte. El artículo correspondiente explicaba que en torno a las mujeres se formaba una envoltura mientras dormían y ya no despertaban; informaba asimismo de disturbios multitudinarios en las zonas horarias del oeste, incendios en Los Ángeles y San Francisco. Nada sobre las calamidades que podían producirse si retiraban aquella gasa, advirtió Clint. Posiblemente porque no era más que un rumor. O porque era verdad, y la prensa no quería desatar el pánico a gran escala. Llegados a ese punto, ¿quién sabía?

—Puede llamar a su hijo dentro de unos minutos, Clint, pero esto es muy importante. Además de usted y yo, contamos con los seis funcionarios de este turno, Blanche en el despacho, y Dunphy, de mantenimiento. Y hay ciento catorce reclusas, más una que viene de camino. La mayoría de los funcionarios son como Quigley, son conscientes de que tienen un deber que cumplir, y espero que resistan un tiempo. Por lo cual doy gracias a Dios, porque no sé

cuándo dispondremos de refuerzos, ni en qué número llegarán. ¿Se hace cargo?

Clint se hacía cargo.

—Bien. Para empezar, doctor, ¿qué hacemos con Kitty?

—Ponernos en contacto con el Centro de Control y Prevención de Enfermedades y pedirles que envíen hombres con trajes NBQ para que se la lleven, la examinen, pero... —Clint abrió las manos como poniendo en duda la utilidad de su propuesta—. Si esto está tan extendido como usted dice, y desde luego las noticias parecen confirmarlo, no vamos a recibir ayuda de ningún tipo hasta que haya ayuda disponible, ¿no es así?

Coates seguía de brazos cruzados. Clint se preguntó si lo hacía para ocultar el temblor. La idea hizo que se sintiera mejor y peor a un tiempo.

—Y supongo que en estos momentos no cabe esperar que ni el St. Theresa ni ningún otro centro nos la quite de encima, ¿verdad? Es probable que ellos también estén desbordados.

—Deberíamos llamarlos, pero eso mismo preveo yo —dijo Clint—. Así que mantengámosla aislada, en cuarentena. No conviene que nadie se le acerque o la toque, ni siquiera con guantes. Van puede vigilarla desde la Garita. Si hay algún cambio, si parece inquieta, si se despierta, vendremos corriendo.

—Es un plan. —Coates agitó la mano en el aire allí donde revoloteaba una mariposa nocturna—. Bicho estúpido. ¿Cómo entran aquí? Maldita sea. Punto siguiente: ¿y el resto de la población? ¿Cómo las tratamos?

—¿A qué se refiere?

Clint lanzó un manotazo a la mariposa, pero falló. El insecto se elevó en espiral hacia los fluorescentes del techo.

—Si se duermen... —La directora señaló a McDavid.

Clint se tocó la frente; en parte esperaba notársela ardiendo de fiebre.

Acudió a su mente una pregunta demencial con respuesta de elección múltiple.

¿Cómo mantener despiertas a las reclusas de una cárcel? Elija entre las siguientes opciones:

- a) Poniendo música de Metallica por el sistema de megafonía de la cárcel en un bucle infinito.
- b) Proporcionando un cuchillo a cada presa y diciéndoles que se corten cuando el sueño empieza a vencerlas.
- c) Proporcionando a cada presa una bolsa de Dexedrina.
- d) Todas las anteriores.
- e) No se las mantiene despiertas.

—Hay fármacos para mantener a la gente despierta, pero, Janice, diría que la mayoría de estas mujeres son drogadictas. La idea de ponerlas a cien con lo que en esencia es speed no me parece ni segura ni saludable. Además, para algo como, por ejemplo, Provigil, tampoco podría extender una receta para cien comprimidos. Mucho me temo que el farmacéutico de Rite Aid lo miraría con recelo, ¿entiende? En resumidas cuentas, no veo *ninguna* manera de ayudarlas. Lo único que podemos hacer es mantener la normalidad en la medida de lo posible e intentar sofocar cualquier ataque de pánico, conservar la esperanza de que entretanto aparezca alguna explicación o novedad, y...

Clint vaciló un momento antes de recurrir al eufemismo que parecía la única manera de decirlo y a la vez del todo incorrecto.

—Y dejar que la naturaleza siga su curso. —Pese a que aquello no era ninguna manifestación de la naturaleza que conociera.

Janice dejó escapar un suspiro.

—Esa es también mi postura.

Salieron al pasillo, y la directora pidió a Quigley que hiciera correr la voz:

nadie debía tocar la excrecencia que presentaba McDavid.

2

Las reclusas del taller de carpintería comían en el propio cobertizo en lugar de ir al comedor y, cuando el tiempo acompañaba, se les permitía disfrutar del almuerzo fuera, a la sombra del edificio. Aquel día hacía buen tiempo, cosa que Jeanette Sorley agradeció. Había empezado a notar un dolor de cabeza en el huerto mientras el doctor Norcross hablaba por teléfono, y lo sentía cada vez a mayor profundidad, como si le penetraran la cabeza con una varilla de acero desde la sien izquierda. El hedor del barniz no ayudaba. Tal vez el dolor se disipara con un poco de aire fresco.

A las doce menos diez, dos Gorra Roja —como llamaban a las presas de confianza— llevaron hasta allí una mesa rodante con bocadillos, limonada y vasitos de pudín de chocolate. A las doce sonó el timbre. Jeanette dio una última pasada a la pata de silla que estaba puliendo y apagó el torno. Media docena de reclusas hicieron lo mismo. El nivel de decibelios descendió. De pronto el único sonido en la sala —ya sofocante y ni siquiera estaban en junio— fue el gemido continuo y agudo de la aspiradora industrial, con la que Ree Dempster recogía el serrín entre la última hilera de máquinas y la pared.

—¡Apague eso, reclusa! —ordenó Tig Murphy a voz en grito. En Dooling había dieciocho funcionarios en rotación a jornada completa; Murphy era nuevo. Como la mayoría de los novatos, levantaba mucho la voz porque aún carecía de seguridad en sí mismo—. ¡Hora de comer! ¿Es que no ha oído el timbre?

—Funcionario —empezó a decir Ree—, solo me queda este poco...

—¡Apague, he dicho! ¡Apague!

—Sí, funcionario.

Ree apagó la aspiradora, y Jeanette acogió el silencio con un estremecimiento de alivio. Le dolían las manos dentro de los guantes de faena, y la cabeza a causa del fuerte olor del barniz. Su único deseo era volver a su querida B-7, donde tenía aspirinas (un Medicamento Verde aprobado, aunque solo se permitían una docena al mes). Luego quizá podría dormir hasta las seis, la hora del papeo del módulo B.

—En fila, manos en alto —entonó el funcionario Murphy—. En fila, manos en alto. Permítanme ver esas herramientas, señoras.

Formaron fila. Ree, que precedía a Jeanette, susurró:

—El funcionario Murphy es tirando a gordo, ¿no?

—Será que ha estado comiendo tarta con Michelle Obama —contestó Jeanette, también en voz baja, y Ree ahogó una risita.

Sostuvieron en alto sus herramientas: lijadoras, destornilladores, taladros, escoplos. Jeanette se preguntó si en las cárceles de hombres se permitía a los reclusos el acceso a armas potencialmente peligrosas como esas. En especial los destornilladores. Con un destornillador se podía matar, como ella bien sabía. Y a eso se parecía el dolor de cabeza: a un destornillador. Que se hundía. Que llegaba a la carne tierna y la desgarraba.

—¿Comemos hoy *al fresco*, señoras? —preguntó el funcionario Murphy. Alguien había mencionado que antes era profesor de instituto, hasta que perdió el empleo a causa de los recortes—. Significa...

—Fuera —masculló Jeanette—. Significa comer fuera.

Murphy la señaló.

—Hay entre nosotros una becaria de Oxford. —Pero esbozó una sonrisa, y aparentemente no lo dijo con mala intención.

Una vez efectuadas la verificación y la recogida de las herramientas, estas se guardaron en un arcón de acero, que quedó cerrado bajo llave. El personal

de ebanistería se acercó con parsimonia a la mesa, cogió bocadillos y la bebida en vasos de papel y esperó a que Murphy realizara el recuento.

—Señoras, el magnífico aire libre las espera. Que alguien coja uno de jamón y queso para mí.

—Lo que tú digas, monada —musitó Angel Fitzroy.

Murphy le lanzó una mirada severa, a la que Angel respondió con aire inocente. Jeanette sintió un poco de lástima por él. Pero con la lástima no se pagaba la cuenta del supermercado, como decía su madre. Le daba a Murphy tres meses. Como mucho.

Las mujeres salieron en fila del cobertizo, se sentaron en la hierba y se apoyaron en el muro del edificio.

—¿De qué es el tuyo? —preguntó Ree.

Jeanette echó un vistazo a las profundidades de su bocadillo.

—De pollo.

—A mí me ha tocado de atún. ¿Me lo cambias?

A Jeanette, sin apetito, le daba igual una cosa que otra, así que aceptó el trueque. Se obligó a comer con la esperanza de que eso le aliviase un poco el dolor de cabeza. Se bebió la limonada, que sabía amarga, pero cuando Ree le llevó un vasito de pudín, negó con la cabeza. El chocolate provocaba migrañas, y si su jaqueca actual se convertía en una de esas, tendría que ir a la enfermería a por un zolmitriptán, que solo conseguiría si el doctor N. aún no se había marchado. Corría la voz de que las auxiliares sanitarias en plantilla no se habían presentado.

Un camino de cemento conducía hasta el edificio principal de la cárcel, y alguien había dibujado en él una cuadrícula de rayuela, ya descolorida. Unas cuantas mujeres se pusieron en pie, buscaron piedras y empezaron a jugar, entonando rimas que debían de haber aprendido de niñas. Qué cosas se quedaban grabadas en la cabeza de una persona, pensó Jeanette; lo encontró

curioso.

Ayudó a bajar el último bocado con el último trago de limonada amarga, se recostó y cerró los ojos. ¿Mejoraba ya un poco la jaqueca? Tal vez. En todo caso aún tenían otros quince minutos como mínimo. Podía dar una cabezadita...

Fue entonces cuando el funcionario Peters salió súbitamente del taller de carpintería como un muñeco de resorte de una caja sorpresa. O un trol escondido bajo una roca. Miró a las mujeres que jugaban a la rayuela; luego a las que se hallaban sentadas al pie de la fachada lateral del edificio. Posó los ojos en Jeanette.

—Sorley. Entra aquí. Tengo una tarea que encargarte.

El cabrón de Peters. Muy aficionado a pellizcar tetas y dar palmadas en el culo, siempre se las apañaba para cometer sus abusos en alguno de los numerosos puntos ciegos que las cámaras no cubrían. Se los conocía todos. Y si una lo delataba, en lugar de recibir un pellizco, bien podía acabar con la teta estrujada.

—Este es mi descanso para comer, funcionario —contestó ella con la mayor amabilidad posible.

—A mí me parece que ya ha terminado. Así que mueve el culo y ven.

Murphy pareció vacilar, pero le habían inculcado bien una norma sobre el trabajo en una cárcel de mujeres: no se permitía a los funcionarios varones quedarse a solas con ninguna reclusa.

—Sistema de vigilancia mutua, Don.

Las mejillas de Peters se tiñeron de rojo. No estaba de humor para las pamplinas de ese maestrillo, no después de la combinación uno-dos a que lo habían sometido, primero el acoso de Coates y luego la reciente llamada de Blanche McIntyre para informarlo de que «debía» hacer turno doble como consecuencia de «la situación nacional». Don lo había consultado en su

teléfono: «la situación nacional» se reducía a un puñado de ancianas de una residencia que tenían hongos. Coates estaba mal de la cabeza.

—Para lo que necesito no hace falta vigilancia —dijo Don—. Basta con ella.

El novato va a dejarlo correr, pensó Jeanette. Aquí es solo un niño. Pero Murphy la sorprendió.

—Vigilancia mutua —repitió. Quizá, después de todo, el funcionario Murphy sí saldría adelante.

Peters reflexionó. Las mujeres sentadas junto al cobertizo lo miraban y la partida de rayuela se había interrumpido. Eran reclusas, pero también testigos.

—*Yuju*. —Angel trazó un gesto ceremonioso—. *Eh, yuju*. Funcionario Peters, ya me conoce, para mí siempre es un placer ayudar.

Don pensó por un momento, alarmado —por absurdo que fuera—, que de algún modo Fitzroy sabía lo que le rondaba la cabeza. Por supuesto no era así; solo pretendía exasperarlo, como a todas horas del día. Aunque le habría gustado quedarse alguna vez cinco minutos a solas con esa chiflada, no lo atraía en absoluto la idea de darle la espalda ni un segundo siquiera.

No, Fitzroy, no, para esto no.

Señaló a Ree.

—Tú. Dumpster.

Algunas de las mujeres se rieron.

—*Dempster* —corrigió Ree, muy dignamente.

—*Dempster*, Dumpster, Dimplebutt, me importa un carajo. Vamos, las dos. No me obliguéis a repetirlo, no con el día que llevo. —Lanzó una mirada a Murphy, el enteradillo—. Hasta luego, profe-drilo.

Eso provocó más risas, esta vez entre las lameculos. Murphy era nuevo y estaba metiéndose en honduras, y ninguna de ellas quería verse incluida en la lista negra del funcionario Peters. No eran del todo tontas, pensó Don, las

mujeres de aquel lugar.

3

El funcionario Peters obligó a Jeanette y a Ree a avanzar por Broadway y, una vez recorrida una cuarta parte del pasillo, a detenerse frente a la sala común, o de visita, que, como era la hora del almuerzo, estaba vacía. Jeanette empezaba a albergar un muy mal presentimiento. Cuando Peters abrió la puerta, ella no se movió.

—¿Qué quiere que hagamos?

—¿Estás ciega, reclusa?

No, no estaba ciega. Vio la fregona apoyada en el cubo y, en una de las mesas, una bandeja de plástico, llena de trapos y productos de limpieza en lugar de vasitos de pudín.

—Se supone que es nuestra hora del almuerzo. —Ree intentaba aparentar indignación, pero la traicionaba el temblor en la voz—. Además, ya *tenemos* trabajo.

Peters se inclinó hacia ella, contrajo los labios para enseñar las puntas afiladas de sus dientes, y Ree se encogió contra Jeanette.

—A mí no me cuentes tus penas, ¿vale? Entra ahí ahora mismo, y si no quieres ganarte un informe de mala conducta, no discutas. Llevo un día de mierda, y estoy de un humor de mierda, y a menos que quieras sobrellevar la carga conmigo, más te vale ponerte manos a la obra.

A continuación, desplazándose a la derecha para obstruir la línea visual de la cámara más cercana, agarró a Ree por la parte de atrás de la casaca del uniforme, introdujo los dedos bajo el elástico de su sujetador de deporte y la empujó hacia el interior de la sala común. Ree tropezó y se agarró al costado

de la máquina de tentempiés para no caerse.

—¡Vale, vale!

—Vale, ¿qué?

—Vale, funcionario Peters.

—No debería empujarnos —protestó Jeanette—. Eso no está bien.

Don Peters alzó la vista al techo.

—Guárdate los sermones para quien quiera oírlos. Mañana es día de visita, y este sitio parece una pocilga.

No era la impresión que tenía Jeanette. Ella lo veía bien. Aunque poco importaba. Si el hombre de uniforme afirmaba que aquello parecía una pocilga, pues parecía una pocilga. Así era en esencia como se aplicaba el sistema penitenciario en el pequeño condado de Dooling, y probablemente en todo el mundo.

—Vais a limpiarlo de arriba abajo y palmo a palmo, y me aseguraré de que hacéis bien el trabajo.

Señaló la bandeja con productos de limpieza.

—Eso es tuyo, Dumpster. A la señorita Eso No Está Bien le toca la fregona, y quiero el suelo impecable, como para comer en él.

Ya me gustaría a mí hacerte comer del suelo, pensó Jeanette, pero se acercó al cubo rodante de la fregona. No quería acabar con un informe de mala conducta. Si eso ocurría, era muy poco probable que estuviese en esa sala cuando llegara su hermana con su hijo para verla ese fin de semana. Era un largo viaje en autobús, y cuánto agradecía a Bobby no quejarse nunca de tener que hacerlo. Pero el dolor de cabeza empeoraba, y lo único que deseaba en este mundo era una aspirina y una siesta.

Ree inspeccionó los productos de limpieza y eligió abrillantador en aerosol y un trapo.

—¿Te apetece esnifar ese abrillantador, Dumpster? ¿Metértelo por la napia

y colocarte?

—No —contestó Ree.

—Te gustaría colocarte, ¿eh?

—No.

—No, ¿qué?

—No, funcionario Peters.

Ree se puso a abrillantar una mesa. Jeanette llenó el cubo en la pila del rincón, introdujo la fregona en el agua, la escurrió y empezó a fregar el suelo. A través de la alambrada de la parte delantera de la cárcel, veía West Lavin, donde coches llenos de personas libres circulaban de acá para allá, camino del trabajo, de casa, de una comida en el Denny's, de algún sitio.

—Acércate, Sorley —ordenó Peters, de pie entre la expendedora de tentempiés y la de refrescos, un punto ciego a las cámaras donde a veces las reclusas intercambiaban pastillas, cigarrillos y besos.

Jeanette negó con la cabeza y siguió pasando la fregona, cuyas largas estelas de humedad en el linóleo se secaban rápidamente.

—Acércate si quieres ver a tu hijo la próxima vez que venga.

Debería negarme, pensó ella. Debería decirle que me deje en paz o lo denunciaré. Solo que lleva mucho tiempo saliéndose con la suya, ¿no? Todo el mundo sabía lo de Peters. Coates tenía que saberlo también, y a pesar de sus grandes palabras sobre la tolerancia cero al acoso sexual, aquello seguía ocurriendo.

Jeanette, fregona en mano, se acercó remisamente al estrecho hueco que había entre las máquinas y se detuvo delante de Peters con la cabeza gacha.

—Entra ahí. La espalda contra la pared. ¿Adónde vas con la fregona? Déjala.

—No quiero, funcionario. —La jaqueca había pasado a ser atroz; la palpitación, incesante. La B-7 estaba a un paso de allí, en ese mismo corredor,

y la aspirina, en el pequeño estante.

—Entra ahí o te cae un informe de mala conducta y pierdes el derecho de visita. Luego ya me encargaré yo de que te caiga otro, y... puf, se acabó el trato de favor.

Y la posibilidad de conseguir la libertad condicional el año que viene, pensó Jeanette. Sin trato de favor, no había condicional, vuelta a empezar, caso cerrado.

Cuando pasó junto a Peters, él arrimó la pelvis a ella para que notara su erección. Jeanette se situó contra la pared. Peters avanzó. Ella olió su sudor, el aftershave y el tónico capilar. Era más alta que él y, por encima de su hombro, veía a su compañera de celda. Ree había dejado de brillantar. Tenía en los ojos una expresión de miedo, consternación y lo que acaso fuese ira. Agarró el bote de abrillantador y lo levantó lentamente. Jeanette movió la cabeza en un gesto mínimo de negación. Peters no lo vio; estaba ocupado bajándose la bragueta.

Ree bajó el bote y siguió abrillantando la mesa, que ya no necesitaba más abrillantado, que no había necesitado para empezar.

—Ahora cógeme la polla —ordenó Peters—. Me hace falta un desahogo. ¿Sabes lo que me gustaría? Ojalá fueras Coatsie. Ojalá tuviera su culo viejo y plano contra esa pared. Si fueras ella, esto tampoco quedaría en una simple paja.

Dio un grito ahogado cuando ella se la agarró. El miembro en cuestión era un tanto ridículo, a decir verdad. No le medía más de ocho centímetros, y por nada del mundo habría querido que se lo vieran otros hombres, a menos que fuera absolutamente inevitable, pero lo tenía bastante duro. Y ella sabía qué hacer. Como la mayoría de las mujeres. Los tíos tenían un arma; tú se la descargabas; ellos seguían a lo suyo.

—¡Espacio, por Dios! —siseó Peters. El aliento le apestaba a carne con

especias, quizá por alguna barrita de cecina o de salami—. Espera, trae la mano. —Jeanette se la dio, y él le escupió en la palma—. *Así*. Y acaríciame un poco las pelotas.

Ella obedeció, sin apartar la mirada de la ventana, por encima del hombro de Peters. Había aprendido aquella técnica a los once años, cuando su padrastro la toqueteaba, y que había perfeccionado con su difunto marido. Si encontrabas algo en lo que concentrarte, un punto de enfoque, mientras ponías la atención en eso que de pronto te resultaba tan fascinante casi podías dejar atrás tu cuerpo y pensar que este actuaba de manera autónoma.

Fuera se detuvo un coche de la Oficina del Sheriff del Condado, y Jeanette lo observó primero esperar en el espacio de seguridad intermedio y a continuación, cuando se abrió ruidosamente la verja interior, entrar en el patio. La directora Coates, el doctor Norcross y la funcionaria Lampley salieron a recibirlo. Los jadeos del funcionario Peters al oído se le antojaban lejanos. Se apearon del coche dos policías, una mujer del asiento del conductor y un hombre del lado del pasajero. Los dos desenfundaron sus pistolas, lo que indicaba que la detenida era una buena pieza, probablemente destinada al módulo C. La agente abrió la puerta de atrás y salió otra mujer. A Jeanette no le pareció peligrosa. Era guapa, a pesar de las magulladuras que tenía en la cara. El cabello le caía espalda abajo en una cascada oscura, y tenía una figura tan curvilínea que incluso el holgado mono marrón le quedaba bien. Algo se agitaba en torno a su cabeza. ¿Un mosquito enorme? ¿Una mariposa nocturna? Jeanette forzó la vista, pero no lo distinguía. El agente agarró a la morena por el hombro y la encaminó hacia la zona de ingresos, donde Norcross y Coates la recibieron. Una vez dentro, iniciarían el proceso. La mujer, abriendo la ancha boca y volviendo la cabeza hacia el cielo, espantó con la mano el bicho que volaba alrededor de su pelo, y Jeanette la vio reírse, vio sus dientes brillantes y rectos.

Peters arqueó la espalda y, sacudiéndose contra ella, eyaculó en su mano.

Retrocedió. Tenía las mejillas enrojecidas. Asomó una sonrisa a su cara pequeña y rechoncha mientras se subía la cremallera.

—Límpiate en la parte de atrás de la máquina de Coca-Cola, Sorley, y luego acaba de fregar el puto suelo.

Jeanette se limpió el semen y después empujó el cubo de la fregona hasta la pila para poder enjuagarse la mano. Cuando regresó, Peters estaba sentado a una de las mesas, tomándose una Coca-Cola.

—¿Estás bien? —preguntó Ree en un susurro.

—Sí —contestó Jeanette, también en voz baja. Y lo estaría en cuanto se tomara una aspirina para el dolor de cabeza. Los últimos cuatro minutos ni siquiera habían ocurrido. No había hecho más que observar a la mujer que había salido del coche patrulla, eso era todo. No necesitaba volver a pensar en los últimos cuatro minutos nunca más. Solo necesitaba ver a su Bobby en la siguiente visita.

Se oyó el siseo intermitente del aerosol.

Transcurrieron tres o cuatro segundos de grato silencio hasta que Ree volvió a hablar.

—¿Has visto a la nueva?

—Sí.

—¿Ha sido cosa mía o era guapa?

—Era guapa.

—Esos polis del condado han sacado las pistolas, ¿te has fijado?

—Sí. —Jeanette miró de soslayo a Peters, que había encendido el televisor y veía las noticias. Las imágenes mostraban a alguien desplomado al volante de un coche. Costaba saber si era hombre o mujer, porque, fuese él o ella, estaba envuelto en gasa. Al pie de la pantalla destellaba en rojo el rótulo FLASH INFORMATIVO, pero eso no significaba nada; flash informativo podía ser

cualquier cosa, incluso que Kim Kardashian se tirase un pedo. Jeanette parpadeó para contener las lágrimas que le empañaban los ojos.

—¿Qué crees que habrá hecho esa mujer?

Jeanette carraspeó y se tragó las lágrimas.

—Ni idea.

—¿Seguro que estás bien?

Antes de que Jeanette pudiera contestar, Peters habló sin volver la cabeza.

—Señoras, dejen de cuchichear o recibirán las dos un informe de mala conducta.

Y como Ree no podía dejar de hablar —sencillamente no formaba parte de su naturaleza—, Jeanette se alejó, fregando, hasta el otro extremo de la sala.

En la tele, Michaela Morgan dijo: «De momento el presidente se niega a declarar el estado de emergencia, pero fuentes cercanas al Gabinete de Crisis afirman que...».

Jeanette dejó de prestar atención. La nueva había levantado las manos esposadas hacia las mariposas que revoloteaban en círculo. ¡Y qué carcajada cuando se posaron las mariposas! Un sonido rebosante de libertad.

Aquí dentro perderás esa risa, hermana, pensó Jeanette.

Nos pasa a todas.

Anton Dubcek volvió a casa a comer, como de costumbre, y aunque no eran más que las doce y media, en realidad se trataba de un almuerzo tardío para lo que él tenía por norma: llevaba bregando desde las seis de la mañana. En lo que se refería al mantenimiento de piscinas, la gente no entendía que no era un trabajo apto para flojos. Uno necesitaba motivación. Si quería triunfar en el

negocio de las piscinas, no podía dormirse soñando con blinis y mamadas. Para permanecer a la cabeza en la competición, era necesario sacar la delantera al mismísimo sol. A esa hora, al mediodía, ya había barrido, ajustado los niveles y limpiado los filtros de siete piscinas, además de sustituir las juntas de dos bombas. Podía dejar las cuatro visitas restantes de su agenda para última hora de la tarde.

Entretanto: la comida, una siesta corta, algo de ejercicio y quizá una breve visita a Jessica Elway, la tía a la que se tiraba por ese entonces, una esposa aburrida. El hecho de que su marido fuese de la pasma local era la guinda del pastel. Los polis se pasaban el día en el coche, engullendo donuts y acosando a negros por pura diversión. Anton controlaba las jodidas aguas y se ganaba la vida.

Dejó las llaves en el cuenco que había junto a la puerta y fue derecho a la nevera en busca de su batido. Apartó la leche de soja, la bolsa de kale y el envase de moras; y no había batido.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó—. ¿Dónde está mi batido?

No hubo respuesta, pero oyó el televisor en la sala de estar. Anton asomó la cabeza por la puerta. Las pruebas a la vista —el televisor puesto, la copa vacía— indicaban que Magda se había retirado a dar una cabezada a su vez. Pese a lo mucho que quería a su madre, Anton era consciente de sus excesos con la bebida. Debido a eso a veces se mostraba descuidada, cosa que a él lo sacaba de quicio. Desde la muerte de su padre, era Anton quien pagaba la hipoteca. Según lo acordado, los gastos de mantenimiento y alimentación corrían por cuenta de ella. Si Anton no tomaba sus batidos, no podía imponerse en el sector de las piscinas como le convenía, ni destacar en sus sesiones de ejercicio, ni embestir un jugoso trasero con el vigor que las señoras le exigían.

—¡Mamá! ¡Esto es una mierda! ¡Tienes que cumplir tu parte! —Su voz

reverberó en la casa. Magda estaba tan borracha que ni se inmutó.

Anton extrajo la licuadora del armario situado debajo del cajón de los cubiertos y, con el máximo alboroto posible, la plantó en la encimera y encajó la jarra y la cuchilla a la base. Echó una buena cantidad de hortalizas, unas moras, un puñado de nueces, una cucharada de mantequilla de cacahuete orgánica y una taza de Mister Ripper Protein Powder™. Mientras elaboraba la mezcla, acudió a su mente la sheriff Lila Norcross. Era una mujer atractiva para su edad y estaba muy en forma —era una auténtica mamá sexy, desde luego ni probaba los donuts—, y a Anton le gustaba la soltura con que reaccionaba cuando él dejaba caer una de sus frases. ¿Lo deseaba? ¿O deseaba cometer actos de brutalidad policial contra él? ¿O (y este era el verdadero enigma) lo deseaba y deseaba cometer actos de brutalidad policial contra él? El asunto merecía atención. Anton puso la licuadora a velocidad máxima y observó cómo se revolvía la mezcla. En cuanto adquirió un color verde guisante homogéneo, la apagó, retiró la jarra y se dirigió a la sala de estar.

Y en la pantalla vio nada más y nada menos que a Mickey Coates, ¡su antigua compañera de juegos!

Aunque Mickey le caía bien, verla le provocaba una nostalgia impropia del presidente, consejero delegado, director financiero y único empleado de Anton el Chico de la Piscina, S. R. L. ¿Se acordaría Mickey de él? En otro tiempo su madre cuidaba de ella, así que en la infancia habían tenido mucho trato. Anton recordaba que Mickey exploraba su habitación, revolvía en sus cajones, hojeaba los tebeos, enlazaba una pregunta con otra: ¿Quién te ha dado esto? ¿Por qué este soldadito es tu preferido? ¿Por qué no tienes calendario? Tu padre es electricista, ¿no? ¿Te enseñará a conectar cables y cosas así? ¿Quieres aprenderlo? Debían de rondar los ocho años, y daba la impresión de que Mickey se propusiera escribir su biografía. Pero Anton ponía pegas. De

hecho, le parecía bien. Gracias al interés que ella mostraba, él se sentía especial. Antes de eso, antes de Mickey, Anton ni siquiera había deseado atraer el interés de otra persona; se había contentado con ser solo un niño. Lógicamente, Mickey se había marchado antes a un colegio privado, y apenas habían cruzado palabra desde que empezaron el instituto.

Es probable que a ella, ya adulta, le tiraran más los hombres con maletín y gemelos que leían *The Wall Street Journal*, que entendían dónde demonios residía el atractivo de la ópera y que veían programas de la televisión pública, esa clase de tíos. Anton meneó la cabeza. Ella se lo perdía, se dijo con aplomo.

«Quiero advertirles que las imágenes que van a ver a continuación pueden herir la sensibilidad, y no hemos confirmado su autenticidad.»

Mickey informaba desde un asiento de la parte de atrás de una unidad móvil con la puerta abierta. A su lado, una mujer con auriculares trabajaba en un ordenador portátil. La sombra de ojos azul de Mickey se veía claramente húmeda. Debía de hacer un calor sofocante dentro de la furgoneta. Se percibía algo distinto en su rostro. Anton dio un gran trago de batido espumoso y la observó. Debía de usar una talla de copa A, pensó. Quizá una B, pero más probablemente una A. No había nada de malo en eso. Más de lo que cabe en la mano es un desperdicio, esa era su filosofía.

«Sin embargo —prosiguió ella—, a la luz de todo lo que rodea Aurora, y de los rumores de que se han producido reacciones adversas cuando se ha despertado a las durmientes, hemos decidido poner estas secuencias porque parecen confirmar que la información es cierta. He aquí el fragmento de las imágenes extraídas de la web de vídeo en *streaming* que mantienen los Dorados, como se hacen llamar, desde su complejo a las afueras de Hatch, Nuevo México. Como saben, este grupo armado está en conflicto con las autoridades federales por los derechos del agua...»

A Anton le complacía ver a Mickey, pero le aburrían las noticias. Cogió el mando a distancia y puso los dibujos animados del Cartoon Network, donde un caballo y su jinete galopaban a través de un bosque oscuro perseguidos por las sombras. Cuando volvió a dejar el mando a distancia en la mesa auxiliar, reparó en la presencia de una botella de ginebra vacía en el suelo.

—Maldita sea, mamá. —Anton bebió otro trago de batido y cruzó la sala de estar. Tenía que asegurarse de que su madre dormía de lado por si regurgitaba de pronto; su madre no iba a morir como una estrella del rock mientras él pudiera evitarlo.

En la encimera de la cocina gorjeó su teléfono móvil. Era un mensaje de texto de Jessica Elway. Por fin había acostado al bebé y se proponía fumarse un canuto, desnudarse y evitar la televisión e internet, que ese día contaban cosas la mar de raras. ¿Le apetecía a Anton reunirse con ella? Su pobre marido no podía moverse del escenario de un crimen.

Frank Geary pensó que el tipo que protagonizaba las imágenes de Nuevo México parecía un anciano refugiado de la nación Woodstock, alguien que debería haber estado interpretando *The Fish Cheer* en lugar de encabezar una secta de bichos raros.

Compadre Hoja Dorada era el trabalenguas que había elegido por nombre. Vestido con un sarape naranja con un estampado de triángulos que le llegaba hasta las rodillas, exhibía unas greñas canosas rizadas y una barba canosa rizada. Frank había seguido la noticia de los Dorados, que venía desarrollándose a lo largo de toda la primavera, y llegó a la conclusión de que aquellos individuos, bajo sus adornos religiosos y políticos, por llamarlos de

algún modo, eran solo un hatajo de Trump... tramposos sin más objetivo que la evasión fiscal.

Se presentaban como los Dorados, lo cual tenía su guasa. Eran alrededor de treinta, hombres, mujeres y unos cuantos niños, y habían declarado su independencia como nación. Además de negarse a pagar impuestos, llevar a sus hijos al colegio y deponer las armas automáticas (que, por lo visto, necesitaban para proteger el rancho de las plantas rodadoras), habían desviado ilegalmente el único arroyo de la zona hacia el matorral del que eran propietarios. El FBI y la ATF llevaban meses apostados frente a sus cercas, intentando negociar una rendición, pero la situación seguía prácticamente igual.

A Frank le daba grima la ideología de los Dorados. Se trataba de egoísmo disfrazado de espiritualidad. Uno podía trazar una línea recta entre los Dorados y los interminables recortes presupuestarios que amenazaban con convertir el empleo del propio Frank en un trabajo a tiempo parcial o de voluntariado directamente. La civilización exigía una contribución, o un sacrificio, si se prefería llamarlo así. De lo contrario, al final serían los perros salvajes los que rondaran por las calles y ocuparan los puestos de poder en Washington. Lamentaba (sin demasiada convicción, debía reconocerlo) que hubiera niños en ese complejo, de modo que las autoridades no podían aplastar sin más a esos individuos y barrerlos como la escoria que eran.

Frank se hallaba en su pequeño despacho, sentado al escritorio. Tenía por todas partes jaulas de distintos tamaños y estanterías con material. Como espacio, no era ninguna maravilla, pero le traía sin cuidado. A él ya le valía.

Tomó un sorbo de zumo de mango de la botella y vio la televisión mientras sostenía una bolsa de hielo contra el lado de la mano con que había aporreado la puerta de la casa de Garth Flickinger. La luz del móvil parpadeaba: Elaine.

No estaba seguro de cómo enfocar el asunto, así que dejó que saltara el buzón de voz. Se había excedido presionando a Nana, se daba cuenta. Cabía la posibilidad de que hubiera repercusiones.

En ese momento había un Mercedes verde destrozado en el camino de entrada a la residencia de un médico rico. Las huellas de Frank estaban en el adoquín pintado que había utilizado para romper las ventanillas del Mercedes y machacar la carrocería, así como en el tiesto del lilo que, en pleno arranque de ira, había plantado en el asiento trasero del coche de aquel cabrón desconsiderado. Era precisamente la clase de prueba incontestable —delito de vandalismo— que un juez de juzgado de familia (los cuales, en cualquier caso, siempre se ponían del lado de la madre) necesitaría para dictar que solo podía ver a su hija durante una hora cada dos lunas llenas y bajo supervisión. Una demanda por vandalismo le costaría, además, el empleo. En retrospectiva, lo que resultaba evidente era que Frank el Malo había irrumpido. Frank el Malo, de hecho, se había desmelenado.

Pero Frank el Malo ni era del todo malo ni estaba del todo equivocado, porque ojo: el Mercedes verde de Garth Flickinger no iba a atropellar a ningún otro gato en el futuro inmediato. Por el momento su hija podía dibujar sin peligro delante de casa otra vez. Quizá Frank el Bueno hubiera manejado mejor la situación. Pero quizá no. Frank el Bueno tenía algo de calzonazos.

«No pienso quedarme... no *pensamos* quedarnos... de brazos cruzados mientras el *denominado* gobierno de Estados Unidos perpetra esta engañifa.»

En la pantalla del televisor, Compadre Hoja Dorada pronunciaba su alocución desde detrás de una larga mesa rectangular. En ella yacía una mujer con un camisón azul claro. Le envolvía el rostro una sustancia blanca semejante a esas telarañas postizas que vendían en los supermercados por Halloween. El pecho de la mujer subía y bajaba.

—¿Qué es esa mierda? —preguntó Frank al chucho que tenía al lado en ese

momento.

El perro alzó la vista y enseguida volvió a dormirse. Era un tópico, pero, para disfrutar de una compañía incondicional, no había nada mejor que un perro. No había nada mejor que un perro, y punto. Los perros no conocían otra cosa; se limitaban a sacar el máximo partido de todo. Sacaban el máximo partido de sus dueños. De niño, Frank siempre había tenido perro. Elaine aseguraba que era alérgica. También a eso había renunciado Frank por su mujer, y era mucho más importante de lo que ella entendería jamás.

Frank frotó al chucho mestizo entre las orejas.

«Hemos visto a sus agentes manipulando nuestro suministro de agua. Nos consta que han recurrido a sus sustancias químicas para perjudicar al elemento más vulnerable ypreciado de nuestra familia, las mujeres de los Dorados, con el propósito de sembrar el caos, el miedo y la duda. Anoche envenenaron a nuestras hermanas, incluida mi esposa, mi tierna Sussanah. El veneno actuó en ella y en nuestras hermosas mujeres mientras dormían.» La voz de Compadre Hoja Dorada era ronca a causa del tabaco, lo cual resultaba curiosamente entrañable. Llevaba a pensar en ancianos reunidos en torno a una mesa para desayunar, ufanos en su jubilación.

Auxiliaban al sumo sacerdote de la evasión fiscal dos hombres de menor edad, también con barba, aunque no tan impresionantes, y sarape. Los tres portaban armas al cinto, lo que les confería cierto aire de extras de un espagueti western de Sergio Leone. De la pared a su espalda, colgaba un Cristo crucificado. Las imágenes procedentes del complejo eran nítidas, empañadas únicamente por alguna que otra línea de texto que se desplazaba por la pantalla.

«*¡Mientras dormían!*

»¿Veis la cobardía del Rey de las Mentiras actual? ¿Lo veis en la Casa Blanca? ¿Veis a los otros muchos embusteros como él en esos papeles verdes

inservibles que quieren que creamos que valen algo? Ay, vecinos míos. Vecinos, vecinos. Esa gente tan taimada, tan cruel, con tantas caras.»

De pronto asomaron todos sus dientes, un destello entre la barba greñuda.
«¡Pero no sucumbiremos al diablo!»

Vaya, vaya, pensó Frank. Y Elaine cree que tiene un problema conmigo; debería vérselas aquí con el amigo Jerry Garcia. A este le falta un tornillo.

«¡Las triquiñuelas de los descendientes de Pilato no son rivales para el Señor al que servimos!»

«Alabado sea Dios», musitó uno de los pistoleros.

«¡Eso! Alabémoslo. Claro que sí. —El señor Hoja Dorada batió palmas—. Quitémosle esto a mi mujer, pues.»

Uno de sus hombres le entregó unas tijeras de trinchar aves. Compadre se inclinó y empezó a cortar cuidadosamente la telaraña que recubría el rostro de su esposa. Frank se echó adelante en la silla.

Presintió que se avecinaba algo asombroso.

6

En cuanto entró en el dormitorio y vio a Magda tendida bajo la sábana, con una máscara de lo que parecía crema de malvavisco, Anton se arrodilló junto a ella, dejó la jarra de batido en la mesilla con ruido y, viendo el recortador —su madre debía de haber estado retocándose otra vez las cejas con ayuda de la cámara del iPhone—, se dispuso a quitarle aquello de la cara en el acto.

¿Acaso se lo había hecho alguien? ¿Se lo había hecho ella misma? ¿Era un accidente insólito o algo así? ¿Una reacción alérgica? ¿Un disparatado tratamiento de belleza que había acabado mal? Resultaba desconcertante, daba miedo, y Anton no quería perder a su madre.

En cuanto realizó la primera incisión en la membrana, dejó a un lado el recortador y hundió los dedos en la abertura del tejido. Era pegajoso, pero se desprendía, tensándose y separándose de las mejillas de Magda en forma de gomasas espirales blancas. Su rostro ajado, con marcadas patas de gallo, ese querido rostro que por un momento Anton había temido encontrar fundido bajo la extraña envoltura blanca (se parecía a los pañuelos de hada que veía relucir entre la hierba al amanecer en los jardines de las dos primeras piscinas de las que se encargaba todos los días), apareció indemne. Notó la piel un poco enrojecida, caliente al tacto, pero por lo demás seguía aparentemente igual que antes.

De la garganta de su madre comenzó a surgir un gruñido bronco, casi un ronquido. Le temblaban los párpados por el movimiento de los ojos bajo la piel. Abrió y cerró los labios. Le resbaló un hilillo de saliva desde la comisura de la boca.

—¿Mamá? ¿Mamá? ¿Puedes despertar? Hazlo por mí.

Al parecer sí que podía, porque abrió los ojos. La sangre le empañaba las pupilas, propagada por la esclerótica. Parpadeó varias veces. Recorrió la habitación con la mirada.

Anton deslizó un brazo por debajo de los hombros de su madre y la ayudó a incorporarse en la cama. El ruido procedente de su garganta cobró volumen; ya no era un ronquido, sino un rugido más bien.

—¿Mamá? ¿Llamo a una ambulancia? ¿Quieres una ambulancia? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua? —Anton encadenó las preguntas atropelladamente. Sin embargo, sentía alivio. Ella seguía mirando alrededor, como si se orientara.

Posó la vista en la mesilla de noche: una lámpara Tiffany de imitación, la jarra de batido energético a medio beber, la Biblia, el iPhone. El rugido ganó intensidad. Era como si Magda hiciera acopio de fuerzas para levantar la voz

o quizá lanzar un alarido. ¿Era posible que no lo reconociera?

—Es mi batido, mamá —dijo Anton cuando ella alargó el brazo y cogió la jarra—. No gracias a ti, ja ja. Te has olvidado de preparármelo, ¿eh, boba?

Magda blandió la jarra y le asestó un golpe a un lado de la cabeza; el impacto del plástico contra el hueso produjo un ruido sordo. Anton retrocedió, tambaleante, dolorido, mojado y perplejo. Se le doblaron las rodillas. Fijó la mirada en un manchurrón verde de la alfombra beige. Gotas rojas cayeron en el verde. Qué desastre, pensó justo cuando su madre volvía a golpearlo con la jarra, esta vez de pleno en la parte posterior del cráneo. En esa ocasión el sonido fue más agudo: el grueso plástico de la jarra de la licuadora se partió. Anton se desplomó de bruces en el charco de batido derramado en el pelo de la alfombra beige. Aspiró sangre, batido y fibras de la alfombra. Apoyó una mano en el suelo para apartarse, pero sintió pesado y laxo cada miembro, cada prodigioso músculo. A su espalda rugía un león, y si pensaba ayudar a su madre a escapar del animal, tendría que levantarse y recuperar la parte de atrás de la cabeza.

Trató de gritar para advertir a Magda que echara a correr, pero la alfombra le tapaba la boca, y lo que le salió fue un gorgoteo.

Notó algo pesado en la columna vertebral, y mientras el nuevo dolor se sumaba al anterior, albergó la esperanza de que su madre lo hubiera oído, de que aún pudiera escapar.

En una de las jaulas empezó a ladrar un perro abandonado; al poco, lo siguieron otros dos. El chucho sin nombre que tenía a sus pies —muy parecido al que Fritz Meshaum había hecho trizas— gimió. Estaba sentado. Con aire

distraído, Frank le acarició el lomo para calmarlo. No apartó la vista de la pantalla. Uno de los jóvenes acólitos de Compadre Hoja Dorada —no el que le había entregado las tijeras de trinchar aves, sino el otro— lo agarró por el hombro.

«¿Papá? Quizá no deberías hacerlo.»

Hoja Dorada se sacudió la mano del hombro.

«¡Dios dice que salgas a la luz! Sussanah, Comadre Hoja Dorada, ¡Dios dice que salgas a la luz! ¡Sal a la luz!»

«¡Sal a la luz!», repitió el hombre que le había entregado las tijeras, y el hijo de Hoja Dorada, de mala gana, entonó a su vez: «¡Sal a la luz! ¡Comadre Hoja Dorada, sal a la luz!».

Compadre Hoja Dorada introdujo las manos bajo el capullo cortado que cubría el rostro de su mujer y, con voz atronadora, exclamó: «*¡Dios dice que salgas a la luz!*».

Tiró de la tela y se oyó un desgarrón que a Frank le recordó el ruido del velcro al despegarse. Apareció el rostro de Sussanah, señora de Compadre Hoja Dorada. Tenía los ojos cerrados pero las mejillas enrojecidas, y en los bordes del corte las hebras se agitaban movidas por su aliento. El señor Hoja Dorada se inclinó aún más como para besarla.

—No lo hagas —dijo Frank, y a pesar de que el volumen del televisor no estaba muy alto y había hablado casi en un susurro, todos los perros enjaulados (esa tarde una media docena) se pusieron a ladrar. El chucho mestizo que lo acompañaba emitió un sonido grave de preocupación—. Tío, no lo hagas.

«*¡Comadre Hoja Dorada, despierta!*»

La mujer despertó, ciertamente. Y cómo. Abrió los ojos de par en par. Se incorporó de golpe y mordió a su marido en la nariz. Compadre Hoja Dorada gritó algo que el realizador censuró con un pitido, pero Frank dedujo que

posiblemente había soltado *hija de puta*. La sangre manó a borbotones. Comadre Hoja Dorada cayó de espaldas sobre la mesa con un trozo considerable de la napia de su marido entre los dientes. La sangre le salpicaba la pechera del camisón.

Frank dio un respingo. Se golpeó la cabeza con el archivador encajado detrás del escritorio. Una idea —irrelevante pero muy clara— acaparó su atención: la cadena había censurado con un pitido la expresión «hija de puta» y, sin embargo, había permitido que todo el país viera a una mujer arrancar un buen pedazo de nariz a su marido. Esas prioridades apuntaban a algo seriamente demencial.

Alboroto en la estancia donde se había amputado la nariz. Gritos fuera de plano, y de pronto la cámara se volcó y no mostró más que un suelo de madera sobre el que se acumulaban gotas de sangre. Acto seguido un plano de Michaela Morgan, con expresión grave.

«Nos disculpamos nuevamente por el contenido de esta secuencia, que sin duda puede herir la sensibilidad del espectador, y deseo repetir que no hemos confirmado su autenticidad *con absoluta certeza*, pero acaban de informarnos de que los Dorados han abierto sus puertas y el asedio ha terminado. Eso *parecería* confirmar que lo que acaban de ver ha ocurrido realmente. — Sacudió la cabeza, como para despejársela, escuchó algo procedente del pequeño botón de plástico que llevaba en la oreja y añadió—: Volveremos a emitir estas escenas en la cabecera de cada informativo, no por sensacionalismo...»

Sí, claro, pensó Frank. Como para creérselo.

«... sino como servicio público. Ante la posibilidad de que esto esté sucediendo, hay una cosa que la gente debe saber: si alguien a quien quieren o una amiga suya ha quedado envuelta en uno de esos capullos, *no intenten retirárselo*. Devolvemos la conexión a George Alderson en el estudio. Me han

dicho que tiene un invitado muy especial que quizá pueda arrojar un poco más de luz sobre este terrible...»

Frank apagó el televisor con el mando a distancia. ¿Y ahora qué? Joder, ¿y ahora qué?

En el pequeño alojamiento temporal, los perros aún por enviar al refugio de animales de Harvest Hills seguían ladrando desesperadamente a la mariposa nocturna que revoloteaba y danzaba en el estrecho pasillo que separaba las jaulas.

Frank acarició al chucho mestizo a sus pies.

—No pasa nada —dijo—. Todo en orden.

El perro se tranquilizó. Como no conocía otra cosa, lo creyó.

8

Magda Dubcek estaba sentada a horcajadas sobre el cadáver de su hijo. Lo había rematado clavándole a un lado del cuello una esquirra de la jarra veteada de verde y, para asegurarse, le hundió otra en el oído, introduciéndola por el conducto auditivo hasta el cerebro. La sangre seguía brotando de la herida del cuello y el charco se propagaba por la alfombra beige.

Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. De un modo extrañamente distante, tenía la vaga conciencia de ese llanto. ¿Por qué llora esa mujer?, se preguntó sin saber muy bien quién era la persona que lloraba ni dónde estaba. Y si se paraba a pensarlo, ¿dónde estaba la propia Magda? ¿No había estado viendo la televisión y había decidido descansar un rato?

Ya no se hallaba en su habitación.

—¿Hola? —preguntó a la oscuridad que la rodeaba. Había otras en esa oscuridad, muchas otras. Le parecía percibir su presencia, pero no las veía...

¿Quizá ahí? ¿O allá? En algún sitio. Magda buscó a tientas.

Tenía que encontrarlas. No podía quedarse sola en ese lugar. Si había otras, tal vez pudieran ayudarla a regresar a casa, con su hijo, con Anton.

Su cuerpo se levantó de encima del cadáver, y las viejas rodillas le crujieron. Tambaleante, se acercó a la cama y se dejó caer en ella. Cerró los ojos. Nuevos filamentos blancos empezaron a desplegarse desde sus mejillas; ondeaban y se le posaban con delicadeza en la piel.

Se durmió.

Buscó a las otras, en ese otro lugar.

Era una tarde calurosa, más propia de verano que de primavera, y por todo Dooling empezaron a sonar los teléfonos, porque, entre los que habían seguido la noticia, algunos llamaban a familiares y amigos que no estaban al corriente. Otros callaron, convencidos de que todo quedaría en nada, como el Efecto 2000, o de que sería directamente un bulo, como el rumor en internet de que Johnny Depp había muerto. En consecuencia, muchas mujeres que preferían la música a la televisión pusieron a sus hijos pequeños a dormir la siesta, como todas las tardes, y en cuanto los niños dejaron de resistirse, se acostaron ellas también.

Para dormir y soñar con mundos distintos del suyo.

Sus hijas se unieron a ellas en esos sueños.

Sus hijos, no. El sueño no era para ellos.

Cuando esos críos despertaran hambrientos al cabo de una o dos horas y encontraran a sus madres todavía dormidas, con el rostro amoroso envuelto en una sustancia blanca y pegajosa, berrearían y arañarían, y rasgarían los capullos... y las mujeres despertarían.

La señora Leanne Barrows, del número 17 de Eldridge Street, por ejemplo, la esposa del ayudante del sheriff Reed Barrows. Tenía por costumbre echar una cabezada con Gary, su hijo de dos años, alrededor de las once todos los días. Eso mismo debió de hacer el jueves de Aurora.

Unos minutos después de las dos, el señor Alfred Freeman, el vecino de los Barrows del número 19 de Eldridge Street, un viudo jubilado, rociaba sus

hostas junto a la acera con repelente de ciervos. De pronto se abrió la puerta del número 17 de Eldridge, y el señor Freeman vio salir a la señora Barrows, tambaleante, con su hijo bajo el brazo, como si fuera un tablón. El niño, que no llevaba más que el pañal, se desgañitaba y agitaba los brazos. Una máscara blanca opaca cubría la mayor parte del rostro de la madre, excepto por un colgajo de tejido que le caía sobre la barbilla desde la comisura de la boca. Cabía suponer que ese desgarrón era lo que la había despertado y había captado su atención, no precisamente grata.

El señor Freeman no supo qué decir cuando la señora Barrows fue derecha hacia él, que se hallaba a diez metros de la línea divisoria entre ambas parcelas. Había pasado la mayor parte de aquella mañana dedicándose al jardín; no había visto ni oído las noticias. Al fijarse en el rostro —o la ausencia de este— de su vecina, enmudeció. Por alguna razón, mientras ella se acercaba, él se quitó el panamá y se lo llevó al pecho, como si estuviese a punto de sonar el himno nacional.

Leanne Barrows dejó caer a su hijo berreón entre las plantas a los pies de Alfred Freeman; acto seguido, giró sobre los talones y, con un bamboleo de borracha, desanduvo el camino. Pingajos blancos, como jirones de papel de seda, pendían de las yemas de sus dedos. Volvió a entrar en casa y cerró la puerta.

Este fenómeno resultó ser uno de los enigmas más raros y analizados de Aurora: el llamado «instinto maternal» o «reflejo de entrega en adopción». Si bien las denuncias de interacciones violentas entre durmientes y otros adultos ascendieron en última instancia a millones, y otros muchos millones de esas interacciones quedaron sin denunciar, fueron pocas, o ninguna, las agresiones por parte de durmientes contra sus hijos pequeños. Las durmientes entregaban a sus hijos varones de corta edad a la persona que encontraban más cerca o se limitaban a sacarlos a la calle. Después regresaban al lugar donde dormían.

—¿Leanne? —llamó Freeman.

Gary se revolcaba en el suelo, llorando y pisoteando las hojas con sus piececillos regordetes y rosados.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Alfred Freeman miró al niño, luego a las hostas que había podado, y se preguntó: *¿Lo devuelvo?*

Los niños no le entusiasmaban; había tenido dos hijos, y el sentimiento era mutuo. Desde luego no soportaba a Gary Barrows, un terrorista diminuto y feo para quien la urbanidad consistía en blandir escopetas de juguete y hablar a gritos de *La guerra de las galaxias*.

El rostro de Leanne, revestido de aquella porquería blanca, no parecía humano en absoluto. Freeman decidió quedarse con el crío hasta que fuera posible avisar al marido de Leanne, ayudante del sheriff, para que se hiciera cargo.

Esa decisión le salvó la vida. Aquellos que desafiaron el «instinto maternal» se arrepintieron. Lo que empujaba a las madres de Aurora a ceder pacíficamente a sus vástagos varones de corta edad, fuera lo que fuese, no admitía preguntas. Decenas de miles de hombres lo descubrieron en perjuicio propio, y no tuvieron ocasión de descubrir nada más.

—Lo siento, Gary —dijo Alf Freeman—. Pero es posible que tengas que quedarte con el viejo tío Alf un buen rato—. ¿Sería mucho pedir que te portaras bien?

Clint acompañó a Evie durante la mayor parte del proceso de ingreso en prisión. Lila, no. Clint habría deseado que se quedara con él, habría deseado

seguir insistiendo en que no podía dormirse, pese a que había empezado a decírselo desde el momento mismo en que se apeó del coche en el aparcamiento de la cárcel. Se lo había repetido ya una docena de veces, y sabía que, mostrándole tanta preocupación, ponía a prueba su paciencia. También habría deseado preguntarle dónde había estado la noche anterior, pero eso tendría que esperar. Ante el desarrollo de los acontecimientos tanto allí como en el mundo en general, ni siquiera estaba seguro de que tuviese importancia. Sin embargo, volvía sobre el asunto una y otra vez, como un perro que se lamiera una pata dolorida.

El subdirector de la cárcel, Lawrence Hicks, más conocido como Lore, llegó poco después de que trasladaran a Evie a una celda de confinamiento. La directora Coates dejó el papeleo del nuevo ingreso en manos de Hicks mientras ella, al teléfono, solicitaba instrucciones a la Administración Penitenciaria y avisaba a todos los funcionarios fuera de servicio.

Como se vio, el trámite no requirió mucho esfuerzo. Evie permaneció sentada con las manos esposadas a la mesa de la sala de interrogatorios, vestida aún (por el momento) con el mono desechable que Lila y Linny Mars le habían proporcionado. Aunque tenía la cara magullada a causa de los repetidos cabezazos contra la rejilla protectora del coche patrulla de Lila, conservaba un ánimo incoherentemente alegre. A las preguntas sobre su dirección actual, familiares e historial médico, contestó solo con el silencio. Cuando se le preguntó su apellido, dijo:

—He estado pensando en eso. Dejémoslo en Black, negro. Eso servirá. Sin Nombre no está mal. Pero Black es más acorde con estos tiempos negros. Llámenme Evie Black.

—Entonces ¿no es su nombre real? —Hicks, que acababa de salir del dentista, hablaba con la boca adormecida todavía por la novocaína.

—Usted ni siquiera podría pronunciar mi verdadero nombre. Mis *nombres*.

—Dígamelo de todas formas —la invitó Hicks—. Uno solo.

Evie se limitó a mirarlo con aquellos ojos de expresión alegre.

—¿Cuántos años tiene? —probó Hicks.

Ante esto el rostro de la mujer se demudó, y el júbilo, le pareció a Clint, se tornó pesadumbre.

—Edad no tengo —respondió, aunque a renglón seguido guiñó el ojo al subdirector, como si se disculpara por dar una respuesta tan grandilocuente.

Clint intervino. Ya habría tiempo para un interrogatorio completo más adelante, pero se moría de impaciencia por hacerlo, a pesar de todo lo que estaba ocurriendo.

—Evie, ¿comprende la razón por la que está aquí?

—Para conocer a Dios, para amar a Dios y para servir a Dios —contestó ella. A continuación alzó las manos esposadas tanto como le permitía la cadena, se santiguó de manera ostentosa y se echó a reír. No tenía intención de decir nada más.

Clint se fue a su despacho, donde Lila había dicho que lo esperaría.

La encontró hablando por el micro del hombro, que enseguida devolvió a su sitio. Dirigió un gesto de asentimiento a Clint.

—Tengo que irme. Gracias por aceptarla.

—Te acompaño a la salida.

—¿No quieres quedarte con tu paciente?

Lila se encaminaba ya por el pasillo hacia la puerta principal y levantaba la cara para que la funcionaria Millie Olson, a través de los monitores, viese que era una vecina del pueblo —la poli, en realidad—, y no una reclusa.

—El registro con desnudo integral y el despioje son solo para mujeres —contestó Clint—. Volveré con ella en cuanto esté vestida.

Pero tú ya sabes todo eso, pensó. ¿Estás demasiado cansada para acordarte o es que no quieres hablar conmigo?

Se oyó el zumbido de la puerta, y accedieron al compartimento del tamaño de una cámara estanca que separaba la cárcel del vestíbulo, un espacio tan exiguo que a Clint siempre le producía cierta claustrofobia. Otro zumbido, y regresaron al mundo de los hombres y mujeres libres, con Lila por delante de él.

Clint la alcanzó antes de que saliera.

—Eso de Aurora...

—Como me repitas que tengo que quedarme despierta, puede que grite. — Lila estaba intentando abordar la cuestión con buen humor, pero Clint sabía que le costaba mucho controlarse. Era imposible pasar por alto las ojeras y las arrugas de tensión alrededor de los labios. Había elegido un momento sumamente desafortunado para hacer el turno de noche. Si es que la fortuna tenía algún papel en eso.

La siguió hasta el coche, donde Reed Barrows esperaba apoyado con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—No eres solo mi mujer, Lila. En lo tocante a las fuerzas del orden del condado de Dooling, eres la mandamás. —Le tendió una hoja de papel doblada—. Ten esto, y pasa a buscarlo antes que nada.

Lila desplegó el papel. Era una receta.

—¿Qué es Provigil?

Clint le apoyó un brazo en el hombro y la atrajo hacia sí para asegurarse de que Reed no oía la conversación.

—Es para la apnea del sueño.

—Yo no tengo eso.

—No, pero te mantendrá despierta. No lo digo porque sí, Lila. Yo te necesito *despierta*, y este pueblo te necesita despierta.

Ella se puso tensa bajo su brazo.

—De acuerdo.

—Hazlo enseguida, antes de que se dispare la demanda.

—Sí, señor. —Sus órdenes, por bien intencionadas que fuesen, sin duda la irritaban—. Tú averigua de qué va esa loca. Si puedes. —Esbozó una sonrisa—. Siempre puedo recurrir al depósito de pruebas. Tenemos montones de pequeñas pastillas blancas.

A Clint no se le había ocurrido.

—Conviene tenerlo en mente.

Ella se apartó.

—Era broma, Clint.

—No te estoy diciendo que manipules pruebas. Solo te digo que... —Alzó las manos abiertas—. Que lo tengas en mente. No sabemos en qué acabará esto.

Lila lo miró sin demasiado convencimiento y abrió la puerta del acompañante del coche patrulla.

—Si hablas con Jared antes que yo, dile que intentaré llegar a casa para la cena, pero las probabilidades son entre escasas y nulas.

Subió al coche, y antes de que cerrara la ventanilla para aprovechar plenamente el aire acondicionado, Clint estuvo a punto de dejar escapar la pregunta, a pesar de la presencia de Reed Barrows y a pesar de la crisis repentina e inconcebible que, según insistían las noticias, *era* concebible. Se trataba de una pregunta que Clint suponía que los hombres venían formulando desde hacía miles de años: «¿Dónde estuviste anoche?».

—Ah, cariño, ¿te acuerdas de Mountain Rest Road? Puede que todavía esté cortado el paso. No vayas por el atajo —optó por decir, y se sintió sagaz por un momento.

Lila, sin inmutarse, se limitó a responder «Ajá, vale», y se despidió con la mano cuando Reed arrancó en dirección a la doble verja situada entre la cárcel y la carretera. Clint, no tan sagaz después de todo, solo pudo observarla

alejarse.

Regresó al interior justo a tiempo de ver a Evie Black, alias Usted Ni Siquiera Podría Pronunciar Mi Verdadero Nombre, posar para la foto de la identificación. A continuación Don Peters le colocó la ropa de cama en los brazos.

—Tienes pinta de porrera, encanto. No vayas a vomitar en las sábanas.

Hicks le lanzó una mirada severa, pero mantuvo cerrada la boca adormecida por la novocaína. Clint, que ya estaba hasta la coronilla del funcionario Peters, no se calló.

—Corte el rollo.

Peters volvió la cabeza.

—A mí no me diga...

—Puedo dar parte del incidente, si lo prefiere —atajó Clint—. Respuesta inapropiada. Sin provocación previa. Usted elige.

Peters lo miró con inquina, pero se limitó a preguntar:

—Puesto que esta queda a su cargo, ¿qué celda le asigna?

—La A-10.

—Vamos, reclusa —dijo Peters—. Te ha tocado una celda acolchada. Menuda suerte.

Clint los vio alejarse, Evie cargada con la ropa de cama, Peters muy cerca detrás de ella. Permaneció atento por si Peters la tocaba, pero naturalmente no lo hizo. Sabía que Clint no le quitaba ojo.

Lila ya habría estado así de cansada antes, pero no recordaba cuándo. Lo que sí recordaba —de la clase de Educación para la Salud del instituto, nada

menos— eran las consecuencias adversas de pasar mucho tiempo en vela: lentitud de reflejos, deterioro de la facultad de discernimiento, hipovigilancia, irritabilidad. Por no hablar de los problemas de memoria a corto plazo, tales como ser capaz de recordar la asignatura de Educación para la Salud del segundo año de instituto, pero no qué coño se suponía que debía hacer a continuación, ese día, en ese preciso minuto.

Entró en el aparcamiento del Olympia Diner (MMM, PRUEBE NUESTRO PASTEL DE HUEVO, se leía en el letrero del caballete que había junto a la puerta), apagó el motor, salió y respiró hondo varias veces, muy despacio, llenándose de oxígeno fresco los pulmones y el torrente sanguíneo. Eso ayudó un poco. Se inclinó por la ventanilla y cogió el micrófono del salpicadero, pero de pronto se lo pensó mejor: prefería no mantener esa comunicación en abierto. Dejó el micro de nuevo en la horquilla y sacó el móvil del compartimento correspondiente en el cinturón reglamentario. Pulsó uno de los diez o doce números que tenía en marcación rápida.

—¿Qué tal, Linny?

—Bien. Anoche dormí siete horas o así, un poco más que de costumbre. Así que todo en orden. Pero tú me tienes preocupada.

—Estoy bien, no te preocupes... —Se interrumpió para soltar tal bostezo que le crujó la mandíbula. Su respuesta quedaba un tanto absurda, pero insistió—. Yo también estoy bien.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—No sé, puede que dieciocho o diecinueve horas. —Para mitigar la inquietud de Linny, añadió—: Anoche di una cabezada, descuida. —Seguían brotando mentiras de su boca. Había un cuento que prevenía acerca de eso, de que una mentira llevaba a otra, y al final uno se convertía en un periquito o algo así, pero el cerebro extenuado de Lila no recordó qué cuento era—. Ahora no te preocupes por mí. ¿Qué ha pasado con Tiffany... como se llame,

la de la caravana? ¿La han trasladado al hospital?

—Sí. Menos mal que los sanitarios se la han llevado enseguida. —Linny bajó la voz—. El St. Theresa es una casa de locos.

—¿Dónde están Roger y Terry?

En la respuesta de Linny se advirtió cierta incomodidad.

—Verás... han esperado al ayudante del fiscal durante un rato, pero no se ha presentado, y querían ir a ver si sus mujeres estaban bien...

—O sea, ¿han abandonado el escenario del crimen? —Lila montó en cólera un momento, pero para cuando expresó su incredulidad, su ira ya se había disipado. Probablemente la razón por la que el ayudante del fiscal no había aparecido era la misma por la que Roger y Terry se habían marchado: para ver cómo estaba su esposa. No solo el St. Theresa era una casa de locos. Lo mismo ocurría en todas partes.

—Ya lo sé, Lila, ya lo sé, pero Roger tiene una niña, ya sabes... —*Si es que es suya*, pensó Lila. Según las malas lenguas, Jessica Elway era aficionada a ir de cama en cama—. A Terry también le ha entrado el pánico, y ninguno de los dos recibía respuesta al llamar a casa. Ya les he dicho que te cabrearías.

—Bien, hazlos volver. Quiero que vayan a las tres farmacias del pueblo y digan a los farmacéuticos...

Pinocho. Ese era el cuento sobre las mentiras, y el niño no se convertía en periquito; le crecía la nariz hasta que la tenía más larga que el consolador de Wonder Woman.

—¿Lila? ¿Sigues ahí?

Contrólate, mujer.

—Que digan a los farmacéuticos que extremen la cautela con todos los estimulantes que tengan. Adderall, Dexedrina... y sé que hay al menos una metanfetamina que se vende con receta, pero no me acuerdo del nombre.

—¿Meta con receta? ¡Anda ya!

—Sí. Los farmacéuticos lo sabrán. Que extremen la *cautela*. Irá llegando gente con recetas. Que despachen el menor número posible de pastillas hasta que tengamos claro qué demonios está pasando. ¿Entendido?

—Sí.

—Otra cosa, Linny, y esto que quede entre nosotras. Ve a mirar en Pruebas. A ver qué *tenemos nosotros* ahí en cuanto a estimulantes, y eso incluye la coca y las bellezas negras de la redada a los hermanos Griner.

—Caray, ¿estás segura? ¡Hay más de doscientos gramos de polvo boliviano del bueno! Lowell y Maynard están pendientes de juicio. No nos conviene enredar con eso. ¡Hace una *eternidad* que vamos detrás de ellos!

—No estoy segura ni mucho menos, pero Clint me ha metido la idea en la cabeza y ahora no puedo quitármela. Tú haz inventario del material, ¿vale? Nadie va a empezar a enrollar billetes y esnifar. —Al menos no esta tarde.

—Vale. —Linny parecía horrorizada.

—¿Quién está en la caravana donde ha estallado el laboratorio de meta?

—Un momento, déjame que lo consulte con Gertrude. —Linny llamaba Gertrude a su ordenador de la oficina por razones que Lila ni siquiera se molestaba en entender—. Los técnicos forenses y las unidades del departamento de Bomberos se han marchado. Me sorprende que hayan abandonado el lugar de los hechos tan pronto.

A Lila no la sorprendía. Esos hombres también tendrían esposas e hijas.

—Hummm... parece que quizá queden un par de tipos de la AAH por allí, apagando los últimos rescoldos. No sé decirte quiénes. Solo tengo un aviso en el que informaban de que habían salido de Maylock a las once y treinta y tres. Pero seguramente Willy Burke es uno de ellos. Ya conoces a Willy, nunca falla.

Con la AAH, sigla que sonaba a suspiro, se refería a la organización Adopt A Highway (Adopta una Carretera), y la cuadrilla de la zona de los Tres

Condados se componía básicamente de jubilados con furgonetas. Eran también lo más parecido que tenían a un departamento de Bomberos Voluntarios y a menudo resultaban muy útiles durante la temporada de incendios forestales.

—Vale, gracias.

—¿Vas para allá? —En la voz de Linny se apreciaba un leve tono de desaprobación, y Lila, cansada como estaba, no captó el subtexto: «¿Con todo el lío que tenemos entre manos?».

—Linny, si tuviese una varita mágica para despertar a la gente, la usaría, créeme.

—Entendido, sheriff. —Subtexto: «Estás que muerdes».

—Perdona. Es solo que tengo que hacer lo que *puedo* hacer. Cabe suponer que ya habrá alguien, mucha gente, ocupándose de esa enfermedad del sueño en el Centro de Control y Prevención de Atlanta. Aquí en Dooling, se ha producido un doble asesinato, y debo trabajar en eso.

¿Por qué estoy explicándole todo esto a mi operadora? Porque estoy cansada, por eso. Y para no pensar en cómo me miraba mi marido en la cárcel. Y para no pensar en la posibilidad —el hecho, en realidad, Lila; no es una posibilidad, sino un hecho, y el nombre de ese hecho es Sheila— de que el marido que tanto te preocupa no sea en realidad la persona a la que conocías.

«Aurora», lo llamaban. Si me quedo dormida, pensó Lila, ¿será el fin? ¿Moriré? Podría ser, como diría Clint. Joder que si podría ser.

La buena comunicación que siempre habían tenido, la fluida colaboración en proyectos, comidas y responsabilidades paternas, el cómodo placer que obtenían en sus respectivos cuerpos... esas experiencias reiteradas, el eje de su vida cotidiana juntos, habían empezado a desmoronarse.

Se representó a su marido sonriente y se le revolvió el estómago. Era la misma sonrisa que tenía Jared, y también la sonrisa de Sheila.

Lila recordó cómo había abandonado Clint la práctica privada, sin hablarlo

con ella en absoluto. Todo el trabajo que habían dedicado a la planificación, el cuidado con que habían seleccionado no solo la ubicación sino también el pueblo, escogiendo finalmente Dooling porque era el mayor núcleo de población de la zona sin un psiquiatra con una consulta de orientación general. Pero Clint, exasperado con su segundo paciente, decidió de buenas a primeras que necesitaba un cambio. Y Lila accedió sin más. La molestó haber malgastado todo ese esfuerzo; la consiguiente disminución de sus expectativas económicas implicó recalcular muchas cosas, y en esas circunstancias ella habría preferido vivir más cerca de una ciudad, y no en los Tres Condados, una zona rural, pero quería que Clint fuera feliz. Accedió sin más. Lila no quería una piscina. Accedió. Un día Clint decidió que cambiaban al agua embotellada y llenó medio frigorífico de botellas. Ella accedió. Tenía una receta de Provigil que, según él, debía tomar. Probablemente accedería. Quizá el sueño fuera su estado natural. Quizá por eso podía aceptar Aurora, porque para ella no suponía un gran cambio. Podría ser. ¿Quién demonios lo sabía?

¿Acaso estaba Evie allí la noche anterior? ¿Era posible? ¿Viendo el partido de baloncesto de la liga amateur en el gimnasio del instituto de Coughlin mientras la chica rubia y alta lanzaba un tiro tras otro, abriéndose paso entre la defensa del Fayette como la aleta de un tiburón? Eso explicaría el comentario sobre el triple doble, ¿no?

«Más vale que le des un beso a tu hombre antes de dormirte.»

Sí, probablemente así es como empezaste a perder la cabeza.

—Linny, tengo que dejarte.

Puso fin a la llamada sin esperar respuesta y devolvió el teléfono a la funda.

De pronto se acordó de Jared y lo sacó de nuevo. Pero ¿para decirle qué? ¿Y por qué molestarse? Su hijo tenía acceso a internet en el móvil, como todos. A esas alturas era probable que Jere supiese más acerca de lo que estaba ocurriendo que ella. Su hijo... al menos tenía un hijo, no una hija. En un

día así, era de agradecer. Los señores Pak debían de estar como locos. Envió un mensaje de texto a Jere para decirle que regresara derecho a casa después de clase, y que lo quería, y lo dejó ahí.

Lila volvió el rostro hacia el cielo y respiró hondo otra vez. Después de casi una década y media limpiando los resultados de la mala conducta, en gran parte relacionada con las drogas, Lila Norcross sentía el aplomo suficiente en su rango y posición para saber que, aunque concentraría toda su capacidad en el trabajo, tenía poco interés personal en obtener justicia por dos cocineros de meta muertos que seguramente, de un modo u otro, estaban condenados a electrocutarse en la gran lámpara matainsectos de la vida. Y por su conocimiento de la política sabía que nadie iba a clamar por una solución rápida, no con el pánico generado por Aurora. Pero la caravana próxima al almacén de madera de Adams era el lugar donde Evie Sin Nombre había hecho su debut en el condado de Dooling, y Lila sí tenía interés personal en la misteriosa Evie. No había salido de la nada. ¿Había dejado tal vez un coche allí? ¿Acaso uno con la documentación en la guantera? La caravana se hallaba a menos de ocho kilómetros; no había ningún motivo para no echar un vistazo. Solo necesitaba hacer otra cosa antes.

Entró en el Olympia. El restaurante estaba casi vacío, y las dos camareras chismorreaban en el reservado de un rincón. Una de ellas vio a Lila e hizo ademán de levantarse, pero Lila le indicó con un gesto que no era necesario. Gus Vereen, el dueño, instalado en el taburete junto a la caja, leía un libro de Dean Koontz en edición de bolsillo. A su espalda había un pequeño televisor encendido, en silencio. Al pie de la pantalla, en la banda deslizante de noticias, se leía: LA CRISIS DE AURORA SE AGRAVA.

—Este lo he leído —dijo Lila, tocando el libro—. El perro se comunica mediante fichas de Scrabble.

—Ya me lo has estropeado —protestó Gus. Tenía un acento tan cerrado

como una ostra.

—Lo siento. Te gustará de todos modos. El argumento es bueno. Ahora que ya nos hemos quitado de en medio la crítica literaria, ponme un café para llevar. Solo. Extragrande.

Él se acercó a la cafetera Bunn y llenó un vaso grande para llevar. Lo sirvió solo, sin duda: posiblemente más fuerte que Charles Atlas y más amargo que la difunta abuela irlandesa de Lila. Por lo que a ella se refería, tanto mejor. Gus envolvió el vaso hasta la mitad con una funda isotérmica de cartón, encajó la tapa de plástico y se lo entregó. Pero cuando Lila hizo ademán de sacar la cartera, él negó con la cabeza.

—Invita la casa, sheriff.

—Ni hablar. —Era una norma inviolable, resumida en el lema de la placa que tenía en su escritorio: NADA DE POLIS GORDOS ROBANDO MANZANAS. Porque en cuanto uno empezaba a aceptar cosas de gorra, la situación se perpetuaba... y luego siempre se esperaba una.

Dejó un billete de cinco en la barra. Gus lo empujó hacia ella.

—No es por la placa, sheriff. Hoy hay café gratis para todas las mujeres. — Miró en dirección a las camareras—. ¿No es verdad?

—Sí —contestó una de ellas, y se acercó a Lila. Se metió la mano en el bolsillo de la falda—. Y échele esto al café, sheriff Norcross. No sabrá mejor, pero le dará marcha.

Era una bolsita de Goody's, polvos para el dolor de cabeza. Aunque Lila no los había tomado nunca, sabía que Goody's era de uso corriente en la zona de los Tres Condados, al mismo nivel que el bourbon Rebel Yell y los *hash browns* recubiertos de queso. Cuando abrías el sobre y vertías el contenido, se parecía mucho al de las bolsas de coca halladas en el cobertizo trasero de la casa de los hermanos Griner, envueltas en plástico y guardadas dentro de un neumático viejo de tractor, la razón por la que ellos, y otros muchos

traficantes, utilizaban Goody's para cortar su producto. Salía más barato que el laxante pediátrico.

—Treinta y dos miligramos de cafeína —dijo la otra camarera—. Yo hoy ya me he tomado dos. No voy a dormirme hasta que los lumbreras resuelvan esta mierda de Aurora. Por nada del mundo.

4

Una de las grandes ventajas de ser el único agente de Control Animal del condado de Dooling —quizá la única ventaja— era no tener que padecer el mangoneo de un jefe. En rigor, Frank Geary rendía cuentas al alcalde y a los concejales, pero estos casi nunca se dejaban ver por ese pequeño rincón situado en la parte de atrás del anónimo edificio que albergaba también la Sociedad de Historia, el departamento de Ocio y la oficina del Catastro, lo que a él ya la parecía bien.

Sacó a pasear a los perros y los tranquilizó (para eso no había nada mejor que un puñado de galletas de pollo del Dr. Tim), se aseguró de que tenían agua y comprobó que a Maisie Wettermore, la voluntaria del instituto, le tocaba pasar a las seis para darles de comer y sacarlos otra vez. Sí, constaba en la pizarra. Frank le dejó una nota en relación con los distintos medicamentos, luego echó el cerrojo y se marchó. Hasta más tarde no se le ocurrió pensar que tal vez Maisie tuviera cosas más importantes en la cabeza que unos cuantos animales sin hogar.

Era en su hija en quien pensaba. Otra vez. Esa mañana la había asustado. No le gustaba reconocerlo, ni siquiera para sí, pero así había sido.

Nana. Algo en ella había empezado a inquietarlo. No Aurora, exactamente, pero sí algo relacionado con Aurora. ¿Qué era?

Le devolveré la llamada a El, pensó. Lo haré en cuanto llegue a casa.

Aunque lo que hizo nada más llegar a la pequeña casa de cuatro habitaciones que tenía alquilada en Ellis Street fue echar un vistazo a la nevera. Dentro no había gran cosa: dos yogures, una ensalada mohosa, una botella de salsa barbacoa Sweet Baby Ray y una caja de Miner's Daughter Oatmeal Stout, una cerveza de avena rica en calorías que, suponía, debía de ser saludable; al fin y al cabo, contenía avena, ¿no? Justo cuando cogía una, sonó el teléfono. Contempló la foto de Elaine en la pequeña pantalla y tuvo un momento de lucidez que no le hacía ninguna falta: temía la Cólera de Elaine (un poco) y su hija temía la Cólera de Papá (solo un poco... o eso esperaba él). ¿Era una buena base para una relación familiar?

Aquí el bueno soy yo, se recordó, y contestó.

—¡Hola, El! Perdona que no te haya devuelto la llamada antes, pero ha surgido un contratiempo. Muy triste. He tenido que sacrificar a la gata del juez Silver, y después...

Elaine no iba a dejarse distraer por la gata del juez Silver; quería ir al grano. Y como de costumbre tenía el volumen al máximo desde el principio.

—¡Le has dado un susto de muerte a Nana! ¡Muchas gracias!

—Cálmate, ¿quieres? Yo solo le he dicho que se llevara los dibujos adentro. Por el Mercedes verde.

—No sé de qué estás hablando.

—¿Recuerdas cuando empezó a repartir periódicos? Contó que tuvo que virar bruscamente con la bicicleta y meterse en el jardín de los Nedelhaft porque un tío que conducía un coche verde grande con una estrella delante se subió a la acera. Me dijiste que lo dejara correr, y eso hice. Lo dejé correr.

Las palabras le salían cada vez más deprisa; si no se controlaba, pronto estaría *espetándolas*. Lo que Elaine no entendía era que a veces él tenía que levantar la voz para hacerse oír. Al menos con ella.

—El coche que ha atropellado a la gata del juez Silver también era verde y grande, con una estrella delante. Un Mercedes. Yo ya sospechaba quién era el dueño de ese coche cuando Nana estuvo a punto de...

—¡Frank, Nana ha dicho que el coche había invadido la acera a media manzana de distancia!

—Puede ser, o puede que fuera más cerca y ella haya preferido no asustarnos. A lo mejor no quería perder el trabajo como repartidora justo después de conseguirlo. Tú escucha, ¿vale? Lo dejé correr. Había visto ese Mercedes por el barrio muchas veces, pero lo dejé correr. —¿Cuántas veces había dicho eso? Y, ¿por qué le recordaba a aquella canción de *Frozen*, la que a Nana le dio por cantar hasta que él supo que lo volvería loco? Sujetaba la lata de cerveza con tal fuerza que la abolló, y si no se contenía, acabaría reventándola—. Pero esta vez no. No después de atropellar a Cocoa.

—¿Quién es...?

—¡Cocoa! ¡Cocoa, la gata del juez Silver! ¡Podría haber sido mi hija, Elaine! ¡*Nuestra* hija! Abreviando, ese Mercedes es de Garth Flickinger, vive calle arriba.

—¿El médico? —Elaine pareció interesarse. Por fin.

—El mismo. Y cuando he ido a hablar con él, adivina qué: llevaba un buen *colocón*, Elaine. Estoy casi seguro. Apenas podía articular.

—En lugar de denunciarlo a la policía, ¿has ido a su casa? ¿Como aquella vez que fuiste al colegio de Nana y le levantaste la voz a la maestra delante de todos los niños, *incluida* tu hija, que te oyeron despotricar como un loco?

Venga, sácalo a relucir, pensó Frank, estrujando aún más la lata. Como siempre. Eso o lo del famoso puñetazo en la pared, o aquella vez que le dije a tu padre que era un embustero. Sácalo a la luz, sácale partido. Los grandes éxitos de Elaine Nutting Geary. Cuando esté en el ataúd, le contarás a alguien lo de aquella vez que le levanté la voz a la maestra de segundo de Nana por

burlarse del proyecto de Ciencias de mi hija y hacerla llorar en clase. Y cuando se canse de oírlo, puedes recordar aquella vez que le grité a la señora Fenton por rociar herbicida por donde mi hija pasaba con su triciclo y tenía que respirarlo. Muy bien. Píntame como el malo si eso te ayuda a sobrellevar el día. Pero ahora mismo mantendré un tono sereno y equilibrado. Porque no puedo permitirme que me saques de quicio esta vez, Elaine. Alguien tiene que cuidar de nuestra hija, y a la vista está que tú no das la talla.

—Era mi deber como padre. —¿Quedaba pomposo? A Frank le dio igual—. No tengo ningún interés en que lo detengan por el delito menor de atropello felino y fuga, pero *sí* tengo interés en asegurarme de que no atropelle a Nana. Si he conseguido eso, metiéndole un poco de miedo...

—Dime que no te has puesto en plan Charles Bronson.

—No, he sido muy razonable con él. —Eso al menos se acercaba a la verdad. Era con el coche con lo que no se había comportado de forma razonable. En todo caso, no le cabía duda de que un médico de altos vuelos como Flickinger tenía un buen seguro.

—Frank —dijo ella.

—¿Qué?

—No sé ni por dónde empezar. Tal vez por la pregunta que no has hecho al ver a Nana dibujar delante de casa.

—¿Cómo? ¿Qué pregunta?

—«¿Por qué no estás en el colegio, cielo?» *Esa* pregunta.

No estaba en el colegio. Quizá era eso lo que le había estado causando desazón.

—Con el sol que hacía esta mañana, sencillamente... en fin, parecía verano, ¿sabes? Me he olvidado de que es mayo.

—Se te ha ido el santo al cielo, ¿eh, Frank? Te preocupa tanto la seguridad de tu hija que ni siquiera te has acordado de que estamos en pleno curso.

Piénsalo. ¿No te has fijado en las tareas que hace en tu casa? Ya sabes, esos cuadernos en los que escribe y los libros de texto que lee. Con Dios y su único hijo Jesucristo como testigos...

Frank estaba dispuesto a aguantar mucho —y a reconocer que tal vez en parte lo merecía—, pero ese rollo de Jesucristo como testigo agotaba su paciencia. No era el único hijo de Dios quien años atrás había echado a aquel mapache de debajo de la iglesia episcopal y había clavado la tabla en la entrada del hueco, ni era Él quien pagaba la ropa y la comida de Nana. O las de Elaine, si a eso íbamos. Frank hacía todo eso, y no había ninguna magia en ello.

—Ve al grano, Elaine.

—Tú solo te das cuenta de lo que te afecta a ti. Todo se centra en qué cabrea hoy a Frank. Todo se centra en quién no entiende que solo Frank sabe hacer bien las cosas. Porque esas son tus posiciones por defecto.

Puedo aguantarlo. Puedo aguantarlo puedo aguantarlo puedo aguantarlo pero por Dios Elaine menuda cabrona puedes llegar a ser cuando te lo propones.

—¿Estaba enferma?

—Vaya, *ahora* te has puesto en alerta roja.

—¿Lo estaba? ¿Lo está? Porque se la veía bien.

—Está perfectamente. La he dejado quedarse en casa porque tiene la regla. Su *primera* regla.

Frank se quedó de una pieza.

—Estaba nerviosa y un poco asustada, a pesar de que el año pasado le expliqué cómo sería. Y también avergonzada, porque ha manchado un poco la sábana de sangre. Para ser una primera regla, era bastante abundante.

—No puede ser la... —Por un momento la palabra se le trabó en la garganta. Tuvo que expulsarla como un pedazo de comida que se le hubiese ido por el lado equivocado—. ¡No puede ser la *menstruación*! ¡Tiene *once*

años, por Dios!

—Creías que iba a seguir siendo eternamente tu princesita con alas de hada y botas centelleantes.

—No, pero... ¿a los once años?

—A *mí* me vino a los once. Y esa no es la cuestión. La cuestión es esta: tu hija estaba dolorida, confusa y alicaída. Ha salido a dibujar delante de casa, porque eso siempre le sube el ánimo, y entonces viene su padre, hecho una furia, gritando...

—*¡Yo no he gritado!* —Fue entonces cuando la lata de Miner's Daughter por fin cedió. La espuma corrió por su puño cerrado y salpicó el suelo.

—... gritando y tirándole de la camiseta, su camiseta preferida...

Frank, horrorizado, sintió el escozor de las lágrimas. Había llorado varias veces desde la separación, pero nunca mientras hablaba con Elaine. En el fondo temía que ella se aprovechara de cualquier asomo de debilidad, que lo utilizara como palanca, para abrirlo y devorarle el corazón. Su tierno corazón.

—Tenía miedo por ella. ¿Es que no lo entiendes? Flickinger es un borracho o un drogadicto, o las dos cosas; tiene un coche grande y ha matado a la gata del juez Silver. Yo temía por ella. Debía tomar medidas. Era mi *obligación*.

—Te comportas como si fueses la única persona que ha temido alguna vez por un niño, pero no es así. También *yo* temo por ella, y tú eres lo que más miedo me da.

Frank guardó silencio. Las últimas palabras habían sido tal atrocidad que apenas podía asimilarlas.

—Mantén esa actitud y volveremos al juzgado, para reevaluar tus fines de semana y tus privilegios de visita.

Privilegios, pensó Frank. *¡Privilegios!* De buena gana habría soltado un alarido. Eso ganaba por sincerarse con ella.

—¿Cómo está ahora?

—Bien, supongo. Se lo ha comido casi todo, luego ha dicho que iba a echarse la siesta.

Frank se balanceó sobre los talones y soltó la lata abollada de cerveza, que cayó al suelo. *Eso* era lo que le causaba desazón, no la pregunta de por qué Nana no había ido al colegio. *Sabía* cómo reaccionaba su hija cuando se ponía nerviosa: se dormía. Y él la había puesto nerviosa.

—Elaine... ¿no has visto la tele?

—¿Qué? —dijo Elaine, sin entender ese giro repentino en la conversación—. He visto un par de episodios atrasados de *Daily Show* en TiVo...

—¡Las noticias, El, las *noticias!* ¡Sale en todos los canales!

—¿De qué estás hablando? ¿Te has vuelto lo...?

—¡Levántala! —bramó Frank—. Si aún no está dormida, ¡levántala! ¡Ahora mismo!

—Eso no tiene sen...

Solo que tenía todo el sentido del mundo. Ojalá no lo hubiera tenido.

—*¡No preguntes, hazlo! ¡Ahora mismo!*

Frank colgó y corrió hacia la puerta.

5

Jared había encontrado ya un sitio desde donde observar sin ser visto cuando Eric, Curt y Kent aparecieron por el bosque desde el instituto entre risas, bromas y parloteo.

—Tiene que ser un bulo. —Ese era Kent, pensó, y su voz reflejaba menos entusiasmo que antes, cuando Jared lo había oído en el vestuario.

La noticia sobre Aurora se había difundido. Las chicas lloraban en los pasillos. Algunos chicos también. Jared había oído a un profesor de

Matemáticas, el fornido de la barba que siempre llevaba camisas vaqueras con botones de presión y preparaba al equipo de debate, decir a un par de alumnas de segundo llorosas que debían conservar la calma y que todo acabaría bien. La señora Leighton, que daba clases de Educación Cívica, se acercó y le hincó el índice en la camisa, justo entre dos vistosos botones. «¡Para ti es muy fácil decirlo! —había exclamado—. ¡Tú no sabes nada de esto! ¡No está pasándoles a los *hombres!*!»

Era extraño. Era más que extraño. Jared percibía esa misma sensación de electricidad estática que acompañaba a una tormenta importante, cuando se acumulaban inquietantes nubes violáceas iluminadas desde dentro por efecto de los relámpagos. En esos casos el mundo no parecía extraño; el mundo ni siquiera parecía el mundo, sino otro lugar al que uno se había visto arrojado.

Era un alivio tener algo en lo que concentrarse. Al menos durante un rato. Había emprendido una misión en solitario. Operación Desenmascara a Estos Gilipollas, podía llamarse.

Su padre le había dicho que la terapia con electrochoque —TEC, como se la conocía en la actualidad— era un tratamiento eficaz para algunos enfermos mentales, que podía tener efectos paliativos en el cerebro. Si Mary le hubiera preguntado a Jared qué creía que iba a conseguir con eso, le habría contestado que era como una TEC. En cuanto todo el colegio viera y oyera a Eric y sus lacayos mientras ponían patas arriba el espacio de esa pobre mujer, la Vieja Essie, y se mofaban de sus tetas —que era exactamente lo que harían, Jared no albergaba la menor duda—, podía ser para ellos el «electrochoque» que los ayudara a convertirse en mejores personas. De paso, el «electrochoque» acaso sirviera a otras personas para andarse con un poco más de cuidado a la hora de elegir con quién salían.

Entretanto los troles casi habían llegado a la Zona Cero.

—Si es un bulo, es el bulo más grande de todos los tiempos. Corre en

Twitter, Facebook, Instagram, en todas partes. Las mujeres se duermen y les sale esa especie de mierda de gusano de seda. Y tú eres el que ha dicho que lo ha visto a esa carcamal. —Ese era desde luego Curt McLeod, un pedazo de cretino.

Eric fue el primero en aparecer en la pantalla del teléfono de Jared, brincando por un pedregal que bordeaba la zona de la Vieja Essie.

—¿Essie? ¿Nena? ¿Encanto? ¿Estás por aquí? Kent quiere entrar en tu capullo y animarte un poco.

El sitio elegido por Jared como puesto de vigilancia era una mata de helechos situada a unos diez metros del cobertizo. Desde fuera parecía densa, pero en el centro era básicamente una porción de tierra desnuda. En el suelo se veían restos de pelaje blanco anaranjado allí donde había acampado algún animal. Probablemente un zorro. Jared mantenía el brazo extendido con el iPhone en la mano. Con la cámara asomada a través de una brecha entre el follaje, enfocaba a la Vieja Essie, tendida en la abertura de su cobertizo. Tal como Kent había dicho, tenía una excrecencia en la cara, y si antes parecían telarañas, había pasado a ser sólida, una máscara blanca, como la que todos habían visto ya en los móviles, los noticiarios y las redes sociales.

Esa era la única parte que lo incomodaba: la sintecho allí tumbada, indefensa, enferma de aquella Aurora. Si Jared daba a Lila su explicación del TEC, se preguntaba qué diría ella sobre el hecho de que él se limitase a grabar la escena en lugar de ponerle fin. Ahí era donde la estructura de su lógica empezaba a resquebrajarse. Su madre le había enseñado a defenderse y a defender a los demás, sobre todo a las chicas.

Eric se puso en cuclillas junto a la abertura del cobertizo, al lado del rostro envuelto en tela blanca de la Vieja Essie. Llevaba un palo en la mano.

—¿Kent?

—¿Qué? —Kent se había detenido a unos pasos de distancia. Visiblemente

inquieto, se rascaba el cuello de la camiseta.

Eric tocó la máscara de Essie con el palo y enseguida lo retiró. Hebras de aquel tejido blanquecino se prendieron del palo.

—*¡Kent!*

—He dicho qué. —Su voz había adquirido un tono más agudo.

Eric miró a su amigo con un cabeceo, como si lo sorprendiera, lo sorprendiera y lo decepcionara.

—Vaya manera de corrrerte en la cara de esta mujer.

Curt prorrumpió en carcajadas. Al oírlo, Jared tembló y los helechos se agitaron un poco alrededor. Pero nadie prestaba atención.

—*¡Vete a la mierda, Eric!* —Kent se abalanzó hacia el torso del maniquí de Essie y lo lanzó entre las hojas caídas de un puntapié.

Ese arranque de animosidad no desvió a Eric del tema.

—Pero ¿tenías que dejar que se seicara? Ahí has demostrado poca clase, dejando tu leche así sin más en la cara de esta bonita vieja.

Curt se aproximó a Eric para echar un vistazo de cerca. Inclino la cabeza a un lado y al otro, lamiéndose los labios inconscientemente mientras examinaba a Essie como si estuviera decidiéndose entre unos caramelos de menta y unas gominolas ante la caja del supermercado.

Jared notó que se le estremecía el estómago a causa de las náuseas. Si se proponían hacer daño a la mujer, tendría que intentar impedirselo. Solo que no había forma de impedirselo, porque ellos eran tres y él estaba solo, y en realidad el motivo de aquello no era hacer lo correcto o realizar una TEC a través de las redes sociales o inducir a la gente a pensar; aquello tenía que ver con Mary y con el deseo de demostrarle que él era mejor que Eric, y dadas las circunstancias, ¿era verdad? Si él fuera tanto mejor que esos tíos, no se habría metido en semejante aprieto. Ya habría hecho algo para obligarlos a desistir.

—Te daría cincuenta pavos por tirártela —dijo Curt. Se volvió hacia Kent

—. A cualquiera de los dos. A tocateja.

—Anda ya —dijo Kent. Enfurruñado, había seguido el torso del maniquí hasta donde lo había mandado de una patada y en ese momento lo pisoteaba; se oían ligeros crujidos procedentes de la cavidad del pecho cuando el plástico se rompía.

—Ni por un millón. —Eric, todavía en cuclillas junto a la abertura del cobertizo, señaló a su amigo con el palo—. Pero, por cien, le haré un agujero justo aquí... —tocó con el palo la oreja derecha de Essie— y me mearé en él.

Jared veía subir y bajar el pecho de Essie.

—¿En serio? ¿Por cien? —Sin duda Curt se sintió tentado, pero cien dólares eran una pasta.

—Qué va. Lo decía en broma. —Eric guiñó el ojo a su compinche—. No te haría pagar por eso. Lo haré gratis. —Se inclinó sobre Essie y hurgó con la punta del palo en el tejido para perforarlo hasta la oreja.

Jared tenía que hacer algo; no podía quedarse mirando y grabando, dejando que hicieran una cosa así. Entonces ¿por qué no te mueves?, se preguntó al tiempo que el iPhone, que sostenía con la mano húmeda, se le resbalaba — *jups!*— y caía con un chasquido entre la maleza.

6

La pequeña furgoneta de Control Animal no pasaba de los ochenta kilómetros por hora ni pisando el pedal a fondo. No porque llevara un regulador instalado en el motor; sencillamente era vieja, y el cuentakilómetros iba ya por la segunda vuelta. Frank había solicitado al consistorio una nueva en varias ocasiones, y la respuesta era siempre la misma: «Lo estudiaremos».

Encorvado sobre el volante, Frank se imaginó haciendo picadillo a varios

de esos políticos de pueblo. ¿Y qué respondería él cuando le suplicaran que parase? «Lo estudiaré.»

Vio mujeres por todas partes. Ninguna sola. Formaban corrillos de tres o cuatro, hablaban, se abrazaban, algunas lloraban. Ninguna miró a Frank Geary, ni siquiera cuando se saltaba los stops y los semáforos en rojo. Así es como debe de conducir Flickinger cuando está colocado, pensó. Ojo, Geary, o atropellarás al gato de alguien. O al hijo de alguien.

¡Pero... Nana! ¡Nana!

Sonó el teléfono. Sin mirar, pulsó CONTESTAR. Era Elaine, y estaba sollozando.

—¡Está dormida y no se despierta, y tiene un *pringue* por toda la cara! ¡Un *pringue* blanco, como telarañas!

Pasó por delante de tres mujeres que se abrazaban en una esquina. Parecían las invitadas de un programa de psicoterapia.

—¿Respira?

—Sí... sí, veo moverse esa cosa... agitarse hacia fuera y luego contraerse, como si la sorbiera... ¡Frank, creo que lo tiene en la *boca* y en la *lengua*! ¡Voy a buscar las tijeras para las uñas y a cortarlo!

Una imagen invadió su mente, una tan nítida y repulsivamente real que por un momento se borró la calle que tenía delante: Comadre Sussannah Hoja Dorada, mordiendo la nariz a su marido.

—No, El, no lo hagas.

—¿Por qué no?

Ver *The Daily Show* en lugar de las noticias cuando se estaba produciendo el suceso más importante de la historia... ¿cómo podía ser tan estúpida? Pero esa era la vieja Elaine Nutting de Clarksburg, Virginia Occidental. Era Elaine de la cabeza a los pies. Mucho juicio moralizante, poca información.

—Porque las despierta y, cuando despiertan, están locas. No, locas no. Más

bien rabiosas.

—No irás a decirme... Nana nunca...

Eso si todavía es Nana, pensó Frank. Compadre Hoja Dorada desde luego no se encontró con la mujer encantadora y dócil a la que sin duda estaba acostumbrado.

—Elaine... cariño... enciende el televisor y lo verás tú misma.

—¿Qué vamos a hacer?

Ahora me lo preguntas, pensó. Ahora que estás entre la espada y la pared, ahora me sales con: Ay, Frank, ¿qué vamos a hacer? Sintió una satisfacción amarga y turbadora.

Su calle. Por fin. Gracias a Dios. La casa estaba más adelante. Aquello se arreglaría. Él lo *arreglaría*.

—Vamos a llevarla al hospital —contestó—. A estas alturas probablemente ya saben qué está pasando.

Más les valía. Desde luego más les valía. Porque se trataba de Nana. Su niña.

Mientras Ree Dempster se mordía la uña del pulgar hasta hacerse sangre, dudando si delatar al funcionario Don Peters o no, un vuelo entre los aeropuertos de Heathrow y JFK, un 767 a velocidad de crucero sobre el Atlántico, situado a tres horas de Londres en dirección sudoeste, se comunicó por radio con el control de tráfico aéreo para informar de un extraño brote de cierta enfermedad y consultar el procedimiento oportuno.

«Tenemos a tres pasajeras, entre ellas una niña, que parecen manifestar un... no estamos seguros. Según el médico de a bordo, puede tratarse de un hongo o un tumor. Están dormidas, o al menos da esa impresión, y el médico dice que sus constantes vitales son normales, pero le preocupa la posibilidad de que sus vías respiratorias se... esto... se obstruyan, así que supongo que va a...»

No quedó clara la causa de la interrupción que se produjo en ese punto. Se oyó un tumulto, ruidos metálicos y chirridos, griterío —«¡No pueden entrar aquí! ¡Sáquenlas de aquí!»— y algo similar al rugido de un animal. El alboroto prosiguió durante casi cuatro minutos, hasta que el radar perdió el rastro del 767 cuando, cabía suponer, el avión impactó contra el agua.

El doctor Clinton Norcross avanzaba a zancadas por Broadway camino de su

entrevista con Evie Black, con el cuaderno en la mano izquierda y el bolígrafo, cuyo botón apretaba una y otra vez, en la derecha. Tenía el cuerpo en el Centro Penitenciario de Dooling, pero su mente vagaba por la oscuridad de Mountain Rest Road preguntándose sobre qué mentía Lila. Y, quizá también, sobre quién mentía.

A unos metros de allí, en una celda de la planta superior del módulo B, Nell Seeger —la reclusa número 4609198-1, de cinco a diez años (posesión destinada al tráfico ilegal de clase B)— se incorporó en la cama de arriba de la litera para apagar el televisor.

El pequeño aparato, de pantalla plana, no más grueso que un ordenador portátil cerrado, descansaba en el estante situado a los pies de la litera. Nell había estado viendo las noticias. Su compañera de celda y amante intermitente, Celia Frode, que aún no había cumplido la mitad de su condena de uno a dos años (posesión de clase D, reincidente), también las había visto, sentada al escritorio de acero de su unidad.

—Gracias a Dios —dijo—. Ya no aguanto más esta locura. ¿Qué vas a hacer ahora?

Nell volvió a tumbarse y se puso de lado, de cara al cuadrado pintado en la pared donde tenía pegadas en una hilera las fotos de colegio de sus tres hijos.

—No es nada personal, cariño, pero voy a descansar un rato. Estoy rendida.

—Ah. —Celia lo entendió de inmediato—. Bien. De acuerdo. Que descanses, Nell.

—Eso espero —contestó Nell—. Te quiero. Puedes quedarte con mis cosas.

—Yo también te quiero, Nell.

Celia apoyó la mano en el hombro de Nell. Esta le dio una palmadita y se hizo un ovillo. Celia se sentó a esperar junto al pequeño escritorio de la celda.

Cuando Nell ya emitía suaves ronquidos, Celia se levantó y se acercó a echar un vistazo. Unas hebras se enrollaban en torno a la cara de su

compañera: ondeaban, caían y se dividían en más hebras, agitándose como algas en una suave marea. Nell movía los ojos bajo los párpados. ¿Estaría soñando con ellas dos, juntas, disfrutando de un picnic en una manta, tal vez en la playa? No, probablemente no. Probablemente Nell estaba soñando con sus hijos. No era la pareja más comunicativa que Celia había tenido, y desde luego no era una gran conversadora, pero tenía buen corazón y quería a sus hijos, se pasaba la vida escribiéndoles.

Sin Nell me sentiría muy sola.

¡Qué demonios!, pensó, y decidió acostarse un rato también ella.

3

A cincuenta kilómetros al este del Centro Penitenciario de Dooling, y más o menos en el mismo momento en que a Nell la vencía el sueño, dos hermanos aguardaban esposados a un banco en el juzgado del condado de Coughlin. Lowell Griner pensaba en su padre y en el suicidio, que acaso fuera preferible a vivir treinta años a costa del Estado. Maynard Griner soñaba con unas costillas asadas que había comido hacía unas semanas, justo antes de la redada. Ninguno de los dos tenía la menor idea de lo que ocurría en el mundo exterior.

El alguacil de guardia se hartó de esperar.

—¡Qué coño! Voy a ver si la jueza Wainer se decide de una vez. No cobro lo suficiente para pasarme el día haciendo de canguro de un par de paletos asesinos.

4

Mientras Celia decidía unirse a Nell en el sueño, mientras el alguacil entraba en la sala de vistas para consultar con la jueza Wainer, mientras Frank Geary cruzaba a todo correr el jardín de su antigua casa con su única hija en brazos y su exmujer unos pasos por detrás de él, mientras todo esto sucedía, unos treinta civiles improvisaron un asalto a la Casa Blanca.

La vanguardia, compuesta por tres hombres y una mujer, todos jóvenes y a primera vista desarmados, se encaramó a la verja de la Casa Blanca.

—¡Dadnos el antídoto! —vociferó uno de los hombres al tiempo que se descolgaba al otro lado de la verja. Era flaco y llevaba coleta y una gorra de los Cubs.

Pistolas en mano, diez o doce agentes del Servicio Secreto se apresuraron a rodear a los intrusos, pero en ese momento un segundo grupo mucho más numeroso, escindido de la muchedumbre congregada en Pennsylvania Avenue, derribó las barricadas y arremetió contra la verja. Agentes de policía equipados con material antidisturbios se les echaron encima desde atrás y, a tirones, los obligaron a bajar de la verja. Sonaron dos disparos muy seguidos, y uno de los policías se tambaleó y cayó con el cuerpo laxo al suelo. Después de eso los tiros se convirtieron en un muro de sonido. Un bote de gas lacrimógeno estalló en algún lugar cercano y una nube de humo ceniciento empezó a propagarse por la acera, dispersando a la mayoría de la gente que corría por allí.

Michaela Morgan, antes Coates, contempló la escena en un monitor de la trasera de la unidad móvil de NewsAmerica, aparcada en la acera opuesta al Centro de Control y Prevención de Enfermedades, y se frotó las manos. Había empezado a temblar de forma evidente. Los ojos le escocían y le lloraban por las tres rayas que acababa de esnifar de la consola de control con un billete de diez dólares.

Una mujer con un vestido azul oscuro ocupó el primer plano en la toma de la Casa Blanca. Era más o menos de la edad de la madre de Michaela. La melena negra, veteada de gris, le caía hasta los hombros y llevaba un collar de perlas en torno al cuello. Ante sí, como si de un plato caliente se tratara, sostenía a un bebé cuya cabeza se balanceaba envuelta en tela blanca. Siempre de perfil, pasó deslizándose y desapareció a un lado de la toma.

—Creo que no me vendría mal un poco más. ¿Te importa? —preguntó Michaela al técnico.

Él dijo que tomara hasta que perdiera el sentido (quizá no la mejor elección de palabras dadas las circunstancias) y le entregó la bolsita de plástico.

5

Mientras la muchedumbre colérica y aterrorizada atacaba el 1600 de Pennsylvania Avenue, Lila Norcross conducía en dirección a Dooling. Pensaba en Jared, su hijo, y en la chica, Sheila, la hermanastra de su hijo, la hija de su marido. ¡Un nuevo árbol genealógico muy interesante! ¿No se parecían sus bocas, la de Sheila y la de Clint, esa pícara curvatura de los labios? ¿Era también ella una embustera, como su padre? *Podría ser*. ¿Y estaría la chica tan cansada como Lila lo estaba, notando aún los efectos de tanto correr y saltar la noche anterior? Si era así, ya tenían otra cosa en común, aparte de Clint y Jared.

Lila se preguntó si debía irse a dormir sin más, desentenderse de todo aquel lío. Desde luego sería más fácil. No habría pensado así unos días antes; unos días antes se habría visto como una mujer fuerte y resuelta, con la situación controlada. ¿Cuándo había plantado cara a Clint? Ni una sola vez, o eso le parecía a la luz de su nueva visión de las cosas. Ni siquiera al enterarse de la

existencia de Sheila Norcross, la chica que llevaba el apellido de Clint, su apellido también.

Reflexionando al respecto, Lila dobló por Main Street. Apenas reparó en el utilitario de color canela que pasó junto a ella y subió a toda velocidad por la carretera en sentido opuesto.

La conductora del utilitario, una mujer de mediana edad, llevaba a su madre al hospital de Maylock. En el asiento trasero del automóvil, el anciano padre de la mujer de mediana edad —hombre poco cauto por naturaleza, de esos que lanzaban a los niños a las piscinas, apostaban a trifecta en las carreras de caballos, devoraban salchichas en vinagre salidas de tarros turbios en mostradores de tienduchas a pie de carretera— se valía de una rasqueta quitahielo para desprender la tela que cubría el rostro de su mujer.

—¡Se asfixiará! —exclamó.

—¡En la radio han dicho que no lo hagamos! —contestó también a voz en grito la mujer de mediana edad, pero su padre, un hombre con ideas propias hasta el final, siguió retirando la excrecencia de la cara de su mujer.

6

Y Evie estaba prácticamente en todas partes. En el 767 era una mosca que descendía hasta el fondo de un vaso de cóctel y se humedecía las patas en los restos de un whisky con Coca-Cola momentos antes de que el morro del avión entrara en contacto con la superficie del mar. La mariposa nocturna que revoloteaba en torno al fluorescente en el techo de la celda de Nell Seeger y Celia Frode también era Evie. De visita en el juzgado de Coughlin, tras la rejilla del conducto de ventilación de un rincón de la sala de vistas, miraba a través de los ojos negros y relucientes de un ratón. En el jardín de la Casa

Blanca, en forma de hormiga, avanzaba entre la sangre todavía tibia de una adolescente muerta. En el bosque, donde Jared huía de sus perseguidores, era un gusano, ciego y multisegmentado, que horadaba la tierra bajo los zapatos del muchacho.

Evie iba de acá para allá.

Recuerdos de los entrenamientos de atletismo en el primer año de instituto acudieron a la mente de Jared mientras corría entre los árboles. El entrenador Dreifort había dicho que «prometía».

—Tengo planes para ti, Norcross, y conllevarán ganar un montón de medallas relucientes —había dicho el entrenador Dreifort.

Al final de esa temporada Jared acabó quinto de quince en su grupo en la competición regional de ocho mil metros, una posición destacada para un novato, pero acto seguido, echando por tierra los planes del entrenador D, abandonó la práctica del deporte para aceptar un puesto en el Comité del Anuario.

En las carreras, Jared disfrutaba de aquellos últimos momentos en que, al encontrar energía renovada y recuperar el ritmo, experimentaba una sensación de éxtasis, enfervorizado por su propia fortaleza. La razón por la que lo había dejado era que Mary formaba parte del Comité del Anuario. La habían elegido presidenta de ventas y distribución de segundo curso, y necesitaba un vicepresidente. Jared renunció de inmediato al atletismo. «Cuenta conmigo», dijo a Mary.

—Vale, pero debo decirte dos cosas —explicó ella—. Primero, si muero, cosa que podría ocurrir porque hoy me he comido una de esas misteriosas empanadillas de carne de la cafetería, tendrás que ocupar la presidencia, cumplir mis obligaciones y asegurarte de que se dedica a mi memoria una página completa de homenaje en el anuario de último curso. Y tienes que

asegurarte también de que mi foto no sea alguna estupidez que elija mi madre.

—Entendido —contestó Jared, y pensó: Te quiero de verdad. Sabía que aún era demasiado joven. Sabía que ella era demasiado joven. Pero ¿cómo no iba a quererla? Mary era preciosa, y de lo más activa, solo que en ella eso parecía algo totalmente natural, sin estrés, sin tensión—. ¿Qué es lo segundo?

—Lo segundo... —Le agarró la cabeza con las dos manos y se la movió adelante y atrás y de arriba abajo—. Lo segundo es que *¡la jefa soy yo!*

Por lo que a Jared se refería, tampoco eso suponía un problema.

De pronto pisó una piedra plana y suelta que sobresalía del suelo, y eso, como se vio, *sí* supuso un problema, un problema grave, en realidad, porque notó en la rodilla derecha una torsión y una punzada intensa. Ahogó una exclamación y siguió adelante a la pata coja, concentrándose en la respiración como le habían enseñado en atletismo, sin dejar de mover los codos.

Eric avanzaba ruidosamente detrás de él.

—¡Solo queremos hablar contigo!

—¡No seas cagueta, joder! —Ese era Curt.

Al descender por una hondonada, Jared sintió que se le desplazaba la rodilla lesionada y le pareció oír un leve *crujido* en algún lugar en medio del martilleo del pulso y la crepitación de las hojas secas bajo los talones de las zapatillas. Malloy Street, la calle que pasaba por detrás del instituto, estaba un poco más adelante, y por los huecos entre los árboles vio un coche amarillo en movimiento. Al fondo de la hondonada, le falló la pierna derecha y experimentó un dolor desconocido hasta entonces, un dolor solo interno, comparable al de apoyar la mano en un fogón encendido; se agarró a una rama espinosa para tirar de ella y ayudarse a subir, tambaleante, por el terraplén opuesto.

El aire se agitó por un momento a su espalda, como si una mano le hubiera rozado el cuero cabelludo, y oyó a Eric maldecir y el tumulto de cuerpos

enmarañados. Habían perdido sus opciones al resbalar en la hondonada detrás de él. La calle estaba a cinco o seis metros; oyó el ronroneo de un motor. ¡Iba a conseguirlo!

Jared avanzó a trompicones, recortando la distancia que lo separaba de la calzada, y lo invadió aquella antigua euforia de la pista de atletismo, sintiéndose transportado repentinamente por el aire de los pulmones, que lo impulsaba y mantenía a raya el tormento de la rodilla torcida.

Ya en el borde de la calle, una mano lo agarró por el hombro y lo desequilibró. Se sujetó a un abedul para no caerse.

—Dame ese teléfono, Norcross. —Kent tenía el rostro de un rojo encendido, y el acné de la frente, morado—. Solo estábamos vacilando.

—No —contestó Jared. Ni siquiera recordaba haber recogido el teléfono, pero allí estaba, en su mano. Se notaba la rodilla enorme.

—Sí —dijo Kent—. Dámelo.

Los otros dos se habían repuesto y corrían para alcanzarlos; se hallaban a apenas unos pasos.

—¡Ibas a mear en la oreja de una anciana! —exclamó Jared.

—¡Yo no! —Kent parpadeó para quitarse unas lágrimas repentinas—. ¡Además, no habría podido! ¡Soy incapaz de mear en público!

Pero tampoco ibas a intentar impedirselo a ellos, podría haber contestado Jared; sin embargo, en lugar de eso, sin pensárselo dos veces, armó el brazo y lanzó el puño, que alcanzó a Kent en el hoyuelo de la barbilla. Con el impacto, sus dientes entrechocaron con un satisfactorio *chasquido*.

Mientras Kent retrocedía tambaleante en la maleza, Jared se metió el teléfono en el bolsillo y se puso de nuevo en movimiento. Con tres brincos desesperados, se plantó en la línea central amarilla y agitó los brazos ante un utilitario de color canela con matrícula de Virginia que avanzaba a gran velocidad. No advirtió que la conductora tenía la cabeza vuelta hacia atrás, y

desde luego no vio qué ocurría en el asiento trasero del coche, donde una anciana con jirones de tela colgantes vociferaba e hincaba repetidamente el filo de una rasqueta quitahielo en el pecho y la garganta de su marido, quien había cortado dicha tela y la había desprendido de su rostro; pero sí observó el avance irregular del utilitario, que daba tumbos a izquierda y derecha casi sin control.

Jared trató de esquivarlo con una contorsión, deseando ser más pequeño, y se felicitaba ya de su táctica de evasión cuando el utilitario lo embistió y lo lanzó por los aires.

2

—¡Eh! ¡Quita las manos de mi Garita!

Ree había reclamado la atención de la funcionaria Lampley golpeando la ventana frontal de la Garita con los nudillos, algo terminantemente prohibido.

—¿Qué quieres, Ree?

—A la directora, funcionaria —respondió Ree, articulando cuidadosa e innecesariamente las palabras, que Vanessa Lampley oía con toda claridad a través de los respiraderos situados en la parte inferior de los cristales blindados—. Necesito ver a la directora por algo grave. A ella y solo a ella. Lo siento, funcionaria. No hay otra opción. Tiene que ser así.

Van Lampley se había esforzado en labrarse una reputación de funcionaria firme pero justa. Durante los diecisiete años que llevaba vigilando los módulos del Centro Penitenciario de Dooling, la habían apuñalado en una ocasión, había recibido puñetazos varias veces y patadas incluso más, habían intentado asfixiarla, le habían arrojado excrementos pringosos y la habían invitado a joderse de las maneras más diversas y con muy variados objetos,

muchos de ellos grandes hasta límites poco realistas o peligrosamente afilados. ¿Se inspiraba Van en esas evocaciones durante sus pulsos? La verdad era que sí, aunque con moderación, y en general solo durante enfrentamientos importantes. (Vanessa Lampley competía en la liga de Ohio Valley, primera división femenina.) El recuerdo de cuando una adicta al crack trastornada lanzó un trozo de ladrillo desde el piso superior del módulo B y dio a Vanessa en el cráneo (lo que resultó en una contusión y una conmoción cerebral) de hecho la había ayudado a imponerse en los dos campeonatos que había ganado. La ira era un combustible excelente si se refinaba como era debido.

A pesar de esas lamentables experiencias, nunca perdía de vista las responsabilidades que su autoridad conllevaba. Entendía que nadie quería estar en la cárcel. Sin embargo, algunas personas debían estar allí dentro. Resultaba desagradable, tanto para esas personas como para ella. Si no se mantenía una actitud respetuosa, la experiencia sería aún más desagradable... para esas personas y para ella.

Y aunque Ree era buena chica —la pobre tenía una cicatriz enorme en la frente que indicaba que su vida no había sido fácil—, era una falta de respeto hacer peticiones poco razonables. La directora no estaba disponible para entrevistas sin previo aviso, y menos con una urgencia médica en curso.

La propia Van tenía serias preocupaciones en torno a lo que había leído en internet acerca de Aurora en su último descanso, y también en cuanto a la orden de que todos debían permanecer en sus puestos durante un segundo turno. McDavid —quien, a juzgar por su aspecto en la pantalla del monitor, debería haber estado en un sarcófago más que en una celda— había quedado en cuarentena. El marido de Van, Tommy, cuando lo llamó a casa, insistió en que podía quedarse solo sin problemas todo el tiempo que fuera necesario, pero ella no se lo creyó ni por un instante. Tommy, discapacitado por una lesión de cadera, no era capaz ni de prepararse un sándwich tostado de queso

él solo; comería pepinillos de un tarro hasta que ella llegara. Si Van no estaba autorizada a perder la cabeza por nada de eso, tampoco podía hacerlo Ree Dempster ni ninguna otra reclusa.

—No, Ree, tienes que apuntar más bajo. Puedes contármelo a mí o no contárselo a nadie. Si el asunto es lo bastante importante, informaré a la directora. ¿Y por qué has tocado mi Garita? Maldita sea. Ya sabes que no está permitido. Debería presentar un informe de mala conducta por eso.

—Funcionaria... —Ree, al otro lado del cristal, juntó las manos en un gesto de súplica—. Por favor. No miento. Ha ocurrido algo grave, y es demasiado grave para hacerlo correr, y tú eres mujer, así que entiéndelo, por favor. —Ree se retorció las manos, entrelazadas en alto—. *Eres mujer. ¿Entiendes?*

Van Lampley observó a la reclusa, que se hallaba en la plataforma de hormigón que había delante de la Garita y le rogaba como si tuvieran algo en común aparte del doble cromosoma X.

—Ree, te estás pasando de la raya. No estoy de broma.

—¡Y yo no quiero ganar un premio a la mentira! Créeme, por favor. Se trata de Peters, y es un asunto serio. La directora tiene que saberlo.

Peters.

Van se frotó el inmenso bíceps derecho, como tenía por costumbre cuando debía estudiar un asunto detenidamente. En el bíceps llevaba tatuada una lápida con las palabras TU ORGULLO. Bajo el rótulo se veía el dibujo de un brazo doblado. Simbolizaba a todas las adversarias a quienes había derrotado: nudillos contra la mesa, gracias por jugar. Muchos hombres se negaban a echarle un pulso. No querían arriesgarse al bochorno. Ponían excusas: tendinitis en el hombro, una lesión en el codo, etcétera. «No ganar un premio a la mentira.» Era una manera curiosa de expresarlo, pero en cierto modo muy adecuada. Don Peters era de los que sí merecían un premio a la mentira.

—Si no me hubiera destrozado el brazo jugando al béisbol en el instituto,

Lampley, como imaginarás, te daría una paliza en un abrir y cerrar de ojos — le había explicado el pequeño gilipollas una vez mientras un grupo de funcionarios tomaba unas cervezas en el Squeaky Wheel.

—No lo dudo, Donnie —contestó ella.

El gran secreto de Ree seguramente era una bobada. Y sin embargo... Don Peters. Se habían presentado un montón de quejas sobre él, de esas que quizá solo una mujer comprendía bien.

Van levantó la taza de café que había olvidado que tenía. Se había enfriado. De acuerdo, bien podía acompañar a Ree Dempster a ver a la directora, imaginó. No porque Vanessa Lampley estuviera ablandándose, sino porque necesitaba otra taza. Al fin y al cabo, de momento no se sabía cuándo terminaría su turno.

—Muy bien, reclusa. Solo por esta vez. Probablemente me estoy equivocando, pero accederé. Aunque espero que te lo hayas pensado bien.

—Me lo he pensado bien, funcionaria, muy bien. Le he dado vueltas y vueltas y más vueltas.

Lampley avisó a Tig Murphy por el intercomunicador para que bajara y la sustituyera en la Garita. Dijo que necesitaba diez minutos de descanso.

3

Peters, apoyado en la pared frente a la celda acolchada, deslizaba el dedo por la pantalla de su móvil. Tenía los labios contraídos en un gesto de perplejidad.

—No quiero molestarlo, Don... —Clint señaló hacia la puerta de la celda con el mentón—, pero necesito hablar con la detenida.

—Ah, no es molestia, doctor.

Peters apagó el teléfono y forzó una sonrisa de *viejos colegas* que, como

ambos sabían, era tan auténtica como las lámparas Tiffany que se vendían en el mercadillo quincenal de Maylock.

Otras dos cosas que ambos sabían con certeza: 1) era una infracción del reglamento que un funcionario anduviera haciendo el tonto con el teléfono mientras estaba de servicio en pleno día; y 2) Clint llevaba meses intentando que trasladaran a Peters o lo despidieran directamente. Cuatro reclusas se habían quejado ante él de acoso sexual, pero solo en la consulta, al amparo del secreto profesional. Ninguna estaba dispuesta a denunciar los hechos por vía oficial. Temían las represalias. La mayoría de esas mujeres habían experimentado muchas represalias, parte entre esas paredes, más aún fuera de ellas.

—Así que a McDavid también le ha salido eso, ¿eh? ¿Eso de lo que hablan en las noticias? ¿Existe alguna razón para que me preocupe yo personalmente? Por todo lo que veo, afecta solo a las mujeres, pero el médico es usted.

Como Clint había augurado en su conversación con Coates, todo intento de ponerse en contacto con el Centro de Control y Prevención de Enfermedades había sido en vano; el teléfono siempre comunicaba.

—No dispongo de más información que usted, Don, pero sí, hasta el momento, no existen indicios de que ningún hombre haya contraído el virus... o lo que sea. Ahora necesito hablar con la detenida.

—Bien, bien —dijo Peters.

El funcionario recorrió los cerrojos superior e inferior y a continuación pulsó el botón de su micro.

—Aquí el funcionario Peters. Dejo entrar al doctor en la A-10. Corto.

Abrió la celda de par en par.

Antes de hacerse a un lado para dejar pasar a Clint, Peters señaló a la detenida, sentada en el camastro de gomaespuma contra la pared del fondo.

—Voy a quedarme aquí, y te aconsejo que no intentes nada contra el doctor,

¿de acuerdo? ¿Queda claro? No quiero tener que usar la fuerza contigo, pero estoy dispuesto a hacerlo. ¿Está claro?

Evie no lo miró. Estaba absorta en su melena, que se desenredaba con los dedos.

—Entendido. Gracias por ser tan caballeroso. Su madre debe de estar muy orgullosa de usted, funcionario Peters.

Ante la duda de si la mujer estaba tomándole el pelo, Peters permaneció inmóvil en el umbral de la puerta. Claro que su madre estaba orgullosa de él. Su hijo servía en primera línea en la guerra contra la delincuencia.

Clint le dio un golpecito en el hombro antes de que llegara a una conclusión.

—Gracias, Don. Ya me ocupo yo.

4

—¿Señora Black? ¿Evie? Soy el doctor Norcross, el psiquiatra de este centro. ¿Se siente lo bastante tranquila para mantener una conversación? Es importante que me haga una idea de qué le ronda la cabeza, cómo se encuentra, si entiende cuál es la situación, qué está ocurriendo, si tiene alguna pregunta o preocupación.

—Claro. Charlemos. Echemos a rodar la pelota de la conversación.

—¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien. Pero no me gusta cómo huele este sitio. Percibo cierto aroma químico. A mí me gusta el aire libre. Soy una Chica de la Naturaleza, podría decirse. Me gusta la brisa. Me gusta el sol. La tierra bajo los pies. Y entra la música de violines.

—Entiendo. En la cárcel puede pesar la falta de espacio. Es consciente de que está en la cárcel, ¿no? Esto es el Centro Penitenciario de Mujeres de

Dooling. No está acusada de ningún delito, y mucho menos condenada; solo está aquí por su propia seguridad. ¿Entiende todo esto?

—Sí. —Apoyó la barbilla en el pecho y, bajando la voz hasta susurrar, añadió—: Pero ese tipo, el funcionario Peters... Usted ya sabe lo que le pasa, ¿no?

—¿Qué le pasa?

—Se apropia de cosas que no le pertenecen.

—¿Por qué dice eso? ¿Qué cosas?

—Solo hago rodar la pelota de la conversación. Pensaba que era lo que usted quería, doctor Norcross. Oiga, no pretendo decirle cómo hacer su trabajo, pero ¿no se supone que debería sentarse detrás de mí, donde yo no pudiera verlo?

—No. Eso es en el psicoanálisis. Volvamos a...

—«La gran pregunta que nunca ha sido contestada y a la cual todavía no he podido responder, a pesar de mis treinta años de investigación del alma femenina, es: ¿Qué quiere una mujer?»

—Freud, sí. El iniciador del psicoanálisis. ¿Lo ha leído?

—Me parece que la mayoría de las mujeres, si se les preguntara ahora, y si fueran verdaderamente sinceras, dirían que quieren echarse una siesta. Y quizá también unos pendientes que hagan juego con todo, lo cual es imposible, claro. En cualquier caso, doctor, hoy hay grandes rebajas. Una liquidación por incendio. De hecho, sé de una caravana, un poco maltrecha... hay un agujero en la pared, eso habría que arreglarlo... pero seguro que usted podría quedársela gratis. Eso sí que es una ganga.

—¿Oye voces, Evie?

—No exactamente. Más bien... señales.

—¿Cómo suenan esas señales?

—Como un tarareo.

—¿Como una melodía?

—Como el sonido de las mariposas nocturnas. Hacen falta unos oídos especiales para percibirlo.

—¿Y yo no tengo unos oídos aptos para percibir el sonido de las mariposas?

—No, me temo que no.

—¿Recuerda el momento en que se ha autolesionado en el coche de policía? Se ha golpeado la cara contra la rejilla de seguridad. ¿Por qué lo ha hecho?

—Sí, me acuerdo. Lo he hecho porque quería ir a la cárcel. A esta cárcel.

—Eso es interesante. ¿Por qué?

—Para verlo a usted.

—Resulta halagador.

—Pero no sirven de nada, ya lo sabe. Los halagos, quiero decir.

—La sheriff ha dicho que sabía usted su nombre. ¿Es porque la han detenido antes? Intente recordarlo. Porque sería muy útil conocer algo más sobre sus antecedentes. Si existe una ficha, podría conducirnos a algún familiar, algún amigo. Le vendría bien tener un abogado, ¿no cree, Evie?

—La sheriff es su mujer.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Le ha dado usted un beso de despedida?

—¿Cómo dice?

La mujer que se hacía llamar Eve Black se inclinó hacia delante y lo miró con expresión seria.

—Beso: un ósculo requiere... cuesta creerlo, ya lo sé... la intervención de ciento cuarenta y siete músculos distintos. Despedida: el acto de decir adiós. ¿Necesita alguna aclaración más?

Clint quedó desconcertado. Aquella mujer padecía un serio trastorno, entraba y salía de la coherencia, como si su cerebro se hallara en el

equivalente neurológico de la silla de un oftalmólogo, viendo el mundo a través de una serie de lentes cambiantes.

—No necesito ninguna aclaración. Si contesto a su pregunta, ¿responderá usted a las mías?

—Trato hecho.

—Sí. Le he dado un beso de despedida.

—Oh, enternecedor. Se hace usted viejo, como bien sabe, ya no es El Hombre, me doy cuenta de eso. Seguramente lo asaltan las dudas de vez en cuando. «¿Aún lo conservo? ¿Aún soy un simio poderoso?» Pero no ha perdido el deseo por su esposa. Encantador. Y hay pastillas. «Consulte con su médico si son indicadas para usted.» Lo entiendo. De verdad. ¡Me hago cargo! Si piensa que envejecer es difícil para un hombre, permítame decirle que para una mujer no es coser y cantar. En cuanto se te caen las tetas, pasas a ser casi invisible para el cincuenta por ciento de la población.

—Me toca. ¿De qué conoce a mi mujer? ¿De qué me conoce a mí?

—Esas no son las preguntas adecuadas. Pero voy a contestar la que sí es adecuada para usted. «¿Dónde estaba Lila anoche?» Esa es la pregunta adecuada. Y la respuesta es: No en Mountain Rest Road. No en Dooling. Su mujer se ha enterado de lo suyo, Clint. Y ahora le está entrando sueño. Una lástima.

—¿De qué se ha enterado? No tengo nada que esconder.

—Me parece que usted lo cree sinceramente, y eso demuestra lo bien que lo ha escondido. Pregúntele a Lila.

Clint se levantó. En la celda hacía calor, y tenía la piel pegajosa por el sudor. Esa conversación no se había parecido en nada a ninguna de las charlas introductorias que había mantenido con las reclusas a lo largo de su carrera. Era esquizofrénica —tenía que serlo, y a algunas se les daba muy bien seguir pistas y obtener datos—, pero poseía una inquietante agilidad mental que no

había visto en ninguna esquizofrénica.

¿Y cómo podía saber lo de Mountain Rest Road?

—No estaría *usted* por casualidad en Mountain Rest Road, ¿verdad, Evie?

—Podría ser. —Le guiñó un ojo—. *Podría ser.*

«Podría ser.» A Clint se le revolvió el estómago.

—Gracias, Evie. Pronto volveremos a hablar, estoy seguro.

—Claro que sí, y lo esperaré con impaciencia. —A lo largo de toda la conversación ella había mantenido la atención puesta en él sin pestañear (cosa que Clint tampoco había visto nunca en un esquizofrénico no medicado), pero de pronto volvió a tirarse del pelo sin orden ni concierto. Dejó escapar un gruñido al deshacerse un nudo con un audible desgarrón—. Ah, doctor Norcross...

—¿Sí?

—Su hijo ha resultado herido. Lo siento.

Dormido a la sombra de un sicómoro, con la chaqueta amarilla de bombero enrollada debajo de la cabeza a modo de almohada y la pipa ligeramente humeante sobre la pechera de la camisa de faena descolorida, Willy Burke, miembro de Adopte una Carretera, ofrecía una imagen digna de admiración. Bastante conocido por practicar la pesca y la caza furtivas en terrenos públicos, así como por la potencia de su selecto whisky ilegal, y célebre por no haber sido atrapado nunca ni por la caza y la pesca furtivas ni por destilar maíz, Willy Burke era la perfecta personificación del lema del estado, una altisonante frase en latín que se traducía como «los montañeros son siempre libres». Tenía setenta y cinco años. La barba canosa se le ahuecaba alrededor del cuello y un raído sombrero de fieltro con un par de anzuelos prendidos descansaba en el suelo junto a él. Si alguien más quería tratar de detenerlo por sus diversos delitos, así era la vida, pero Lila hacía la vista gorda. Willy era un buen hombre que realizaba muchos servicios municipales de balde. Tenía una hermana que había muerto de alzhéimer, y Willy había cuidado de ella hasta el final. Lila solía verlos a los dos en las cenas informales del departamento de Bomberos; incluso cuando su hermana desviaba la mirada con los ojos vidriosos, Willy seguía con su charla, hablándole de esto y aquello, a la vez que le cortaba el pollo y le daba de comer.

Lila se plantó entonces a su lado y observó cómo se le movían los ojos bajos los párpados. La complació ver que al menos una persona no estaba dispuesta a permitir que una crisis mundial perturbase su tarde. Solo

lamentaba no poder tenderse bajo un árbol cercano y dar una cabezada ella también.

En lugar de eso, le tocó ligeramente una bota de goma con el pie.

—Señor Van Winkle. Su mujer ha denunciado su desaparición. Dice que lleva décadas ausente.

Willy entreabrió los párpados. Pestañeó un par de veces, cogió la pipa del pecho y se incorporó.

—Jefa.

—¿Qué estaba soñando? ¿Que provocaba un incendio forestal?

—Duelmo con una pipa en el pecho desde que era un chaval. Es totalmente seguro si dominas el arte. Para su información, soñaba con una furgoneta nueva.

La furgoneta de Willy, un dinosaurio herrumbroso de la época de Vietnam, se hallaba estacionada en el límite de la extensión de grava que había delante de la caravana de Truman Mayweather. Lila había dejado el coche patrulla al lado.

—¿Cómo van las cosas por aquí? —Lila señaló con el mentón el bosque circundante y la caravana rodeada de cinta amarilla—. ¿Están apagados todos los focos? ¿Solo queda usted?

—Hemos rociado el cobertizo de meta que ha estallado. También hemos echado agua en los trozos desperdigados. Muchos trozos. Esto no está muy seco, lo cual ha sido una suerte. Aunque el olor tardará un tiempo en irse. Todos los demás se han marchado. Yo he pensado que era mejor esperar, para vigilar el lugar de los hechos y esas cosas. —Willy se levantó con un gruñido—. ¿Me interesa saber por qué hay un agujero del tamaño de una bola de bolos en la pared de esa caravana?

—No —dijo Lila—. Tendría pesadillas. Puede irse, Willy. Gracias por asegurarse de que el fuego no se propagaba.

Lila se dirigió hacia la caravana acompañada del crujido de sus pasos en la grava. La mancha de sangre en torno al agujero del costado había adquirido un color granate. Por debajo del olor a quemado y ozono de la explosión, se percibía un tufo repulsivo de tejidos vivos dejados a cocer al sol. Antes de pasar por debajo de la cinta policial, Lila desplegó un pañuelo y se cubrió la nariz y la boca.

—Muy bien, pues —dijo Willy—, me voy. Deben de ser más de las tres. Tendría que comer algo. Ah, una cosa. Puede que esté produciéndose alguna reacción química allí, más allá de los restos del cobertizo. No se me ocurre otra explicación. —Willy, pese a su intención expresa de marcharse, no parecía tener mucha prisa; seleccionando hebras de tabaco del bolsillo de la pechera de la camisa, había empezado a cebar otra vez la pipa.

—¿Qué quiere decir?

—Mire entre los árboles. En el suelo. Pañuelos de hada, parecen, pero, no sé, además es algo pegajoso. Viscoso. Muy espeso. Los pañuelos de hada no son así.

—No —convino Lila. No entendía de qué le hablaba—. Claro que no. Oiga, Willy, tenemos a una persona bajo custodia por los asesinatos...

—Ya, ya, lo he oído por el receptor escáner. Cuesta creer que una mujer haya podido matar a esos hombres y abrir un agujero en la caravana de esa manera, pero las mujeres son cada vez más fuertes. Más y más fuertes. Fíjese en Ronda Rousey.

Lila tampoco tenía ni idea de quién era Ronda Rousey. La única mujer anormalmente fuerte en sentido físico a quien conocía por aquellos lares era Vanessa Lampley, que complementaba sus ingresos en la cárcel con las competiciones de pulsos.

—Usted conoce esta zona...

—Bueno, no como la palma de mi mano, pero la conozco bastante bien —

admitió él al tiempo que prensaba el tabaco en la cazoleta con un pulgar amarillento por la nicotina.

—Esa mujer ha tenido que llegar aquí de alguna manera, y dudo que haya sido a pie. ¿Se le ocurre algún sitio en el que pueda haber dejado un coche? ¿No muy lejos de la carretera?

Willy acercó una cerilla a la pipa y lo pensó.

—Bueno, verás, el tendido de la Compañía Eléctrica de los Apalaches pasa más o menos a un kilómetro de aquí. —Señaló hacia lo alto del monte, en la dirección del cobertizo de meta—. Llega hasta el condado de Bridger. Una persona con un cuatro por cuatro podría entrar en esa vereda desde Pennyworth Lane, aunque yo no lo intentaría con ningún vehículo que hubiera pagado de mi propio bolsillo. —Echó una ojeada al sol—. Hora de ponerme en marcha. Si vuelvo deprisa al cuartel, llegaré a tiempo de ver *El doctor Phil*.

2

En la caravana no había nada que ver que Terry Coombs y Roger Elway no hubieran fotografiado ya ni nada que pudiera ayudar a situar a Evie Black en el escenario. Ni bolso ni cartera.

Lila se paseó por el interior destrozado hasta que oyó el traqueteo de la furgoneta de Willy de regreso hacia la carretera principal. Luego cruzó la grava salpicada de reliquias delante de la caravana, se agachó para pasar por debajo de la cinta amarilla y se encaminó hacia el cobertizo de meta.

A un kilómetro de allí, según había dicho Willy, y pese a que desde donde estaba (deseando una mascarilla por lo intenso que seguía siendo el hedor a sustancias químicas) el espeso bosque le impedía ver las torres de alta

tensión, oía el zumbido incesante de los cables que transportaban su carga de alto voltaje a los hogares y las empresas de ese pequeño rincón de la zona de los Tres Condados. La gente que vivía cerca de esas torres aseguraba que causaban cáncer, y por lo que Lila había leído en los periódicos existían algunas pruebas convincentes. Pero ¿y los sedimentos y las balsas de aguas residuales de las minas a cielo abierto que habían contaminado los cauces subterráneos? Quizá la causa fuera algo de eso. ¿O se trataba de una suerte de guiso tóxico, la combinación de diversas especies de producción humana cuyo resultado eran sabrosas dolencias, cánceres, enfermedades pulmonares y jaquecas crónicas?

Y ahora una nueva enfermedad, pensó. ¿Qué habría causado... esta? No los vertidos del carbón, si estaba ocurriendo en todo el mundo.

Se encaminó hacia el zumbido, y no había dado más de diez o doce pasos cuando vio el primer pañuelo de hada y entendió a qué se refería Willy. Solían verse por la mañana, telarañas perladas de rocío. Apoyó una rodilla en el suelo y tendió la mano hacia aquel retazo de blancura vaporosa, pero de pronto se lo pensó mejor. Cogió una ramita y optó por hurgar en aquella sustancia. Finas hebras se adhirieron a la punta y parecieron evaporarse o fundirse en la madera. Cosa que era imposible, claro. La engañaban sus ojos, cansados. No podía haber otra explicación.

Pensó en los capullos que se formaban en las mujeres que se quedaban dormidas y se preguntó si podía tratarse de la misma sustancia. Un detalle saltaba a la vista, incluso para una mujer extenuada como ella: parecía una pisada.

—Al menos a mí me lo parece —dijo en voz alta. Se sacó el teléfono del cinturón y la fotografió.

Descubrió otra más allá, y luego otra y otra más. No cabía duda. Eran huellas, y la persona que las había dejado se dirigía hacia el cobertizo de meta

y la caravana. Había retazos de esa misma tela blanca prendidos también en los troncos de un par de árboles, formando el contorno impreciso de una mano, como si los hubieran tocado al pasar o se hubieran apoyado en ellos para descansar o aguzar el oído. ¿Qué era exactamente esa mierda? Si Evie Black había dejado en el bosque esas huellas de pies y manos hechas de telarañas, ¿cómo era posible que no hubiese ni rastro de esa sustancia en el coche patrulla de Lila?

Siguió el rastro hasta lo alto de un promontorio, bajó por una estrecha hondonada de esas que los lugareños rústicos como Willy Burke llamaban «foraida» u «hoyada», y después subió por la otra ladera. Allí el bosque era más denso; pinos de Virginia pugnaban por el espacio y la luz del sol. Aquellas peculiares telarañas pendían de algunas ramas. Tomó unas cuantas fotografías más con el teléfono y continuó hacia las torres de alta tensión y la intensa luz del sol. Se agachó para pasar por debajo de una rama baja, salió al claro y se quedó atónita. Por un momento el asombro disipó su cansancio.

No estoy viendo esto, pensó. Me he dormido, quizá en el coche patrulla, quizá en la caravana del difunto Truman Mayweather, y estoy soñando. Debe de ser eso, porque en los Tres Condados, o al este de las Rocosas, no existe nada así. No existe nada así en ningún sitio, a decir verdad, ni en la tierra ni en esta época.

Paralizada en el linde del claro, echó la cabeza atrás y miró hacia arriba. En torno a ella revoloteaban bandadas de mariposas nocturnas, de un tono marrón, que parecían adquirir un color dorado iridiscente a la luz del sol vespertino.

Había leído en alguna parte que el árbol más alto del planeta —una secuoya— medía unos ciento veinte metros. El árbol que crecía en el centro del claro parecía aún más alto, y no era una secuoya. No guardaba parecido con ningún árbol que Lila conociese. Lo más cercano eran los banianos que Clint y ella habían visto en Puerto Rico en su luna de miel. Esa... cosa... se alzaba sobre

un gran podio de raíces nudosas, las más grandes de unos ocho o diez metros de grosor. El tronco se componía de docenas de troncos menores entrelazados, que se elevaban hacia ramas enormes con hojas semejantes a helechos. El árbol parecía emitir luz propia, un aura circundante. Probablemente era una ilusión óptica creada por el modo en que el sol poniente penetraba a través de los huecos existentes en las secciones trenzadas del tronco, pero...

Pero todo ello era una ilusión, ¿no? Los árboles no alcanzaban alturas de ciento cincuenta metros, e incluso si ese en concreto —en el supuesto de que fuese real— hubiese crecido tanto, ella lo habría visto desde la caravana de Mayweather. Terry y Roger lo habrían visto. Willy Burke lo habría visto.

Desde la nube de hojas de helecho situada muy por encima de ella, se elevó de repente hacia el cielo una bandada de aves. Eran verdes, y al principio Lila pensó que se trataba de papagayos, solo que eran demasiado pequeños. Volaron hacia el oeste, formando una V —como los patos, por el amor de Dios—, y desaparecieron.

Se desprendió el micro del hombro, pulsó el botón e intentó ponerse en contacto con Linny en la oficina. Solo obtuvo un ruido constante de estática, y por alguna razón no la sorprendió. Tampoco la sorprendió ver una serpiente roja —más gruesa que los bíceps hinchados de Van Lampley y de tres metros de longitud por lo menos— que se deslizaba desde una hendidura vertical en el tronco gris de aquel árbol extraordinario. La hendidura era del tamaño de una puerta.

La serpiente levantó la cabeza en forma de pala en dirección a Lila. Sus ojos negros la examinaron con frío interés. Probó el aire con la lengua, que luego escondió. La serpiente reptó a gran velocidad por una grieta del tronco y se enroscó en torno a una rama en una sucesión de aros ordenados. La cabeza le osciló como un péndulo. Observaba aún a Lila con sus ojos impenetrables, entonces cabeza abajo.

Detrás del árbol se oyó un gruñido grave y vibrante, y de las sombras surgió un tigre blanco de ojos verdes y relucientes. Apareció después un pavo real con la esplendorosa cola desplegada; mecía la cabeza y emitía un sonido que semejaba una única pregunta jocosa, repetida una y otra vez: ¿Hiii? ¿Hiii? ¿Hiii? ¿Hiii? Alrededor de este se arremolinaban mariposas nocturnas. Cuando Lila era pequeña, su familia tenía un Nuevo Testamento ilustrado, y esos insectos arremolinados le trajeron a la memoria la diadema que siempre parecía llevar Jesús, incluso de niño en el pesebre.

La serpiente roja bajó reptando por la rama, se descolgó a unos tres metros y cayó entre el pavo y el tigre. Los tres avanzaron hacia Lila, que seguía en el linde del claro, el tigre con silenciosas pisadas, la serpiente a rastras y el pavo dando brincos y glugluteando.

Lila experimentó una profunda sensación de alivio: Sí. Sí. Era un sueño, sin duda. Tenía que serlo. No solo ese momento, y no solo Aurora, sino todo, todo desde la noche del lunes, porque si bien no había sido NOTICIA DE ÚLTIMA HORA en la FOX o la CNN o NewsAmerica, en realidad fue entonces cuando el mundo —su mundo— había empezado a desintegrarse, en la reunión de primavera del Comité Curricular de la zona de los Tres Condados, en el auditorio del instituto de Coughlin.

Cerró los ojos.

Su incorporación al Comité Curricular había sido cosa de Clint (lo cual resultaba irónico; en último extremo, le había salido el tiro por la culata). Corría el año 2007. En el *Herald* de los Tres Condados habían publicado un artículo sobre el padre de una alumna de tercero del instituto de Coughlin que

estaba decidida a leer *¿Estás ahí, Dios? Soy yo, Margaret*, un libro prohibido en la biblioteca del centro. En palabras textuales, el padre afirmaba que aquello era «un puñetero panfleto ateo». Lila no podía dar crédito. A ella, a los trece años, le había encantado la novela de Judy Blume y se había identificado intensamente con su retrato de lo que representaba la adolescencia para una chica, de la forma en que de pronto la vida adulta surgía ante ella como una nueva ciudad extraña y aterradora, y le exigía que cruzara sus puertas tanto si quería como si no.

—¡Ese libro me encantó! —exclamó Lila al tiempo que tendía el periódico a Clint.

Lo había arrancado de su habitual estado de ensoñación, sentado a la encimera de la cocina mirando el jardín a través de las puertas de cristal mientras se frotaba suavemente los nudillos de la mano derecha con los dedos de la izquierda. Clint echó una ojeada al artículo.

—Lo siento, cariño, es una lástima, pero ese libro ha de arder. Por orden directa del general Jesús. —Le devolvió el periódico.

—No es broma, Clint. La razón por la que ese individuo quiere censurar el libro es precisamente la razón por la que las chicas necesitan leerlo.

—Estoy de acuerdo. Y ya sé que no es broma. Bueno, ¿por qué no haces algo al respecto?

Lila lo había adorado por eso, por retarla.

—De acuerdo. Lo haré.

El periódico mencionaba a un grupo de padres y ciudadanos preocupados, el Comité Curricular, que se había constituido apresuradamente. Lila se unió a él. Y para promover su causa, hizo lo que todo buen policía sabe hacer: acudió a su comunidad en busca de ayuda. Lila congregó a todas las vecinas de mentalidad afín para que salieran en apoyo del libro. Gozaba de una posición singularmente ventajosa para formar un grupo así. Años dedicados a atender

quejas por ruidos, aplacar disputas por la propiedad, dejar marchar a los infractores por exceso de velocidad con solo un aviso, y mostrarse en general como una representante de la ley concienzuda y razonable le había granjeado la buena voluntad de mucha gente.

«¿Quiénes son todas esas puñeteras mujeres?», exclamó al principio de la siguiente reunión del Comité Curricular el padre que había iniciado aquello, porque eran mujeres de la primera a la última, y ellas eran muchas, y él, solo uno. *Margaret* se salvó. Judy Blume mandó una nota de agradecimiento.

Lila continuó en el Comité Curricular, pero no volvió a producirse ninguna controversia de la envergadura del caso de *Margaret*. Los miembros leían nuevos libros que se añadían a los planes de estudios y las bibliotecas de los institutos y los centros de secundaria en distintos lugares de los Tres Condados, y asistían a conferencias de profesores de Literatura y bibliotecarios de la zona. Era más un club de lectura que una asamblea política. A Lila le encantaba. Y al igual que la mayoría de los clubes de lectura, aunque de vez en cuando aparecía algún hombre, seguía siendo un asunto principalmente XX.

Habían tenido una reunión el lunes anterior por la noche. Después, de camino a su coche en el aparcamiento del instituto, Lila quedó a la par de una anciana, una tal Dorothy Harper, integrante de un grupo conocido como Club de Lectura del Primer Jueves, y una de las personas del pueblo a quienes Lila había reclutado inicialmente para ayudar en la defensa de *Margaret*.

—¡Estará orgullosa de su sobrina Sheila! —comentó Dorothy, apoyada en su bastón, con un enorme bolso estampado de flores al hombro en el que habría cabido un bebé—. Dicen que quizá le den una beca de baloncesto para un instituto con equipo en primera división. ¿No es maravilloso para ella? —Acto seguido Dorothy añadió—: Imagino que, como es lógico, no quiere usted entusiasmarse demasiado todavía. Ya sé que está solo en segundo. Pero son

pocas las chicas que salen en primera plana a los quince años.

Lila estuvo a punto de decir a Dotty que se equivocaba: Clint no tenía hermanos y ella no tenía sobrinas. Pero Dorothy Harper rondaba ya una edad a la que a menudo los nombres se confundían. Deseó a la anciana un buen día y volvió a casa.

No obstante, Lila era policía, y le pagaban por sentir curiosidad. A la mañana siguiente, durante un momento libre ante su escritorio en la oficina, pensó en el comentario de Dorothy, y escribió *Sheila Norcross* en Firefox. El primer resultado era un artículo sobre deporte con el titular UN FENÓMENO DE COUGHLIN LLEVA A LAS TIGERS HASTA LA FINAL DEL TORNEO, y el fenómeno en cuestión era Sheila Norcross, de quince años. Así que Dorothy Harper no se equivocaba en cuanto al nombre. ¿En la zona de los Tres Condados había otros Norcross? ¿Quién sabía? Ella desde luego no. Hacia el final del artículo, se mencionaba a la orgullosa madre de Sheila, que tenía otro apellido: Parks, Shannon Parks.

Eso abrió un resquicio en la memoria de Lila. Un par de años antes, cuando Jared se había decantado por el atletismo, Clint mencionó ese nombre de pasada: dijo que Shannon Parks era la persona que lo había convencido de que eligiera el atletismo a esa misma edad. Dado el contexto, Lila dio por sentado que Shannon Parks era un chico al que habían puesto un nombre un tanto pedante. Lo recordaba porque su marido casi nunca hablaba de la infancia y la adolescencia, y a Lila se le quedaban grabadas las pocas veces que lo hacía.

Clint había crecido en casas de acogida. Lila no conocía muchos detalles, y... eh, ¿a quién quería engañar? No conocía *ningún* detalle. Lo que sabía era que había sido una época difícil. Cuando salía el tema, Lila notaba que a Clint le subía la temperatura. Si alguna vez comentaba un caso en el que se retiraba a los padres la custodia de un niño y este quedaba en acogida, Clint enmudecía. Sostenía que no le hacía sentir incómodo. «Solo pensativo.» Lila,

muy consciente de que no convenía ejercer de poli dentro de su matrimonio, lo dejaba correr.

Aunque no podía decir que hubiese sido fácil, ni que no hubiese sentido la tentación. Sus recursos como policía le habrían dado acceso a todo tipo de documentos judiciales. Aun así, se resistió. Si querías a alguien, ¿no le permitías conservar sus lugares reservados? ¿Esas habitaciones que no deseaba abrir a los demás? Además, creía que Clint se lo contaría algún día, todo.

Menos...

Lo de Sheila Norcross.

En la habitación que no quería abrir a los demás y a la que Lila había supuesto despreocupadamente que algún día la invitaría, se hallaban una mujer —no un hombre sino una mujer— llamada Shannon y la fotografía de una adolescente cuya sonrisa, pícara y sesgada hacia la comisura derecha de los labios, le recordaba no solo a una persona a la que Lila conocía bien, sino a dos: su marido y su hijo.

El resto fue una investigación sencilla en dos partes.

En la primera, Lila transgredió la ley por primera vez no solo en su carrera profesional sino en toda su vida. Se puso en contacto con el director del instituto de Coughlin y, sin orden judicial, solicitó una copia del historial de Sheila Norcross. El director del instituto le estaba agradecido desde hacía tiempo por su ayuda para poner fin al breve escándalo en torno a *Margaret*, y Lila, para tranquilidad del director, le aseguró que el asunto no tenía nada que ver con Sheila Norcross, sino con una red de robo de identidades. El director

le mandó por fax el historial sin vacilar; su confianza en Lila era tal que también él transgredió la ley gustosamente.

Según el historial, Sheila Norcross era inteligente, buena estudiante en Literatura, e incluso mejor en Matemáticas y Ciencias. Tenía una nota media de sobresaliente. Sus profesores la describían como una chica un tanto arrogante pero cautivadora, una líder natural. Shannon Parks, su madre, constaba como la única tutora. Clinton Norcross constaba como su padre. Había nacido en 2002, con lo que tenía poco más de un año menos que Jared.

Hasta el partido de la liga amateur del miércoles por la noche, Lila se decía que aún no estaba segura. Esa incertidumbre carecía de sentido, por supuesto; la verdad saltaba a la vista en los formularios de matriculación y estaba tan clara como los rasgos de Norcross en la cara de la chica, pero, por alguna razón, se sentía obligada a dar todos los pasos. Se dijo, para asegurarse, que tenía que ver a la chica, ver a Sheila Norcross, distinguida base de su equipo, una alumna un poco arrogante pero simpática, con una media de sobresaliente.

Lila fingió ser una agente encubierta, con el cometido de convencer a Clint de que seguía siendo la mujer con la que estaba casado.

—Se te nota preocupada —le dijo Clint el martes por la noche.

—Lo siento. Quizá sea porque tengo una aventura con alguien del trabajo —contestó ella, exactamente la clase de respuesta que Lila habría dado, si aún era la Lila con la que él estaba casado—. Esas cosas distraen mucho.

—Ah. Entiendo —dijo Clint—. Es Linny, ¿no? —Y la atrajo hacia sí para darle un beso, y ella incluso se lo devolvió.

A continuación, el segundo paso de la investigación: la operación de

vigilancia.

Lila ocupó un asiento en una de las últimas gradas del gimnasio y observó al equipo amateur de los Tres Condados realizar ejercicios de calentamiento. Identificó de inmediato a Sheila Norcross, la número 34, que entraba como una flecha para hacer una bandeja con rebote en el tablero y después retrocedía caminando sobre los talones y riendo. Lila examinó a la chica con mirada policial. Tal vez la 34 no tenía la mandíbula de Clint, y tal vez el porte fuera también distinto, pero ¿qué más daba? Los niños tenían un padre y una madre.

En la segunda fila, cerca del banquillo del equipo local, varios adultos, en pie, batían palmas al ritmo de la música previa al encuentro. Los padres de las jugadoras. ¿Era Shannon la mujer esbelta del jersey de punto trenzado? ¿O la madre de la chica era la rubia teñida con una moderna gorra de repartidor de periódicos? ¿O alguna otra? Lila no habría sabido decirlo. ¿Cómo iba a saberlo? Al fin y al cabo, ella era la desconocida en la fiesta, la que no había sido invitada. Cuando la gente hablaba de cómo se venían abajo sus matrimonios, decía: «No me parecía real». Lila pensó, en cambio, que aquel partido le parecía sobradamente real, bastante real: el bullicio del público, los olores del gimnasio. No, era ella. Era ella lo que parecía irreal.

Sonó la sirena. Empezaba el partido.

Sheila Norcross trotó hasta la valla, y en ese momento hizo algo que despejó toda duda, toda negación. Fue horrible, y simple y convincente, mucho más decisivo que cualquier parecido físico o cualquier historial académico. Lila lo presenció desde su asiento en las gradas y entendió que la relación entre Clint y ella se había ido a pique.

En cuanto Lila cerró los ojos ante los animales que se acercaban, sintió que sucumbía al verdadero sueño, que no le sobrevino con paso sigiloso ni reptando ni meciéndose, sino que se precipitó sobre ella como un tráiler de dieciséis ruedas sin conductor. Un vivo pánico activó sus nervios, y se abofeteó a sí misma. Con fuerza. Se le abrieron los ojos en el acto. No había serpiente, ni tigre blanco, ni pavo glugluteando. No había ningún árbol gigantesco parecido a un baniano. El lugar donde antes se alzaba este, en el centro del claro, lo ocupaba un roble, viejo e imponente, de veinticinco metros, magnífico a su manera pero normal. Desde una de las ramas inferiores, chirriaba una ardilla malhumorada.

—Tengo alucinaciones —dijo—. La cosa está mal.

Pulsó el botón del micro del hombro.

—¿Linny? ¿Estás ahí? Contesta.

—Aquí estoy, sheriff. —La voz sonaba metálica, un poco quebrada, pero sin estática—. ¿Qué... hacer por ti?

Lila volvió a percibir el zumbido de los cables de alta tensión: zzz. No se había dado cuenta de que había cesado. ¿*Había* cesado? Por Dios, qué confusa estaba.

—Da igual, Lins, volveré a ponerme en contacto cuando mejore la comunicación.

—¿Estás... ien, Lila?

—Perfectamente. Enseguida hablamos.

Echó otro vistazo por encima del hombro. Solo un roble. Uno grande; aun así, solo un roble. Cuando se disponía a darse media vuelta, de pronto otro pájaro de color verde vivo se elevó ruidosamente desde el árbol y enfiló rumbo al oeste, hacia el sol, ya bajo. La misma dirección en que las otras aves se habían ido.

Lila apretó los párpados y a continuación, con esfuerzo, los abrió de nuevo. Ningún pájaro. Claro que no. Se lo había imaginado todo.

«Pero ¿y las huellas? Me han traído hasta aquí.»

Lila decidió que no se permitiría pensar en las huellas, ni en el árbol, ni en aquella mujer extraña, ni en nada. Lo que necesitaba en ese momento era regresar al pueblo sin quedarse dormida. Tal vez fuera ya momento de visitar una de las excelentes farmacias de Dooling. Y si todo lo demás fallaba, estaba el depósito de pruebas. Sin embargo...

Sin embargo, ¿qué? Se le había ocurrido una idea, pero se había esfumado a causa del agotamiento. O casi. La atrapó antes de que desapareciera del todo. El rey Canuto, esa era la idea. El rey Canuto ordenando a la marea que retrocediera.

Había cosas sencillamente imposibles.

7

El hijo de Lila también seguía despierto. Yacía en una cuneta embarrada en el otro lado de la carretera. Estaba mojado, estaba dolorido, y algo se le clavaba en la espalda. Parecía una lata de cerveza. Todo eso era ya de por sí malo, pero además tenía compañía.

—Norcross.

Era Eric.

El puto Eric Blass.

Jared mantuvo los ojos cerrados. Si creían que estaba inconsciente —o muerto incluso— se irían corriendo como las gallinas que eran, los muy gilipollas.

Quizá.

—¡Norcross! —Esta vez después de oír su nombre notó que le hincaban una bota en el costado.

—Eric, vámonos. —Oído desde otro país. Kent Daley, con un gimoteo que rayaba en el pánico—. Me parece que la ha palmado.

—O está en coma. —A juzgar por su tono de voz, Curt no consideraba demasiado trágico ese desenlace.

—No está en coma. Está fingiendo. —Aunque el propio Eric parecía nervioso. Se agachó. Jared tenía los ojos cerrados, pero le llegó más intensamente el olor a colonia Axe de Eric. Dios, ¿es que se bañaba en esa cosa?—. ¡Norcross!

Jared se quedó quieto. Si al menos pasara un coche de policía, aunque lo condujera su madre, por embarazosas que fuesen las explicaciones posteriores... Pero la caballería solo aparecía en las películas.

—Norcross, voy a darte una patada en los huevos si no abres los ojos, y fuerte, joder, lo digo en serio.

Jared abrió los ojos.

—Perfecto —dijo Eric, sonriente—. Si no hay daño, no hay delito.

Jared, que tenía la sensación de que sí había serios daños —causados tanto por el coche que lo había embestido como por esos tíos—, guardó silencio. Le pareció lo más sensato.

—No le hemos hecho daño a esa vieja mugrienta, y a ti tampoco se te ve muy mal. Al menos, no te asoma ningún hueso por el pantalón. Así que estamos en paz. En cuanto me des el teléfono, claro.

Jared negó con la cabeza.

—Menudo gilipollas estás hecho. —Eric habló con benévola indulgencia, como a un cachorro que acabara de hacerse pis en la alfombra—. ¿Curt? ¿Kent? Sujetadlo.

—Caray, Eric, no sé —dijo Kent.

—Yo sí sé. Sujetadlo.

—¿Y si tiene... vete a saber, lesiones internas? —preguntó Curt.

—No tiene. El coche apenas lo ha rozado. Ahora sujetadlo.

Jared intentó zafarse, pero Curt lo sujetó de un hombro, y Kent, del otro. Le dolía todo, la rodilla era solo lo peor, y desde luego de nada le servía resistirse. Sentía una extraña languidez. Tal vez fuera efecto de la conmoción, pensó.

—El teléfono. —Eric chasqueó los dedos—. Dámelo. —Ese era el tío con el que Mary pensaba irse de concierto. Ese tío que tenía delante.

—Lo he perdido en el bosque.

Jared lo miró, procurando no llorar. Llorar sería lo peor.

Eric dejó escapar un suspiro, se arrodilló y palpó los bolsillos de Jared. Advirtió el rectángulo del iPhone en el bolsillo delantero derecho y lo sacó.

—¿Por qué tienes que ser tan capullo, Norcross? —En ese momento se le notaba malhumorado y harto, como si dijera: «¿Por qué me estás fastidiando el día?».

—Aquí hay un capullo, pero no soy yo —repuso Jared. Parpadeó con fuerza para que no se le escaparan las lágrimas—. Ibas a mearte en la oreja de esa mujer.

—No, no iba a hacerlo —terció Curt—. Das asco solo por el hecho de pensarlo, Norcross. Era una broma. Comentarios de tíos.

Kent levantó la voz con impaciencia, como si en realidad estuvieran manteniendo una conversación razonable y no se hallara sentado sobre su cuerpo para inmovilizarlo.

—¡Sí, eran comentarios de tíos! Solo estábamos haciendo el tonto. Ya me entiendes, como en el vestuario. No seas ridículo, Jared.

—Voy a dejar correr esto —declaró Eric. Mientras hablaba, pulsaba en la pantalla del teléfono de Jared—. Por Mary. Sé que es amiga tuya, y va a ser

mucho más que amiga mía. Así que lo dejamos en tablas. Nos marchamos todos tranquilamente. —Dejó de pulsar—. Listo: he eliminado el vídeo de la nube y luego lo he borrado todo en el teléfono. Ya no queda nada.

De la cuneta sobresalía una roca gris, que miraba a Jared como una lengua gris que se burlara de él. Eric golpeó el iPhone de Jared contra ella cinco o seis veces: la pantalla se hizo añicos y volaron trozos de plástico negro. Arrojó al pecho de Jared lo que quedaba del móvil, que resbaló hasta caer en el barro de la cuneta.

—Una vez borrado el vídeo, ya no tenía por qué hacer eso, pero, dejando de lado a Mary, necesito que entiendas que ser un cotilla tiene sus consecuencias. —Eric se irguió—. ¿Queda claro?

Jared calló, pero Eric asintió como si hubiera hablado.

—Bien. Soltadlo.

Kent y Curt se levantaron y retrocedieron. Actuaban con cautela, como si temieran que Jared fuera a ponerse en pie de un salto y empezara a lanzar puñetazos a lo Rocky Balboa.

—Para nosotros esto ha terminado —afirmó Eric—. No queremos saber nada más de esa puta vieja y sucia, ¿vale? Mejor será que también termine para ti. Vámonos, tíos.

Lo dejaron en la cuneta. Jared aguantó hasta que se marcharon. Entonces se tapó los ojos con un brazo y lloró. Cuando se le pasó, se incorporó y se metió en el bolsillo los restos del teléfono (se desprendieron varios trozos más cuando lo hizo).

Soy un perdedor, pensó. Esa canción de Beck debió de escribirse pensando en mí. Eran tres contra uno, aun así... vaya un perdedor estoy hecho.

Renqueante, se encaminó hacia casa, porque era a casa adonde uno iba cuando se sentía lastimado y maltrecho.

Hasta 1997 el St. Theresa había sido un edificio monstruoso de hormigón más parecido a un bloque de viviendas protegidas que a un hospital. Entonces, después de las protestas generadas por el allanamiento de los montes Speck y Lookout para extraer los depósitos de carbón sobre los que se asentaban, la compañía minera Rauberson donó fondos para una ampliación ambiciosa. El periódico local, dirigido por un demócrata liberal —sinónimo de comunista para la mayor parte del electorado republicano—, declaró que «no era mejor que un soborno para acallar». La mayoría de la gente de los Tres Condados lo agradeció sin más. En la barbería de Bigbee, se oía decir a los clientes: «¡Tiene hasta helipuerto!».

Entre semana, por las tardes, no solían estar ocupadas más de la mitad de las plazas de ninguno de los dos aparcamientos, uno pequeño delante del servicio de Urgencias y otro más grande enfrente del hospital propiamente dicho. Cuando Frank Geary dobló por Hospital Drive aquella tarde, estaban los dos atestados y había un atasco en la rotonda de delante de la entrada principal. Vio un Prius con el maletero aplastado por el impacto de un Jeep Cherokee que lo había embestido por detrás. Los cristales rotos de las luces de posición brillaban en el asfalto como gotas de sangre.

Frank no vaciló. Iban en el Subaru Outback de Elaine, y subió al bordillo e invadió el césped, vacío (al menos de momento) salvo por la estatua de santa Teresa, que en su día había adornado el vestíbulo del antiguo hospital, y el mástil, donde la bandera de las barras y las estrellas ondeaba por encima de la

del estado, con sus dos mineros a ambos lados de lo que parecía una lápida.

En cualquier otra circunstancia, Elaine habría dado rienda suelta a su lengua, que podía ser muy afilada: «¿Qué estás haciendo? ¿Estás loco? ¡Este coche no está acabado de pagar!». Ese día no dijo nada. Acunaba a Nana entre sus brazos, meciéndola como cuando era un bebé y tenía fiebre porque le estaban saliendo los dientes. El pringue que le cubría la cara descendía hasta la camiseta (su preferida, la que se ponía cuando estaba un poco triste, esa de la que Frank le había estirado hacía una eternidad, por la mañana), como los pelos de la barba de un prospector viejo y desastrado. Era repulsivo. Lo único que Frank quería era arrancársela, pero se contenía por el recuerdo de Comadre Hoja Dorada. Cuando Elaine hizo ademán de tocarla en su rápido viaje a través del pueblo, él había gritado «¡No lo hagas!», y ella había retirado la mano. Le preguntó dos veces si Nana respiraba. Elaine dijo que sí, que veía moverse como un fuelle aquel repugnante tejido blanco, pero eso a Frank no le bastó. Tuvo que tender la mano derecha y apoyarla en el pecho de Nana para asegurarse.

Detuvo el Outback en medio de una lluvia de hierba y corrió al lado del pasajero. Cogió a Nana en brazos y se dirigieron a Urgencias, con Elaine por delante. Frank sintió una punzada momentánea al ver que llevaba abierta la cremallera lateral del pantalón, con lo que se le veían las bragas rosas. Elaine, que en condiciones normales iba siempre impecable: de punta en blanco, sin una sola arruga, todo combinado a la perfección.

Se detuvo tan bruscamente que Frank estuvo a punto de chocar con ella. Frente a las puertas del servicio de urgencias se agolpaba una muchedumbre. Elaine profirió una especie de relincho equino, parte frustración, parte ira.

—¡No vamos a entrar nunca!

Frank vio que el vestíbulo de Urgencias ya estaba al límite de su capacidad. Una imagen delirante cobró forma en su cabeza: compradores entrando a la

carrera en Walmart un Black Friday.

—Al vestíbulo principal, El. Es más grande. Allí podemos entrar.

Elaine dio media vuelta al instante y, casi derribándolo, enfiló en esa dirección. Frank la siguió con esfuerzo, jadeando un poco. Estaba en buena forma, pero Nana parecía pesar más de los treinta y seis kilos registrados en la última revisión médica. Tampoco pudieron entrar en el vestíbulo principal. No había ninguna multitud a las puertas, y por un momento Frank albergó esperanzas, pero el vestíbulo se hallaba atestado. No consiguieron pasar de la entrada.

—¡Déjenos pasar! —exclamó Elaine al tiempo que aporreaba el hombro de una mujer fornida vestida con una sencilla bata de casa rosa—. ¡Estamos aquí por nuestra hija! ¡A nuestra hija le ha salido esa *excrecencia*!

Dio la impresión de que la mujer de la bata rosa no hacía más que flexionar uno de aquellos hombros de defensa de fútbol, pero bastó para que El saliera despedida hacia atrás, tambaleante.

—No eres la única, hermana —contestó la mujer, y Frank entrevió la sillita que la mujer fornida tenía delante. No alcanzó a ver el rostro del bebé, ni fue necesario. Las piernas separadas y laxas y un pequeño pie a rastras —con un calcetín rosa de Hello Kitty— fueron suficientes.

Delante, en algún lugar más allá de la gente arremolinada, un hombre bramó:

—*¡Si están aquí porque han leído en internet que existe un antídoto o una vacuna, váyanse a casa! ¡Es falso! ¡De momento no hay antídoto ni vacuna! ¡Repito: DE MOMENTO NO HAY ANTÍDOTO NI VACUNA!*

La noticia se recibió con exclamaciones de consternación, pero nadie se marchó. Ya estaba agolpándose más gente detrás de ellos y el vestíbulo iba llenándose rápidamente.

Elaine volvió el rostro sudoroso, con lágrimas en los ojos, muy abiertos, y

gesto de desesperación.

—¡El Centro de Atención a la Mujer! ¡Podemos llevarla allí!

Con la cabeza gacha y los brazos extendidos, se abrió paso a empujones entre la multitud. Frank la siguió con Nana a cuestas. Con un pie, golpeó ligeramente a un hombre que sostenía a una adolescente de melena rubia sin rostro visible.

—Vaya con cuidado, amigo —protestó el hombre—. Estamos en esto todos juntos.

—Vaya con cuidado usted —gruñó Frank, y logró salir de nuevo al aire libre. En su cabeza, como si se tratara de un ordenador con un circuito defectuoso, destellaron otra vez las palabras:

mi hija mi hija mi hija

Porque en ese momento nada tenía la menor importancia excepto Nana. Nada en el ancho mundo. Haría lo que fuera necesario para que se curara. Consagraría su vida a su curación. Si era una locura, no quería estar cuerdo.

Elaine cruzaba ya la franja de césped. Una mujer sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el mástil de la bandera, gimoteaba con un bebé contra el pecho. Era un sonido que Frank conocía bien; era el mismo lamento que emitía un perro con la pata rota y atrapada en una trampa. Tendió el bebé hacia Frank cuando este pasó por su lado, y él vio filamentos blancos que colgaban de detrás de su cabeza cubierta.

—¡Ayúdenos! —exclamó la mujer—. ¡Por favor, señor, ayúdenos!

Frank no respondió. Tenía la mirada fija en la espalda de Elaine. Ella se dirigía hacia uno de los edificios del lado opuesto de Hospital Drive. CENTRO DE ATENCIÓN A LA MUJER, se leía en el letrero de la fachada en blanco sobre azul. OBSTETRICIA Y GINECOLOGÍA, DOCTORAS ERIN EISENBERG, JOLIE SURATT,

GEORGIA PEEKINS. Frente a las puertas había unas cuantas personas sentadas, que acompañaban a familiares con la cabeza cubierta, pero no muchas. Había sido buena idea. De hecho, Elaine solía tener buenas ideas cuando no andaba ocupada tocándole las pelotas... pero ¿por qué estaban todos sentados? Era raro.

—¡Rápido! —dijo ella—. ¡Rápido, Frank!

—Voy todo... lo rápido... que puedo. —Había empezado a jadear con fuerza.

Elaine miraba por encima de él.

—¡Algunos nos han visto! ¡Tenemos que mantener la ventaja!

Frank miró atrás. Una turba cruzaba el césped a todo correr, junto al Outback embarrancado. Iban a la cabeza los que solo llevaban bebés o niñas pequeñas.

Respirando con dificultad, siguió con paso vacilante a Elaine por el camino de acceso. La membrana que cubría el rostro de Nana ondeaba en la brisa.

—No les servirá de nada —advirtió una mujer sentada en el suelo y apoyada en la fachada lateral del edificio. A juzgar tanto por su aspecto como por su voz, estaba extenuada. Mantenía las piernas separadas para poder sostener contra sus pechos a su propia hija, más o menos de la edad de Nana.

—¿Qué? —preguntó Elaine—. ¿De qué está hablando?

Frank leyó el letrero colocado en el interior de la puerta: CERRADO POR LA EMERGENCIA GENERADA POR AURORA.

Médicas estúpidas, pensó él mientras Elaine tiraba de la manilla de la puerta. Médicas estúpidas y *egoístas*. Deberíais tener *abierto* precisamente por la emergencia generada por Aurora.

—Probablemente tienen también hijas —comentó la mujer que sostenía a la pequeña. Tenía unas ojeras marrones—. No se les puede echar en cara, supongo.

Yo sí se lo echo en cara, pensó Frank. Vaya si se lo echo en cara.

Elaine se volvió hacia él.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Adónde podemos ir?

Antes de que Frank pudiera contestar, llegó la caterva procedente de Urgencias. Un vejete con una niña al hombro como si cargara con un saco de cereales —una nieta, quizá— apartó a Elaine sin contemplaciones de la puerta para intentar abrirla.

Lo que ocurrió a continuación poseía una especie de inevitabilidad acelerada. El hombre se llevó la mano bajo el faldón de la camisa sin remeter, sacó una pistola del cinto, apuntó hacia la puerta y apretó el gatillo. Incluso al aire libre, la detonación fue ensordecedora. El cristal estalló hacia dentro.

—¡A ver si ahora está cerrado! —gritó el vejete con voz aguda y cascada. Se le había incrustado una esquirla de cristal en la mejilla—. ¡A ver si ahora está cerrado, cabrones!

Levantó el arma para disparar de nuevo. La gente retrocedió. Un hombre que llevaba en brazos a una niña dormida con un pelele de pana tropezó con las piernas extendidas de la mujer apoyada en el edificio. Echó las manos al frente para frenar la caída, con lo que soltó su carga. La niña dormida cayó en el asfalto con un ruido sordo. Al precipitarse al suelo, el hombre rasgó con una mano la membrana que cubría la cara de la hija de la mujer sentada. En el acto, la niña abrió los ojos de par en par y se incorporó, tiesa como una vara. Su rostro era una máscara de duende llena de odio y furia. Acercó la boca a la mano del hombre, le mordió los dedos y, contorsionándose en los brazos de su madre, se abalanzó hacia delante, como una serpiente, para hundir el pulgar en la mejilla derecha del hombre y el resto de los dedos en su ojo izquierdo.

El vejete se volvió y apuntó con el arma —un revólver de cañón largo que a Frank le pareció una antigualla— a la niña que se retorció y gruñía.

—*¡No!* —exclamó la madre, intentando proteger a su hija—. *¡No, a mi*

niña, no!

Frank se volvió para proteger a su propia hija y lanzó un pie hacia atrás contra la entrepierna del vejete. Este ahogó una exclamación y reculó a trompicones. Frank lo desarmó de un puntapié. La gente que había llegado corriendo desde el servicio de Urgencias huía entonces en todas las direcciones. El vejete, tambaleante, retrocedió hasta el interior del vestíbulo del Centro de Atención a la Mujer, donde perdió el equilibrio y se desplomó entre los cristales rotos. Le sangraban las manos y el rostro. Su nieta yacía con la cara hacia abajo (*qué cara, pensó Frank*).

Elaine cogió a Frank por el hombro. Después de caer en el parterre, tenía el pantalón sucio y se había arañado un antebrazo.

—¡Vamos! ¡Esto es una locura! ¡Tenemos que irnos!

Frank no le prestó atención. La niña seguía hundiendo las uñas en el hombre que, sin querer, la había despertado de su sueño antinatural. Le había desgarrado la carne de debajo del ojo derecho, con lo que el globo ocular le sobresalía y la córnea se le estaba llenando de sangre. Frank no podía ayudarlo, no con Nana en brazos, pero el hombre no necesitaba ayuda. Agarró a la niña con una mano y la arrojó lejos.

—*¡No! ¡Oh, no!* —gritó la madre de la niña, y se arrastró como pudo hacia su hija.

El hombre fijó la mirada en Frank y, hablando con toda naturalidad, dijo:

—Creo que esa niña me ha dejado ciego de un ojo.

Esto es una pesadilla, pensó Frank. Tiene que serlo.

Elaine lo sujetó por el brazo y tiró de él.

—¡Tenemos que irnos! ¡Frank, no nos queda más remedio!

Frank, rendido ya, la siguió hacia el Outback. Al pasar por delante de la mujer que antes estaba apoyada contra la fachada lateral del Centro de Atención a la Mujer, vio que la membrana de la niña volvía a tejerse a una

velocidad asombrosa. Había cerrado los ojos. La expresión de furia había dado paso a una de plácida serenidad. Al cabo de un momento, quedó oculta bajo aquella pelusa blanca. La madre la cogió en brazos, la acunó y empezó a besarle los dedos ensangrentados.

Elaine casi había llegado al coche y, a gritos, lo instaba a continuar. Frank, arrastrando los pies, apretó el paso.

2

Ante la encimera de la cocina, Jared se desmoronó en uno de los taburetes y luego tomó a palo seco un par de aspirinas del frasco que su madre dejaba junto al platillo del cambio. En la encimera vio una nota de Anton Dubcek en relación con los olmos del jardín trasero y el nombre de un arboricultor a quien recomendaba. Jared se quedó mirando aquel trozo de papel. ¿En qué consistía el trabajo de un arboricultor? ¿Quién había enseñado a Anton Dubcek, que parecía casi retrasado, a escribir sin faltas de ortografía y con una letra tan clara y bonita? ¿Y él no era el chico de la *piscina*? Pero ¿entendía también de *árboles*? ¿Volverían a ser el estado y la salud del jardín de la familia Norcross un asunto mínimamente importante? ¿Seguiría Anton limpiando piscinas si todas las mujeres del mundo se dormían? Joder, ¿por qué no? A los tíos también les gustaba nadar.

Jared se frotó las cuencas de los ojos con los puños sucios y respiró hondo repetidas veces. Necesitaba tranquilizarse, ducharse, cambiarse de ropa. Necesitaba hablar con sus padres. Necesitaba hablar con Mary.

Sonó el teléfono fijo, un ruido extraño y poco familiar. Salvo en época de elecciones, casi nadie llamaba.

Jared fue a descolgar y, como no podía ser de otro modo, volcó el auricular,

que fue a parar al suelo de baldosas al otro lado de la encimera. Se desmontó; la tapa posterior se desprendió con un chasquido de plástico y las pilas se desparramaron.

Apoyándose en los muebles a su paso, cruzó el salón y cogió el supletorio de la mesa auxiliar que había junto al sillón.

—¿Sí?

—¿Jared?

—El mismo. —Se sentó en el sillón de piel con un gemido de alivio—. ¿Qué tal, papá? —Tan pronto como la pregunta salió de sus labios, comprendió que era absurda.

—¿Estás bien? He estado llamándote al móvil. ¿Por qué no contestabas?

Su padre hablaba con voz tensa, lo que tampoco era de extrañar. Cabía suponer que la situación en la cárcel no era ninguna maravilla. Al fin y al cabo, era una cárcel de *mujeres*. Jared no quería que su padre se preocupara por él. La razón aparente de esa decisión era algo que cualquiera debería entender: en medio de una crisis sin precedentes, su padre no necesitaba más complicaciones. La verdadera razón, apenas oculta, era que se avergonzaba. Eric Blass le había dado una patada en el culo, le habían destrozado el móvil y, antes de volver a casa cojeando, se había quedado llorando en la cuneta. Era algo de lo que no quería hablar a su padre. No quería que nadie le dijera que no pasada nada, porque sí pasaba. Ni quería que nadie le preguntara cómo se *sentía* al respecto. ¿Cómo se sentía? «Hecho una *mierda*» lo describía bastante bien.

—Me he caído por la escalera en el colegio. —Carraspeó—. No miraba por dónde iba. Además, se me ha roto el móvil. Por eso no has podido hablar conmigo. Lo siento. Pero creo que todavía está en garantía. Iré yo mismo a la tienda de Verizon y...

—¿Te has hecho daño?

—Pues me he torcido, y mucho, la rodilla.

—¿Solo eso? ¿No te has hecho daño en ningún otro sitio aparte de la rodilla? Dime la verdad.

Jared se preguntó si su padre sabía algo. ¿Y si lo había visto alguien? Solo de pensarlo le dolió el estómago. Sabía lo que diría su padre si se enterase: diría que lo quería y que no había hecho nada malo; diría que eran los otros quienes habían actuado indebidamente. Y sí, procuraría que Jared estuviera *en contacto con sus sentimientos*.

—Claro que ha sido solo eso. ¿Por qué iba a mentir?

—No te estoy acusando, Jere; solo quería asegurarme. Es que es un alivio que por fin me hayas cogido el teléfono, oír tu voz. Las cosas andan mal. Ya te has enterado, ¿no?

—Sí, he oído las noticias. —Más aún, había visto las noticias: la Vieja Essie en el cobertizo, la máscara blanca de telarañas soldada a la cara.

—¿Has hablado con Mary?

—No desde antes de la comida. —Dijo que tenía previsto ponerse en contacto con ella en breve.

—Bien. —Su padre le explicó que no sabía cuándo volvería a casa, que Lila estaba de servicio y que él no debía moverse de allí—. Si esta situación no se resuelve pronto, ahí fuera van a complicarse las cosas. Cierra bien las puertas, ten el teléfono a mano.

—Sí, claro, papá, estaré bien, pero ¿de verdad tienes que quedarte ahí más tiempo? —No era fácil plantearlo. Se reducía a un cálculo elemental, pero señalarlo parecía en cierto modo de mal gusto; equivalía a decir en voz alta que un moribundo iba a morir—. O sea, en la cárcel solo hay mujeres. Quiero decir... por fuerza se dormirán... ¿no? —Al final de la última palabra se le quebró un poco la voz y esperó que su padre no lo notara.

Otra pregunta —«¿Y qué pasa con mamá?»— se formó en sus labios, pero

Jared pensó que no podría expresarla sin echarse a llorar.

—Lo siento, Jared —dijo Clint al cabo de unos segundos de silencio en la línea—. Todavía no puedo marcharme. Me gustaría, pero aquí andan escasos de personal. En todo caso volveré en cuanto pueda. Te lo prometo. —A continuación, quizá adivinando la pregunta que Jared tenía en la cabeza, añadió—: Y tu madre también. Te quiero. No corras ningún riesgo ni te muevas de ahí. Llámame enseguida si me necesitas.

Jared se tragó toda la angustia que parecía acumularse en el fondo de su garganta y consiguió decir adiós.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces. No más llanto. Tenía que quitarse esa ropa rasgada y sucia y ducharse. Después vería las cosas con más optimismo. Empujándose con los brazos, se puso en pie y, cojeando, se dirigió hacia la escalera. Fuera resonó un golpeteo rítmico, seguido de un tambaleo metálico.

A través del cristal de lo alto de la puerta delantera, vio la acera opuesta. La última vivienda ocupada de la calle era propiedad de la señora Ransom, una mujer de setenta y tantos años que llevaba un negocio de repostería y bollería desde casa, aprovechando que en Dooling no existían leyes de zonificación. Era una casa de color verde claro, bien cuidada, engalanada con jardineras rebosantes de alegres flores de primavera en las ventanas. La señora Ransom, sentada en una tumbona de plástico en el camino de acceso, bebía una Coca-Cola. Una niña de diez u once años —seguramente una nieta, a quien Jared, si no se equivocaba, ya había visto allí— botaba una pelota de baloncesto en el pavimento y la lanzaba a una canasta en lo alto de un soporte a un lado del camino.

Con la coleta de pelo castaño asomando por la abertura posterior de una gorra de béisbol oscura, la niña dribló en círculo, a un lado y luego a otro, esquivando a defensoras invisibles, y por último hizo un tiro en suspensión

desde media distancia. Se anticipó, y el lanzamiento se le fue alto. La pelota tocó el tablero y rebotó. A causa del efecto, fue a parar al jardín contiguo, una parcela cubierta de mala hierba y heno esparcido delante de la primera casa desocupada de la urbanización.

Fue a recuperar la pelota, y el heno crujió bajo sus pies. La pelota había rodado casi hasta el porche de la casa vacía, toda ella madera desnuda, con los adhesivos de fábrica pegados todavía a los cristales de las ventanas. La niña se detuvo y alzó la vista para contemplar la casa. Jared intentó adivinar qué pensaba. ¿Que era triste esa casa sin familia? ¿O que daba miedo? ¿O que sería divertido jugar dentro, driblar de acá para allá por los pasillos vacíos? ¿Amagar tiros en bandeja en la cocina?

Jared deseó con fuerza que su padre o su madre volvieran pronto a casa.

3

Después de escuchar dos veces el relato de Ree Dempster —la segunda para detectar las contradicciones que por lo general las reclusas no podían evitar cuando mentían—, Janice Coates llegó a la conclusión de que la joven decía la verdad pura y dura, y la mandó de regreso al módulo. Aun cansada como estaba después de las desavenencias de la noche anterior con su cena mexicana, sentía también una extraña euforia. Por fin tenía delante algo a lo que podía hacer frente. Llevaba esperando mucho mucho tiempo una razón que le permitiera poner en la calle a Don Peters, y si un detalle crucial del relato de Ree quedaba demostrado, por fin podría atraparlo.

Llamó a Tig Murphy y le explicó qué quería exactamente. Al ver que el funcionario tardaba un poco en reaccionar, añadió:

—¿Qué problema hay? Coja unos guantes de goma. Ya sabe dónde están.

El funcionario asintió y se marchó de mala gana para llevar a cabo el desagradable trabajito forense que la directora acababa de encargarle.

Janice telefoneó a Clint.

—Doctor, ¿estaría usted disponible en unos veinte minutos?

—Por supuesto —contestó Clint—. Estaba a punto de marcharme a casa para comprobar que mi hijo estuviera bien, pero por fin he podido ponerme en contacto con él.

—¿Estaba echándose una siesta? Afortunado él, si es así.

—Muy graciosa. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es lo único bueno en este puto día de mierda. Si todo sale según lo previsto, voy a poner de patitas en la calle a Don Peters. No creo que recurra a la violencia física... normalmente los matones solo recurren a la violencia física cuando huelen la debilidad, pero no estaría de más tener a un hombre presente. Más vale prevenir que curar.

—Esa es una fiesta a la que asistiré encantado —respondió Clint.

—Gracias, doctor.

Cuando la directora le contó lo que Ree había visto que Peters le hacía a Jeanette, Clint dejó escapar un gemido.

—Ese cabrón. ¿Ya ha hablado alguien con Jeanette? Dígame que no.

—No —contestó Coates—. En cierto modo, eso es lo mejor del caso. —Se aclaró la garganta—. Dadas las horrendas circunstancias, no la necesitamos.

Acababa de poner fin a la llamada cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Michaela, y Mickey no perdió el tiempo. Para las mujeres del mundo en el Día Uno de Aurora, no había tiempo que perder.

Durante los veintidós meses que llevaba en NewsAmerica, Michaela Morgan, conocida como Mickey, había visto a muchos invitados sonrojarse bajo las potentes luces del estudio, esforzándose por responder a preguntas para las que no estaban preparados o por tratar de justificar declaraciones precipitadas que habían hecho años antes y se conservaban grabadas en vídeo. Era el caso, por ejemplo, del congresista de Oklahoma al que habían obligado a ver unas imágenes en las que aseguraba: «Casi todas esas madres solteras tienen flojos los músculos de las piernas. Por eso las abren tan fácilmente». Cuando la moderadora del programa dominical de entrevistas de NewsAmerica le pidió algún comentario acerca de ese vídeo, el congresista farfulló: «Eso es del año catapum». Durante el resto de la legislatura, sus colegas se refirieron a él (en una ocasión durante una votación) como «representante Catapum».

Esos preciados «momentos infraganti» resultaban relativamente comunes, pero Michaela no supo lo que era un verdadero descontrol hasta última hora de la tarde del Día Uno de Aurora. Y no fue el invitado quien se descontroló.

Michaela se hallaba ante la consola de la unidad móvil, despejada y rebosante de energía gracias a la raya que le había facilitado su técnico. Relajándose en el camerino con aire acondicionado de la parte de atrás de la furgoneta, estaba la siguiente invitada, una de las mujeres que había padecido los gases lacrimógenos delante de la Casa Blanca. Era joven y guapa. Michaela pensaba que su testimonio causaría un impacto considerable, en parte por lo bien que se expresaba, pero sobre todo porque todavía se encontraba bajo los efectos del gas. Michaela había decidido entrevistarla delante de la embajada de Perú, en esa misma calle. El edificio se alzaba bajo la intensa luz del sol, lo cual permitiría realzar los ojos irritados y enrojecidos de la joven.

De hecho, si la sitúo bien, pensó Michaela, dará la impresión de que llora lágrimas de sangre. La idea era nauseabunda, pero así funcionaba

NewsAmerica. Competir con FOX News no era tarea para blandengues.

Estaba previsto que salieran al aire a las 16.19, después de que concluyera la conversación actual en el estudio. George Alderson, cuya calva despedía un resplandor grasiento a través de los escasos mechones de pelo peinados hacia un lado, entrevistaba a un psiquiatra clínico, un tal Erasmus DiPoto.

«¿Ha habido algún brote como este en la historia de la humanidad, doctor DiPoto?», preguntó George.

«Una pregunta interesante», dijo DiPoto. Llevaba unas gafas redondas sin montura y un traje de tweed que debía de darle un calor insoportable bajo los focos. Aun así, como buen profesional que era, no parecía sudar.

—Fíjate en esa boquita de remilgado —comentó el técnico—. Si tuviera que cagar por un agujero así de pequeño, reventaría.

Michaela se rio a carcajadas. En parte por la coca, en parte por el cansancio, en parte por terror elemental, reprimido por la profesionalidad de momento pero esperando a salir.

«Confío en que tenga usted una respuesta interesante», dijo George Alderson.

«Estaba pensando en la Epidemia de Baile de 1518 —contestó DiPoto—. Ese fue también un fenómeno que afectó solo a las señoras.»

—Las señoras —repitió una voz a espaldas de Michaela. Era la manifestante de la Casa Blanca, que se había acercado a mirar—. Las *señoras*. Dios nos asista.

«El brote empezó por una mujer llamada Troffea, que bailó como loca en las calles de Estrasburgo durante seis días y seis noches —continuó DiPoto con creciente entusiasmo—. Antes de que se desplomara, se le unieron muchas otras. Esa fiebre del baile se propagó por toda Europa. Cientos, quizá miles, de mujeres bailaban en pueblos y ciudades. Muchas murieron de ataques al corazón, apoplejías o agotamiento. —Probó a esbozar una sonrisita de

suficiencia—. Era simple histeria, y al final se extinguió.»

«¿Está diciendo que Aurora es algo como eso? Sospecho que a muchos de nuestros espectadores les costará aceptarlo. —Michaela vio con agrado que George era incapaz de disimular la incredulidad en su rostro y su voz. Por lo general, George no decía más que tonterías, pero en algún sitio debajo de su camisa Oxford latía un corazón de periodista—. Verá, tenemos imágenes de miles de mujeres y niñas con la cara y el cuerpo cubiertos por ese material fibroso, esos capullos. Afecta a millones de mujeres.»

«No resto importancia a la situación en modo alguno —aseguró DiPoto—. Ni mucho menos. Pero los síntomas físicos y los cambios físicos generados por la histeria colectiva no son algo fuera de lo común. En Flandes, por ejemplo, docenas de mujeres presentaron estigmas, manos y pies sangrantes, a finales del siglo XVIII. Dejando de lado la política sexual y la corrección política, opino que debemos...»

Fue entonces cuando Stephanie Koch, la productora de *Noticias vespertinas*, irrumpió en el plató. Era una mujer en la cincuentena, curtida y fumadora incorregible, que lo había visto todo y había mostrado la mayor parte por televisión. Michaela habría pensado que Steph era inmune a toda opinión descabellada por parte de los invitados. Pero por lo visto su armadura tenía una grieta, y el doctor DiPoto, con sus gafas redondas y su boquita remilgada, la había encontrado.

«¿De qué coño estás hablando, pedazo de jerbo provisto de pene? —preguntó a voz en grito—. Tengo dos nietas a las que está creciéndoles esa mierda por todas partes, las dos en *coma*, ¿y a ti te parece “histeria femenina”?»

George Alderson, vacilante, tendió la mano para contenerla. Stephanie se la apartó de un manotazo. Lloraba lágrimas de ira cuando se plantó ante el doctor Erasmus DiPoto, quien, encogido en la silla, miraba asombrado a aquella

amazona demente surgida de la nada.

«Hay mujeres en todo el mundo haciendo lo imposible para mantenerse en vela por miedo a no despertar nunca más, ¿y a ti te parece *histeria femenina*?»

Michaela, el técnico y la mujer de la manifestación permanecían atentos al monitor, fascinados.

«¡Pasemos a publicidad! —exclamó George, mirando por encima de Stephanie Koch—. ¡Amigos, solo necesitamos un descanso! A veces las cosas se ponen un poco tensas. Pero así es la televisión en directo, y...»

Stephanie giró sobre los talones y se volvió hacia la cabina de control, fuera de cámara.

«¡Ni se os *ocurra* ir a publicidad! ¡No hasta que acabe con este cerdo machista!» Aún llevaba puestos los auriculares. Se los arrancó y empezó a vapulear a DiPoto con ellos. Cuando este levantó las manos para protegerse la coronilla, lo alcanzó en la cara. DiPoto empezó a sangrar por la nariz.

«¡*Esto* es histeria femenina! —vociferó Stephanie, sin dejar de golpearlo con los auriculares. La boquita del médico había empezado a sangrar también—. ¡*Así es en realidad* la histeria femenina, *pedazo de... de... de COLINABO!*»

—¿«Colinabo»? —repitió la manifestante. Se echó a reír—. ¿Acaba de llamarlo «colinabo»?

Un par de tramoyistas corrieron a contener a Stephanie Koch. Mientras ellos forcejeaban, DiPoto sangraba y George Alderson miraba boquiabierto, el estudio desapareció y dio paso a un anuncio de Symbicort.

—Vaya, vaya —dijo la manifestante—. Eso ha estado *genial*. —Desplazó la mirada—. Eh, ¿puedo tomar un poco de eso? —Se comía con los ojos la pequeña pila de polvo que había encima de la hoja de programación plastificada del técnico.

—Claro —contestó él—. Hoy hay barra libre.

Michaela observó a la manifestante mientras cogía un poco con la uña y lo esnifaba.

—¡Uau! —Sonrió a Michaela—. Ya estoy oficialmente lista para la acción.

—Vuelve al fondo y siéntate —indicó Michaela—. Ya te llamaré.

Pero no la llamaría. Mickey Coates, al ver que Stephanie Koch, fogueada profesional, perdía totalmente los papeles, tomó conciencia de una cosa. No solo estaba viendo esa noticia a través de una lente; ella formaba parte de la noticia. Y cuando por fin se durmiera, no deseaba estar entre desconocidos.

—Quédate tú al pie del cañón, Al —dijo.

—Cómo no —contestó el técnico—. Oye, eso ha sido la monda, ¿a que sí? Televisión en directo en su máxima expresión.

—La monda —convino ella, y salió a la acera. Encendió el móvil. Si el tráfico era fluido, podía estar en Dooling antes de las doce de la noche.

—¿Mamá? Soy yo. No puedo seguir con esto. Vuelvo a casa.

5

A las 15.10 horas, diez minutos después de que terminara su turno de 6.30 a 15.00, Don Peters, sentado en la Garita, mantenía la mirada fija en el monitor de la Unidad Diez, viendo adormilarse a la loca, medio desplomada en la cama con los ojos cerrados. Por alguna razón habían solicitado la presencia de Lampley, y después la de Murphy, así que Don disponía de la Garita para él solo, y tanto mejor: prefería estar sentado. En realidad habría preferido marcharse a casa, pero, para no provocar a Coatsie, había decidido quedarse allí de momento.

La puta chiflada estaba como un tren, Don lo reconocería sin vacilar. Incluso con el uniforme de reclusa, tenía unas piernas inacabables.

Pulsó el botón del micro que comunicaba directamente con la celda a fin de despertarla. Pero ¿para qué? Todas iban a dormirse y, al parecer, les saldría esa mierda en la cara y el cuerpo. Dios santo, adónde iría a parar el mundo si eso ocurría. El lado bueno era que las carreteras serían más seguras. Eso sí tenía gracia. Debía recordarlo para más tarde, a ver qué opinaban los chicos en el Squeaky Wheel.

Peters soltó el botón. La señorita Unidad Diez subió las piernas a la cama y se estiró. Don, con curiosidad, esperó a ver cómo sucedía, esa misteriosa aparición de la membrana sobre la que había leído en el móvil.

6

En otro tiempo poblaban la cárcel centenares de ratas y había docenas de colonias; ya no quedaba más que una cuarentena. Mientras Evie yacía con los ojos cerrados, habló con la hembra alfa, una vieja luchadora de largas garras cuyos pensamientos engranaban como herrumbrosas ruedas chirriantes. Evie imaginó el rostro de alfa como un entramado de cicatrices, enjuto y hermoso.

—¿Por qué quedáis tan pocas, amiga mía?

—Veneno —contestó esa reina guerrera—. Ponen veneno. Huele a leche, pero nos mata. —La rata se hallaba en un resquicio entre los bloques de hormigón que separaban las unidades Nueve y Diez—. Se supone que el veneno nos empuja a buscar agua, pero a menudo quedamos confusas y morimos sin llegar a ella. Es una muerte atroz. Estas paredes están llenas de cadáveres de las nuestras.

—No es necesario que ninguna más de vosotras sufra de esa manera —dijo Evie—. Lo prometo. Pero quizá necesite que hagáis ciertas cosas por mí, y algunas pueden ser peligrosas. ¿Lo aceptas?

Como Evie preveía, el peligro traía sin cuidado a la reina de las ratas. Para ocupar su puesto, había luchado contra su rey. Le arrancó las patas delanteras y, en lugar de rematarlo, se sentó sobre los cuartos traseros a observar mientras moría desangrado. La reina presentía que al final ella moriría de una manera similar.

—Lo acepto —respondió al poco la rata madre—. El miedo es la muerte.

Evie discrepaba —en su opinión, la muerte era la muerte, y merecía tenerle miedo—, pero lo dejó correr. Las ratas, aunque limitadas, eran sinceras. Se podía colaborar con una rata.

—Gracias.

—No hay de qué —contestó la reina de las ratas—. Solo necesito hacerte una pregunta, Madre. ¿Cumples tu palabra?

—Siempre —aseguró Evie.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Ahora nada —dijo Evie—, pero pronto. Te avisaré. De momento basta con que sepas lo siguiente: tu familia ya no deseará comer el veneno.

—¿De verdad?

Evie se desperezó, sonrió y con delicadeza, sin abrir los ojos, besó la pared.

—De verdad —respondió.

De pronto Evie alzó la cabeza y abrió los ojos. Estaba mirando fijamente la cámara... y, al parecer, a Don.

Este, en la Garita, dio un respingo en la silla. La intensidad de esa mirada, la forma en que la había clavado en la cámara integrada en la bombilla nada

más despertar, lo inquietó. ¿Qué demonios? ¿Cómo era posible que hubiera despertado? ¿No se suponía que, una vez dormidas, acababan cubiertas de telarañas? ¿Había estado fingiendo esa zorra? Si era así, había hecho un trabajo inmejorable: rostro relajado, cuerpo totalmente inmóvil.

Don activó el micro.

—Reclusa. Está mirando hacia mi cámara. Es de mala educación. Tiene una expresión poco respetuosa en la cara. ¿Hay algún problema?

La señorita Unidad Diez negó con la cabeza.

—Lo siento, funcionario Peters. Perdone por esa expresión. No hay ningún problema.

—Disculpa aceptada —dijo Don—. Que no se repita. —Y a continuación —: ¿Cómo ha sabido que era yo?

Evie, sin embargo, no contestó a la pregunta.

—Me parece que la directora quiere verlo —dijo, y en ese preciso momento sonó el intercomunicador. Debía presentarse en administración.

Blanche McIntyre dejó pasar a Don al despacho de la directora y le dijo que Coates llegaría al cabo de cinco minutos. Blanche no debería haberlo hecho, y no lo habría hecho de no haber estado tan alterada por los extraños acontecimientos que parecían estar desarrollándose en la cárcel, y en el mundo en general.

A Don le temblaban un poco las manos cuando, en el despacho, se sirvió de la cafetera del rincón, situada justo debajo del ridículo póster del gatito: AGUANTA AHÍ. Una vez que tuvo su café, escupió en el líquido negro de la jarra. Coates, esa vieja viciosa, fumaba y bebía café a todas horas. Don esperó estar incubando un resfriado para contagiárselo con su saliva. Dios santo, ¿por qué no se moría de un cáncer de pulmón y lo dejaba en paz?

El momento elegido, sumado a la inquietante predicción de la extraña mujer de la Unidad Diez, llevó a Don a la conclusión de que Sorley o Dempster se habían ido de la lengua. Mal asunto. Él no debería haber hecho lo que había hecho. Estaban esperando a que cometiera un desliz, y lo había cometido justo después de hablar con Coates esa mañana.

Ningún hombre razonable se lo habría echado en cara, por supuesto. Si uno se paraba a pensar en la presión a la que Coates lo había sometido, y en la cantidad de gimoteos e insensateces que soportaba a diario con las delincuentes a las que debía cuidar, era un milagro que aún no hubiera *asesinado* a nadie, solo por pura frustración.

¿Tan grave era meter mano a alguna de vez en cuando? Por amor de Dios, antes si no le dabas una palmada en el culo a una camarera, quedaba decepcionada. Si no le silbabas a una mujer por la calle, se preguntaba para qué demonios se había molestado en acicalarse. Se acicalaban para que les dijeran algo, eso era un hecho. ¿Cuándo había cambiado tanto el género femenino? En esos tiempos de la informática, ni siquiera podías piropoear a una mujer. Y a eso se reducía una palmada en el culo o un pellizco en la teta, ¿no? ¿No era una especie de piropo? Había que ser idiota para no verlo. Si Don pellizcaba a una mujer en el trasero, no era precisamente porque fuese un trasero feo. Lo hacía porque era un trasero de calidad. Era un jugueteo, nada más.

¿A veces las cosas llegaban un poco más lejos? Bueno, sí, de vez en cuando. Y en eso Don reconocía que tenía parte de la culpa. La cárcel era difícil para una mujer con una sexualidad saludable. Había allí felpudos para parar un tren, y ni un solo gallo para tanto gallinero. La atracción era inevitable. Las necesidades no podían negarse. Esa Sorley, por ejemplo. Tal vez fuese algo del todo inconsciente por su parte, pero, a un nivel u otro, ella lo deseaba. Había enviado numerosas señales: un contoneo ante él de camino al comedor, la punta de la lengua por los labios cuando cargaba un montón de patas de silla en los brazos, una miradita insinuante por encima del hombro.

Por supuesto Don cargaba con el peso de no ceder a esas invitaciones de delincuentes y degeneradas que aprovecharían la menor oportunidad para tenderle una trampa y ponerlo en un aprieto. Pero él era humano; no podían culparlo por sucumbir a impulsos masculinos normales. Aunque eso un cardo decrepito como Coates no lo entendería jamás.

No existía riesgo de demanda, de eso estaba seguro —la palabra de una fulana adicta al crack, o siquiera la de dos fulanas adictas al crack, nunca valdría más que la suya en un juzgado—, pero su empleo sin duda peligraba.

La directora había prometido tomar medidas si recibía otra queja.

Don se paseó. Con aire sombrío, se preguntó si acaso Coates, con esa campaña contra él, no estaría expresando alguna clase de amor celoso y retorcido. Había visto aquella película de Michael Douglas y Glenn Close. Le había metido el miedo en el cuerpo. Una mujer despechada llegaría hasta donde hiciera falta por joder a un hombre, y eso era un hecho.

(Desvió la atención por un instante a su madre, quien, como ella misma había confesado, aconsejó a la ex de Don, Gloria, que no se casara con él, porque «Donnie, sé cómo eres con las chicas». Eso le llegó al alma, porque Don Peters quería a su madre. De niño, le gustaba notar su mano fría en la frente afiebrada, y recordaba cuando le cantaba que él era su sol, su único sol. ¿Cómo podía una madre volverse contra su propio hijo? ¿Qué decía eso de ella? Vaya si había mujeres controladoras, ese hecho era buena prueba de ello. Se le ocurrió que debería llamar a su madre para ver cómo estaba, pero a renglón seguido pensó: Dejémoslo, ya es mayorcita.)

La situación actual olía a conspiración de mujeres: seducción e incitación a cometer un delito. El hecho de que la chiflada de la Unidad Diez hubiese sabido de algún modo que la directora iba a emplazarlo no dejaba lugar a dudas. Don no diría que estaban todas metidas en el asunto, no, no iría tan lejos (sería un disparate), pero tampoco lo descartaría.

Se sentó en el borde del escritorio de la directora y, accidentalmente, tiró al suelo un pequeño estuche de piel.

Don se agachó a recogerlo. Parecía una de esas bolsas en las que uno guardaba el cepillo de dientes cuando se iba de viaje, pero era de piel de buena calidad. Descorrió la cremallera. Contenía un frasco de esmalte de uñas rojo oscuro (como si con eso alguien fuera a no darse cuenta de que Coates era una bruja horrenda), unas pinzas, un cortaúñas, un peine pequeño, unos cuantos blísteres sin abrir de omeprazol y... un frasco de un medicamento bajo

prescripción médica.

Don leyó la etiqueta: «Janice Coates, Xanax, 10 mg».

2

—¡Jeanette! ¿Te puedes creer esto?

Era Angel Fitzroy, y ante la pregunta Jeanette sintió un nudo en su interior. ¿Qué era verdad? ¿Que Peters la había arrinconado junto a la máquina de Coca-Cola y la había obligado a pelársela? El dolor de cabeza ya no era un dolor de cabeza; era una sucesión de explosiones: bum, bum, bum.

Pero no, Angel no se refería a eso. No podía ser. Ree nunca se lo contaría a nadie, se dijo Jeanette para reconfortarse; sus pensamientos eran como gritos dentro del cráneo y sin embargo resultaban casi imperceptibles por encima de las detonaciones provocadas por la migraña. Entonces comprendió —o eso esperaba— de qué hablaba Angel.

—Te refieres... ¿a lo del sueño?

Angel estaba en el umbral de la puerta de la celda. Jeanette se hallaba en su cama. Ree se había ido a algún sitio. Esa planta del módulo quedaba abierta a última hora de la tarde, y todas las que tenían informes de buena conducta podían moverse con libertad.

—Sí, claro que me refiero a eso. —Angel entró en la celda, y acercó la única silla—. No puedes dormirte. Ni tú ni ninguna de nosotras. Para mí no será mucho problema, porque en cualquier caso apenas duermo. Siempre he dormido poco, incluso de niña. Dormir es como estar muerta.

A Jeanette la noticia de Aurora le había parecido absurda. ¿Mujeres que formaban un capullo mientras dormían? ¿Acaso la migraña le había dañado de algún modo el cerebro? Le apetecía darse una ducha, pero no quería hablar

con ningún celador. Además, no se lo permitirían. Una cárcel tenía sus normas. Los celadores —perdón, los *funcionarios*— eran la encarnación de las normas. Había que obedecerlos o, premio, informe de mala conducta.

—Angel, me duele la cabeza de verdad. Tengo migraña. Ahora mismo llevo bien los disparates.

Angel inspiró hondo y sonoramente por la nariz, larga y huesuda.

—Escucha, herma...

—No soy tu hermana, Angel. —Jeanette sentía tal dolor que le traía sin cuidado cómo se tomara Angel el desplante.

Pero Angel siguió a lo suyo sin más.

—Esto es una locura pero es real. Acabo de ver a Nell y a Celia. O lo que queda de ellas. Se han dormido y ahora están envueltas como putos regalos de Navidad. Dicen que a McDavid le ha pasado lo mismo. Adiós, nena, adiós. He visto cómo crecía en Nell y en Celia. Esa cosa aparece enseguida. Les cubre la cara. Parece un puto experimento científico.

Aparece enseguida. Les cubre la cara.

Así que era verdad. Por cómo lo contaba Angel, no había duda. En fin, por qué no iba a serlo. A Jeanette le daba igual. No podía hacer nada a ese respecto ni a ningún otro. Cerró los ojos, pero Angel la sujetó por el hombro y empezó a zarandearla.

—¿Qué pasa?

—¿Vas a dormirte?

—No si sigues haciéndome preguntas y sacudiéndome como si fuera un cubo de palomitas de maíz. Para ya.

Angel apartó la mano.

—No te duermas. Necesito tu ayuda.

—¿Por qué?

—Porque eres de fiar. No eres como la mayoría de las otras. Tienes la

cabeza sobre los hombros. Eres guay. ¿No vas a dejarme decírtelo siquiera?

—Me da igual.

Aunque Angel no respondió inmediatamente, Jeanette notó su presencia junto a la cama.

—¿Ese es tu hijo?

Jeanette abrió los ojos. Angel observaba la fotografía de Bobby pegada al recuadro pintado en la pared junto a la litera. En la foto Bobby bebía de un vaso de papel con una pajita y llevaba una gorra con orejas de Mickey. Tenía una expresión de recelo adorable, como si temiera que alguien fuera a robarle la bebida y la gorra y salir corriendo. Era de cuando tenía cuatro o cinco años.

—Sí —contestó Jeanette.

—Una gorra guay. Yo siempre quise una así. Envidiaba a los niños que las tenían. Esa foto parece bastante antigua. ¿Qué edad tiene ahora?

—Doce.

Debía de ser más o menos de un año antes de que su mundo se desmoronara definitivamente, cuando Damian y ella llevaron a Bobby a Disney World. El niño de la fotografía no sabía que su padre daría a su madre un puñetazo de más y su madre clavaría un destornillador de estrella a su padre en el muslo, ni que su tía se convertiría en su tutora mientras su madre cumplía condena por asesinato en segundo grado. El niño de la fotografía solo sabía que su Pepsi sabía de maravilla y su gorra de Mickey era guay.

—¿Cómo se llama?

Mientras Jeanette pensaba en su hijo, habían remitido las explosiones en la cabeza.

—Bobby.

—Un nombre bonito. ¿Eso te gusta? ¿Ser madre? —La pregunta salió de los labios de Angel sin que supiera que quería hacerla. Madre. Ser madre. Solo de pensarlo le dio un vuelco el corazón. Sin embargo, no lo exteriorizó. Angel

tenía sus secretos, y sabía guardarlos.

—Nunca se me ha dado muy bien —admitió Jeanette, y se obligó a incorporarse—. Pero quiero a mi hijo. Bueno, ¿de qué se trata, Angel? ¿Qué necesitas que haga?

3

Más tarde Clint pensaría que debería haber sospechado que Peters tramaba algo. Al principio se lo veía demasiado tranquilo; su sonrisa era del todo incompatible con las acusaciones que se habían formulado contra él. Pero Clint estaba furioso, furioso como no se sentía desde la edad de Jared, y no vio lo que debería haber visto. Era como si dentro de su cabeza hubiese una cuerda, que mantenía cerrada la caja donde guardaba muchas malas experiencias de la infancia. La mentira de su mujer había sido el primer corte en las fibras de esa cuerda; Aurora había sido el segundo; la entrevista con Evie había sido el tercero, y lo que le había ocurrido a Jeanette la había seccionado del todo. Sin darse cuenta, empezó a pensar, casi de forma científica, en los daños que podía infligir a Peters con diversos objetos. Podía aplastarle la nariz con el teléfono del escritorio; podía clavarle en la mejilla la placa de Funcionario Penitenciario del Año de la directora a aquel cabrón abusador. Clint había realizado un esfuerzo extraordinario para neutralizar esa clase de pensamientos violentos; en gran medida se había dedicado a la psiquiatría en reacción a eso.

¿Qué había dicho Shannon en aquella ocasión? «Clint, cielo, si sigues con las peleas, algún día vas a ganar más de la cuenta.» Se refería a que acabaría matando a alguien, y quizá no le faltaba razón. No mucho después el juez le concedió la independencia, y Clint ya no tuvo que pelearse nunca más. Luego,

el último año de instituto, canalizó conscientemente la rabia a través del atletismo. Eso también había sido idea de Shannon, y una idea excelente. «Si quieres hacer ejercicio —le dijo—, deberías correr. Hay menos sangre.» Corriendo, escaparía de esa antigua vida, correría como el Hombre de Jengibre, correría hasta la facultad de Medicina, el matrimonio, la paternidad.

La mayoría de los niños salidos del sistema de acogida no lo conseguían; la acogida era una situación en la que uno lo tenía todo en contra. Muchos habían terminado en hoteles del Estado como el Centro Penitenciario de Dooling o el Presidio de Lion Head, a cierta distancia de allí en la misma carretera, la cual, según los ingenieros, corría peligro de desmoronarse por un corrimiento de tierras. De hecho, en Dooling eran muchas las chicas salidas del sistema, y vivían a merced de Don Peters. Clint había tenido suerte. Había superado las probabilidades en contra. Shan lo había ayudado. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ella. Pero ese día era como si se hubiese reventado una cañería y muchas cosas salieran a la superficie, inundando las calles. Por lo visto, los días de catástrofes eran también días de evocación.

4

Clinton Richard Norcross ingresó en el sistema de acogida de manera definitiva en 1974, a los seis años, pero antes de eso las actas que él mismo vio más tarde ya registraban entradas y salidas. Una historia típica: padres adolescentes, drogas, pobreza, antecedentes penales, probablemente trastornos mentales. La asistente social anónima que entrevistó a la madre de Clint había consignado: «Le preocupa transmitir a su hijo sus sentimientos de tristeza».

Clint no guardaba recuerdo alguno de su padre, y la única imagen que conservaba de su madre era la de una joven de rostro alargado cogiéndole las

manos, envolviéndoselas con las suyas, sacudiéndoselas arriba y abajo, rogándole que no se mordiera las uñas. Lila le había preguntado una vez si tenía interés en tratar de ponerse en contacto con alguno de ellos, si es que aún vivían. Clint no lo tenía. Lila dijo que lo entendía, pero en realidad no se hacía la menor idea, y él lo prefería así. No quería que se hiciera la menor idea. El hombre con el que se había casado, el doctor Clinton Norcross, equilibrado y competente, había dejado atrás esa vida de abandono de forma muy consciente.

Solo que uno no dejaba nada atrás. Nada desaparecía hasta que la muerte o el alzhéimer se lo llevaba todo. Eso lo sabía. Lo veía confirmado en cada sesión con una reclusa; uno lucía su historia como un collar, un collar maloliente de dientes de ajo. Tanto si se lo escondía debajo de la ropa como si se lo dejaba a la vista, nada desaparecía. Uno libraba la pelea una y otra vez, y nunca ganaba el batido.

Durante la infancia y la adolescencia, había pasado por media docena de casas, ninguna de las cuales parecía un hogar si se entendía por eso el sitio donde uno se sentía a salvo. Tal vez no fuera de extrañar que hubiese acabado trabajando en una penitenciaría. En las cárceles anidaban los sentimientos de su juventud y los inicios de su vida adulta: una sensación de estar siempre al borde de la asfixia. Deseaba ayudar a personas que se sentían así, porque sabía lo duro que era y cómo incidía en el núcleo mismo de la humanidad de uno. En eso basó su decisión de abandonar la práctica privada de haberla iniciado realmente.

Había buenas casas de acogida, más que en otros tiempos, pero Clint nunca había ido a parar a ninguna. Lo mejor que podía decir era que algunas estaban limpias y las administraban padres de acogida eficientes y discretos, que hacían solo lo que se les exigía para embolsarse la retribución del estado. Eran poco memorables. Pero poco memorable era perfecto. Uno firmaba por

lo poco memorable.

Las peores eran las peores en sentidos muy concretos: los sitios donde no había suficiente comida, donde las habitaciones eran pequeñas y sucias, y frías en invierno, donde los padres te hacían trabajar sin cobrar, los sitios donde te hacían daño. Las chicas eran las que más sufrían dentro del sistema, por supuesto.

Clint no se acordaba ni de las caras de algunos de sus hermanos de acogida, pero de otros sí conservaba un recuerdo nítido. Estaba Jason, por ejemplo, que se quitó la vida a los trece años bebiéndose un bote de desatascador sin marca. Clinton podía rememorar a Jason vivo, y podía rememorar a Jason muerto en su ataúd. Ocurrió cuando Clint vivía con Dermot y Lucille Burtell, que alojaban a sus pupilos no en su bonita casa de Cape Cod, sino detrás, en un cobertizo alargado con el suelo de contrachapado lleno de astillas y sin aislamiento térmico. Los Burtell organizaban lo que ellos llamaban «Veladas de Boxeo del Viernes», en las que los púgiles eran su media docena de pupilos y el premio consistía en un batido de chocolate de McDonald's. A Clint y a Jason los enfrentaron una vez y combatieron para diversión de los Burtell y sus amigos. Los espectadores se congregaban al borde de un cuadrilátero delimitado con cordel de tendedero y hacían sus apuestas. Jason, asustado y lento, tenía pocas opciones, y Clint quería ese batido. En el ataúd abierto Jason tenía un hematoma del tamaño de una moneda debajo del ojo, causado unas noches antes por un golpe de Clint.

El viernes de la semana siguiente, después de que Jason se tomara el desatascador y se retirara para siempre del boxeo, Clint volvió a ganar el batido, y esa vez, sin detenerse a pensar en las posibles consecuencias (al menos que él recordara), se lo tiró a la cara a Dermot Burtell. Para Clint, el resultado fue una paliza brutal, y no trajo de regreso a Jason, pero lo sacó de aquella casa.

En la casa siguiente, o quizá en la de después, fue donde compartió una habitación lúgubre en un sótano con el bueno de Marcus. Clint recordaba las maravillosas caricaturas de Marcus, su hermano de acogida. Marcus dibujaba a las personas de modo que fueran nariz en un ochenta por ciento, prácticamente solo nariz con diminutas piernas y diminutos brazos, los *Todo Narices*, los llamaba; se le daba realmente bien, y además ponía mucha dedicación. Hasta que un día después de clase, sin ninguna explicación, Marcus le dijo a Clint que había tirado todos sus cuadernos y que ahuecaba el ala. Clint rememoraba las caricaturas, pero no a Marcus.

En cambio a Shannon sí la veía en su mente; era demasiado hermosa para desvanecerse.

—Oye, soy Shannon. ¿No quieres conocerme? —Se presentó así, sin mirar a Clint, que pasó por delante de ella camino del parque. Estaba tomando el sol sobre el capó de un Buick aparcado junto a la acera frente al hogar grupal de Wheeling, con una camiseta de tirantes azul y unos vaqueros negros, y sonreía al sol—. Eres Clint, ¿no?

—Sí —dijo él.

—Ajá. Bueno, qué bien que nos hayamos conocido, ¿no? —contestó ella, y Clint, a pesar de todo, se rio, se rio con ganas por primera vez desde hacía a saber cuánto tiempo.

El hogar grupal de Wheeling donde la conoció era la última parada en su gran viaje por el sistema de acogida público. Para la mayoría, era en esencia el punto de enlace con lugares como el Centro Penitenciario de Dooling y el sanatorio estatal de Weston. Weston, un asilo gótico monumental, cerró en 1994. En 2017 se abría para las visitas de turismo paranormal. ¿Acaso fue allí donde acabó su padre?, se preguntó Clint. ¿Su madre? ¿O Richie, a quien unos alumnos de un colegio privado le rompieron la nariz y tres dedos en un centro comercial porque les pidió que no se burlaran de su cazadora morada,

procedente de una caja de beneficencia? ¿O Marcus? Sabía que no podía ser que todos estuviesen muertos o en la cárcel, y sin embargo parecía poco probable que alguno siguiera respirando y en libertad. ¿Flotaban todos por los pasillos oscuros de Weston al final del día? ¿Hablaban alguna vez de Clint? ¿Se alegraban por él o se avergonzaban de él porque seguía vivo?

5

El hogar de Wheeling era preferible a muchas de las paradas que lo habían precedido. El desdeñoso administrador, con los pulgares hundidos en los bolsillos de su chaleco gris de poliéster, advertía a cada recién llegado: «¡Disfruta de tu último año chupando de la teta del estado, jovencito!». Pero él, el desdeñoso administrador, no quería complicaciones. Siempre y cuando consiguieras no acabar detenido, te dejaba entrar y salir las veinticuatro horas del día. Podías pelearte, follar o pincharte. Pero fuera de la casa, jovencito.

Por entonces Shan y él tenían diecisiete años. Ella se había fijado en el hábito de lectura de Clint, que se escabullía a un parque calle abajo y se sentaba en un banco para mantenerse al día con sus tareas, pese al frío de finales de otoño. Shannon también había visto las heridas ensangrentadas de sus manos, fruto de los conflictos que encontraba —y a veces buscaba— entre el hogar y el colegio. Llegaron a ser amigos. Ella le daba consejos. Casi todos buenos.

«Ya casi has conseguido salir, lo sabes», decía ella. «Solo tienes que procurar no matar a nadie durante un tiempo más», decía. «Deja que tu cerebro te haga rico», decía. Shan hablaba como si a ella el mundo no le importara mucho, y en cierto modo precisamente por eso Clint quiso que le importara... a ella, a él.

Empezó a practicar el atletismo y dejó las peleas. Esa era la versión abreviada. La larga era Shannon, Shannon al sol, Shannon animándolo a correr más rápido, a solicitar becas, a seguir con los libros y eludir las aceras. Shannon de noche, abriendo la cerradura de la puerta de la planta de los chicos con una carta plastificada (la reina de picas) y colándose en la habitación de Clint.

«Vaya —comentó al verlo con el uniforme del equipo, la camiseta de tirantes y el pantalón corto—. Si yo gobernara el mundo, todos los chicos tendrían que llevar pantalones como ese.»

Shannon era preciosa, y lista, y tenía su propia carretada de problemas, y Clint pensaba que tal vez le había salvado la vida.

Él fue a la universidad. Ella se lo aconsejó, y cuando él vaciló (planteándose la opción del ejército), ella insistió. Dijo: «Déjate de tonterías, mueve el culo y ve a la universidad».

Él lo hizo, y perdieron el contacto, porque las llamadas telefónicas salían demasiado caras y las cartas requerían demasiado tiempo. Transcurrieron ocho o nueve años desde que él se marchó a la universidad hasta que retomaron el contacto en Washington la Nochevieja de... ¿2001? ¿2002? Él estaba de visita en la ciudad para asistir a un congreso en Georgetown y se quedó a pasar la noche por problemas con el coche. Lila le dijo que le daba permiso para salir y emborracharse, pero le prohibía besar a mujeres desesperadas. Podía besar a un hombre desesperado si no le quedaba más remedio, pero solo a uno.

El bar donde se tropezó con Shan era un hervidero de universitarios. Ella era camarera.

—Eh, colega —dijo a Clint. Se puso a su lado en la barra y le dio un golpecito con la cadera—. Yo conocía a un tipo en la trena que se parecía a ti.

Se abrazaron durante largo rato, meciéndose el uno en brazos del otro.

Se la veía cansada, pero bien. Consiguieron un minuto a solas bajo un letrero intermitente de cerveza Molson.

—¿Por dónde andas? —había preguntado ella.

—En el culo del mundo: los Tres Condados. Un sitio llamado Dooling. A un día en coche de aquí. Es un sitio bonito.

Le enseñó una foto de Jared, con cuatro meses.

—Vaya, fíjate. Bueno, Clint: ¿no valió todo la pena? Tengo que hacerme con uno de esos.

Las lágrimas brillaron en las pestañas de Shannon. La gente vociferaba a su alrededor. Estaba a punto de cambiar el año.

—Eh —había dicho él—. Eh, no pasa nada.

Ella lo miró y los años parecieron comprimirse, y fue como si volvieran a ser adolescentes.

—¿En serio? —preguntó Shannon—. ¿No pasa nada, Clint?

6

Por detrás de la directora, al otro lado del cristal, las sombras de última hora de la tarde teñían el huerto, donde hileras de lechugas, guisantes y tomateras trepaban por emparrados hechos con descartes de madera. Coates mantenía las manos ahuecadas en torno a la taza de café mientras hablaba.

¡La taza de café! ¡Clint podía vaciársela en la entrepierna a Don Peters y luego estrellársela contra la oreja!

Hubo una época, antes de que conociera a Shannon Parks, en la que lo habría hecho. Se recordó que era padre y marido, médico, un hombre con demasiadas canas para caer en la trampa de la violencia. En algún momento cercano, ficharía y se marcharía a casa con su mujer, su hijo y una agradable

vista de una piscina en el jardín al otro lado de las puertas de cristal. Los combates por un batido eran cosa de otra vida. Aun así, se preguntó de qué material sería esa taza, si sería acaso de esa loza maciza que a veces no se agrietaba ni al caer en una dura baldosa.

—Te lo estás tomando bastante bien —comentó Janice Coates.

Peters se pasó un dedo por el bigote.

—Solo disfruto ante la idea de que mi abogado va a hacerme millonario gracias a este despido improcedente, directora. Creo que me compraré un barco. Además, me educaron para comportarme como un caballero, por mal que me traten. Así que despídame. Estupendo, pero no tiene pruebas. Ganaré el juicio de calle. —Miró de reojo a Clint, de pie junto a la puerta—. ¿Se encuentra bien? Lo veo ahí con los puños cerrados... ¿Está estreñado, doctor?

—Que le den —contestó Clint. Una respuesta manida pero satisfactoria.

—¿Lo ve? Qué desagradable —dijo Peters. Sonriente, enseñó una dentadura de color maíz.

Coates tomó un sorbo de la taza de café que acababa de rellenarse. Sabía amargo. Tomó otro sorbo de todos modos. Se sentía optimista. El día era apocalíptico, pero su hija iba camino de casa y ella por fin se libraría de Don Peters. Entre los montículos fecales, de vez en cuando resplandecían una o dos perlas de satisfacción.

—Es usted despreciable, y tiene suerte de que ahora no podamos ocuparnos de usted tal como merece. —Se sacó una bolsita del bolsillo de la chaqueta del traje. La sostuvo en alto y la agitó. Contenía dos bastoncillos—. Porque, como verá, sí tenemos pruebas.

A Peters le flaqueó la sonrisa; intentó revigorarla, pero no acabó de lograrlo.

—Esto es su semen, amigo Donnie. Recogido de la máquina de Coca-Cola.

—Coates echó un largo trago de aquel pésimo café y se relamió—. En cuanto

todo se calme y *podamos* ocuparnos de usted como se merece, irá a la cárcel. La buena noticia es que mantienen a los agresores sexuales en un módulo aparte, así que quizá sobreviva; la mala es que, incluso con un buen abogado, pasará allí una larga temporada. Pero, descuide, me verá cada vez que convoquen la vista para decidir sobre su libertad condicional. Formaré parte de la junta correspondiente, ¿sabe? —La directora se inclinó hacia el intercomunicador y pulsó el botón de llamada—. Blanche, ¿puedes preparar otra bolsa de café? Esto es infumable. —Esperó un momento la respuesta y llamó de nuevo—. ¿Blanche? —Coates soltó el botón—. Debe de haber salido.

Coates volvió a centrar su atención en Peters, que se hallaba sentado en el sofá. La sonrisa se le había borrado por completo. Respiraba con dificultad y se humedecía los labios con la punta de la lengua, sin duda sopesando las implicaciones de la prueba de ADN que acababan de agitar ante su rostro.

—De momento —dijo la directora— devuelva el uniforme y lárguese. Posiblemente ha sido un error por mi parte decirle que lo tenemos pillado, pero no he podido resistirme a la oportunidad de regodearme. Eso le deja unos días más hasta que caiga el mazo. Podría meterse en su coche y poner rumbo a Canadá. Quién sabe, a lo mejor puede pasar inadvertido, dedicarse a la pesca en el hielo.

—¡Un montaje! —Peters se levantó de un salto—. ¡Esto es un montaje!

Clint no pudo contenerse más. Dio un paso al frente, agarró al otro hombre, más bajo que él, por el cuello y lo estampó contra la pared. Don golpeó a Clint en los hombros y la cara, le arañó las mejillas. Clint apretó más. Bajo sus dedos, notó que el pulso de Peters se ralentizaba, notó que se le encogía la nuez, notó la inverosimilitud, la frustración y el temor que se habían acumulado durante todo el día y se propagaban en torno a sus manos como el zumo de un pomelo. Una mariposa revoloteaba en torno a su cabeza. Le dio un

beso fantasmal en la sien y se fue.

—*¡Doctor Norcross!*

Clint asestó un puñetazo a Peters en el saco blando que tenía por vientre y lo soltó. El funcionario cayó en el sofá y resbaló hasta quedar a cuatro patas en el suelo. Emitió el sonido de un animal al borde de la asfixia:

—*Hi, hi, hi.*

La puerta del despacho de la directora se abrió de pronto. Entró Tig Murphy empuñando una táser. La humedad resplandecía en sus mejillas y tenía mal color; le había dicho a Clint que estaba bien, pero no lo estaba, nada ni nadie estaba bien.

—*Hi, hi, hi.* —Peters se alejó de Clint arrastrándose.

La mariposa había perdido interés en el psiquiatra y volaba en círculo alrededor del hombre caído, aparentemente guiándolo hacia la salida.

—Justo íbamos a avisarlo, funcionario Murphy. —Coates, todavía tras su escritorio, actuó como si no hubiera ocurrido nada—. El señor Peters se disponía a abandonar el recinto y ha tropezado con un pliegue de la alfombra. Ayúdelo a levantarse, ¿quiere? Puede dejar sus cosas en la taquilla. —La directora alzó su taza en dirección a Tig Murphy y la apuró.

—Verá, funcionaria, ya sabe que soy propensa a los arranques de ira, ¿no?

Angel, de pie a una respetuosa distancia de la Garita, planteó esta pregunta retórica a Vanessa Lampley. Jeanette, a su lado, no se hacía ilusiones: se enfrentaban a una batalla cuesta arriba.

Detrás de la pantalla de cristal de la Garita, sentada ante el panel de control, Lampley mantenía los anchos hombros inclinados en una postura peligrosa. Parecía dispuesta a saltar a través del cristal. Jeanette supuso que, en una pelea, Angel podía dar bastante leña pese a su complexión delgada, pero no tanta como para imponerse a Lampley.

—Fitzroy, ¿eso no será una amenaza a medio gas o algo así? ¿Con la mierda que se nos está echando hoy encima? Tengo a tres reclusas cubiertas de telarañas, hace rato que debería haberme marchado, estoy muerta de cansancio, ¿y quieres ponerme a prueba? Es mala idea, te lo aseguro.

Angel levantó las palmas de las manos.

—No, no, no, funcionaria. Solo estoy diciendo que en una situación como esta yo tampoco respondo de mis actos, ¿vale? Mis antecedentes delictivos hablan por sí solos, y hay muchas cosas de las que quedé impune, aunque, como comprenderá, no puedo darle detalles.

Jeanette se tocó la frente y examinó el suelo. Si alguien tenía previsto que Angel, una vez en libertad condicional, se dedicara a la diplomacia internacional, debía replanteárselo.

—Lárgate de aquí, puta tarada —repuso Lampley.

—Razón por la cual he traído a Jeanette. —Dicho esto, Angel extendió un brazo: *¡tachán!*

—Bueno, eso lo cambia todo.

—No se burle. —Angel dejó caer el brazo. Se esfumó lo que antes había de infantil en su expresión—. No se burle de mí, funcionaria.

—A mí no me digas qué debo y no debo hacer, reclusa.

Jeanette decidió que era ahora o nunca.

—Funcionara Lampley, perdone. No es nuestra intención causar problemas.

Van, que había empezado a levantarse, de manera imponente, volvió a sentarse. A diferencia de Fitzroy, que en esencia vivía con un informe de mala conducta permanente, siempre en deuda como una propiedad maldita del Monopoly, Sorley era conocida por su actitud amigable. Y según Ree Dempster, Sorley había sido agredida sexualmente por Peters, ese sapo venenoso. Van decidió que bien podía escucharla.

—¿De qué se trata?

—Queremos preparar café. Un café especial. Para ayudar a todas a seguir despiertas.

Van mantuvo el dedo en alto sobre el intercomunicador durante uno o dos segundos antes de hablar y después preguntó lo evidente:

—¿Qué quiere decir eso de *especial*?

—Más fuerte que un café corriente —respondió Jeanette.

—Usted también puede tomar un poco —dijo Angel, y probó a adoptar una sonrisa magnánima—. La despejará en el acto.

—¡Vaya, es justo lo que necesito! ¡Una cárcel llena de reclusas con los nervios de punta! ¡Sería estupendo! A ver si lo adivino, Fitzroy: el ingrediente secreto es el crack.

—Bueno... no exactamente. Porque no tenemos. Y permítame hacerle una pregunta: ¿cuál es la alternativa?

Lampley admitió que no lo sabía.

Jeanette tomó la palabra.

—Funcionaria, a menos que ese asunto de Aurora se resuelva pronto, aquí la gente va a empezar a alterarse. —Ella misma tomó conciencia de la situación al exponerla. Excepto para Maura Dunbarton y otro par de presas condenadas a cadena perpetua, existía como mínimo un lejano rayo de esperanza: el final de la pena. La libertad. A todos los efectos, la gripe Aurora frustraba repentinamente esa esperanza. Nadie sabía qué ocurría después del sueño, si es que ocurría algo. En ese sentido, era como ir al cielo—. Empezarán a preocuparse y a ponerse nerviosas y asustarse, y podrían encontrarse ustedes con un... grave problema. —Jeanette se cuidó mucho de utilizar la palabra *motín*, pero era el problema que preveía—. De hecho, *ya* están preocupadas, nerviosas y asustadas. Usted misma lo ha dicho: ya hay tres reclusas contagiadas.

»Y tenemos los ingredientes en la cocina. Basta con que nos autorice a entrar, y nosotras haremos el resto. Oiga, no pretendo agobiarla ni causar alboroto. Ya me conoce, ¿no? Procuero mantener una buena convivencia. Aquí mi conducta siempre ha sido buena. Solo le transmito mi preocupación y le propongo una idea.

—¿Y vuestro café *especial* va a resolver eso? ¿Con un estimulante todo el mundo va a darse por contento con la situación?

—No, funcionaria —respondió Jeanette—. No es eso lo que pienso.

Lampley se llevó la mano al tatuaje de la lápida que tenía en el bíceps: TU ORGULLO. Recorrió las líneas con los dedos. De pronto desvió la mirada hacia algo por encima de la pantalla de la Garita.

Un reloj, pensó Jeanette, seguramente tiene un reloj ahí colgado. Lampley hacía el turno de mañana. Se acostaría a eso de las nueve para levantarse a las cinco o las cinco y media y marcharse al trabajo. Por el reloj de su celda,

Jeanette sabía que eran más o menos las cinco... empezaba a hacerse tarde.

La funcionaria movió la cabeza a un lado y al lado sobre el grueso cuello. Tenía ojeras, advirtió Jeanette. Esos eran los efectos de un turno doble.

—Joder —dijo Lampley.

Jeanette no lo oyó a través de la barrera insonorizada, pero leyó la palabra en los labios de la funcionaria.

Lampley volvió a inclinarse hacia el intercomunicador.

—Cuéntame algo más, reclusa. Convénceme.

—Creo que dará un poco de esperanza a todas. Tendrán la sensación de que hacen algo. Y de que ganan un poco de tiempo hasta que esto se arregle.

A Van se le fue otra vez la mirada hacia arriba. La conversación prosiguió un poco más; después se convirtió en una negociación y finalmente en un plan, pero ese fue el momento en que Jeanette supo que la funcionaria Lampley se rendiría: el avance del reloj era innegable.

2

Clint y Coates volvían a tener el despacho de la directora para ellos solos, pero al principio ninguno habló. Clint había recuperado el aliento, pero el corazón le latía aún con fuerza, y supuso que la tensión arterial, en el límite en su última revisión (dato que le había ocultado a Lila, por no preocuparla; ya bastante desbordada estaba con sus propios asuntos), ya rebasaba la línea roja.

—Gracias —dijo él.

—¿Por qué?

—Por cubrirme las espaldas.

La directora se frotó los ojos con los nudillos. A Clint le pareció una niña

cansada que acabase de llegar de jugar más de la cuenta en casa de una amiga.

—Acabo de deshacerme de la manzana podrida de nuestra cesta, doctor. Eso tenía que hacerse, pero no pienso deshacerme de nadie más, no cuando ya ando escasa de personal. Al menos de momento se han quedado todos lo demás.

Clint abrió la boca para decir «Quería matarlo», pero la cerró de nuevo.

—Diré... —Janice bostezó de tal modo que le crujió la mandíbula— que me he sorprendido un poco. Se le ha echado usted encima como Hulk Hogan en pleno apogeo propiciado por los esteroides.

Clint agachó la cabeza.

—Pero al menos por ahora lo necesito. El subdirector ha vuelto a ausentarse, así que usted ocupará el puesto hasta que Hicks se presente.

—Habrá ido a casa a ver cómo está su mujer, imagino.

—Eso mismo imagino yo, y aunque lo comprendo, no lo apruebo. Tenemos encerradas a ciento catorce mujeres... no, a ciento quince contando a nuestra invitada sorpresa del módulo A... y esas mujeres deben ser nuestra prioridad. Lo último que necesito es que usted pierda el control.

—No lo haré.

—Espero que así sea. Sé que procede de un entorno difícil... he leído su expediente... pero ahí no constaba nada sobre esa destreza para estrangular a la gente. Aunque, claro, los antecedentes juveniles son información reservada.

Clint se obligó a mirar a la directora a los ojos.

—Eso es cierto.

—Dígame que lo que he visto con Peters ha sido un momento de enajenación.

—Ha sido un momento de enajenación.

—Dígame que nunca se descontrolaría de esa manera con una de las mujeres. Fitzroy, por ejemplo. O alguna otra. La nueva, tal vez. Evie la Rara.

La expresión de asombro de Clint debió de ser respuesta suficiente, porque Janice sonrió. Cuando la sonrisa daba paso a otro bostezo, le sonó el teléfono.

—Aquí la directora. —Escuchó—. ¿Vanessa? ¿Por qué me llama por *teléfono* cuando tiene un intercomunicador en perfecto estado a su dispo...?

Escuchó de nuevo, y entretanto Clint observó un detalle extraño. El auricular se le deslizaba una y otra vez hacia arriba, desde la oreja hasta la raya del pelo. Ella se lo recolocaba, y enseguida se iniciaba de nuevo ese desplazamiento ascendente. Podía ser simple cansancio, pero no parecía eso exactamente. Se preguntó por un instante si Janice tenía una botella en el escritorio y descartó la idea. Lila y él habían salido a cenar con Coates varias veces, y nunca la había visto pedir nada más fuerte que una copa de vino, que por lo general no se acababa.

Se dijo que no debía caer en el alarmismo, pero no era fácil evitarlo. Si la directora Coates se venía abajo, ¿quién quedaría al frente hasta que Hicksie regresara? En el *supuesto* de que Hicksie regresara. ¿Lampley? ¿Él? Clint pensó en lo que implicaría pasar a ser director en funciones y tuvo que contener un estremecimiento.

—De acuerdo —dijo Coates por teléfono. Escuchó—. *De acuerdo* he dicho. *Sí*. Autorícelas. Adelante, y conecte el intercomunicador. Anuncie a la población reclusa que pasará el carrito del café.

Puso fin a la llamada, trató de dejar el auricular en la horquilla, falló y tuvo que hacerlo de nuevo.

—Caray —dijo, y se echó a reír.

—Janice, ¿se encuentra bien?

—Ah, no podría encontrarme mejor —contestó ella, pero deformó la palabra «podría»: *poía*—. Acabo de dar el visto bueno a Van para que permita a Fitzroy, Sorley y otras dos reclusas preparar un supercafé en la cocina. En esencia, una especie de crank.

—¿Cómo dice?

Coates articuló las palabras despacio y con sumo cuidado, lo que recordó a Clint la manera de hablar de los borrachos cuando querían aparentar que estaban sobrios.

—Según Van, a quien se lo ha explicado Angel, nuestra Walter White particular, el café que tenemos aquí es de tueste claro, no oscuro, y eso es bueno porque contiene más cafeína. Por tanto, en lugar de poner una bolsa por cafetera, pondrán tres. Van a preparar *litrosh*. —Pareció sorprenderse, y se pasó la lengua por los labios—. Litros, quiero decir. Me noto la boca dormida.

—¿En serio? —preguntó Clint, sin saber muy bien si se refería al café o a los labios.

—Ah, y aún no ha oído la mejor parte, doctor. Van a echar en el café toda la pseudofedrina de la enfermería, y tenemos unas existencias considerables. Pero antes de tomarse el café... las *recliushas*... reclusas... tienen que embucharse una *meshcla* de zumo de pomelo y mantequilla. Acelera la *absorshion*. Eso *soshtiene* Angel, y no veo qué mal...

Coates intentó levantarse y volvió a caerse en la silla con una risita. Clint corrió junto a ella.

—Jan, ¿ha bebido?

Ella lo miró con los ojos vidriosos.

—No, claro que no. *Eshto* no es como estar borracha. *Eshto* es como... —Miró alrededor—. ¿Mis *pashtillas*? Las tenía aquí en la mesa, detrás de la bandeja de entradas y salidas.

—¿Qué pastillas? ¿Qué toma? —Clint buscó un frasco, pero no vio nada. Se agachó y echó un vistazo debajo de la mesa. Nada excepto la pelusilla dejada allí por la última presa de confianza que limpió el despacho.

—*Shan... shan...* oh, joder. —Se arrellanó en la silla—. Adiós, doctor. Me

duermo.

Clint miró en la papelera, y allí, entre unos pañuelos de papel y unos cuantos envoltorios de Mars arrugados, encontró un frasco marrón comprado con receta. En la etiqueta ponía JANICE COATES y XANAX y 10 MG. Estaba vacío.

Lo sostuvo en alto para que Janice lo viera, y pronunciaron la misma palabra al unísono, aunque Coates farfulló su parte del dueto:

—Peters.

Con gran esfuerzo, sin duda un esfuerzo supremo, Janice Coates irguió la espalda y fijó la mirada en la de Clint. Pese a tener los ojos vidriosos, cuando habló, apenas arrastró las palabras.

—Tráigalo, doctor. Antes de que abandone el edificio. Encierre a ese hijo de puta en una celda del módulo C y tire la llave.

—Tiene que vomitar —instó Clint—. Huevos crudos. Traeré unos cuantos de la coci...

—Ya es tarde. No aguanto más. Dígale a Mickey... —Cerró los ojos. Se obligó a abrirlos otra vez—. Dígale a Mickey que la quiero.

—Se lo dirá usted misma.

Coates sonrió. Se le bajaban de nuevo los párpados.

—Ahora está usted al frente, doctor. Al *menosh* hasta que vuelva Hicks. *Ushted...* —Dejó escapar un profundo suspiro—. Vele por la *sheguridad* de *lash reclushash hashta* que *todash she* duerman... y luego... oh, vele por *shu* seguridad, vele por *nueshtra sheguridad hashta...*

La directora Coates cruzó los brazos sobre el secante del escritorio y apoyó la cabeza en ellos. Con fascinación y horror, Clint vio como empezaban a tejerse las primeras hebras, que brotaban de su cabello, sus orejas y la piel de sus mejillas sonrojadas.

Tan deprisa, pensó. Tan condenadamente deprisa.

Salió corriendo del despacho con la intención de pedirle a la secretaria de

Coates que utilizara el sistema de megafonía para asegurarse de que Peters permanecía en el recinto, pero Blanche McIntyre no estaba. Sobre el secante de su mesa había una única hoja con el membrete de la cárcel, y en ella una nota en rotulador negro. Clint leyó dos veces las enormes mayúsculas antes de dar crédito a lo que veían sus ojos.

ME HE IDO AL CLUB DE LECTURA.

¿Club de lectura?

¿Club de *lectura*?

¿De verdad?

¿Blanche se había ido a su puto club de *lectura*?

Mientras corría por Broadway hacia el vestíbulo de entrada, esquivó a unas cuantas reclusas errantes con sus holgados uniformes marrones, consciente de que algunas lo miraban con sorpresa.

Llegó a la puerta principal, que estaba bloqueada, y apretó repetidamente el botón del intercomunicador hasta que Millie Olson, todavía ante el panel del puesto de seguridad del vestíbulo, contestó.

—Por Dios, doctor, que lo va a desgastar. ¿Qué pasa?

A través de los cristales dobles, Clint vio el destartado Chevrolet de Don Peters al otro lado de la verja interior, en la zona de seguridad, pero ya cruzaba la verja exterior. Incluso vio que los dedos regordetes de Don acercaban la tarjeta de identificación al lector.

Clint pulsó de nuevo el botón del intercomunicador y dijo:

—Da igual, Millie. Da igual.

Mientras Lila Norcross regresaba al pueblo, afloró a su cabeza una cancioncilla impertinente y absurda que, de niñas, ella y sus amigas entonaban cuando iban por la calle y sus padres no las oían. Empezó a cantarla, a la luz declinante del día.

—En Derby Town, en Derby Town, las calles son de cristal; en Derby Town, en Derby Town, las chicas te darán una patada en el pompa pom, pompa pom, pompa pompa ti pom pom pom...

¿Cómo seguía? Ah, sí.

—En Derby Town, en Derby Town, mi hermano tuvo un ataque; en Derby Town, mi hermana solo dice pompa pom, pompa p...

Casi demasiado tarde, se dio cuenta de que se había salido de la carretera y se internaba en la maleza, camino de una pendiente escarpada en la que el coche patrulla daría al menos tres vueltas de campana antes de llegar al fondo. Pisó el freno con los dos pies y el coche se detuvo al borde del terraplén de grava con el morro asomando al vacío. Puso el cambio de marcha en punto muerto y, al hacerlo, percibió el leve roce de unas briznas de algo en las mejillas. Se las arrancó, tuvo tiempo de ver cómo se le fundía una en la palma de la mano y a continuación abrió la puerta empujándola con el hombro para intentar apearse. Aún llevaba puesto el cinturón de seguridad, que tiró de ella hacia dentro.

Se lo desabrochó, bajó y se quedó allí de pie, respirando a bocanadas aquel aire que por fin empezaba a refrescar. Se abofeteó la cara una vez y luego otra.

—Ha ido de poco —dijo. Muy abajo, uno de los arroyos (*regatos*, en el jerga local) que alimentaban el río Ball descendía con un murmullo cantarín —. Ha ido de poco, Lila Jean.

De muy poco. Al final se dormiría, lo sabía, y ese pringue blanco brotaría de su piel y la envolvería, pero no permitiría que ocurriera antes de besar y abrazar a su hijo al menos una última vez. Era una promesa sagrada.

Volvió a sentarse al volante y cogió el micro.

—Unidad Cuatro, aquí Unidad Uno. Contesta.

Al principio nada, y se disponía a repetir la llamada cuando Terry Coombs respondió.

—Uno, aquí Cuatro. —Se le notaba la voz un poco rara, como si estuviera resfriado.

—Cuatro, ¿has pasado por las farmacias?

—Sí. Dos saqueadas, una incendiada. Los bomberos están en el lugar de los hechos, para que el fuego no se propague. Ese es un aspecto positivo, supongo. Al farmacéutico de CVS lo han matado de un tiro, y creemos que hay al menos un cadáver dentro de Rite Aid. Esa es la que está ardiendo. Los bomberos no están seguros de cuántas víctimas hay.

—Oh, no.

—Lo siento, jefa. Es lo que hay.

No, no como si estuviera resfriado... como si hubiese estado llorando.

—¿Terry? ¿Qué te pasa? Anda mal algo más.

—He ido a casa —contestó él—. He encontrado a Rita envuelta en esa mierda. Ha dado una cabezada en la mesa, como siempre antes de que yo vuelva al final de mi turno. Aprovecha esos quince o veinte minutos. La he avisado, y me ha asegurado que no lo haría, y cuando me he escapado un momento a casa para ver cómo estaba...

Entonces sí que se echó a llorar.

—Así que la he dejado en la cama y he salido para ir a las farmacias, como me has dicho. ¿Qué otra cosa podía hacer? He intentado llamar a mi hija, y en su habitación no contesta. Rita también ha intentado llamarla antes, varias veces. —Diana Coombs estudiaba primero en la Universidad del Sur de California. Su padre emitió un sonido ronco y acuoso—. Casi todas las mujeres de la costa Oeste están dormidas, no han llegado a despertar. Yo tenía la esperanza de que hubiera pasado la noche en vela, estudiando o algo así, o incluso de fiesta, pero... sé que no ha sido así, Lila.

—Quizá te equivoques.

Terry no se molestó en contestar a eso.

—Pero *respiran*, eso sí —dijo en cambio—. Todas las mujeres y niñas todavía *respiran*. Así que a lo mejor... no sé...

—¿Está Roger contigo?

—No. Pero he hablado con él. Ha encontrado a Jessica cubierta con eso, de la cabeza a los pies. Ha debido de dormirse desnuda, porque parecía una momia de una de esas películas de terror antiguas. La niña también. Ahí en la cuna, envuelta, igual que las que han salido por televisión. Roger ha perdido el control. Gritaba como un poseso. He intentado convencerlo de que me acompañara, pero se ha negado.

Al oírlo Lila montó en cólera de manera irracional, posiblemente porque ella misma estaba extenuada. Si a ella no se le permitía rendirse, nadie tenía derecho a eso.

—Pronto será de noche, y necesitaremos a todos los agentes disponibles.

—Ya se lo he dicho...

—Iré a buscar a Roger. Reúnete conmigo en la oficina, Terry. Di a todo aquel con quien puedas ponerte en contacto que venga también. A las siete.

—¿Por qué?

Aunque el mundo estuviera yéndose a pique, Lila no estaba dispuesta a

decir por la radio que iban a abrir el depósito de pruebas y usar la droga que tenían guardada —solo los estimulantes— para celebrar una fiestecita.

—Tú ve allí.

—No creo que Roger vaya.

—Irá, aunque tenga que llevarlo esposado.

Marcha atrás, se apartó del precipicio por el que había estado a punto de caer y se dirigió al pueblo. Pese a llevar encendidas las luces de emergencia, se detenía en todos los cruces. Porque con todo lo que estaba ocurriendo, tal vez las señales luminosas no bastaran. Para cuando llegó a Richland Lane, donde vivían Roger y Jessica Elway, la maldita cantinela sonaba de nuevo en su cabeza: en Derby Town, en Derby Town, cuando a tu padre le pica...

Un Datsun pasó lentamente por delante de ella, ajeno a los destellos de sus luces y al stop del cruce. Cualquier otro día se habría echado encima de aquel hijo de puta imprudente en el acto. Si no hubiese estado luchando contra el sueño, tal vez incluso se habría fijado en el adhesivo que llevaba detrás —QUÉ TIENEN DE GRACIOSAS LA PAZ, EL AMOR Y LA COMPRENSIÓN— y lo habría identificado como propiedad de la señora Ransom, la vecina de enfrente, que vivía a un paso de todas aquellas casas desocupadas. Si hubiese estado despejada, seguramente habría reconocido al conductor como su hijo y a la pasajera sentada junto a él como Mary Pak, la chica por la que estaba loco.

Pero no era un día cualquiera, y no estaba despejada ni mucho menos, así que siguió adelante hasta la casa de los Elway en Richland Lane, donde se encontró el siguiente acto de la incesante pesadilla de aquel día.

relación con Derby Town, donde las calles eran de cristal. Era «coincidencia, serendipia, predestinación, destino». Se eligiera una o ninguna, seguramente poco incidiría en la marcha del universo. «Coincidencia, serendipia, predestinación, des...»

—Te has saltado el stop —advirtió Mary, rompiendo el hechizo temporalmente—. Y me parece que he visto a un policía.

—No me digas eso —respondió Jared.

Iba muy erguido al volante, sudoroso, y su corazón acelerado enviaba punzadas directamente a la rodilla lesionada. Aún podía doblarla, lo cual lo llevaba a pensar que en realidad no se había roto nada, que era un simple esguince, pero la tenía muy hinchada y dolorida. La idea de que la policía lo pillara cuando legalmente no estaba autorizado a conducir, al menos no sin un conductor con carnet a su lado, no le gustaba en absoluto. Su madre le había repetido hasta la saciedad que para ella, como jefa de policía, lo peor sería que lo detuvieran por algo ilegal, *cualquier cosa*, aunque no fuera más que salir del quiosco de Fenton con un caramelo que se le hubiera olvidado pagar. «Y créeme —dijo Lila—, si es lo peor para mí, ya me encargaré de que sea lo peor también para ti.»

La nieta de la señora Ransom, Molly, que iba arrodillada en el asiento de atrás, miraba por la ventanilla.

—No hay problema —informó—. La poli ha pasado de largo.

Jared se relajó un poco, aunque no acababa de creerse que estuviera haciendo aquello. No hacía ni media hora estaba en casa, esperando a recibir más noticias de su padre o su madre. Entonces llamó Mary, que empezó a gritar antes de que él pudiera enlazar tres palabras más allá de «hola».

—¿Dónde *estás*? ¡Llevo *años* intentando hablar contigo!

—¿Sí? —Tal vez aquello no fuera del todo malo. Una chica no levantaba así la voz a un chico a menos que le importara, ¿no?—. Se me ha roto el móvil.

—Bueno, ¡*ven* aquí! ¡Necesito *ayuda*!

—¿Qué necesitas? ¿Qué pasa?

—¡Ya *sabes* qué pasa! ¡*Todo*, si eres una chica! —Recobró el aliento y bajó un poco la voz—. Necesito a alguien que me lleve en coche a Shopwell. Si mi padre estuviera aquí, se lo pediría a él, pero se ha ido a Boston por trabajo, y está intentando volver a casa, pero eso ahora mismo no nos sirve de nada.

Shopwell era el supermercado grande de Dooling, pero se hallaba en la otra punta del pueblo. Jared había adoptado su tono más adulto y razonable.

—Oye, la tienda de ultramarinos está mucho más cerca de ahí. Sé que no tiene la mejor selección...

—¿Quieres *escucharme*?

Él calló, asustado por la histeria contenida que reflejaba la voz de Mary.

—Tiene que ser en Shopwell, porque allí, en la sección de fruta y verdura, trabaja una mujer. La conocen muchos chicos. Vende... ayudas para el estudio.

—¿Te refieres a *speed*?

Silencio.

—Mary, eso es ilegal.

—¡*Me da igual*! De momento mi madre está bien, pero mi hermana pequeña solo tiene doce años, suele acostarse a las nueve y, por lo general, está zombi incluso antes.

Y estás tú, pensó Jared.

—También estoy yo. No quiero dormirme. No quiero acabar envuelta en un capullo. Estoy *muerta de miedo, joder*.

—Eso lo entiendo —dijo Jared.

—No, no lo entiendes. Tú eres un *tío*. Ningún tío lo entiende. —Exhaló un suspiro lloroso y profundo—. Dejémoslo. No sé por qué esperaba noticias tuyas. Llamaré a Eric.

—Eso no —saltó Jared, presa del pánico—. Iré a buscarte.

—¿Sí? ¿De verdad? —Dios santo, ese tono de agradecimiento. A Jared le habían flaqueado las rodillas.

—Sí.

—¿A tus padres no les importará?

—No —contestó Jared, lo cual no era del todo falso. ¿Cómo iba a importarles si no se lo decía? Seguramente sí les habría importado, por supuesto, y mucho (aun dejando de lado, claro, la situación de crisis mundial), porque Jared no tenía carnet de conducir. Lo *habría* tenido de no haber embestido un cubo de basura mientras intentaba aparcar en paralelo en su primer examen. Hasta entonces todo había ido de maravilla.

¿De verdad había dado la impresión a Mary de que había aprobado el examen? Bueno, solo en la medida en que Jared le había dicho que lo había aprobado. ¡Por Dios! En su momento le pareció una mentira inofensiva. Se sentía como un tonto por haber suspendido. Lo repetiría al cabo de un mes, y como en todo caso no tenía coche, ella no se enteraría. Había aplicado esa lógica. Algo le decía que los exámenes de conducir no serían una prioridad en el condado de Dooling durante un tiempo. Ni en ninguna parte.

—¿Cuánto tardarás en llegar?

—Un cuarto de hora. Veinte minutos como mucho. Tú espérame.

Solo después de colgar tomó conciencia de hasta qué punto aquello escapaba a sus posibilidades. No solo carecía de carnet de conducir, sino también de coche. Su padre se había llevado el Prius a la cárcel, y el Toyota de su madre se encontraba aparcado detrás de la oficina del sheriff. En cuestión de vehículos, la despensa de los Norcross estaba vacía. O pedía prestado un medio de transporte o tenía que volver a llamar a Mary para decirle que, al final, sería mejor que la llevara Eric. A la primera opción le veía pocas probabilidades, pero la otra, después de lo ocurrido esa tarde, se le antojaba inconcebible.

En ese preciso momento, sonó el timbre de la puerta.
Coincidencia, serendipia, predestinación o destino.

3

La señora Ransom, encorvada, se apoyaba en una muleta y llevaba un aparato metálico de aspecto cruel en la pierna derecha. Al verla así, Jared, pese a su apurada situación, tuvo la sensación de que había concedido demasiada importancia a su esguince de rodilla.

—Te he visto llegar —dijo la señora Ransom—. Jared, te llamas, ¿verdad?

—Sí, señora. —Jared, un chico que no habría olvidado sus modales ni en el *Titanic* a punto de hundirse, le tendió la mano, arañada tras la carrera entre la maleza.

La señora Ransom sonrió y negó con la cabeza.

—Será mejor que no. Artritis. Discúlpame si paso por alto las formalidades, cosa que por norma general nunca haría, pero esta tarde el tiempo apremia, según parece. Jovencito, ¿tienes carnet de conducir?

Jared recordó de pronto una película en la que el taimado villano decía: «Solo podéis colgarme una vez».

—Sí, pero no tengo coche.

—Eso no es problema. Yo tengo uno, un Datsun, viejo pero en muy buen estado. Últimamente apenas lo uso, por la artritis. Además, con el aparato de la pierna, me cuesta manejar los pedales. Pido a mis clientes que vengan a recoger los encargos a casa. Por lo general, no tienen inconveniente... En fin, dejémoslo. No viene a cuento, ¿verdad que no? Jared, necesito un favor.

Jared estaba casi seguro de saber cuál sería el favor solicitado.

—Últimamente duermo mal incluso en las mejores circunstancias, y como

mi nieta ha venido a quedarse conmigo mientras mi hijo y mi nuera resuelven sus... sus *diferencias*... apenas he dormido. Tengo sueño atrasado, podríamos decir, y a pesar de todos mis dolorosos achaques, creo que esta noche ese retraso va a pasarme factura. A no ser que, claro... —Levantó la muleta para poder rascarse entre las cejas—. En fin, esto me resulta difícil. Por norma, soy una persona reservada, una persona *decorosa*, poco dada a contar mis problemas a un completo desconocido, pero te he visto llegar a casa y he pensado... he pensado que a lo mejor...

—Ha pensado que a lo mejor yo conozco a alguien, soy capaz de conseguir algo que la ayude a seguir despierta un rato más. —Lo expresó a modo de afirmación, no en tono interrogativo, pensando *coincidencia, serendipia, predestinación, destino*.

La señora Ransom tenía los ojos muy abiertos.

—¡Ah, no! ¡No es eso! *Yo* ya conozco a alguien. O al menos eso creo. Hasta la fecha solo le he comprado marihuana... me va bien para la artritis y el glaucoma... pero me parece que vende también otras cosas. Y no soy solo yo. Debo pensar en Molly, mi nieta. Ahora está como una moto, pero hacia las diez...

—Le entrará la modorra —completó Jared, pensando en la hermana de Mary.

—Sí. ¿Me ayudarás? La mujer se llama Norma Bradshaw. Trabaja en el supermercado Shopwell, al otro lado del pueblo. En la sección de fruta y verdura.

Y allí estaba, camino de Shopwell, conduciendo sin carnet y con una

infracción de tráfico —saltarse un stop— ya en su historial, y con las vidas de dos personas en sus inexpertas manos. Con Mary ya contaba; con Molly Ransom, de diez años, no tanto. A esta la encontró sentada en el asiento trasero del viejo Datsun después de ayudar a su abuela a volver a casa, y la señora Ransom insistió en que se la llevara. Salir un rato «ayudaría a la pobre criatura a cargar las pilas». En las noticias informaban de disturbios en las ciudades, pero a la señora Ransom no le preocupaba en absoluto mandar a su nieta a un recado en Dooling, un pueblo pequeño y tranquilo.

Jared no estaba en situación de rechazar a un pasajero más. Al fin y al cabo, el coche era de la anciana, y si a pesar de eso se negaba a llevar a la niña, podía suscitar otra vez cierta pregunta muy pertinente: *Tenía* carnet de conducir, ¿no? Tal vez la señora Ransom le permitiera ir incluso si admitía la verdad, estaba bastante desesperada, pero Jared prefería no correr el riesgo.

Por fin se acercaban al supermercado, gracias a Dios. Molly iba otra vez sentada y con el cinturón de seguridad puesto, pero hablaba por los codos, y en ese momento estaba disparada. A esas alturas Jared y Mary ya sabían que la mejor amiga de Molly era Olive, y Olive podía ser un asco cuando no se salía con la suya, lo cual venía a ser como un superpoder, solo que quién iba a querer un superpoder así, y los padres de Molly iban a terapia de pareja con un consejero *matrimonial*, y la abuela fumaba una medicina especial porque le iba bien para la vista y la artritis, y tenía un trasto enorme para fumar decorado con el águila de Estados Unidos, y normalmente fumar era malo, pero en el caso de la abuela era distinto, aunque en principio Molly no debía hablar del tema, porque la gente podía llegar a pensar que fumar algo que no fuera medicina estaba bien...

—Molly —dijo Mary—, ¿te callas alguna vez?

—Normalmente solo cuando duermo —contestó Molly.

—No quiero que te duermas, pero todo eso que piensas agobia un poco.

Además, deberías dejar de respirar el humo de la hierba que fuma tu abuela. No es bueno para ti.

—Bien. —Molly cruzó los brazos a la altura del pecho—. ¿Puedo preguntar solo una cosa, señorita marimandona?

—Supongo —respondió Mary.

El pelo, que solía llevar liso y recogido en una coleta, le caía suelto sobre los hombros. Jared pensó que estaba preciosa.

—¿Sois novios?

Mary miró a Jared y abrió la boca para decir algo. Antes de que pudiera hablar, él se atrevió a retirar una mano del volante y señalar al frente, un amplio aparcamiento bañado en luz halógena. Estaba abarrotado de coches.

—Shopwell a la vista.

5

—Esto es *de locos*—dijo Mary.

—*De locos* locos —coincidió Molly.

Jared estacionó en la hierba al fondo del aparcamiento de Shopwell. Probablemente fuera otra infracción, pero casi intrascendente en vista de que en el propio aparcamiento parecía disputarse una carrera de demolición. Los coches circulaban a velocidades temerarias por los pocos carriles libres, tocando el claxon a los compradores que empujaban carritos llenos. Mientras observaban la escena, dos carritos chocaron y los hombres que los llevaban iniciaron un intercambio de gritos.

—Quizá sea mejor que te quedes en el coche, Molly.

—Ni hablar. —La niña agarró a Jared de la mano—. No vas a dejarme aquí. Ninguno de los dos. *Por favor*. Mi madre me dejó una vez en un

aparcamiento y...

—Vamos, pues —atajó Mary. Señaló uno de los carriles centrales—. Vayamos por ahí. Habrá menos probabilidades de que nos atropellen.

Los tres zigzaguearon por el laberinto de automóviles abandonados. Acababan de pasar por delante de uno de esos huérfanos cuando una furgoneta Dodge Ram retrocedió en su plaza y empujó a los vehículos de atrás hasta que dispuso de espacio suficiente para escapar. La Ram pasó junto a ellos con un rugido; el portón trasero recién abollado batía como una mandíbula desencajada.

Dentro, Shopwell era un caos. Se oían balbuceos. Se oían bramidos. Gritos y ruido de cristales rotos. Los hombres vociferaban. Mientras ellos permanecían junto a las pilas de cestas de la compra y los pocos carritos que quedaban, pasó a la carrera un hombre delgado con traje y corbata empujando un carrito hasta los topes de Red Bull, Blast-O Cola y Monster Energy. Lo perseguía un individuo fornido con vaqueros y camiseta; calzaba botas de motorista, y sus pisadas retumbaban.

—¡No puede llevarse todo eso! —exclamó el de las botas de motorista.

—¡Eso va por orden de llegada! —contestó el del traje y la corbata sin volverse—. ¡Va por orden de lle...!

Intentó un brusco viraje a la derecha en el pasillo 7 (comida para mascotas y artículos de papel), pero, por efecto del peso y la inercia, el carrito sobrecargado fue a estrellarse contra un expositor de galletas para perros, que salieron volando. El de las botas de motorista se abalanzó de inmediato sobre el carrito y se apropió de varios packs de bebidas energéticas. Cuando el del traje y la corbata intentó recuperar el carrito, el de las botas lo apartó de un empujón. El del traje y la corbata cayó al suelo.

Jared miró a Mary.

—¿Dónde está la sección de fruta y verdura? Es la primera vez que vengo

aquí.

—Por allí, me parece.

Señaló hacia la izquierda.

Con Molly a caballito, pasó por encima del hombre del traje y la corbata, quien, apoyado en una mano, se frotaba con la otra la parte posterior de la cabeza.

—Ese tío se ha vuelto loco —comentó Jared—. Todo por unas bebidas energéticas.

—Lo sé. —Sin señalar lo evidente: que el del traje y la corbata pretendía escapar con una carretada de eso mismo.

—*Todos* se han vuelto locos. ¿Qué se han pensado que es esto? ¿Un huracán? ¿Un puto *temporal*? —Miró de reojo a Molly y dijo—: Perdona.

—Ah, no te preocupes, mis padres lo dicen todo el tiempo —contestó Molly. Se agarró aún más fuerte a Jared.

Pescado y Carne, la sección situada a lo largo de la pared del fondo, estaba relativamente en calma, pero el pasillo 4 —Vitaminas, Suplementos para la Salud y Analgésicos— era una zona en guerra. Se había librado una batalla por los frascos marrones de Genestra, Lumiday, Natrol y otra media docena de marcas de venta sin receta. En los estantes centrales no quedaba nada, y Jared dedujo que era ahí donde antes se hallaban los suplementos destinados a combatir el sueño.

Una anciana que vestía un muumuu azul estampado enfiló apresuradamente hacia ellos por el pasillo, perseguida por J. T. Wittstock, entrenador del equipo de fútbol y padre de dos de los ayudantes de la madre de Jared, Will y Rupe Wittstock. Jared no conocía al entrenador como para dirigirle la palabra, pero en la fiesta que el departamento organizaba el día del Trabajo Will y Rupe habían ganado la carrera de sacos y luego estuvieron a punto de pelearse a puñetazos por ver quién se quedaba el trofeo, valorado en cinco dólares.

(Lila, siempre muy diplomática en lo referente a sus hombres y las familias de estos, los describió como «muy jóvenes y rebosantes de energía».)

La mujer del muumuu avanzaba con dificultad por el peso de la cesta, repleta de botellas de un producto llamado Vita-Caff. El entrenador Wittstock la agarró por el cuello y tiró de ella hacia atrás. La cesta salió despedida y las botellas se dispersaron, varias rodaron hacia Jared, Mary y Molly.

—¡No! —gritó la anciana—. ¡Por favor, no! ¡Podemos compartirlo! ¡Podemos com...!

—Se ha agenciado de todo lo que quedaba —gruñó el entrenador Wittstock—. ¿A eso lo llama compartir? Necesito algunas para mi mujer.

El entrenador y la mujer del muumuu se dispusieron a recoger las botellas del suelo. Él la mandó contra una estantería de un empujón, con la consiguiente lluvia de cajas de aspirinas.

—¡Matón! —exclamó ella—. ¡Más que matón!

Sin pensárselo dos veces, Jared dio un paso al frente, apoyó un pie en la calva del entrenador Wittstock y lo empujó a un lado. El entrenador Wittstock se desplomó. La mujer empezó a rellenar la cesta. El entrenador se quedó en cuclillas detrás de ella un momento, con una mano en el suelo, como un jugador de fútbol, lanzando miradas a un lado y al otro. En el cuero cabelludo se le veía, marcada ligeramente, la huella de la zapatilla de Jared. De pronto saltó hacia delante y agarró la cesta medio llena con la atlética agilidad de un mono que robara una naranja. Al pasar a todo correr junto a Jared (lanzándole una mirada amenazadora con la que le decía: *Me he quedado con tu cara, chaval*), lo embistió con el hombro, y Jared, con Molly todavía a cuestas, dio varias vueltas antes de caer al suelo. Molly dejó escapar un gemido.

Mary hizo ademán de acercarse. Jared negó con la cabeza.

—Estamos bien. Asegúrate de que *ella* también lo está —indicó, mirando a la mujer del muumuu, que recogía las pocas botellas de Vita-Caff que el

entrenador Wittstock había dejado.

Mary apoyó una rodilla en el suelo.

—Señora, ¿se encuentra bien?

—Creo que sí —contestó la mujer—. Solo un poco nerviosa. ¿Por qué ese hombre...? Supongo que... ha dicho que tenía mujer... tal vez una hija... pero yo también tengo una hija.

El bolso de la anciana había acabado entre el género esparcido por el pasillo. Los compradores que se disputaban los frascos de suplementos, ya escasos, no le prestaban atención. Jared ayudó a Molly a levantarse y devolvió el bolso a la mujer, que guardó en él las botellas de Vita-Caff.

—Ya pagaré por esto otro día —dijo. Y mientras Mary la ayudaba a ponerse en pie, añadió—: Gracias. Compró aquí muy a menudo, y algunas de estas personas son vecinos míos, pero esta noche no reconozco a nadie.

Renqueante, con el bolso bien sujeto contra el pecho, se alejó.

—¡Quiero volver a casa de la abuela! —exclamó Molly.

—Consigue tú eso —dijo Mary a Jared—. La mujer se llama Norma, y tiene el pelo rubio y rizado, muy abundante. Yo llevaré a Molly al coche.

—Lo sé. Me lo ha dicho la señora Ransom —respondió Jared—. Tened cuidado.

Mary se marchó con Molly cogida de la mano. De pronto se dio media vuelta.

—Si se resiste a venderte, dile que te manda Eric Blass. Puede que eso ayude.

Mary debió de percibir una expresión dolida en los ojos de Jared, porque le dirigió una mueca parca antes de echar a trotar hacia la salida del supermercado, inclinada en actitud protectora sobre la niña asustada.

Hacia la mitad de la larga sección de fruta y verdura, había un hombre fumándose un cigarrillo. Vestía pantalón y casaca blancos, y bordado en el bolsillo del lado izquierdo del pecho, en hilo rojo, se leía ENCARGADO DE FRUTA Y VERDURA. Exhibía una expresión casi plácida mientras observaba el alboroto reinante en la tienda.

Vio acercarse a Jared, lo saludó con la cabeza y habló como si reanudasen una conversación ya iniciada.

—Esta mierda se calmará cuando todas las mujeres estén dormidas. Son ellas las que causan la mayor parte de los problemas, ¿sabes? Tienes delante a un hombre que sí lo sabe. He perdido tres veces en las guerras del matrimonio. Además, no solo he perdido. He sufrido derrotas aplastantes en todos los casos. Como si el matrimonio fuera Vicksburg, y yo, el Ejército Confederado.

—Busco a...

—Norma, muy probablemente —adivinó el encargado de la sección de fruta y verdura.

—¿Está?

—No. Se ha marchado hace media hora, después de vender hasta lo último que le quedaba de su producto. Excepto lo que se guarda para ella, supongo. Aunque tengo arándanos frescos. Añádelos a los cereales, y despejan en el acto.

—Gracias, pero no —contestó Jared.

—Tiene su lado bueno —comentó el encargado—: pronto dejaré de pagar pensiones alimenticias. El Sur se alza de nuevo. Nos mataron, pero aún no nos han derrotado.

—¿Cómo?

—Solo muertos, no derrotados. «Le mandaré un pedazo del faldón de la

levita de Lincoln, coronel.» Es una frase de Faulkner. ¿Es que hoy día no os enseñan nada en el colegio?

Jared se abrió paso hacia la salida del supermercado, eludiendo las refriegas en las colas de las cajas. Había varias desatendidas, y los compradores pasaban por delante a toda prisa con las cestas cargadas.

Fuera, sentado en el banco de la parada del autobús, un hombre con una camisa de cuadros sostenía en el regazo una cesta llena de latas de café Maxwell House. Advirtió la mirada de Jared.

—Mi mujer está echándose una siesta —informó—, pero seguro que no tarda en despertarse.

—Espero que eso le dé resultado —dijo Jared, y echó a correr.

En el Datsun, Mary estaba sentada el asiento del acompañante con Molly en las rodillas. Dio una sacudida a la niña en cuanto Jared se puso al volante y, al hablar, levantó demasiado la voz.

—¡Aquí está, aquí está nuestro amigo Jared!

—Hola, Jared —saludó Molly con voz ronca y llorosa.

—A Molly le había entrado sueño —explicó Mary con la misma voz demasiado alta y alegre de antes—. Pero ya está despierta. ¡Muuuy despierta! Las dos lo estamos, ¿verdad, Mols? Háblanos un poco más de Olive, ¿quieres?

La niña abandonó el regazo de Mary y pasó al asiento trasero.

—No quiero.

—¿Lo has conseguido? —Esta vez Mary habló en voz baja. Baja y tensa—. ¿Lo has...?

Jared puso el coche en marcha.

—Ya se había ido. Se nos ha adelantado un montón de gente. No has tenido suerte. La señora Ransom, tampoco.

Salió del aparcamiento de Shopwell a toda velocidad, esquivando sin

esfuerzo a los coches que intentaban cruzarse en su camino. Estaba demasiado alterado para preocuparse por si conducía bien o mal, y de ahí que lo hiciera mejor que antes.

—¿Ya nos vamos a casa de la abuela? Quiero ir a casa de la abuela.

—En cuanto deje a Mary —contestó Jared—. Necesita llamar a Eric, su amigo del alma, para ver si ha pillado. —Por un segundo arremeter contra ella, descargar el miedo que lo invadía, le sirvió de desahogo. Pero solo por un segundo. Fue una idiotez, algo infantil. Lo lamentó y sin embargo, al parecer, no pudo evitarlo.

—¿Qué quiere decir «pillar»? —preguntó Molly, pero nadie contestó.

Estaba anocheciendo cuando llegaron a casa de los Pak. Jared enfiló el camino de acceso y dejó el Datsun de la señora Ransom en punto muerto.

Mary lo observó en la creciente oscuridad de la primera noche de Aurora.

—Jere. No pensaba ir con él a ver a Arcade Fire. Iba a cancelar la cita.

Jared guardó silencio. Tal vez decía la verdad, tal vez no. Lo único que sabía era que Eric y ella hacían buenas migas hasta el punto de que él le había dado el nombre de una traficante del pueblo.

—Te estás comportando como un niño —le reprochó Mary.

Jared mantuvo la mirada fija al frente.

—Pues vale —dijo Mary—. Muy bien, bebé. El bebé quiere su biberón. Por mí puede irse todo a la mierda. Y tú también.

—Os estáis peleando como mi padre y mi madre —intervino Molly, y rompió a llorar de nuevo—. Me gustaría que pararais. Me gustaría que fuerais novios otra vez.

Mary se apeó, cerró de un portazo y echó a andar por el camino de acceso.

Casi había llegado a los escalones de atrás cuando Jared cayó en la cuenta de que existía una posibilidad real de que cuando volviese a verla, estuviera envuelta en una mortaja blanca de origen desconocido. Miró a Molly y dijo:

—Mantén los ojos abiertos. Si te duermes, te daré un coscorrón.

Jared bajó del coche y corrió detrás de Mary. La alcanzó justo cuando abría la puerta de atrás. Sobresaltada, se volvió hacia él. Una nube de mariposas nocturnas revoloteaba en torno a la lámpara exterior, y sus sombras zigzagueantes moteaban la cara de Mary.

—Perdona —dijo Jared—. Mary, lo siento mucho. Es que todo esto es una locura. Por lo que sé, mi madre podría estar dormida en su coche en algún sitio, y tengo miedo, y no he conseguido lo que necesitabas, y lo siento.

—Vale —contestó ella.

—Esta noche no te duermas, por favor. —Jared la estrechó entre sus brazos y la besó. Para asombro suyo, ella le devolvió el beso, con la boca abierta, y los alientos de ambos se fundieron.

—Estoy oficialmente despierta —dijo ella al tiempo que se apartaba para mirarlo a la cara—. Ahora coge a Caperucita Roja la Chismosa y llévala con su abuela.

Jared bajó un par de peldaños, se lo pensó mejor, regresó y la besó otra vez.

—Uau —exclamó Molly cuando volvió al coche. Por el tono, Jared advirtió que su humor había mejorado drásticamente—. Vaya morreo que os habéis pegado.

—Sí, ¿verdad? —dijo Jared. Se sentía aturdido, un desconocido dentro de su propio cuerpo. Aún notaba el contacto de los labios de ella y el sabor de su aliento—. Te llevo a casa.

El último tramo de ese largo y extraño viaje era solo de nueve manzanas, y Jared lo recorrió sin percances hasta llegar por fin a Tremaine Street y pasar por delante de las casa vacías. Entró en el camino de acceso de la señora Ransom. Los haces de los faros iluminaron la silueta sentada en una tumbona, un cuerpo sin rostro. Jared pisó el freno. La señora Ransom permaneció

inmóvil bajo el resplandor, una momia.

Molly se puso a gritar, y Jared apagó los faros. Dio marcha atrás e introdujo el Datsun en su propio camino de acceso, en la acera opuesta.

Después desabrochó el cinturón de seguridad de Molly y la sacó del coche en brazos. La niña se aferró a él, y eso estuvo bien. Fue una sensación agradable.

—No te preocupes —dijo Jared, acariciándole el pelo. Lo tenía pegoteado en mechones, apelmazado por el sudor—. Vas a quedarte conmigo. Ponemos unas películas y nos pasamos toda la noche despiertos.

Maura Dumbarton —en su día objeto de titulares, ya prácticamente olvidada— se encontraba sentada en la parte inferior de la litera de la B-11, la celda que había compartido con Kayleigh Rawlings los últimos cuatro años. La puerta estaba abierta. En el módulo B todas las celdas permanecían abiertas, y Maura dudaba mucho de que esa noche las cerraran desde la Garita. No, esa noche no. Tenía puesto NewsAmerica en el pequeño televisor instalado en la pared, pero había quitado el sonido. Sabía qué estaba ocurriendo; a esas alturas ya se había enterado hasta la reclusa más lerda de Dooling. *DISTURBIOS EN EL PAÍS Y EN EL EXTRANJERO*, rezaba la banda deslizante al pie de la pantalla. Seguía una lista de ciudades. La mayoría de ellas eran de Estados Unidos, porque uno se preocupaba antes de su propia gente que de quienes vivían en lugares más lejanos, pero Maura había leído también Calcuta, Sidney, Moscú, Ciudad del Cabo, Ciudad de México, Bombay y Londres antes de dejar de mirar.

Tenía su gracia si una se paraba a pensarlo: ¿por qué se manifestaban todos esos hombres? ¿Qué creían que iban a conseguir? Maura se preguntó si habría disturbios en caso de que hubiera sido la otra mitad del género humano la que se quedara dormida. Lo consideraba improbable.

La cabeza de Kayleigh, envuelta en un casco blanco que palpitaba al ritmo de su respiración, descansaba en el regazo de Maura. Esta tenía sujeta una de las manos enguantadas de blanco de Kayleigh, pero en ningún momento trató de manipular aquel tejido. Por el sistema de megafonía de la cárcel, habían

advertido de que podía ser peligroso, y en los noticiarios habían difundido el mismo aviso. A pesar de que los filamentos eran un poco pegajosos y muy densos, Maura notaba dentro los dedos de Kayleigh, como lápices en gruesas fundas de plástico. Kayleigh y ella habían sido amantes casi desde el momento en que Kayleigh, mucho más joven, se instaló en la B-11, condenada por agresión a mano armada. Pese a la diferencia de edad, congeniaban. El sentido del humor un tanto disparatado de Kayleigh cuadraba bien con el cinismo de Maura. Kay tenía buen carácter, y llenaba los vacíos que habían creado en la personalidad de Maura las cosas que había visto y las cosas que había hecho. Era una bailarina consumada, besaba de maravilla, y aunque de un tiempo a esa parte no hacían el amor con frecuencia, cuando lo hacían, aún era satisfactorio. Mientras yacían juntas con las piernas entrelazadas, durante un rato no existía la cárcel, ni el desconcertante mundo exterior. Existían solo ellas.

Kayleigh también cantaba de maravilla; había ganado el concurso de caza de talentos de la cárcel tres años consecutivos. En octubre del año anterior, no quedaba un solo ojo seco en la sala cuando acabó de cantar, *a capella*, «The First Time Ever I Saw Your Face». Maura supuso que todo eso ya era agua pasada. La gente hablaba en sueños, pero pocos, si es que había alguien, cantaban en sueños. Incluso si Kayleigh llegaba a sentir el impulso de cantar, su voz quedaría ahogada. ¿Y si esa porquería le cubría también la garganta? ¿Y los pulmones? Seguramente así era, aunque en ese caso resultaba un misterio que pudiera seguir respirando.

Maura levantó una rodilla, luego la otra, las movió a izquierda y derecha, arriba y abajo, meciendo con delicadeza a su amante.

—¿Por qué has tenido que dormirte, cariño? ¿No podías esperar?

Aparecieron Jeanette y Angel empujando un carrito con dos grandes cafeteras y dos grandes jarras de zumo. Maura las olió antes de verlas, porque

aquel brebaje despedía un olor *amargo*. Las acompañaba el funcionario Rand Quigley. Maura se preguntó cuántas celadoras quedarían. Supuso que no muchas. Y al siguiente turno se presentarían pocas. Quizá ninguna.

—¿Café, Maura? —preguntó Angel—. Joder, ya verás qué subidón.

—No —contestó Maura. Subía y bajaba las rodillas. Las subía y las bajaba. Mécete, Kayleigh, en la copa del árbol.

—¿Seguro? Te dará marcha. Si miento, que se me lleve el viento.

—No —repitió Maura—. Seguid.

A Quigley no le gustó el tono de Maura.

—Vigile esa boca, reclusa.

—O si no, ¿qué? ¿Me dejará grogui de un golpe de porra en la cabeza? Adelante. A lo mejor solo así consigo dormirme.

Quigley no respondió. Parecía tener los nervios a flor de piel. Maura no entendía por qué. A él aquello no lo afectaría; ningún hombre llevaría esa cruz.

—Tienes insomnio, ¿eh? —dijo Angel.

—Sí. Es fácil reconocer a un igual.

—Afortunadas nosotras —afirmó Angel.

Te equivocas, pensó Maura. *Desafortunadas nosotras*.

—¿Esa es Kayleigh? —preguntó Jeanette.

—No —contestó Maura—. Debajo de esta mierda está la puta Whoopi Goldberg.

—Lo siento —dijo Jeanette, y parecía sincera, lo cual llegó a Maura al corazón de un modo contra el que había intentado prevenirse. No lloraría delante del funcionario Quigley, ni de esas jóvenes. No lloraría.

—Seguid, he dicho.

Cuando se marcharon con el puto carrito del café, Maura se inclinó hacia su compañera de celda durmiente, si a eso podía llamárselo dormir. A Maura le parecía más bien el hechizo de un cuento de hadas.

Para ella, el amor había llegado tarde, y el hecho de que hubiese llegado ya era un milagro, era muy consciente. Como si una rosa hubiese florecido en el cráter abierto por una bomba. Debería dar las gracias por el tiempo del que habían disfrutado juntas, como decían las tarjetas de felicitación y las canciones pop. Sin embargo, al ver la grotesca membrana que cubría el tierno rostro de Kayleigh, advirtió que su pozo de gratitud, nunca rebosante, se había secado.

Pero no sus ojos. Ya sin la presencia de las repartidoras de café y el funcionario Quigley (no quedaba más que la estela hedionda de aquel extraño brebaje), se abandonó al llanto. Las lágrimas cayeron en la tela que envolvía la cabeza de Kayleigh, y la sustancia blanca absorbió la humedad con avidez.

Si ella está en algún sitio cercano, y si yo pudiera dormirme, quizá podría llegar a su lado. Así podríamos estar juntas.

Pero no. Por el insomnio. Había convivido con él desde la noche que asesinó metódicamente a toda su familia, terminando por Slugger, el viejo pastor alemán. Lo acarició, lo tranquilizó, dejó que le lamiera la mano y después lo degolló. Si de noche conseguía un par de horas de inconsciencia, lo consideraba una suerte. Muchas noches no dormía nada... y en Dooling las noches podían ser largas. Pero Dooling era solo un lugar. A lo largo de esos años, el insomnio había sido su verdadera cárcel. El insomnio era ilimitado, y nunca le ganaba un informe por buena conducta.

Seguiré despierta cuando casi todas se hayan dormido, pensó. Tanto las celadoras como las reclusas. Tendré que dirigir este sitio. Siempre en el supuesto de que quiera quedarme, claro. ¿Y por qué habría de querer irme a otra parte? Puede que despierte mi Kayleigh. Con algo así, todo es posible. ¿No?

Maura no sabía cantar como Kayleigh —demonios, cantaba peor que una rana—, pero había una canción que a Kayleigh le gustaba mucho, y Maura la

entonó a la vez que subía y bajaba las rodillas con delicadeza, como si accionase los pedales de un órgano invisible. El marido de Maura la escuchaba a todas horas, y ella se había aprendido la letra por ósmosis. Kay se la oyó una vez mientras cantaba para sí y le pidió que se la enseñase. «¡Eh, eso es indecoroso!», exclamó Kayleigh. Procedía de un elepé de una panda de memos irlandeses. Eso era prueba del tiempo que Maura llevaba entre rejas. Su marido tenía una amplia colección de elepés. Él ya daba igual. El señor Dunbarton había entrado en el sueño eterno la mañana del 7 de enero de 1984, muy temprano. Maura lo pasó a cuchillo a él primero, se lo clavó en pleno pecho, lo hundió como una pala en marga, y cuando él se incorporó, sus ojos dijeron: *¿Por qué?*

Porque sí, por eso. Y lo habría matado a él o a cualquiera una y otra vez, lo haría en ese mismo momento, si eso le devolviera a Kayleigh.

—Escucha, Kay, escucha:

»En la cárcel de mujeres, setenta mujeres hay... y ojalá con ellas yo viviera...

En el pequeño televisor, el centro de Las Vegas parecía en llamas.

—*Así, ese viejo triángulo... tintinearía...*

Se inclinó y besó el capullo blanco que había ocultado el rostro de Kayleigh. Le supo amargo en los labios, pero no le importó, porque Kayleigh estaba debajo. Su Kay.

—*Por las orillas... del Canal Real.*

Maura se reclinó, cerró los ojos y rezó para que la venciera el sueño. No la venció.

Richland Lane torcía a la izquierda con suavidad antes de terminar en un pequeño parque. Lo primero que Lila vio al rebasar la curva fue un par de cubos de basura volcados en la calle. Lo segundo fue un corrillo de vecinos que chillaban delante de la casa de los Elway.

Una adolescente en chándal corrió hacia el coche patrulla. Al resplandor de las luces de emergencia, su rostro era una imagen intermitente de consternación. Lila pisó el freno y, al tiempo que abría la puerta, desabrochó la correa de la empuñadura de la pistola.

—¡Venga, deprisa! —gritó la chica—. ¡Lo está matando!

Lila se dirigió rápidamente hacia la casa, apartó uno de los cubos de basura de un puntapié y se abrió paso a empujones entre dos hombres. Uno alzó una mano ensangrentada.

—He intentado impedirselo, y ese mal bicho me ha mordido. Parecía un perro rabioso.

Lila se detuvo al final del camino de acceso y, con el arma suspendida junto al muslo derecho, intentó asimilar lo que veía: una mujer en cuclillas en el asfalto, aparentemente envuelta en un camisón de muselina, ajustado y andrajoso a la vez, con incontables hilos sueltos. Ladrillos decorativos, pintados patrióticamente de rojo, blanco y azul, flanqueaban el camino. La mujer sostenía uno en la mano izquierda y otro en la derecha. Con los bordes, golpeaba el cuerpo de un hombre vestido con un uniforme ensangrentado del departamento del sheriff de Dooling. Lila pensó que debía de ser Roger, aunque habría que tomarle las huellas dactilares o una muestra de ADN para cerciorarse; salvo por los restos del ancho mentón, su rostro había desaparecido, hundido como un yacón pisoteado. La sangre, que corría en riachuelos por el camino, emitía destellos azules cada vez que la iluminaban las luces de emergencia del coche patrulla.

La mujer en cuclillas junto a Roger gruñía. Se le veía el rostro sonrojado —

el rostro de Jessica Elway—, solo parcialmente cubierto por los jirones de tela que su marido, en un error fatídico, había intentado retirarle. Tenía enguantadas en rojo las manos, cerradas en torno a los ladrillos.

Esa no es Jessica Elway, pensó Lila. No puede ser, ¿o sí?

—¡Para! —ordenó Lila a voz en grito—. ¡Para ahora mismo!

Asombrosamente, la mujer obedeció. Alzó la vista, con los ojos inyectados en sangre y tan abiertos que parecían ocuparle la mitad de la cara. Se irguió con un ladrillo goteante en cada mano. Uno rojo, uno azul. Dios bendiga América. Lila vio un par de dientes de Roger adheridos al tejido que colgaba de la barbilla de su mujer.

—Cuidado, sheriff —la advirtió uno de los hombres—. Desde luego que parece que tenga la rabia.

—¡Suéltalos! —Levantó la Glock. Lila nunca se había sentido tan cansada, pero mantuvo el brazo firme—. ¡Suelta los ladrillos!

Jessica soltó uno, y dio la impresión de que se quedaba pensando. Luego alzó el otro y echó a correr, no hacia Lila, sino hacia uno de los hombres que se había acercado para ver mejor y, por mucho que a Lila le costara creerlo, tomar una fotografía. Enfocaba a Jessica con el móvil. Cuando se le acercó, chilló y, dándose media vuelta, huyó con la cabeza gacha y los hombros encorvados. Derribó a la chica del chándal.

—¡Suéltalo, suéltalo, suéltalo!

La cosa-Jessica no prestó atención. Se abalanzó sobre la chica del chándal y alzó el ladrillo que aún sostenía. No había nadie detrás de ella, todos los vecinos se habían dispersado. Lila disparó dos veces, y la cabeza de Jessica Elway estalló. Salieron despedidos hacia atrás pedazos de cuero cabelludo con pelo amarillo todavía adherido.

—Dios mío. Dios mío. Dios mío. —Era la chica caída.

Lila la ayudó a levantarse.

—Vete a casa, cielo. —Cuando la chica hizo ademán de mirar hacia Jessica Elway, Lila la obligó a volver la cabeza. Levantó la voz—. ¡Váyanse todos a sus casas! ¡Entren en sus casas! ¡Ahora mismo!

El hombre del móvil se acercaba de nuevo poco a poco, buscando un buen ángulo, uno desde donde capturar todos los detalles de la carnicería. Pero no era un hombre. Bajo el pelo rubio rojizo se dibujaban las facciones poco definidas de un adolescente. Lo reconoció de haber visto su foto en el periódico del pueblo. Era alumno del instituto —Lila no sabía cómo se llamaba—, una estrella de algún deporte, probablemente. Lo señaló con un dedo tembloroso.

—Como saques una foto con eso, te lo tragas.

El chico —era Curt McLeod, el amigo de Eric Blass— la miró fijamente con expresión ceñuda.

—Esto es un país libre, ¿no?

—Esta noche no —contestó Lila. A continuación levantó la voz, sorprendiéndose tanto a sí misma como al grupo de vecinos—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡*LARGO!*

Curt y los otros se marcharon; algunos lanzaban miradas furtivas hacia atrás, como si temieran que Lila fuera a perseguirlos, tan enloquecida como la mujer a la que acababa de abatir de un tiro en la calle.

—¡Ya sabía yo que se equivocaban poniendo a una mujer en el puesto de sheriff! —profirió un individuo por encima del hombro.

Lila contuvo el impulso de hacerle un corte de mangas y regresó al coche patrulla. Cuando un mechón de pelo le cayó ante los ojos, se lo apartó con un escalofrío de terror, pensando que aquellas hebras intentaban brotar de nuevo de su piel. Se apoyó en la puerta, respiró hondo un par de veces y activó el micro.

—¿Linny?

—Aquí estoy, jefa.

—¿Ha ido todo el mundo?

Un silencio.

—Bueno —dijo Linny al fin—. Tengo a cinco. Los dos Wittstock, Elmore, Vern y Dan Treat. Y Reed no tardará en volver. Su mujer... se ha dormido. Supongo que el vecino cuidará del pequeño Gary, el pobrecillo...

Lila calculó que, por tanto, disponían de ocho agentes, no muchos si aspirabas a contener la anarquía. Ninguna de las tres mujeres del departamento había respondido a las llamadas de Linny. Eso llevó a Lila a preguntarse cómo irían las cosas en la cárcel. Cerró los ojos, empezó a adormilarse y se obligó a abrirlos.

Linny había pasado a hablar de las innumerables llamadas de emergencia. Más de diez o doce eran de hombres que, como Reed Barrows, habían quedado de pronto como únicos tutores de niños varones de corta edad.

—¡Varios de esos idiotas irresponsables querían que les explicara cómo dar de comer a sus propios hijos! Un imbécil va y me pregunta si la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias prevé habilitar un espacio para ocuparse de los niños, porque tiene entradas para un...

—¿Hay alguien en la oficina?

—¿Alguien de dónde? ¿De la Agencia Federal para la Gestión de Emergencias?

—No, Linny, ahí, algún ayudante. —Pero no Terry. Por favor, él no. Lila no quería que Terry viese los restos del hombre con quien más había patrullado en los últimos cinco años.

—Me temo que no. Aquí solo queda ese viejo de Adopte una Carretera y del departamento de Bomberos Voluntarios. Quería saber si podía hacer algo. Está fuera, fumando en su pipa.

El cerebro exhausto y conmocionado de Lila tardó unos segundos en

procesar la información. Willy Burke, que sabía lo que eran los pañuelos de hada, y que conducía una furgoneta Ford destartalada.

—Lo necesito.

—¿A ese? ¿En serio?

—Sí. Estoy en el número 65 de Richland Lane.

—¿Eso no es...?

—Sí. Mal asunto, Linny. Muy mal asunto. Jessica ha matado a Roger. Él ha debido de cortarle la tela de la cara. Ella lo ha perseguido hasta la calle y luego... ha ido a por un chico armada con un ladrillo, un gilipollas que pretendía hacerle una puta foto. Esa mujer ha perdido la cabeza. —¿Qué cabeza?, pensó Lila—. Le he ordenado que parara y, como no ha obedecido, le he disparado. Está muerta. No me ha quedado elección.

—¿Roger ha *muerto*? —Ningún comentario sobre la muerte de la esposa. A Lila no le sorprendió. Linny siempre había sentido debilidad por Roger.

—Manda aquí a Willy. Dile que transportaremos los cadáveres al depósito del hospital. Debe traer una lona. Retén a los ayudantes en la oficina. Iré en cuanto pueda. Corto.

Bajó la cabeza y se preparó para llorar. Las lágrimas no le salieron. Se preguntó si podía ser incapaz de llorar a causa del cansancio. Parecía posible. Ese día todo parecía posible.

Le sonó el teléfono móvil en la pequeña funda que llevaba prendida del cinturón. Era Clint.

—Hola, Clint —contestó—. La verdad es que no es el mejor momento para hablar.

—¿Estás bien? —preguntó—. No se te nota bien.

Lila no sabía por dónde empezar. ¿Por Roger y Jessica Elway, muertos en el jardín? ¿Por la alucinación que había tenido junto a los cables de alta tensión en el bosque, detrás de los escombros del cobertizo de meta de Truman

Mayweather? ¿Por Sheila Norcross? ¿Por Shannon Parks? ¿Por el día que Clint cerró la consulta sin previo aviso? ¿Por sus votos matrimoniales?

—No te está entrando sueño, ¿verdad? ¿Lila?

—No, aquí estoy.

—Janice está... fuera de servicio. Una larga historia. Hicks ha desaparecido. De algún modo he acabado a cargo del centro.

Lila dijo que lo sentía. Era una situación difícil, eso sin duda. Pero quizá su marido viera las cosas desde otra perspectiva en cuanto durmiera un poco. Él podía permitírselo: dormir, y después volver a despertar.

Dijo que iba a pasarse por casa para ver cómo estaba su hijo. Jared le había contado que se había hecho daño en una rodilla y no era nada grave, pero Clint prefería verlo con sus propios ojos. ¿Quería Lila reunirse con él allí?

—Lo intentaré. —Pero Lila no sabía cuándo podría escaparse. Lo único que sabía era que el día parecía que iba a alargarse otra vez.

3

—¿Has oído eso? —Una mujer había encontrado a Kayleigh Rawlings en la oscuridad. La mujer olía a alcohol y tenía el brazo suave. Magda, dijo que se llamaba—. Alguien canta, ¿no?

—Sí. —Era Maura quien cantaba. Maura tenía una voz de pena, y un sentido de la armonía que mareaba: arriba y abajo, chirriante y quebrado; y para Kayleigh en ese momento, su voz resultó de una dulzura incomparable, portadora de la letra absurda de aquella tonada picante.

—... *Canal Real*...

El canto se interrumpió.

—¿De dónde venía?

—No lo sé.

De algún lugar lejano, eso era lo único que Kayleigh podía afirmar con certeza. ¿Había llegado flotando desde Dooling? ¿Dónde *estaba* Dooling? Desde luego aquello no era Dooling. ¿O sí? Costaba saberlo. En realidad era imposible.

Un viento ligero soplaba en círculo en la oscuridad. El aire era fresco y agradable, y bajo sus pies el suelo no parecía de cemento ni de baldosas pegajosas, sino de hierba. Se sentó en cuclillas y lo tocó: sí, era hierba, o maleza, alta hasta la rodilla. En algún sitio se oía el leve gorjeo de los pájaros. Kayleigh despertó sintiéndose fuerte, joven y descansada.

La penitenciaría le había robado doce años, casi toda la cuarta década de su vida y un par de años de la quinta, y le exigía aún otros diez. Maura era lo mejor de esos años perdidos. El arreglo que ambas tenían jamás habría sido posible fuera de aquellas paredes, eso por supuesto, pero en la cárcel una se las apañaba. Si Kayleigh hubiese abandonado de pronto el Centro Penitenciario de Dooling, se habría acordado de Maura con afecto y gratitud, y habría pasado página. Una no se prendaba de la autora de un triple asesinato por extrañamente encantadora que la encontrara. Esa mujer estaba loca, Kayleigh no se hacía ilusiones al respecto. Aun así, quería a Kayleigh con toda su alma, y a Kayleigh le gustaba sentirse querida. Y en fin, quizá también ella, Kayleigh, estaba un poco loca.

Antes de la cárcel, no había conocido el amor despreocupado. Ni amor de ningún tipo, a decir verdad, no desde que era niña.

En un trabajo —no el golpe por el que la habían trincado—, Kayleigh y su novio desvalijaron a un traficante de pastillas que tenía la guarida en la parte de atrás de un motel por horas. En la habitación había un adolescente en una mecedora. La mecedora era bonita, reluciente de tan abrigada, totalmente fuera de lugar en aquel motel de mala muerte, un trono en medio de la basura.

El chico que estaba sentado en ella tenía un agujero enorme, volcánico, en la mejilla. Era una mezcla lustrosa y arremolinada de rojo e intenso negro; un destrozo virulento que emanaba un olor a carne podrida. ¿A qué se debía? ¿Había empezado con un arañazo, una herida, una pequeña infección? ¿O le habían clavado una navaja sucia? ¿Era una enfermedad? Kayleigh consideró una suerte no tener que saberlo ni por qué preocuparse.

Echó al chico unos dieciséis años. Se rascaba el vientre pálido y observaba mientras su novio y ella lo revolvían todo, en busca del alijo. ¿Qué más le pasaba para quedarse allí sentado tan tranquilo y observarlos sin miedo?

El novio de Kayleigh encontró lo que buscaba debajo del colchón de la cama y se lo guardó en la cazadora. Se volvió hacia el chico.

—Tienes la cara podrida —dijo—. ¿Lo sabes?

—Lo sé —contestó el chico.

—Bien. Ahora sal de esa puta mecedora, hijo.

El chico no opuso la menor resistencia. Se levantó de la mecedora y se dejó caer en la cama de muelles, donde se quedó tendido rascándose el vientre. Se llevaron la mecedora junto con el dinero y la droga. Podían cargar con ella porque el novio tenía una camioneta panel truck.

Esa era la clase de vida que Kayleigh llevaba por aquel entonces, una vida en la que, con su pasividad, había ayudado al hombre con el que se acostaba a robar la mecedora que ocupaba un crío. Un crío en un estado lastimoso. Y para colmo ese crío no había hecho nada al respecto. Se había quedado allí tendido, con la cara destrozada inclinada hacia el techo, rascándose el vientre sin hacer una mierda. Quizá porque estaba colocado. Quizá porque le importaba un carajo. Quizá por las dos cosas.

La brisa transportaba un aroma floral.

Kayleigh sintió una punzada de dolor por Maura, pero a la vez la asaltó una intuición: que aquel lugar era mejor, mejor que la cárcel, mejor que el mundo

fuera de la cárcel. Parecía un espacio ilimitado, y notaba la tierra bajo los pies.

—Quienquiera que seas, debo decirte que estoy asustada —admitió Magda—. Y preocupada por Anton.

—No tengas miedo —dijo Kayleigh—. Seguro que Anton está bien. —No sabía quién era ni le importaba. Buscó a tientas la mano de Magda y la encontró—. Vayamos hacia el canto de los pájaros.

Al avanzar en la negrura, advirtieron que descendían por una pendiente suave, entre los árboles.

¿Y aquello de allí era un resplandor o una luz? ¿Era un asomo de sol en el cielo?

Amanecía cuando llegaron a los restos de una caravana situada entre la maleza. Desde allí siguieron un sendero casi desdibujado que las llevó hasta una carretera, Ball's Hill Road, la cual tenía el asfalto agrietado por el paso del tiempo.

El zorro dejó atrás la guarida de la Vieja Essie, atravesó en zigzag el bosque circundante y se detuvo a descansar en un rincón húmedo bajo un cobertizo invadido por la maleza. Una vez dormido, soñó que su madre le llevaba una rata, pero una rata podrida y envenenada, y él advertía que su madre estaba enferma. Tenía los ojos rojos, la boca abierta y torcida, y la lengua le colgaba hasta el suelo. Fue entonces cuando recordó que su madre ya no estaba, su madre había desaparecido hacía muchas estaciones. La había visto tenderse en la hierba alta, y al día siguiente continuaba tendida en el mismo sitio, pero ya no era su madre.

—Hay veneno en las paredes —dijo la rata muerta en la boca de su madre muerta—. Ella dice que la Tierra se compone de nuestros cuerpos. Yo la creo y, ay, el dolor no cesa. Incluso la muerte duele.

Una nube de mariposas nocturnas se abatió sobre la madre muerta del zorro y la rata muerta.

—No te detengas, hijo —dijo su madre—. Tienes trabajo que hacer.

El zorro despertó sobresaltado y acusó un dolor agudo al golpearse el lomo con el filo de algo que sobresalía, un clavo, un cristal o la astilla de una tabla. Era casi de noche.

Cerca de allí se produjo un estrépito atronador: metal y madera, un silbido de vapor, el crepitar violento del fuego. El zorro salió como una flecha de debajo del cobertizo invadido por la maleza y apretó a correr hacia la carretera. Al otro lado de la carretera, se hallaba el bosque más extenso y,

confiaba el zorro, el terreno más seguro.

En la cuneta había un coche empotrado contra un árbol. Una mujer en llamas tiraba de un hombre para sacarlo del asiento delantero. El hombre gritaba. El sonido que emitía la mujer envuelta en fuego era un aullido canino. El zorro entendió su significado: «Te mataré, te mataré, te mataré». Volutas de tela incendiada se agitaban en torno a su cuerpo.

Las circunstancias exigían una decisión. Entre los primeros preceptos personales del zorro figuraba este: No Cruzarás la Carretera en Pleno Día. De día circulaban más coches, y los coches no se dejaban intimidar ni ahuyentar, y menos aún vencer. Cuando pasaban a toda velocidad por el asfalto, emitían también un sonido, y si escuchabas con atención (un zorro siempre escuchaba con atención), descubrirías que ese sonido se componía de palabras, y las palabras eran: «Quiero matarte, quiero matarte, quiero matarte». Los restos calientes y húmedos de animales que habían desoído esas palabras habían proporcionado al zorro muchos excelentes bocados.

No obstante, un zorro que pretendiese sobrevivir debía mantener una actitud flexible ante el peligro. Necesitaba sopesar la amenaza de un coche que *quería* matarlo y la de una mujer en llamas que anunciaba que *iba a* matarlo.

El zorro echó a correr. Al pasar junto a ella, sintió el calor del fuego en el pelaje y la herida del lomo. La mujer en llamas había empezado a estampar la cabeza del hombre contra el asfalto, y el bramido de ira cobró volumen, pero se desvaneció cuando el zorro bajó precipitadamente por el terraplén del lado opuesto de la carretera.

En el bosque grande aminoró el paso. A causa del corte en la parte posterior del lomo, le dolía la pata trasera derecha con cada pisada. Era de noche. Las hojas del año anterior crujían bajo las almohadillas del zorro. Se detuvo a beber en un arroyo. Espirales de aceite se arremolinaban en el agua, pero tenía sed y debía conformarse con lo que encontraba. Posado en un tocón junto al

arroyo, un halcón picoteaba el vientre de una ardilla.

—¿Me dejas un poco? —preguntó el zorro alzando la voz—. Podría ser amigo tuyo.

—Los zorros no tienen amigos —contestó el halcón.

Era verdad, pero el zorro nunca lo reconocería.

—¿Qué embustero te ha dicho eso?

—No sé si sabes que estás sangrando —informó el halcón.

Al zorro no le gustó el tono del ave. Denotaba cierta impaciencia.

El zorro consideró prudente cambiar de tema.

—¿Qué ocurre? Noto algo distinto. ¿Qué le ha pasado al mundo?

—Más adelante hay un árbol. Un árbol nuevo. Un Árbol Madre. Ha aparecido al amanecer. Muy hermoso. Muy alto. He intentado volar hasta arriba del todo y he llegado a ver la copa, pero estaba más allá del alcance de mis alas. —Un pedazo muy rojo de intestino se desprendió con un chasquido del cuerpo de la ardilla y el halcón lo engulló.

El ave ladeó la cabeza. Al cabo de un segundo, llegó un olor al hocico del zorro: humo. Había sido una estación seca. Si la mujer en llamas había cruzado la carretera, bastarían unos pasos entre los matorrales para prenderlo todo.

El zorro tenía que ponerse de nuevo en marcha. Jadeó. Tenía miedo y estaba herido, pero conservaba el entendimiento.

—Tus ojos serán una buena comida para algún animal afortunado —auguró el halcón, y emprendió el vuelo, arrastrando con las garras el cuerpo inerte de la ardilla.

Como de costumbre, el Club de Lectura del Primer Jueves empezó a apartarse del texto de ese mes, que era *Expiación*, de Ian McEwan. El argumento de la novela seguía los pasos de dos amantes, separados casi desde antes de que se iniciara su relación por la falsa acusación de una niña extraordinariamente imaginativa que se llamaba Briony.

Dorothy Harper, a sus setenta y nueve años la mayor autoridad del grupo, declaró que no podía perdonar a Briony su delito.

—Esa golfilla les arruinó la vida. ¿De qué sirve que se arrepienta?

—Según dicen, el cerebro no se desarrolla plenamente hasta que eres mucho mayor —observó Gail Collins—. Briony tenía solo once o doce años cuando mintió. No se la puede culpar. —Gail sostenía la copa de vino entre las dos manos, ahuecadas en torno al cáliz. Estaba sentada a la mesa rinconera, junto a la barra de la cocina.

Blanche McIntyre, la fiel ayudante de la directora Coates (fiel por norma general, al menos), había conocido a Gail en un curso de secretariado hacia treinta años. Margaret O'Donnell, el cuarto miembro del Club de Lectura del Primer Jueves, era hermana de Gail, y la única mujer a quien Blanche conocía con una cartera de valores.

—¿Quién dice eso? —preguntó Dorothy—. Lo del cerebro.

—Los científicos —contestó Gail.

—¡Majaderías! —Dorothy agitó una mano, como para apartar un mal olor. (Dorothy era la única mujer a quien Blanche conocía que aún decía cosas como «majaderías».)

—Es verdad. —Blanche había oído decir al doctor Norcross en la cárcel casi exactamente lo mismo, que el cerebro humano no se desarrollaba plenamente hasta pasados los veinte años. Pero ¿en serio sorprendía tanto? Si uno había conocido alguna vez a un adolescente (o, ya puestos, lo había sido), ¿no era eso axiomático? Los adolescentes no sabían qué demonios hacían, y

menos los varones. ¿Y una niña de doce años? Ni remotamente.

Dorothy ocupaba el sillón junto a la ventana de delante. Estaban en su casa, un cuidado piso en una primera planta de Malloy Street con elegante moqueta de color pizarra y paredes recién pintadas de beige. Daba al bosque que se extendía detrás del edificio. Del actual malestar del mundo, la única señal visible era un incendio —a esa distancia, semejante a la llama de una cerilla—, al oeste, hacia Ball's Hill y la Interestatal 17.

—Fue una crueldad. Me da igual lo pequeño que tuviera el cerebro.

Blanche y Margaret estaban sentadas en el sofá. En la mesita de centro, había una botella de chablis abierta y otra de pinot con el corcho todavía puesto. Estaban también el plato con las galletas que había preparado Dorothy y los tres frascos de pastillas que había llevado Gail.

—A mí me ha encantado —afirmó Margaret—. Me ha encantado todo el libro. Todos los detalles sobre el trabajo de las enfermeras durante los bombardeos de Londres me han parecido asombrosos. ¡Y todo eso sobre la gran batalla y Francia y el viaje a pie hasta la costa, uau! ¡Eso sí que es una caminata! ¡Una caminata *épica*, podría decirse! ¡Y la historia de amor! Tenía un lado *bastante* picante. —Meneó la cabeza y se echó a reír.

Blanche se volvió para mirarla, molesta pese al hecho de que Margaret, como ella, estaba en el bando de aquellas a quienes había gustado *Expiación*. Margaret había trabajado para la compañía ferroviaria hasta que le ofrecieron una bonita suma por aceptar la jubilación anticipada; algunas personas tenían una suerte loca. No paraba de reírse, Margaret O'Donnell, lo cual era raro en alguien que pasaba de los setenta, y le chiflaban las figuras de animales de cerámica; tenía decenas en las repisas de las ventanas. Su última elección de libro había sido la novela de Hemingway sobre aquel idiota que se resistía a soltar el pez, libro que exasperó a Blanche, porque, aceptémoslo, no era más que un puñetero *pez*. Margaret también le había visto el romanticismo a ese.

¿Cómo podía una mujer así haber convertido el pellizco de la jubilación anticipada en una cartera de valores? Era un misterio.

—Vamos, Midge —dijo entonces Blanche—. Somos adultas. No nos comportemos como tontas por un poco de sexo.

—Ah, no, no es eso. Es que es un libro *extraordinario*. Tenemos suerte de despedirnos con este. —Margaret se frotó la frente. Escrutó a Blanche por encima de las gafas de carey—. ¿No habría sido horrible morir después de un mal libro?

—Supongo —contestó Blanche—, pero ¿quién dice que lo que está ocurriendo sea la muerte? ¿Quién dice que vayamos a morir?

La reunión se había programado para esa noche mucho antes de que se declarase Aurora —nunca se perdían un primer jueves—, y las cuatro viejas amigas habían pasado buena parte del día intercambiando mensajes de texto como adolescentes, dando vueltas y más vueltas a si, dadas las circunstancias, debían cancelarla o no. Pero todas habían rechazado la idea. El primer jueves era el primer jueves. Dorothy había dicho en uno de sus mensajes que si esa era su última noche, emborracharse con sus amigas se le antojaba la mejor opción.

Gail y Margaret se habían pronunciado en favor de eso mismo, y también Blanche, con cierta sensación de culpabilidad por dejar a la directora Coates en la estacada, pero estaba en su derecho; ya había hecho horas extras por las que el estado no la compensaría. Además, Blanche quería hablar del libro. A ella, como a Dorothy, la asombraba la maldad de la pequeña Briony, y también la forma en que esa niña mala había madurado hasta convertirse en una adulta muy distinta.

Después, una vez cómodamente instaladas en el salón de Dorothy, Margaret había sacado los frascos de lorazepam, que tenían ya un par de años de antigüedad. Cuando su marido falleció, el médico se lo recetó «solo para

ayudarte a sobrellevarlo, Midge». Margaret no había tomado ni un solo comprimido; aunque triste por haber perdido a su marido, estaba bien de los nervios, quizá mejor que antes, de hecho, porque en cuanto el murió, ella ya no tuvo que preocuparse por la posibilidad de que se matase retirando a paladas la nieve del camino de acceso en invierno o encaramándose a la escalera de mano para podar las ramas de un árbol que ya se acercaban demasiado a los cables de alta tensión. Pero como el seguro cubría el coste, aprovechó las recetas. Nunca se sabía qué podía llegar a ser útil, ese era su lema. O cuándo. En ese momento parecía que la ocasión había llegado.

—Mejor que lo hagamos juntas, eso he pensado —anunció Margaret—. Así da menos miedo.

Las otras tres, sin grandes objeciones, coincidieron en que era buena idea. Dorothy Harper también era viuda. El marido de Gail estaba en una residencia de ancianos y por entonces ya no reconocía ni a sus hijos. Y hablando de los hijos de las chicas del Primer Jueves, eran todos adultos de mediana edad que vivían en distintos lugares lejos de los montes Apalaches, y no era factible una reunión en el último momento. Blanche, la única del grupo que no estaba jubilada, no se había casado ni había tenido hijos, probablemente mejor así, teniendo en cuenta el cariz que estaban tomando las cosas.

La pregunta que había planteado Blanche puso fin a las risas.

—Quizá nos despertemos siendo mariposas —comentó Gail—. Esos capullos que he visto en las noticias me recuerdan a los que hacen las orugas.

—También las arañas envuelven a las moscas —apuntó Margaret—. Creo que los capullos se parecen más a eso que a los de una crisálida.

—Yo no me hago ilusiones. —En algún momento de los últimos cinco minutos la copa llena de Blanche había pasado a ser una copa vacía.

—Yo espero ver un ángel —dijo Dorothy.

Las otras tres la miraron. No parecía estar bromeando. Contrajo la barbilla

y la boca como en un pequeño puño.

—Me he portado bastante bien, ¿sabéis? —añadió—. He intentado ser amable. Buena esposa. Buena madre. Buena amiga. Después de jubilarme, he trabajado como voluntaria. Incluso conduzco hasta Coughlin los lunes para la reunión de mi comité.

—Lo sabemos —dijo Margaret, y tendió una mano en el aire hacia Dorothy, que era la bondad personificada.

Gail la imitó, y lo mismo hizo Blanche.

Los frascos circularon de mano en mano, y cada mujer tomó dos comprimidos. Después de este acto de comunión, las cuatro amigas, inmóviles, se miraron.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Gail—. ¿Esperar sin más?

—Llorar —respondió Margaret, y dejó escapar una risita a la vez que simulaba frotarse los ojos con los nudillos—. ¡Llorar, llorar, llorar!

—Pasa las galletas —dijo Dorothy—. Dejo la dieta.

—Yo quiero volver al libro —propuso Blanche—. Quiero hablar del cambio de Briony. *Ella* sí es como una mariposa. Eso me ha parecido maravilloso. Me ha recordado a algunas mujeres de la cárcel de Dooling.

Gail había cogido el pinot de la mesa de centro. Retiró el capuchón y clavó el sacacorchos.

Mientras ella iba rellenando las copas, Blanche prosiguió:

—Ya sabéis que hay mucha reincidencia... violación de la libertad condicional, recaídas en las malas costumbres y esas cosas... pero algunas sí cambian. Algunas empiezan vidas totalmente nuevas como Briony. ¿No os parece inspirador?

—Sí —dijo Gail. Levantó su copa—. Porque resurjamos en vidas nuevas.

Frank y Elaine se detuvieron en el umbral de la puerta de la habitación de Nana. Eran más de las nueve. Tras apartar la sábana, la habían dejado acostada en la cama. En la pared colgaban un póster de una banda uniformada en pleno desfile y un tablón de corcho con los mejores dibujos de Nana de personajes de Manga. Pendía del techo un carillón de tubos y cuentas de cristal de colores. Elaine insistía en el orden, así que en el suelo no había ni ropa ni juguetes. Las persianas estaban cerradas. En torno a la cabeza de Nana, la excrecencia presentaba forma de bulbo. Las que tenía en torno a las manos eran idénticas, solo que más pequeñas. Mitones sin pulgares.

Aunque ninguno de los dos había dicho nada al respecto, cuando llevaban más un minuto allí juntos en silencio, Frank cayó en la cuenta de que ambos temían apagar la luz.

—Dentro de un rato volveremos a ver cómo sigue. —Por pura costumbre, Frank dijo esto a Elaine en susurros, como en tantas ocasiones cuando deseaban evitar a toda costa que Nana se despertase, en lugar de lo contrario.

Elaine asintió. Al unísono, se retiraron de la puerta abierta de su hija y bajaron a la cocina.

Mientras Elaine permanecía sentada a la mesa, Frank se dispuso a preparar café, llenó el depósito de agua y retiró los posos anteriores. Era algo que había hecho mil veces, aunque nunca a esas horas. La normalidad de esa actividad lo tranquilizó.

Los pensamientos de ella iban por los mismos derroteros.

—Como en los viejos tiempos, ¿no? La niña enferma arriba, nosotros aquí abajo, preguntándonos si estamos haciendo lo correcto.

Frank pulsó el interruptor de la cafetera. Elaine había apoyado la cabeza en la mesa, entre los brazos.

—Deberías erguirte —aconsejó él con delicadeza, y ocupó la silla de delante.

Elaine asintió y enderezó el tronco. Tenía el flequillo adherido a la frente y la expresión lastimera y perpleja —como si preguntase «¿qué ha pasado, quién ha sido?»— de alguien que acaba de recibir un golpe en el cráneo. Suponía que él no ofrecía mucho mejor aspecto.

—Pero, bueno, sé a qué te refieres —dijo Frank—. Me acuerdo. Preguntándonos cómo pudimos engañarnos hasta el punto de llegar a pensar, para empezar, que éramos capaces de cuidar de otro ser humano.

Aquello arrancó una sonrisa radiante al rostro de Elaine. Al margen de su situación actual, habían sobrevivido juntos a un bebé, lo cual no era un logro menor.

La cafetera emitió un pitido. Durante un momento había dado la impresión de que reinaba el silencio, pero de repente Frank tomó conciencia del ruido exterior. Alguien vociferaba. Se oían sirenas de policía, la alarma de un coche. Instintivamente ladeó la cabeza en dirección a la escalera, hacia Nana.

Por supuesto, no oyó nada; ya no era un bebé, y no estaban en los viejos tiempos, esos no se parecían a ninguno anterior. Tal como Nana dormía esa noche, era imposible imaginar qué nivel de alboroto podía despertarla, inducirle a abrir los ojos debajo de la capa de fibra blanca.

Elaine también había inclinado la cabeza hacia la escalera.

—¿Qué pasa, Frank?

—No lo sé. —Eludió la mirada de ella—. No deberíamos habernos marchado del hospital. —No estaba del todo seguro de creer en su propia insinuación de que la responsable era Elaine, pero necesitaba compartir la culpa, sacudirse un poco la suciedad que sentía y echársela a ella. El hecho de saber que era eso lo que estaba haciendo, de no dudarlo, lo llevó a detestarse. Aun así no podía evitarlo—. Deberíamos habernos quedado. Nana necesita un

médico.

—Todas lo necesitan, Frank. Pronto yo también lo necesitaré. —Se sirvió una taza de café. Pasaron años mientras revolvió la leche y el edulcorante. Frank pensó que esa parte de la discusión quedaba zanjada, pero a continuación ella añadió—: Deberías agradecerme que haya insistido en que nos fuéramos.

—¿Qué?

—He impedido que hicieras lo que tal vez habrías hecho si nos hubiésemos quedado.

—¿De qué estás hablando?

Pero él ya lo sabía, naturalmente. Cada matrimonio tenía su propio lenguaje, sus propias palabras en clave, construido a base de experiencia compartida. Elaine pronunció a continuación dos de esas palabras:

—Fritz Meshaum.

Con cada vuelta, la cuchara chocaba contra la loza de la taza: *clic, clic, clic*. Como la combinación de una caja fuerte.

Fritz Meshaum.

Un nombre de mala reputación, que Frank habría deseado olvidar, pero ¿se lo permitiría Elaine? No. Levantarle la voz a la maestra de Nana aquella vez había estado mal, y el famoso puñetazo en la pared había estado peor, pero el incidente con Fritz Meshaum era lo peor de todo. Fritz Meshaum era la rata muerta que ella meneaba ante su cara siempre que se sentía arrinconada, como ocurrió esa noche. Si al menos se diera cuenta de que estaban los dos juntos en el rincón, en el mismo bando, el bando de *Nana*... pero no. Muy al contrario,

tenía que sacar a relucir lo de Fritz Meshaum. Tenía que menear la rata muerta.

Frank había ido a cazar un zorro, nada fuera de lo común en la zona boscosa de los Tres Condados. Alguien había visto que rondaba uno por los campos al sur de la Interestatal 17, no muy lejos de la cárcel de mujeres. Llevaba la lengua colgando, y la persona que lo había notificado pensaba que podría tener la rabia. Frank lo dudó, pero se tomaba los avisos de rabia muy en serio, como cualquier agente de Control Animal que se preciara. Fue al granero semiderruido donde habían avistado al zorro y se pasó media hora al acecho entre los matorrales. No encontró nada, salvo el armazón oxidado de un Cutlass de 1982 con unas bragas podridas atadas a la antena.

De regreso al arcén donde había estacionado la furgoneta, atajó por el borde de una finca vallada. Formaba la cerca una mezcla de chatarra, tabloncillos putrefactos, tapacubos y planchas metálicas acanaladas, y las brechas eran tantas que, más que disuadir a los intrusos, atraía la atención. A través de esos huecos, Frank alcanzó a ver la casa blanca desconchada y el desatendido jardín. Un neumático se mecía en el extremo de una cuerda raída que colgaba de un roble; harapos negros rodeados de insectos se apilaban al pie del árbol; una caja de reparto de leche llena de restos de hierro montaba guardia junto a los peldaños del porche; un bidón de gasolina (vacío, cabía suponer), tirado de forma descuidada, descansaba como un sombrero en lo alto de una mata de buganvilla que crecía sin control e invadía parte del porche. Esparcidos por la tela asfáltica del tejado se veían los fragmentos de cristal de una ventana rota del piso de arriba, y en el camino de acceso, una furgoneta flamante, azul como el Pacífico y lustrosa. Dispersos en torno a los neumáticos traseros, había diez o doce cartuchos de escopeta usados, en otro tiempo de vivo color rojo, ya de un rosa desvaído, como si llevaran allí mucho tiempo.

Era un cliché en toda regla —la casa ruinosa y la furgoneta flamante—, tanto que Frank estuvo a punto de soltar una carcajada. Continuó

tranquilamente, con una sonrisa, y tardó unos segundos en asimilar algo que no tenía sentido: los harapos negros se movían. Se revolvían.

Retrocedió hasta una brecha en el revoltijo de la cerca. Observó los harapos. Respiraban.

Y ocurrió como siempre parecían ocurrir las cosas, como en un sueño. Más que deslizarse por debajo de la cerca y cruzar realmente el patio, tuvo la impresión de que se teletransportaba hasta la silueta negra al pie del árbol.

Era un perro, aunque Frank no habría querido elucubrar sobre la raza: algo de tamaño medio, quizá un pastor alemán, quizá un labrador joven, quizá solo un chucho de campo. Tenía el pelaje negro raído y picaduras de pulga. Allí donde el pelo había desaparecido se veían ronchas infectadas. El único ojo visible del animal era una pequeña mancha blanca hundida en un contorno que semejaba vagamente una cabeza. En torno al perro, sobresalían las cuatro patas, todas torcidas, todas rotas sin duda. Grotescamente —ya que ¿cómo iba a escaparse?—, llevaba una cadena que le rodeaba el cuello y lo sujetaba al árbol. El costado del animal subía y bajaba al ritmo de su respiración.

—¡Has entrado en una propiedad privada! —anunció una voz a la espalda de Frank—. ¡Chico, estoy apuntándote con un arma!

Frank levantó las manos y, al volverse, se encontró ante Fritz Meshaum, un hombrecillo que, con su rústica barba roja y greñuda, parecía un gnomo. Vestía vaqueros y una camiseta descolorida.

—¿Frank? —Fritz pareció perplejo.

Se conocían, aunque no mucho, del Squeaky Wheel. Frank recordó que Fritz era mecánico, y que, según decían, era a quien acudir si querías comprar un arma. Si era verdad o no, Frank lo ignoraba, pero habían intercambiado rondas hacía unos meses, sentados a la barra, mientras veían un partido de fútbol universitario. Fritz —ese monstruo torturador de perros— había expresado su preferencia por la jugada optativa; dudaba que los Mountaineers tuvieran el

talento necesario para llevarla a cabo con éxito de manera continuada. Frank no tuvo ningún problema en darle la razón. Apenas sabía nada de ese deporte. Sin embargo, hacia el final del partido, Meshaum, rebosante de cerveza, había dejado de insistir en los méritos de la jugada optativa y había intentado desviar la conversación hacia el tema de los judíos y el gobierno federal.

—Esos narigudos se llenan los bolsillos, ¿sabías? —Fritz se había inclinado hacia delante—. O sea, mi familia viene de Alemania. Así que lo sé bien.

Frank había elegido ese momento para disculparse y marcharse.

Fritz bajó el rifle con el que lo tenía encañonado.

—¿Qué haces aquí? ¿Has venido a comprar un arma? Podría venderte una buena, larga o corta. Eh, ¿te apetece una cerveza?

Aunque Frank siguió callado, su lenguaje corporal debió de transmitir algún tipo de mensaje, porque Fritz, con tono apesadumbrado, añadió:

—¿Te preocupa ese perro? Pues no te preocupes. El hijo de puta mordió a mi *neffe*.

—¿Tu qué?

—*Neffe*. Sobrino. —Fritz meneó la cabeza—. Algunas de las palabras que decía mi gente se te quedan. Te sorprendería...

Y eso fue lo último que Meshaum pronunció.

Cuando Frank terminó, la culata del rifle que le había quitado a aquel cabrón y había utilizado para la mayor parte del trabajo estaba agrietada y manchada de sangre. El otro hombre, caído en la tierra, se sujetaba la entrepierna, donde Frank le había golpeado repetidamente con la culata. Tenía los ojos enterrados en la carne hinchada y escupía sangre a cada exhalación trémula que lograba sacar de debajo de las costillas que Frank le había hundido o roto. Las probabilidades de que Fritz muriera a causa de la paliza parecían, inmediatamente después, considerables.

Aunque tal vez no hubiera hecho tanto daño a Fritz Meshaum como él pensaba, eso se decía a sí mismo, pese a que durante semanas permaneció atento a las necrológicas, y nadie fue a detenerlo. Pero Frank no se sentía culpable. Era un perro pequeño, y los perros pequeños no podían defenderse. No había justificación posible para torturar así a un animal, por muy malas pulgas que tuviera. Algunos perros eran capaces de matar a una persona. Sin embargo, ningún perro haría a una persona lo que Fritz Meshaum había hecho a aquella criatura lastimera encadenada al pie del árbol. ¿Qué podía entender un perro del placer que los hombres obtenían con la crueldad? Nada, y nunca podría entenderlo. En cambio Frank sí lo entendía, y en su alma se sentía en paz por lo que había hecho a Fritz Meshaum.

En cuanto a la mujer de Meshaum, ¿cómo iba a saber Frank que ese hombre tenía una mujer siquiera? Aunque para entonces sí lo sabía. Y tanto que lo sabía. Elaine se había asegurado de que así fuera.

5

—¿Su mujer? —preguntó Frank—. ¿Es ahí adonde querías ir a parar con esto? No me sorprende que se presentara en el albergue. Fritz Meshaum es un hijo de puta.

Cuando empezó a hablarse del asunto en el pueblo, Elaine preguntó si era verdad, que le había dado una paliza a Fritz Meshaum. Él cometió el error de sincerarse, y ella nunca le permitió olvidarlo.

Elaine dejó a un lado la cuchara y bebió café.

—Eso no te lo discuto.

—Espero que por fin lo haya abandonado —comentó Frank—. Aunque no es que ella sea responsabilidad mía.

—¿No es responsabilidad tuya que su marido, cuando se recuperó de la paliza que le diste lo suficiente para volver a casa del hospital, estuviera a punto de matarla a golpes?

—No, en absoluto. Yo no le he puesto la mano encima a esa mujer. Ya hemos hablado de ese asunto.

—Ajá —dijo Elaine—. Y el niño que perdió tampoco es responsabilidad tuya, ¿verdad?

Frank cogió aire entre los dientes apretados. Él no sabía nada de ningún bebé. Era la primera vez que Elaine lo mencionaba. Había esperado el momento idóneo para tenderle una emboscada. Vaya esposa, vaya amiga.

—Embarazada, ¿eh? Y perdió al bebé. Vaya, eso sí es un mal trago.

Elaine le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Así lo llamas? ¿Un mal trago? Me asombra tu compasión. Nada de eso habría pasado si te hubieras limitado a avisar a la policía. Nada de eso, Frank. Él habría ido a la cárcel, y Candy Meshaum tendría a su bebé.

Azuzar la culpabilidad ajena era la especialidad de Elaine. Pero si ella hubiera visto al perro —cómo lo había maltratado Fritz—, quizá se lo habría pensado mejor antes de fulminarlo con la mirada. Los Meshaum de este mundo tenían que pagar. Lo mismo podía decirse del doctor Flickinger...

En ese punto se le ocurrió una idea.

—¿Y si voy a buscar al hombre del Mercedes? Es médico.

—¿Te refieres al tío que atropelló al gato de ese viejo?

—Sí. Estaba muy arrepentido de conducir tan rápido. Seguro que nos ayudaría.

—¿Has oído algo de lo que acabo de decir, Frank? ¡Te vuelves loco, y eso siempre tiene consecuencias!

—Elaine, olvídate de Fritz Meshaum y olvídate de su mujer. Olvídate de mí. Piensa en Nana. Quizá ese médico podría ayudarla. —Tal vez Flickinger

incluso se sintiera en deuda con Frank, que se había desahogado con su coche en lugar de echar la puerta abajo y desahogarse con el buen doctor en persona.

Se oyeron más sirenas, y el rugido de una moto que pasó por la calle.

—Frank, me gustaría creerlo. —Elaine habló lenta y cuidadosamente, con pretendida sinceridad, pero era la misma cadencia que adoptaba al explicar a Nana lo importante que era mantener los cajones en orden—. Porque te quiero. Pero te conozco. Pasamos juntos diez años. Estuviste a punto de matar a un hombre de una paliza por un perro. Dios sabe cómo has tratado a ese Flickmuller, o como se llame.

—*Flickinger*. Se llama Garth Flickinger. *Doctor* Garth Flickinger. —En serio, ¿cómo podía ser tan tonta? ¿Acaso no habían estado a punto de pisotearlos, o pegarles un tiro, al intentar que un médico viera a su hija?

Elaine apuró el resto del café.

—Quédate aquí con tu hija. No trates de arreglar lo que ni siquiera entiendes.

Sombríamente, Frank Geary tomó conciencia de una cosa: todo sería más fácil una vez que Elaine también se quedase dormida. Pero de momento seguía despierta. Igual que él.

—Te equivocas —dijo Frank.

Elaine parpadeó.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

—Crees que siempre tienes la razón. A veces la tienes, pero esta vez no.

—Gracias por esa extraordinaria percepción. Voy a subir a sentarme con Nana. Ven conmigo si quieres, pero si vas a buscar a ese hombre... si vas a *cualquier* sitio... lo nuestro se acabó.

Frank sonrió. Se sentía bien. Era un gran alivio sentirse bien.

—Ya se ha acabado.

Elaine fijó la mirada en él.

—Lo único que me importa ahora es Nana. Solo ella.

6

De camino a la furgoneta, Frank se detuvo a contemplar la leña apilada junto a la escalera de la puerta de atrás, troncos que había cortado él mismo. Dos metros cúbicos del invierno anterior. La pequeña estufa Jøtul de la cocina creaba un ambiente hogareño y acogedor en los meses fríos. A Nana le gustaba sentarse cerca, a hacer sus tareas en la mecedora. Cuando se inclinaba sobre los libros con una cortina de cabello ante el rostro, parecía, pensaba Frank, una niña del siglo XIX, tiempos en que la relación entre hombres y mujeres era mucho más sencilla. Por aquel entonces uno decía a una mujer qué se proponía hacer, y ella coincidía o mantenía la boca cerrada. Recordaba lo que había dicho su padre a su madre cuando ella protestó por la compra de una nueva cortacésped a motor: «Tú ocúpate de la casa. Yo ganaré el dinero y pagaré las facturas. Si tienes algún problema con eso, dilo».

Ella no había dicho nada. El matrimonio les había ido bien en esos términos. Casi cincuenta años. Sin consejeros matrimoniales, ni separaciones ni abogados.

Había una lona grande encima de la leña, y otra más pequeña sobre el tajo. Levantó esta última y desclavó el hacha del tocón de madera, lleno de marcas. Flickinger no parecía gran cosa, pero nunca estaba de más ir preparado.

7

Dorothy fue la primera en caer. Con la cabeza hacia atrás, la boca abierta, la

dentadura un poco desplazada y moteada de migas de galleta, empezó a roncar. Las otras tres observaron las hebras blancas que flotaron y se desprendieron, se dividieron y flotaron, flotaron y se posaron de nuevo en la piel. Se apilaban como vendas diminutas y, entrecruzándose, tejían la envoltura.

—Ojalá... —empezó a decir Margaret, pero no lograba acabar de formular el deseo, fuera cual fuese.

—¿Creéis que está sufriendo? —preguntó Blanche—. ¿Creéis que duele? — Aunque consciente de la gravedad de sus propias palabras, ella personalmente no sentía el menor dolor.

—No. —Gail, tambaleante, se puso en pie, y el ejemplar de *Expiación*, que había tomado prestado de la biblioteca, cayó al suelo con un aleteo de papel y crujidos del forro de plástico. Apoyándose en los muebles, cruzó el salón hacia Dorothy.

En medio del aturdimiento, Blanche quedó impresionada por aquel esfuerzo. Además de las pastillas, habían dado cuenta de la botella de pinot, y era Gail quien más había bebido. En la cárcel había una funcionaria que participaba en competiciones de pulsos. Blanche se preguntó si también existían competiciones en las que una bebía vino y se drogaba y después deambulaba sin tropezar con las sillas ni chocar con las paredes. ¡Quizá fuera la verdadera vocación de Gail!

Blanche deseaba expresar todo eso a Gail, pero descubrió que solo era capaz de decir:

—Qué... bien... andas..., Gail.

Observó a Gail mientras se inclinaba hacia el oído de Dorothy, cubierta ya de un fino revestimiento de tela.

—¿Dorothy? ¿Nos oyes? Quedemos en el... —Gail se interrumpió.

—¿Qué sitio conocemos en el cielo, Midge? ¿Dónde le digo que nos veamos?

Pero Margaret no contestó. No podía. Las hebras también se entretejían ya en torno a su cabeza.

Los ojos de Blanche, que parecían moverse por voluntad propia, se posaron en la ventana y en el incendio al oeste. Este había aumentado: ya no era una cerilla, sino la cabeza de un ave ardiente. Quedaban los hombres para combatir el fuego, pero tal vez, ocupados en cuidar de sus mujeres, se desentendían de sus responsabilidades. ¿Cómo se llamaba esa ave mágica que se convertía en fuego y renacía, un ave temible, horrenda? No lo sabía. Lo único que recordaba era una vieja película japonesa de monstruos titulada *Rodan*. La había visto de niña, y el ave gigante la había aterrorizado. En ese momento no estaba aterrorizada, solo... interesada.

—Hemos perdido a mi hermana —anunció Gail. Se había sentado en la moqueta y estaba apoyada en las piernas de Dorothy.

—Solo duerme —dijo Blanche—. No la has perdido, cariño.

Gail asintió con la cabeza en un gesto tan enfático que el cabello le cayó sobre los ojos.

—Sí, sí. Tienes razón, Blanche. Solo tenemos que reencontrarnos. Buscarnos en el cielo. O... bueno... en una versión facsímil. —Se rio de su propio comentario.

Blanche fue la última. A rastras, se acercó a Gail, dormida bajo una capa de telarañas.

—Tuve un amor —le dijo Blanche—. Seguro que no lo sabías. Lo mantuvimos... bajo mano, como les gusta decir a las chicas de la cárcel. No hubo más remedio.

Los filamentos que cubrían la boca de su amiga ondearon cuando Gail exhaló. Un fino hilo se extendió insinuante en dirección a Blanche.

—Creo que él también me quería... —Era difícil de explicar. Ella era joven. Cuando eras joven, tu cerebro no estaba del todo desarrollado. No conocías a los hombres. Era triste. Él estaba casado. Ella esperó. Envejecieron. Blanche renunció a la parte más dulce de su alma por un hombre. Él le hizo hermosas promesas y no cumplió ninguna. Qué desperdicio.

—Puede que esto sea lo mejor que ha pasado jamás. —Si Gail hubiera estado despierta, esas palabras de Blanche habrían resultado demasiado débiles y confusas para entenderlas. Blanche tenía la lengua entumecida—. Porque al menos estamos todas juntas, ahora, al final.

Y si había algo más, en alguna otra parte...

Antes de que Blanche McIntyre pudiera acabar de formular el pensamiento, se adormeció.

9

Garth Flickinger no se sorprendió de ver a Frank.

Después de ver NewsAmerica durante las últimas doce horas más o menos, y de fumarse todo lo que tenía en casa excepto su mascota, una iguana (Gillies), probablemente nada lo habría sorprendido. Si sir Harold Gillies en persona, el pionero de la cirugía plástica muerto hacía muchos años, hubiese bajado por la escalera y entrado en la cocina para freírse un huevo, no habría elevado el listón de lo insólito muy por encima de los fenómenos de los que Garth había sido testigo ese día por televisión.

La conmoción por el violento episodio ocurrido en la caravana de Truman Mayweather mientras Garth estaba echando una meada en el váter no fue más

que el prelude de lo que lo había mantenido absorto en las horas transcurridas desde entonces, allí sentado en el sofá. Disturbios frente a la Casa Blanca, una mujer arrancando la nariz de un bocado al líder de una secta, un enorme 767 perdido en el mar, celadores de residencias de la tercera edad ensangrentados, ancianas envueltas en telarañas y esposadas a sus camillas, incendios en Melbourne, incendios en Manila e incendios en Honolulu. Se había producido una catástrofe de padre y muy señor mío en el desierto a las afueras de Reno, donde estaba claro que el gobierno tenía una instalación nuclear secreta o algo así; los científicos informaban de que los contadores Geiger no paraban de oscilar y los sismógrafos subían y bajaban de golpe, detectando continuas detonaciones. En todas partes las mujeres se dormían y quedaban revestidas de un capullo, y en todas partes algún gilipollas las despertaba. La maravillosa periodista de NewsAmerica, Michaela, la de la rinoplastia de primera, había desaparecido a media tarde y, para sustituirla, habían ascendido a una becaria tartamuda con un aro en el labio. Garth recordó una pintada que había visto en la pared de unos lavabos de hombre: LA GRAVEDAD NO EXISTE, LA TIERRA SE NOS TRAGA.

Lo mirase por donde lo mirase, desde todos los puntos de vista, *aquello* era como para decir: «Tierra, trágame». Ni la meta ayudaba. Bueno, ayudaba un poco, pero no tanto como debería. Para cuando empezó a sonar el timbre —*cling-clong, cling-clong*—, Garth se sentía lúcidamente sobrio. No tenía especiales ganas de abrir la puerta, no esa noche. Ni se sintió obligado a levantarse cuando su visitante prescindió del timbre y empezó a llamar a la puerta con los nudillos. Luego con el puño. ¡Muy enérgicamente!

Cesó el aporreo. Cuando Garth pensaba ya que la visita no deseada había desistido, empezaron los hachazos. Hachazos y ruido de madera astillada. La puerta se abrió hacia dentro con un temblor, liberada de la cerradura, y entró el hombre que había estado allí antes, hacha en mano. Garth supuso que aquel

tipo se disponía a matarlo, y la perspectiva no le entristeció demasiado. Tal vez doliera, pero con suerte no duraría demasiado.

Mucha gente se mofaba de la cirugía plástica. Garth, no. ¿Qué tenía de gracioso que desearas que te gustase tu cara, tu cuerpo, tu única piel? A menos que fueras cruel o estúpido, no tenía nada de gracioso. Pero de pronto Garth se sintió como si el hazmerreír fuese él. ¿Qué clase de vida les esperaba si solo quedaba la mitad de la especie? Una vida cruel y estúpida. Garth enseguida tomó conciencia. A menudo llegaban a su consulta mujeres hermosas con fotografías de otras mujeres hermosas: «¿Puede conseguir que me parezca a ella?». Y detrás de muchas mujeres hermosas que pretendían retocarse esos rostros perfectos se ocultaban tipejos miserables que nunca estaban satisfechos. Garth no quería quedarse solo en un mundo de tipejos miserables, porque había muchos.

—Pase, pase, no se ande con formalidades. Solo estaba poniéndome al día con las noticias. ¿No habrá visto por casualidad esa parte en que la mujer arranca la nariz de un mordisco al hombre?

—Pues sí —contestó Frank.

—A mí se me dan muy bien las narices, y me encantan los desafíos, pero si no hay gran cosa con la que trabajar, poco puede hacerse.

Frank se quedó de pie junto al extremo del sofá, a unos pasos de Garth. El hacha era pequeña, pero seguía siendo un hacha.

—¿Tiene intención de matarme?

—¿Cómo? No. He venido...

Los distrajo a ambos el televisor de pantalla plana, donde una cámara mostró imágenes de una tienda de Apple en llamas. En la acera, delante de la tienda, un hombre con el rostro ennegrecido a causa del fuego y un bolso de color fucsia humeante al hombro, sumido en un estado de aturdimiento, caminaba en círculo. De repente el símbolo de la manzana de la entrada de la

tienda se desprendió y se estrelló contra el suelo.

Un rápido cambio de plano llevó a los espectadores de nuevo con George Alderson. George presentaba un gris decolorado y tenía la voz áspera. Llevaba en el aire todo el día. «Acabo de recibir una llamada de mi... esto... hijo. Ha ido a casa a ver cómo estaba mi mujer. Sharon y yo llevamos casados... —El locutor agachó la cabeza y se tocó el nudo de la corbata rosa, manchada de café. Garth pensó que era la señal más perturbadora hasta el momento del carácter sin precedentes de la situación—. Cuarenta y dos años. Timothy, mi hijo, dice... dice...» George Alderson empezó a sollozar. Frank cogió el mando a distancia de la mesita y apagó el televisor.

—¿Tiene la cabeza lo bastante despejada para entender qué está pasando, doctor Flickinger? —Frank señaló la pipa que había encima de la mesita.

—Por supuesto. —Garth sintió un punto de curiosidad—. ¿Es verdad?, ¿no está aquí para matarme?

Frank se pellizcó el caballete de la nariz. Garth tuvo la impresión de estar observando el exterior de un serio monólogo interior.

—He venido para pedirle un favor. Usted lo hace, y estamos en paz. Se trata de mi hija. Es lo único bueno que me queda en la vida. Y se ha contagiado. De Aurora. Necesito que venga y la examine... —Abrió y cerró la boca varias veces más, pero sus palabras acabaron ahí.

Garth se acordó de su propia hija, Cathy.

—No se hable más —contestó Garth a la vez que cortaba el hilo de ese pensamiento de golpe y lo dejaba alejarse como un trozo de cinta arrastrado por un viento intenso.

—¿Sí? ¿En serio?

Garth tendió una mano. Puede que hubiera sorprendido a Frank Geary, pero no a sí mismo. Había muchas cosas que no podían evitarse. Garth siempre se alegraba cuando sí podía evitarlas. Y sería interesante ver de cerca los efectos

de Aurora.

—Por supuesto. Ayúdeme a levantarme, ¿quiere?

Frank lo puso en pie, y Garth, después de unos pasos, se encontró bien. El médico se disculpó un momento y entró en una habitación contigua. Cuando regresó, llevaba un pequeño estuche negro y un maletín. Salieron a la noche. Mientras se dirigían hacia la furgoneta de Frank, Garth rozó con la mano las ramas del lilo que asomaba por la ventanilla trasera del lado del pasajero de su Mercedes, pero se abstuvo de hacer comentarios.

10

El zorro se alejó renqueante del incendio que la mujer en llamas había provocado en la maleza, pero llevaba fuego en su interior. Le ardía la parte posterior del lomo. Era un problema, porque no podía apretar el paso y olía su propia sangre. Si él olía su sangre, otros también la olerían.

Todavía quedaban unos cuantos pumas en ese bosque, y si uno de ellos olfateaba su lomo y su cuarto trasero ensangrentados, sería su final. Hacía mucho que no veía un puma, no desde que su madre rebosaba leche y los otros cuatro cachorros de la camada vivían (ya habían muerto todos, uno por beber agua corrompida, otro por comer un cebo envenenado, otro con la pata desgarrada en una trampa, chillando y llorando, otro desapareció en medio de la noche), pero también había cerdos salvajes. El zorro los temía más que a los pumas. Se habían escapado de la pocilga de un granjero y se habían criado en el bosque. Ya había muchos. Normalmente, el zorro habría escapado de ellos sin mayor dificultad y tal vez incluso se habría divertido un poco a su costa; eran muy torpes. Esa noche, sin embargo, apenas podía correr. Pronto ni siquiera sería capaz de trotar.

El bosque terminaba en una casa metálica que olía a sangre humana y muerte humana. Cintas amarillas colgaban alrededor. Había objetos metálicos de los hombres entre la maleza y en la piedra triturada de delante. Con el tufo de la muerte, se mezclaba otro olor, algo que no había percibido nunca. No era exactamente un olor humano, pero *parecía* un olor humano.

Y femenino.

Dejando de lado el miedo a los cerdos salvajes, el zorro se alejó del escenario del asesinato. Cojeaba y de vez en cuando se tumbaba de costado, postura en la que permanecía un rato, jadeando, hasta que el dolor remitía. Entonces seguía adelante. Tenía que seguir adelante. Ese olor era exótico, dulce y amargo al mismo tiempo, irresistible. Tal vez lo condujera a un lugar seguro. Parecía poco probable, pero el zorro estaba desesperado.

El olor exótico se intensificó. Se combinaba con otro olor femenino, pero ese era más reciente y claramente humano. El zorro se detuvo para olisquear una de las huellas de Lila en la marga y después una mancha de una sustancia blanca en forma de pie humano descalzo.

Un pájaro pequeño revoloteó hasta posarse en una rama baja. Esta vez no era un halcón. Era un tipo de pájaro que el zorro no había visto nunca. Era verde. Emanaba un aroma, húmedo y penetrante, para el que el zorro carecía de contexto. Ahuecó las alas, dándose importancia.

—No cantes, por favor —dijo el zorro.

—De acuerdo —contestó el pájaro verde—. De todos modos casi nunca canto de noche. Veo que estás sangrando. ¿Te duele?

El zorro, cansado como estaba, fue incapaz de disimular.

—Sí.

—Revuélcate en esa telaraña. Dejará de dolerte.

—Me envenenaré —afirmó el zorro. Le ardía el lomo, pero conocía el veneno, vaya si lo conocía. Los humanos lo envenenaban todo. Era su mayor

talento.

—No. El veneno está desapareciendo de este bosque. Revuélcate en la telaraña.

Quizá el pájaro mentía, pero el zorro no veía otra salida. Se dejó caer de costado y se revolcó sobre el lomo, como hacía a veces entre los excrementos de ciervo para camuflar su propio rastro. Un grato frescor le alivió el dolor del lomo y el cuarto trasero. Se dio otro revolcón y luego, levantándose de un brinco, miró hacia la rama con los ojos brillantes.

—¿Tú qué eres? ¿De dónde has venido? —preguntó el zorro.

—Del Árbol Madre.

—¿Dónde está?

—Déjate llevar por el olfato —respondió el pájaro verde y, alzando el vuelo, se alejó en la oscuridad.

El zorro siguió las pisadas recubiertas de tela, deteniéndose dos veces más para revolcarse en ellas. Lo aliviaban, refrescaban y vigorizaban. El aroma a mujer era aún intenso; ese otro olor no del todo femenino, ya resultaba más débil. Para el zorro, esos datos, unidos, tenían una interpretación. La no-mujer había llegado primero y se había dirigido al este, en dirección a la casa metálica y el cobertizo, ya quemado. La mujer real había llegado después y había seguido el rastro de la no-mujer hasta algún destino más adelante; luego había regresado a la maloliente casa metálica rodeada de cintas amarillas.

En pos de esos rastros entrecruzados, el zorro se adentró en los matorrales, ascendió por el terraplén y atravesó una arboleda de abedules enanos. De algunas ramas pendían jirones de tela que despedían ese exótico olor. Más allá había un claro. El zorro salió trotando. Trotaba con más facilidad y sintió que si aparecía uno de esos cerdos, no solo podría correr, sino incluso volar. Se sentó en el claro y contempló el árbol, que parecía compuesto de muchos troncos entrelazados. Se elevaba en el cielo oscuro hasta donde alcanzaba a

ver. Pese a que no había viento, el árbol susurraba, como si hablara solo. Allí el olor de la no-mujer se perdía en un centenar de rastros distintos. Muchas aves y muchos animales; el zorro no conocía ninguno.

Un felino salió con sigilo del otro lado del gran árbol. No un lince; era mucho mayor. Y blanco. En la oscuridad, sus ojos verdes semejaban lámparas. Si bien el instinto de huir de los depredadores estaba muy arraigado en el zorro, permaneció inmóvil. El gran tigre blanco avanzó hacia él con paso firme. La hierba del claro murmuraba al doblarse bajo el denso pelaje de su vientre.

Cuando lo tenía a apenas un metro y medio, el zorro se tumbó y rodó para mostrar el vientre en actitud de sumisión. Un zorro podía albergar cierto orgullo, pero la dignidad era inútil.

—Levántate —dijo el tigre.

El zorro así lo hizo y tímidamente alargó el cuello hacia delante para rozar el hocico del tigre.

—¿Estás curado? —preguntó el tigre.

—Sí.

—Entonces escúchame, zorro.

En su celda, Evie Black yacía con los ojos cerrados y una leve sonrisa en los labios.

—Entonces escúchame, zorro —dijo—. Tengo trabajo para ti.

Clint se disponía a pedir a Tig Murphy por el intercomunicador que le abriera la puerta principal para salir, pero en ese momento entró el subdirector Lawrence Hicks.

—¿Adónde va, doctor Norcross?

La pregunta parecía una acusación, aunque al menos la articuló nítidamente. Si bien Lore Hicks presentaba un desaliño visible —con el cabello un halo revuelto en torno a la calva y un asomo de barba en los flácidos carrillos—, parecían haber remitido los efectos de la novocaína administrada en la intervención dental de esa mañana.

—Al pueblo. Tengo que ver a mi mujer y a mi hijo.

—¿Le ha dado Janice el visto bueno?

Clint tardó unos segundos en controlar su genio. Lo ayudó recordar que Hicks ya había perdido a su mujer a causa de Aurora o pronto la perdería. Eso no cambiaba el hecho de que el hombre que tenía delante fuera la última persona a quien uno desearía al frente de un centro como Dooling en un momento de crisis. En una ocasión Janice contó a Clint que su segundo al mando tenía acreditadas menos de treinta horas en Gestión Penitenciaria —de una fábrica de títulos de Oklahoma— y ni una sola en Administración Penitenciaria.

«Pero la hermana de Hicksie está casada con el vicegobernador —había aclarado. Aquella vez se había tomado una copa de más de pinot. O quizá dos—. Así que haga usted los cálculos. Se le dan muy bien las tareas

organizativas y el control de inventario, pero lleva aquí dieciséis meses, y dudo que fuera capaz de encontrar el camino al módulo C sin un plano. No le gusta salir del despacho, y no ha hecho un solo recorrido por el centro, pese a que teóricamente debe hacerlo una vez al mes. Le dan miedo las chicas malas.»

Esta noche sí saldrás de tu despacho, Hicksie, pensó Clint, y además harás el recorrido. Te colocarás un walkie-talkie al cinto y harás rondas por los tres módulos, igual que los demás funcionarios de uniforme. Los que quedan.

—¿Me ha oído? —preguntó entonces Hicks—. ¿Ha dado Janice el visto bueno para que se marche?

—Tengo tres cosas que decirle —anunció Clint—. Primero: mi hora de salida es las tres de la tarde, de lo cual hace... —Consultó su reloj—. Unas seis horas.

—Pero...

—Un momento. Aquí viene lo segundo. La directora Coates está dormida en su sofá, dentro de un gran capullo blanco.

Hicks llevaba unas gafas de cristales gruesos con efecto lupa. Cuando abría mucho los ojos, como en ese instante, parecían a punto de salirse de las órbitas.

—¿Qué?

—En la versión abreviada, Don Peters al final la ha cagado. Lo han cogido abusando de una reclusa. Janice lo ha puesto en la calle, pero Don se las ha arreglado para echarle una buena dosis de Xanax en el café. La ha dejado grogui rápidamente. Y antes de que me lo pregunte, Don ha ahuecado el ala. Cuando vea a Lila le diré que difundan un aviso de búsqueda y captura, pero dudo que lo consideren prioritario. Al menos esta noche.

—Dios mío. —Hicks se pasó la mano por el pelo, revolviéndose aún más el poco que le quedaba—. *Dios... mío.*

—Y lo tercero. Siguen aquí los otros cuatro funcionarios del turno de mañana: Rand Quigley, Millie Olson, Tig Murphy y Vanessa Lampley. Usted es el número cinco. Esta noche tendrá que hacer las rondas de medianoche con los demás. Ah, y Van lo pondrá al corriente sobre lo que las reclusas llaman «supercafé». Lo reparten Jeanette Sorley y Angel Fitzroy.

—¿Supercafé? ¿Qué es eso? ¿Y cómo es que Fitzroy está fuera? ¡No es de fiar, ni mucho menos! ¡Tiene arranques de ira! ¡He leído su informe!

—Esta noche no está iracunda, al menos no todavía. Se ha prestado a echar una mano. Como tendrá que hacer usted. Y si nada cambia, todas estas mujeres van a dormirse, Lore. De la primera a la última. Con supercafé o sin él. Se merecen un poco de esperanza. Hable con Van, y déjese guiar por ella si se complican las cosas.

Hicks agarró a Clint por la chaqueta. Se advertía pánico en sus ojos agrandados.

—¡No puede irse! ¡No puede abandonar su puesto!

—¿Por qué no? Usted se ha ido. —Clint vio la mueca de Hicks y lamentó no poder retirar sus palabras. Cogió la mano del subdirector y, con delicadeza, se la retiró de la chaqueta—. Ha ido a ver cómo estaba su mujer; yo necesito ver cómo están Jared y Lila. Y volveré.

—¿Cuándo?

—En cuanto pueda.

—¡Ojalá se hubieran dormido todas! —prorrumpió Hicks. Parecía un niño malhumorado—. ¡Hasta la última de esas ladronas, fulanas y drogadictas! ¡Deberíamos darles somníferos en lugar de café! Eso resolvería el problema, ¿no?

Clint se limitó a mirarlo.

—De acuerdo. —Hicks se esforzó en cuadrar los hombros—. Me hago cargo. Tiene usted seres queridos. Es solo que... todo esto... todas estas

mujeres... ¡tenemos una cárcel *llena*!

¿Ahora se da cuenta de eso?, pensó Clint, y a continuación preguntó a Hicks por su mujer. Supuso que debería haberse interesado antes por ella. Solo que, en fin, tampoco Hicksie había mostrado el menor interés por Lila.

—Sigue despierta, al menos de momento. Ha... —Hicks carraspeó y apartó la mirada de Clint—. Ha tomado unos estimulantes.

—Bien. Eso está bien. Vuelve...

—Doctor. —Era Vanessa Lampley, y no por el intercomunicador. La tenía a su lado en el vestíbulo ante la puerta principal. Había abandonado su puesto en la Garita, algo casi insólito—. Tiene que venir a ver esto.

—Van, no puedo. Tengo que ir a comprobar cómo está Jared, y a ver a Lila...

Para despedirme de ella, pensó Clint. Se le ocurrió de pronto. El posible carácter definitivo de la situación. ¿Cuánto más aguantaría despierta? No mucho. Por teléfono la había notado... lejana, como si hubiese recorrido ya parte del camino a otro mundo. Una vez que el sueño la venciera, nada llevaba a pensar que podrían hacer que recuperara la consciencia.

—Lo entiendo —dijo Vanessa—, pero será solo un minuto. Usted también, señor Hicks. Esto... no sé, pero podría cambiarlo todo.

2

—Miren el monitor dos —indicó Van cuando llegaron a la Garita.

En ese momento el número 2 mostraba el pasillo del módulo A. Dos mujeres —Jeanette Sorley y Angel Fitzroy— empujaban un carrito de café hacia la celda acolchada, la A-10, al fondo. Se detuvieron antes de llegar para hablar con una reclusa sumamente corpulenta que por alguna razón se había

instalado en la cámara de despioje.

—Hasta ahora tenemos al menos diez mujeres dormidas dentro de esa tela de mierda —informó Van—. Quizá sean quince ya. La mayoría en sus celdas, pero hay tres en la sala común y una en el taller de carpintería. Esa porquería empieza a salir de ellas en cuanto se duermen. *Excepto...*

Pulsó un botón de la consola, y el monitor 2 mostró el interior de la A-10. La detenida recién llegada yacía en su cama con los ojos cerrados. El pecho le subía y le bajaba al ritmo lento de la respiración.

—Excepto ella —añadió Van. En su voz se advertía algo así como veneración—. La nueva duerme como un bebé, y tiene la cara como recién lavada.

«Como recién lavada.» Algo en la expresión chocó a Clint, pero se le borró de la mente debido a su sorpresa ante lo que veía y su preocupación por Lila.

—Que tenga los ojos cerrados no quiere decir forzosamente que esté dormida.

—Oiga, doctor, hago este trabajo desde hace más tiempo que usted el suyo. Sé cuándo están despiertas y cuándo están dormidas. Esa está dormida, y lleva así al menos tres cuartos de hora. Si a alguien se le cae algo o hace ruido, ella reacciona con una sacudida y luego se da la vuelta.

—No la pierda de vista. Puede informarme con más detalle cuando regrese —dijo Clint—. Tengo que irme. —Pese a la insistencia de Van en que reconocía la diferencia entre el sueño y los ojos cerrados, no se lo creyó. Y tenía que ver a Lila mientras fuera posible. No quería perderla con aquello —fuera lo que fuese, la razón por la que mentía— entre ellos.

Había salido e iba camino de su coche cuando lo que había estado inquietándolo por fin cobró forma en su cabeza. Evie Black se había golpeado la cara repetidas veces contra la rejilla del coche patrulla de Lila, y sin embargo solo unas horas después la hinchazón y los hematomas habían

desaparecido por completo. No quedaba nada, tenía la cara como recién lavada.

3

Jeanette dirigía el carrito del café mientras Angel, caminando a un lado, golpeaba una de las cafeteras con la tapa y voceaba:

—¡Café! ¡Café especial! ¡Traigo un brebaje para espabilaros a todas! ¡No os dormiréis, brincaréis!

En el módulo A, donde la mayoría de las celdas estaban abiertas y vacías, casi nadie tomó.

Antes, en el B, la reacción de Ree había sido un anticipo de lo que vendría. El café especial quizá fuese una buena idea, pero costaba tragarlo. Ree había hecho una mueca al probarlo y había devuelto la taza.

—Dios, Jeanette, me tomaré un zumo, pero esto es demasiado fuerte para mí.

—¡Fuerte para no acabar inerte! —proclamó Angel. Esa noche había cambiado su acento sureño habitual por una jerga de gueto demencialmente animosa. Jeanette se preguntó cuántas tazas de su café especial habría ingerido la propia Angel. Por lo visto, ella no tenía ningún problema en beberlo—. Es un potente brebaje, así que date un buen viaje, a no ser que tonta seas y convertida en momia te veas.

Una de las mujeres del módulo A la miró.

—Si eso es rap, encanto, por mí que vuelva la música disco.

—No desprecies mis rimas. Estamos haciéndote un favor. La que beber no quiera no está bien de la mollera.

Pero ¿de verdad era buena idea aplazar lo inevitable? Eso había pensado

Jeanette al principio, impulsada por el recuerdo de su hijo, pero volvía a sentirse cansada e intuía ya la desesperanza a la vuelta de la esquina. Además, no iban a aplazar lo inevitable por mucho tiempo; cuando habían planteado la propuesta del supercafé a la funcionaria Lampley, en la cárcel ya había tres reclusas dormidas, pero desde entonces se habían sumado varias. Aun así, Jeanette no sacó el tema. No porque temiera el famoso mal genio de Angel, sino porque la idea de discutir sobre cualquier cosa se le hacía pesada. Ella se había tomado tres tazas de ese café especial —bueno, dos y media, su estómago se había negado a aceptar la tercera completa— y seguía sintiéndose agotada. Tenía la impresión de que habían pasado años desde que Ree la había despertado para preguntarle si alguna vez se había fijado en el recuadro de luz de la ventana que se desplazaba por el suelo.

«La verdad, no puedo preocuparme por un recuadro de luz», había dicho Jeanette.

«No puedes *no* preocuparte por un recuadro de luz, te lo digo yo», había contestado Ree, y esa frase se repetía entonces una y otra vez en la cabeza de Jeanette, como un delirante kōan zen.

«No puedes *no* preocuparte» no tenía sentido, ¿no? O quizá sí. ¿No existía una regla por la que una doble negación se convertía en afirmación? En tal caso quizá *sí* tenía sentido. Quizá...

—¡Eh! ¡Alto, amiga! —bramó Angel, y dio un violento empujón al carrito con el trasero. Embistió en las ingles a Jeanette, que se despejó del todo momentáneamente. El café especial se agitó en las cafeteras y el zumo se agitó en las jarras.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué coño pasa, Angel?

—¡Aquí está mi colega Claudia! —exclamó Angel—. ¡Eh, chica!

Habían recorrido unos siete metros del pasillo del módulo A. Junto al dispensador de agua, sentada en un banco, se hallaba Claudia Stephenson,

conocida entre todas las reclusas (y los funcionarios, aunque no utilizaban el mote en presencia de las presas) como Claudia Cuerpo de Dinamita. Sin embargo, el cuerpo en cuestión no era ya tan dinamita como diez meses antes. Desde su ingreso, a fuerza de fécula y litros de salsa carcelaria, había ganado diez o quince kilos. Tenía las manos apoyadas en el pantalón marrón del uniforme. La casaca estaba arrugada a sus pies, con lo que quedaba a la vista un sujetador deportivo de talla XL. Claudia, pensó Jeanette, seguía teniendo unas tetas imponentes.

Angel sirvió café en un vaso de papel, derramando un poco en el suelo movida por su entusiasmo potenciado. Tendió la taza a Claudia.

—¡Bébetelo, señorita Dinamita! ¡Fuerte para no acabar inerte! ¡Abundante para tener horas de aguante, hermana!

Claudia negó con la cabeza sin apartar la vista del suelo de baldosas.

—¿Claudia? —preguntó Jeanette—. ¿Qué te pasa?

Algunas reclusas envidiaban a Claudia, pero a Jeanette le gustaba, y le daba lástima. Claudia había malversado una suma considerable de dinero de la iglesia presbiteriana donde actuaba como directora de ceremonias para costear la feroz drogadicción de su marido y su hijo mayor. Y esos dos seguían en la calle, libres como el viento. Tengo una rima para ti, Angel, pensó Jeanette. Los hombres se divierten, las mujeres pierden.

—No pasa nada, solo estoy armándome de valor. —Claudia no apartó la vista del suelo.

—Para hacer ¿qué? —preguntó Jeanette.

—Para pedirle que me deje dormir como siempre, como ella.

Angel guiñó un ojo a Jeanette, asomó la lengua por la comisura de los labios y trazó un par de círculos con el dedo en torno a su oreja.

—¿De quién hablas, señorita Dinamita?

—La nueva —contestó Claudia—. Me parece que es el diablo, Angel.

Eso a Angel le encantó.

—¡Diablo-Angel! ¡Angel-Diablo! —Trazó escalas en el aire, arriba y abajo—. He ahí la historia de mi vida, señorita Dinamita.

—Debe de ser alguna clase de criatura maligna —prosiguió Claudia, en sus trece— si es la única que puede dormir como antes.

—No te entiendo —dijo Jeanette.

Claudia levantó por fin la cabeza. Tenía unas grandes ojeras moradas.

—Está durmiendo, pero no en uno de esos capullos. Id a verlo vosotras mismas. Preguntadle cómo lo hace. Decidle que si quiere mi alma, es suya. Yo solo quiero volver a ver a Myron. Es mi niño, y necesita a su mamá.

Angel vació en la cafetera la taza que había ofrecido a Claudia y se volvió hacia Jeanette.

—Vamos a ver de qué va esto. —No aguardó la señal de conformidad de Jeanette.

Cuando esta llegó con el carrito del café, Angel estaba agarrada a los barrotes y miraba hacia el interior de la celda con asombro. La mujer a la que Jeanette había alcanzado a ver mientras Peters abusaba de ella yacía en ese momento relajadamente en su cama, con los ojos cerrados y la respiración acompasada. Su cabello oscuro se extendía en un abanico magnífico. De cerca, su rostro era aún más hermoso, y lo tenía impoluto. No solo seguía libre de telarañas, sino que habían desaparecido también las magulladuras que Jeanette había visto. ¿Cómo era eso posible?

A lo mejor es el diablo de verdad, pensó Jeanette. O un ángel, que ha venido para salvarnos. Aunque eso no parecía muy probable. Los ángeles no acababan en sitios como aquel. Aparte de Angel Fitzroy, claro, y ella tenía más de murciélago.

—¡Despierta! —exclamó Angel.

—¿Angel? —Jeanette apoyó una mano vacilante en el hombro de Fitzroy—.

Quizá no deberías...

Angel se sacudió la mano de Jeanette e intentó deslizar la puerta de la celda, pero tenía el cerrojo echado. Angel agarró la tapa de la cafetera y empezó a golpear los barrotes. Jeanette se tapó los oídos con las manos para protegerse de aquel estruendo insoportable.

—*¡Despierta, bruja! ¡Despierta y huele el puto café!*

La mujer tendida en la cama abrió los ojos, que tenía almendrados y tan oscuros como el cabello. Bajó al suelo las piernas —largas y preciosas, incluso con el holgado uniforme de la cárcel— y bostezó. Al desperezarse, echó al frente unos pechos que dejaban en ridículo los de Claudia.

—¡Compañía! —exclamó.

En apariencia sus pies descalzos apenas rozaron el suelo cuando corrió hacia los barrotes y, pasando los brazos entre ellos, agarró de las manos a Angel y a Jeanette. Angel se apartó de manera instintiva. Jeanette, atónita, fue incapaz de moverse. Era como si una leve corriente eléctrica fluyera de la mano de la nueva a la suya.

—¡Angel! ¡Me alegro mucho de que estés aquí! Puedo hablar con las ratas, pero su conversación es limitada. No es una crítica, solo una realidad. Cada criatura tiene sus propios méritos. Por lo que sé, Henry Kissinger es un conversador fascinante, pero ¡pensad en la sangre que ese hombre tiene en sus manos! Puestos a elegir, me quedo con la rata, eso por descontado, y podéis publicarlo en el periódico, aunque aseguraos de escribir bien mi nombre.

—¿De qué *demonios* estás hablando? —preguntó Angel.

—Ah, en realidad de nada. Perdón por la verborrea. Solo visitaba el mundo en la otra parte del mundo. Se me alborota un poco el cerebro de tanto ir de un lado al otro. ¡Vaya, y aquí tenemos a Jeanette Sorley! ¿Qué tal Bobby, Jeanette?

—¿Cómo sabes nuestros nombres? —preguntó Angel—. ¿Y cómo es

posible que puedas dormir sin que te crezca esa mierda por todas partes?

—Soy Evie. Vengo del Árbol. Este es un sitio interesante, ¿no? ¡Tan animado! ¡Tantas cosas que ver y hacer!

—Bobby está bien —contestó Jeanette. Tenía la sensación de estar en un sueño... y quizá fuera así—. Me gustaría volver a verlo antes de quedarme dormi...

Angel tiró de Jeanette hacia atrás con tal fuerza que estuvo a punto de derribarla.

—Calla, Jeanie. Esto no tiene nada que ver con tu hijo. —Introdujo la mano en la celda acolchada y agarró a Evie por la pechera admirablemente llena del uniforme—. ¿Cómo es que te has despertado? Dímelo o te doy una paliza que ni te la imaginas. Acabarás con el coño donde tienes el culo, y viceversa.

Evie dejó escapar una alegre risotada.

—Eso sería un prodigio médico, ¿no? En fin, tendría que aprender a hacer mis necesidades otra vez.

Angel se sonrojó.

—¿Quieres jugar conmigo? ¿Eso quieres? ¿Te crees que solo porque estás en esa celda no puedo llegar a ti?

Evie miró las manos que la sujetaban. Se limitó a mirarlas. Pero Angel gritó y retrocedió tambaleándose. Se le estaban poniendo los dedos rojos.

—¡Me ha quemado! ¡La muy zorra me ha quemado no sé cómo!

Evie se volvió hacia Jeanette. Sonreía, pero Jeanette pensó que esos ojos oscuros reflejaban tristeza además de buen humor.

—El problema es más complejo de lo que pueda parecer a simple vista, lo sé. De verdad. A algunas feministas les gusta creer que todos los problemas del mundo se deben a los hombres. A la agresividad innata de los hombres. Tienen un argumento a favor: ninguna mujer ha iniciado una guerra... aunque, creedme, algunas eran firmes *partidarias*... y el caso es que ahí fuera hay

chicas malas pero que muy malas. No puedo negarlo.

—¿A qué viene todo ese rollo?

Volvió a mirar a Angel.

—El doctor Norcross tiene sus sospechas sobre ti, Angel. Sobre el casero al que mataste en Charleston, para empezar.

—¡Yo no he matado a *nadie*! —Angel, no obstante, había palidecido. Dio un paso atrás y tropezó con el carrito del café. Mantuvo las manos enrojecidas contra el pecho.

Evie centró de nuevo la atención en Jeanette y le susurró con aire confidencial.

—Ha matado a cinco hombres. *Cinco*. —Y se volvió de nuevo hacia Angel —. Durante un tiempo fue una especie de pasatiempo, ¿no, Angel? Hacías autostop sin destino en particular, con una navaja en el bolso y una pistola pequeña del calibre 32 en el bolsillo de aquella cazadora de cuero sin curtir que siempre llevabas puesta. Pero eso no es todo, ¿a que no?

—¡Cállate! ¡Cállate!

De nuevo posó en Jeanette aquellos ojos asombrosos. Hablaba en voz baja, pero con un tono cálido. Era la voz de una mujer en un anuncio de televisión, la que decía a su amiga que a ella antes también le costaba quitar las manchas de hierba de los pantalones de sus hijos, pero con ese nuevo detergente todo había cambiado.

—Se quedó embarazada a los diecisiete. Lo disimuló con muchas capas de ropa ancha. Hizo autostop hasta Wheeling... esa vez no mató a nadie, bravo por ella... y alquiló una habitación. Tuvo al niño...

—¡CÁLLATE, HE DICHO!

Alguien con un monitor había advertido el enfrentamiento: Rand Quigley y Millie Olson corrían hacia allí. Quigley llevaba un bote de gas pimienta en la mano; Olson, una táser regulada a media potencia.

—Lo ahogó en el lavabo, echó el cuerpo a la incineradora. —Evie hizo una mueca, parpadeó un par de veces y añadió en voz baja—: Pum, dice la comadreja.

Quigley intentó agarrar a Angel. Ella giró en redondo de inmediato al notar el contacto, lanzó un puñetazo y volcó el carrito, el café, el zumo y todo. Un líquido marrón —que ya no quemaba pero seguía muy caliente— se derramó sobre las piernas de Millie Olson. Esta profirió un grito de dolor y cayó de espaldas.

Jeanette observó atónita a Angel, que se abalanzó sobre Quigley como Hulk Hogan, lo agarró por el cuello con una mano y le arrancó el gas pimienta con la otra. El bote cayó al suelo y rodó por entre los barrotes de la celda acolchada. Evie se agachó, lo recogió y se lo ofreció a Jeanette.

—¿Lo quieres?

Jeanette lo aceptó sin pensar.

La funcionaria Olson, chapoteando en un charco marrón, trataba de salir de debajo del carrito volcado. El funcionario Quigley intentaba evitar morir asfixiado. Aunque Angel era flaca y Quigley la superaba en veinte kilos como mínimo, ella lo sacudió como un perro con una serpiente entre los dientes y lo arrojó contra el carrito del café en el momento en que Millie Olson se levantaba, de modo que se fueron al suelo los dos juntos en medio de un ruido sordo y un chapoteo. Angel se volvió de nuevo hacia la celda acolchada, con los ojos enormes y brillantes en el rostro pequeño y estrecho.

Evie abrió los brazos todo lo que los barrotes le permitieron y los tendió hacia Angel, como una amante que invitara al ser amado. Angel abrió también los brazos, con los dedos contraídos como garras, gritó y arremetió contra ella.

Solo Jeanette vio lo que ocurrió a continuación. Los dos funcionarios intentaban zafarse del carrito volcado, y Angel estaba sumida en un mundo de

furia. Jeanette tuvo tiempo de pensar: No solo estoy viendo un arranque de mal genio; esto es un episodio psicótico en toda regla. De pronto Evie abrió la boca en un bostezo tan amplio que la mitad inferior de su cara pareció desaparecer totalmente. De su boca salió una bandada —no, una *avalancha*— de mariposas nocturnas. Se arremolinaron en torno a la cabeza de Angel, y algunas se prendieron en la cresta de pelo rubio oxigenado. Angel chilló y se puso a dar manotazos.

Jeanette golpeó a Angel en la cabeza con el bote de gas pimienta. Voy a crearme una enemiga, pero, bueno, quizá se duerma antes de poder desquitarse conmigo.

Las mariposas volaron hacia las lámparas revestidas de rejilla del techo del módulo A y entraron en la zona principal de la cárcel. Angel se volvió, mesándose el pelo todavía (pese a que aparentemente todos los insectos habían ido a reunirse con sus congéneres), y Jeanette roció de gas pimienta la cara de la mujer, que no paraba de gritar.

—Ves lo complejo que es el problema, ¿verdad, Jeanette? —comentó Evie mientras Angel, aullando y frotándose los ojos desesperadamente, chocaba contra la pared—. Creo que tal vez sea el momento de eliminar del todo la ecuación hombre-mujer. Pulsar «borrar» y empezar de cero sin más. ¿Tú que crees?

—Que quiero ver a mi hijo —contestó Jeanette—. Quiero ver a mi Bobby. —Dejó caer el bote de gas pimienta y se echó a llorar.

Mientras eso ocurría, Claudia Stephenson alias Cuerpo de Dinamita salió de la cámara de despioje y decidió buscar tierras más tranquilas y nuevas vistas.

Esa noche había demasiado ruido en el módulo A. Demasiada crispación. Además, ese café especial derramado por todas partes olía francamente mal. Una no iba a tratar de negociar con el diablo cuando tenía los nervios a flor de piel, era de sentido común. Ya hablaría más tarde con la mujer de la A-10. Pasó por delante de la Garita y entró en el módulo B. Dejó atrás la casaca.

—¡Reclusa! —Van Lampley se asomó por la puerta de la Garita, desde donde había detectado la inminente pelea. (Angel y su puto supercafé; Van, rendida como estaba, no tenía fuerzas para fustigarse, pero no debería haber accedido a ese plan.) Había enviado a Quigley y a Olson para calmar los ánimos, y se disponía a unirse a ellos cuando Stephenson pasó por delante.

Claudia no respondió, se limitó a seguir su camino.

—Te has olvidado de algo, ¿no? Esto es una cárcel, no un local de striptease. ¡Estoy hablando contigo, Stephenson! ¿Adónde te crees que vas?

Pero ¿de verdad le importaba eso a Van? Muchas reclusas se ocupaban de la colada en ese momento, probablemente en un esfuerzo por mantenerse despiertas, y entretanto se estaba armando un guirigay al fondo del módulo A. Allí era donde la necesitaban.

Se encaminó en esa dirección, pero Millie Olson —salpicada de café de arriba abajo— le indicó que podía irse.

—Bajo control —anunció—. Ya tengo encerrada a la puta loca de Fitzroy. Todo ha vuelto a la normalidad.

Van, pensando que nada estaba bajo control ni existía tal normalidad, asintió con la cabeza.

Se volvió buscando a Stephenson, pero no la vio. Regresó a la Garita y activó en uno de los monitores la cámara de la planta superior del módulo B a tiempo de ver a Claudia entrar en la B-7, la celda que ocupaban Dempster y Sorley. Solo que Sorley seguía en el módulo A, y Van no veía a Dempster desde hacía un buen rato. Las reclusas no se privaban de algún pequeño hurto

si encontraban una celda vacía (los objetivos predilectos eran las pastillas y las bragas), y esos expolios inevitablemente causaban problemas. No tenía ninguna razón para sospechar que Claudia —quien nunca alteraba el orden pese a tener tamaño suficiente para armar bulla si quería— fuera a hacer algo así. No obstante, sospechar era parte del trabajo de Van. No convenía que se organizara una trifulca por un caso de pertenencias robadas. No con todo lo que ya se había torcido.

Van decidió llevar a cabo una comprobación rápida. Era solo un presentimiento, pero no le había gustado la forma de andar de Claudia, con la cabeza gacha, el pelo delante de la cara y la casaca del uniforme abandonada Dios sabía dónde. Tardaría solo un minuto, y no le iría mal estirar las piernas. Hacer circular la sangre otra vez.

5

Claudia no pretendía robar nada. Solo quería un poco de conversación serena. Le serviría para matar el tiempo hasta que las aguas volvieran a su cauce en el módulo A. Entonces hablaría con la nueva y averiguaría cómo podía irse también a dormir y despertar como cualquier otro día. Tal vez la mujer no se lo dijera, pero, claro, tal vez sí. El diablo era imprevisible; en otro tiempo había sido un ángel.

Ree yacía en su cama vuelta hacia la pared. Claudia advirtió por primera vez, y no sin lástima, que el pelo de Ree empezaba a encanecer. Lo mismo le ocurría a Claudia, pero ella se lo teñía. Cuando no podía permitirse el tinte auténtico (o cuando no conseguía convencer a ninguno de sus escasos visitantes para que le llevaran Nutrisse rubio champán, su preferido), usaba el concentrado cítrico ReaLemon de la cocina. Le daba bastante buen resultado,

aunque no duraba mucho.

Alargó el brazo para tocar el pelo de Ree y lo retiró con un respingo y una ligera exclamación al notar que parte del gris se le adhería a los dedos. Las hebras ondearon en el aire unos segundos y después se fundieron y desaparecieron.

—Oh, no, Ree —se lamentó Claudia—. Tú también no.

Pero quizá no fuera demasiado tarde; Ree solo tenía en el pelo unas hebras de aquella sustancia con que se formaba el capullo. Tal vez Dios hubiera enviado a Claudia a la B-7 cuando aún había tiempo. Tal vez fuera una prueba. Cogió a Ree por el hombro y la puso boca arriba. El tejido surgía en espiral de las mejillas y la frente surcada de cicatrices de la pobre Ree; de las fosas nasales le salían briznas que se arremolinaban por efecto de la respiración, pero su rostro seguía allí.

Bueno, la mayor parte.

Claudia, con una mano, empezó a frotarle las mejillas y otras partes de la cara para eliminar aquel pringue, sin olvidar las hebras blanquecinas que le brotaban de la boca y se ceñían a sus labios. Con la otra mano, Claudia agarró a Ree por el hombro y comenzó a sacudirla.

—¿Stephenson? —Desde el pasillo—. Reclusa, ¿qué estás haciendo ahí? Esa no es tu celda.

—¡Despierta! —exclamó Claudia, sacudiéndola con más fuerza—. ¡Despierta, Ree! ¡Antes de que ya no puedas!

Nada.

—¿Reclusa Stephenson? Te estoy hablando.

—Es la funcionaria Lampley —dijo Claudia, sin dejar de sacudir a Ree ni de retirar las implacables hebras blancas. Dios santo, era difícil adelantarse a ellas—. Me cae bien, ¿a ti no? ¿A ti no, Ree? —Claudia se echó a llorar—. ¡No te vayas, cielo! ¡Es demasiado pronto para irse!

Y en un primer momento Claudia pensó que la mujer tendida en la cama le daba la razón en eso, porque de repente abrió los ojos y sonrió.

—¡Ree! —exclamó Claudia—. ¡Gracias a Dios! Pensaba que estabas...

Solo que la sonrisa siguió ensanchándose, y los labios se contrajeron hasta que aquello no fue una sonrisa, sino un gruñido con el que le enseñó los dientes. Ree se incorporó y cerró las manos en torno al cuello de Claudia. De un mordisco le arrancó uno de sus pendientes preferidos, la cara de un gatito de plástico. Claudia chilló. Ree escupió el pendiente junto con el trozo de lóbulo correspondiente y fue a por la garganta de Claudia.

Esta pesaba treinta kilos más que la diminuta Ree Dempster y era fuerte, pero Ree había enloquecido. Claudia apenas podía apartarla de sí. Ree le deslizó los dedos por el cuello y le hincó las uñas en los hombros desnudos, haciéndole sangre.

Claudia se alejó de la litera en dirección a la puerta abierta de la celda, y Ree se aferró a ella como una lapa, gruñendo y haciendo rechinar los dientes, sacudiéndose de un lado al otro para liberarse de las manos de Claudia y hacerle daño de verdad. Habían salido al pasillo, y las reclusas vociferaban y la funcionaria Lampley bramaba, pero esos sonidos procedían de otra galaxia, otro universo, porque Ree, con los ojos desorbitados, dentellaba a apenas unos centímetros de la cara de Claudia. De pronto, Dios santo, Claudia trastabilló y cayó en el pasillo del módulo B con Ree encima.

—¡Reclusa! —gritó Van—. ¡Reclusa, suéltala!

Las mujeres gritaban. Claudia, no, al menos al principio. Gritar requería fuerzas, y ella necesitaba las suyas para contener a aquella loca, aquel *demonio*. Solo que no lo conseguía. Aquella boca dispuesta a morder se aproximaba. Claudia olía el aliento de Ree y veía gotas de la saliva de Ree, y en cada una de ellas danzaban minúsculos filamentos blancos.

—¡Reclusa, he desenfundado el arma! ¡No me obligues a disparar! ¡Por

favor, no me obligues!

—¡Péguele un tiro! —exclamó alguien, y Claudia se dio cuenta de que ese alguien era ella. Por lo visto, después de todo sí tenía fuerzas suficientes—. *¡Por favor, funcionaria Lampley!*

En el pasillo resonó un tremendo estampido. Un ancho orificio negro apareció en lo alto de la frente de Ree, justo en medio de la cuadrícula de tejido cicatricial. Desvió la mirada hacia arriba, como si intentara ver dónde la había alcanzado la bala, y la sangre caliente se derramó sobre el rostro de Claudia.

Con un último esfuerzo revulsivo, Claudia apartó a Ree, que cayó en el pasillo con un ruido sordo. La funcionaria Lampley permanecía con las piernas afianzadas y el arma reglamentaria sujeta ante sí entre las dos manos. El humo que se elevó en espiral de la boca del cañón recordó a Claudia las hebras blancas que se habían adherido a sus dedos al rozar el cabello de Ree. La funcionaria Lampley estaba blanca como el papel, excepto por las ojeras, moradas.

—Iba a matarme —dijo Claudia con la respiración agitada.

—Lo sé —contestó Van—. Lo sé.

A medio camino del pueblo, a Clint Norcross se le ocurrió una idea que hizo que entrara en el aparcamiento del Olympia Diner, donde aparcó junto al caballete con el letrero MMM, PRUEBE NUESTRO PASTEL DE HUEVO. Sacó el teléfono y buscó HICKS. No tenía su número, lo cual lo decía todo sobre su relación con el subdirector del Centro Penitenciario de Dooling. Se desplazó hacia abajo en la pantalla y encontró LAMPLEY.

Lampley contestó cuando el timbre sonaba por segunda vez. Parecía sin aliento.

—¿Van? ¿Está bien?

—Sí, pero se ha marchado usted antes de los fuegos artificiales. Atienda, doctor: he tenido que disparar contra alguien.

—¿Cómo? ¿Contra quién?

—Ree Dempster. Está muerta. —Van explicó lo ocurrido.

Clint escuchó horrorizado.

—Dios —dijo cuando ella terminó—. ¿Se encuentra bien, Van?

—Físicamente ilesa. Emocionalmente jodida hasta decir basta, pero ya me psicoanalizará usted más tarde. —Van se sonó en algo con un colosal bocinazo acuoso—. Hay más.

Informó a Clint del violento enfrentamiento entre Angel Fitzroy y Evie Black.

—Yo no estaba delante, pero he visto parte de lo ocurrido por los

monitores.

—Menos mal. ¿Y Claudia? Parece que le ha salvado usted la vida.

—Dempster no ha salido bien parada.

—Van...

—Dempster me caía bien. Habría jurado que si alguien aquí era incapaz de ponerse como una fiera, era ella.

—¿Dónde está el cuerpo?

—En el cuarto de la limpieza. —Van parecía avergonzada—. No se nos ha ocurrido nada mejor.

—Lo entiendo. —Clint se frotó la frente y apretó los párpados. Tuvo la sensación de que debía añadir algo para reconfortar a Lampley, pero no encontró las palabras—. ¿Y Angel? ¿Qué ha pasado con ella?

—Sorley, quién lo habría dicho, se ha hecho con un bote de gas pimienta y la ha rociado. Quigley y Olson la han metido por la fuerza en una celda del módulo A. Ahora mismo está aporreando las paredes y pidiendo un médico a gritos. Dice que se ha quedado ciega, lo cual es una chorrada. También dice que tiene mariposas en el pelo, lo cual podría no ser una chorrada. Tenemos una plaga de esos bichos. Tiene que volver, doctor. Hicks va corriendo de acá para allá como un pollo sin cabeza. Me ha pedido que le entregue el arma, a lo que me he negado, pese a que supongo que es lo que dice el protocolo.

—Ha hecho usted lo que debía. Hasta que la situación se calme, pasaremos del protocolo.

—Hicks es un inútil.

Como si no lo supiera, pensó Clint.

—O sea, siempre ha sido un inútil, pero en estas circunstancias, podría ser incluso peligroso.

Clint buscó algún cabo suelto.

—Ha dicho que Evie estaba provocando a Angel. ¿Qué decía exactamente?

—Ni idea. Quigley y Millie tampoco lo saben. Quizá lo sepa Sorley. Ha sido ella quien le ha bajado los humos a Angel. La chica se merece una medalla. Si no se queda frita antes, puede usted sacarle la historia completa cuando vuelva. Lo cual será pronto, ¿verdad?

—Lo antes posible —aseguró Clint—. Escuche, Van, ya sé que está usted alterada, pero necesito tener clara una cosa. ¿Angel la ha emprendido con Evie porque Evie no estaba en uno de esos capullos?

—Eso he entendido yo. Solo la he visto golpear los barrotes con la tapa de una cafetera y hablarle a gritos. Luego otro asunto ha reclamado mi atención.

—Pero ¿se ha despertado?

—Sí.

—*Evie se ha despertado.*

—Sí. La ha despertado Fitzroy.

Clint intentó extraer alguna conclusión coherente, y no pudo. Quizá si él mismo durmiera un poco...

Al plantearse esa opción, se sonrojó por un repentino sentimiento de culpabilidad. Se le ocurrió una posibilidad descabellada: ¿Y si *Evie Black* era hombre? ¿Y si su mujer había detenido a un travesti?

Pero no. Cuando Lila había detenido a Evie, iba en cueros. Cabía suponer que las funcionarias que habían supervisado su ingreso en prisión también la habían visto desnuda. ¿Y qué podía explicar que los hematomas y arañazos se le curasen en menos de medio día?

—Necesito que transmita un mensaje a Hicks y a los otros funcionarios que siguen ahí. —Clint había retomado la idea que se le había ocurrido minutos antes, la razón por la que se había detenido en el aparcamiento del restaurante y había llamado a la cárcel.

—No me llevará mucho tiempo —contestó ella—. Acaban de llegar Billy Wettermore y Scott Hughes, lo cual es buena noticia; aun así, llamar a eso

servicios mínimos sería pecar de optimismo. Tenemos solo siete elementos, contando a Hicks. Con usted, seremos ocho.

Clint pasó por alto esa clara indirecta.

—Cuando entraba en el pueblo, me ha venido a la cabeza eso de que Evie Black es distinta del resto de las mujeres, a lo cual se suma lo que usted acaba de contarme... y sencillamente no sé qué pensar. Pero sí sé que no conviene dejar que la noticia salga de la cárcel, todavía no. Sea verdadera o falsa. Podría causar disturbios. ¿Entiende a qué me refiero?

—Hummm...

Al oír ese «hummm», Clint tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué pasa?

—Bueno...

Ese «bueno» le gustó aún menos.

—Dígamelo.

Siguió otro bocinazo húmedo.

—He visto que Hicks hablaba por el móvil después de la batalla campal en el módulo A, y otra vez después de que me haya negado a entregarle el arma. Además, cuando Millie ha puesto al corriente a Scott y a Billy, los dos han llamado por teléfono.

Demasiado tarde, pues. Clint cerró los ojos. Un cuento de hadas cobró forma rápidamente en su cabeza: érase una vez un anónimo psiquiatra penitenciario vestido de negro que huyó en plena noche y se tumbó de través en medio de la Interestatal. Un autocar de Trailways pasó por allí y acabó con su sufrimiento, y los demás mortales vivieron felices por los siglos de los siglos, o quizá no, pero ya no era problema del anónimo psiquiatra penitenciario. Fin.

—Vale, vale —dijo Clint—. Esto es lo que haremos: dígales que ninguna llamada más, a nadie. ¿Entendido?

—¡Yo he llamado a mi hermana Bonnie! —prorrumpió Van—. ¡Lo siento, doctor, pero quería hacer una buena acción, algo en compensación por haber matado a Dempster! Le he dicho que no se duerma por más sueño que tenga, porque quizá en la cárcel hay una persona inmune, y *eso* podría significar que existe curación. ¡O que se cura solo!

Clint abrió los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que está despierta, Van?

—¡Desde las cuatro de esta mañana! ¡Me ha despertado la condenada perra! ¡Tenía que salir a *mear*! —Pese a ser dura como el pedernal, Vanessa Lampley no pudo contenerse más. Se echó a llorar.

—Limítese a decir al resto del personal que no más llamadas, ¿queda claro? —Casi con toda seguridad era demasiado tarde, pero quizá pudiera evitarse que la noticia corriera demasiado deprisa. Quizá incluso fuera posible poner freno a aquello—. Llame otra vez a su hermana y dígame que estaba equivocada. Dígame que era un rumor falso y que usted se lo había tragado. Y que los demás que han usado sus teléfonos hagan lo mismo.

Silencio.

—Van, ¿sigue ahí?

—Me niego, doctor Norcross. Y con el debido respeto, no creo que sea la manera acertada de proceder. Bonnie se quedará despierta, al menos esta noche, porque cree que hay una esperanza. No quiero privarla de eso.

—Entiendo cómo se siente, pero *eso es* lo correcto. ¿Quiere que se presente en la cárcel un montón de gente del pueblo, como... como los campesinos con antorchas que asaltan el castillo en una versión antigua de *Frankenstein*?

—Vaya a ver a su mujer —sugirió Van—. Me ha dicho que lleva en pie incluso más tiempo que yo. A ver si es capaz de mirarla a la cara y no decirle que a lo mejor hay una luz al final del túnel.

—Van, escuche...

Pero Van había colgado. Clint miró durante largo rato el mensaje FIN DE LA LLAMADA en la pantalla del teléfono antes de guardárselo en el bolsillo y recorrer el resto del camino hasta el pueblo.

Dempster había muerto. La alegre Ree Dempster. Le costaba creerlo. Y lo lamentaba por Van Lampley, a pesar de su insubordinación. Aunque, en realidad, ¿cómo podía insubordinarse a él? Por Dios, no era más que el loquero de la cárcel.

2

Clint aparcó en una de las plazas marcadas con el rótulo SOLO 15 MINUTOS delante de la oficina del sheriff y, por la puerta abierta, oyó lo último que habría esperado oír: carcajadas procedentes del interior.

Había bastante personal en la sala de espera. Lila estaba sentada tras la centralita, al lado de Linny. A su alrededor, formaban un círculo irregular otros cinco ayudantes, todos hombres: Terry Coombs, Reed Barrows, Pete Ordway, Elmore Pearl y Vern Rangle. Sentados fuera del corrillo de policías se hallaban Barry Holden, el abogado de oficio que se había ocupado brevemente del caso de Evie Black, y un anciano de barba blanca a quien Clint no conocía.

Lila estaba fumando. Había dejado el tabaco hacía ocho años, cuando un día Jared comentó que esperaba que su madre no muriese de cáncer de pulmón hasta que él fuera mayor. Linny Mars y otros dos de los presentes también echaban bocanadas de humo. El aire tenía un color azul y un olor fragante.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó.

Lila lo vio, y se le iluminó el rostro. Apagó el cigarrillo en una taza de café, cruzó la sala corriendo y saltó a sus brazos. Literalmente, entrelazando los tobillos por detrás de los muslos de él. Lo besó con vehemencia. Eso arrancó

más risas, un silbido del abogado Holden y una salva de aplausos.

—¡No sabes cuánto me alegro de verte! —dijo ella, y volvió a besarlo.

—Iba a ver a Jared —explicó Clint—. He pensado en parar un momento aquí para ver si estabas y si podías marcharte un rato.

—¡Jared! —exclamó Lila—. Vaya un chico extraordinario hemos creado, Clint. Caray, hemos hecho tan buen trabajo que a veces pienso que ha sido egoísta por nuestra parte no tener otro hijo. —Su mujer le dio una palmada en el pecho y se descolgó de él. Por encima de la sonrisa, sus pupilas eran dos puntos.

Se acercó Terry Coombs. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados. Estrechó la mano a Clint.

—Ya sabes lo que le ha pasado a Roger, ¿no? Ha intentado quitar el envoltorio a su mujer. Mala idea. Debería haber esperado hasta Navidad. —Terry prorrumpió en una risotada que terminó en sollozo—. Mi mujer también ha caído. Y no consigo ponerme en contacto con mi hija.

A Terry le olía el aliento a alcohol, pero a Lila no; lo que ella había consumido, fuera lo que fuese, aceleraba mucho más que la bebida. Clint pensó en corresponder a Terry contándole lo que acababa de suceder en la cárcel, pero descartó la idea. La muerte de Ree Dempster no era anécdota para una fiesta, lo que precisamente parecía aquella reunión.

—Lo siento, Terry.

Pete Ordway rodeó los hombros de Terry con un brazo y se lo llevó.

Lila señaló al hombre de la barba.

—Cariño, ¿conoces a Willy Burke? Me ha ayudado a trasladar a Roger y a Jessica al depósito de cadáveres con su furgoneta. Aunque cuando digo «depósito», en realidad me refiero a la cámara frigorífica del Squeaky Wheel. Por lo visto, ahora mismo el hospital es inaccesible. Qué cutre, ¿no? —Soltó una risita y se dio una palmada en la cara con las dos manos—. Lo siento. No

puedo evitarlo.

—Me alegro de verlo —saludó Willy—. Excelente esposa la suya. Hace bien su trabajo, pese a lo cansada que está.

—Gracias. —Volviéndose hacia su excelente esposa, Clint dijo—: Deduzco que habéis recurrido al depósito de pruebas.

—Solo Lila y yo —contestó Linny—. Terry tenía un poco de whisky.

Lila se sacó del bolsillo de atrás la receta de Provigil y se la entregó a Clint.

—No ha habido suerte con esto, ni con ninguna otra cosa. Dos de las farmacias han sido saqueadas, y Rite Aid ha quedado reducida a cenizas y ascuas. Seguramente lo has olido al entrar en el pueblo.

Clint negó con la cabeza.

—Hemos organizado esta reunión a modo de velada, podríamos decir —comentó Vern—. Que es como yo querría que estuvieran todas las mujeres.

Por un momento los demás quedaron perplejos. De pronto Barry se echó a reír, y enseguida se sumaron los otros ayudantes del sheriff, además de Willy, Lila y Linny. El sonido resultaba discordantemente alegre.

—De velada —repitió Lila. Dio un puñetazo a Clint en el brazo—. *Desvelada. ¿Lo pillas?*

—Lo pillo —contestó Clint. Acababa de entrar en la versión policial del País de las Maravillas.

—Un servidor está sobrio —informó Willy Burke al tiempo que levantaba la mano—. Destilo un poco de vez en cuando... —Guiñó un ojo a Lila—. Usted no ha oído nada, jefa. Pero no lo pruebo. Llevo cuarenta años sin beber.

—Reconozco que me he apropiado de la botella del señor Burke —dijo Barry Holden—. Me parecía lo adecuado, con todo lo que está pasando.

Los ayudantes Barrows, Ordway, Pearl y Rangle se declararon sobrios; el último levantó la mano como si prestara testimonio en un juicio. Clint estaba

empezando a enfadarse. Era por las risas. Lo entendía, desde luego. Lila tenía derecho a descontrolarse un poco después de treinta horas o más sin dormir, y lo de recurrir al depósito de pruebas había sido idea suya; aun así, aquello no le gustaba nada de nada. En el trayecto hasta el pueblo, se sentía preparado casi para cualquier cosa, pero no lo estaba para la noticia de que Van había matado a Ree de un tiro, ni para entrar en la oficina del sheriff y encontrarse con un velatorio a la irlandesa.

—Estábamos hablando —decía Lila— de una vez que Roger acudió a un aviso de disputa doméstica, y la señora de la casa se asomó por una ventana del piso de arriba y le dijo que se largara de allí y se muriera. Como él no hizo ni lo uno ni otro, ella le vació un cubo de pintura en la cabeza. Al cabo de un mes, aún no había conseguido quitársela del todo del pelo.

—¡Rojo bermellón! —exclamó Linny.

Soltó una carcajada y se le cayó el cigarrillo en el regazo. Lo recogió, estuvo a punto de dar una calada al extremo encendido y, cuando intentaba darle la vuelta, volvió a caérsele, esta vez al suelo. Eso provocó más risas entre los presentes.

—¿Qué habéis tomado? —preguntó Clint—. ¿Linny y tú? ¿La coca?

—No, la reservábamos para más tarde —respondió Lila.

—No se preocupe, sheriff, yo la defenderé —terció Barry—. Alegaré causa mayor. Ningún jurado de Estados Unidos la condenará.

Eso causó otro estallido de carcajadas.

—Nos incautamos de un centenar de bellezas negras en la redada de los hermanos Griner —explicó Linny—. Lila ha abierto una de las cápsulas y hemos esnifado el polvo.

Clint pensó en Don Peters, que primero había obligado a Jeanette Sorley a tener relaciones sexuales en la sala común y luego había dejado grogui a Janice mediante un fármaco. Pensó en el absurdo café que él mismo había

autorizado. Pensó en la extraña mujer del módulo A. Pensó en Ree intentando estrangular a Claudia y abrirle la garganta a dentelladas. Pensó en las reclusas aterrorizadas llorando en sus celdas, y en Vanessa Lampley diciendo «Me niego, doctor Norcross».

—Veo que ha dado resultado —dijo Clint. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para contenerse—. Se os ve muy despiertas.

Lila cogió a Clint de las manos.

—Ya sé qué impresión da, cariño... qué impresión damos... pero no teníamos elección. Han asaltado las farmacias, y todo producto estimulante de venta en supermercados ha volado hace horas. Me lo ha dicho Jared. He hablado con él. Está bien, que lo sepas; no tienes por qué preocuparte, te...

—Ajá. ¿Puedo hablar contigo a solas un momento?

—Claro.

3

Salieron al frescor de la noche. Entonces Clint sí olió a ceniza y a plástico quemado; lo que quedaba de Rite Aid, supuso. Detrás de ellos se reanudó la conversación. Y las risas.

—A ver, ¿qué pasa con Jared?

Lila alzó una mano como un guardia de tráfico. Como si Clint fuese un conductor agresivo.

—Está cuidando de una niña que se llama Molly. Es la nieta de la señora Ransom. La señora Ransom está en un capullo, así que él ha asumido la responsabilidad. Por ahora lo lleva bien. No es necesario que te preocupes por él.

No, pensó Clint, no me digas que no me preocupe por nuestro hijo. Hasta

que cumpla los dieciocho, *nuestra* obligación es preocuparnos por él. ¿Tan drogada estás que te has olvidado de eso?

—O al menos no más de lo necesario —añadió ella al cabo de unos segundos.

Está cansada y tiene muchas cosas entre manos, se recordó Clint. Por amor de Dios, acaba de matar a una mujer. No tienes ninguna razón para enfadarte con ella. Pero *estaba* enfadado igualmente. La lógica ejercía escaso poder sobre las emociones. Como psiquiatra, lo sabía, por más que en ese momento saberlo sirviera de poco.

—¿Tienes idea de cuánto tiempo llevas despierta?

Lila cerró un ojo mientras lo calculaba. Con ese gesto adquirió un aspecto de pirata que a él no le gustó.

—Desde quizá... la una del mediodía de ayer o algo así, creo. Eso son...

—Meneó la cabeza—. No puedo hacer la cuenta. ¡Caray, cómo me late el corazón! Pero estoy totalmente despierta, eso sí. ¡Y mira las estrellas! ¿No son preciosas?

Clint sí pudo hacer la cuenta. Eran treinta y dos horas poco más o menos.

—Linny ha mirado en internet cuánto puede aguantar una persona sin dormir —continuó Lila, radiante—. El récord está en doscientas sesenta y cuatro horas. Interesante, ¿no? ¡Once días! Lo estableció un estudiante de instituto en un proyecto de Ciencias. Te aseguro que ese récord va a *caer*. Hay mujeres muy decididas por ahí.

»No obstante, la cognición decrece rápidamente, y después la contención emocional. Además, se produce ese fenómeno llamado microsueño, que yo misma he experimentado en la caravana de Truman Mayweather. Uf, qué miedo. He notado cómo me salían del pelo briznas de esa sustancia. El lado positivo es que los humanos son mamíferos diurnos, y eso quiere decir que en cuanto salga el sol todas las mujeres que hayan conseguido mantenerse

despiertas toda la noche tendrán un subidón. Seguramente se les pasará a eso de media tarde, pero...

—Fue mala suerte que ayer tuvieras que hacer el turno de noche —dijo Clint. Las palabras se le escaparon sin darse cuenta.

—Sí. —La expresión risueña desapareció al instante del rostro de Lila—. Fue mala suerte.

—No —repuso Clint.

—¿Cómo dices?

—Un camión de pienso para mascotas volcó en Mountain Rest Road, cierto, pero de eso hace un año. ¿Qué hiciste anoche, entonces? ¿Adónde demonios fuiste?

Lila estaba muy pálida, pero en la oscuridad sus pupilas habían recuperado más o menos su tamaño normal.

—¿Estás seguro de que quieres hablar de eso en este preciso momento? ¿Con todo lo que está pasando?

Clint podría haber dicho que no, pero dentro de la oficina se produjo otro exasperante estallido de carcajadas, y la agarró por los brazos.

—Dímelo.

Lila miró las manos de Clint en torno a sus propios bíceps y luego lo miró a él. Clint la soltó y se apartó.

—A un partido de baloncesto —respondió Lila—. Fui a ver jugar a una chica. La número treinta y cuatro. Se llama Sheila Norcross. Su madre es Shannon Parks. Así que dime, Clint, ¿quién ha estado mintiendo a quién?

Él abrió la boca —sin saber qué iba a decir—, pero, antes de que pudiera hablar, Terry Coombs salió apresuradamente por la puerta con una mirada de desesperación.

—¡Dios santo, Lila! ¡Joder!

Lila se volvió hacia él.

—¿Qué pasa?

—¡Nos hemos olvidado! ¿Cómo hemos podido olvidarnos? *¡Por Dios!*

—¿De qué nos hemos olvidado?

—¡De Platinum!

—¿Platinum?

Lila se limitó a quedarse mirándolo, y lo que Clint vio en su cara aplacó de inmediato su ira. Su expresión de perplejidad indicaba que sabía más o menos de qué le hablaba pero era incapaz de situarlo en ningún contexto o marco de referencia. Estaba demasiado cansada.

—¡Platinum! ¡La hija de Roger y Jessica! —exclamó Terry—. ¡Solo tiene ocho meses, y sigue en la casa! *¡Nos hemos olvidado del puto bebé!*

—Cielo santo —dijo Lila.

Giró en redondo y corrió escalera abajo seguida de cerca por Terry. Ninguno de los dos miró a Clint, ni se volvió cuando él los llamó. Bajó los peldaños de dos en dos y agarró a Lila por el hombro antes de que entrara en el coche. No estaba en condiciones de conducir, ni ella ni Terry, pero Clint comprendió que eso no los detendría.

—Lila, escúchame. Lo más seguro es que el bebé esté bien. En cuanto quedan envueltas en esos capullos, parecen entrar en una especie de estado estacionario, como en soporte vital.

Ella encogió el hombro para desprenderse de su mano.

—Hablamos luego. Nos vemos en casa.

Terry se sentó al volante. Terry, que había estado bebiendo.

—Espero que tengas razón en cuanto al bebé, Clint —dijo, y cerró de un portazo.

Cerca de Fredericksburg, la rueda de repuesto con la que la hija de la directora de la cárcel llevaba circulando desde hacía varias semanas reventó en el momento menos oportuno, tal como su madre —dedicada de forma obsesiva, como era propio de las madres y las directoras de cárcel, a la previsión de la peor situación posible— le habría advertido que por fuerza ocurriría. Michaela redujo la velocidad hasta detener el coche en el aparcamiento de un McDonald's. Entró a orinar.

Delante del mostrador vio a un motero descomunal con el torso desnudo salvo por un chaleco de cuero con el rótulo SATAN'S 7 bordado y lo que parecía una semiautomática Tec-9 colgada a la espalda. Explicaba a una cajera con ojos de mapache que no, que no pensaba pagar ninguna de sus Big Macs. Esa noche había una oferta especial: todo lo que quisiera era gratis. Cuando se cerró la puerta y se hizo el silencio, el motero volvió la cabeza y vio a Michaela.

—Eh, hermana. —Le dirigió una mirada de admiración: *No está mal*—. ¿Te conozco de algo?

—¿Es posible? —contestó Michaela.

Sin detenerse, recorrió el pasillo lateral del McDonald's, dejó atrás el cuarto de baño y salió por la puerta trasera. Cruzó apresuradamente el aparcamiento y, al fondo, se abrió paso entre las ramas de un seto. Al otro lado se extendía el aparcamiento de una papelería Hobby Lobby. Había luz en la tienda, y vio gente dentro. Michaela pensó que había que dedicarse con mucho entusiasmo a los álbumes de recortes para ir a comprar a un Hobby Lobby precisamente una noche como aquella.

Dio un paso y le llamó la atención algo más cercano: un Corolla al ralentí a unos cinco o seis metros. Una silueta blanca ocupaba el asiento delantero.

Michaela se acercó al coche. La silueta blanca era una mujer, naturalmente,

y tenía la cabeza y las manos envueltas en capullos. Aunque Michaela seguía bajo los efectos de la coca, lamentó no estar mucho mucho más colocada. En el regazo de la mujer de los capullos, yacía un perro muerto, un caniche, con el cuerpo retorcido y maltrecho.

Ay, Fido, no deberías quitarle las telarañas de la cara a tu mami a lametones mientras se echa una siesta en el aparcamiento. Mami puede enfadarse mucho si la despiertas.

Michaela trasladó con cuidado el perro muerto a la hierba. Luego arrastró a la mujer, Ursula Whitman-Davies, según su carnet de conducir, al asiento del acompañante. Aunque no le gustaba mucho la idea de quedarse con la mujer en el coche, la incomodaba profundamente la alternativa, que era depositarla en la hierba junto al caniche muerto. Y debía tener en cuenta el aspecto práctico: con Ursula de pasajera, podía circular legalmente por el carril reservado a los vehículos compartidos.

Michaela se sentó al volante y avanzó hasta la vía de servicio que la llevaría de regreso a la I-70.

Al pasar por delante del McDonald's, se le ocurrió una idea malévola. Sin duda era fruto de la coca, pero se le antojó exquisitamente acertada de todos modos. Cambió de sentido en el Motel 6 contiguo y regresó al McDonald's. Aparcó justo delante, y allí, apoyada en su caballete, había una Harley Softail que parecía de época. En el guardabarros trasero, por encima de la matrícula de Tennessee, exhibía una calcomanía de una calavera con SATAN'S en la cuenca de un ojo y 7 en la otra. En los dientes se leía CUIDADO.

—Solo será un momento, Ursula —dijo Michaela a su copiloto envuelta en capullos, y dirigió el Corolla hacia la motocicleta.

No iba ni a veinte kilómetros por hora cuando impactó, pero la moto se volcó con un estrépito satisfactorio. El motero, sentado a una mesa junto a la ventana de delante, tenía ante sí una montaña de comida apilada en una

bandeja. Alzó la vista a tiempo de ver a Michaela dar marcha atrás y apartarse de su caballo de hierro, que en ese momento parecía más bien un poni muerto. Ella le vio mover los labios mientras corría hacia la puerta con una Big Mac goteando salsa secreta en una mano y un batido en la otra, y la Tec-9 bamboleándose a su espalda. Michaela ignoraba qué decía, pero dudaba que fuese *shalom*. Le dirigió un saludo desenfadado con la mano antes de girar para acceder de nuevo a la vía de servicio y pisar el acelerador del Corolla de Ursula hasta alcanzar los cien.

Al cabo de tres minutos, se incorporó de nuevo a la Interestatal, desternillándose de risa, consciente de que la euforia no duraría y deseando más coca para alargarla.

5

El Corolla de Ursula estaba provisto de radio vía satélite, y, después de toquetear los mandos durante un rato, Michaela encontró NewsAmerica. La información no era para dar saltos de alegría. Corría la noticia sin confirmar de un «incidente» relacionado con la esposa del vicepresidente, por el cual se había emplazado al Servicio Secreto en el número uno de la Rotonda del Observatorio. Activistas en pro de los derechos de los animales habían dejado en libertad a los ocupantes del Zoológico Nacional; varios testigos habían visto a un león devorar lo que parecía un ser humano en las vías de la línea naranja del metro. Conservadores de extrema derecha proclamaban en tertulias radiofónicas que el virus Aurora era una prueba de que Dios veía con malos ojos el feminismo. El Papa había pedido a todo el mundo que rezara en busca de orientación. Los Nationals habían cancelado su serie interligas del fin de semana contra los Orioles. Esto último Michaela lo entendía hasta cierto

punto, pero solo hasta cierto punto; todos los jugadores (también los árbitros) eran hombres, ¿no?

En el asiento del acompañante, la criatura con una bola de algodón por cabeza que antes fuera Ursula Whitman-Davies se movía al ritmo de la Interestatal, meciéndose suavemente en los tramos de asfalto liso y bailoteando cuando las ruedas pisaban pavimento lleno de surcos o deteriorado. Como compañera de viaje, era la absolutamente mejor o la absolutamente peor de la historia de la humanidad.

Durante un tiempo Michaela había salido con una chica consagrada a los cristales, que estaba convencida de que, con atención serena y fe sincera, podías adoptar la forma de la luz. Aquella chica encantadora y apasionada probablemente ya estaba dormida, envuelta en blanco. Michaela pensó en su propio padre, ya fallecido: su buen padre, que se sentaba junto a su cama cuando ella tenía miedo por la noche, o al menos eso le había contado su madre. Michaela tenía tres años cuando él murió. No lo recordaba con vida. Michaela —pese a haberse operado la nariz, pese a su apellido falso— era una auténtica periodista. Conocía los hechos, y el único hecho sobre Archie Coates que conocía bien era que lo habían metido en un ataúd y lo habían enterrado en el cementerio de Shady Hills, en la localidad de Dooling, y allí seguía. No se había convertido en luz. No se permitió a sí misma alimentar la fantasía de que ella pronto se reuniría con su padre en el más allá. La situación era ni más ni menos esta: el mundo se acababa y una mujer envuelta en telarañas que había estrangulado a su caniche se balanceaba junto a Michaela, que lo único que deseaba era pasar unas horas con su madre antes de que el sueño se las llevara a las dos.

En Morgantown tuvo que llenar el depósito del Corolla. Era una gasolinera con personal. El tipo joven que atendía el surtidor se disculpó: no funcionaban los datáfonos. Michaela pagó con billetes de un fajo que encontró en el bolso

de Ursula.

El hombre llevaba una barba rubia corta, vaqueros y una sencilla camiseta blanca. Nunca le habían atraído especialmente los hombres, pero le gustó el aspecto de ese esbelto vikingo.

—Gracias —dijo—. ¿Lo llevas bien?

—Ah —contestó él—, por mí descuide, señora. No tiene por qué preocuparse. ¿Sabe cómo usar eso?

Michaela siguió la dirección de su barbilla hasta el bolso de Ursula, que descansaba junto a la cadera de la mujer envuelta en capullos. Por la cremallera abierta asomaba la empuñadura de un revólver. Al parecer la señora Whitman-Davies era aficionada a las armas de fuego además de los canes.

—La verdad es que no —reconoció ella—. Mi amiga sabía que iba a hacer un viaje largo y me lo ha prestado.

Él le dirigió una mirada severa.

—El seguro debe de estar a un lado. No se olvide de retirarlo si ve venir algún problema. Apunte al centro del cuerpo del problema en cuestión, la masa central, y apriete el gatillo. No afloje la mano o la golpeará en la teta por el retroceso. ¿Se acordará?

—Sí —respondió Michaela—. Masa central. No aflojar la mano o me golpeará en la teta. Entendido. Gracias.

Cuando se ponía en marcha, oyó al vikingo levantar la voz.

—Oiga, ¿sale usted en televisión, quizá?

A eso de la una de la madrugada del viernes, llegó a las afueras de Dooling. Las nubes de humo del incendio en el bosque ondeaban por encima de West Lavin cuando, en la oscuridad, condujo el Corolla hacia la forma baja y alargada de la cárcel. Se tapó la boca con la mano para no aspirar el hedor de las cenizas.

En la verja, se apeó del coche y pulsó el botón rojo de llamada.

6

Maura Dunbarton estaba sentada en su celda del módulo B con lo que quedaba de Kayleigh, no muerta pero como si lo estuviera. ¿Soñaba dentro de la mortaja?

Maura, con la mano apoyada en el pecho de Kayleigh, percibía el suave movimiento de su respiración y observaba la maraña blanca de pringue fibroso que se expandía y se contraía, de modo que se le perfilaba la boca abierta con cada inspiración. En dos ocasiones Maura había hincado las uñas en aquella tela gruesa y un tanto pegajosa, tentada de rasgarla y liberar a Kayleigh. Las dos veces se acordó de la información facilitada por los noticiarios de la televisión y retiró las manos.

En una sociedad cerrada como el Centro Penitenciario de Dooling, los rumores se propagaban igual de rápido que los virus del resfriado. Pero lo ocurrido hacía una hora en el módulo A no era un rumor. Angel Fitzroy estaba encerrada en una celda con los ojos hinchados a causa del gas pimienta. Según sus desvaríos, la nueva era una jodida bruja.

A Maura le parecía totalmente posible, sobre todo después de haber visto a Claudia Stephenson arrastrarse por el módulo B con magulladuras en el cuello y profundos arañazos en los hombros, contando que Ree había estado a punto de matarla, y todo lo que había visto y oído antes de eso. Según Claudia, la nueva conocía los nombres de Jeanette y Angel, pero eso era no era nada en comparación con todo lo demás. También sabía —*¡sabía!*— que Angel había matado al menos a cinco hombres y un recién nacido.

—La mujer se llama Evie, como la Eva del Paraíso Terrenal —había dicho

Claudia—. ¡Pensadlo! Luego Ree ha intentado matarme, y me apuesto lo que sea a que la bruja sabía lo que iba a pasar, igual que sabía los nombres de las otras, y lo del bebé de Angel.

Claudia no era lo que podría considerarse un testigo fiable, pero todo eso tenía su lógica. Solo una bruja podía saber esas cosas.

En la cabeza de Maura se fundieron dos cuentos que se combinaron para crear una verdad. Uno trataba de una hermosa princesa que, maldita por una bruja malvada, se sumió en un profundo sueño al pincharse el dedo con una rueca (Maura no sabía muy bien qué era una rueca, pero debía de ser afilada). Después de incontables años, un beso sacó a la princesa de su sopor. El otro era el cuento de Hansel y Gretel, quienes, capturados por una bruja, mantuvieron la calma y escaparon después de quemar viva a la arpía en su propio horno.

Los cuentos solo eran cuentos, pero los que perduraban cientos de años debían de contener retazos de verdad. La verdad en esos dos podía ser: los hechizos podían deshacerse; las brujas podían aniquilarse. Liquidar a la mujer-bruja del módulo A tal vez no despertara a Kayleigh y todas las demás mujeres del mundo. O tal vez sí. Desde luego era una posibilidad. Incluso si eso no ocurría, la tal Evie por fuerza debía tener *algo* que ver con esa epidemia. ¿Por qué si no podía dormirse y despertar con normalidad? ¿Cómo si no podía saber cosas que no tenía forma de saber?

Maura llevaba décadas en la cárcel. Había leído mucho, incluso la Biblia de cabo a rabo. En su día le había parecido un montón de papel bastante inútil, hombres que creaban leyes y mujeres que engendraban engendros, pero recordaba un versículo convincente: «A la hechicera no la dejarás con vida».

Un plan cobró forma en la mente de Maura. Necesitaría un poco de suerte para llevarlo a cabo. Pero, con la mitad de los celadores ausentes y la rutina nocturna de la cárcel patas arriba, quizá no tanta. Angel Fitzroy no lo había

conseguido, porque la rabia de Angel asomaba a la superficie para que todos la vieran. Por eso se hallaba entonces en una celda de aislamiento. La rabia de Maura, en cambio, era un fuego enterrado a gran profundidad, de brasas relucientes ocultas bajo las cenizas. Razón por la cual era presa de confianza y tenía la cárcel a su disposición.

—Volveré, cielo —dijo a la vez que daba unas palmaditas en el hombro a Kayleigh—. A no ser que esa mujer me mate, claro. Si es una auténtica bruja, supongo que podría hacerlo.

Maura levantó su colchón y buscó a tientas la pequeña ranura que había abierto. Introdujo los dedos y sacó un cepillo de dientes. El mango, de plástico duro, tenía la punta afilada. Se lo metió en el elástico del pantalón, a la espalda, lo ocultó bajo el faldón de la holgada casaca y salió de la celda. En el pasillo del módulo B, se volvió y lanzó un beso a su compañera de celda sin rostro.

7

—Reclusa, ¿qué haces?

Era Lawrence Hicks, de pie en el umbral de la puerta de la biblioteca del Centro Penitenciario de Dooling, pequeña pero sorprendentemente bien surtida. Por lo general, le gustaba vestir terno y corbata oscura, pero esa noche había prescindido tanto de la chaqueta como del chaleco, y llevaba el nudo de la corbata tan flojo que el extremo le oscilaba justo por encima de la bragueta, como una flecha que señalaba su chisme, sin duda encogido.

—Hola, señor Hicks —saludó Maura, y siguió cargando libros en un carrito de la biblioteca. Le dirigió una sonrisa, y su único diente de oro destelló bajo los fluorescentes del techo—. Voy a repartir libros.

—¿No es un poco tarde para eso, reclusa?

—No lo creo, señor. Esta noche no creo que vayan a apagarse las luces.

Habló de forma respetuosa y sin perder la sonrisa. Así había que actuar: sonriendo y mostrándose inofensiva. No es más que Maura Dunbarton, esa vieja canosa, amansada a fuerza de años de rutina carcelaria y dispuesta a lamerle el culo a cualquiera cuyo culo necesitara ser lamido, exorcizado hacía ya mucho tiempo lo que en su día se adueñara de ella para inducirla a matar a aquella gente. Era una argucia que las Angel Fitzroy de este mundo nunca aprendían. Había que conservar la pólvora seca por si alguna vez se necesitaba.

Hicks se acercó a inspeccionar el carrito, y Maura casi sintió lástima por él —pálido, un asomo de barba en los carrillos blandos como la masa de pan, revuelto el poco pelo que le quedaba—, pero si intentaba detenerla, le clavaría el arma en esa gruesa barriga. Tenía que salvar a Kayleigh si era posible salvarla. A la Bella Durmiente la habían salvado con un beso; Maura tal vez pudiera salvar a su chica con un pincho.

No te metas en mi camino, Hicksie, pensó. No, a no ser que quieras un agujero en el hígado. Sé dónde lo tienes exactamente.

Hicks examinaba los libros que Maura había elegido de las estanterías: Peter Straub, Clive Barker, Joe Hill.

—¿Son todo novelas de terror! —exclamó Hicks—. ¿Permitimos a las reclusas leer estas cosas?

—Esto y novelas románticas es prácticamente lo único que leen, señor —contestó Maura, sin añadir: Lo que sabrías si supieras algo del funcionamiento de este sitio, pedazo de comadreja. Renovó la sonrisa—. Imagino que esta noche serán las historias de terror lo que mantenga despiertas a las mujeres, si es que algo lo consigue. Además, nada de esto es real; todos tratan de vampiros, hombres lobo y cosas así. Son como cuentos de hadas.

Por un momento Hicks pareció vacilar, quizá preparándose para ordenarle que volviera a su celda. Maura se llevó la mano a los riñones como si le picara y quisiera rascarse. Finalmente Hicks deshinchó las mejillas en un suspiro.

—Adelante. Al menos te mantendrá despierta a *ti*.

Esta vez la sonrisa de Maura fue sincera.

—Ah, por mí no se preocupe, señor Hicks. Tengo insomnio.

8

Michaela había pasado de pulsar el botón una y otra vez a mantenerlo apretado sin más. La parte acristalada de fachada de la cárcel estaba muy iluminada y había coches en el aparcamiento; dentro quedaba alguien despierto.

—¿Qué? —La voz masculina que contestó era la viva representación del cansancio; era una voz a la que se le notaba todo un día a cuestas—. Aquí el funcionario Quigley. Deje de apretar el puñetero botón.

—Me llamo Michaela Morgan. —Al cabo de un segundo, recordó que allí su nombre televisivo no significaba nada.

—¿Y? —La voz no parecía impresionada.

—Antes era Michaela Coates. Mi madre es la directora. Me gustaría verla, por favor.

—Esto...

Silencio, salvo por un ligero zumbido en el intercomunicador. Michaela se enderezó; se le había agotado la paciencia. Tocó el botón de llamada con todas sus fuerzas.

—Le comunico que, además, trabajo para NewsAmerica. ¿Es necesario que denuncie públicamente este comportamiento o puedo hablar con mi madre?

—Lo siento, señorita Coates. Se ha quedado dormida.

Entonces fue Michaela quien quedó en silencio. Llegaba demasiado tarde. Se desplomó contra la alambrada. El reflejo de los faros del Corolla en la verja la deslumbró.

—Lo siento —repitió la voz—. Era una buena jefa.

—Y ahora ¿qué hago? —preguntó Michaela. No estaba pulsando el botón de llamada, así que la pregunta iba dirigida solo a la noche y el humo que emanaba del bosque.

El funcionario Quigley acudió con la respuesta, como si la hubiera oído.

—¿Por qué no va al pueblo? Coja una habitación. O... he oído que esta noche hay barra libre en el Squeaky Wheel, y no cerrarán hasta que salga el sol o se acabe la cerveza.

9

Maura empujó el carrito por el módulo B, despacio, para que nadie pensara que tenía un objetivo concreto en mente.

—¿Libros? —preguntaba en cada celda ocupada o al menos en aquellas cuyas ocupantes no estaban ya cubiertas por esa mierda blanca—. ¿Queréis leer una historia de miedo? Tengo nueve versiones distintas del hombre del saco.

Unas cuantas aceptaron. La mayoría estaba viendo las noticias, una historia de terror en sí. El funcionario Wettermore la detuvo cerca del módulo B para echar un vistazo a los títulos del carrito. A Maura no lo sorprendió verlo allí esa noche, porque el funcionario Wettermore era un gay declarado. La habría extrañado mucho que tuviera alguna mujer en casa.

—A mí todo eso me parece un montón de basura —comentó—. Sigue

adelante y lárgate de aquí, Maura.

—De acuerdo, funcionario. Ahora voy al módulo A. Hay allí un par de mujeres; el doctor Norcross las tiene en el grupo del Prozac, pero les gusta leer igualmente.

—Bien, pero no te acerques a Fitzroy ni a la celda acolchada del fondo, ¿entendido?

Maura le dedicó su sonrisa más amplia.

—Por nada del mundo, funcionario Wettermore. ¡Y gracias! ¡Muchas gracias!

Aparte de la nueva —la bruja—, solo había dos mujeres despiertas en el módulo A, más la silueta dormida que fuera Kitty McDavid.

—No —dijo la mujer de la A-2—. No puedo leer, no puedo leer. Los medicamentos que Norcross me da me dañan la vista. No puedo leer, no. Se han oído gritos. No me gustan los gritos.

La otra mujer, en la A-8, era Angel. Miró a Maura con los ojos hinchados y cara de no saber qué coño le había pasado.

—Sigue adelante, Mo-Mo —previno cuando Maura, pese a la advertencia de Wettermore, le ofreció un par de libros.

No había problema. Maura se encontraba casi al final del pasillo. Echó una ojeada por encima del hombro y vio a Wettermore de espaldas a ella, enfrascado en una conversación con el funcionario Murphy, al que las chicas llamaban Tigger, como el personaje de las historias de Winnie de Pooh.

—Maura...

Fue solo un susurro pero penetrante. En cierto modo resonó.

Era la nueva. Evie. Eva. La que en la Biblia había comido del Árbol del Conocimiento, razón por la cual tanto ella como su apuesto maridito habían sido desterrados a este mundo de dolor y perplejidad. Maura conocía el destierro. Lo conocía bien. La habían desterrado a Dooling por desterrar a su

marido y sus dos hijos (además de Slugger) a la inmensa eternidad.

Evie, de pie junto a la puerta de barrotes de la celda acolchada, miraba a Maura. Y sonreía. Maura no había visto una sonrisa tan hermosa en su vida. Una bruja, quizá, pero espectacular. Sacó una mano entre los barrotes y le hizo una seña con un dedo largo y elegante. Maura empujó el carrito hacia allí.

—¡Alto, reclusa! —Era el funcionario Tig Murphy—. ¡No pases de ahí!

Maura siguió adelante.

—¡A por ella, hay que detenerla! —exclamó Murphy, y Maura oyó el estrépito de sus duros zapatos contra las baldosas.

Maura colocó el carrito de medio lado y lo volcó para crear una barricada momentánea. Libros en rústica destrozados volaron y resbalaron por el suelo.

—*¡Alto, reclusa, alto!*

Maura se encaminó a toda prisa hacia la celda acolchada al tiempo que se llevaba la mano a los riñones y sacaba el cepillo de dientes convertido en pincho. La mujer-bruja seguía atrayéndola con el dedo. No ve lo que traigo para ella, pensó Maura.

Echó atrás el brazo a la altura de la cadera con intención de hundírselo a la mujer-bruja en el vientre. En el hígado. Solo que aquellos ojos oscuros primero la obligaron a aminorar el paso y luego a detenerse. No era maldad lo que Maura veía en ellos, sino frío interés.

—Quieres estar con ella, ¿verdad? —preguntó Evie en un rápido susurro.

—Sí —dijo Maura—. Dios mío, no sabes cuánto.

—Puedes estar con ella. Pero antes debes dormirte.

—No puedo. Tengo insomnio.

Wettermore y Murphy se acercaban. Maura disponía solo de unos segundos para pinchar a la mujer-bruja y acabar con esa epidemia. Pero no lo hizo. Los ojos oscuros de la desconocida la inmovilizaron, y descubrió que no deseaba oponer resistencia. No eran ojos en absoluto, advirtió Maura, sino rendijas,

aberturas a una nueva oscuridad.

La mujer-bruja apretó el rostro contra los barrotes, sin apartar los ojos de los de Maura.

—Bésame, deprisa. Ahora que aún hay tiempo.

Maura no se lo pensó. Dejó caer el cepillo de dientes afilado y acercó la cara a los barrotes. Los labios de ambas se encontraron. El aliento cálido de Evie penetró en la boca y la garganta de Maura. Esta sintió que el bendito sueño ascendía desde el fondo de su cerebro, como cuando era niña y estaba a salvo en su propia cama con Freddy el osito de peluche en un brazo y Gussie el dragón en el otro. Escuchando el frío viento exterior, a sabiendas de que dentro estaba a salvo y caliente, camino del mundo de los sueños.

Cuando Billy Wettermore y Tig Murphy llegaron a ella, Maura yacía boca arriba delante de la celda de Evie, y las primeras hebras le brotaban del cabello, de la boca y de debajo de los párpados cerrados, con los ojos sumidos ya en el sueño.

Frank esperaba otra abundante ración de chorradas por parte de Elaine cuando regresara a casa, pero se encontró con una situación sin posibilidad de chorradas. Como ninguna otra cosa aquel día —o, de hecho, en los días venideros—, sus problemas con El se resolvieron por la vía fácil. ¿Por qué entonces no sentía la menor alegría?

La esposa de la que estaba separado yacía dormida en la cama de Nana con el brazo derecho alrededor del hombro de su hija. El capullo formado en torno a su rostro era fino, una primera capa tirante de papel maché, pero una capa completa de todos modos. Una nota en la mesilla de noche decía: «He rezado por ti, Frank. Espero que tu reces por nosotras. E.».

Frank arrugó la nota y la tiró a la papelera que había junto a la cama. Tiana, la princesa negra de Disney, bailaba en el costado de la papelera con su resplandeciente vestido verde, seguida de un cortejo de animales mágicos.

—No hay palabras para esto. —Garth Flickinger lo había seguido arriba y se hallaba detrás de Frank en la puerta de la habitación de Nana.

—No —dijo Frank—. Supongo que no.

En la mesilla de noche había una foto enmarcada de Nana con sus padres. En ella, Nana sostenía en alto el marcapáginas con el que había ganado el premio. El médico cogió la foto y la examinó.

—Ha heredado sus pómulos, señor Geary. Una niña con suerte.

Frank no supo qué contestar a eso, así que calló.

El médico, indiferente al silencio, volvió a dejar la foto en la mesilla.

—Bueno. ¿Procedemos?

Dejaron a Elaine en la cama, y Frank, por segunda vez ese día, cogió a su hija en brazos y la llevó abajo. Se le movía el pecho; seguía viva bajo aquella membrana. Pero a los pacientes en coma con muerte cerebral también les latía el corazón. Era bastante probable que la última conversación entre ellos, la que acompañaría a Frank hasta la muerte —cuandoquiera que llegase— fuese la de esa mañana, en la que él le había gritado en el camino de acceso. La había asustado.

La melancolía se adueñó de Frank, una bruma terrestre que lo engulló desde las botas hacia arriba. No existía ninguna razón para esperar que ese médico drogadicto fuera capaz de hacer algo para ayudarlo.

Flickinger, entretanto, extendió unas toallas en el parqué del salón y pidió a Frank que colocara a Nana encima.

—¿Por qué no en el sofá?

—Porque quiero que la iluminen las luces del techo, señor Geary.

—Ah. Vale.

Garth Flickinger se arrodilló junto a Nana y abrió el maletín. Los ojos inyectados en sangre y ribeteados de rojo le conferían un aspecto vampírico. La nariz estrecha y la frente ancha y huidiza, enmarcada por rizos castaños, le añadían un leve aire de demencia. No obstante, y pese a que Frank sabía que el médico llevaba como mínimo un ligero colocón, su tono alegre le resultó tranquilizador. No era de extrañar que tuviese un Mercedes.

—Bueno, ¿qué sabemos?

—Sabemos que está dormida —dijo Frank, y se sintió excepcionalmente estúpido.

—¡Ah, pero hay mucho más! Lo que he podido saber por las noticias es en esencia lo siguiente: los capullos son de un material fibroso que parece componerse de moco, saliva, cera de orejas y grandes cantidades de una

proteína desconocida desprovista de ADN. ¿Cómo se produce? ¿De dónde procede? Lo ignoramos, y parecería imposible, dado que las extrusiones femeninas normales son mucho menos copiosas; dos cucharadas de sangre para un período menstrual corriente, por ejemplo, no más de una taza incluso en casos extremos. También sabemos que esos capullos parecen sustentar a las durmientes.

—Y se ponen como locas cuando se rompe el capullo —añadió Frank.

—Exacto. —Garth dispuso unos instrumentos sobre la mesita de centro: bisturí, tijeras y, extraído del estuche negro, un pequeño microscopio—. Empecemos por tomarle el pulso a su hija, ¿de acuerdo?

Frank dijo que le parecía bien.

Flickinger levantó cuidadosamente la muñeca envuelta de Nana y la sostuvo durante treinta segundos. Luego la bajó con el mismo cuidado.

—El ritmo cardíaco en reposo se percibe un poco amortiguado a través del tejido que forma la envoltura, pero está dentro de lo normal en una niña sana de su edad. Ahora, señor Geary...

—Frank.

—Bien. ¿Qué *no* sabemos, Frank?

La respuesta era evidente.

—Por qué está ocurriendo esto.

—*Por qué*. —Flickinger dio una palmada—. Eso es. En la naturaleza todo tiene una finalidad. ¿Cuál es la finalidad de esto? ¿Qué propósito tiene este capullo? —Cogió las tijeras y abrió y cerró las hojas—. Interroguemos, pues.

Cuando Jeanette no tenía con quién hablar, a veces hablaba sola, o mejor

dicho, con un interlocutor imaginario comprensivo. El doctor Norcross le había dicho que era perfectamente normal. Se conocía como «articulación». Esa noche la interlocutora era Ree, a quien tuvo que imaginar. Porque la funcionaria Lampley la había matado. Puede que pronto intentara averiguar dónde la habían dejado para presentarle sus respetos, pero de momento le bastaba con quedarse allí, en la celda de ambas. De momento no necesitaba más.

—Te contaré qué pasó, Ree. Damian se hizo daño en la rodilla jugando al fútbol, eso pasó. Era una simple pachanga con unos cuantos chicos en el parque. Yo no estaba. Damian me dijo que ni siquiera lo tocaron; sencillamente apretó a correr, para bloquear al *quarterback*, supongo, oyó un crujido, cayó en la hierba y se levantó cojeando. El ligamento cruzado anterior o el ligamento cruzado medial, nunca me acuerdo de cuál era, pero, en fin, uno de esos. La parte que hace de almohadilla entre los huesos.

Ree dijo: Ajá.

—Por aquel entonces nos iban bien las cosas, solo que no teníamos seguro médico. Yo trabajaba treinta y cuatro horas a la semana en un centro de atención diurna, y Damian tenía un chanchullo estable con un sueldazo. Veinte la hora o algo parecido. ¡Una pasta! Venía a ser una especie de ayudante de un pequeño contratista que hacía obras de carpintería para gente rica de Charleston, políticos, directores de empresa y cosas así. Peces gordos del carbón. Damian cargaba y descargaba, y tal. Nos iba de maravilla, y más para ser un par de críos que no habían acabado el instituto. Yo estaba orgullosa de mí misma.

Ree dijo: Tenías todo el derecho a estarlo.

—Conseguimos un piso, y estaba bien, con buenos muebles y todo, mejor que cualquiera de los sitios donde había vivido de niña. Él se compró una moto prácticamente nueva, y alquilamos un coche para que yo fuera de acá

para allá con nuestro hijo Bobby. Fuimos a Disney. Montamos en la Montaña del Espacio, entramos en la Mansión Encantada, abrazamos a Goofy y toda la pesca. Le presté dinero a mi hermana para que fuera al dermatólogo. Le di un poco de dinero a mi madre para que arreglara el tejado. Pero no contratamos seguro médico. Y Damian se jodió la rodilla. La cirugía era la mejor opción, pero... Deberíamos habernos liado la manta a la cabeza y hacerlo. Deberíamos haber vendido la moto, prescindido del coche, habernos apretado el cinturón durante un año. Eso era lo que yo quería hacer. Te lo juro. Pero Damian no quiso. Se negó. Con eso poco podía hacer yo. Era su rodilla, así que lo dejé correr. Ya sabes cómo son los hombres. Nunca preguntan cómo llegar a un sitio, ni van al médico hasta que están a punto de morir.

Ree dijo: En eso tienes toda la razón, compañera.

—«Bah», dice. «Me aguantaré.» Y debo reconocer que nos iba la juerga. Siempre estábamos de juerga. Cosas de jóvenes. Éxtasis. Hierba, cómo no. Coca, si alguien traía. Damian tenía calmantes escondidos. Empezó a tomarlos para sobrellevar el dolor de la rodilla. Automedicación, lo llama el doctor Norcross. ¿Y sabes mis jaquecas? ¿Mis malos rollos?

Ree dijo: Claro que sí.

—Ya. Pues una noche le digo a Damian que me está matando la cabeza, y él me da una pastilla. «Prueba una de estas», dice. «Ya verás qué alivio». Y así me enganché. Hasta el cuello. Así de fácil, ¿sabes?

Ree dijo: Lo sé.

Jared, desbordado ya por las noticias, cambió al canal de la televisión pública, donde una artesana sumamente entusiasta daba una clase de bordado

con pedrería. Debía de ser un programa pregrabado. Si no, si esa era la actitud real en esos momentos de la artesana, Jared prefería no conocerla en un día normal. «¡Vamos a hacer una cosa *pre-ciosa!*!», exclamó al tiempo que brincaba en un taburete delante de un telón de fondo gris.

La artesana era la única compañía de Jared. Molly se había quedado dormida.

A eso de la una, él se escapó al baño. Al regresar, tres minutos después, se había quedado traspuesta en el sofá. Aferrada aún a la lata de Mountain Dew que le había dado, tenía ya medio cubierta de telarañas su carita de niña.

Jared, a su vez, se quedó como un tronco durante un par de horas en el sillón de cuero. El agotamiento se había impuesto a la angustia.

Lo despertó un olor acre que penetraba por la puerta mosquitera, la alarma sensorial de un incendio lejano. Cerró las puertas balconeras y regresó al sillón. En la tele, la cámara enfocaba las manos de la artesana mientras desplazaba una aguja adentro y afuera, por arriba y por abajo.

Eran las 2.54 de la madrugada del viernes. Un nuevo día según el reloj, pero daba la impresión de que el anterior no iba a dejarlos marchar a corto plazo, si es que alguna vez los dejaba.

Jared se había aventurado a cruzar la calle para requisar el teléfono móvil del bolso de la señora Ransom. Envío a Mary un mensaje de texto:

Hola, soy Jared. ¿Estás bien?

Sí, pero ¿sabes si hay algún incendio?

Creo que sí, pero no sé dónde. ¿Cómo está tu madre? ¿Cómo está tu hermana? ¿Cómo estás tú?

Estamos todas bien. Tomando café y haciendo brownies. ¡Amanecer, allá vamos! ¿Cómo está Molly?

Jared echó una ojeada a la niña tendida en el sofá. La había tapado con una manta. La envoltura de su cabeza era redonda y blanca.

De maravilla. Dándole al Mountain Dew. El móvil que estoy usando es el de su abuela.

Mary dijo que no tardaría en escribirle otra vez. Jared volvió a fijar la atención en el televisor. La artesana era inagotable, por lo visto.

«Sé que algunos no verán bien lo que voy a decir, pero sencillamente no le tengo mucho aprecio al cristal. Se raya. Tengo la *firme convicción* de que podéis arreglaros perfectamente con plástico.» La cámara enfocó muy de cerca una cuenta rosa que sostenía entre el pulgar y el índice. «¿Veis? Posiblemente ni siquiera un ojo experto notaría la diferencia.»

—Excelente —dijo Jared. Nunca había sido propenso a hablar solo, pero tampoco se había quedado nunca en casa sin más compañía que un cuerpo revestido de blanco mientras el bosque ardía. Y no podía negar que esa mierdecilla rosa parecía cristal—. Realmente excelente, señora.

—¿Jared? ¿Con quién hablas?

No había oído abrirse la puerta de la calle. Se levantó de un salto, renqueó cuatro o cinco pasos con la rodilla dolorida y se echó a los brazos de su padre.

Clint y Jared permanecieron inmóviles, abrazados entre la cocina y el salón. Lloraron los dos. Jared intentó explicar a su padre que solo se había ido un momento a mear, que no había podido evitar lo de Molly y que se sentía fatal, pero tarde o temprano tenía que ir al baño, maldita sea, y ella parecía estar

bien, viéndola parlotear y tomarse su Mountain Dew, habría jurado que no le pasaría nada. No todo estaba bien, pero eso fue lo que Clint dijo. Lo repitió una y otra vez, y padre e hijo se estrecharon más y más, como si por pura fuerza de voluntad pudieran conseguir que así fuese, y quizá, quizá, durante un par de segundos lo lograron.

4

La porción de membrana que Flickinger había recortado en la zona de la mano de Nana semejaba, cuando Frank miró a través del objetivo del pequeño microscopio, un trozo de tela tejida con hilo fino. Las hebras contenían hebras y esas hebras contenían más hebras.

—Sin duda parece fibra vegetal —dictaminó el médico—. Al menos eso me parece a mí.

Frank se imaginó partiendo un tallo de apio, los jirones fibrosos que quedaban sueltos.

Garth apretó y enrolló el pedazo de fibra blanca entre las yemas de los dedos. Cuando las separó, la sustancia se extendió entre ellos como si fuese chicle.

—Adhesiva... y muy elástica... de rápido crecimiento... altera de algún modo la química del huésped... la altera *brutalmente*...

Mientras Garth proseguía, hablando más para sí que para Frank, este se detuvo a pensar en la reducción de su hija a la palabra «huésped». No le hizo ninguna gracia.

Garth rio entre dientes.

—No me gusta su comportamiento, señora Fibra. No me gusta nada. —Con una mueca, despachurró el tejido contra un portaobjetos.

—¿Se encuentra bien, doctor Flickinger? —Frank podía aceptar que el médico fuera un excéntrico y estuviera colocado, y hasta el momento parecía saber lo que se traía entre manos, pero el tipo tenía un montón de instrumentos afilados cerca de su hija incapacitada.

—Me encuentro de maravilla. Aunque no me importaría tomar una copa. — Flickinger volvió a sentarse en cuclillas al lado de la figura yacente de Nana. Se rascó bajo la aleta de la nariz con la punta de las tijeras—. Nuestra amiga, la señora Fibra aquí presente, es contradictoria. Debería ser un hongo, pero presenta mucha actividad y es muy agresiva, y al mismo tiempo solo muestra interés por el cromosoma XX. Luego, al separarla del resto de la masa, no es nada. Nada. Solo un pringue pegajoso.

Frank se marchó un momento, rebuscó en la cocina y tuvo que contentarse con la bazofia que encontró en el último estante, entre la levadura y la harina de maíz. Quedaba suficiente para servir un par de dedos por cabeza. Llevó los vasos al salón.

—Si la vista no me engaña, eso es jerez de guisar. En fin, nos las apañaremos, Frank. —Garth no parecía en absoluto decepcionado. Aceptó el vaso y, tras apurarlo, dejó escapar un suspiro de satisfacción—. Oye, ¿tienes cerillas? ¿Un mechero?

5

—Bueno, Ree, lo siguiente no te caerá de nuevo. El pequeño hábito pasó a ser un gran hábito, y los grandes hábitos salen caros. Damian robó en la casa de un tío rico y salió impune una vez, pero no la segunda. No lo detuvieron ni nada, pero lo pusieron de patitas en la calle.

Ree dijo: ¿Por qué no me sorprende?

—Ya. Después yo perdí el empleo en el centro de atención diurna. Era cuando la economía iba francamente mal, y la dueña del centro tuvo que hacer recortes. Lo curioso es que había allí un par de chicas con menos antigüedad que yo, sin tanta experiencia, y se las quedó a ellas. ¿A que no adivinas cuál era la diferencia entre aquellas chicas y yo?

Ree dijo: Ah, quizá sí lo adivinará, pero dímelo tú de todos modos.

—Eran blancas. Eh, no lo digo como excusa. De verdad que no, pero, ya ves, así fue. La cosa se jodió, y me deprimí un poco. Me deprimí mucho. Como le pasaría a cualquiera. Así que empecé a tomar pastillas incluso cuando no me dolía la cabeza. ¿Y sabes qué fue lo peor? Que era consciente de lo que pasaba. En plan: Ah, así que esta es la parte en la que me convierto en una yonqui tarada de mierda como esperaba todo el mundo. Me aborrecí por eso. Por cumplir con ese destino que los demás me asignaban por ser negra y criarme en la pobreza.

Ree dijo: Sí, un mal trago.

—Vale, veo que lo entiendes. Y la relación con Damian... en fin, probablemente no habría durado de todas formas. Eso lo sé. Teníamos la misma edad, pero por dentro él era mucho más joven. Con los tíos suele pasar, creo. Pero, en ese sentido, él era mucho más joven que la mayoría. Como, por ejemplo, aquel día que se fue a jugar al fútbol al parque cuando el bebé estaba enfermo en casa. A mí por entonces me parecía normal. Se largaba a todas horas así sin más. «Ya volveré», decía, o «Voy a pasarme por casa de Rick» o lo que fuera. Yo nunca puse reparos. No tenía la impresión de que estuviera permitido. Él se me habría camelado. Flores y lo que hiciera falta. Caramelos. Una blusa nueva del centro comercial. Cosas que están bien durante un segundo. Pero había una parte de él que supuestamente era divertida y en realidad no tenía ninguna gracia. Era pura desconsideración. Por ejemplo, paraba el coche al lado de una mujer que estaba paseando al perro y gritaba:

«¡Parecéis gemelos!», o iba andando y, al pasar junto a un adolescente que iba en el sentido opuesto, hacía amago de darle un puñetazo y el chico se encogía. «Es broma», decía. Y la droga... eso le agrió el carácter. Seguía haciendo lo que daba la gana, pero aquello ya no era en plan vivalavirgen, la forma en que se tomaba las cosas. Y se desató su maldad, como un perro que se suelta de la cadena. «Mira qué colocón lleva esa golfa, Bobby», decía a nuestro hijo, y se reía como si le pareciera la monda. Como si yo fuera un payaso de circo. Esas cosas. Al final, un día, le solté una bofetada por eso, y él me dio un puñetazo. Otro día, cuando yo le pegué un puñetazo por eso mismo, él me rompió un cuenco en la cabeza.

Ree dijo: Eso tuvo que dolerte.

—No tanto como la sensación de que me lo merecía, recibir golpes en esa cara de yonqui mía a manos de mi marido yonqui. Me aborrezco por eso. Recuerdo que, tirada en el suelo, vi una moneda de cinco centavos en el polvo de debajo de la nevera y trozos de aquel cuenco azul por todas partes, y pensé que lo siguiente sería que los servicios sociales se llevaran a Bobby. Y, en efecto, así fue. Un poli vino a buscar a Bobby a casa, y mi niño me llamó a gritos, y debería haber sido lo más triste del mundo, solo que yo estaba tan grogui que no sentí nada.

Ree dijo: Eso es triste.

Habían transcurrido diez minutos, y Terry aún no había salido de la casa contigua a la de los Elway. *Zolnik*, se leía en el buzón. Lila no sabía qué hacer.

Previamente habían entrado en casa de los Elway, habían trazado un amplio semicírculo en torno a la zona salpicada de sangre donde antes yacían los

cadáveres y habían accedido por la puerta delantera. La niña, a quien el laboratorio de ideas Elway había llamado Platinum con la prudencia y discreción que los caracterizaba, estaba en su capazo, tan plácidamente como podía estar dentro del capullo con forma de alubia que se había formado en torno a ella. Lila, presionando el capullo, había palpado el contorno del cuerpo del bebé. La situación tuvo algo de cómico y horrendo; era como probar un colchón nuevo, tantear su firmeza. Pero la sonrisa se le heló en el rostro cuando Terry empezó a sollozar. Pasaban de las dos de la madrugada. Llevaban por tanto veinte horas sumidos en la crisis, poco más o menos, y hacía treinta y cinco horas que Lila no pegaba ojo. Ella estaba colocada, y su mejor ayudante, borracho y llorón.

En fin, lo hacían lo mejor que podían, ¿no? Y todavía estaba toda aquella arena para gatos desparramada en Mountain Rest Road.

—No, ya no está —se corrigió. De eso hacía meses. ¿Un año, quizá?

—¿Qué no está? —Ya fuera, iban camino del coche patrulla, aparcado delante de la casa de Roger.

Lila, que sostenía el capullo en brazos, miró a Terry parpadeando.

—¿Lo he dicho en voz alta?

—Sí —contestó Terry.

—Lo siento.

—Vaya mierda. —Se sorbió la nariz y se encaminó hacia la casa de los Zolnik.

Lila le preguntó adónde iba.

—La puerta está abierta —respondió él, y señaló en esa dirección—. Tienen la puerta abierta en plena noche. Hay que comprobarlo. Enseguida vuelvo.

Lila se acomodó en el asiento del acompañante del coche patrulla con el bebé. Daba la impresión de que no había pasado más que un momento, pero el

reloj digital indicaba las 2.22. Creía recordar que marcaba las 2.11 cuando ella se había sentado. Veintidós y once no eran los mismos números. Pero once más once sumaban veintidós. Lo cual significaba...

El once se arremolinó entre sus pensamientos: once llaves, once dólares, once dedos, once deseos, once tiendas de campaña en once campamentos, once mujeres guapas en medio de la carretera a la espera de que las atropellaran, once pájaros en once ramas de once árboles... árboles corrientes, eso sí, no árboles imaginarios.

¿Qué *era* ese árbol? Si las cosas seguían por esos derroteros, alguien acabaría colgando a la tal Evie de un árbol, Lila lo veía claro como el agua, porque todo había empezado con ella, de un modo u otro había empezado con ella y con el Árbol, Lila lo percibía tan nítidamente como el calor de la niña envuelta en un capullo sobre su regazo, la pequeña Plata. Once bebés en once capullos con forma de alubias.

—Platinum, Platinum—dijo sin proponérselo.

El absurdo nombre de la niña era Platinum, no Plata. Plata, Silver, era el nombre del juez. Si Lila había sabido alguna vez cómo se llamaba la gata muerta del juez, ya no lo sabía. La hija de Clint se llamaba Sheila Norcross. Él no lo había reconocido, claro. Vaya decepción, la peor decepción de todas, no reconocerlo siquiera, que Platinum era su hija. O que Sheila era su hija. Lila tenía los labios secos y sudaba pese a que en el coche se estaba fresco. La puerta de la casa de los Zolnik seguía abierta.

Terry no estaba seguro de si podía haber hecho algo por aquel tipo; en realidad, ni siquiera se le ocurrió intentarlo. Optó por sentarse en la cama,

apoyar las manos en las rodillas y respirar hondo y despacio varias veces. Necesitaba recomponerse.

La durmiente estaba en el suelo. Las telarañas le cubrían la cabeza y las manos, así como la mitad inferior del cuerpo. En un rincón había un pantalón y unas bragas hechos un rebujo. Era una mujer menuda, de poco más de metro cincuenta. Por las fotos de la pared y la cómoda, aparentaba unos setenta años, quizá más.

Terry dedujo que el hombre que había intentado violarla la había tirado de la cama al quitarle el pantalón.

El violador yacía también en el suelo, a unos pasos. En realidad no parecía un hombre adulto; su delgadez era propia de la adolescencia. Llevaba los vaqueros enrollados en torno a los tobillos, justo por encima de unas zapatillas de deporte. CURT M, se leía en rotulador en el contorno de una de las suelas. Su rostro era un amasijo rojo. La respiración agitaba la saliva sanguinolenta en torno a su boca. La sangre seguía manando a borbotones de su entrepierna, sumándose al charco que ya se había formado en la alfombra. En la pared del fondo de la habitación se veía un manchurrón, y debajo, en el suelo, un pedazo de carne: la polla y los huevos de Curt M, supuso Terry.

Curt M debía de haber pensado que la mujer no se daría cuenta. A un hijo de puta como ese Aurora debía de habersele antojado una oportunidad única en la vida, la mañana de Pascua en el cielo de un violador. Probablemente había muchos más como él, y vaya una desagradable sorpresa iban a llevarse.

Pero ¿cuánto tardaría en correr la voz? Si uno rompía la tela e intentaba cepillarse a la mujer, esta oponía resistencia; mataba. Cosa que a Terry le parecía totalmente justa. Pero a partir de ahí, por desgracia, era fácil imaginar que un mesías de tres al cuarto como aquel tarado de las noticias, el tal Compadre como se llamase, el que salía siempre despotricando y quejándose de los impuestos, concibiera un nuevo plan. Anunciaría que, en interés de

todos, había que pegar un tiro en la cabeza a todas esas mujeres envueltas en capullos. Eran bombas de relojería, afirmaría. Había hombres por ahí a los que les encantaría la idea. Terry pensó en todos esos individuos que llevaban años soñando con utilizar los ridículos arsenales para «defensa doméstica» que habían acumulado, pero jamás habrían osado apretar el gatillo contra una persona despierta, y menos si estaba armada y los tenía encañonados a ellos. Terry no creía que hubiese millones de hombres así, pero era policía desde hacía tiempo suficiente para sospechar que había miles.

¿En qué situación los dejaba eso? La mujer de Terry estaba dormida. ¿Podía velar él por su seguridad? ¿Qué iba a hacer, colocarla en el estante de un armario, guardarla como un tarro de conserva?

Y sabía que su hija no había llegado a despertar esa mañana. Daba igual que las líneas telefónicas estuviesen saturadas. Diane estaba en la universidad. Dormía siempre que podía. Además, les había enviado el horario de su semestre de primavera, y Terry estaba casi seguro de que no tenía clase los jueves por la mañana.

¿Cabía la posibilidad de que Roger —el muy muy muy estúpido de Roger— hubiese tomado una decisión sagaz al retirar esa tela de Jessica? Roger había puesto fin a todo antes de tener que ver a un ser querido tiroteado mientras dormía.

Debería suicidarme, pensó Terry.

Dejó la idea en el aire. Al comprobar que no cuajaba, se alarmó y se dijo que no debía precipitarse. Tenía que tomar una copa, o dos, dar vueltas a todo aquello. Pensaría con más claridad después de tomarse unas cuantas, como siempre.

En el suelo, Curt McLeod —el tercer mejor jugador del equipo de tenis amateur del instituto de Dooling, por detrás de Kent Daley y Eric Blass— emitía un sonido entrecortado. Había empezado la respiración de Cheyne-

Stokes.

8

Lila apenas se sorprendió cuando Terry le pidió que lo dejara en el Squeaky Wheel. A esas alturas tenía tanto sentido como cualquier otra cosa.

—¿Qué has visto ahí dentro, Terry?

Instalado en el asiento del acompañante, sostenía a la niña envuelta en el capullo entre las palmas de las manos, muy abiertas, como si fuera una cazuela caliente.

—Un chico ha intentado... esto... *hacérselo* con una mujer ahí dentro. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí.

—Eso la ha despertado. Cuando he entrado en la casa, ya estaba dormida de nuevo. Él estaba... prácticamente muerto. Ahora ya del todo muerto.

—Uf—dijo Lila.

Avanzaron por el pueblo a oscuras. El incendio que ardía en los montes presentaba un color rojo, y la nube de humo que se elevaba por encima era de un tono ligeramente más oscuro que la noche. Una mujer con un chándal rosa neón daba saltos de tijera en un jardín. Se veía a mucha gente —sobre todo mujeres— a través de los ventanales del Starbucks de Main Street, que había decidido seguir abierto hasta muy tarde de manera excepcional o (quizá más probablemente) se había visto obligado por la multitud. Eran las 2.44.

Lila nunca había visto tan lleno el aparcamiento de la parte de atrás del Squeaky. Había camiones, sedanes, motos, utilitarios, camionetas. Una nueva hilera de vehículos se formaba ya en el terraplén de hierba al fondo del aparcamiento.

Arrimó el coche patrulla a la puerta de atrás, que estaba entornada y dejaba salir luz, voces y la música a todo volumen de una gramola. La canción que sonaba en ese momento era un tema estridente de una banda de garaje que había oído un millón de veces pero cuyo título no habría sabido ni después de una noche entera de descanso.

La voz del cantante era hierro arrastrado por asfalto: «¡Cuando te despiertes, descubrirás que estás sola y no sabrás qué ha pasado!», gemía.

Una camarera se había quedado dormida junto a la puerta, sentada en una caja de reparto de leche. Sus botas camperas formaban una V. Terry se apeó, dejó a Platinum en el asiento y se inclinó hacia el interior del coche. El neón del anuncio de cerveza iluminaba el lado derecho de su rostro y le confería la tonalidad verde ácido de un cadáver de película. Señaló el bulto envuelto en un capullo.

—Jefa, quizá deberías esconder a esta niña en algún sitio.

—¿Cómo? —preguntó Lila.

—Piénsalo. Pronto empezarán a eliminar a las niñas y a las mujeres. Porque son peligrosas. Se levantan con el pie izquierdo, por así decirlo. —Se irguió—. Necesito tomar una copa. Buena suerte. —Su ayudante cerró la puerta con delicadeza, como si temiera despertar a la pequeña.

Lila observó a Terry entrar por la puerta trasera del bar. No echó un vistazo siquiera a la mujer que dormía encima de la caja de leche con los tacones de las botas hincados en la grava y las punteras orientadas hacia arriba.

Los funcionarios Lampley y Murphy habían despejado la larga mesa del cuarto de la limpieza para que el cadáver de Ree pudiera descansar en paz.

Trasladarla al depósito del condado en plena noche quedaba descartado, y el St. Theresa seguía siendo una casa de locos. Al día siguiente, si las cosas se calmaban, uno de los funcionarios podría transportar sus restos a la funeraria Crowder de Kruger Street.

Claudia Stephenson, sentada al extremo de la mesa en una silla plegable, se sostenía una bolsa de hielo contra el cuello. Jeanette entró y se sentó en otra silla plegable, a la cabecera de la mesa.

—Yo solo buscaba alguien con quien hablar —dijo Claudia. Tenía la voz ronca, era apenas un susurro—. Ree siempre ha sabido escuchar.

—Lo sé —contestó Jeanette, pensando que en el caso de Ree era cierto incluso después de la muerte.

—Te acompaño en el sentimiento —dijo Van. Se hallaba en el umbral de la puerta abierta; su cuerpo musculoso aparecía visiblemente laxo a causa del cansancio y la aflicción.

—Debería haber utilizado la táser —reprochó Jeanette, pero fue incapaz de conferir a sus palabras un verdadero dejo de acusación. También ella estaba agotada.

—No he tenido tiempo —contestó Van.

—Iba a matarme, Jeanie. —El tono de Claudia era de disculpa—. Si quieres culpar a alguien, culpame a mí. He sido yo quien ha intentado quitarle las telarañas. —Repitió—: Yo solo buscaba alguien con quien hablar.

En reposo, el rostro al descubierto de Ree, aunque desencajado, parecía atónito: los párpados entornados, la boca abierta. Era la expresión intermedia —entre risas, entre sonrisas— que adoptabas en esas fotografías que después desechabas o borrabas del teléfono. Alguien le había limpiado la sangre de la frente, pero el orificio de bala era nítido y ofensivo. La membrana hecha jirones colgaba en torno a su cabello, lacia y marchita en lugar de ondeante y sedosa, tan muerta como la propia Ree. La sustancia había dejado de crecer en

cuanto Ree dejó de vivir.

Cuando Jeanette intentó visualizar a Ree viva, lo único sólido que cobró forma en su cabeza fue un instante de esa mañana. «No puedes *no* preocuparte por un recuadro de luz, te lo digo yo.»

Claudia suspiró o gimió o sollozó, o quizá las tres cosas simultáneamente.

—Dios —dijo con su ronquera ahogada—. Cuánto lo siento...

Jeanette cerró los párpados de Ree. Así estaba mejor. Rozó con un dedo una pequeña parte de su tejido cicatricial. ¿Quién te hizo eso, Ree? Espero que quienquiera que fuese se odie a sí mismo por ello, y se castigue. O que esté muerto, porque estoy casi segura de que *fue* un hombre. En un noventa y nueve por ciento. La muchacha tenía los párpados más claros que el resto de la piel, dorada.

Jeanette se agachó y acercó los labios al oído de Ree.

—Nunca le he contado a nadie lo que te he contado a ti. Ni siquiera al doctor Norcross. Gracias por escucharme. Que duermas bien, cielo. Duerme bien, por favor.

10

El fragmento de tejido en llamas se elevó en el aire, trazó una espiral naranja y negra, y floreció. No brilló. *Florece* era la única palabra para describir cómo se abrió, pues el fuego se convirtió en algo mucho más grande que el propio combustible.

Garth Flickinger, que sostenía la cerilla encendida que había utilizado para poner a prueba el fragmento de tejido, retrocedió y chocó contra la mesita de centro. Su instrumental médico resbaló por la superficie y algunas piezas cayeron al suelo. Frank, que observaba desde cerca de la puerta, se puso en

cuclillas y avanzó rápidamente hacia Nana para protegerla.

La llama formó un círculo en rotación.

Frank se apretó contra el cuerpo de su hija.

En la mano de Flickinger, el fuego de la cerilla le había llegado a las yemas de los dedos, pero no la soltó. Frank olió la piel chamuscada. Al resplandor del círculo ígneo que se hallaba suspendido en el aire del salón, las delicadas facciones del médico parecieron disgregarse, como si, comprensiblemente, desearan huir.

Porque el fuego no ardía así. El fuego no flotaba. El fuego no trazaba círculos.

El último experimento con el tejido proporcionaba una respuesta concluyente a la pregunta de «¿Por qué?», y esa respuesta era: porque lo que estaba ocurriendo no era de este mundo, y no podía tratarse con medicina, o al menos no con la medicina de este mundo. Cualquiera podría haber sacado esa conclusión del semblante de Flickinger. Frank supuso que era también su propia expresión.

El fuego cayó en forma de masa marrón ondulante y se desintegró en un centenar de pedazos. Una bandada de mariposas nocturnas se dispersó en el aire.

Ascendieron hacia el plafón; revolotearon hacia la pantalla de la lámpara, hacia los rincones del techo, por el umbral de la cocina; las mariposas danzaron hasta el grabado de Jesucristo caminando sobre las aguas que había colgado en la pared y se posaron en los bordes del marco; una cayó en picado y aterrizó en el suelo cerca de donde Frank cubría a Nana con su cuerpo. Flickinger, a gatas, se alejaba en dirección opuesta, hacia el recibidor, sin dejar de vociferar (*gritar*, en realidad), perdida toda compostura.

Frank no se movió. No apartó la vista de una única mariposa. Era de un color que nunca habría llamado la atención.

La mariposa se arrastró por el suelo. Frank sentía miedo, terror, de hecho, ante aquella diminuta criatura que pesaba, poco más o menos, lo mismo que una uña y era de una tonalidad apagada. ¿Qué le haría?

Cualquier cosa. Si quería, podía hacerle cualquier cosa, siempre y cuando no hiciera daño a Nana.

—No la toques —susurró Frank. Abrazado a su hija de aquel modo, percibía su pulso y su respiración. El mundo tendía a escaparse de las manos de Frank, a señalar sus errores o necesidades cuando él solo quería hacer las cosas bien, correctamente, pero no era un cobarde. Estaba dispuesto a morir por su hija—. Si tienes que llevarte a alguien, llévame a mí.

Dos puntos negros sobre el galón marrón que presentaba el cuerpo de la mariposa, sus ojos, fijaron la mirada en los de Frank, y desde ahí penetraron en su cabeza. Notó que volaban dentro de su cráneo durante Dios sabía cuánto tiempo, se posaban en su cerebro, arrastraban sus patas puntiagudas por los canales de este como un niño que, subido a una roca en el centro de un arroyo, hundía un palo en el agua.

Y Frank estrechó aún más a su hija.

—Llévame a mí, por favor.

La mariposa se alejó como una exhalación.

Claudia, la del Cuerpo de Dinamita, se marchó. La funcionaria Lampley había ofrecido dejar a Jeanette un momento a solas. Esta tenía ante sí a la verdadera Ree para hablar con ella. Lo que quedaba de ella. Tuvo la sensación de que debería haber dicho a Ree todas aquellas cosas cuando aún vivía.

—Lo que pasó... no estoy segura de si era por la mañana, por la tarde o a

primera hora de la noche, pero llevábamos días colgados. No salíamos. Lo encargábamos todo a domicilio. En cierto momento Damian me quemó con un cigarrillo. Estoy tendida en la cama, y los dos miramos mi brazo desnudo, y yo pregunto: «¿Qué haces?». El dolor estaba en otro espacio de mi mente. Ni siquiera moví el brazo. Damian dice: «Comprobar si eres real». Todavía tengo la cicatriz, del tamaño de una moneda de dólar de lo fuerte que apretó. «¿Satisfecho?», pregunté. «¿Crees que soy real?», y él dice: «Sí, pero te odio más por ser real. Si me hubieras dejado operarme la rodilla, no habría pasado nada de esto. Eres una zorra cruel. ¡Por fin te he calado!».

Ree dijo: Eso da mucho miedo.

—Sí. Me dio miedo. Porque Damian dijo todo eso con la misma expresión que si fuera una gran noticia y estuviera encantado de saberla y transmitirla. Es como si fuera el presentador de una tertulia nocturna de la radio, actuando para su público de chiflados insomnes. Estamos en el dormitorio, con las cortinas corridas, y no se ha limpiado nada desde hace días. No tenemos luz, porque no hemos pagado el recibo. Después, no sé cuánto tiempo ha pasado, descubro que estoy en la habitación de Bobby, sentada en el suelo. Su cama sigue ahí, pero el resto de los muebles, la mecedora y la cómoda, han desaparecido. Damian se los ha vendido a un tío por algo de dinero. Quizá por fin estaba entrándome el bajón, quizá por la quemadura del cigarrillo, pero me sentía tan triste y tan mal y tan... como si estuviera perdida, en un lugar desconocido, y no hubiera forma de volver a casa.

Ree dijo: Conozco esa sensación.

—Ahora el destornillador... el destornillador de estrella. El tío que compró la mecedora debió de usarlo para desmontar la base y se lo olvidó allí. Es la única conclusión a la que he llegado. Sé que el destornillador no era nuestro. Para entonces ya no teníamos ninguna herramienta. Damian las había vendido antes que los muebles. Pero ese destornillador está en la habitación de Bobby,

tirado en el suelo, y lo cojo. Voy al salón, y Damian está sentado en la silla plegable, que es el único asiento que queda en la casa. Dice: «¿Has venido para rematar la faena? Bien, pues adelante. Pero será mejor que te des prisa, porque si no consigues matarme en los próximos segundos, me parece que voy a ahogarte hasta que te reviente esa puta cabeza». Lo dice con la misma voz de presentador de programa nocturno. Y tiene en la mano un frasco con las dos últimas pastillas que nos quedan, y de pronto lo agita, como para anunciar que llega su gran frase final, *¡tatatachán!* Dice: «Justo aquí tienes un buen sitio, abundante carne», y me tira de la mano en la que tengo el destornillador hasta lo alto del muslo, y apoya la punta en los vaqueros y dice: «¿Y bien? Ahora o nunca, Jeanie, nena, ahora o nunca».

Ree dijo: Supongo que lo deseaba.

—Y lo consiguió. Se lo hundí hasta el mango. Damian no grita, solo suelta el aire en un gran suspiro y dice: «Mira lo que me has hecho», y sangra a chorro en la silla y en el suelo. Pero no mueve ni un dedo para salvarse. Dice: «Bien. Mira cómo muero. Disfrútalo».

Ree dijo: ¿Disfrutaste?

—No. *¡No!* Me quedé acurrucada en el rincón. No sabría decir cuánto tiempo. Según la policía, doce o catorce horas. Vi que las sombras cambiaban, pero no sé cuánto tiempo pasó. Damian se quedó allí sentado y habló. Y habló. Estaba ya contenta. Había sido ese el plan desde el principio. Ah, y cómo había preparado el terreno en el parque para que él se lesionara la rodilla para empezar. Una treta magnífica, Jeanie, nena. Al final dejó de hablar. Pero lo veo... con toda claridad, lo veo, en este preciso momento. Antes soñaba que le decía a Damian que lo sentía, que le suplicaba perdón. En esos sueños, él estaba sentado en esa silla, mirándome y poniéndose azul. Los sueños de demasiado tarde, los llama el doctor Norcross. Demasiado tarde para lamentarse. Un punto para el doctor, ¿no, Ree? Los muertos no aceptan

disculpas. Ni una sola vez en la historia del mundo.

Ree dijo: Ahí dio en el clavo.

—Pero, ay, cielo, ay, Ree. Qué no daría yo por cambiarlo todo esta única vez, porque tú eras demasiado buena para acabar así. Nunca mataste a nadie. Debería haberme tocado a mí. No a ti. A mí.

A esto Ree no dijo nada.

Clint encontró el número de móvil de Hicks en la agenda que tenía en el escritorio y llamó desde el teléfono fijo. El director en funciones se mostró desconcertantemente relajado. Tal vez se hubiera tomado un Valium o dos.

—Según parece, muchas mujeres han alcanzado un estado de... *aceptación*, supongo que lo llamaría usted, doctor.

—Aceptar no es lo mismo que rendirse —contestó Clint.

—Llámele como quiera, pero desde que usted se ha marchado han caído más de la mitad. —Lo dijo con satisfacción, pues advertía que la proporción de reclusas con respecto a funcionarios volvía a ser manejable. La situación seguiría siéndoles favorable incluso cuando perdieran a las funcionarias.

Así pensaba en la vida humana la gente en el poder, ¿no? Desde el punto de vista de los beneficios netos, los porcentajes y la manejabilidad. Clint nunca había deseado una posición de poder. Como pupilo del sistema de acogida, había sobrevivido, básicamente por gracia divina, a la dominación de innumerables tiranos domésticos; había elegido su especialidad en una clara reacción a esa experiencia, con la intención de ayudar a los desvalidos, a personas como el niño que él había sido, como Marcus, Jason y Shannon... y como su propia madre, aquel espectro pálido y preocupado del que apenas guardaba recuerdo.

Jared dio un apretón en el hombro a su padre. Había estado escuchando.

—Le anuncio que va a haber una de papeleo sin precedentes —prosiguió Hicks—. El estado no ve bien que se dispare a las reclusas.

Ree Dempster aún no se había enfriado del todo en el cuarto de la limpieza, y Hicks ya estaba pensando en el papeleo. Clint decidió cortar la comunicación antes de utilizar la expresión malsonante que hacía referencia a los hombres nacidos de mujeres de mala reputación.

Clint dijo que no tardaría en volver y puso fin a la llamada. Jared se ofreció a preparar unos bocadillos de salchicha de Bolonia frita.

—Debes de tener hambre.

—Gracias —dijo Clint—. Me parece una idea muy acertada.

El embutido crepitó y restalló en la sartén, y le llegó el olor. Le resultó tan grato que se le saltaron las lágrimas. O quizá ya las tuviera en los ojos.

«Tengo que hacerme con uno de esos.» Eso le había dicho Shannon la última vez al ver la foto de Jared recién nacido. Y por lo visto lo había conseguido.

Sheila, había dicho Lila que se llamaba la chica, Sheila Norcross.

En realidad era halagador, quizá lo más halagador que le había ocurrido en la vida, que Shannon le pusiera su apellido a su hija. Le causaba un problema, pero le halagaba de todas formas. Significaba que lo había querido. Bueno, también él había querido a Shannon. En cierto modo. Había cosas entre ellos que otras personas jamás entenderían.

Recordó aquella Nochevieja. Con los ojos húmedos, Shan le preguntó si iba todo bien. La música era atronadora. Olía a cerveza y a tabaco. Él se había inclinado hacia su oído para asegurarse de que lo oía...

Clint no consiguió tragar más de uno o dos bocados. Pese al delicioso olor, tenía una dura bola de goma por estómago. Pidió disculpas a su hijo.

—No es por la comida.

—Ya —dijo Jared—. Yo tampoco tengo mucho apetito. —Mordisqueaba el bocadillo que él mismo se había preparado.

La puerta de cristal se deslizó con un murmullo, y Lila entró con un bulto blanco en los brazos.

Después de matar a su madre, Don Peters hubo de esforzarse por seguir adelante.

El primer paso era evidente: limpiar. No obstante, eso iba a ser difícil, porque Don había optado por asesinar a su madre apoyando el cañón de una escopeta Remington contra la frente revestida de membrana y apretando después el gatillo. Eso había cumplido su función con aplomo (o quizá no fuera esa la palabra que buscaba), pero lo había dejado todo hecho una porquería, y a Don se le daba mejor ensuciar que limpiar. Era un detalle que su madre señalaba a menudo.

¡Y qué asquerosidad! Sangre, sesos y fragmentos de telaraña desparramados por la pared con la forma de un megáfono enorme y astroso.

En lugar de ocuparse de limpiar, Don se sentó en su butaca La-Z-Boy y se preguntó por qué, ya de entrada, había hecho aquello. ¿Era culpa de su madre que Jeanette Sorley hubiera meneado aquel firme culito suyo ante su cara? ¿Y luego se hubiera ido de la lengua cuando él, al fin y al cabo, no había hecho más que dejar que se la meneara? ¿Lo era? ¿O de que Janice Coates lo hubiera puesto de patitas en la calle? ¿O de que Norcross, ese loquero remilgado, le hubiera dado un puñetazo? No, su madre no tenía nada que ver con eso, y sin embargo Don había vuelto a casa, había visto que dormía, había ido a la furgoneta a por el arma, había vuelto a entrar y le había volado los sesos sumidos en sueños. Eso en el supuesto de que estuviera soñando... a saber.

Sí, le habían crispado los nervios. Sí, lo habían maltratado. Con todo, por más que se resistiera a admitirlo, por malo que fuera sentirse crispado y maltratado, uno no iba y mataba a su madre. Era una reacción exagerada.

Don se bebió una cerveza y lloró. No quería suicidarse ni ir a la cárcel.

Sentado en el sofá de su madre, ya más tranquilo con la cerveza en el estómago, se le ocurrió que limpiar, en realidad, quizá no presentase un problema tan grande. Las autoridades andaban muy ocupadas. Acciones de las que por lo general uno no quedaría impune —como un acto de piromanía— en ese momento probablemente no tendrían consecuencias, gracias a Aurora. El análisis forense de escenarios de delitos se había convertido de pronto en una especialidad más bien secundaria. Además, las que se dedicaban a todo ese rollo de los microscopios y los ordenadores eran tías. Al menos en la tele.

Amontonó unos periódicos sobre los fogones de la cocina y encendió un quemador. Mientras el papel prendía, roció de líquido inflamable las cortinas y los muebles, todo aquello que ardería más deprisa.

Cuando se alejaba en la furgoneta de la casa en llamas, Don cayó en la cuenta de que necesitaba hacer algo más. Esa parte era mucho más difícil que provocar un incendio, pero no menos importante: por una vez en su vida, Don podía soltarse de verdad.

Si bien era cierto que las relaciones de Don con las mujeres a veces habían sido tensas, también había que reconocer que la relación con su madre —su primera relación— era seguramente la causa de que hubiera empezado con mal pie. Hasta Norcross estaría de acuerdo con eso. Ella lo había criado sola, y Don consideraba que lo había hecho lo mejor que había podido, pero ¿de verdad lo había preparado para mujeres como Jeanette Sorley, Angel Fitzroy o Janice Coates? La madre de Don le hacía bocadillos de queso a la plancha y tartas de fresa individuales en forma de ovni. Le compraba ginger ale y cuidaba de él cuando tenía gripe. Cuando Don tenía diez años, ella le había confeccionado un disfraz de caballero negro con cartulina y tiras de fieltro que fue la envidia de todos los alumnos de cuarto, ¡de todo el colegio!

Todo eso resultaba entrañable, pero quizá su madre había sido *demasiado*

buena. ¿Acaso su propia tendencia a mostrarse conforme con todo y seguir la corriente no le había creado problemas más de una vez? Por ejemplo, cuando Sorley acudió a él. Don sabía de sobra que aquello estaba mal; sin embargo, había consentido que ella se aprovechara de él. Era débil. En lo tocante a las mujeres, todos los hombres lo eran. Y algunos —muchos, incluso— eran... eran...

¡Demasiado generosos!

¡Sí!

La generosidad era una bomba de relojería que su madre había puesto en sus manos y que había estallado en la cara de ella. Había cierta justicia en eso (una justicia en extremo cruel, desde luego), y aunque Don podía aceptarlo, juró que nunca le gustaría. Castigar la generosidad con la muerte era demasiado severo. Las verdaderas criminales eran las Janice Coates de este mundo. La muerte no sería un castigo demasiado severo para Janice Coates. En lugar de atiborrarla de pastillas, habría deseado tener ocasión de asfixiarla. O degollarla y contemplar cómo se *desangraba*.

—Te quiero, mamá —dijo a la cabina de su furgoneta. Era como si probase las palabras a ver si rebotaban. Don repitió la declaración un par de veces más. Luego añadió—: Te perdono, mamá.

Don Peters descubrió que no quería estar a solas con su voz. Era como... como si le sonara rara.

(«¿Seguro que eso es verdad, Donnie? —le preguntaba su madre de pequeño cuando sospechaba que mentía—. ¿Juras por Dios que solo has cogido una galleta del tarro, cielo?»)

(«Sí —decía él—, lo juro por Dios.» Pero no era verdad, y suponía que ella lo sabía, aunque lo dejaba correr, y esas eran las consecuencias. ¿Qué decía la Biblia? Quien siembra vientos recoge tempestades.)

Como el aparcamiento del Squeaky Wheel estaba hasta los topes, Don acabó aparcando en la calle junto al bordillo.

De camino a la puerta, pasó por delante de un corrillo de hombres que, desde la acera, con sus vasos de cerveza, admiraban el gran resplandor en los montes.

—Y ahí se ve otro... Creo que eso es en el pueblo —observó uno.

Probablemente sea la casa de mi madre, pensó Don. Quizá se lleve el barrio entero, y quién sabe a cuántas mujeres dormidas. Algunas buenas, lo cual era una lástima, pero la gran mayoría de ellas putas o frías.

En la barra se agenció un chupito y una cerveza, y luego encontró asiento al final de una mesa larga junto al ayudante del sheriff Terry Coombs y un negro cuyo rostro reconoció de otras noches en el Squeaky pero cuyo nombre no recordaba. Don se detuvo un momento a pensar si Terry se habría enterado de lo ocurrido en la cárcel, la falsa acusación, la trampa y demás. Pero si Coombs lo sabía, no estaba ni en condiciones ni de humor para hacer nada al respecto: el policía, con una jarra de tres cuartos vacía delante, parecía medio dormido.

—Chicos, ¿os importa que me sienta? —Don tuvo que levantar la voz para hacerse oír por encima del bullicio del bar.

Los otros dos negaron con la cabeza.

Con capacidad para cien personas, el local, a las tres de la madrugada, presentaba aforo completo. Aunque había unas cuantas mujeres, casi todos los presentes eran hombres. Dadas las circunstancias, por lo visto, eran pocas las mujeres que querían ingerir depresores. Incomprensiblemente, había también unos cuantos adolescentes al acecho, con los rostros enrojecidos y expresiones

de aturdimiento. Don sintió lástima por ellos, pero los niños de mamá de este mundo tendrían que madurar deprisa.

—Vaya día de mierda —comentó. Se sintió mejor en compañía.

El negro emitió un murmullo de conformidad. Era alto, ancho de espalda, cuarentón. Se hallaba muy erguido en su asiento.

—Estoy planteándome si suicidarme o no —dijo Terry.

Don dejó escapar una risita. Coombs tenía cara de póquer.

—¿Habéis visto a los del Servicio Secreto dar patadas en el culo a los manifestantes frente a la Casa Blanca? Para esos tíos, debe de haber sido una verdadera fiesta. Y Dios mío, mirad eso.

Terry y el tío negro se volvieron hacia uno de los televisores que colgaban de las paredes.

Eran imágenes de las cámaras de seguridad de un aparcamiento subterráneo. Una mujer, de edad y raza indeterminadas debido al ángulo de la cámara y la granulosidad de la grabación, aunque vestida sin duda con el uniforme de vigilante de aparcamiento, estaba encima de un hombre trajeado. Parecía clavarle algo en la cara. Un líquido negro se desparramaba por el pavimento, y hebras blancas brillantes pendían del rostro de la mujer. El noticiario nunca habría mostrado algo así antes de ese día, pero, por lo visto, Aurora había puesto fin al código deontológico del periodista, Principios y Prácticas —así era como lo llamaban, ¿no?—, en los medios.

—La habrá despertado para pedirle las llaves o algo así, ¿no? —reflexionó Don—. Esto viene a ser como el síndrome premenstrual a la máxima potencia, ¿me equivoco?

Ninguno de los otros dos hombres respondió.

Las imágenes dieron paso a la mesa del presentador, vacía. George Alderson, el viejo a quien Don había visto antes, ya no estaba. Un hombre más joven, con sudadera y auriculares, asomó la cabeza en el encuadre e hizo un

severo gesto, que venía a significar *¡largo de aquí!* La pantalla pasó al anuncio de una telecomedia.

—Eso ha sido poco profesional —afirmó Don.

Terry bebió directamente de su enorme jarra de cerveza. La espuma le resbaló por la barbilla.

4

Espacio para almacenar durmientes.

No era la única preocupación de Lila la madrugada de aquel viernes, pero ocupaba un lugar destacado. El sitio ideal sería un sótano o un túnel con una entrada oculta. Podía servir el pozo de una mina cerrada —sin duda en la zona abundaban—, pero no disponían de tiempo para buscar uno ni para prepararlo. Así que ¿qué les quedaba? Las viviendas. Pero si escuadrones de justicieros —chiflados, quienesquiera que fuesen— empezaban a ir de acá para allá matando a las mujeres dormidas, las casas serían el primer sitio al que acudirían. *¿Dónde está tu mujer? ¿Dónde está tu hija? Es por tu propia seguridad, por la seguridad de todos. No dejarías dinamita tirada por tu casa, ¿a que no?*

Pero ¿y en las casas deshabitadas, casas en las que nunca había vivido nadie? Había muchas casas así en esa misma calle, un poco más arriba: la otra mitad de la urbanización de Tremaine Street, las unidades que habían quedado sin vender. Fue la mejor opción que se le ocurrió a Lila.

En cuanto Lila se lo explicó a su hijo y a su marido, quedó extenuada. Se sentía enferma y abatida, como si fuese a contraer la gripe. ¿Acaso no la había prevenido un drogata, al que detuvo en una ocasión por allanamiento, acerca del dolor que acompañaba al descenso del efecto de las drogas? «Cualquier

cosa, cualquier riesgo, con tal de evitar el bajón —había dicho—. El bajón es la perdición. La muerte de la felicidad.»

Clint y Jared guardaron silencio en un primer momento. Los tres estaban de pie en el salón.

—¿Es eso... un bebé? —preguntó Jared por fin.

Ella le entregó el capullo.

—Sí. Es la hija de Roger Elway.

Su hijo estrechó al bebé.

—Esto podría empeorar —dijo Jared—, pero no sé cómo.

Lila alargó el brazo y con los dedos siguió el contorno del cabello de la sien de su hijo. La diferencia entre la forma en que Terry había cogido al bebé —como si pudiera estallar o hacerse añicos— y la manera en que Jared lo sostenía le aceleró el corazón. Su hijo no se había rendido. Aún intentaba ser humano.

Clint corrió la puerta para que no entrara el olor a humo.

—Me gustaría decir que es una paranoia tuya esa idea de esconder a las mujeres dormidas... o almacenarlas, por usar la misma palabra que tú... pero quizá no andes desencaminada. Podríamos llevar a Molly, al bebé, a la señora Ransom y a cualquier otra mujer que encontremos a alguna de las casas vacías.

—En lo alto de la cuesta está la unidad piloto —añadió Jared—. Incluso está amueblada. —Y en respuesta a la mirada pensativa de su madre, añadió—: Frío. No he entrado, solo he mirado por la ventana del salón.

—Espero que sea una medida innecesaria —dijo Clint—, pero más vale prevenir que curar.

Ella asintió.

—Eso pienso yo. Porque al final tendrás que dejarme también a mí en una de esas casas. Eres consciente de eso, ¿no? —Lila no lo dijo para asustarlo ni para herirlo. Era sencillamente una realidad que debía plantearse, y en su

estado de agotamiento no se veía con ánimos para dorar la píldora.

5

El hombre que estaba sentado en el inodoro del lavabo de mujeres del Squeaky Wheel era bizco y llevaba una camiseta roquera y un pantalón de vestir. Miraba boquiabierto a Michaela. Bueno, veámosle el lado positivo. Al menos tenía los pantalones puestos.

—Tío —dijo ella—, este es el baño de mujeres. Dentro de unos días será tuyo para toda la eternidad. Pero de momento, fuera.

PÁNICO GENERALIZADO, ponía en su camiseta, por supuesto.

—Lo siento, lo siento. Solo necesito un segundo. —Señaló un bolsito sin asas que tenía en el regazo—. Iba a fumarme unas piedras, pero el lavabo de hombres estaba hasta los topes. —Hizo una mueca—. Y el de hombres huele a mierda. Mierda *a lo grande*. Es desagradable. Si pudieras tener un poco de paciencia, te lo agradecería. —Bajó la voz—. Esta noche, hace un rato, he visto magia. No magia de Disney. Mala magia. Por norma soy una persona bastante formal, pero eso, digamos, me ha puesto los pelos de punta.

Michaela sacó la mano del bolso, donde hasta ese momento mantenía empuñada la pistola de Ursula.

—Mala magia, ¿eh? Eso sí suena inquietante. Pues yo he venido nada menos que desde Washington y al llegar aquí me he enterado de que mi madre ya estaba dormida. ¿Cómo te llamas?

—Garth. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias —dijo ella—. Mi madre era un coñazo, pero tenía muchas cosas por las que apreciarla. ¿Puedes darme un poco de ese crack?

—No es crack. Es meta. —Garth abrió la bolsita, sacó una pipa y se la

entregó—. Pero claro que puedes tomar un poco si quieres. —A continuación extrajo una bolsa de plástico hermética que contenía varias piedras—. Eres clavada a la chica de las noticias, ¿lo sabías?

Michaela sonrió.

—Siempre me lo dicen.

6

El estado catastrófico del lavabo de hombres del Squeaky Wheel también había llevado a Frank Geary a acercarse al extremo del aparcamiento para vaciar la vejiga. Después de lo que había visto —mariposas nocturnas que surgían del fuego—, lo único que parecía tener sentido era ir a un bar y beber. Había visto con sus propios ojos algo inexplicable. El mundo tenía otro lado. Existía un estrato más profundo, totalmente invisible hasta esa madrugada. Sin embargo, ese mundo no se había puesto de manifiesto como prueba de la existencia del Dios de Elaine. Las mariposas habían surgido del fuego, y el fuego era lo que supuestamente los esperaba en el otro extremo del espectro espiritual.

Oyó crujir los matorrales a unos metros de distancia.

—Ese lavabo es un puto pozo de mierda... —Las palabras arrastradas del otro hombre se fueron apagando de manera gradual.

Frank distinguió una silueta estrecha con sombrero vaquero. Se subió la cremallera y se dio media vuelta para volver al bar. No sabía qué otra cosa podía hacer. Había dejado a Nana y a Elaine en casa, tendidas sobre toallas playeras en el sótano, y había echado el cerrojo a la puerta.

El hombre habló de nuevo.

—¿Quieres oír una locura? La mujer de mi colega, Millie, que trabaja en la

cárcel, dice que allí hay... cómo era, alguna clase de fenómeno. Seguro que es una parida, esa es mi opinión, pero... —El chorro de orina salpicó la maleza—. Dice que hay una monada que duerme y no le pasa nada. Se despierta otra vez.

Frank se detuvo.

—¿Qué?

El hombre se volvía hacia uno y otro lado intencionadamente, trazando el arco de orina más amplio posible por pura diversión.

—Se duerme y se despierta como si nada. Se despierta bien. Eso dice la mujer de mi colega.

Una nube se desplazó en el cielo y la luna reveló el claro perfil de aquel infame maltratador de perros, Fritz Meshaum. Resultaban perfectamente visibles el mísero asomo de vello púbico que tenía por barba y la zona hundida debajo del pómulo derecho, donde Frank, mediante la culata del rifle, había alterado para siempre los contornos de la cara de aquel hombre.

—¿Con quién estoy hablando? —Fritz entornaba los ojos con expresión feroz—. ¿Eres tú, Kronskey? ¿Qué tal te funciona esa calibre 45, Johnny Lee? Es un arma excelente, ¿verdad que sí? No, no es Kronskey. Dios mío, no es que esté viendo doble; veo triple, joder.

—¿Se despierta? —preguntó Frank—. ¿Esa reclusa de la cárcel se despierta? ¿Sin capullo?

—Eso he oído, pero tómatelo como quieras. Oye, ¿yo te conozco?

Frank regresó al bar sin contestar. No tenía tiempo para Meshaum. Era esa mujer en quien pensaba, esa reclusa que podía dormir y despertar como si tal cosa.

Cuando Frank se reunió con Terry y Don Peters (seguido de Garth Flickinger, que regresó muy ufano del lavabo de mujeres, como un hombre nuevo), sus compañeros de copas se habían vuelto en el banco de la larga mesa. Un hombre con vaqueros, camisa de faena azul de cambray y gorra promocional de Case, de pie e inclinado al frente, gesticulaba con una jarra de cerveza a medias, y quienes lo rodeaban guardaban silencio y escuchaban respetuosamente. A Frank le sonaba de algo; debía de ser algún granjero de la zona o quizá un camionero de larga distancia. La barba le moteaba las mejillas y tenía los dientes manchados por el tabaco de mascar, pero exhibía la oratoria aplomada de un predicador, alzando y bajando la voz en cadencias que reclamaban en respuesta exclamaciones de *alabemos al Señor*. Sentado junto a él había un hombre a quien Frank reconoció sin lugar a dudas, porque lo había ayudado a elegir un perro en el refugio cuando el suyo murió. Howland, se llamaba. Profesor en la Universidad Pública de Maylock. Howland miraba al predicador con expresión divertida.

—¡Tendríamos que haberlo visto venir! —proclamó el camionero/predicador—. Las mujeres han volado demasiado alto, como ese tipo de las alas de cera, y se les han fundido las alas.

—Ícaro —apuntó Howland. Llevaba un viejo chaquetón de campo, holgado y con coderas. Las gafas le asomaban del bolsillo delantero.

—*Í-ca-ro*, eso, ¡premio! ¿Queréis saber hasta dónde ha llegado el bello sexo? ¡Volvamos la vista cien años atrás! ¡No votaban! ¡Las faldas les llegaban a los tobillos! No tenían anticonceptivos, y si querían abortar, iban a hacerlo a un callejón, y si las pillaban, ¡acababan en la cárcel por *asesinaato*! Ahora pueden hacerlo cuando quieran y donde quieran. Gracias a la puta Planificación Familiar, el aborto es más fácil que conseguir un cubo de pollo en el KFC y cuesta más o menos lo mismo. ¡Pueden presentarse a

presidente! ¡Se alistan en los SEALs y los Rangers! ¡Pueden casarse con sus compinches bolleras! Si eso no es terrorismo, ya me diréis qué lo es.

Se oyó un murmullo de conformidad. Frank no se sumó. No creía que sus problemas con Elaine tuvieran nada que ver con el aborto o las lesbianas.

—¡Todo en solo cien años! —El camionero/predicador bajó la voz. Podía hacerlo y ser oído igualmente porque alguien había arrancado el enchufe de la gramola, liquidando a Travis Tritt en pleno gorgoteo agónico—. No solo han conseguido la igualdad, como decían que querían, *se han puesto por delante*. ¿Queréis saber dónde está la prueba de eso?

Ahí ya iba mejor encaminado, Frank tuvo que admitirlo. Elaine no le dejaba pasar ni una. Las cosas siempre debían hacerse a su manera, como ella decidiera. Cobrar conciencia de que empezaba a coincidir con la homilía de aquel paleta causó a Frank cierto malestar... pero no podía negarlo. Además, no era el único. Todos los presentes en el bar escuchaban con atención, boquiabiertos. Excepto Howland, que sonreía como quien ve a un mono bailar en una esquina.

—Pueden vestirse como los *hombres*, esa es la prueba. Hace cien años una mujer no se habría puesto un pantalón por nada del mundo, a menos que fuera para montar a caballo, y ahora los llevan en todas partes.

—¿Qué tienes contra unas piernas largas en unos pantalones ajustados, gilipollas? —gritó una mujer, lo que provocó la carcajada general.

—¡Nada! —replicó el camionero/predicador—. Pero ¿creéis que un hombre... un hombre *auténtico*, no uno de esos *travestis* de Nueva York... se pondría por nada del mundo un *vestido* en las calles de Dooling? ¡No! ¡Lo llamarían loco! ¡Se reirían de él! En cambio ahora las mujeres van de las dos maneras. Se olvidan de que la Biblia dice que la mujer debe seguir al marido en todo, y coser, y cocinar y cuidar de los críos, y no mostrarse en público con un *pantalón provocador*. Si hubieran conseguido la *igualdad* con los hombres,

¡seguirían tan tranquilas! ¡Pero no tenían suficiente con eso! ¡Tenían que ponerse por *delante*! ¡Dejarnos a nosotros en *segundo lugar*! Han volado demasiado cerca del *sol*, ¡y Dios *las ha puesto a dormir*!

Parpadeó y se frotó la barba con una mano, como si tomara conciencia de dónde estaba y qué hacía: pregonar sus pensamientos más íntimos en un bar lleno de gente que lo miraba.

—Í-ca-ro —repitió, y de repente se sentó.

—Gracias, señor Carson Struthers. —Ese era Pudge Marone, camarero y dueño del Squeaky, hablando a voz en grito desde detrás de la barra—. Nuestra propia celebridad local, amigos: Struthers, alias Recio. Atentos a ese gancho de derecha. Carson es mi excuñado. —Pudge era un aspirante a cómico de mejillas caídas a lo Rodney Dangerfield. No tenía mucha gracia, pero ayudaba a pasar el rato—. Desde luego da que pensar, Carson. Estoy deseando hablar del tema con mi hermana en la cena de Acción de Gracias.

Eso provocó más risas.

Antes de que se iniciara de nuevo la conversación general o antes de que alguien pudiera enchufar la gramola y reanimar al señor Tritt, Howland se puso en pie y alzó una mano.

Profesor de Historia, recordó Frank de pronto. Eso le dijo que era. Dijo que llamaría Tácito al nuevo perro, por su historiador romano preferido. Frank pensó que era demasiado nombre para un bichon frisé.

—Amigos míos —dijo el profesor con voz resonante—, después de todo lo que ha ocurrido hoy, es fácil entender por qué no hemos pensado todavía en mañana, y en todos los mañanas que vendrán. Dejemos de lado por un momento los principios morales y la moralidad y los pantalones provocadores y planteémonos los aspectos prácticos.

Dio una palmada a Carson Struthers, alias Recio, en el recio hombro.

—A este caballero no le falta razón; en efecto, las mujeres han superado a

los hombres en determinados aspectos, al menos en las sociedades occidentales, y reconozco que lo han hecho en sentidos mucho más importantes que la libertad de comprar en el Walmart sin faja y con los rulos puestos. Supongamos que este... llamémoslo *peste*, a falta de una palabra mejor... supongamos que esta peste nos hubiese afectado a la inversa, es decir, que fuésemos los *hombres* quienes nos durmiéramos y no despertáramos.

Silencio absoluto en el Squeaky Wheel. Todas las miradas puestas en Howland, que parecía deleitarse con la atención. Su oratoria no era la de un paleta aporreador de Biblias, pero resultaba hipnótica: sin vacilaciones y con mucha práctica.

—Las mujeres podrían reiniciar la especie humana, ¿no? Claro que sí. Existen millones de donaciones de esperma, bebés en potencia congelados, almacenadas en bancos de todo este gran país nuestro. ¡Decenas y decenas de millones en todo el mundo! ¡El resultado serían bebés de *ambos* sexos!

—Eso en el supuesto de que los nuevos bebés varones no desarrollaran también capullos en cuanto dejaran de llorar y se durmieran por primera vez —observó una joven muy guapa.

Había aparecido junto a Flickinger. Frank pensó que el camionero/predicador/exboxeador había olvidado un detalle en su soflama: el aspecto de las mujeres era por naturaleza mejor que el de los hombres. Más acabado, por así decirlo.

—Sí —convino Howland—, pero incluso si ese fuese el caso, las mujeres podrían seguir reproduciéndose durante generaciones, posiblemente hasta que Aurora se acabara. ¿Pueden hacer eso los hombres? Caballeros, ¿qué será de la especie humana dentro de cincuenta años si las mujeres no despiertan? ¿Qué será dentro de cien?

Esta vez rompió el silencio un hombre que prorrumpió en un parloteo estridente.

Howland no le prestó atención.

—Pero quizá la cuestión de las generaciones futuras sea irrelevante. — Levantó un dedo—. La historia nos transmite una idea sumamente incómoda sobre la naturaleza humana, amigos míos, una idea que quizá aclare por qué, como este caballero aquí presente ha explicado de manera tan apasionada, las mujeres se han *puesto por delante*. La idea, lisa y llanamente, es esta: las mujeres están cuerdas; los hombres, en cambio, están locos.

—¡Chorradas! —exclamó alguien—. ¡Putas chorradas!

Howland no se amilanó; de hecho, sonrió.

—Ah, ¿sí? ¿Quién forma las bandas de moteros? Los hombres. ¿Quién integra las bandas que han convertido ciudades como Chicago y Detroit en campos de tiro? Los chicos. ¿Quiénes son los que, desde el poder, declaran guerras y los que, a excepción de unas cuantas mujeres pilotos de helicóptero y demás, combaten en esas guerras? Los hombres. Ah, ¿y quiénes sufren los daños colaterales? Las mujeres y los niños en su mayor parte.

—Sí, ¿y quién las empuja cuando tienen que mover el culo? —preguntó Don Peters alzando la voz. Había enrojecido y las venas se le marcaban a los lados del cuello—. ¿Quién mueve los putos *hilos*, señor lumbreras?

Se oyeron unos cuantos aplausos dispersos. Michaela alzó los ojos al techo y estuvo a punto de intervenir. Rebosante de meta, con la tensión arterial al límite, tenía la sensación de que podía tirar unas seis horas más, lo que duraba un sermón puritano. Pero, antes de que pudiera hablar, Howland prosiguió.

—Un planteamiento muy reflexivo, caballero, la aportación de todo un intelectual, y una convicción que defienden muchos hombres, por lo general aquellos con cierto complejo de inferioridad en lo que se refiere al bello s...

Don hizo ademán de levantarse.

—¿A quién estás tú llamando inferior, payaso?

Frank lo obligó a sentarse de un tirón, decidido a no perderlo de vista. Si

Fritz Meshaum de verdad no iba desencaminado, necesitaba hablar con Don Peters al respecto. Porque estaba casi seguro de que Don trabajaba en la cárcel.

—Suéltame —gruñó Don.

Frank deslizó la mano hasta la axila de Don y apretó.

—Más vale que te calmes.

Don hizo una mueca, pero no dijo nada más.

—He aquí un dato interesante —continuó Howland—. En la segunda mitad del siglo XIX, la mayoría de las minas bajo tierra, incluidas las de aquí de los Apalaches, contrataban a unos trabajadores llamados «culíes». No, no peones chinos; había hombres jóvenes, a veces incluso niños de doce años, cuyo tarea consistía en quedarse junto a máquinas con tendencia a sobrecalentarse. Los culíes disponían de un barril de agua o de una tubería si había cerca un manantial. Su cometido era verter agua sobre las correas y los pistones para enfriarlos. De ahí su nombre, culíes, *coolies*, que viene de *cool*, «fresco». Me atrevería a decir que, históricamente, las mujeres han cumplido esa misma función, *contener* a los hombres, al menos cuando era posible, para que no cometieran sus peores atrocidades.

Recorrió a su público con la mirada. Ya no sonreía.

—Pero, según parece, ahora los culíes han desaparecido, o están desapareciendo. ¿Cuánto tardarán los hombres, pronto el único sexo, en echarse unos sobre otros con sus armas, sus bombas y su armamento nuclear? ¿Cuánto tardará la máquina en sobrecalentarse y explotar?

Frank ya había oído suficiente. No era el futuro de toda la especie humana lo que le preocupaba. Si era posible salvarla, sería un efecto secundario. A él le preocupaba Nana. Quería darle un beso en su tierno rostro y disculparse por haber tirado de su camiseta preferida. Decirle que no volvería a hacerlo. No podía hacer nada de eso a menos que despertara.

—Vamos —dijo a Don—. Afuera. Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

Frank se inclinó hacia el oído de Peters.

—¿De verdad hay en la cárcel una mujer que puede dormir sin que le salgan telarañas y luego despertar?

Don torció el cuello para mirar a Frank.

—Eh, tú eres el perrero del pueblo, ¿no?

—Exacto. —Frank pasó por alto la gilipollez de «perrero»—. Y tú eres Don él que trabaja en la cárcel.

—Sí —contestó Don—. El mismo. Hablemos.

8

Clint y Lila habían salido al porche trasero, cuya lámpara los convirtió en actores en un escenario. Miraban la piscina, de la que Anton Dubcek había retirado bichos muertos hacía menos de veinticuatro horas. Clint se preguntó distraído dónde estaría Anton en ese momento. Durmiendo, muy probablemente. Soñando con mujeres jóvenes dadivosas en lugar de preparándose para una desagradable conversación con su mujer. Si era así, Clint lo envidiaba.

—Háblame de Sheila Norcross, cariño. La chica a la que viste en el partido de baloncesto.

Lila lo obsequió con una desagradable sonrisa de la que Clint no la habría considerado capaz. Enseñó todos los dientes. Por encima, sus ojos —muy hundidos en las cuencas ya, con semicírculos de color marrón oscuro debajo — resplandecieron.

—Como si no lo supieras. *Cariño*.

Ponte en el papel de psicoterapeuta, se dijo Clint. Recuerda que va hasta las cejas y se mantiene en pie con energía prestada. Las personas extenuadas pueden incurrir fácilmente en la paranoia. Pero no era tan fácil. Él veía el esquema de la situación: Lila pensaba que una chica cuya existencia él ni siquiera conocía era hija suya y de Shan Parks. Pero eso era imposible, y cuando a uno su esposa lo acusaba de algo imposible, y todo lo demás en el mundo era, desde un punto de vista mínimamente racional, más importante e inmediato, resultaba muy muy difícil mantener el control.

—Dime qué sabes. Luego te diré qué sé yo. Pero empecemos por un hecho elemental. Esa chica no es mi hija, lleve mi apellido o no, y nunca he incumplido mis votos matrimoniales. —Ella se dio media vuelta para volver a entrar. Él la agarró por el brazo—. Por favor. Dímelo antes...

¿Antes de que te duermas y perdamos cualquier oportunidad que tengamos de aclarar esto?, pensó él.

—Antes de que esto se emponzoñe más de lo que ya está.

Lila se encogió de hombros.

—Con todo lo que está pasando, ¿tiene importancia siquiera?

Eso mismo había pensado él hacía un momento, pero podría haber dicho: «Para ti sí la tiene». No obstante, mantuvo la boca cerrada. Porque, a pesar de todo lo que estaba sucediendo en el mundo entero, también para él tenía importancia.

—En realidad yo ni siquiera quería esta piscina, ¿lo sabías? —le preguntó Lila.

—¿Qué? —Clint quedó desconcertado. ¿Qué tenía que ver la piscina con todo aquello?

—¿Mamá? ¿Papá? —Al otro lado de la puerta mosquitera, Jared estaba escuchándolos.

—Jared, vuelve adentro. Esto es entre tu madre y, y...

—No, deja que escuche —terció Lila—. Si insistes en pasar por esto, pasaremos. ¿No te parece que debería saber que tiene una hermanastra? —Se volvió hacia Jared—. Es un año menor que tú, rubia, una jugadora de baloncesto excelente y una preciosidad. Como lo serías tú si fueras chica. Porque, verás, *se parece* a ti, Jere.

—¿Papá? —Jared arrugó la frente—. ¿Qué está diciendo?

Clint se rindió. Ya era tarde para cualquier otra cosa.

—¿Por qué no se lo cuentas, Lila? Empieza desde el principio.

9

Lila lo explicó todo, empezando por el Comité Curricular y el comentario posterior de Dorothy Harper, al que no concedió demasiada importancia. Sin embargo, al día siguiente hizo una búsqueda en internet. La búsqueda la llevó al artículo, en el que se mencionaba a Shannon Parks, de quien Clint le había hablado una vez, e incluía una llamativa fotografía de Sheila Norcross.

—Casi podría haber sido tu hermana gemela, Jared.

Jared se volvió lentamente hacia su padre.

Estaban los tres sentados a la mesa de la cocina.

Clint negó con la cabeza, pero no pudo por menos de preguntarse qué traslucía su semblante. Porque se sentía culpable. Como si de verdad hubiera algo de lo que sentirse culpable. Era un fenómeno interesante. Aquella noche de 2002 lo que había susurrado al oído de Shannon fue: «Debes saber que siempre puedes contar conmigo si me necesitas». Cuando ella respondió, «¿Y si te necesitara esta noche?», Clint dijo que eso era lo único que no podía hacer. Si se hubiera acostado con ella, habría tenido un motivo para sentirse culpable, pero la rechazó, así que ahí acabó todo. ¿No?

Tal vez. Pero ¿por qué nunca había hablado a Lila de ese encuentro? No lo recordaba ni tenía por qué defenderse de algo que había ocurrido hacía quince años. Lila podría también exigir que le explicara por qué había dejado grogui a Jason en el jardín trasero de los Burtell solo por un batido de chocolate.

—¿Eso es todo? —preguntó Clint. No pudo resistirse a añadir—: Dime que eso no es todo, Lila.

—No, eso no es todo —contestó ella—. ¿Vas a decirme que no conocías a Shannon Parks?

—Sabes que la conocía —respondió Clint—. Estoy seguro de que he mencionado su nombre.

—De pasada —matizó Lila—. Pero fue algo más que una simple conocida, ¿no?

—Sí. Lo fue. Los dos nos vimos atrapados en el sistema de acogida. Durante un tiempo nos mantuvimos a flote el uno al otro. De lo contrario uno de nosotros, o los dos, se habría ahogado. Fue Shannon quien me llevó a dejar de luchar. Dijo que, si no, podía acabar matando a alguien. —Cogió las manos de Lila por encima de la mesa—. *Pero de eso hace años.*

Lila apartó las manos.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—¿Hace quince años! —exclamó Clint. Era ridículo.

—Sheila Norcross tiene quince años.

—Uno menos que yo... —precisó Jared. Si hubiese sido mayor, de dieciocho o diecinueve, habría nacido antes de la boda de sus padres. Pero siendo más joven...

—Y el nombre del padre es... —dijo Lila con la respiración agitada—. Clinton Norcross. Consta en la ficha de inscripción del instituto.

—¿Cómo conseguiste la ficha? —preguntó Clint—. No sabía que esos documentos estuvieran a disposición de los ciudadanos.

Por primera vez dio la impresión de que su mujer se sentía más incómoda que furiosa... y por tanto, en cierto modo, parecía menos una desconocida.

—Dicho así, queda como si hubiera hecho algo sucio. —Lila se había ruborizado—. Vale, quizá *fue* sucio. Pero tenía que averiguar el nombre del padre. *Tu* nombre, como se ha visto. Así que después fui a verla jugar. Ahí estuve anoche, en el gimnasio del instituto de Coughlin, en un partido de la liga amateur, viendo a tu hija jugar al baloncesto. Y no solo tiene tu cara y tu nombre.

10

Sonó la sirena, y el equipo de la liga amateur de los Tres Condados trotó hasta la línea de banda. Lila dejó de recorrer las gradas con la mirada en busca de Shannon.

Vio a Sheila Norcross dirigir un gesto de asentimiento a una de sus compañeras de equipo, una chica más alta. Intercambiaron un saludo elaborado: choque de puños, pulgares entrelazados y palmadas por encima de la cabeza.

Era el Saludo Guay.

Fue allí, fue entonces cuando a Lila se le partió el corazón. Cuando vio eso. Su marido era un hombre con una máscara cautivadora. De pronto todas sus dudas e insatisfacciones cobraron sentido.

El Saludo Guay. Había visto a Clint y a Jared saludarse así un centenar de veces. Un millar de veces. Choque, entrelazado, palmadas. Tenía en la cabeza una preciada colección de diapositivas de Jared, en la que él aparecía más alto con cada clic de la rueda, más robusto, con el cabello más oscuro, intercambiando el Saludo Guay con su padre. Clint se lo había enseñado a

todos los niños del equipo infantil de Jared.
También se lo había enseñado a ella.

Alrededor de medianoche en el huso horario central, se desencadenó un altercado entre un pequeño grupo de Crips y un contingente mucho más numeroso de Bloods en un bar de Chicago llamado Stoney's Big Dipper. La reyerta se propagó por toda la ciudad hasta convertirse en una guerra de bandas que las páginas web de noticias describieron con diversos calificativos como «apocalíptica», «sin precedentes» y «de tres pares de cojones». Nadie llegaría a saber qué miembro de qué banda encendió realmente la cerilla que dio lugar a lo que pasó a conocerse como Segundo Gran Incendio de Chicago, pero se inició en West Englewood y se extendió desde allí. Al amanecer ya ardían grandes zonas de la ciudad. La respuesta de la policía y los bomberos fue casi inexistente. Los polis y los apagafuegos estaban casi todos en sus casas: unos trataban de mantener despiertas a sus mujeres e hijas; otros velaban ante sus cuerpos envueltos en capullos mientras dormían, esperando en la desesperanza.

—Dime qué viste —pidió Frank. Don Peters y él se hallaban en la parte de atrás del Squeaky Wheel, donde por fin las cosas empezaban a decaer, quizá porque el suministro de alcohol de Pudge Marone decrecía por momentos—. Qué viste *exactamente*.

—Yo estaba en la Garita, que es el centro neurálgico de la cárcel, ¿vale? En la cárcel hay cincuenta cámaras. Estaba mirando en la que llamamos «celda acolchada», que es donde han metido a la nueva. En la ficha aparece como Eve Black, aunque no sé si ese es su nombre verdadero o solo...

—Eso ahora da igual. ¿Qué viste?

—Bueno, llevaba una casaca roja, como todas las que acaban de ingresar, y empezaba a quedarse dormida. Me interesaba ver salir de su piel las telarañas, porque había oído hablar de eso pero no lo había visto. El caso es que no salieron. —Don agarró a Frank de la manga de la camisa—. ¿Oyes lo que digo? *Ni una sola telaraña*. Ni un solo hilo, y para entonces ya estaba dormida. Pero se despertó... de repente abrió los ojos como platos... y se quedó mirando fijamente a la cámara. Como si me mirara a *mí*. Creo que sí me miraba a mí. Ya sé que parece una locura, pero...

—Quizá en realidad no se había dormido. Quizá solo fingía.

—¿Con lo relajada y despatarrada que estaba? Imposible. Créeme.

—¿Cómo es que la han llevado allí? ¿Por qué no está en el calabozo de la oficina del sheriff?

—Porque está como una cabra, por eso. ¡Mató a un par de cocineros de meta con las putas manos!

—¿Tú por qué no estás en la cárcel esta noche?

—¡Porque un par de putas ratas me han tendido una trampa! —prorrumpió Don—. ¡Me han tendido una puta trampa y me han echado a la puta calle! ¡La directora Coates y su compinche el loquero, el marido de la sheriff! ¡Seguro que consiguió el trabajo en la cárcel porque estaba casado con ella! ¡Tiene que ser un puto chanchullo político, porque no sabe ni dónde tiene la mano izquierda!

Don contó con pelos y señales su inocente crucifixión, pero a Frank le traía sin cuidado de qué acusaran Coates y Norcross a Peters. En ese momento la

mente de Frank saltaba de una idea a la siguiente como una rana sobre rocas calientes. Saltaba muy alto.

¿Una mujer inmune? ¿Allí mismo, en Dooling? Parecía imposible, pero dos personas le habían confirmado ya que despertaba. Si existía una Paciente Cero, tenía que estar *en algún sitio*, ¿no? ¿Por qué no allí? Y a saber si no habría otras mujeres inmunes dispersas por el país y el mundo. Lo importante era que, en caso de ser verdad, esa tal Evie Black podía ofrecer una curación. Un médico (quizá incluso su nuevo colega Garth Flickinger, si Flickinger era capaz de mantenerse sobrio y despejado) tal vez lograra encontrar algo distinto en su sangre, y eso podía llevar a... bueno...

¡Una vacuna!

¡Una cura!

—¡... colocaron pruebas falsas! Como si yo fuese a tener algún interés en una mujer que asesinó a su marido y...

—Don, cállate un momento.

Milagrosamente, Don obedeció. Con los ojos brillantes por efecto de la bebida, alzó la vista para mirar a Frank, más alto que él.

—¿Cuántos guardias hay ahora mismo en la cárcel?

—Funcionarios, los llamamos, y no lo sé con seguridad. No muchos, con todo este lio. Además, depende de quién llegue y quién se vaya. —Hizo el cálculo con los ojos entornados: no fue una imagen grata—. Quizá siete. Ocho si contamos a Hicks, nueve si añadimos al mamón del loquero, pero esos dos no valen ni un pedo en medio de un vendaval.

—¿Y la directora?

Don apartó la mirada de los ojos de Frank.

—Se ha dormido.

—Bien, ¿y cuántos de los que hay de servicio son mujeres?

—Cuando me he ido, quedaban solo Van Lampley y Millie Olson. Ah, y

puede que todavía esté allí Blanche McIntyre, pero ella es solo la secretaria de Coates, y debe de tener cien años.

—O sea, que son muy pocos, aun contando a Hicks y Norcross. ¿Y quieres que te diga otra cosa? La sheriff también es mujer, y me sorprendería que consiguiera mantener el orden otras tres horas. Me sorprendería incluso que siguiera despierta dentro de tres horas. —En estado de sobriedad, Frank se habría reservado esos pensamientos; o al menos no los habría compartido con un tarado excitable como Don Peters, eso desde luego.

Don, sumido en sus cálculos, se pasó la lengua por los labios. Esa fue otra imagen poco atractiva.

—¿En qué estás pensando?

—En que Dooling pronto va a necesitar un sheriff nuevo. Y el sheriff nuevo estaría perfectamente en su derecho de trasladar a una presa del Centro Penitenciario. En especial una que no ha sido procesada, y menos aún condenada.

—¿Crees que podrías solicitar el puesto? —preguntó Don.

Como para subrayar la pregunta, resonaron un par de disparos en la oscuridad, a cierta distancia. Y persistía en el aire aquel penetrante olor a humo. ¿Quién estaba ocupándose de eso? ¿Alguien?

—Casi seguro que Terry Coombs es el ayudante más veterano —comentó Frank.

En ese momento el ayudante más veterano se hallaba tan hundido en los vapores etílicos que estaba a punto de naufragar en ellos, pero Frank no lo dijo. Aunque estaba agotado y como una cuba, finalmente advirtió que debía cuidarse de lo que decía.

—Aunque va a necesitar ayuda para elegir al personal. Yo desde luego me ofrecería como ayudante si él lo necesitara.

—Me gusta la idea —dijo Don—. Puede que yo también me ofrezca. Según

parece, voy a necesitar trabajo. Deberíamos convencerlo de que vaya allí y saque a esa mujer de inmediato, ¿no te parece?

—Sí —convino Frank. En un mundo ideal, seguramente no permitiría a Don Peters ni limpiar la jaula de un perro, pero, por su conocimiento de la cárcel, tal vez lo necesitaran—. Después de dormir todos la mona.

—Vale, te daré mi número de móvil —dijo Don—. Y ya me avisarás de qué planes tenéis Terry y tú. —Sacó el bolígrafo y el cuaderno que utilizaba para anotar el nombre de las putas que le causaban problemas y se ganaban un informe de mala conducta.

3

No mucho después de que corrieran las primeras noticias sobre Aurora, los índices de suicidio masculino se dispararon. Primero se duplicaron, más tarde se triplicaron y hasta se cuadruplicaron. Unos hombres se quitaban la vida de manera efectista, saltando de lo alto de un edificio o llevándose un arma a la boca; otros se quitaban la vida con discreción, tomando pastillas, encerrándose en un garaje y sentándose en su coche con el motor en marcha. Un maestro de escuela retirado que se llamaba Eliot Ainsley telefoneó a un programa de radio en Sidney, Australia, para explicar sus intenciones y sus pensamientos antes de cortarse las venas y volver a la cama para yacer junto a su esposa dormida. «Sencillamente no veo sentido a seguir adelante sin las chicas —informó el maestro jubilado al locutor—. Y se me ha ocurrido que quizá esto sea una prueba, de nuestro amor por ellas, de nuestra devoción por ellas. Ya me entiendes, ¿no, tío?» El locutor contestó que no lo entendía, que, en su opinión, Eliot Ainsley había «perdido la puta cabeza»; pero muchos hombres sí lo entendieron. Esos suicidios se conocieron por diversos

nombres, pero el que pasó a utilizarse de manera generalizada se acuñó en Japón. Llamaron a esos hombres «maridos durmientes», aquellos que albergaban la esperanza de reunirse con sus mujeres e hijas dondequiera que estuviesen.

(Vana esperanza. Al otro lado del Árbol no se permitía la entrada a ningún hombre.)

4

Clint era consciente de que su mujer y su hijo lo miraban fijamente. Le resultaba doloroso mirar a Lila, y más aún a Jared, que tenía una expresión de absoluta perplejidad. Clint también vio miedo en el rostro de Jared. El matrimonio de sus padres, algo aparentemente tan estable que lo había dado por sentado, parecía desintegrarse ante sus ojos.

En el sofá descansaba una niña envuelta en un capullo de fibras lechosas. En el suelo, junto a esta, había un bebé, instalado en la cesta de la ropa sucia. El bebé de la cesta, no obstante, no parecía un bebé. Parecía algo que una araña hubiese envuelto para un futuro aperitivo.

—Choque, entrelazamiento, palmadas —dijo Lila, aunque ya no parecía concederle tanta importancia—. Se lo vi hacer a esa chica. Deja de fingir, Clint. Deja de *mentir*.

Necesitamos dormir un rato, pensó Clint; sobre todo Lila. Pero no antes de que esta escena de telecomedia se resuelva. Si es que podía resolverse, y quizá sí hubiese una manera. Pensó primero en su teléfono, pero la pantalla no tenía el tamaño necesario para lo que quería.

—Jared, internet todavía funciona, ¿no?

—La última vez que lo he comprobado, sí.

—Trae tu portátil.

—¿Por qué?

—Tú tráelo, ¿vale?

—¿De verdad tengo una hermana?

—*No.*

Lila había empezado a dar una cabezada, pero se enderezó.

—Sí.

—Trae tu portátil.

Jared fue a buscarlo. A Lila se le caía otra vez la cabeza. Clint le dio una palmadita primero en una mejilla y luego en la otra.

—Lila. *¡Lila!*

Ella volvió a levantar la cabeza.

—Aquí estoy. No me toques.

—¿Tienes más de eso que habéis tomado Linny y tú?

Buscó a tientas en el bolsillo de la pechera y sacó un estuche de lentillas. Abrió uno de los compartimentos de plástico. Contenía un poco de polvo. Lanzó una mirada a Clint.

—Es potente —comentó—. Igual te saco los ojos. Con o sin capullo. Estoy triste, pero también muy cabreada.

—Me arriesgaré. Adelante.

Lila se inclinó, se tapó un orificio nasal y esnifó el polvo con el otro. A continuación se recostó contra el respaldo con los ojos muy abiertos.

—Dime, Clint, ¿era buena en la cama esa Shannon Parks? Pensaba que yo lo era, pero ella debía de serlo más, si tuviste que volver a su lado a la primera calentura cuando llevábamos casados menos de un año.

Jared regresó —su rostro hermético decía: «No he oído esa última parte»— y dejó el portátil delante de su padre. Al hacerlo, procuró mantener cierta distancia con respecto a Clint. *Et toi, Brute?*

Clint encendió el Mac de Jared, entró en Firefox y buscó «Sheila Norcross Coughlin baloncesto». Apareció el artículo. Y la imagen de la chica llamada Sheila Norcross. Era una excelente foto de medio cuerpo, que la mostraba con la camiseta de baloncesto. En su agraciado rostro se advertía la agitación de la reciente actividad en pista. Sonreía. Clint examinó la imagen durante casi treinta segundos. Luego, sin mediar palabra, volvió el portátil para que Jared la viera. Su hijo la miró con los labios apretados y los puños firmemente cerrados. Al cabo de un momento, poco a poco, se relajó. Miró a Lila, más perplejo que nunca.

—Mamá... si hay un parecido, yo no lo veo. No se parece en nada a mí. *Ni* a papá.

Los ojos de Lila, ya muy abiertos por la reciente ingesta de polvos mágicos, se agrandaron aún más. Dejó escapar una carcajada, un áspero graznido.

—Jared, por favor, eso no. Eso no, y punto. No tienes ni idea de lo que dices.

Jared hizo una mueca, como si lo hubieran abofeteado, y durante un horrible momento Clint estuvo a punto de abalanzarse sobre la que era su esposa desde hacía diecisiete años. Se lo impidió solo otro vistazo a la foto de la chica sonriente. Porque si uno deseaba encontrarlo, *sí* existía un ligero parecido, lo viera Jared o no: la mandíbula prominente, la frente ancha y los hoyuelos en las comisuras de la sonrisa. Ninguno de esos rasgos coincidía realmente con los de Clint, pero este percibió que en efecto había elementos para establecer una asociación entre las facciones de ambos.

«Adoro tus hoyuelos», decía a veces Lila a Clint cuando acababan de casarse. A menudo en la cama, después de hacer el amor. Tocándose los con los dedos. «Todos los hombres deberían tener hoyuelos.»

Podría haberle dicho lo que pensaba en ese momento, porque creía entenderlo todo. Pero tal vez hubiese otra forma. Eran las cuatro de la mañana,

una hora a la que normalmente casi todo el mundo en la zona de los Tres Condados dormía, pero esa no era una noche normal. Si su vieja amiga del sistema de acogida no estaba en un capullo, podría atender una llamada. La única pregunta era si él podía ponerse en contacto con ella o no. Se planteó utilizar el móvil, y luego se acercó al teléfono de la pared. Oyó el zumbido de la línea; de momento todo iba bien.

—Pero ¿qué haces? —preguntó Lila.

Él no respondió; se limitó a marcar el 0. Cuando el timbre sonó por sexta vez, Clint empezó a temerse que nadie contestara, lo cual no habría sido de extrañar, pero finalmente una cansada voz femenina dijo:

—¿Sí? ¿Qué?

Clint dudó mucho que esa fuera la manera en que Shenandoah Telecom indicaba a sus operadoras que atendieran las llamadas de los clientes, pero lo cierto es que agradeció oír una voz humana.

—Operadora, soy Clinton Norcross, llamo desde Dooling y necesito desesperadamente ayuda.

—¿Quiere que le diga una cosa? Me extraña —contestó ella con un dejo que bien podía ser de algún rincón perdido del condado de Bridger—. Esta noche son las mujeres quienes necesitan ayuda.

—Es con una mujer con quien necesito ponerme en contacto. En Coughlin. Se llama Shannon Parks. —Si es que su nombre aparecía en el listín. A menudo las mujeres solteras optaban por no facilitar su número de teléfono—. ¿Puede localizarla?

—Para esa información, debería llamar al seiscientos once. O buscarla en su puñetero ordenador.

—Ayúdeme si puede, por favor.

Siguió un largo silencio. La comunicación no se había cortado, pero ¿y si la operadora se quedaba dormida mientras él esperaba? Finalmente la mujer

dijo:

—He encontrado una tal S. L. Parks en Maple Street, Coughlin. ¿Es la mujer a la que busca?

Casi con toda seguridad lo era. Clint cogió el lápiz colgado del tablero de anotaciones con tal fuerza que rompió el cordel.

—Gracias, operadora. Muchas gracias. ¿Puede darme el número?

La operadora se lo dio y cortó la comunicación.

—¡No la creeré aunque des con ella! —exclamó Lila—. ¡Mentirá por ti!

Clint marcó el número sin contestar, y no tuvo tiempo siquiera de contener la respiración. Descolgaron el teléfono antes de que sonara por primera vez.

—Estoy despierta, Amber —dijo Shannon Parks—. Gracias por llamar...

—No soy Amber, Shan —contestó Clint. De pronto le flojearon las piernas y se apoyó en el frigorífico—. Soy Clint Norcross.

5

Internet es una casa luminosa que se alza sobre un sótano oscuro con el suelo de tierra. En ese sótano brotan las falsedades como setas. Algunas son sabrosas; muchas son venenosas. La falsedad que se propaló en Cupertino — que se presentó como un hecho irrevocable— fue una de las últimas. En un post de Facebook titulado LA VERDAD DE AURORA, un hombre que aseguraba ser médico escribió lo siguiente:

AVISO SOBRE AURORA: ¡URGENTE!

Firmado por el doctor Philip P. Verdrusca

Un equipo de biólogos y epidemiólogos del Centro Médico Kaiser

Permanente ha determinado que los capullos que envuelven a las mujeres aquejadas de la enfermedad del sueño de Aurora son los causantes de la propagación de esta. La respiración de las afectadas traspasa el capullo y se convierte en un vector de transmisión. **¡Ese vector es sumamente contagioso!**

¡La única manera de impedir la propagación de Aurora es quemar los capullos y a las mujeres dormidas que contienen! ¡Háganlo inmediatamente! Proporcionarán a sus seres queridos el descanso que anhelan en su estado semiinconsciente y pondrán fin a la propagación de esta peste.

¡Háganlo por el bien de las mujeres que siguen despiertas!

¡¡¡SÁLVENLAS!!!

No existía ningún médico llamado Philip Verdrusca en la plantilla del Kaiser Permanente ni en ninguno de los centros vinculados. Esta información se reprodujo rápidamente en la televisión y por internet, junto con los desmentidos de decenas de médicos acreditados y del Centro de Control y Prevención de Enfermedades de Atlanta. El Bulo de Cupertino se convirtió en noticia de cabecera en los informativos mientras el sol se elevaba sobre la Costa Oeste de Estados Unidos. Pero el caballo ya había salido de la cuadra, y Lila Norcross podría haber vaticinado lo que ocurriría a continuación. De hecho, lo *había* vaticinado. Aun cuando la gente pudiera esperar lo mejor, Lila, que vestía el uniforme azul desde hacía casi veinte años, sabía que a lo que daban crédito era a lo peor. En un mundo aterrorizado, las noticias falsas se imponían.

Para cuando amaneció en los estados del Medio Oeste, las Brigadas del Soplete deambulaban por las ciudades y los pueblos de todo Estados Unidos y del resto del mundo. Las mujeres envueltas en capullos fueron arrastradas a

vertederos, campos y estadios, donde estallaron en gotas de fuego que se transformaron en nubes de mariposas tan grandes que cubrieron el cielo y ocultaron el sol naciente del segundo día de Aurora.

La obra de «Philip P. Verdrusca» ya había comenzado cuando Clint explicó a Shannon la situación en la que se encontraba la familia Norcross en ese momento y, acto seguido, tendió el auricular en silencio a su mujer.

6

Al principio Lila no dijo nada, se limitó a mirar con desconfianza a su marido. Él le dirigió un gesto de asentimiento como si ella hubiera hablado y cogió a su hijo del brazo con delicadeza.

—Vamos —instó—. Dejémosle un poco de intimidad.

En el televisor del salón, la mujer del canal público seguía haciendo labores con pedrería —y así seguiría, al parecer, hasta el fin del mundo—, pero afortunadamente el aparato estaba sin volumen.

—No eres el padre de esa chica, ¿verdad, papá?

—No —contestó Clint—. No lo soy.

—Pero ¿cómo podía ella conocer el Saludo Guay que usábamos en la liga infantil?

Clint se sentó en el sofá con un suspiro. Jared se acomodó a su lado.

—De tal palo tal astilla, dicen, y Shan Parks también jugaba al baloncesto, aunque nunca en el instituto ni en un equipo amateur. No participaba en nada donde uno tuviera que ponerse un número o pasar por aros de papel en las concentraciones previas a los partidos. No era su estilo. Lo suyo eran las pachangas en el patio. Chicos y chicas juntos.

Jared lo escuchaba fascinado.

—¿Tú jugabas?

—Un poco, por diversión, pero no era lo mío. Ella me daba sopas con honda en cualquier momento, llevaba el baloncesto en la sangre. Solo que no le hacía falta, porque nunca jugamos el uno contra el otro. Íbamos siempre en el mismo equipo. —En todos los sentidos, pensó. No era solo nuestra manera de jugar; era nuestra manera de sobrevivir. La supervivencia era el auténtico batido, aquel por el que los dos luchábamos—. El Saludo Guay lo *inventó* Shan, Jere. Ella me lo enseñó a mí, y yo, a vosotros cuando os entrenaba.

—¿Esa chica que conocías se inventó el saludo? —preguntó Jared, pasmado, como si Shannon hubiese sido la pionera no de un saludo, sino de la biología molecular. Con esa expresión Jared parecía tremendamente joven. Lo cual era, por supuesto.

—Sí.

El resto prefería no contárselo a Jared, habría quedado en extremo presuntuoso, pero confiaba en que Shannon estuviese contándoselo a su mujer en ese momento. Suponía que sí lo haría, porque Shannon sabía que las dos podían desaparecer de la faz de la tierra en cuestión de días o incluso horas. En una situación así, decir la verdad era una necesidad imperiosa, aunque no forzosamente más fácil.

Shan había sido su mejor amiga, y habían sido amantes, pero solo durante unos meses. Ella se había enamorado de él... perdidamente. Esa era la verdad. En ese momento Clint lo sabía y sospechaba en lo más hondo de su corazón que lo había sabido ya por entonces, pero había preferido pasarlo por alto, porque él no sentía lo mismo, ni podía permitirse sentir lo mismo. Shannon le había proporcionado el estímulo que necesitaba, y siempre estaría en deuda con ella por eso, pero él no quería pasar toda la vida a su lado, nunca se lo planteó siquiera. Lo que había entre ellos era pura cuestión de supervivencia: la de él y la de ella. Shannon pertenecía a una vida en la que él había resultado

herido y casi aniquilado. Shannon lo había convencido de que siguiera el buen camino. En cuanto Clint estuvo en él, necesitó continuar adelante. Ella tendría que encontrar a alguien que la ayudara, pero no sería él, ¿y era eso cruel? ¿Era egoísta? Sí, tanto una cosa como la otra.

Años después de separarse, ella había conocido a un hombre y se había quedado embarazada. Clint imaginaba que el padre de la hija de Shannon era un hombre que se parecía un poco al chico del que había estado enamorada en la adolescencia. Había dado a luz una niña que conservaba algo de esa fisonomía.

Lila entró en el salón con lentitud y se detuvo entre el sofá y el televisor. Miró alrededor como si no supiera bien dónde estaba.

—¿Cariño? —dijo Clint.

—¿Mamá? —dijo Jared al unísono.

Ella esbozó una débil sonrisa.

—Por lo visto, tengo que disculparme.

—Lo único por lo que tienes que disculparte es por no haberme planteado esto antes —respondió Clint—. Por dejarlo emponzoñarse. Me alegro de haberla localizado. ¿Sigue al teléfono? —Señaló con el mentón en dirección a la cocina.

—No —contestó Lila—. Ah, quería hablar contigo, pero le he colgado. No ha sido muy amable por mi parte, pero supongo que aún siento alguna vibración residual de mi vena celosa. Además, gran parte de esto es culpa suya. Ponerle a su hija tu apellido... —Meneó la cabeza—. Vaya idiotez. Dios, qué cansada estoy.

Tú no tuviste inconveniente en adoptar mi apellido, ni en dárselo a tu hijo, pensó Clint, y no sin resentimiento.

—El padre verdadero fue un hombre que conoció en el bar donde trabajaba de camarera. Lo único que llegó a saber de él fue su nombre, y a saber si era

su verdadero nombre. En la historia que Parks contó a la niña, el padre eras tú, solo que moriste en un accidente de coche durante el embarazo. Tampoco es que la chica vaya a conocer una versión distinta.

—¿Se ha dormido? —preguntó Jared.

—Hace dos horas —dijo Lila—. Parks solo sigue despierta gracias a su mejor amiga, una tal Amber no sé qué más. También es madre soltera. Por estos lares, prácticamente crecen en los árboles, ¿no? Aquí y en todas partes, supongo. Da igual. Dejarme acabar esta absurda historia, ¿vale? Se trasladó a Coughlin para empezar de cero poco después de que naciera la niña. Sostiene que no sabía que tú vivías en esta zona, cosa que no me creo ni por asomo. Mi nombre aparece en el *Herald* todas las semanas y, como tú mismo has señalado, no hay ningún otro Norcross en la zona. Ella lo sabía, eso desde luego. Aún conserva la esperanza de que algún día encuentres una salida, me apuesto lo que sea. —Lila abrió la boca en un bostezo enorme.

Clint consideró aquello brutalmente injusto, y tuvo que recordarse que Lila —criada en un confortable hogar de clase media, con padres y hermanos muy alegres, como salidos de una vieja telecomedia de los años setenta— no podía comprender los nueve matices del infierno por el que Shannon y él habían pasado. Sí, el asunto del apellido reflejaba un comportamiento neurótico, de eso no había duda, pero había un detalle que Lila no veía o no quería ver: Shannon había estado viviendo a solo doscientos cincuenta kilómetros de allí y nunca había intentado ponerse en contacto con él. Podía decirse que era porque no sabía que vivía cerca, pero, como Lila había señalado, eso sería algo improbable.

—El saludo —dijo Lila—. ¿Y eso qué?

Clint se lo explicó.

—De acuerdo —aceptó Lila—. Caso cerrado. Voy a prepararme un café y luego volveré a la oficina. Dios santo, qué cansada estoy, joder.

Cuando Lila se tomó su café, abrazó a Jared y le dijo que cuidara de Molly y el bebé, y las escondiera bien. Él prometió que lo haría, y ella se apartó de él lo más deprisa posible. Si vacilaba, ya no sería capaz de abandonarlo.

Clint la siguió hasta el vestíbulo.

—Te quiero, Lila.

—Yo también te quiero, Clint. —Supuso que lo dijo sinceramente.

—No estoy enfadado —contestó él.

—Me alegro —dijo Lila, y se abstuvo de añadir «Yupi-oh».

—Debes saber —dijo Clint— que la última vez que vi a Shannon, hace años pero después de que nos casáramos, me pidió que me acostara con ella. Le dije que no.

El vestíbulo estaba a oscuras. La luz que entraba por la ventana de lo alto de la puerta se reflejó en las gafas de Clint. Chaquetas y sombreros colgaban de las perchas a sus espaldas, una hilera de espectadores avergonzados.

—Le dije que no —repitió Clint.

Ella no sabía qué quería él que dijera. ¿«Buen chico», quizá? No tenía la menor idea.

Lila lo besó. Él le devolvió el beso. Fue solo un contacto de labios, piel con piel.

Ella prometió llamarlo en cuanto llegara a la oficina. Bajó por los peldaños de la entrada, se detuvo y se volvió para mirarlo.

—No me informaste de lo de la piscina —comentó—. Llamaste a un contratista por las buenas. Un día volví y me encontré un agujero en el jardín. Feliz cumpleaños, y a joderse.

—Yo... —Se interrumpió. ¿Qué podía decir, en realidad? ¿Que pensó que a ella le gustaría cuando la verdad era que la quería él?

—Y cuando decidiste abandonar la consulta privada, ¿qué? Tampoco de eso hablamos nunca. Hiciste unas preguntas, pensé que tal vez estabas investigando para un artículo, o algo así, y de pronto, pum. Ya estaba hecho.

—Pensé que era yo quien debía decidirlo.

—Ya lo sé.

Le dirigió una vaga despedida y se encaminó hacia el coche patrulla.

8

—La funcionaria Lampley ha dicho que querías verme.

Evie se acercó de un salto a los barrotes de la celda con tal rapidez que el subdirector Hicks retrocedió dos pasos de inmediato. Evie le dedicó una sonrisa radiante, con el rostro encuadrado por el cabello negro.

—Lampley es la única funcionaria que queda despierta, ¿verdad?

—Ni mucho menos —contestó Hicks—. También está Millie. La funcionaria Olson, quiero decir.

—No, ella se ha dormido en la biblioteca de la cárcel. —Evie mantuvo su sonrisa de reina de la belleza. Y era una belleza, eso no podía negarse—. Con la cara encima de un ejemplar de *Seventeen*. Estaba mirando los vestidos de fiesta.

El subdirector ni siquiera se detuvo a pensar en la afirmación de Evie. Ella no podía saber una cosa así. Por guapa que fuese, estaba en el Cuarto de los Catetos, como a veces llamaban a la celda acolchada, y por una buena razón.

—Tienes la cabeza revuelta, reclusa. No lo digo para herir tus sentimientos; lo digo porque es la verdad. Quizá deberías dormirte, a ver si así te quitas las

telarañas de la cabeza.

—He aquí un chisme interesante para usted, subdirector Hicks. A pesar de que la tierra ha dado poco menos de una vuelta desde que empezó lo que ustedes llaman Aurora, más de la mitad de las mujeres del mundo se han dormido. Casi el setenta por ciento ya. ¿Por qué tantas? Muchas no despertaron, claro. Ya estaban dormidas cuando empezó. Y luego otras muchas, por puro cansancio, se han adormilado pese a los esfuerzos para mantenerse despiertas. Pero ese no es el caso de todas. No, hay una porción significativa de la población femenina que sencillamente ha decidido irse al sobre. Porque, como sin duda sabe su doctor Norcross, temer lo inevitable es peor que lo inevitable en sí. Es más fácil dejarse llevar.

—Norcross es un loquero, no sabe de medicina general —dijo Hicks—. No me fiaría de él ni para que me tratara un uñero. Y si no tienes nada más que añadir, yo debo dirigir una cárcel y tú necesitas una siesta.

—Lo entiendo perfectamente. Vaya usted, pero déjeme su teléfono móvil.

Evie enseñaba todos los dientes. Su sonrisa parecía cada vez más ancha. Sus dientes eran muy blancos, y parecían muy fuertes. Los dientes de un animal, pensó Hicks, y desde luego era un animal. Tenía que serlo, si se paraba a pensar en lo que había hecho a los cocineros de meta.

—¿Para qué necesitas mi móvil, reclusa? ¿Por qué no usas tu propio móvil invisible? —Señaló el rincón vacío de la celda. Resultaba casi cómico, la mezcla de estupidez, locura y arrogancia que exhibía esa mujer—. Lo tienes ahí mismo, y con minutos ilimitados.

—Muy buena —comentó Evie—. Qué gracioso. Ahora deme el teléfono, por favor. Tengo que llamar al doctor Norcross.

—Ni hablar. Ha sido un placer. —Se volvió para irse.

—Yo no me marcharía tan pronto. Sus acompañantes no lo aprobarían. Mire al suelo.

Hicks así lo hizo, y vio que estaba rodeado de ratas. Había al menos una docena, y lo miraban con los ojos como canicas. Sintió que dentro de su pecho se elevaba un grito, pero lo ahogó. Gritar podía incitarlas, empujarlas a atacarlo.

Evie tendía una estilizada mano a través de los barrotes, con la palma hacia arriba, y Hicks, pese a hallarse al borde del pánico, advirtió un detalle horrendo: esa palma no tenía líneas. Era totalmente lisa.

—Está pensando en echar a correr —dijo Evie—. Puede hacerlo, por supuesto, pero, dado su estado adiposo, dudo que corra muy deprisa.

Las ratas se arremolinaban ya por encima de sus zapatos. Una cola rosa le acarició un tobillo a través del calcetín de cuadros, y Hicks sintió que el grito se elevaba de nuevo.

—Le morderán varias veces, y a saber qué infecciones pueden transmitir mis amiguitas. Deme su móvil.

—¿Cómo lo hace? —Hicks apenas oía sus propias palabras por encima del sonido de la sangre que su corazón bombeaba de forma impetuosa.

—Secreto profesional.

Con mano trémula, Hicks se desprendió el teléfono del cinturón y lo depositó en aquella horrenda palma sin líneas.

—Ya puede irse —indicó Evie.

Hicks vio que sus ojos habían adquirido un color ámbar vivo. Las pupilas eran diamantes negros, pupilas de gato.

Hicks caminó con cuidado, alzando las piernas entre las ratas que lo rodeaban, y cuando las dejó atrás, apretó a correr hacia Broadway y la seguridad de la Garita.

—Muy bien hecho, Madre —dijo Evie.

La rata más grande se irguió sobre las patas traseras y, contrayendo los bigotes, miró hacia arriba.

—Era débil. He olido la flaqueza de su corazón.

La rata se dejó caer al suelo y correteó por el pasillo hacia la puerta de acero de la ducha más cercana del módulo A. Las otras la siguieron en fila como niños en una excursión escolar. Había una abertura entre la pared y el suelo, un defecto en el cemento que las ratas habían ensanchado hasta convertirlo en una entrada. Desaparecieron en la oscuridad.

Hicks tenía el teléfono protegido con contraseña. Evie introdujo el código de cuatro dígitos sin vacilar y no se molestó en consultar los contactos antes de marcar el número de móvil de Clint. El doctor contestó de inmediato, y sin saludar.

—Un poco de calma, Lore. Enseguida voy para allá.

—No soy Lore Hicks, doctor Norcross; soy Evie Black.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿En casa todo en orden, espero? ¿O al menos tan en orden como puede estarlo dadas las circunstancias?

—¿Cómo es que tiene el móvil de Hicks?

—Me lo ha dejado.

—¿Qué quiere?

—Primero, darle cierta información. La quema ha empezado. Los hombres están prendiendo fuego a las mujeres en sus capullos a miles. Pronto serán decenas de miles. Es lo que muchos hombres siempre han deseado.

—No sé cómo han sido sus experiencias con los hombres. Pésimas, supongo. Pero, al margen de lo que pueda pensar, la mayoría de los hombres no desean matar a las mujeres.

—Eso ya lo veremos, ¿no?

—Sí, supongo que sí. ¿Qué más quiere?

—Decirle que es usted el elegido. —Evie se echó a reír alegremente—. Que es usted *el* Hombre.

—No la entiendo.

—Aquel que representa a todos los hombres. Como yo represento a todas las mujeres, las que duermen y las que están despiertas. Lamento que suene apocalíptico, pero en este caso no me queda más remedio. Es aquí donde se decidirá el destino del mundo. —Imitó el imponente redoble de tambor de un melodrama televisivo—. ¡Pum-pum-*PUM!*

—Señorita Black, es usted víctima de una fantasía.

—Ya le he dicho que puede llamarme Evie.

—Bien: Evie, eres víctima de una fantasía.

—Los hombres de tu pueblo vendrán a por mí. Me preguntarán si puedo resucitar a sus esposas y madres e hijas. Diré que ciertamente es posible, porque yo, como el joven George Washington, soy incapaz de mentir. Me exigirán que lo haga, y me negaré... como es mi obligación. Me torturarán, desgarrarán mi cuerpo, y seguiré negándome. Al final me matarán, Clint. ¿Puedo llamarte Clint? Sé que acabamos de empezar a trabajar juntos, y no quiero tomarme confianzas.

—Como quieras. —Se lo notaba aturdido.

—En cuanto yo muera, el portal entre este mundo y la tierra del sueño se cerrará. Al final todas las mujeres se irán a dormir; al final todos los hombres morirán, y este mundo atormentado exhalará un enorme suspiro de alivio perdurable. Las aves anidarán en la Torre Eiffel, los leones pasearán por las calles agrietadas de Ciudad del Cabo y las aguas cubrirán Nueva York. Los peces grandes dirán a los peces pequeños que sueñen sueños de peces grandes, porque Times Square estará abierta de par en par, y el que tenga fuerzas suficientes para nadar contra la corriente imperante allí podrá nadar contra ella en cualquier parte.

—Eso son alucinaciones.

—¿Es una alucinación lo que está pasando en todo el mundo?

Le dio un momento de silencio, pero él no lo aprovechó.

—Considéralo un cuento de hadas. Yo soy la hermosa doncella recluida en el torreón del castillo, retenida a perpetuidad. Tú eres mi príncipe, mi caballero de resplandeciente armadura. Debes defenderme. Estoy segura de que hay armas en la oficina del sheriff, pero encontrar hombres dispuestos a usarlas... quizá a morir defendiendo a la criatura que, según creen, ha causado todo esto... será más difícil. Aun así, confío en tus dotes de persuasión. Por eso... —Se echó a reír—. *¡Eres el Hombre!* ¿Por qué no lo reconoces, Clint? Siempre has querido ser el Hombre.

Recordó de pronto esa mañana, su irritación al ver a Anton, la melancolía que había sentido al inspeccionarse el vientre colgante. Pese a lo agotado que estaba, el tono insinuante de ella lo llevó a desear propinar un puñetazo a algo.

—Tus sentimientos son normales, Clint. No te fustigues. —Adoptó un tono comprensivo, amable—. Todos los hombres quieren ser el Hombre. El que llega a caballo dice solo sí, no y desenfunda, limpia el pueblo y vuelve a marcharse a caballo. Después de acostarse con la muchacha más bonita de la cantina, claro. Pero eso no tiene en cuenta el problema central. Vosotros los hombres entrechocáis las cornamentas y el estrépito causa dolor de cabeza a todo el planeta.

—¿De verdad puedes poner fin a esto?

—¿Le has dado a tu mujer un beso de despedida?

—Sí —contestó Clint—. Hace un momento. Hemos tenido otros mejores, pero lo he intentado. Ella también. —Tomó aire—. No sé por qué te cuento todo esto.

—Porque me crees. Y de hecho ya sé que la has besado. Estaba mirando. Soy una mirona impenitente. Debería dejar de hacerlo, pero el romanticismo me pierde. Me alegra también que lo hayas resuelto todo esta noche, que lo hayas sacado todo. Lo que queda sin decir es lo que en realidad puede dañar a

un matrimonio.

—Gracias, doctor Phil. Contesta a mi pregunta. ¿Puedes poner fin a esto?

—Sí. He aquí el trato. Mantenme viva hasta, veamos, el amanecer del próximo martes. O tal vez uno o dos días más, no puedo decírtelo con seguridad. Pero debe ser al amanecer.

—¿Qué pasa si no lo consi... si no lo *conseguimos*?

—Puede que sea capaz de arreglar las cosas. Siempre y cuando estén de acuerdo.

—Estén de acuerdo ¿quiénes?

—Las mujeres, tonto. Las mujeres de Dooling. Pero si muero, no importará ningún acuerdo al que puedan llegar. No puede ser lo uno o lo otro. Tienen que ser las dos cosas.

—¿No entiendo de qué estás hablando!

—Ya lo entenderás. Con el tiempo. Quizá nos veamos mañana. Y por cierto, ella tenía razón. Nunca le consultaste lo de la piscina. Aunque le enseñaste unas cuantas fotos. Pensaste, imagino, que con eso bastaba.

—Evie...

—Me alegro de que la hayas besado. Me alegro mucho. Tu mujer me gusta.

Evie cortó la comunicación y dejó el móvil de Hicks en el pequeño estante destinado a sus pertenencias personales, aunque no tenía ninguna. Luego se tendió en la cama, se volvió de lado y se quedó dormida en el acto.

Lila tenía toda la intención de ir directamente a la oficina del sheriff, pero cuando retrocedió por el camino de acceso y salió a la calle, los faros del coche patrulla enfocaron algo blanco que descansaba en una hamaca en la otra

acera. La anciana señora Ransom. Lila no podía culpar a Jared por haberla dejado allí. Bastante tenía él con preocuparse por la niña, la que yacía arriba en el cuarto de invitados. ¿Holly? ¿Polly? No, Molly. Lloviznaba.

Se detuvo en el camino de acceso de la familia Ransom; luego se volvió y rebuscó entre los cachivaches del asiento trasero. Quería la gorra de béisbol de los Hound Dogs de Dooling, porque había empezado a llover con más intensidad. Tal vez así se apagarán los incendios, y eso era bueno. Probó la puerta delantera de la casa de la señora Ransom. No estaba cerrada con llave. Se acercó a la hamaca y cogió en brazos a la mujer envuelta en su capullo. Se había preparado para el esfuerzo, pero la señora Ransom no pesaba más de cuarenta kilos. Lila era capaz de levantar más de eso en el gimnasio. ¿Y qué más daba ya todo? De hecho, ¿por qué estaba haciendo aquello?

—Porque es lo decente —dijo—. Porque una mujer no es un adorno de jardín.

Mientras subía por los peldaños, vio que se desprendían unas finas hebras de la bola blanca que envolvía la cabeza de la señora Ransom. Ondeaban como movidas por la brisa, pero no había brisa. Se extendían hacia *ella*, hacia el mar de sueño que aguardaba justo detrás de su frente. Las apartó de un soplido y, caminando de espaldas con dificultad, recorrió el pasillo hacia el salón de la casa de la anciana. En la alfombra había un libro de colorear abierto con rotuladores alrededor. ¿Cómo era que se llamaba la niña?

—Molly —dijo mientras dejaba en el sofá a la mujer en su envoltura—. Se llamaba Molly. —Guardó silencio un instante—. Se *llama* Molly.

Lila colocó un cojín debajo de la cabeza de la señora Ransom y se marchó.

Después de echar el cerrojo a la puerta delantera, subió al coche patrulla y arrancó el motor. Tendió el brazo hacia el cambio de marchas, pero de pronto dejó caer la mano. De pronto ir a la oficina del sheriff le pareció absurdo. Además, tenía la impresión de que estaba al menos a cien kilómetros de allí.

Probablemente sería capaz de llegar sin estrellarse contra un árbol (o sin arrollar a alguna mujer que hubiera salido a correr en un intento de ahuyentar el sueño), pero ¿qué sentido tenía?

—Si no voy a la oficina, ¿qué hago? —preguntó al coche—. ¿Qué hago?

Se sacó del bolsillo el estuche de lentillas. El otro receptáculo, el que aparecía identificado con una L, contenía otra dosis para mantenerse despierta, pero volvió a hacerse la pregunta: ¿qué sentido tenía combatir aquello? Tarde o temprano el sueño la vencería. Era inevitable, así que ¿por qué aplazarlo?

Según Shakespeare, el sueño devanaba una maraña de desvelos. Y al menos Clint y ella habían conseguido en cierto modo «pasar página», ese concepto mítico del que él siempre hablaba.

—He sido una idiota —confesó al interior del coche de policía—. Pero alego privación del sueño, su señoría.

Si al final todo se reducía a eso, ¿por qué no le había planteado antes el asunto a Clint? Con todo lo que estaba pasando, ese conflicto resultaba imperdonablemente menor. Era bochornoso.

—De acuerdo —dijo—, alego miedo, su señoría.

Pero ya no tenía miedo. Estaba demasiado agotada para tener miedo. Estaba demasiado agotada para todo.

Lila tiró del micro prendido de la horquilla. De hecho, el micro le pareció más pesado que la señora Ransom... eso sí que era raro.

—Unidad Uno a Base. ¿Sigues ahí, Linny?

—Aquí sigo, jefa.

Probablemente Linny había recurrido una vez más a las chucherías en polvo; se la oía tan briosa como una ardilla sentada sobre una pila de bellotas recién caídas. Además ella había dormido ocho horas seguidas la noche anterior, en lugar de recorrer todo el camino hasta Coughlin, en el condado de McDowell,

y conducir luego sin rumbo casi hasta el amanecer, concibiendo malos pensamientos sobre un marido que, como se había demostrado finalmente, era fiel. Pero al fin y al cabo muchos no lo eran, ¿y eso era una razón o solo una excusa? ¿Era siquiera verdad? ¿Podían encontrarse en internet estadísticas sobre la fidelidad? ¿Serían precisas?

Shannon Parks había pedido a Clint que se acostara con ella, y él se había negado. Así de fiel era.

Pero... en principio esa era su obligación, ¿no? ¿Recibía uno medallas por cumplir sus promesas y estar a la altura de sus responsabilidades?

—¿Jefa? ¿Me recibe?

—Linny, no estaré disponible durante un rato. Necesito hacer una cosa.

—Entendido. ¿De qué se trata?

Lila prefirió no contestar a eso.

—Clint tiene que volver a la cárcel después de descansar un rato. Llámalo a eso de las ocho, ¿quieres? Asegúrate de que está en pie y pídele que, al salir, eche un vistazo a la señora Ransom. Es necesario que cuide de ella. Él ya lo entenderá.

—De acuerdo. El servicio despertador no es mi especialidad, pero no me importa diversificarme. Lila, ¿estás bi...?

—Unidad Uno, corto.

Lila colgó el micro. Por el este, había aparecido un leve trazo de luz matutina en el horizonte. Estaba a punto de empezar un nuevo viernes. Sería lluvioso, de esos en los que apetece una grata siesta al mediodía. En el asiento contiguo llevaba un revoltijo con las herramientas del oficio: cámara, tablilla portapapeles, radar Simmons, fajos de folletos sujetos con gomas elásticas y su bloc de citas. Cogió este último, arrancó la primera hoja y le dio la vuelta. Al dorso, en lo alto, escribió el nombre de su marido en grandes letras mayúsculas y, debajo, añadió: «Llévanos a Platinum, a la señora Ransom, a

Dolly y a mí a una de las casas vacías. Mantennos a salvo. Puede que esto no tenga vuelta atrás, pero quizá sí». Se detuvo a pensar (le costaba pensar) y agregó: «Os quiero a los dos». Dibujó un corazón —una cursilada, pero ¿y qué?— y firmó con su nombre. Cogió un clip del receptáculo de plástico de la guantera y se prendió la nota al bolsillo del pecho. De niña, todos los lunes, su madre le prendía justo así a la camisa el dinero para la leche, metido en un sobre pequeño. Lila no se acordaba, pero su madre se lo había contado.

Resuelta esa tarea, se reclinó y cerró los ojos. El sueño la arrolló como una locomotora negra sin faro, y vaya si fue un alivio. Un bendito alivio.

Las primeras delicadas hebras brotaron del rostro de Lila y le acariciaron la piel.

SEGUNDA PARTE

DORMIRÉ CUANDO ESTÉ MUERTO

*Da igual si me canso un poco,
ya dormiré cuando esté muerto.*

«I'll Sleep When I'm Dead»,
WARREN ZEVON

Las tablas del porche, viejas y reblandecidas, se comban y gimen bajo los zapatos de Lila. Una vigorosa brisa primaveral agita el campo de dientes de león que fuera el jardín delantero de su casa, y el sonido que emite parece un hermoso rugido. El fabuloso verde de los dientes de león pone la credulidad a prueba. Vuelve a mirar en la dirección de la que ha venido y ve que en el pavimento agrietado de Tremaine Street han brotado arbolitos. Se mecen en el viento como las manecillas de relojes confusos atrapadas entre las doce y la una. Un cielo azul cubre el mundo. En el camino de acceso de la casa de la señora Ransom, el coche patrulla, con la puerta izquierda entreabierta, presenta escamas de óxido. Tiene las cuatro ruedas deshinchadas.

¿Cómo ha llegado hasta ahí?

Da igual, se dice. Es un sueño. Dejémoslo en eso.

Entra en casa y se para a observar lo que queda del comedor, que tan poco utilizaban: ventanas rotas, cortinas raídas enrollándose y desenrollándose con otra ráfaga de brisa, hojas de otoños y otoños acumuladas casi hasta lo alto de la mesa, manchada de moho. El olor a podredumbre lo impregna todo. Mientras recorre el pasillo, piensa que podría ser un sueño en el que viaja en el tiempo.

Se han venido abajo fragmentos del techo del salón, que ahora parecen rocas lunares caídas en la moqueta. El televisor de pantalla plana sigue fijado a la pared, pero la pantalla se ha estropeado y ahora se ve alabeada e hinchada, como si la hubieran horneado.

La tierra y el polvo han blanqueado las puertas correderas de cristal

hasta hacerlas opacas. Lila tira de la puerta de la derecha, y esta se desplaza con un gemido por el riel de goma, deteriorado.

—¿Jared? —llama—. ¿Clint?

Estaban aquí anoche, sentados a una mesa que ahora aparece volcada. Hierbajos amarillos se elevan en torno a los bordes de la terraza y asoman entre las tablas. La barbacoa, el centro de muchas cenas veraniegas, ha quedado totalmente invadida.

En la piscina, donde el agua presenta el color salobre de una pecera después de un largo apagón, un lince se detiene en la pasarela central, hundido hasta el pecho. Lleva un pájaro atenazado entre los dientes.

El lince tiene los ojos brillantes, los dientes grandes y gotas de agua en el pelaje. Se le ha adherido una pluma blanca al hocico, ancho y plano.

Lila se hince las uñas en la mejilla, siente el dolor y (a su pesar) decide que quizá en realidad no sea un sueño. Y si lo es, ¿cuánto tiempo lleva dormida?

Una buena temporada. O una mala.

El animal parpadea y empieza a nadar hacia ella.

¿Dónde estoy?, piensa, y luego piensa: Estoy en casa, y luego piensa lo primero otra vez: ¿Dónde estoy?

A media tarde del viernes, bien entrado el segundo día de la catástrofe (al menos en Dooling; en algunas partes del mundo corría ya el tercer día de Aurora), Terry Coombs despertó al percibir el aroma a beicon crujiente y café recién hecho. El primer pensamiento coherente de Terry fue: ¿Queda algo en el Squeaky Wheel o me lo he bebido yo todo, hasta el agua de fregar? El segundo fue más elemental: Tengo que ir al baño. Eso hizo, y llegó justo a tiempo de vomitar de forma copiosa en el váter. Allí se quedó un par de minutos, esperando a que se detuviera el péndulo que hacía que el lavabo se balancease. Cuando paró, se obligó a erguirse, buscó unas aspirinas y se tomó tres con agua del grifo. Ya de regreso en el dormitorio, miró el lado izquierdo de la cama, donde recordó que antes yacía Rita, con la cabeza envuelta en un capullo, la tela blanca que cubría la boca expandiéndose y contrayéndose con la respiración.

¿Se había levantado su mujer? ¿Había acabado todo? Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas y, tambaleante, en ropa interior, se dirigió a la cocina.

Frank Geary se hallaba sentado a la mesa, empequeñeciéndola con la mitad superior de su cuerpo, ancha. De algún modo la pesadumbre inherente a esa imagen —un hombre corpulento sentado a una mesa pequeña a la luz del día— fue todo lo que Terry necesitaba saber sin que se hubiera pronunciado una sola palabra. Intercambiaron miradas. Geary tenía un número de *National Geographic* abierto. Lo dejó a un lado.

—Estaba leyendo sobre Micronesia —comentó Frank—. Un sitio

interesante. Mucha fauna, demasiada en peligro de extinción. Probablemente esperabas ver a otra persona. No sé si te acuerdas, pero me he quedado a dormir. Trasladamos a tu mujer al sótano.

Ah, se acordó de pronto. Llevaron abajo a Rita, sujetándola cada uno por un extremo, como si fuera una alfombra, golpeándose los hombros contra las barandillas y las paredes mientras descendían. La dejaron en el sofá viejo, encima del edredón viejo que lo cubría para protegerlo del polvo. Sin duda Rita yacía allí, rodeada de otros muebles polvorientos que habían desechado a lo largo de los años y se proponían vender en el jardín pero nunca encontraban el momento: taburetes con asientos amarillos de vinilo, el vídeo, la cuna vieja de Diana.

Terry se sumió en el desaliento. Ni siquiera era capaz de mantener la cabeza en alto. El mentón le chocó contra el pecho.

En la mesa, delante de la silla vacía, había un plato con beicon y tostadas y, al lado, una taza de café solo y una botella de Beam. Terry respiró entrecortadamente y se sentó.

Ingirió un trozo de beicon y esperó a ver qué ocurría. Su estómago emitió ruidos y se revolvió un poco, pero no expulsó nada. Frank, sin hablar, añadió un chorro de whisky al café de Terry. Terry tomó un sorbo. Se le calmaron las manos, temblorosas hasta ese momento aunque no se hubiera dado cuenta.

—Lo necesitaba. Gracias. —Su voz fue un graznido.

Pese a que no eran íntimos amigos, Frank Geary y él habían compartido alguna que otra copa a lo largo de los años. Terry sabía que Frank se tomaba muy en serio su trabajo de agente de Control Animal del pueblo; sabía que Frank tenía una hija a la que consideraba una artista extraordinaria; recordaba que en una ocasión un borracho sugirió a Frank que dejara algo de su irritación en manos de Dios, y Frank contestó al borracho que cerrara el pico, y el borracho, pese a la cogorza que llevaba, percibió la advertencia en el tono de

Frank y no volvió a decir ni pío en toda la noche. En otras palabras, Terry opinaba de Frank que era un hombre más que aceptable, pero al que no convenía tocar las pelotas. El hecho de que Frank fuese negro tal vez hubiese contribuido también a crear cierta sensación de distancia necesaria. Terry en realidad nunca se había planteado la posibilidad de ser amigo de un negro, aunque no tenía nada en contra si se paraba a pensarlo.

—No hay de qué —dijo Frank. Su actitud franca y serena resultaba tranquilizadora.

—Así que todo... —Terry tomó otro trago de café aderezado—. ¿Sigue igual?

—¿Igual que ayer? Sí. Lo que quiere decir que todo ha cambiado. Para empezar, eres el jefe de policía en funciones. Han llamado de la oficina del sheriff preguntando por ti hace unos minutos. La antigua jefa ha desaparecido.

El estómago de Terry envió a la garganta una burbuja de malestar.

—¿Lila ha desaparecido? Vaya.

—Enhorabuena, ¿eh? Todo un ascenso. Redoble de tambores.

Frank tenía la ceja derecha enarcada en un gesto irónico. Los dos prorrumpieron en risas, pero Terry enmudeció enseguida.

—Eh —dijo Frank. Alargó el brazo y dio un apretón a Terry en la mano—. No te desanimes, ¿vale?

—Vale. —Terry tragó saliva—. ¿Cuántas mujeres siguen despiertas?

—No lo sé. Las cosas pintan mal. Pero estoy convencido de que tú puedes manejar la situación.

Terry no estaba tan convencido. Dio un sorbo al café retocado. Masticó el beicon. Su compañero de mesa guardó silencio.

Frank bebió de su propio café y miró a Terry por encima del borde de la taza.

—¿Puedo manejar la situación? —preguntó Terry—. ¿De verdad?

—Sí. —La voz de Frank Geary no traslució el menor asomo de duda—. Pero necesitarás toda la ayuda que puedas reunir.

—¿Quieres que te nombre ayudante? —Terry consideró lógica la propuesta: aparte de Lila, habían perdido como mínimo a dos agentes.

Frank se encogió de hombros.

—Soy empleado municipal. Estoy aquí para arrimar el hombro. Si quieres darme una estrella, por mí bien.

Terry echó otro trago de café aliñado y se puso en pie.

—Vamos.

2

Aurora había incapacitado a una cuarta parte del departamento, pero Frank ayudó a Terry a elaborar una lista de ayudantes voluntarios ese viernes por la mañana y solicitó la colaboración del juez Silver para oír sus juramentos el viernes por la tarde. Don Peters era uno de los agentes recién contratados; otro era un alumno de último curso de instituto, un tal Eric Blass, joven pero entusiasta.

Siguiendo el consejo de Frank, Terry impuso el toque de queda a las nueve de la noche. En parejas, los hombres empezaron a recorrer los barrios de Dooling para colocar los avisos. También para tranquilizar a la gente, disuadir de toda forma de vandalismo y —otra idea de Frank— empezar a hacer una lista de los sitios donde estaban las durmientes. Frank Geary tal vez fuera el perrero antes de Aurora, pero resultó ser un agente de la ley magnífico, con un sentido de la organización extraordinario. Cuando Terry descubrió que podía apoyarse en él, se apoyó con ganas.

A lo largo del fin de semana, detuvieron a diez o doce saqueadores. En

realidad no fue gran cosa como trabajo policial, porque pocos se molestaron en disimular lo que estaban haciendo. Debieron de pensar que las autoridades harían la vista gorda, pero enseguida descubrieron que no era así. Uno de esos maleantes era Roger Dunphy, el conserje ausente sin permiso del Centro Penitenciario de Dooling. El domingo por la mañana, en la primera patrulla, Terry y Frank vieron al señor Dunphy acarrear a la vista de todos una bolsa de plástico transparente llena de anillos y collares que había afanado en las habitaciones de las mujeres que vivían en la residencia de ancianos Crestview, donde a veces trabajaba a modo de segundo empleo.

—Ellas ya no lo necesitan —había aducido Dunphy—. Vamos, agente Coombs, no la tome conmigo. Es un claro caso de objetos recuperados.

Frank agarró al conserje por la nariz y se la apretó de tal modo que el cartílago le crujó.

—«Jefe Coombs», de ahora en adelante lo llamarás «jefe Coombs».

—¡Vale! —exclamó Dunphy—. ¡Lo llamaré «presidente Coombs», si así me suelta la napia!

—Devuelve esas propiedades, y dejaremos correr el asunto —dijo Terry, y le complació ver el gesto de aprobación de Frank.

—¡Por descontado! ¡Delo por hecho!

—Es una orden, no se te ocurra pasártela por el forro, porque lo comprobaremos.

Lo bueno de Frank, descubrió Terry durante esos primeros tres días, era que entendía como nadie la enorme presión a la que él estaba sometido. Nunca lo apremiaba, pero siempre tenía alguna sugerencia y, casi igual de importante, llevaba aquella petaca de plata envuelta en cuero —de lo más molona, quizá una costumbre de negros—, siempre a punto para cuando Terry tenía un bajón, para cuando daba la impresión de que el día nunca terminaría y sus ruedas empezaban a girar en el barro surrealista y atroz de todo aquello. Permanecía

junto a Terry en todo momento, incondicional a más no poder, y estaba con él el lunes, cinco días después de que Aurora se iniciara, frente a la verja del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

3

El jefe en funciones Coombs había intentado varias veces a lo largo del fin de semana convencer a Clint de que dejara a Eve Black bajo su custodia. Circulaban rumores sobre la mujer que había matado a los traficantes de meta: a diferencia de todas las demás, se decía, dormía y despertaba. En la oficina del sheriff, Linny Mars (aguantando todavía; bravo, chica) había recibido tantas llamadas al respecto que ya colgaba a todo aquel que le preguntaba. Frank dijo que *debían* averiguar si los rumores eran ciertos; era una prioridad. Terry supuso que tenía razón, pero Norcross se obstinaba en oponerse, y a Terry le resultaba cada vez más difícil que ese hombre irritante se pusiera al teléfono siquiera.

Para el lunes, los incendios se habían apagado por sí solos, pero los campos cercanos a la cárcel todavía olían como un cenicero. El día era gris y húmedo, y volvía a caer la lluvia brumosa que venía cayendo desde primera hora del viernes. El jefe de policía en funciones Terry Coombs, con sensación de tener moho, se plantó ante el intercomunicador y el monitor de la verja del Centro Penitenciario de Mujeres de Dooling.

Norcross seguía sin aceptar la orden de traslado que el juez Silver había firmado en relación con Eve Black. (Frank había colaborado en eso, explicando al juez que era posible que la mujer poseyera una inmunidad única al virus y convenciendo al viejo jurista de la necesidad de actuar deprisa y mantener la paz antes de que estallaran disturbios.)

—Oscar Silver no tiene competencias en el asunto, Terry. —La voz del médico salió a borbotones por el altavoz y sonó como si procediera del fondo de un pozo—. Sé que el juez autorizó su ingreso a petición de mi mujer, pero no puede autorizar su salida. Una vez remitida a mí para que la examine, ya no tiene autoridad sobre ella. Ahora necesitáis un juez del condado.

Terry no alcanzaba a entender por qué el marido de Lila, que siempre había parecido un hombre sensato, causaba tantos problemas.

—Ahora mismo no hay nadie más, Clint. Las juezas Wainer y Lewis están las dos dormidas. Tenemos la mala suerte de que los dos jueces asignados al condado sean mujeres.

—Muy bien, pues llama a Charleston y averigua a quiénes han nombrado como sustitutos —propuso Clint. Como si hubiesen llegado a un feliz acuerdo, como si hubiese cedido siquiera un puñetero centímetro—. Pero ¿para qué molestarse? Ahora Eve Black está dormida como todas las demás.

Al oír eso, Terry sintió una bola de plomo en el estómago. Debería haber tenido la sensatez de desoír aquel montón de habladurías. Para eso, lo mismo podía interrogar a su propia esposa, una momia en la oscuridad del sótano, tendida sobre el edredón gastado en el viejo sofá.

—Se durmió ayer por la tarde —prosiguió Norcross—. Solo quedan despiertas unas cuantas reclusas.

—Entonces ¿por qué no nos deja verla? —preguntó Frank, que había guardado silencio durante todo aquel intercambio.

Era una buena pregunta. Terry pulsó el botón de llamada y la formuló.

—Mira, haremos lo siguiente —dijo Clint—. Te mandaré una foto al móvil. Pero no puedo permitir entrar a nadie. Es el «protocolo de aislamiento». Tengo el libro de la directora justo delante. Te leeré lo que dice: «Las autoridades del estado *prevalecen* sobre las del centro y pueden retirar la orden de aislamiento a su discreción». «Las autoridades del estado.»

—Pero...

—No me vengas con peros, Terry; yo no lo he escrito. Es el reglamento. Desde el viernes por la mañana, cuando Hicks se marchó, soy el único funcionario administrativo que queda en esta cárcel, el protocolo es lo único en que puedo basar mi actuación.

—Pe... —Empezaba a sonar como un motor de dos tiempos: *pe-pe-pe-pe*.

—He tenido que decretar el aislamiento. No me ha quedado alternativa. Tú has visto las mismas noticias que yo. Por ahí hay gente prendiendo fuego a las mujeres envueltas en capullos. Estarás de acuerdo conmigo en que la población reclusa de esta cárcel sería objetivo prioritario de esa clase de escuadrones de justicieros.

—Vamos, por favor. —Frank emitió un sonido sibilante y negó con la cabeza. Como no habían encontrado una camisa de uniforme de su talla, Frank llevaba la pechera abierta, con la camiseta—. A mí todo eso me suena a jerigonza burocrática. Terry, el jefe en funciones eres tú. Eso tiene que pesar más que la autoridad de un médico, y más tratándose de un psiquiatra.

Terry alzó la mano ante Frank.

—Acepto todo lo que dices, Clint. Entiendo tu preocupación. Pero tú me conoces, ¿no? He trabajado con Lila durante más de una década. Desde antes de que ella fuese sheriff. Tú has cenado en mi casa, y yo he cenado en la tuya. No voy a hacerle nada a ninguna de esas mujeres, así que no me vengas con esas.

—Estoy intentando...

—No te imaginas la de líos que he tenido que resolver en todo el pueblo durante el fin de semana. Una mujer dejó la estufa encendida y quemó media Greely Street. Al sur del pueblo han ardido cuarenta hectáreas de bosque. Tengo a un deportista del instituto muerto por intentar violar a una durmiente. Tengo a un tipo con la cabeza hecha papilla por una batidora. O sea, esto es

una *estupidez*. Dejemos de lado el reglamento. Soy el jefe de policía en funciones. Somos amigos. Déjame ver que esa mujer duerme como las demás, y no te molestaré más.

La caseta de seguridad al otro lado de la valla, en la que debería haber habido un funcionario, estaba vacía. Más allá, detrás de la segunda valla y en el otro extremo del aparcamiento, la cárcel encorbaba sus hombros grises. No se veía movimiento a través de los cristales blindados de las puertas delanteras, ni presas corriendo en la pista de atletismo o trabajando en el huerto. A Terry le recordó los parques de atracciones a finales de otoño, el aspecto de abandono que tenían cuando las atracciones dejaban de girar y no había niños de acá para allá comiendo helado y riendo. Diana, su hija, ya era una adulta, pero de pequeña la había llevado no pocas veces de excursión a parques de atracciones. Entonces corrían buenos tiempos.

Dios, qué bien le iría un trago. Menos mal que Frank tenía a mano su petaca molona.

—Mira tu teléfono, Terry —indicó Clint a través del intercomunicador.

Sonó un silbato de tren, que era el tono de Terry. Sacó el móvil del bolsillo y miró la fotografía que Clint le había adjuntado a un mensaje.

Una mujer con una casaca roja yacía boca arriba en la cama de una celda. Llevaba un número de identificación por encima del bolsillo del pecho. Al lado del número le habían prendido una ficha, y en esta aparecía una fotografía de una mujer de cabello largo y negro, piel bronceada, amplia sonrisa y dientes blancos. El nombre que constaba era «Eve Black», y el número de identificación se correspondía con el de la casaca. Un capullo ocultaba su rostro.

Terry entregó el teléfono a Frank para que viera la imagen.

—¿Qué te parece? ¿Lo damos por bueno?

Terry cayó en la cuenta de que él —el jefe en funciones— buscaba una

indicación de su nuevo ayudante, cuando supuestamente debía ser al contrario.

Frank examinó la foto y dijo:

—Esto no demuestra una mierda, porque no le ves los rasgos, sino solo el pantalón y la casaca roja. Norcross podría haber utilizado a cualquier durmiente y añadir la identificación de Black. —Frank devolvió el teléfono a Terry—. No tiene ningún sentido que se niegue a dejarnos entrar. Tú representas a las fuerzas del orden, Terry, y él es un puñetero psiquiatra de cárcel. Se lo nota más tranquilo que agua de pozo, eso lo reconozco, pero me huele mal. Creo que intenta ganar tiempo.

Frank tenía razón, por supuesto; esa foto no demostraba nada. ¿Por qué no permitirles entrar para *ver* a la mujer de carne y hueso, tanto si estaba dormida como si no? El mundo estaba a punto de perder la mitad de su población. ¿Qué importancia tenía el reglamento de una directora?

—Pero ¿para qué ganar tiempo?

—No lo sé. —Frank sacó la petaca plana y se la ofreció. Terry le dio las gracias, dio un trago generoso al whisky e hizo ademán de devolverle la petaca. Frank negó con la cabeza—. Tenla a mano.

Terry se guardó la petaca en el bolsillo y pulsó el botón del intercomunicador.

—Tengo que verla, Clint. Déjame entrar, déjame verla, y cada cual podrá seguir con lo suyo. La gente está hablando de ella. Necesito atajar las habladurías. Si no podríamos encontrarnos con un problema que ya no sea posible controlar.

Desde su asiento en la Garita, Clint observó a los dos hombres en el monitor

principal. La puerta de la Garita se hallaba abierta, cosa que nunca habría ocurrido en circunstancias normales, y el funcionario Tig Murphy estaba de pie en el umbral. Los funcionarios Quigley y Wettermore, justo detrás, escuchaban también. Scott Hughes, el otro único funcionario que les quedaba, estaba dando una cabezada en una celda vacía. Un par de horas después de disparar a Ree Dempster, Van Lampley se había marchado; Clint no había tenido valor de pedirle que se quedara. («Suerte, doctor», dijo al asomar la cabeza a la puerta de su despacho, vestida ya de paisano, con los ojos inyectados en sangre por el cansancio. Clint le había deseado lo mismo. Ella no le había dado las gracias.) De todos modos, incluso de seguir despierta, Clint dudaba que hubiese sido de gran utilidad.

Clint confiaba en poder mantener a Terry alejado al menos durante un tiempo. Lo que le preocupaba era el grandullón situado junto a Terry, que había entregado al jefe en funciones la petaca y lo asesoraba entre comunicación y comunicación. En cierto modo era como observar a un ventrílocuo con su muñeco parlante. Clint advirtió el modo en que el grandullón escrutaba a uno y otro lado en lugar de fijar la mirada en el altavoz del intercomunicador, como tendía a hacer la gente de manera instintiva. Era como si estuviese reconociendo el lugar.

Clint apretó el botón del intercomunicador y habló por el micrófono.

—Sinceramente, Terry, no es mi intención complicar las cosas. Esto me sienta fatal. No quiero ponerme pesado, pero te juro que tengo justo delante el reglamento de la directora. Está en letras mayúsculas al principio de «Ordenanzas relativas al aislamiento». —Golpeteó el panel de control electrónico, sobre el cual no descansaba libro alguno—. Yo no estoy preparado para esto, Terry, y el libro es lo único de lo que dispongo.

—Clint. —Oyó la exhalación de disgusto de Terry—. Pero qué demonios, tío. Pensaba que éramos amigos. ¿Voy a tener que echar abajo la verja? Esto es

ridículo. Lila se sentiría... muy decepcionada. Muy decepcionada. No podría dar crédito a una cosa así.

—Entiendo tu frustración, y sé que no puedo formarme ni una vaga idea del estrés al que has estado sometido estos últimos dos o tres días, pero eres consciente de que te enfoca una cámara, ¿no? Acabo de verte echar un trago de una petaca, y los dos sabemos que no era un refresco. Con el debido respeto, yo conocía a Lila... —Al referirse a su mujer en pasado, cosa que advirtió en cuanto las palabras salieron de sus labios, le dio un vuelco el corazón. Para concederse un momento, se aclaró la garganta—. Conozco a Lila un poco mejor que tú, y eso es lo que creo que la decepcionaría, que su ayudante de confianza beba estando de servicio. Ponte en mi lugar. ¿Tú dejarías entrar en la cárcel a alguien sin competencias, o sin la documentación adecuada, y que además ha estado bebiendo?

Observaron a Terry alzar las manos, alejarse del intercomunicador y pasearse en círculo. El otro individuo le rodeó los hombros con el brazo y le habló.

Tig movió la cabeza y se rio entre dientes.

—No debería haber venido a trabajar a la cárcel, doctor. Se habría hecho rico vendiendo mierda por teletienda. Acaba de descolocar a ese tipo. Va a necesitar terapia.

Clint se giró en la silla hacia los tres funcionarios allí de pie.

—¿Alguien conoce al otro? ¿Al grande?

Billy Wettermore sí lo conocía.

—Es Frank Geary, el agente de Control Animal. Mi sobrina lo ayuda con los perros callejeros. Me ha contado que es buen hombre, pero un tanto impetuoso.

—Impetuoso ¿en qué sentido?

—No le gusta nada la gente que no cuida de sus animales, o que los

maltrata. Corría el rumor de que le dio una paliza a un paleta que torturaba a un perro o un gato o algo así, pero yo no me atrevería a jurar que es verdad. La radio macuto del instituto nunca ha sido muy fiable.

Clint se disponía a pedir a Billy Wettermore que llamara a su sobrina cuando recordó que difícilmente seguiría despierta. La población de la cárcel había quedado reducida a un total de tres: Angel Fitzroy, Jeanette Sorley y Eve Black. La mujer a la que había fotografiado era una reclusa llamada Wanda Denker, de complexión similar a la de Evie. Denker llevaba dormida desde el viernes por la noche. En previsión, le habían puesto un uniforme con el número de identificación de Evie y la ficha de esta prendida de la casaca roja. Clint agradecía, no sin cierto asombro, que los cuatro funcionarios que quedaban se hubiesen prestado a participar en lo que se traía entre manos.

Había aducido que, como el hecho de que Evie se dormía y despertaba ya era de conocimiento público, inevitablemente alguien —seguramente la policía— iría a buscarla. No había intentado vender a Tig Murphy, Rand Quigley, Billy Wettermore y Scott Hughes la idea de que Evie era una especie de ser fantástico cuya seguridad, y por extensión la seguridad de todas las mujeres existentes, dependía de Clint. Confiaba mucho en su propia capacidad para llevar a una persona a ver las cosas desde una perspectiva distinta —se dedicaba a eso desde hacía casi dos décadas—, pero era una idea que ni él se atrevía a intentar defender. El enfoque que Clint había adoptado con los funcionarios que quedaban del Centro Penitenciario de Dooling era más sencillo: no podían entregar a Evie a la gente del pueblo. Además, no podían contarles la verdad, porque en cuanto supieran que Evie era distinta, su inquietud iría a más. Fueran cuales fuesen las circunstancias reales de Evie —fuera cual fuese la razón de su inmunidad—, debía ser estudiada por científicos serios del gobierno federal que sabían lo que se hacían. Poco importaba que la posibilidad de que las autoridades municipales tuvieran

previsto un plan comparable: someterla a un reconocimiento médico, interrogarla sobre su historial y llevar a cabo todas las pruebas que pudieran llevarse a cabo en una persona que en apariencia poseía una biología única. Eso en principio estaba bien.

Pero, como tal vez habría dicho Terry. *Pero*.

Evie era demasiado valiosa para ponerla en peligro, ese era el *pero*. Si entregaban a Evie a las personas equivocadas y las cosas se torcían, si alguien perdía el control y la mataba —quizá por mera frustración, quizá porque necesitaban un chivo expiatorio—, ¿de qué serviría ella a las madres, las esposas y las hijas de cualquiera?

Y había que descartar a Evie como objeto de un interrogatorio, explicó Clint a sus (muy) escasos hombres uniformados. No podía decir ni diría nada a nadie. No parecía tener la menor idea de qué tenía de especial su propia biología. Además, inmune o no, Eve Black era una psicópata que se había cargado a un par de cocineros de meta.

—Aun así, alguien podría... no sé, estudiar su cuerpo y su ADN y tal, ¿no? —había propuesto Rand Quigley, esperanzado—. ¿Aunque le volaran los sesos? —se apresuró a añadir—. Digo yo.

—Seguro que sí, Rand —contestó Clint—, pero ¿no cree que no es la solución óptima? Seguramente es mejor que conserve los sesos. Podrían ser útiles.

Rand le había dado la razón.

Entretanto, para respaldar ese argumento, Clint había llamado regularmente al Centro de Control y Prevención de Enfermedades. Como en Atlanta no contestaban —lo intentaron repetidamente y no se oía más que un anuncio grabado o la misma señal de línea ocupada que el jueves, cuando la crisis se inició—, comentaba la situación con una delegación del Centro que casualmente tenía su sede en el primer piso de una casa vacía de Tremaine

Street. Su número era el teléfono móvil de Lila, y Jared y Mary Pak eran los únicos científicos en plantilla.

—Aquí otra vez Norcross, del Centro Penitenciario de Dooling, en Virginia Occidental. —Así empezaba la representación teatral que Clint interpretaba una y otra vez, con pequeñas variaciones, en atención a los oídos de los funcionarios.

—Su hijo está dormido, señor Norcross —fue la respuesta de Mary al principio de su última llamada—. ¿Puedo matarlo, por favor?

—Negativo —dijo Clint—. Black sigue durmiéndose y despertando. Sigue siendo en extremo peligrosa. Seguimos necesitando que vengan a llevársela.

La señora Pak y la hermana menor de Mary se habían dormido las dos el sábado por la mañana, y su padre, fuera del pueblo, continuaba intentando regresar desde Boston. Para no quedarse sola en casa, Mary había metido en la cama a su madre y a su hermana, y había ido a reunirse con Jared. Con los dos adolescentes, Clint había sido sincero... casi todo el tiempo. Había omitido algunos detalles. Les había dicho que en la cárcel había una mujer que se dormía y se despertaba, y les había pedido que participaran en la farsa del Centro de Control, porque, explicó, le preocupaba que el personal se rindiera y se marchara si no daba la impresión de que hablaba con alguien y de que la ayuda era inminente. Lo que había omitido tenía que ver con Evie: sus conocimientos inverosímiles y el trato que le había propuesto.

—Estoy orinando pura bebida energética Monster, señor Norcross. Cuando muevo los brazos deprisa, aparecen en el aire, no sé, como estelas... *las veo*. ¿Tiene sentido? Ya, probablemente no, pero en cualquier caso pienso que quizá sea la historia de mi origen como superheroína, y Jared está en su saco de dormir perdiéndose la emoción. Como tarde mucho en despertarse, voy a tener que escupirle en la oreja.

Esa era la parte en que Clint exhibía un enojo creciente.

—Me parece de lo más fascinante, y ciertamente espero que tomen todas las medidas oportunas, pero necesitamos que vengan y se lleven a esa mujer y empiecen a trabajar en lo que sea que la hace distinta. *Capisce?* Avíseme en cuanto tengan un helicóptero en camino.

—Su mujer está bien —dijo Mary. De pronto su euforia se había venido abajo—. Bueno, sin cambios. Ya me entiende, igual. Descansando... hummm... descansando cómodamente.

—Gracias —contestó Clint.

La estructura lógica que había construido era tan precaria que se preguntaba hasta qué punto Billy, Rand, Tig y Scott se lo creían, y hasta qué punto aquello era solo fruto del anhelo de los funcionarios de tener algo a lo que dedicarse en medio de una emergencia tan amorfa como horrenda.

Y había en juego otra motivación, simple pero poderosa: el imperativo territorial. Desde el punto de vista del pequeño grupo de agentes de Clint, la cárcel era su espacio, y los vecinos del pueblo no tenían nada que hacer allí.

Estos factores les habían permitido, al menos durante unos días, seguir haciendo el trabajo al que estaban acostumbrados, aunque cada vez quedaban menos presas que requiriesen su atención. Los reconfortaba trabajar en un entorno conocido. Los cinco se turnaban para dormir en el sofá del cuarto de descanso de los funcionarios y para preparar las comidas en la cocina de la cárcel. Puede que también ayudara el hecho de que Billy, Rand y Scott fueran jóvenes y solteros, y Tig, el mayor del grupo por veinte años de diferencia, estuviera divorciado y no tuviera hijos. Incluso parecían haber cedido, después de refunfuñar un poco, ante la insistencia de Clint en que la seguridad de todos ellos dependía de que no se hicieran más llamadas personales. Consiguientemente, habían sido sus cómplices en la medida más ingrata que se había visto obligado a adoptar: con el pretexto de aplicar las «normas de seguridad para situaciones de emergencia», habían amputado con un abrelatas

los auriculares de los tres teléfonos de pago disponibles para el uso de las presas, privándolas así, en los que acaso fueran sus últimos días, de toda oportunidad de comunicarse con sus seres queridos.

Esta precaución había originado el estallido de un pequeño motín el viernes por la tarde, cuando media docena de presas irrumpieron en la zona de administración. No había sido nada del otro mundo como motín; las mujeres estaban agotadas y, excepto por una reclusa que blandía un calcetín lleno de pilas gastadas, iban desarmadas. Los cuatro funcionarios redujeron rápidamente a las insurrectas. Clint no se sentía bien al respecto, pero el ataque posiblemente había servido, a lo sumo, para reforzar la determinación de los funcionarios.

Clint no podía aventurarse a adivinar durante cuánto tiempo conservarían la determinación esos hombres. Solo esperaba que accedieran a quedarse allí hasta que él consiguiera bien convencer a Evie para que cooperara de una manera lógica, bien que el sol saliera el martes o el miércoles o el jueves o cuando fuera, y se diera por satisfecha.

Si lo que ella afirmaba era cierto. Si no lo era...

Entonces daba igual. Pero hasta que dejara de dar igual, no daba igual.

Clint se sentía extrañamente revigorizado. Habían ocurrido muchas desgracias, pero al menos estaba haciendo algo. A diferencia de Lila, que se había rendido.

Jared la había encontrado en el camino de acceso de la casa de la señora Ransom. Se había abandonado al sueño en su coche de forma voluntaria. Clint se dijo que no la culpaba. ¿Cómo iba a culparla? Era médico. Entendía los límites del cuerpo. Cuando uno no dormía lo suficiente, se fragmentaba, perdía el sentido de lo que era importante y de lo que no, incluso perdía el sentido de la realidad, se perdía a sí mismo. Lila se había venido abajo, así de simple.

Pero él no podía venirse abajo. Tenía que actuar correctamente como había

actuado con Lila antes de que Aurora se la llevara, manteniéndose firme y haciéndola entrar en razón. Había procurado resolver esa crisis, recuperar a su mujer, recuperarlas a todas. Intentarlo era lo único que le quedaba.

Quizá Evie fuera capaz de detener aquello. Quizá Evie fuera capaz de despertar a Lila. Quizá fuera capaz de despertarlas a todas. Tal vez Clint pudiera hacerla entrar en razón. Tal vez el mundo volviera a la normalidad. A pesar de todo lo que Clint sabía sobre la ciencia de la medicina —todo lo que indicaba que Evie Black no era más que una loca con delirios de grandeza—, eran muchas las cosas que habían ocurrido para desechar sin más sus afirmaciones. Loca o no, tenía poderes. Sus laceraciones se habían curado en menos de un día. Sabía cosas que era imposible que supiera. A diferencia de cualquier otra mujer del planeta, se dormía y despertaba.

El grandullón, Geary, introdujo los dedos a través de la alambrada de la verja y dio una sacudida para tantearla. A continuación, se cruzó de brazos y escrutó una cerradura electrónica del tamaño de un guante de boxeo.

Clint lo vio, advirtió que Terry se había retirado al arcén de la carretera, donde escarbaba en la tierra con la puntera del zapato y echaba un trago de la petaca, y llegó a la conclusión de que podían estar fraguándose graves problemas. Y quizá no tardaran en enfrentarse a ellos.

Pulsó el botón del intercomunicador.

—Eh, ahí fuera. ¿Todo aclarado, entonces? ¿Terry? ¿Y Frank? Usted se llama Frank, ¿no? Encantado de conocerlo. ¿Han recibido la foto?

En lugar de responder, el nuevo ayudante y el jefe en funciones regresaron al coche de policía, subieron y se marcharon. Frank Geary iba al volante.

A medio camino entre la cárcel y el pueblo, había un mirador junto a la carretera. Frank se detuvo allí y apagó el motor.

—¡Vaya vista! —comentó en voz baja y con tono de admiración—. Se diría que el mundo sigue igual que hace una semana.

Frank tenía razón, pensó Terry; era una vista magnífica. Se veía hasta el transbordador de Ball's Creek y más allá, pero no podía decirse que fuera momento de admirar el paisaje.

—Esto... ¿Frank? Creo que deberíamos...

—¿Hablar del asunto? —Frank movió la cabeza con un gesto categórico de asentimiento—. Eso mismo pensaba yo. Mi interpretación es muy sencilla. Norcross será psiquiatra y lo que tú quieras, pero debió de especializarse en chorradas. Se ha dedicado a lo que suele conocerse como marear la perdiz, y así seguirá hasta que nos neguemos a aceptarlo.

—Seguramente.

Terry pensaba en el comentario de Clint sobre beber estando de servicio. Quizá tuviera razón, y Terry habría admitido (aunque solo para sí) que en ese momento le faltaba poco para estar borracho. Pero sencillamente se sentía desbordado. El cargo de jefe no era lo suyo. En lo referente a fuerzas del orden, su lugar era ni más ni menos el de ayudante.

—Jefe Coombs, aquí lo que hace falta es pasar página. No solo por nosotros, sino por todo el mundo. Necesitamos acceder a la mujer de la foto que nos ha enviado; necesitamos cortar la tela que le cubre la cara y asegurarnos de que es la mujer de la foto de la ficha. Si es así, pasamos al plan B.

—¿Que es...?

Frank se llevó la mano al bolsillo, sacó un paquete de chicles y quitó el envoltorio de uno.

—Y yo qué coño sé.

—Cortar los capullos es peligroso —adujo Terry—. Ha muerto gente.

—Por lo que es una gran suerte que tengas en tu equipo a un especialista titulado en Control Animal. En mi trabajo, Terry, me las he visto con más de un perro malo, y una vez me llamaron para ocuparme de un oso muy encabronado que se había enredado en alambre de espino. Para tratar con la señorita Black, utilizaré el lazo para captura de perros más largo que tengo, el Tomahawk, con un mango de tres metros. Acero inoxidable. Cierre de resorte. Colocamos el lazo alrededor del cuello antes de cortar esa mierda que tiene en la cara. La sujetaré tan fuerte como haga falta cuando empiece a sacudirse y echar dentelladas. Puede que pierda el conocimiento, pero no morirá. Esa sustancia volverá a crecer, y entonces se dormirá otra vez. Nos basta con echar un vistazo. Solo eso. Un vistazo rápido.

—Si es ella, y resulta que todas las habladurías son falsas, la gente va a llevarse una gran decepción—dijo Terry—. Incluido yo.

—Y yo. —Frank pensaba en Nana, y en que aún le debía una disculpa por tirarle de su camiseta preferida—. Pero tenemos que saberlo. Te das cuenta de eso, ¿no?

Terry se daba cuenta.

—Sí —contestó.

—La cuestión es cómo conseguir que Norcross nos dé acceso. Podríamos reunir una partida, y es posible que tengamos que hacerlo, pero solo en último extremo, ¿no crees?

—Sí. —A Terry la idea de la partida le disgustaba casi hasta el punto de revolverle el estómago. En la situación actual, una partida bien podía degenerar en turbamulta.

—Podríamos utilizar a su mujer.

—¿Cómo? —Terry miró con asombro a Frank—. ¿A Lila? Pero ¿qué dices?

—Ofrecerle un intercambio —explicó Frank—. Tú nos das a Eve Black;

nosotros te damos a tu mujer.

—¿Por qué iba a prestarse a eso? —preguntó Terry—. Sabe que nunca le haríamos daño. —Como Frank no le contestó, Terry lo agarró por el hombro—. Nunca le haríamos daño, Frank. Nunca. Lo has entendido, ¿verdad?

Frank se zafó con una sacudida.

—Claro que sí. —Dirigió una sonrisa a Terry—. Hablo de marcarnos un farol. Pero a lo mejor él se lo cree. En Charleston están quemando capullos. Gilipolleces que difunden las redes sociales por efecto del pánico, ya lo sé. Pero mucha gente se lo cree. Y tal vez Norcross se crea que *nosotros* nos lo creemos. Además... tiene un hijo, ¿no?

—Sí. Jared. Un buen chico.

—Tal vez *él* se lo crea. Podríamos convencerlo para que llame a su padre y le pida que entregue a esa tal Black.

—¿Por qué? ¿Porque lo amenazamos con quemar a su madre como a un mosquito en una lámpara matainsectos? —Terry no daba crédito a las palabras que se oía decir a sí mismo. No era raro que bebiese estando de servicio. Menuda clase de conversaciones se veía obligado a mantener.

Frank mascó el chicle.

—No me gusta —declaró Terry—. Eso de amenazar con quemar a la jefa. No me gusta un pelo.

—A mí tampoco —convino Frank, y era verdad—. Pero a veces los momentos desesperados exigen medidas desesperadas.

—No —insistió Terry, y entonces no se sintió ebrio en absoluto—. Incluso si la encontrara una de las patrullas, eso es un no rotundo. Y que sepamos, sigue despierta. Tomó el portante y se largó por el pueblo.

—¿Dejó a su marido y su hijo? ¿Dejó su *trabajo*, con semejante caos? ¿Tú te lo crees?

—Más bien no —contestó Terry—. Tarde o temprano la encontrará alguna

patrulla, pero en cuanto a utilizarla así, la respuesta sigue siendo no. Los polis no amenazan, y los polis no toman rehenes.

Frank se encogió de hombros.

—Mensaje recibido. Era solo una idea. —Se volvió a mirar a través del parabrisas, arrancó el motor de la Unidad Cuatro y, echando marcha atrás, se incorporó a la carretera—. Supongo que alguien ha ido a ver si está en casa de los Norcross, ¿no?

—Reed Barrows y Vern Rangle, ayer. Han desaparecido los dos, Jared y ella. La casa está vacía.

—El chico también —dijo Frank con aire pensativo—. ¿Cuida de ella en algún sitio, quizá? Podría haber sido idea del psiquiatra. Tonto no es, eso lo reconozco.

Terry no contestó. Parte de él pensó que echar otro trago era mala idea, pero otra parte de él pensó que uno más no le haría daño. Se sacó la petaca del bolsillo, desenroscó el tapón y se la ofreció primero a Frank, por educación, puesto que era suya.

Frank sonrió y negó con la cabeza.

—Conduciendo no, amigo.

Al cabo de cinco minutos, cuando pasaban por delante del Olympia Diner (el letrero de la entrada ya no tentaba a los transeúntes con la promesa del pastel de huevo; entonces se leía REZAD POR NUESTRAS MUJERES), Frank recordó algo que el psiquiatra había dicho por el intercomunicador. «Desde el viernes por la mañana, cuando Hicks se marchó, soy el único funcionario administrativo que queda en esta cárcel.»

Cerró con fuerza las grandes manos en torno al volante y el coche patrulla dio un viraje brusco. Terry, que estaba adormilado, despertó de golpe.

—¿Qué pasa?

—Nada —dijo Frank.

Pensaba en Hicks. Se preguntaba qué sabía Hicks. Se preguntaba qué había visto Hicks. Pero de momento se guardaría esas preguntas para sí.

—Todo en orden, jefe. Todo en orden.

6

Lo que fastidiaba a Evie del videojuego eran las estrellas azules. En la pantalla llovían triángulos multicolores, estrellas y esferas en llamas. Necesitabas una serie de cuatro esferas en llamas para hacer estallar una titilante estrella azul. Otras figuras destellaban y desaparecían si las ensartabas, pero, por lo visto, las estrellas azules titilantes eran de un material casi indestructible que solo la fuerza incendiaria de las esferas en llamas podía hacer añicos. El nombre del juego era, por alguna razón que escapaba a la comprensión de Evie, *Boom Town*.

Estaba en el nivel 15, al borde de la extinción. Apareció una estrella rosa, luego un triángulo amarillo, y a continuación —¡joder, gracias, ya era hora!— una esfera en llamas, que Evie intentó desplazar a la izquierda para sumarla a una columna de tres esferas en llamas que ya había reunido, junto con una estrella azul que obstruía esa zona de la pantalla. Pero entonces apareció un triángulo verde de la muerte, y ahí se acabó todo.

¡LO SIENTO! ¡HAS MUERTO!, anunció un mensaje intermitente.

Evie soltó un gemido y lanzó el teléfono de Hicks a la otra punta de la cama. Quería tener aquel objeto endemoniado a la mayor distancia posible. Al cabo de un rato, naturalmente, la atraería de nuevo. Evie había visto dinosaurios; había contemplado los grandes bosques de América desde los ojos de una paloma mensajera. Había entrado en el sarcófago de Cleopatra arrastrada por una corriente de arena del desierto y había acariciado el rostro muerto de la

esplendorosa reina con las patas de un escarabajo. Un dramaturgo, un inglés sagaz, había escrito sobre Eva, aunque sus palabras no fueron del todo exactas. «La partera de las hadas. Su cuerpo es menudo cual piedra de ágata en el anillo de un regidor. Sobre la nariz de los durmientes, seres diminutos tiran de su carro...»

Como ser encantado, debería ser capaz de pasar del nivel 15 de *Boom Town*.

—¿Sabes, Jeanette? Dicen que el mundo natural es cruel y estúpido, pero esa maquinita... esa maquinita es en sí misma un excelente argumento de que la tecnología es mucho peor. La tecnología es, diría yo, el *verdadero Boom Town*.

7

Jeanette estaba cerca, deambulando por el corto pasillo del módulo A. Al parecer, se había convertido en la presa jefa de confianza. También era la única presa de confianza, pero Jeanette, durante las sesiones de orientación laboral para después de la vida en prisión, había prestado atención: cuando se preparaba un currículum, correspondía a una presentar sus logros de la mejor manera posible, y dejar que la persona responsable de la contratación decidiera qué era significativo y que no. El cargo era suyo.

Mientras los cuatro funcionarios restantes recorrían los módulos B y C y permanecían atentos al perímetro de la cárcel, el doctor Norcross le había pedido que, si no le importaba, vigilara a las otras dos reclusas siempre que él tuviera que salir.

—Cómo no —dijo Jeanette—. No tengo gran cosa que hacer. Por lo visto, el taller de carpintería se ha cancelado.

Estaba bien tener una tarea; así mantenía la mente ocupada.

Lentamente, avanzó unos pasos. Ante ella la ventana de triple cristal y rejilla de alambre de la pared oeste mostraba una mañana gris. La pista de atletismo estaba encharcada, y los campos parecían empantanados.

—Nunca me han gustado los videojuegos —dijo Jeanette. Le había costado formular la respuesta para Evie. Llevaba noventa y seis horas despierta.

—Una prueba más de tu excelente carácter, querida —dijo Evie.

Angel, en la celda contigua, intervino de pronto en la conversación.

—¿Excelente carácter? ¿Jeanette? Y una mierda. Mató a su puto marido, ¿lo sabías? Lo apuñaló. Ni siquiera usó un cuchillo, como una persona normal. Lo hizo con un destornillador, ¿no es así, Jeanette?

Angel la rapera había desaparecido; había vuelto Angel la paleta. Jeanette imaginó que estaba demasiado cansada para componer rimas. Mejor así. En general, Angel la paleta era menos molesta y más (Jeanette se esforzó en dar con la palabra)... más auténtica.

—Lo sé, Angel. Y le reconozco el mérito.

—Ojalá me hubiera dejado matarte —dijo Angel—. Creo que te habría atacado la yugular con los dientes. Eso creo. —Emitió un murmullo—. Seguro que sí.

—¿Te gustaría tener un turno con el teléfono, Angel? Jeanette, si te doy el teléfono por la ranura de la bandeja, ¿se lo pasarás a Angel? —Evie habló con tono conciliador.

Corría el rumor de que la hermosa mujer de la celda acolchada era una hechicera o un demonio. Habían brotado mariposas de su boca; Jeanette las había visto. Al margen de lo que Evie fuese, no parecía inmune a las provocaciones de Angel.

—Me juego lo que quieras a que podría hacerte tragar ese teléfono —dijo Angel.

—Me juego lo que quieras a que no —contestó Evie.

—Sí que podría.

Jeanette se detuvo ante la ventana, puso la mano en el cristal y se permitió apoyarse allí. No quería fantasear con la idea de dormir, ni podía permitírselo.

Sin duda existían cárceles incluso en sueños; en numerosas ocasiones Jeanette había esperado a que la dejaran salir de una celda en un sueño, tan aburrida como siempre que en su vida real esperaba a que la dejaran salir de su celda real. Pero dormir era también una playa, y cada noche las olas la limpiaban, se llevaban todas las pisadas y las fogatas y los castillos de arena y las latas de cerveza y la basura; esas olas depuradoras arrastraban casi todo vestigio a las profundidades. Dormir era también Bobby. Se había reunido con ella en un bosque que había crecido sobre las ruinas del viejo y malo mundo, y allí todo era mejor.

¿Aparecería Ree en sus sueños? Damian estaba allí. ¿Por qué no Ree? ¿O acaso cuando dormías envuelta en un capullo no soñabas?

Jeanette recordó que algunos días, al despertar, se sentía muy joven, fuerte y sana. «Apalazaría a tantos pumas como kilos peso», decía a veces a Bobby cuando era pequeño. No podía imaginar sentirse así en ese momento, ni nunca más.

Cuando Bobby era un recién nacido, le dio alguna mala noche. «¿Qué quieres?», le preguntaba. Él no hacía más que llorar y llorar. Jeanette imaginaba que en realidad no sabía lo que quería, pero esperaba que su madre sí lo supiera y lo resolviera. Esa era la parte dolorosa de la maternidad, no ser capaz de resolver lo que una no entendía.

Jeanette se preguntó si *podría* siquiera dormir. ¿Y si se le había roto el hueso del sueño? ¿El músculo del sueño? ¿El tendón del sueño? Se notaba los ojos extremadamente secos. Le daba la sensación de que tenía la lengua demasiado grande. ¿Por qué no se rendía?

Muy sencillo. Porque no quería.

Se había rendido con Damian y se había rendido con las drogas, y su vida se había desarrollado exactamente tal como todo el mundo había presagiado. Esa vez no pensaba rendirse. Eso no acabaría como los demás preveían que acabase.

Contó hasta sesenta, aunque se perdió al pasar de cuarenta, volvió al uno y la segunda vez logró llegar a cien. Y gol. ¡Pasemos al vídeo! ¿Cómo se llamaba aquel tío, el de «pasemos al vídeo»? El doctor Norcross se acordaría.

Jeanette estaba de cara a la pared este, donde la puerta metálica de la ducha daba a la cámara de despioje. Caminó hacia la puerta, derecha izquierda, derecha izquierda. Allí un hombre en cuclillas pellizcaba unos brotes en un papel de fumar. Detrás de Jeanette, Angel explicaba a Evie que la despellejaría, que le sacaría los ojos, que los freiría con puerros y se los comería, con sabor a puerro en cada puñetero bocado. Y a partir de ahí, más y más parloteo, tono y acento, ira-ira-ira, rural-rural-rural. En ese punto, a menos que Jeanette se concentrara de verdad, la conversación —prácticamente cualquier cosa que dijeran— era publicidad radiofónica a bajo volumen. Esperaba oír un número 800 de un momento a otro.

—¿Sabes, Angel? Creo que finalmente no voy a compartir mi videojuego *Boom Town* contigo —dijo Evie, y Jeanette fue derecha izquierda, derecha izquierda, fijándose en los avisos de distintos colores dispuestos en el tablón de anuncios junto al dispensador de loción Kwell; veía las palabras tan borrosas que no era capaz de leerlas, pero sabía que se trataba de listas de oficios religiosos, reuniones de Alcohólicos Anónimos, clases de manualidades y recordatorios de las normas. En un papel, una joven elfa danzaba sobre las palabras ¡HE RECIBIDO UN INFORME DE BUENA CONDUCTA! Jeanette se detuvo y lanzó una mirada al punto donde antes estaba el hombre en cuclillas. No había nadie.

—¿Hola? ¡Eh! ¿Dónde te has metido?

—¿Jeanette? ¿Estás bien?

—Ajá. —Jeanette echó un vistazo hacia la puerta de la celda de Evie.

La extraña mujer se hallaba de pie tras los barrotes. Tenía una expresión melancólica, como si dijera «bueno, claro», una de esas expresiones que adoptabas cuando concebías una esperanza a sabiendas de que no era muy realista y, por supuesto, la vida hacía lo que hacía con las esperanzas poco realistas. Era la cara que los bebés ponían justo después de que un gato los arañara y antes de echarse a llorar.

—Es solo que me ha parecido... ver a alguien.

—Estás empezando a tener alucinaciones. Es lo que pasa cuando no duermes. Deberías acostarte, Jeanette. Cuando vengan los hombres, estarás más segura dormida.

Jeanette negó con la cabeza.

—No quiero morir.

—No morirás. Dormirás, y después despertarás en otro lugar. —El rostro de Evie se iluminó—. Y serás libre.

En lo que a Evie se refería, Jeanette era incapaz de pensar con claridad. Parecía loca, pero no como las locas a las que había conocido en el Centro Penitenciario de Dooling. Algunos pirados estaban al borde del estallido, tanto que casi oías el tic-tac. Angel era así. Evie parecía distinta, y no solo por las mariposas nocturnas; Evie parecía inspirada.

—¿Qué sabes tú de la libertad?

—Lo sé todo de la libertad —contestó Evie—. ¿Te pongo un ejemplo?

—Si quieres. —Jeanette se arriesgó a echar otra ojeada al lugar donde había visto al hombre en cuclillas. Allí no había nadie. Nadie.

—En la oscuridad de la tierra, muy por debajo de los escombros de las montañas que los mineros del carbón han aplanado, encuentras criaturas,

criaturas sin ojos, que son más libres de lo que tú has sido jamás. Porque viven como quieren vivir, Jeanette. Están satisfechas en su oscuridad. Son lo que quieren ser. —Evie repitió esa última frase con énfasis—. *Son lo que quieren ser.*

Jeanette se imaginó a sí misma en una oscuridad cálida muy por debajo de la superficie terrestre. Alrededor los minerales resplandecían en forma de constelaciones. Se sentía pequeña y segura.

Algo le rozó la mejilla. Abrió los ojos, se apartó una hebra que había empezado a brotar de su piel. Se tambaleó. Ni siquiera se había dado cuenta de que había cerrado los ojos. Delante de ella, a menos de medio pasillo, se hallaba la pared: el tablón de anuncios, la puerta de la ducha, el dispensador de loción Kwell, bloques de cemento. Jeanette dio un paso, luego otro.

Ahí estaba el hombre. Había vuelto, y estaba fumándose el porro que se había liado. Jeanette no pensaba mirarlo. No iba a ceder. Iba a tocar la pared y luego iba a darse media vuelta y recorrer la distancia hasta la otra pared, y no cedería. Jeanette Sorley no estaba dispuesta a dejarse amortajar aún.

Puedo aguantar un rato, pensó. Puedo aguantar. Ya veréis.

Se habían llevado todos los coches patrulla, así que Don Peters y el chico que le habían asignado como compañero recorrían la cuadrícula de calles residenciales justo al sur del instituto en la Dodge Ram de Don. No tenía emblema oficial, lo cual era decepcionante (Don se proponía solucionarlo más tarde, quizá con unas letras adhesivas de la ferretería), pero había puesto una luz estroboscópica a pilas en el salpicadero, que giraba muy despacio, y vestía el uniforme de funcionario de prisiones. El chico no llevaba uniforme,

naturalmente, sino una simple camisa azul con la placa prendida, pero la Glock al cinto aportaba toda la autoridad extra que necesitaba.

Eric Blass tenía solo diecisiete años, en rigor cuatro menos de los que se requerían para ingresar en las fuerzas del orden. Aun así, Don consideraba que tenía lo que había que tener. Había pertenecido al rango Vida de los *boy scouts* y había obtenido una medalla al mérito en tiro al blanco antes de abandonar la asociación el año anterior. («Demasiadas nenazas», había dicho Blass, a lo que Don contestó: «Te entiendo, muchacho».) Además, el chico era divertido. Había inventado un juego para pasar las horas más fácilmente. Nenas Zombis, se llamaba. A Don le correspondía el lado izquierdo de la calle, porque iba al volante; a Eric, el derecho. Conseguían cinco puntos por las viejas, diez por las de mediana edad, quince por las jóvenes (de esas ya no quedaban casi el sábado, y para entonces, ninguna en absoluto), y veinte por las sexis. De momento Blass llevaba ventaja, ochenta a cincuenta y cinco, solo que cuando doblaron por St. George Street, eso estaba a punto de cambiar.

—Sexy a la izquierda, a las dos en punto —dijo Don—. Eso me pone en setenta y cinco. Ya te alcanzo, muchacho.

El chico, en el asiento del copiloto, se inclinó al frente para examinar a la mujer tirando a joven que, tambaleándose, avanzaba por la acera con un pantalón corto de licra y un sujetador de deporte. Tenía la cabeza gacha, y su cabello sudoroso oscilaba en mechones apelmazados. Quizá intentaba correr, pero lo más que conseguía era un patético trote en zigzag.

—Le cuelgan las tetas y el culo —dijo Eric—. Si a eso lo llamas sexy, te compadezco.

—Eh, caray, para el carro, quieres que me sienta culpable. —Don soltó una carcajada—. Bien, como no le vemos la cara, ¿qué tal si lo dejamos en quince?

—Por mí vale —convino Eric—. Dale un bocinazo.

Cuando pasaron lentamente junto a la mujer bamboleante, Don tocó el claxon. Ella alzó la cabeza con un respingo (de cara no estaba mal, de hecho, salvo por las enormes ojeras y los ojos hundidos) y tropezó. El pie izquierdo se le enredó en el tobillo derecho y cayó de bruces en la acera.

—¡Ha *caído*! —exclamó Eric—. ¡La nena ha *caído*! —Alargó el cuello para mirar por encima del hombro—. ¡Un momento, se levanta! ¡Ni siquiera espera la cuenta hasta ocho! —Juntando los labios, empezó a silbar el tema de *Rocky*.

Don echó un vistazo por el retrovisor y vio que la mujer conseguía a duras penas ponerse de pie. Tenías las rodillas raspadas e hilillos de sangre le resbalaban por las espinillas. Pensó que quizá les haría un corte de mangas — así había reaccionado la adolescente a la que le tocaron el claxon poco después del comienzo de su turno—, pero la nena zombi se limitó a seguir tambaleante hacia el centro del pueblo sin volver la cabeza siquiera.

—¿Has visto qué cara ha puesto? —preguntó.

—No tenía precio —dijo Eric, y levantó la palma de la mano.

Chocaron los cinco.

Disponían de una lista de calles por las que patrullar, metida en una libreta donde anotaban las direcciones de las casas en las que había durmientes, además de los nombres y algún tipo de identificación. Si las casas estaban cerradas con llave, se les permitía forzar la entrada, lo cual al principio fue divertido. Don también se lo pasó bien lavándose las manos con distintas clases de jabón en distintas clases de cuarto de baño, y la variedad de estilos y colores de bragas en los cajones de ropa interior de las mujeres de Dooling eran un asunto que llevaba tiempo deseando estudiar. Pero las emociones simples se agotaban enseguida. Aquello no era verdadera acción. Sin un culo que las llenara, las bragas no tardaron en perder interés. En resumidas cuentas, el muchacho y él eran poco más que encuestadores del censo.

—Esto *es* Ellendale Street, ¿no? —preguntó Don al tiempo que acercaba la Ram al bordillo.

—Exacto, comandante. Las tres manzanas.

—Bien, demos un paseo, compañero. Veamos dónde están las zorras empaquetadas y anotemos los nombres.

Pero antes de que Don pudiese abrir su puerta, Eric lo agarró del brazo. El novato tenía fija la mirada en el descampado situado entre Ellendale y el instituto.

—Jefe, ¿quieres divertirme un poco?

—Para la diversión siempre estoy a punto —contestó Don—. Eso es lo mío. ¿Qué te ronda la cabeza?

—¿Has quemado ya alguno?

—¿Algún capullo? No.

Pero Don sí había visto imágenes en el móvil de un par de individuos con máscaras de hockey prendiendo fuego a uno. Los noticiarios llamaban a esos tipos Brigadas del Soplete. En el vídeo, el capullo había ardidido como si hubiesen echado gasolina a una hoguera. *¡Zum!*

—¿Y tú?

—No —respondió Eric—, pero he oído que arden como una mala cosa.

—¿En qué estás pensando?

—Ahí cerca vive una sintecho. —Eric señaló con el dedo—. Si es que a eso se lo puede llamar vivir, claro. No sirve de nada a nadie, ni a sí misma. Podríamos lanzarle una cerilla. Para ver qué pasa, ¿sabes? Tampoco va a echarla en falta nadie. —De pronto Eric pareció un poco nervioso—. Aunque, claro, si tú no quieres...

—No sé si quiero o no —respondió Don. Era mentira. Sí quería, claro que sí. Solo de pensarlo se había puesto un poco cachondo—. Vamos a echarle un vistazo, y luego lo decidiremos. Ya nos ocuparemos después de Ellendale.

Salieron de la furgoneta y se encaminaron hacia la media hectárea de terreno donde se hallaba la guarida de la Vieja Essie. Don tenía un Zippo. Se lo sacó del bolsillo y empezó a abrirlo y cerrarlo.

2

1

Las mujeres comenzaron a llamarlo sencillamente «el sitio nuevo», porque en realidad ya no era Dooling, o al menos no el Dooling que habían conocido. Más adelante, cuando empezaron a darse cuenta de que aquello iba para largo, se convirtió en «Nuestro Sitio».

El nombre cuajó.

2

La carne sabía claramente al líquido inflamable con el que habían tenido que prender el carbón viejo del sótano de la señora Ransom, pero se comieron toda la pata que Lila había separado del cuerpo del lince, el que había abatido con el revólver reglamentario y había sacado de la piscina fétida.

—Somos cachorros enfermos —dijo Molly la primera noche mientras se lamía la grasa de los dedos y se servía otro trozo. Ser un cachorro enfermo, por lo visto, no le sentaba demasiado mal.

—En eso te doy la razón, cariño —coincidió su abuela—, pero no me dirás que esto no es una comida bastante aceptable. Deme otro trozo, señora jefa de policía.

Todas se habían refugiado en lo que quedaba de la casa de la señora Ransom, sin probar el contenido de ninguna de las latas polvorientas de la despensa porque Lila temía que pudieran contraer el botulismo. A lo largo de

las dos semanas siguientes, subsistieron en esencia a base de bayas recolectadas de los arbustos de su antiguo barrio en las afueras y de pequeñas mazorcas de maíz silvestre, correosas y casi insípidas, pero al menos comestibles. En mayo aún era pronto para las bayas y el maíz, pero no disponían de otra cosa.

De ahí Lila extrajo una conclusión, al principio inconsistente pero cada vez más sólida: en la versión de Dooling en la que se encontraban, el tiempo no avanzaba al mismo ritmo que en el Dooling en el que vivían antes. El tiempo parecía idéntico, pero no lo era. La señora Ransom confirmó que había pasado sola varios días antes de que Molly apareciera. Las horas del sitio antiguo (¿antes?) equivalían a días en el nuevo (¿en la actualidad?). Quizá más que días.

Esta preocupación por la diferencia en el transcurso del tiempo solía asaltar a Lila en los minutos de relajación previos al sueño. Muchos de los lugares donde dormían estaban al raso —los árboles caídos habían abierto agujeros en algunos tejados, el viento había arrancado otros totalmente—, y Lila, parpadeando, contemplaba las estrellas mientras se adormecía. Las estrellas eran las mismas, pero emitían un resplandor asombroso. Eran chispas de soldador al rojo incandescente. ¿De verdad era real ese mundo sin hombres? ¿Era aquello el Cielo? ¿O el purgatorio? ¿O un universo alternativo con un paso del tiempo alternativo?

Fueron llegando más mujeres y niñas. La población empezó a crecer como una bola de nieve, y aunque Lila no deseaba el cargo, se encontró al frente de todas ellas. Por defecto, al parecer.

Dorothy Harper, del Comité Curricular, y sus amigas, tres alegres mujeres de pelo cano que superaban los setenta años y se presentaron como compañeras de un club de lectura, salieron de entre la maleza que había crecido en torno a un bloque de apartamentos. Hicieron grandes alharacas en

torno a Molly, quien disfrutó con tanta atención. Janice Coates llegó parsimoniosamente por Main Street con una hoja de árbol prendida en lo que le quedaba de permanente, y la acompañaban tres mujeres con casacas rojas. Janice y las tres exreclusas —Kitty McDavid, Celia Frode y Nell Seeger— habían tenido que abrirse camino a través de la espesura para salir del Centro Penitenciario de Dooling.

—Buenas tardes, señoras —saludó Janice después de abrazar primero a Blanche McIntye y luego a Lila—. Perdonen nuestro aspecto. Acabamos de fugarnos de la cárcel. A ver, ¿quién de ustedes se pinchó el dedo en una rueca y armó este lío?

Algunas de las antiguas viviendas eran habitables y rescatables. Otras las había invadido por completo la maleza o estaban derruidas, o ambas cosas. En Main Street contemplaron boquiabiertas el instituto, que había sido un edificio anticuado incluso para el viejo Dooling. En ese nuevo Dooling se hallaba partido en dos literalmente, las mitades de la estructura apoyadas en lados opuestos, y el aire circulaba entre los bordes desiguales de ladrillo. Los pájaros se posaban en ambos precipicios, donde descollaba el linóleo de las aulas sobre el vacío. La casa consistorial, que incluía las oficinas municipales y el departamento de Policía, estaba medio desmoronada. En Malloy se había abierto un socavón. En el fondo había un coche, sumergido hasta el parabrisas en agua de color café.

Una tal Kayleigh Rawlings se unió a la colonia y ofreció voluntariamente su experiencia como electricista. A la exdirectora de la cárcel no la sorprendió, ya que sabía que Kayleigh había hecho algún curso de formación profesional para aprender sobre cables y voltios. El hecho de que Kayleigh y su oficio hubiesen salido del interior del Centro Penitenciario no representó el menor problema. Esa mujer no había cometido ningún delito en el sitio nuevo, bajo esas estrellas tan intensas.

Kayleigh consiguió resucitar un generador de energía solar acoplado a lo que en otro tiempo fuera la casa de un médico rico, y guisaron conejo en su cocina eléctrica y escucharon discos antiguos en su vieja gramola.

Por las noches charlaban. Muchas de las mujeres, como Lila en el coche patrulla estacionado delante de la casa de la señora Ransom, despertaron allí donde se habían dormido. En cambio, unas cuantas recordaban hallarse en medio de la oscuridad, oyendo solo el viento, el canto de los pájaros y, quizá, voces lejanas. Cuando salió el sol, esas mujeres se encaminaron hacia el oeste por el bosque y salieron a Ball's Hill Road o West Lavin. A ojos de Lila, la impresión que tenían en esos primeros momentos era la de un mundo en proceso de creación, como si el entorno de su existencia fuese un acto de imaginación colectiva. Eso, pensaba, era tan probable como cualquier otra cosa.

3

Los días y las noches se sucedieron. Nadie sabía con certeza cuántos días transcurrieron desde el primero, pero sin duda fueron semanas, y luego meses.

Se organizó un grupo de caza y recolección. Abundaban tanto los animales —ciervos y conejos, sobre todo— como la fruta y las hortalizas silvestres. Nunca corrieron el menor riesgo de inanición. Había un grupo de horticultura, uno de construcción, uno de sanidad y uno de educación para enseñar a la población infantil. Cada mañana una niña distinta se situaba frente a la pequeña escuela y hacía sonar un cencerro. El sonido se oía a kilómetros de distancia. Daban clase las mujeres, y también algunas chicas mayores.

No las afectaba ningún virus, aunque debían tratar muchos casos de urticaria y más aún de cortes y magulladuras, incluso fracturas de huesos debido a los

peligros inherentes a la vida en edificios abandonados hacía mucho tiempo: bordes afilados, hierros retorcidos y trampas ocultas. Si ese mundo era fruto de la imaginación, pensaba Lila a veces, poco antes de sucumbir al sueño, era una imaginación muy poderosa, habida cuenta de que allí la gente podía sangrar.

En el sótano del instituto, donde el moho se había cebado en las actas del consejo escolar archivadas durante décadas, Lila desenterró un ciclostil que probablemente no se había utilizado desde mediados de los años sesenta. Estaba bien guardado en una caja de plástico. Algunas de las antiguas reclusas resultaron ser personas de una habilidad notable. Ayudaron a Molly Ransom a elaborar tinta a partir de grosellas, y la niña fundó un periódico de una sola hoja llamado *Los Hechos de Dooling*. El primer titular fue ¡LA ESCUELA REABRE SUS PUERTAS!, y en el texto se reproducía una declaración de Lila Norcross: «Nos gusta ver que las niñas vuelven a su rutina». Molly preguntó a Lila cuál era su cargo, si jefa de policía de Dooling o sheriff a secas. Lila contestó que la presentara simplemente como «una vecina del pueblo».

Y por otro lado estaban las Reuniones. Inicialmente se celebraban una vez por semana, después dos, y duraban una o dos horas. Si bien se convirtieron en algo de extrema importancia para la salud y el bienestar de las mujeres que vivían en Nuestro Sitio, surgieron casi por azar. Las primeras en asistir fueron las mujeres que en el mundo antiguo se habían hecho llamar Club de Lectura del Primer Jueves. En ese mundo nuevo se reunían en el supermercado Shopwell, que se había conservado bastante bien. Y tenían temas de conversación más que suficientes sin la necesidad de partir de un libro para empezar a hablar. Blanche, Dorothy, Margaret y la hermana de esta, Gail, se sentaban en sillas plegables en la parte delantera del local y comenzaban a charlar sobre todo aquello que echaban de menos. Eso incluía el café y el zumo de naranja recién hechos, el aire acondicionado, la televisión, la

recogida de basuras, internet y la posibilidad de descolgar un auricular y llamar a un amigo sin más. Sin embargo —en eso hubo consenso—, echaban de menos sobre todo a los hombres. Empezaron a sumarse mujeres más jóvenes, y fueron bien recibidas. Hablaban sobre los vacíos en sus vidas, los espacios de ausencia que antes ocupaban sus hijos, sobrinos, padres, abuelos... y maridos.

—Os diré una cosa, chicas —dijo Rita Coombs en una Reunión a finales del primer verano; para entonces, asistían casi cincuenta mujeres—. Puede que a algunas os parezca un exceso de franqueza, pero me da igual. Yo echo de menos el buen polvo de la noche de los viernes. Al principio de la relación, Terry apretaba el gatillo demasiado rápido, pero cuando le enseñé, empezó a hacerlo mejor. Había noches que yo conseguía dos pequeños y uno grande antes de que él disparara. ¿Y después? ¡Me dormía como un bebé!

—¿No te sirven los dedos? —preguntó alguien, lo que provocó risas generalizadas.

—¡Pues claro! —replicó Rita. También ella se reía, con las mejillas como manzanas rojas—. ¡Pero *no* es lo mismo, querida!

Esto fue acogido con una sincera salva de aplausos, aunque unas cuantas mujeres —entre ellas Candy, la retraída esposa de Fritz Meshaum— se abstuvieron.

Las dos preguntas más importantes se plantearon, naturalmente, de cientos de maneras distintas. En primer lugar, ¿cómo habían acabado allí, en Nuestro Sitio? ¿Y por qué?

¿Había sido magia? ¿Un experimento científico fallido? ¿La voluntad de Dios?

¿Era la continuación de su existencia una recompensa o un castigo?

¿Por qué ellas?

Kitty McDavid era una de las que intervenían con frecuencia cuando la

conversación tomaba esos derroteros; su recuerdo de la pesadilla que había tenido la víspera de Aurora —de la figura oscura en la que por alguna razón había reconocido a una reina, y las telarañas que se desprendían del cabello de esa reina— permanecía vívido y aún la obsesionaba.

—No sé qué hacer, si rezar para pedir perdón o qué —dijo.

—Bah, a la mierda —aconsejó Janice Coates—. Puedes hacer lo que te dé la gana, porque el Papa no está aquí para imponer reglas, pero yo voy a seguir haciendo las cosas lo mejor que pueda. Sinceramente, aparte de eso, ¿qué podemos hacer, si no, con la certeza absoluta de que nuestros actos van a servir para mejorar la situación? —Eso también fue del agrado de las presentes.

Con todo, la pregunta —¿qué coño había pasado?— se repetía una y otra vez. Sin respuesta satisfactoria duradera.

En una Reunión (tuvo lugar como mínimo medio año después de lo que Janice Coates se complacía en llamar el Gran Desplazamiento), se incorporó una nueva asistente, que se acomodó en un saco de veinte kilos de fertilizante al fondo del local. Mantuvo la cabeza gacha durante la animada conversación sobre la vida tal como se vivía, y sobre la noticia de un prodigioso hallazgo en la oficina de UPS del pueblo: nueve cajas de Lunapads, compresas reutilizables.

—¡Ya no tendré que cortar camisetas para colocar los pedazos en la bragas esos días del mes! —exclamó exultante Nell Seeger—. ¡Aleluya!

Hacia el final de la Reunión, la conversación, como de costumbre, volvió a centrarse en todo aquello que echaban de menos. Esa parte casi siempre acababa en llanto por los niños y los hombres, pero las mujeres, en su mayoría, afirmaban que se sentían como si al menos temporalmente se hubieran quitado un peso de encima. Se sentían más ligeras.

—¿Hemos terminado, señoras? —preguntó Blanche ese día en particular—.

¿Alguien tiene un ardiente deseo que compartir antes de que volvamos al trabajo?

Se alzó una mano pequeña, con los dedos manchados de tiza de distintos colores.

—Sí, cielo —dijo Blanche—. Eres nueva, ¿no? ¡Y muy bajita! ¿Te importaría levantarte?

—Bienvenida —saludaron las presentes al unísono.

Nana Geary se puso en pie. Se limpió las manos en la pechera de la camiseta, ya muy gastada y con las mangas raídas... pero todavía su preferida.

—Mi madre no sabe que he venido —confesó—, así que espero que no se lo diga nadie.

—Cariño —intervino Dorothy Harper—, esto es como Las Vegas. Lo que pasa en la Hora de las Mujeres se queda en la Hora de las Mujeres.

Eso suscitó un murmullo de risas, pero la niña de la camiseta rosa desvaída ni siquiera sonrió.

—Echo de menos a mi papá. Entré en la farmacia Pearson y encontré un frasco de su loción para después del afeitado... Drakkar Noir, se llama... y la olí y me eché a llorar.

El espacio delantero del supermercado quedó sumido en un silencio sepulcral, salvo por algún que otro sorbetón. Más tarde se sabría que Nana no había sido la única que había visitado los estantes de lociones de la farmacia Pearson.

—Y nada más, me parece —concluyó Nana—. Solo... lo echo de menos y me gustaría volver a verlo.

La aplaudieron.

Nana se sentó y se cubrió la cara con las manos.

Nuestro Sitio no era ninguna utopía. Había lágrimas, no pocas discusiones, y durante el primer verano se produjo un asesinato con suicidio que las dejó consternadas a todas, más que nada por lo absurdo del caso. Maura Dunbarton, otra refugiada del Centro Penitenciario de Dooling en el mundo anterior, estranguló a Kayleigh Rawlings y luego se quitó la vida. Fue Coates quien acudió en busca de Lila para que lo viese.

Maura colgaba de un lazo atado al travesaño herrumbroso del balancín de un jardín trasero. Kayleigh había sido hallada en la habitación que ambas compartían, muerta en su saco de dormir, con el rostro gris y los ojos abiertos, dejando a la vista una filigrana de hemorragias en la esclerótica. Había sido estrangulada y después apuñalada al menos una docena de veces. Maura había dejado una nota, escrita a lápiz en un trozo de sobre.

Este mundo es distinto, pero yo soy la misma. Estaréis mejor sin mí. He matado a Kayleigh sin razón alguna. No me ha ofendido ni me ha provocado. Aún la quería, como en la cárcel. Sé que era útil para vosotras. No he podido contenerme. Me han entrado ganas de matarla, y eso he hecho. Luego me he arrepentido.

MAURA

—¿Qué piensas? —preguntó a Lila.

—Pienso que es un misterio, como todo lo demás aquí. Pienso que es una puñetera lástima que esa bruja loca, cuando le entraron ganas de matar a alguien, eligiera a la única de Nuestro Sitio capaz de cablear una instalación eléctrica y hacerla funcionar. Ahora sujétale las piernas mientras trepo ahí y corto la sogá.

Coates se acercó y, sin ceremonias, rodeó con los brazos las piernas cortas de Maura Dunbarton. Miró a Lila.

—Adelante, pues, no me hagas esperar. Huele como si se hubiera cagado en los pantalones. Qué glamour tiene el suicidio.

Enterraron a las dos, la asesina y la desdichada víctima, junto a la alambrada medio caída que rodeaba la cárcel. Para entonces volvía a ser verano, luminoso y tórrido, y las niguas brincaban de acá para allá en la hierba. Coates pronunció unas palabras sobre la aportación de Kayleigh a la comunidad y el desconcertante homicidio de Maura. Un coro de niñas entonó «Gracia Prodigiosa». Al oír sus vocecillas infantiles, Lila sollozó.

Había rescatado unas cuantas fotografías de Jared y Clint de su casa, y a veces asistía a las Reuniones, pero con el paso del tiempo su hijo y su marido empezaron a parecerle menos reales. Esa noche, en su tienda —Lila prefería acampar mientras el tiempo lo permitiese— dio cuerda a su linterna de dinamo y observó sus rostros bajo el haz de luz. ¿En quién se convertiría Jared? En los contornos de su cara se percibía aún esa peculiar indefinición, incluso en las imágenes más recientes. Le dolía no saberlo.

Examinó la imagen de su marido, su sonrisa irónica y su pelo tirando a canoso, y lo echó de menos, aunque no tanto como a Jere. Sus sospechas acerca de Clint durante aquel horrendo último día y la posterior noche la abochornaban; se avergonzaba de sus propias mentiras y sus temores infundados. Pero Lila también advertía que, al ver a su marido a través de la lente de la memoria, tenía un concepto distinto de él. Pensó en el sumo cuidado con el que él había encubierto su pasado, la forma en que utilizaba su autoridad como médico para reafirmar esa ocultación y alejarla a ella. ¿Acaso Clint pensaba que solo él era capaz de manejar un dolor como ese? ¿Que era excesivo para que lo asimilaran la pequeña mente y el espíritu endeble de Lila? ¿O era una especie de egotismo disfrazado de fortaleza? Sabía que a los

hombres se les enseñaba (principalmente se lo enseñaban otros hombres, por supuesto) a guardarse el dolor para sí, pero también sabía que en principio el matrimonio revertía parte de esas enseñanzas. Con Clint no había sido así.

Y estaba el asunto de la piscina. Eso aún la enfurecía. Así como el modo en que Clint había abandonado su trabajo sin previo aviso hacía ya muchos años. Y un millón de pequeñas decisiones entre una cosa y otra, que él había tomado y con las que ella había tenido que convivir. Todo eso la llevaba a sentirse como una esposa sumisa, pese a que su marido se hallaba en otro mundo.

Los búhos ululaban en la oscuridad y los perros, asilvestrados después de Dios sabía cuántas generaciones caninas, aullaban. Lila cerró la cremallera de la tienda. El resplandor azul de la luna traspasó la tela amarilla. Recordar todo ese culebrón doméstico la deprimió, el papel de ella y el papel de él, de acá para allá, el portazo de él, el portazo de ella. El histrionismo que ella siempre había visto con desdén en los matrimonios de otras personas. Condescendencia, tu nombre es Lila, pensó, y tuvo que reírse.

Los setos que tiempo atrás cercaban la cárcel habían crecido hasta convertirse en barricadas densas. Lila atravesó la brecha que Coates y las otras mujeres que habían despertado allí habían abierto en el follaje. A la cárcel propiamente dicha se accedía por una abertura en la fachada sur. Algo —Lila suponía que los fogones de gas industriales de la cocina— había estallado, derribando el hormigón con la misma facilidad con que un niño apagaría las velas en su cumpleaños. Cuando entró, esperaba en cierto modo aparecer en otro lugar —una playa blanca, una avenida adoquinada, la cumbre rocosa de una montaña, Oz—, pero una vez dentro vio que era solo un módulo de

antiguas celdas. Los muros se hallaban medio derruidos, algunas puertas con barrotes se habían desprendido de los goznes. Pensó que la detonación debía de haber sido descomunal. Crecían hierbajos en el suelo, y el techo estaba cubierto de moho.

Recorrió el módulo ruinoso y salió al pasillo central de la cárcel, lo que Clint llamaba Broadway. Allí las cosas tenían mejor aspecto. Lila siguió la línea roja pintada en el centro del pasillo. Las sucesivas verjas y barreras se encontraban abiertas; las ventanas reforzadas con malla que daban a las dependencias interiores de la cárcel —comedor, biblioteca, la Garita— estaban oscurecidas. Allí donde Broadway llegaba a las puertas delanteras, se observaban también señales de una explosión: bloques de hormigón reventados, esquirlas de cristal polvorientas, la puerta de acero entre el vestíbulo de entrada y el resto de la cárcel combada hacia dentro. Lila bordeó los cascotes.

Más allá, pero todavía en Broadway, pasó por delante de la puerta abierta del salón de descanso del personal. Dentro brotaban hongos en la moqueta. El aire apestaba a vida vegetal en efervescencia.

Al final llegó al despacho de Clint. La ventana de la esquina estaba destrozada y unos exuberantes arbustos de flores blancas penetraban por ella. Una rata oronda revolvía en el relleno de un cojín de sofá rajado. Miró pasmada a Lila un momento y se escabulló como una flecha en busca de un lugar seguro a través de una pila de yeso desprendido.

Detrás del escritorio de su marido, colgaba la reproducción de Hockney, torcida, con los ángulos a las once y a las cinco. La enderezó. El cuadro mostraba un sobrio edificio de color rojizo con hileras de ventanas provistas de cortinas idénticas. En la planta baja, tenía dos puertas. Una era azul, la otra roja: ejemplos de los famosos colores de Hockney, intensos como los sentimientos que despertaban los buenos recuerdos, aun cuando los recuerdos

en sí se hubiesen desdibujado... y las posibilidades interpretativas habían atraído a Lila. Se lo había regalado a Clint hacía muchos años, pensando que podía señalarlo y decir a sus pacientes: «¿Ve? No tiene usted ninguna opción cerrada. Hay puertas a una vida más sana y feliz».

La ironía era tan evidente como la propia metáfora. Clint estaba en otro mundo. Jared estaba en otro mundo. Que ella supiera, uno de ellos o los dos podían haber muerto. La reproducción de Hockney pertenecía a las ratas, al moho y a los hierbajos de ese mundo. Era un mundo roto, vaciado y olvidado, pero era el único que tenían. Era, Dios se apiade de nosotras, Nuestro Sitio. Lila abandonó el despacho y desanduvo el camino a través del mundo muerto de la cárcel, hasta la brecha en el follaje. Quería salir.

6

En el transcurso de esos meses, siguieron apareciendo más mujeres procedentes de lo que en otro tiempo James Brown había llamado «un mundo de hombres, hombres, hombres». Informaron de que en Dooling, cuando se habían quedado dormidas, la crisis de Aurora aún era reciente; allí solo habían pasado dos o tres días. La violencia, la confusión y la desesperación de las que hablaban parecían irreales a quienes habían llegado antes al nuevo lugar. Más aún: parecían casi intrascendentes. Las mujeres de ese mundo tenían sus propios problemas y preocupaciones. Uno de ellos era la meteorología. El verano declinaba. Después del otoño llegaría el invierno.

Con la ayuda de unos manuales de la biblioteca, y bajo la supervisión del extraño personaje de Magda Dubcek, viuda de un contratista (además de madre del chico de la piscina de Lila), lograron completar al menos parte del trabajo iniciado por Kayleigh antes de que fuera asesinada por su exnovia

demente. A Magda su difunto marido le había enseñado bastante sobre el oficio de electricista. «Mi marido siempre me contaba lo que hacía a diario: “Mira, este es el cable vivo, Magda, y mira, esta es la toma de tierra, y tal y tal”. Yo atendía. Él nunca se dio cuenta, pensaba que hablaba con una pared estúpida, pero yo atendía». Al contar esto, Magda se interrumpió para adoptar una expresión pícaro que a Lila le recordó, conmovedoramente, a Anton. «Bueno, al menos atendí las primeras quinientas veces.»

Con la energía obtenida de unas cuantas placas solares que habían sobrevivido a los años de abandono, consiguieron crear una limitada red eléctrica para, como mínimo, unas cuantas casas de la parte alta del pueblo.

Los coches normales no servían de nada; era imposible determinar cuánto tiempo había permanecido desatendida esa versión de su mundo, pero el estado de los vehículos aparcados indicaba que había transcurrido tiempo suficiente para que el agua y la humedad penetraran en los motores. Un coche guardado en un garaje todavía en pie tal vez habría sido rescatable, solo que no quedaba en ningún sitio una sola gota de gasolina que no se hubiese desestabilizado o evaporado. Lo que las mujeres sí encontraron fue una pequeña flota de carritos de golf alimentados con energía solar bien conservados en el cobertizo del material del club de campo. En cuanto los recargaron, arrancaron perfectamente. Las mujeres los conducían de acá para allá por las calles ya despejadas de árboles y follaje.

Al igual que el supermercado Shopwell, el Olympia Diner había sobrellevado notablemente bien el paso del tiempo, y Rita Coombs, en otro tiempo esposa de Terry, volvió a abrirlo sobre la base del trueque.

«Siempre quise ver qué tal se me daba llevar un restaurante —explicó a Lila—, pero Terry no quería que trabajara. Decía que lo preocuparía. Terry no se hacía cargo de lo aburrido que era ser una pieza de porcelana en un aparador.»

Lo dijo con desenfado, pero desvió la mirada en un gesto que Lila interpretó como vergüenza: una vergüenza fruto de la felicidad por tener algo propio. Lila esperaba que Rita lo superase, y pensó que lo conseguiría, con el tiempo. Otras muchas se sentían cambiadas, pero de un modo que acaso contuviera también ese amago de vergüenza, como si hicieran novillos. Las mujeres como Magda y Rita, que de pronto se veían solicitadas y prosperaban a la luz de un nuevo mundo. A medida que pasaban esas semanas sin distinciones, hablaron no solo de lo que echaban de menos, sino también de algunas cosas que no echaban de menos.

Las hojas de los árboles cambiaban como en el viejo mundo, pero a Lila sus colores se le antojaban más vivos y duraderos.

Un día, en el jardín de la señora Ransom, acaso a finales de octubre, estaba recogiendo calabazas para que las niñas del colegio las tallaran. La Vieja Essie, sentada en un banco a la sombra, la observaba. Junto al banco había un carrito de la compra oxidado, a rebosar de todo aquello que Essie había reunido, como si intentara reabastecer su nueva vida con los recuerdos de la antigua: una radio, un móvil, una pila de ropa, un collar de perro, un calendario de 2007, una botella de algo sin etiqueta que en otro tiempo quizá fuera sirope de arce y tres muñecas. Le gustaba seguir a Lila cuando la veía empujar la carretilla llena de herramientas de jardinería, tocada con su enorme sombrero de paja.

Al principio la anciana guardaba silencio y se escabullía si alguien se acercaba a ella, pero con el transcurso de las semanas empezó a relajarse, al menos en presencia de Lila. A veces incluso hablaba, aunque Lila suponía que nunca había sido una gran conversadora, ni siquiera en la flor de la vida.

—Ahora va todo mejor —dijo Essie una vez—. Tengo mi propia casa. —Miró con expresión afectuosa a las muñecas en su regazo—. A mis niñas les gusta. Se llaman Jingle, Pingle y Ringle.

En esa ocasión Lila le preguntó cuál era su apellido.

—Antiguamente Wilcox —contestó Essie—, pero ahora Estabrook. He recuperado mi apellido de soltera, igual que esa Elaine. Este sitio es mejor que el otro, y no solo porque tengo mi apellido de soltera y mi propia casa. Huele mejor.

Ese día Essie parecía de nuevo un poco retraída. Cuando Lila intentó entablar conversación con ella, la mujer negó con la cabeza, realizó violentos gestos de rechazo en dirección a Lila y revolvió el contenido de su carrito de la compra oxidado. De dentro extrajo una antigua radio de mesa Philco y empezó a pasársela de una mano a la otra. A Lila la traía sin cuidado; por ella podía jugar a la patata caliente tanto como le viniera en gana si eso la tranquilizaba.

Cuando se disponía a hacer un descanso para comer, apareció Janice Coates en bicicleta.

—Jefa —dijo a Lila—. Una cosa.

—Ya no soy jefa, Janice. ¿Es que no lees *Los Hechos de Dooling*? Soy solo una vecina más.

Coates no se inmutó.

—Muy bien, pero conviene que sepas que está desapareciendo gente. Ya van tres. Demasiadas para ser una coincidencia. Necesitamos que alguien investigue esta situación.

Lila examinó la calabaza que acababa de arrancar de la mata. Por arriba era de un vivo color naranja, pero por debajo estaba negra y podrida. La soltó, y cayó en la tierra labrada con un ruido sordo.

—Habla con el Comité de Reurbanización o plantea el tema en la próxima Reunión. Yo me he retirado.

—Vamos, Lila. —Coates, encaramada al sillín de la bicicleta, cruzó sus brazos huesudos—. No me vengas con esas chorradas. Tú no estás retirada; tú

estás deprimida.

Sentimientos, pensó Lila. Los hombres casi nunca querían hablar de eso, las mujeres casi siempre. Podía resultar aburrido. Eso le causó sorpresa. Se le ocurrió que quizá tuviera que reevaluar parte de su resentimiento hacia Clint por su estoicismo.

—No puedo, Janice. —Lila recorrió la hilera de calabazas—. Lo siento.

—Yo también estoy deprimida —admitió Janice—. Puede que no vuelva a ver a mi hija. Pienso en ella nada más levantarme cada mañana y antes de dormirme cada noche. Cada puñetero día. Y echo de menos las llamadas a mis hermanos. Pero no voy a permitir que eso...

Detrás de ellas se oyó un ruido apagado y un grito débil. Lila se volvió para mirar. La radio se hallaba en la hierba, junto a Jingle, Pingle y Ringle. Las muñecas miraban el cielo despejado con sus expresiones beatificas y anodinas. Essie había desaparecido. En su lugar no quedaba más que una mariposa marrón. Revoloteó sin rumbo por un momento y luego se elevó y, dejando una ligera estela de olor a quemado, se alejó.

—¡Joder, la hostia! —exclamó Eric Blass. Sentado en el suelo, miraba hacia arriba—. ¿Has *visto* eso?

—Todavía lo veo —contestó Don, contemplando la bandada de mariposas que volaba sobre las pistas de tenis, en dirección al instituto—. Y lo huelo.

Había dejado a Eric su mechero, puesto que la idea era suya (y, de paso, para poder responsabilizar al chico de manera semiverosímil si llegaba a enterarse alguien). Eric, en cuclillas, había encendido el Zippo y lo había acercado al borde del capullo en la desordenada guarida llena de basura. El capullo se había desvanecido en medio de un destello crepitante, como si contuviese pólvora en lugar de una sintecho loca. Al instante despidió un hedor a azufre. Fue como si el mismísimo Dios se hubiese tirado un pedo. La Vieja Essie se incorporó —aunque no se veía nada más que su silueta— y pareció volverse hacia ellos. Por un instante sus facciones cobraron nitidez, negras y plateadas como el negativo de una foto, y Don la vio contraer los labios en un gruñido. Al cabo de un segundo, no quedaba nada de ella.

La bola de fuego ascendió más de un metro, dando la impresión de que rotaba sobre su propio eje. De pronto se transformó en mariposas nocturnas, cientos de ellas. No quedó el menor rastro del capullo ni de un esqueleto, y la hierba en la que la Vieja Essie yacía poco antes ni siquiera estaba chamuscada.

No era esa clase de fuego, pensó Don. Si lo hubiera sido, nos habría asado.

Eric se puso en pie. Estaba muy pálido y su mirada era delirante.

—¿Qué ha *sido* eso? ¿Qué ha pasado?

—Ni puta idea —contestó Don.

—Esas Brigadas del Soplete o como quiera que se llamen... ¿han informado ellos de que los capullos, cuando arden, se convierten en bichos voladores?

—No que yo sepa. Pero quizá no hayan querido informar.

—Sí, es posible. —Eric se humedeció los labios—. Sí, no hay ninguna razón para que tuviera que ser distinto con ella.

No, no había ninguna razón para que la Vieja Essie fuese distinta de todas las demás mujeres dormidas del mundo. Pero a Don se le ocurría una razón por la que tal vez en Dooling las cosas fuesen distintas. Allí las cosas acaso fueran distintas porque había una mujer especial, una en torno a la cual no se formaba un capullo cuando dormía. Y que volvía a despertar.

—Vamos —dijo Don—. Tenemos un trabajo pendiente en Ellendale Street. Zorras empaquetadas que contar. Nombres que anotar. Esto de aquí... no ha ocurrido. ¿De acuerdo, compañero?

—De acuerdo. Totalmente.

—No vas a hablar del asunto, ¿verdad?

—¡No, por Dios!

—Bien.

Pero *yo* tal vez sí hable del tema, pensó Don. Aunque no a Terry Coombs. Don había necesitado solo un par de días para llegar a la conclusión de que ese hombre prácticamente no servía para nada. Era, cómo lo llamaban, un hombre de paja. Y parecía tener un problema con la bebida, lo cual resultaba francamente patético. A Don le asqueaba la gente incapaz de controlar sus impulsos. Ese Frank Geary, en cambio, el hombre al que Terry había nombrado subjefe... ese sí usaba la cabeza, y estaba muy interesado en la tal Evie Black. Tendría que sacarla de la cárcel pronto, o incluso ya mismo. Era con *él* con

quien había que hablar del asunto, si es que había que hablar con alguien.

Pero antes tenía que pensárselo.

Muy detenidamente.

—¿Don?

Volvían a estar en la furgoneta.

—Dime, chaval.

—¿Nos ha visto? Daba la impresión de que nos veía.

—No —respondió Don—. No veía nada, ha estallado sin más. No seas nenaza, muchacho.

2

Terry dijo que quería marcharse a casa y reflexionar sobre el paso siguiente. Frank, casi convencido de que el paso siguiente del jefe en funciones sería echarse a dormir la mona, contestó que le parecía buena idea. Acompañó a Terry hasta la puerta de su casa y después fue derecho a la oficina del sheriff. Allí encontró a Linny Mars paseándose en círculo con un portátil en las manos. Tenía una costra de polvo blanco en torno a los orificios nasales, las mejillas de un rojo vivo y los ojos llorosos y hundidos. Del ordenador surgían los sonidos ya tan familiares del caos.

—Hola, Pete.

Lo llamaba Pete desde esa mañana. Frank no se molestó en corregirla. Si lo hacía, ella recordaría que su nombre era Frank durante unos minutos, y después volvería a Pete. La pérdida de la memoria a corto plazo era común entre las mujeres que seguían despiertas. Sus lóbulos frontales se fundían como mantequilla en una sartén caliente.

—¿Qué estás viendo?

—Vídeos de YouTube —contestó ella, sin aminorar el paso en su recorrido por la oficina—. Podría verlos en el escritorio, ya lo sé, la pantalla del ordenador de sobremesa es mucho más grande, pero cada vez que me siento, empiezo a ir a la deriva. Es mejor caminar.

—Lo entiendo. ¿Qué miras? —Tampoco podía decirse que necesitara información actualizada. Frank sabía qué estaba ocurriendo: cosas malas.

—Vídeos de Al Jazeera. Todas las cadenas de noticias se han vuelto locas, pero los de Al Jazeera están que se cagan. Arde todo Oriente Medio. El petróleo, ya sabes. Los pozos de petróleo. Al menos todavía no hay misiles nucleares, pero alguien acabará lanzando uno, ¿no crees?

—No lo sé. Linny, me pregunto si podrías consultar algo por mí. Lo he probado con el teléfono y no he conseguido nada. Supongo que el personal de prisiones es muy reservado con su información personal.

Linny había empezado a andar más deprisa, sin apartar la mirada del portátil, que sostenía ante sí como un cáliz. Tropezó con una silla, estuvo a punto de caerse, se enderezó y siguió caminando.

—Los chiíes están luchando contra los suníes, y el ISIS lucha contra los dos. Al Jazeera ha organizado una mesa redonda, y los comentaristas, según parece, piensan que todo eso es porque las mujeres han desaparecido. Dicen que, sin mujeres que proteger... aunque desde luego yo no comparto su idea de protección... ha desaparecido cierto sostén psicológico central del judaísmo y el islam. Como si las dos cosas fueran lo mismo. En esencia siguen culpando a las mujeres, incluso ahora que están dormidas. Una locura, ¿no? En Inglaterra...

Ya bastaba de noticias internacionales, pensó Frank. Dio varias palmadas ante el rostro de Linny.

—Necesito que hagas tu trabajo un momento, encanto. ¿Podrías hacerme ese favor?

Ella centró de pronto la atención.

—¡Por supuesto, Pete! ¿Qué necesitas?

—Terry me ha pedido que le busque la dirección de Lawrence Hicks. Es el subdirector de la cárcel. ¿Puedes encontrármela?

—Coser y cantar, chupado, pan comido. Tengo los números de teléfono y las direcciones de todos ellos. Por si hay algún problema allí, ya me entiendes.

Pero finalmente no fue coser y cantar. No en el estado actual de Linny. Frank esperó pacientemente mientras ella, sentada a su escritorio, abría una carpeta y la cerraba, luego probaba con otra, y con una tercera, meneando la cabeza y maldiciendo el ordenador como hacía la gente incluso cuando la culpa era de ella. Cuando Linny dio una cabezada, Frank vio que le brotaba una fina hebra blanca de la oreja. Volvió a dar palmadas frente a su nariz.

—Concéntrate, Linny, ¿vale? Esto podría ser importante.

Ella levantó de inmediato la cabeza. La hebra se partió, flotó en el aire, desapareció. Linny le dirigió una sonrisa de loca.

—Entendido. Oye, ¿te acuerdas de aquella noche que fuimos a bailar danza en línea en el Halls of Ivy de Coughlin, y ponían una y otra vez «Boot-Scotin’ Boogie»?

Frank no sabía de qué estaba hablando.

—Claro. Lawrence Hicks. La dirección.

Por fin la encontró. El número 64 de Clarence Court, en el lado sur del pueblo. Lo más lejos posible de la cárcel sin dejar de ser vecino de Dooling.

—Gracias, Linny. Mejor será que te tomes un café.

—Me parece que prefiero el polvo colombiano al tueste colombiano. Hace más efecto. Dios bendiga a los hermanos Griner.

Sonó el teléfono. Linny cogió el auricular.

—¡Policía!

Durante tres segundos escuchó, luego colgó.

—Siguen llamando para preguntar. «¿Es verdad que en la cárcel hay una mujer...?» *Bla, bla, bla.* ¿Acaso parezco el periódico? —Esbozó una sonrisa de desesperada insatisfacción—. No sé por qué me molesto en seguir despierta. No hago más que aplazar lo inevitable.

Él se inclinó y le frotó el hombro con las yemas de los dedos, no sabía que iba a hacerlo hasta que lo hizo.

—Tú aguanta. Puede que nos espere un milagro a la vuelta de la esquina. No lo sabrás hasta que estés allí.

Linny se echó a llorar.

—Gracias, Dave. Son unas palabras amables.

—Soy un hombre amable —dijo Frank, quien en efecto procuraba ser amable, pero descubría que no siempre era posible.

A la larga, sospechaba, la amabilidad no funcionaba. Eso a Frank no le gustaba. No le proporcionaba el menor placer. No estaba seguro de si alguna vez Elaine había llegado a entender que en realidad a él no le gustaba perder el control. Pero Frank veía cómo eran las cosas. Alguien tenía que tirar del carro, y en Dooling eso le tocaba a él.

Se marchó con la certeza de que cuando volviera a ver a Linny Mars estaría envuelta en un capullo. Algunos ayudantes habían empezado a llamarlas «zorras empaquetadas». Él no aprobaba el uso de esa expresión, pero no la prohibió. Eso era algo que le correspondía a Terry.

Al fin y al cabo, era el jefe.

Una vez más al volante de la Unidad Cuatro, Frank se puso en contacto por radio con Reed Barrows y Vern Rangle, que patrullaban en la Unidad Tres.

Cuando Vern contestó, Frank le preguntó si continuaban en la zona de Tremaine Street.

—Sí —contestó Vern—, y llevamos el trabajo muy adelantado. En este barrio no hay muchas durmientes más allá de la casa de la jefa. Tendrías que ver la de carteles de «En Venta» que hay. Supongo que la supuesta recuperación económica no ha llegado aquí.

—Ajá. Escuchad, los dos. Dice Terry que quiere localizar a la jefa Norcross y a su hijo.

—Su casa está vacía —informó Vern—. Ya lo hemos comprobado. Se lo he *dicho* a Terry. Me temo que él está... —Vern debió de caer de pronto en la cuenta de que otros oían sus palabras—. Está, ya me entiendes, un poco desbordado por el trabajo.

—No, eso ya lo sabe —dijo Frank—. Quiere que empecéis a inspeccionar también las casas vacías. Me parece recordar que, un poco más arriba, hay toda una calle sin salida que está inacabada. Si los encontráis, limitaos a saludarlos y seguid adelante. Pero luego poneos en contacto conmigo de inmediato, ¿entendido?

Reed cogió el micro.

—Creo que Lila no está despierta, Frank, y por tanto debe de estar en medio del bosque o algo así. De lo contrario estaría en casa en un capullo o en la oficina del sheriff.

—Oye, yo solo transmito las instrucciones de Terry.

Frank no tenía intención de decir a esos dos lo que a él le parecía evidente: Norcross iba un paso por delante. Si su mujer siguiera despierta, aún estaría al mando. Por tanto, el médico había llamado a su hijo y le había indicado que trasladase a Lila a un lugar más seguro. Era un indicio más de que se traía algo entre manos. Frank tenía la certeza de que Lila y su hijo no se hallaban lejos de su hogar.

—Por cierto, ¿dónde está Terry? —preguntó Reed.

—Lo he dejado en su casa —respondió Frank.

—Por Dios. —Reed parecía molesto—. Espero que dé la talla para este trabajo, Frank. De verdad que lo espero.

—Cuidado con esos comentarios —advirtió Frank—. Recuerda que nos oyen.

—Recibido —dijo Reed—. Empezaremos a inspeccionar las casas vacías de Tremaine para arriba. De todos modos, esa sección nos corresponde a nosotros.

—Estupendo. Unidad Cuatro de acuerdo.

Frank dejó el micro en la horquilla y se encaminó hacia Clarence Court. Quería a toda costa saber dónde estaban Lila Norcross y su hijo —podían ser las palancas que necesitaba para poner fin a esa situación de manera incruenta —, pero esa era su segunda prioridad. Había llegado el momento de obtener algunas respuestas acerca de la señorita Eve Black.

4

Jared contestó cuando el teléfono sonó por segunda vez.

—Aquí el Centro de Control y Prevención de Enfermedades, delegación de Dooling, epidemiólogo Jared Norcross al habla.

—Ahora no es necesario, Jere —dijo Clint—. Estoy solo en mi despacho. ¿Mary sigue bien?

—Sí, de momento. Está dando vueltas por el jardín de atrás. Dice que el sol la espabila.

Una vaga sensación de alarma asaltó a Clint, y se dijo que, con esos miedos, parecía una ancianita. Vallas para preservar la intimidad, muchos árboles: allí

detrás no corría peligro. A fin de cuentas, Terry y su nuevo lugarteniente tampoco podían enviar un dron o un helicóptero.

—No creo que aguante despierta mucho más, papá. No me explico cómo ha resistido tanto.

—Yo tampoco.

—Y además no sé muy bien por qué mamá quería que estuviéramos aquí arriba. Hay algunos muebles, pero el colchón de la cama es duro. —Se interrumpió—. Debo de parecer un quejica, ¿no? Con todo lo que está pasando...

—La gente suele centrarse en los detalles menores para evitar que la abrumen los problemas importantes —explicó Clint—. Y mamá tenía razón, Jere.

—No crees que en Dooling vaya a organizarse una Brigada del Soplete, ¿verdad?

Clint se acordó del título de una novela antigua: *Eso no puede pasar aquí*. La tesis era que cualquier cosa podía pasar en cualquier sitio. Pero no, no era la posibilidad de una Brigada del Soplete lo que le preocupaba en esos momentos.

—Hay cosas que tú no sabes —dijo Clint—, pero como otros sí las saben... o al menos las sospechan... te pondré al corriente esta noche. —Puede que después de eso ya no tenga muchas más oportunidades, pensó—. Os llevaré algo de cenar a Mary y a ti. ¿Una doble de hamburguesa y champiñones del Pizza Wagon te parece bien? En el supuesto de que siga abierto.

—Me parece genial —contestó Jared—. Y, de paso, ¿qué tal una camiseta limpia?

—Tendrá que ser una camisa azul de funcionario —respondió Clint—. No quiero pasar por casa.

Por un momento su hijo no contestó. Clint se disponía a preguntarle si

seguía al aparato cuando Jared dijo:

—Dime, por favor, que esto solo es una paranoia tuya.

—Te lo explicaré todo cuando llegue ahí. Mantén a Mary despierta. Recuérdale que no podrá comer pizza a través de un capullo.

—Yo me encargo.

—Y Jared...

—¿Sí?

—La policía no me informa sobre su estrategia para hacer frente a la situación en el pueblo... ahora mismo no soy su preferido... pero yo que ellos peinaría el pueblo y elaboraría una lista de todas las mujeres dormidas, junto con su ubicación. Puede que Terry Coombs no tenga la inteligencia o el control necesarios para pensar en eso, pero creo que el hombre que trabaja con él, sí.

—Vale...

—Si se presentan donde estáis, no hagáis ruido y... ¿hay algún espacio de almacenamiento? ¿Aparte del sótano, quiero decir?

—No estoy seguro, no he inspeccionado la casa, que digamos, pero me parece que hay un desván.

—Si ves policías en la calle, llévalas a todas arriba.

—Vaya, ¿en serio? Me estás metiendo miedo, papá. No estoy seguro de entenderlo. ¿Por qué no debo permitir que la poli encuentre a mamá, a la señora Ransom y a Molly? No estarán quemando mujeres aquí, ¿verdad?

—No, pero podría ser peligroso igualmente, Jared. Para ti, para Mary, y sobre todo para tu madre. Como he dicho, ahora mismo la policía no está muy contenta conmigo. Tiene que ver con esa mujer de la que os he hablado, la que es distinta. No quiero entrar en detalles, pero debes creerme. ¿Puedes subirlas al desván o no?

—Sí. Espero no tener que hacerlo, pero sí.

—Bien. Te quiero, y no tardaré en llegar, con la pizza, espero.

Pero primero, pensó, voy a hacerle otra visita a Evie Black.

5

Cuando Clint llegó al módulo A con una silla plegable de la sala común, Jeanette, de pie junto a la puerta de la ducha y la cámara de despioje, estaba conversando con un individuo que no existía. Por lo visto, se trataba de un enrevesado trapicheo con drogas. Ella decía que quería de las buenas, las azules, porque dejaban a Damian como un guante. Evie, junto a los barrotes de su celda, observaba la escena con aparente lástima... aunque con los desequilibrados mentales nunca se sabía. Y hablando de desequilibrados mentales, Angel estaba sentada en la cama de una celda cercana con la cabeza apoyada en las manos y la cara oculta tras el pelo. Lanzó una breve mirada a Clint, dijo «Hola, soplapollas» y volvió a bajar la cabeza.

—Sé dónde la consigues —decía Jeanette al camello invisible— y sé que puedes conseguirla ya. Tampoco es que cierren a medianoche. Hazme un favor, anda. Te lo ruego. Te lo *ruego*. No quiero que Damian entre en uno de esos *estados*. Y encima a Bobby le están saliendo los dientes. La cabeza se me pone fatal.

—Jeanette —dijo Clint.

—¿Bobby? —Lo miró con un parpadeo—. Ah... doctor Norcross...

Su rostro parecía laxo, como si todos los músculos se hubiesen ido ya a dormir y simplemente esperaran a que el obstinado cerebro los siguiera. Eso recordó a Clint un chiste viejo. Un caballo entra en un bar y el camarero le pregunta: Eh, amigo, ¿a qué viene esa cara tan larga?

Clint deseaba explicarle por qué había ordenado a los funcionarios que inutilizaran los teléfonos públicos y disculparse por impedirle llamar a su hijo

para asegurarse de que estaba bien. De todos modos, no tenía muy claro si a esas alturas Jeanette aún era capaz de comprenderlo ni si, en caso de que lo comprendiera, serviría de algo o solo le causaría mayor pesar. Las libertades que Clint se había tomado con las vidas de las mujeres de la cárcel, las vidas de sus *pacientes*, eran deplorables. El hecho de que, a su juicio, no le hubiera quedado otra alternativa no las hacía menos deplorables o crueles. Y eso no lo abarcaba todo, ni de lejos. Era por Evie por lo que había tenido que actuar así, y de pronto cobró consciencia de que la odiaba por eso, por muy disparatado que fuera.

—Jeanette, con quienquiera que...

—Doctor, no me moleste, tengo que ocuparme de esto.

—Quiero que salgas al patio de ejercicio.

—¿Cómo? No puedo, al menos no sola; no puedo. Esto es una cárcel, ya lo sabe. —Le dio la espalda y escrutó dentro de la ducha—. Vaya, mire, el hombre se ha ido. Usted lo ha asustado. —Soltó un sollozo seco—. Y ahora ¿qué hago?

—No hay ninguna puerta cerrada, cariño. —Clint en la vida había hablado con tal familiaridad a una reclusa, pero en ese momento le salió de manera natural, sin pensarlo.

—¡Recibiré un informe de mala conducta!

—Está ida, doctor —aseguró Angel sin alzar la mirada.

—Vamos, Jeanette —dijo Evie—. Acércate al taller de carpintería, al otro lado del patio de ejercicio, donde está el huerto. Allí hay guisantes nuevos, dulces como la miel. Lléname los bolsillos y vuelve. Para entonces el doctor Norcross y yo ya habremos terminado, y podemos celebrar un picnic.

—*Pic-pic picnic* —dijo Angel a través de la cortina de cabello, e hizo una mueca de desdén.

—Ve, ya —insistió Evie.

Jeanette la miró con cara de incertidumbre.

—A lo mejor el hombre está ahí fuera —adujo Evie para persuadirla—. En realidad estoy segura.

—O igual lo tienes metido en el puto culo —dijo Angel a través del pelo—. A lo mejor lo has escondido ahí. Ve a traerme una llave inglesa y te ayudaré a encontrarlo.

—Eres una malhablada, Angel —la reprendió Jeanette—. Una malhablada. —Enfiló el corto pasillo del módulo A; de pronto se detuvo y se quedó mirando fijamente un rectángulo oblicuo de sol en el suelo, como si estuviera hipnotizada.

—No puedes no preocuparte por un recuadro de luz, te lo digo yo —musitó Evie.

Jeanette se echó a reír y exclamó:

—¡Tienes razón, Ree! ¡Tienes razón! Todo es *Premio a la mentira*, ¿no?

Siguió adelante, paso a paso, muy despacio, se desvió a la izquierda y corrigió el rumbo, se desvió a la derecha y corrigió el rumbo.

—¿Angel? —dijo Evie.

Habló con la misma voz baja y cortés, pero Angel alzó la mirada en el acto, al parecer totalmente despierta.

—El doctor Norcross y yo vamos a mantener una breve consulta. Puedes escuchar, pero procura no abrir la boca. Si no, te la taparé con una rata y se te comerá la lengua.

Angel la miró fijamente unos segundos, después volvió a apoyar la cabeza en las manos.

El funcionario Hughes apareció justo cuando Clint desplegaba la silla delante de la celda de Evie.

—Acaba de salir una reclusa —dijo—. Parece que iba hacia el huerto. ¿Algún problema?

—Ninguno, Scott. Pero no la pierda de vista, ¿quiere? Si se queda dormida ahí fuera, póngala a la sombra antes de que empiece a formarse el capullo. La traeremos adentro cuando esté del todo envuelta.

—De acuerdo, jefe. —Hughes amagó un saludo militar y se marchó.

Jefe, pensó Clint. Dio santo, *jefe*. No he sido designado, no he hecho campaña, y aun así he conseguido el cargo.

—Inquieta vive la cabeza que lleva una corona —citó Evie—. *Enrique IV*, segunda parte. No es una de sus mejores obras, pero no está mal. Ya sabes que en aquellos tiempos los papeles femeninos los interpretaban chicos, ¿no?

No lee el pensamiento, se dijo Clint. Los hombres han venido, tal como ella predijo, pero yo también podría haberlo previsto. Es simple lógica. Tiene las dotes de una buena adivina de feria, pero *no* lee el pensamiento.

Sí, y Clint podía seguir creyendo eso tanto como quisiera; era un país libre. Entretanto, ella lo miraba con curiosidad e interés, los ojos en alerta y totalmente despiertos. Probablemente era la única mujer viva que aún tenía ese aspecto.

—¿De qué hablamos, Clint? ¿De los dramas históricos de Shakespeare? ¿De béisbol? ¿De la última temporada de *Doctor Who*? Lástima que terminase en suspense, ¿no? Me temo que en adelante solo habrá reposiciones. Sé de buena fuente que la compañera del doctor se durmió hace un par de días y ahora viaja en una Tardis por su propio espacio interior. Quizá puedan cambiar el reparto, y contratar solo hombres para todos los papeles la temporada próxima.

—No es mala idea —dijo Clint, adoptando automáticamente la actitud de psiquiatra.

—¿O nos centramos en algo más cercano a la situación actual? Yo propongo esto último, porque el tiempo apremia.

—Me interesa esa idea tuya sobre nosotros dos —dijo Clint—. Eso de que

tú eres la Mujer, y yo, el Hombre. Figuras simbólicas. Arquetipos. Yin y yang. El rey a un lado del tablero, la reina al otro.

—Ah, no —rectificó ella, sonriente—. Estamos en el mismo lado, Clint. El rey blanco y la reina blanca. Al otro lado, en formación ante nosotros, hay todo un ejército de piezas negras. Todos los caballos del rey y todos los hombres del rey. Con especial hincapié en los hombres.

—Eso es interesante, que nos veas en el mismo lado. Antes no lo había entendido. ¿Y cuándo has empezado a darte cuenta de eso exactamente?

La sonrisa se desvaneció.

—No. No hagas eso.

—¿Que no haga qué?

—Volver al *Manual de Diagnóstico de los Trastornos Mentales*. Para hacer frente a esto, debes prescindir de determinados supuestos racionales y confiar en la intuición. Abandónate a tu lado femenino. Todos los hombres lo tienen. Piensa solo en todos los autores varones que se han travestido. Por ejemplo, James M. Cain en *Mildred Pierce*. Es uno de mis favoritos.

—Muchas psiquiatras se opondrían a la idea de que...

—Cuando hablamos por teléfono, mientras tu mujer aún estaba despierta, creíste lo que te decía. Lo percibí en tu voz.

—Esa noche estaba en... un sitio extraño. Ocupándome de asuntos personales. Mira, no descarto tu influencia, tus poderes o como quieras describirlo. Supongamos que tienes el control. Al menos hoy.

—Sí, supongámoslo. Pero mañana pueden venir a por mí. Si no mañana, al día siguiente o al otro. No pasará mucho tiempo. Mientras que en el otro mundo, el que hay más allá del Árbol, el tiempo avanza mucho más rápido: allí los meses pasan en un soplo. Hay peligros, pero con cada uno que las mujeres superan, es menos probable que quieran regresar a este mundo.

—Digamos que lo entiendo y que creo incluso la mitad de lo que dices —

contestó Clint—. ¿Quién te envía?

—El presidente Reginaldo K. Pendenbolas —soltó Angel sin levantar la cabeza—. Él o lord Burdo Palurdo. A lo mejor...

De pronto gritó. Clint se volvió justo a tiempo de ver una enorme rata marrón deslizarse a través de los barrotes de la celda de Angel. Subió los pies a la cama y volvió a gritar.

—¡Sácala! ¡Sácala! ¡No soporto las ratas!

—¿Vas a callarte, Angel? —preguntó Evie.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Te lo prometo! ¡Sí!

Evie trazó un círculo con el dedo, como un árbitro que señala un *home run*. La rata dio media vuelta, salió de la celda de Angel y se quedó sentada en el pasillo, observándola con sus ojos redondos y brillantes.

Clint se volvió hacia Evie. De camino allí, le rondaban la cabeza varias preguntas, concebidas para obligarla a afrontar sus delirios, pero se desmoronaron de repente como un castillo de naipes azotado por un fuerte viento.

Soy *yo* el que tiene delirios, pensó. Me aferro a ellos para no enloquecer por completo.

—No me envía nadie —respondió Evie—. He venido por iniciativa propia.

—¿Podemos llegar a un acuerdo? —preguntó Clint.

—Ya tenemos un acuerdo —recordó Evie—. Si sobrevivo, si me salvas, las mujeres podrán decidir libremente su propio camino. Pero te lo advierto: el grandullón, Geary, está decidido a atraparme. Piensa que puede controlar a los demás hombres y capturarme viva, pero seguramente a ese respecto se equivoca. Y si muero, se acabó.

—¿Qué eres? —preguntó Clint.

—Tú única esperanza. Te sugiero que no te preocupes más por mí y centres todas tus energías en los hombres que hay al otro lado de estas paredes. Son

ellos quienes deben preocuparte. Si quieres a tu mujer y a tu hijo, Clint, debes actuar deprisa para tomar la delantera. Geary aún no se ha hecho con el control absoluto, pero pronto lo conseguirá. Es listo, está motivado y no confía en nadie más que en sí mismo.

—Lo he despistado. —Clint notó los labios adormecidos—. Sospecha algo, sí, pero no puede estar seguro.

—Lo estará en cuanto hable con Hicks, y ahora va de camino hacia allí.

Clint se echó atrás en la silla como si ella lo hubiera abofeteado a través de los barrotes. ¡Hicks! Se había olvidado por completo de Hicks. ¿Mantendría la boca cerrada si Frank Geary lo interrogaba sobre Eve Black? Ni de coña.

Evie se inclinó y fijó la mirada en la de Clint.

—Te he avisado sobre tu mujer y tu hijo, te he recordado que hay armas a las que quizá puedas acceder, y es más de lo que debería haber hecho, pero no preveía que fueras a caerme tan bien. Supongo que incluso podría sentirme *atraída* por ti, de tan insensato como eres. Pareces un perro ladrando a la marea, doctor Norcross. No quiero desviarme del tema, pero este es otro aspecto del problema básico, la ecuación hombre-mujer que nunca se equilibra. En fin, da igual, es un tema para otra ocasión. Tienes que tomar una decisión: prepara tus defensas o márchate y deja que lleguen a mí.

—No voy a permitir que lleguen a ti —aseguró Clint.

—Grandes palabras. Muy hombre.

Su tono de desdén irritó a Clint.

—¿Sabe tu ojo omnisciente que he ordenado inutilizar los teléfonos públicos, Evie? ¿Que he impedido a las reclusas despedirse de su gente, incluso de sus hijos, porque no podíamos correr el riesgo de que tu existencia se diera a conocer? ¿Que probablemente mi propio hijo está también en peligro? Es un adolescente, y está asumiendo riesgos que yo le pido que asuma.

—Sé lo que has hecho, Clint. Pero yo no te he *obligado* a nada.

De pronto Clint se enfureció con ella.

—Si eso es lo que crees, te engañas.

Evie cogió el teléfono móvil de Hicks del estante.

—Hemos terminado, doctor. Quiero echar unas partidas de *Boom Town*. —
Le guiñó el ojo con la actitud de una adolescente coqueta—. Cada vez se me da mejor.

6

—Ya hemos llegado —anunció Garth Flickinger, y detuvo su maltrecho Mercedes frente a la caravana mucho más maltrecha del difunto Truman Mayweather.

Michaela la observó con semblante inexpresivo. Desde hacía unos días, se sentía como una mujer en un sueño, y la caravana herrumbrosa —sobre bloques de hormigón, rodeada de maleza y piezas desechadas de automóvil, la cinta del precinto policial caída en el suelo y ondeando lánguidamente— parecía solo un peculiar giro más de esos que toman los sueños.

Pero aquí sigo, se dijo. Mi piel sigue siendo mi piel. ¿No? Se frotó una mejilla y la frente con la mano. Sí. Todavía sin telarañas. Aquí sigo.

—Vamos, Mickey —dijo Garth al tiempo que salía del coche—. Si encuentro lo que estoy buscando, podrás tirar al menos uno o dos días más.

Ella intentó abrir la puerta, no encontró la manija y se limitó a quedarse allí sentada hasta que Garth rodeó el coche y se la abrió con una reverencia exagerada. Como un chico que llevase a su acompañante al baile de fin de curso, y no a una caravana de mierda en medio del bosque donde recientemente había tenido lugar un doble asesinato.

—Aúpa, para afuera —dijo Garth, la cogió del brazo y tiró de ella. Estaba alegre y animado. ¿Por qué no iba a estarlo? No era él quien llevaba más de cien horas despierto.

Desde la otra noche en el Squeaky Wheel, Garth y ella ya se habían hecho amigos. O compañeros en las drogas, al menos. Él tenía una bolsa grande de cristal —su alijo de emergencia, decía—, lo que había compensado más que de sobra las copas. Ella lo había acompañado gustosamente a su casa cuando el Wheel por fin se quedó sin bebida y cerró sus puertas. En otras circunstancias tal vez incluso se habría acostado con él; pese a lo poco que le iban los hombres, a veces la atraía la novedad, y bien sabía Dios que, tal como estaban las cosas, agradecía la compañía. Pero no en esas circunstancias. Si se acostaba con él, después se *dormiría*, siempre le pasaba, y si lo hacía, adiós, se acabó la fiesta. Tampoco tenía la menor idea de si él estaría interesado siquiera; Garth Flickinger no parecía el más sexual de los seres, salvo en lo referente a las drogas, por las cuales sentía verdadera pasión.

El alijo de emergencia resultó ser bastante copioso, y alargaron la fiesta en casa de Garth durante prácticamente las cuarenta y ocho horas siguientes. Cuando por fin él durmió unas horas el domingo por la tarde, ella exploró el contenido del escritorio con persiana del médico. Como era de prever, contenía una pila de publicaciones médicas y varias pipas chamuscadas. Menos había esperar una foto arrugada de una niña envuelta en una manta rosa —«Cathy», llevaba escrito a lápiz detrás en trazo muy fino— y, en el armarito al fondo del escritorio, una caja enorme de suplementos vitamínicos para reptiles. Después se entretuvo con la gramola. No tenía más que *jam bands*, por desgracia; no necesitaba oír a «Casey Jones»; ella misma iba camino de convertirse en Casey Jones. Michaela hizo zapping en el gigantesco televisor, que parecía sintonizar quinientos canales, deteniéndose solo a ver los

publirreportajes cuyos presentadores, con voces estridentes y ofensivas, adoptaban ese tono de escúchame o muere. Le pareció recordar que había encargado una aspiradora Shark para que se la mandaran a su antigua dirección en Washington. Dudaba que le llegara; pese a que había atendido su llamada un hombre, Michaela estaba convencida de que eran mujeres las que en realidad expedían los paquetes. ¿No solían contratar a mujeres para esa clase de trabajos? ¿Los empleos basura?

Si ves una taza de inodoro sin incrustaciones, pensó, sabes que una mujer no anda lejos.

—Trume me contó que había conseguido la mejor mierda del mundo, y no mentía —explicó Garth cuando la conducía a la caravana—. O sea, no me malinterpretes; era un psicópata y mentía casi continuamente, pero esa fue una de las pocas veces que no mintió.

La caravana tenía en el costado un agujero rodeado de un círculo de lo que parecía sangre seca, pero seguramente en realidad eso no estaba ahí. Michaela debía de estar soñando despierta, cosa bastante habitual entre las personas privadas de sueño durante mucho tiempo, como explicó un autoproclamado experto a NewsAmerica en una de las noticias complementarias de un informativo que había visto antes de partir hacia los verdes montes de su pueblo natal, en la región de los Apalaches.

—No ves un agujero en el lateral de la caravana, ¿verdad que no? —preguntó ella. Incluso su voz sonaba como en un sueño. Parecía salir de un altavoz que llevara acoplado en lo alto de la cabeza.

—Sí, sí —contestó él—. Claro que está ahí. Escucha, Mickey, Trume llamaba a este nuevo material «relámpago púrpura», y conseguí una muestra antes de que esa loca apareciera y despachara a Trume y su colega. —Garth se quedó ensimismado un momento—. Ese tipo... tenía el tatuaje más ridículo que he visto. ¿Sabes el zurullo ese de *South Park*? ¿El que canta y demás? Lo

llevaba en la nuez. A ver, dime, ¿quién se tatúa un zurullo en la nuez? Aunque sea un zurullo ingenioso que canta y baila, sigue siendo un zurullo. Todo el que te mire ve un zurullo. No es mi especialidad, pero lo he consultado, y no te imaginas lo que duele quitarse una cosa así.

—Garth. Para. Rebobina. La loca. ¿Es esa mujer de la que hablan en el pueblo? ¿La que está en la cárcel?

—Ajá. Una auténtica Hulk. Tuve suerte de escapar. Pero eso ya es agua pasada, orina tubería abajo, noticia de hace una semana, y tal y tal. No tiene importancia. Y deberíamos dar gracias por eso, créeme. Lo que sí importa es este cristal supremo. No lo cocinó el propio Trume; lo consiguió en Savannah o algún otro sitio. Pero *iba* a cocinarlo, ¿entiendes? Analizarlo y después crear su propia versión. Tenía una bolsa de ocho litros de esa mierda, y está ahí dentro, en algún sitio. Voy a encontrarla.

Eso esperaba Michaela, porque tenían que reabastecerse. En los últimos días se habían fumado las reservas de Garth, incluso se habían fumado los restos encontrados en las alfombras y un par de fragmentos que encontraron debajo del sofá. Garth había insistido en que se cepillara los dientes después de cada sesión de pipa. «Porque a eso se debe que los adictos a la meta tengan tan mal la dentadura —había explicado—. Se colocan y olvidan la higiene básica.»

A Michaela le escocía la garganta por la droga, y si bien el efecto euforizante había pasado hacía rato, aún la mantenía despierta. Tenía la certeza casi absoluta de que se dormiría en el viaje hasta allí —se le había hecho interminable—, pero de algún modo había logrado permanecer despierta. ¿Y para qué? La caravana, ladeada sobre los bloques de cemento, no parecía precisamente la Fuente del Conocimiento. Solo podía rezar por que el relámpago púrpura no fuese una fantasía fruto del cerebro de Garth Flickinger, revuelto a causa de la droga.

—Ve —dijo ella—, pero conmigo no cuentes. Puede que haya fantasmas. Él la miró con cara de desaprobación.

—Mickey, eres periodista. *Una experta en información*. Sabes que los fantasmas no existen.

—Claro que lo sé —convino Michaela desde el altavoz instalado en lo alto de su cabeza—, pero en mi estado actual podría verlos igualmente.

—No me gusta la idea de dejarte sola. No podré abofetearte si te adormilas.

—Ya me abofetearé yo. Ve a buscarla. Pero procura no tardar.

Garth subió por los peldaños al trote, probó el picaporte y, al ver que la puerta no cedía, la empujó con el hombro. Se abrió de par en par, y Garth entró de golpe. Al cabo de un momento, asomó la cabeza por el agujero manchado de granate en el costado de la caravana con una amplia sonrisa.

—¡No te duermas, guapa! ¡Recuerda, un día de estos te retoco la nariz!

—Ni lo sueñes, colega —respondió ella, pero Garth ya había retirado la cabeza.

Michaela oyó el estrépito cuando empezó a buscar el escurridizo relámpago púrpura. Que probablemente los polis habían requisado y se hallaba en el depósito de pruebas de la oficina del sheriff, si es que no se lo habían llevado a casa para sus mujeres.

Michaela se acercó hasta los escombros del laboratorio de meta. Estaba rodeado de arbustos chamuscados y árboles ennegrecidos. Allí no cocinarían en el futuro, ni púrpura ni nada. Se preguntó si el cobertizo habría estallado solo, como ocurría a menudo con los laboratorios de meta, o si lo habría volado la mujer que había matado a los cocineros. Era una pregunta irrelevante a esas alturas, pero la mujer en sí le interesaba, le picaba la curiosidad natural que la había empujado a revolver entre la ropa de los cajones de la cómoda de Anton Dubcek cuando tenía ocho años y la había arrastrado con el tiempo hasta el periodismo, donde una tenía que hurgar en

los cajones de *todo el mundo*, tanto entre la ropa limpia como entre los trapos sucios. Esa parte de su cerebro seguía activa, y le rondaba la cabeza una idea que la mantenía despierta en igual medida que la metanfetamina de Flickinger. Tenía preguntas sin respuestas.

Preguntas como, por ejemplo, cuál había sido el origen de ese fenómeno, Aurora. Y por qué, en el supuesto de que hubiese un porqué. Preguntas sobre si las mujeres del mundo podían volver, como la Bella Durmiente. Además de las preguntas sobre la mujer que había matado a los traficantes de meta y cuyo nombre era, según algunas conversaciones que había oído en el Squeaky Wheel y el pueblo, Eve o Evelyn o Ethelyn Black, y que supuestamente podía dormirse y volver a despertar, lo que la convertía en una mujer única en el mundo, a menos que existiera otra en Tierra de Fuego o el Himalaya. Tal vez esa mujer fuera solo un rumor, pero Michaela tendía a creer que existía algo de verdad en eso. Cuando te llegaban rumores procedentes de distintas direcciones, lo sensato era prestar atención.

Si no estuviera viviendo a medio camino entre la realidad y los brazos de Morfeo, pensó Michaela a la vez que empezaba a subir por el sendero situado detrás del cobertizo de meta en ruinas, iría en el acto a la cárcel de mujeres e indagaría.

Otra pregunta: ¿quién estaba al frente de aquello, dado que su madre dormía? ¿Hicks? Su madre decía que Hicks tenía el cerebro de un jerbo y las agallas de una medusa. Si la memoria no la engañaba, Vanessa Lampley era la funcionaria de mayor antigüedad. Si Lampley ya no estaba, o si se había dormido, únicamente quedaba...

¿Sonaba ese zumbido solo en su cabeza? No podía estar del todo segura, pero no lo creía. Pensó que eran los cables de alta tensión que había tendidos cerca de allí. Nada fuera de lo común. Sin embargo, sus ojos le transmitían información que costaba más considerar normal. Manchas resplandecientes

como huellas de manos en los troncos de algunos árboles a unos pasos del cobertizo volado. Manchas resplandecientes que parecían huellas de pies en el musgo y el mantillo, como si indicaran: «Por aquí, señora». Y cúmulos de mariposas nocturnas en muchas ramas, allí inmóviles, como si la observaran.

—¡Bu! —gritó a uno de esos cúmulos.

Las mariposas aletearon, pero no alzaron el vuelo. Michaela se abofeteó un lado de la cara y después el otro. Las mariposas seguían allí.

Despreocupadamente, Michaela se dio media vuelta y miró pendiente abajo, hacia el cobertizo y, más abajo, la caravana. Esperaba verse tendida en el suelo, envuelta en telarañas, prueba indiscutible de que se había desconectado de su cuerpo y convertido en espíritu. Pero no había nadie, excepto los escombros y los leves sonidos que producía Garth Flickinger, todavía enfrascado en su búsqueda del tesoro.

Volvió a mirar sendero arriba —*era* un sendero, las huellas resplandecientes así lo indicaban— y vio un zorro sentado a treinta o cuarenta metros. Tenía la cola perfectamente enrollada alrededor de las patas. La observaba. Cuando dio tres pasos vacilantes hacia él, el zorro se alejó al trote sendero arriba, sin detenerse más que una vez para mirar atrás. Pareció dirigirle una sonrisa amigable.

«Por aquí, señora.»

Michaela lo siguió. Su faceta curiosa ya estaba totalmente despierta, y se sentía más alerta, más consciente, de lo que se había sentido desde hacía días. Después de recorrer otros cien metros, las mariposas posadas en los árboles eran tantas que revestían las ramas por completo. Debía de haber miles. Demonios, decenas de miles. Si la atacaban (acudió a su memoria la película de Hitchcock sobre pájaros vengativos), la asfixiarían. Pero Michaela no creía que eso fuese a ocurrir. Las mariposas eran observadoras, nada más. Centinelas. Precursoras. El zorro era el guía. Pero ¿adónde la guiaba?

Llevó a Michaela hasta lo alto de un promontorio, luego por una estrecha hondonada, de nuevo ladera arriba y después a través de un bosque de abedules y alisos cubierto de maleza. En los troncos había manchas de aquella blancura extraña. Frotó una con las manos. Le brillaron las yemas de los dedos, y al cabo de un instante el resplandor se desvaneció. ¿Había habido capullos allí? ¿Era ese su residuo? Más preguntas sin respuesta.

Cuando apartó la mirada de la mano, el zorro había desaparecido, pero el zumbido había cobrado intensidad. Ya no le parecía el sonido de cables de alta tensión. Era más potente, más vital. La tierra misma vibraba bajo sus pies. Se encaminó hacia el ruido y de pronto se detuvo, tan atónita como Lila Norcross se había quedado allí mismo hacía algo más de cuatro días.

Delante se extendía un claro. En el centro un árbol nudoso compuesto de muchos troncos entrelazados de color rojizo ascendía hacia el cielo. Hojas prehistóricas semejantes a helechos brotaban de sus ramas. Percibía su aroma a especia, un tanto parecido al de la nuez moscada, pero en esencia distinto de todo lo que había olido en su vida. Aves exóticas como para llenar un aviario silbaban, gorjeaban y trinaban en las ramas altas. Al pie, un pavo real del tamaño de un niño extendió en abanico su cola iridiscente para deleite de Michaela.

No estoy viendo esto, o si lo veo, también lo ven todas las mujeres dormidas. Porque ahora soy como ellas. Me he quedado dormida entre los escombros de ese cobertizo de meta, y en torno a mí se teje un capullo mientras admiro este pavo. Debo de haber pasado por alto mi propio estado en algún momento, así de simple.

Lo que la hizo cambiar de idea fue el tigre blanco. Primero apareció el zorro, como si lo guiara. Una serpiente roja colgaba del cuello del tigre cual joya bárbara. La serpiente asomó y agitó la lengua, como si saboreara el aire. Michaela veía sombras que crecían y menguaban en los músculos de los

costados del tigre mientras avanzaba lentamente hacia ella. La miró con sus enormes ojos verdes. El zorro salió al trote y rozó la espinilla a Michaela con el hocico, frío y húmedo.

Diez minutos antes Michaela habría dicho que ya no era capaz de trotar, y menos aún de correr. Pero entonces se volvió y huyó por donde había llegado a grandes zancadas, apartando ramas; a su paso, nubes de mariposas marrones se elevaban en espiral hacia el cielo. Tropezó, cayó de rodillas, se levantó y siguió corriendo. No se dio la vuelta, porque temía que el tigre fuera pisándole los talones, abriendo las fauces de par en par para partirla en dos por la cintura de un bocado.

Salió del bosque por encima del cobertizo de meta y vio a Garth de pie junto al Mercedes, con una bolsa enorme llena de lo que parecían piedras preciosas de color púrpura.

—¡Soy mitad cirujano estético, mitad puto perro detector de drogas! — exclamó—. ¡No lo dudes! ¡Esta mierda estaba pegada con cinta adhesiva a un panel del techo! Nos... ¿Mickey? ¿Qué pasa?

Se volvió y miró atrás. El tigre había desaparecido, pero el zorro continuaba allí, con la cola perfectamente enrollada en torno a las patas.

—¿Has visto eso?

—¿Qué? ¿El zorro? Pues claro. —Su júbilo se esfumó—. Eh, no te habrá mordido, ¿verdad?

—No, no me ha mordido. Pero... acompáñame, Garth.

—¿Cómo? ¿Al bosque? No, gracias. Nunca fui *boy scout*. Basta con que mire la hiedra venenosa para tener urticaria. Lo mío era el club de química, ja, ja. Como cabría esperar.

—Tienes que venir. En serio. Es importante. Necesito... bueno... una verificación. No te preocupes por la urticaria. Hay un sendero.

La acompañó, pero sin el menor entusiasmo. Michaela lo llevó más allá del

cobertizo en ruinas, hasta los árboles. Al principio el zorro solo trotó y luego, apretando a correr, zigzagueó entre los árboles hasta perderse de vista. También las mariposas habían desaparecido, pero...

—Ahí. —Señaló una de las huellas—. ¿Ves eso? Dime que sí, por favor.

—Eh —dijo Garth—. Mira por dónde.

Se guardó la preciada bolsa de relámpago púrpura bajo la camisa sin abotonar y se arrodilló para examinar la pisada luminosa. Valiéndose de la hoja de un árbol, la tocó con cuidado, olfateó el residuo y luego observó las manchas desvanecerse.

—¿Es el material del que están hechos los capullos? —preguntó Michaela—. Lo es, ¿verdad?

—Puede que en su momento lo fuese —contestó Garth—. O posiblemente una exudación de lo que sea que *causa* los capullos. Son simples conjeturas, pero... —Se puso en pie. Parecía haber olvidado que habían ido allí en busca de más droga, y Michaela alcanzó a ver al médico inteligente y perspicaz que de vez en cuando se obligaba a levantarse de la amplia cama de meta que había dentro del cráneo de Garth—. Oye, has oído los rumores, ¿no? ¿Quizá cuando fuimos al centro a comprar más provisiones en el supermercado? —Escasas provisiones: cerveza, patatas fritas Ruffles, fideos Ramen y una tarrina de tamaño familiar de nata agria. El Shopwell estaba abierto, pero en esencia saqueado.

—Los rumores sobre la mujer —dijo ella—. Claro.

—Lo que no saben es que fue aquí donde apareció por primera vez —continuó Garth—. Puede que en realidad tengamos en Dooling a María la Tifosa. Sé que es poco probable; según todos los informes, Aurora empezó en la otra punta del mundo, pero...

—Yo creo que es posible —lo interrumpió Michaela. Toda su maquinaria volvía a funcionar, y a toda velocidad. La sensación era maravillosa. Tal vez

no durara, pero mientras durase, se proponía dejarse llevar por ella como si de un toro mecánico se tratase. Yuju, vaquera—. Y hay algo más. Quizá haya descubierto de dónde salió. Ven, te lo enseñaré.

Al cabo de diez minutos se hallaban al borde del claro. El zorro había desaparecido. Igual que el tigre y el pavo real de la extraordinaria cola. Y también las aves exóticas multicolores. El árbol seguía allí, solo que...

—Bueno —dijo Garth, y ella prácticamente oyó decrecer su atención, el aire escapando de un flotador pinchado—, es un viejo roble magnífico, Mickey, eso lo admito, pero por lo demás no veo nada especial.

—No me lo he imaginado. Te digo que *no*. —Pero hasta ella empezaba a dudarlo. Quizá también había imaginado las mariposas.

—Aunque lo hayas imaginado, esas huellas resplandecientes de pies y manos son desde luego material de *Expediente X*. —Garth se animó—. Tengo todos los episodios grabados en disco, y resisten bien el paso del tiempo, aunque los teléfonos móviles que utilizan en las primeras dos o tres temporadas dan *risa*. Volvamos a casa y fumemos y veamos alguno, ¿qué te parece?

A Michaela no le apetecía ver *Expediente X*. Lo que quería era ir a la cárcel e intentar conseguir una entrevista con la mujer del momento. Se le antojaba un trabajo ímprobo, y le costaba imaginar que fuese posible convencer a alguien de que la dejara entrar con su aspecto actual (parecía la Bruja Mala del Oeste, solo que con vaqueros y blusa sin mangas de cuello barco), pero después de lo que habían visto allí, donde supuestamente había aparecido por primera vez la mujer...

—¿Y qué me dices de un episodio de *Expediente X* en la vida real? —preguntó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Demos un paseo en coche. Te lo contaré por el camino.

—¿Y si antes probamos este material? —Garth agitó la bolsa con expresión ilusionada.

—Pronto —respondió ella. Tendría que ser pronto, porque ya la invadía el cansancio. Era como estar metida en una asfixiante bolsa negra. Pero en esa había una pequeña raja, y esa raja era su curiosidad, por la que entraba un haz de luz intensa.

—Bueno... vale. Supongo.

Garth encabezó la marcha sendero abajo. Michaela se detuvo el tiempo suficiente para echar un vistazo atrás, con la esperanza de sorprender al asombroso árbol de nuevo en plena existencia. Pero era solo un roble, ancho y alto, pero ni mucho menos sobrenatural.

Aun así, la verdad está ahí fuera. Y quizá no estoy demasiado cansada para descubrirla.

7

Nadine Hicks era de la vieja escuela; en los días previos a Aurora acostumbraba presentarse como «señora de Lawrence Hicks», como si al casarse con su marido en cierta medida se hubiese convertido en parte de él. En ese momento estaba envuelta como un regalo de boda y reclinada ante la mesa del comedor. Tenía delante un plato vacío, un vaso vacío, servilleta y cubiertos. Después de dejar entrar a Frank en la casa, Hicks lo llevó al comedor, y el subdirector de la cárcel se sentó a la mesa de madera de cerezo delante de su mujer para terminar de desayunar.

—Le parecerá raro, imagino —comentó Hicks.

No, pensó Frank, no considero que sentar a su mujer envuelta en un capullo a la mesa del comedor como una muñeca momificada gigante sea raro en

absoluto. Lo considero... esto, ¿cómo se dice? Ah, sí: *demencial*.

—No pienso juzgarlo —dijo Frank—. Esto ha supuesto una gran conmoción. Todos hacemos lo que podemos.

—Bien, agente, solo intento mantener una rutina. —Hicks vestía traje y se había afeitado, pero tenía grandes ojeras y el traje estaba arrugado. Naturalmente la ropa de todos se veía arrugada. ¿Cuántos hombres sabían planchar? ¿O doblar la ropa, si a eso íbamos? Frank sí sabía, pero no disponía de plancha desde la separación, llevaba la ropa a la tintorería de Dooling, y si necesitaba un pantalón con raya urgentemente, lo ponía debajo del colchón, se tendía durante veinte minutos poco más o menos, y se daba por contento.

Hicks desayunaba tostadas con buey ahumado en lonchas.

—Confío en que no le importe que coma. El típico buey de toda la vida. Mover a mi mujer de acá para allá me abre el apetito. Después de esto saldremos a sentarnos al jardín. —Hicks se volvió hacia su mujer—. ¿Verdad, Nadine?

Los dos esperaron un par de absurdos segundos, como si ella fuera a responder. Pero Nadine permaneció allí inmóvil, una extraña estatua detrás de su cubierto.

—Oiga, señor Hicks, no quiero robarle mucho tiempo.

—No se preocupe. —Hicks levantó la punta de la tostada y dio un bocado. Gotas de salsa blanca y carne le salpicaron la rodilla—. Maldita sea. —Ahogó una risa con la boca llena—. Se me está acabando la ropa limpia. Es Nadine quien se ocupa de la colada. Necesito que despiertes y te pongas con eso, Nadine. —Tragó el bocado y dirigió a Frank un parco y serio gesto de asentimiento—. Vacío el arenero y saco la basura los viernes por la mañana. Es equitativo. Una división justa del trabajo.

—Oiga, solo quiero preguntarle...

—Y le lleno el depósito a su coche. Ella detesta esos surtidores

autoservicio. Yo le decía: «Si muero antes que tú, tendrás que aprender, cariño». Y ella decía...

—Quiero preguntarle qué está pasando en la cárcel. —Frank quería además alejarse de Lore Hicks lo antes posible—. Hay allí una mujer de la que la gente habla. Se llama Eve Black. ¿Qué puede decirme de ella?

Hicks examinó su plato.

—Yo la evitaría.

—Entonces ¿está despierta?

—Lo estaba cuando me marché. Pero sí, la evitaría.

—Dicen que se duerme y se despierta. ¿Es verdad?

—Esa impresión daba, pero... —Hicks, sin levantar la vista del plato,ladeó la cabeza, como si recelara de las tostadas con buey—. Sin ánimo de ponerme pesado, agente, insisto en que yo lo dejaría correr.

—¿Por qué lo dice? —Frank estaba recordando las mariposas que habían surgido de repente del trozo de tejido al que Garth Flickinger había prendido fuego, y la que parecía haber fijado la mirada en él.

—Me quitó el teléfono —contestó Hicks.

—¿Cómo dice? ¿Cómo se lo quitó?

—Me amenazó con unas ratas. Las ratas están de su parte. Se someten a su voluntad.

—Las ratas se someten a su voluntad.

—Ve lo que se desprende de eso, ¿no? En todas las cárceles, al igual que en todos los hoteles, hay roedores. Los recortes agravan el problema. Recuerdo que Coates se quejaba de haber tenido que cancelar el servicio de desratización. No cabía en el presupuesto. En la asamblea legislativa del estado no se plantean esas cosas, ¿verdad que no? «Es solo una cárcel. ¿A las reclusas qué más les dan unas cuantas ratas si ellas mismas son ratas?» Bueno, ¿y si una de las reclusas aprende a *controlar* las ratas? Entonces ¿qué? —

Hicks apartó el plato. Por lo visto, había perdido el apetito—. Una pregunta retórica, claro está. La asamblea legislativa no se plantea esas cuestiones.

Frank, en el umbral de la puerta del comedor de Hicks, contemplaba la posibilidad de que aquel hombre padeciese alucinaciones como consecuencia del estrés y la aflicción. Pero ¿y el fragmento de tejido que se había transformado en mariposas? Frank lo había visto con sus propios ojos. ¿Y acaso una mariposa no lo había mirado fijamente? Podía haber sido una alucinación (al fin y al cabo, él mismo había sufrido estrés y aflicción), pero Frank lo dudaba mucho. ¿Quién podía decir que el subdirector de la cárcel no había perdido por completo la chaveta? ¿Y quién podía decir que sus palabras no eran verdad?

Tal vez hubiera perdido la chaveta *porque* decía la verdad. ¿Qué tal eso como desagradable posibilidad?

Hicks se puso en pie.

—Ya que está aquí, ¿tendría inconveniente en ayudarme a llevarla afuera? Me duele la espalda, y ya no soy precisamente joven.

Había pocas cosas que Frank deseara menos, pero accedió. Él sujetó las voluminosas piernas de Nadine Hicks, y su marido la agarró por debajo de las voluminosas axilas. Acarreando con cuidado a la mujer entre los dos, salieron por la puerta, bajaron los peldaños y rodearon la casa. El tejido crepitaba como papel de regalo.

—Enseguida llegamos, Nadine —dijo Hicks a la membrana blanca que envolvía el rostro de su mujer—. Vamos a acomodarte en la silla Adirondack. Para que te dé un poco el sol. Estoy seguro de que se filtra.

—Y ahora ¿quién se supone que está al frente? —preguntó Frank—. ¿En la cárcel?

—Nadie —contestó Hicks—. Ah, supongo que Van Lampley podría reclamar el puesto, si sigue en pie. Es la funcionaria de mayor antigüedad.

—El psiquiatra, el doctor Norcross, sostiene que el director en funciones es él —informó Frank.

—Tonterías.

Instalaron a la señora Hicks en una Adirondack de color amarillo vivo en el patio de piedra. No hacía sol, por supuesto. No aquel día. Seguía cayendo la misma llovizna. Las gotas, en lugar de embeberse en el capullo, perlaban su superficie, como ocurriría en la tela de una tienda de campaña impermeable. Hicks empezó a desplazar una sombrilla medio bamboleándola, medio arrastrándola. La base chirriaba contra la piedra.

—Debo tener cuidado. Con esa sustancia encima, no puedo ponerle protector solar, y se quema con facilidad.

—¿Norcross? ¿El psiquiatra?

Hicks se rio.

—Norcross es solo un empleado externo. No tiene ninguna autoridad. Nadie lo ha nombrado.

Eso no sorprendió a Frank. Ya sospechaba que la absurda versión de Norcross era solo eso: una versión. Sin embargo, lo cabreó. Había vidas en juego. Muchas, pero no pasaba nada porque pensase sobre todo en Nana, ya que ella representaba a todas las demás. Si lo miraba desde esa perspectiva, no había egoísmo en sus actos; visto desde ese prisma, ¡era altruista! Entretanto necesitaba conservar la calma.

—¿Qué clase de persona es? Me refiero al loquero.

Hicks consiguió colocar la sombrilla y la abrió sobre su mujer.

—Ya está. —Respiró hondo varias veces. El sudor y la lluvia le habían oscurecido el cuello de la camisa—. Es listo, eso lo reconozco. Demasiado listo, en realidad. No tendría por qué trabajar en una cárcel. Y piense una cosa: se le concede un salario a jornada completa, casi idéntico al mío, y sin embargo no podemos permitirnos el servicio de desratización. Esa es la

política tal como la conocemos en el siglo XXI, agente Geary.

—¿Qué quiere decir con eso de que no tendría por qué trabajar en una cárcel?

—¿Por qué no se dedicó a la práctica privada? Lo he visto en su expediente. Tiene publicaciones, y todos los títulos necesarios. Siempre me ha dado la impresión de que esconde algo raro, con ese deseo de andar cerca de depravadas y drogadictas, pero no sabría decir de qué se trata. Si es algo sexual, ha sido sumamente cauto. Eso es lo primero que le viene a uno a la cabeza ante un hombre al que le gusta trabajar con mujeres delincuentes. Pero no creo que sea eso.

—¿Cómo trataría usted con él? ¿Es una persona razonable?

—Sin duda es razonable. Un hombre muy razonable que además, da la casualidad, es un blandengue políticamente correcto. Y por eso mismo no me gusta *tratar* con él, como usted dice. Lo nuestro no es un centro de rehabilitación. La cárcel es un almacén para personas que no juegan conforme a las reglas y prefieren el engaño. Un cubo de basura, hablando claro, y nos pagan para sentarnos encima de la tapa. Coates se lo pasa en grande discutiendo con él, son tal para cual, pero a mí ese hombre me agota. Te saca de quicio a fuerza de razonamientos. —Hicks se sacó un pañuelo arrugado del bolsillo. Lo utilizó para enjugar unas gotas de agua de la mortaja de su mujer —. Le encanta el contacto visual. Acabas pensando que cree que estás chiflado.

Frank dio las gracias a Hicks por su ayuda y rodeó la casa para regresar a la parte delantera, donde había aparcado. ¿En qué estaba pensando Norcross? ¿Qué razones tenía para impedirles ver a la mujer? ¿Por qué no confiaba en ellos?

Los hechos solo parecían respaldar una conclusión, y era desagradable: por algún motivo, el médico actuaba en nombre de la mujer.

Hicks salió trotando detrás de él.

—¡Señor Geary! ¡Agente!

—Dígame.

La expresión del subdirector de la cárcel era tensa.

—Oiga, esa mujer... —Se frotó las manos. La llovizna le manchó los hombros de la chaqueta arrugada del traje—. Si habla con ella, con Eve Black, no quiero que le transmita la impresión de que deseo que me devuelva el teléfono, ¿entendido? Puede quedárselo. Usaré el de mi esposa si necesito hacer alguna llamada.

8

Cuando Jared salió a toda prisa a la parte de atrás de la casa piloto donde Mary y él estaban viviendo (si a eso podía llamársele vivir, pensó), Mary se encontraba apoyada en la cerca de estacas con la cabeza en los brazos. Finas hebras blancas surgían de su pelo.

Corrió hacia ella, casi tropezando con la primorosa caseta de perro (una réplica de la casa piloto, que reproducía en miniatura hasta los marcos azules de las ventanas), la agarró, la sacudió y le pellizcó los lóbulos de las orejas, tal como Mary le había indicado en el caso de que empezara a adormecerse. Dijo que había leído en internet que era la manera más rápida de despertar a alguien cuando se amodorraba. Por supuesto en internet había aparecido todo tipo de remedios para permanecer despierto, tantos como antes estrategias para dormirse.

Surtió efecto. Mary centró la mirada. Las hebras de tejido blanco se desprendieron y se desvanecieron a medida que se elevaban lánguidamente.

—Eh —protestó Mary, tocándose las orejas e intentando sonreír—. Pensaba

que estaban haciéndome los agujeros de las orejas otra vez. Jere, tienes una mancha morada enorme flotando delante de la cara.

—Probablemente estabas mirando al sol. —La cogió del brazo—. Vamos. Tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué?

Jared no contestó. Si su padre estaba paranoico, entonces era contagioso. En el salón, con sus muebles perfectamente conjuntados pero un tanto asépticos —incluso los cuadros de la pared iban a juego—, se detuvo a mirar por la ventana el coche de la oficina del sheriff aparcado calle abajo, a seis o siete casas de allí. Mientras observaba, salieron dos agentes de una de las viviendas. Su madre había invitado a todos sus ayudantes y sus mujeres a cenar alguna que otra vez a lo largo de los años, y Jared conocía a muchos de ellos. Esos dos eran Rangle y Barrows. Dado que todas las demás casas estaban sin amueblar, probablemente los policías se limitarían a echar un vistazo muy de pasada. No tardarían en llegar.

—¡Jared, deja de *tirar*!

Habían colocado a Platinum, Molly, la señora Ransom y Lila en el dormitorio principal. Mary quería dejarlas en la planta baja, aduciendo que difícilmente iba a importarles la decoración ni nada de eso. Jared, gracias a Dios, había insistido, pero ni siquiera el primer piso bastaba. Como la casa piloto estaba amueblada, cabía la posibilidad de que Rangle y Barrows decidieran registrarla más a fondo.

Llevó arriba a Mary, que no dejó de quejarse entre dientes por todo el camino. En el dormitorio cogió el canasto que contenía el pequeño cuerpo amortajado de Platinum y fue corriendo al pasillo, donde tiró de una argolla atornillada al techo. La escalera del desván descendió ruidosamente. Habría golpeado a Mary en la cabeza si no la hubiese apartado.

Jared trepó por ella, empujó el canasto del bebé hacia el interior del desván

y bajó de nuevo. Haciendo caso omiso de las preguntas de Mary, corrió hasta el final del pasillo y miró hacia la calle. El coche patrulla avanzaba lentamente junto al bordillo. Ya solo quedaban cuatro casas. No, tres.

Regresó a toda prisa a donde estaba Mary, con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

—Tenemos que subir las ahí arriba. —Señaló la escalera del desván.

—Yo no puedo cargar con nadie —dijo ella como un niño quejica—. ¡Estoy *cansaaada*, Jere!

—Ya lo sé. Pero puedes llevar a Molly, que pesa poco. Yo subiré a su abuela y a mi madre.

—¿Por qué? ¿Por qué tenemos que hacer eso?

—Porque es posible que la poli nos esté buscando. Me lo ha dicho mi padre.

Esperaba que ella le preguntase qué había de malo en que los ayudantes del sheriff los encontraran, pero calló. Jared la guio hasta el dormitorio: las mujeres yacían en la cama de matrimonio; Molly, en una toalla mullida en el baño contiguo. C cogió a Molly y la colocó en los brazos de Mary. Luego levantó a la señora Ransom, que parecía pesar más de lo que recordaba. Pero no *demasiado*, pensó Jared, y acudió a su memoria una cantinela que su madre entonaba cuando era pequeño: Acentúa lo positivo, elimina lo negativo.

—Y desentiéndete del señor Entremedias —dijo, y sujetó más firmemente lo que quedaba de la anciana.

—¿Eh? ¿Qué?

—Da igual.

Con Molly en brazos, Mary empezó a subir peldaño a peldaño por la escalera. Jared (imaginando que el coche patrulla se detenía ya ante la casa y Rangle y Barrows miraban el letrero del jardín donde se leía ENTREN Y MIREN) empujó a Mary por el trasero con el hombro cuando esta se detuvo a

medio camino del desván. Ella miró atrás.

—Te estás tomando muchas confianzas, Jared.

—Pues date prisa.

De algún modo Mary logró llegar a lo alto sin dejar caer su carga sobre la cabeza de Jared. Él la siguió, jadeando, e introdujo a la señora Ransom por la abertura. Mary había dejado el cuerpo pequeño de Molly en las tablas desnudas del desván. Aquel espacio se extendía a lo largo de toda la casa. El techo era bajo y hacía un calor sofocante.

—Enseguida vuelvo —dijo Jared.

—Vale, pero me cuesta mucho preocuparme por eso. Este calor me da dolor de cabeza.

Jared regresó a toda prisa al dormitorio principal. Deslizó los brazos en torno al cuerpo envuelto de Lila y sintió una punzada de aviso en la rodilla dolorida. Se había olvidado del uniforme de su madre, de los recios zapatos de faena y del cinturón reglamentario. ¿Cuántos kilos añadía eso al peso de una mujer saludable y bien alimentada? ¿Cuatro? ¿Ocho?

Consiguió llevarla hasta la escalera, contempló la empinada pendiente y pensó: No seré capaz de subirla. Imposible.

Sonó el timbre, cuatro alegres campanadas ascendentes, y Jared comenzó a trepar. Más que jadedar ya, se ahogaba. Logró subir tres cuartos de escalera y le fallaron las fuerzas. Justo cuando empezaba a plantearse si lograría bajar a su madre sin que se le cayera, aparecieron dos brazos delgados, con las manos abiertas. Mary, gracias a Dios. Jared consiguió avanzar otros dos escalones, y Mary pudo agarrar a Lila.

Abajo, uno de los ayudantes dijo:

—Ni siquiera han cerrado la puerta. Está abierta de par en par. Vamos.

Jared empujó. Mary tiró. Juntos consiguieron subir a Lila por encima del nivel de la trampilla. Mary cayó de espaldas, arrastrando consigo a Lila hacia

dentro. Jared agarró la escalera por arriba y tiró de ella. Ascendió a la vez que se plegaba, y él hizo fuerza en el último metro de su recorrido para que no se cerrara ruidosamente.

Abajo, el otro ayudante levantó la voz y dijo.

—Yujuuu, ¿hay alguien en casa?

—Como si alguna zorra empaquetada fuera a contestar —comentó el otro, y los dos se echaron a reír.

¿Zorras empaquetadas?, pensó Jared. ¿Así las llamaban? Si mi madre oyera salir algo así de vuestras bocas, os plantaría el culo en los omóplatos de una patada.

Los dos hombres seguían hablando, pero se dirigían hacia el lado de la casa donde estaba la cocina, y ya Jared no distinguía sus palabras. Pese a estar drogada, había contagiado su miedo a Mary, que lo rodeó con los brazos. Jared olió su sudor, y cuando apretó su mejilla contra la de él, la notó húmeda.

Se oyeron de nuevo las voces, y Jared mandó una orden a los polis de abajo con el pensamiento: ¡Marchaos! ¡Es evidente que este sitio está vacío! ¡Marchaos, pues!

Mary le susurró al oído.

—Hay comida en la nevera, Jere. También en la despensa. He tirado un envoltorio al cubo de la basura. Y si...

Ascendieron hacia el primer piso las sonoras pisadas de unos recios zapatos de policía. Eso era malo, pero no iban hablando de la comida de la nevera ni de basura reciente en el cubo, y ese era el lado bueno. (Acentúa lo positivo.) Estaban haciendo planes para el almuerzo.

Debajo de ellos y a la izquierda, uno de los polis —quizá Rangle— observó:

—A mí esta colcha me parece un tanto arrugada. ¿A ti no?

—Sí —contestó el otro—. No me extrañaría que hubiese entrado algún

ocupa, pero lo más probable es que haya sido gente que ha venido a ver la casa, posibles compradores. Quizá a veces se sientan, ¿no? O incluso prueban la cama. Sería lo natural.

Más pisadas, de regreso al pasillo. Muy sonoras. De pronto se detuvieron, y esa vez las voces, cuando se oyeron, estaban justo debajo. Mary tensó los brazos en torno al cuello de Jared y susurró:

—Si nos encuentran aquí escondidos, nos detendrán, ¿no?

—Chis —contestó Jared, y pensó: Nos habrían arrestado aunque nos hubiesen encontrado abajo. Solo que entonces seguramente lo habrían llamado «custodia preventiva».

—Hay una trampilla en el techo —dijo el que debía de ser Barrows—. ¿Quieres subir al desván a echar un vistazo o lo hago yo?

Siguió a la pregunta un silencio que pareció prolongarse eternamente. Por fin el que debía de ser Rangle dijo:

—Puedes subir si quieres, pero si Lila y su hijo estuvieran en la casa, estarían abajo. Y yo tengo alergias, así que no pienso subir a respirar un montón de polvo.

—Aun así...

—Tú mismo, colega —dijo Rangle.

De pronto la escalera volvió a descender, y una débil luz bañó el desván. Si el cuerpo de Lila envuelto en un capullo hubiese estado solo quince centímetros más cerca de la trampilla, habría quedado a la vista.

—Y de paso disfruta del calor ahí arriba. Debe de estar a más de cuarenta grados.

—A la mierda —dijo Barrows—. A la mierda tú y tus *alergias*. Venga, salgamos de aquí.

La escalera subió de nuevo, y esa vez se cerró con estrépito, ante el que Jared se estremeció, pese a saber que se produciría. Las sonoras pisadas de

los recios zapatos de poli descendieron de nuevo. Jared, conteniendo la respiración, escuchó atentamente cuando los agentes se detuvieron en el recibidor y volvieron a hablar. En voz baja. Imposible distinguir más de una palabra o frase. Algo sobre Terry Coombs; algo sobre un nuevo ayudante, un tal Geary; y algo sobre el almuerzo otra vez.

¡Marchaos!, deseó gritarles Jared. ¡Marchaos antes de que a Mary y a mí nos dé un puto golpe de calor!

Por fin se cerró la puerta de calle. Jared aguzó el oído en espera del sonido del coche patrulla al arrancar, pero no lo oyó. O había pasado demasiado tiempo escuchando música a todo volumen con los auriculares o el desván tenía un grueso aislamiento. Contó hasta cien y luego hacia atrás hasta cero. No podía esperar más. El calor lo estaba matando.

—Creo que se han ido —anunció.

Mary no contestó, y Jared cayó en la cuenta de que su abrazo en torno al cuello, antes tenso, se había relajado. Estaba tan concentrado que no lo había notado hasta ese momento. Cuando se volvió para mirarla, a ella le resbalaron los brazos, flácidos, y se desplomó en el suelo de madera.

—¡Mary! ¡Mary! ¡No te duermas!

No hubo respuesta. Jared abrió la trampilla de un empujón, indiferente al golpetazo de la escalera cuando la base topó con el parqué del suelo. Se había olvidado de los polis. Entonces era Mary lo que le importaba, lo único que le importaba. Quizá no fuera demasiado tarde.

Pero sí lo era. Sacudirla no sirvió de nada. Mary se había dormido mientras él permanecía atento para asegurarse de que los polis no volvían. Yacía junto a Lila, con sus delicadas facciones desdibujadas ya bajo las hebras blancas que, salidas de la nada, se entrecruzaban con presteza.

—No —susurró Jared—. Con el esfuerzo que ha hecho.

Se quedó sentado durante casi cinco minutos observando cómo se espesaba

el capullo, cómo se tejía implacablemente, y después llamó a su padre.
Fue lo único que se le ocurrió.

En el mundo que las mujeres de algún modo habían abandonado, Candy Meshaum residía en una casa de West Lavin, en dirección a la cárcel. Lo cual tenía su lógica, porque su casa también era una cárcel. En ese nuevo mundo había optado por vivir con otras mujeres, todas asistentes asiduas a las Reuniones, en un guardamuebles reacondicionado. El guardamuebles, al igual que el supermercado Shopwell (y a diferencia de la gran mayoría de los edificios de la zona), había permanecido casi totalmente impermeabilizado a lo largo del número indeterminado de años de abandono. Era una estructura de dos plantas en forma de L, caja sobre caja, incrustada en el bosque circundante y asentada sobre una plataforma de cemento. De plástico duro y fibra de vidrio, los contenedores habían cumplido admirablemente la promesa de resistencia a las filtraciones que se leía en el anuncio descolorido del letrero de fuera. La hierba y los árboles habían envuelto la plataforma de cemento y las hojas habían atascado los canalones, pero cortar la vegetación invasiva y limpiar el sistema de desagüe había sido un proyecto sencillo, y los contenedores abiertos, una vez retiradas de dentro las cajas de pertenencias inútiles, resultaron ser excelentes como vivienda, pero no bonitos precisamente.

Aunque Candy Meshaum había hecho un esfuerzo entrañable para mejorar el suyo, eso desde luego, pensó Lila.

Rodeó el contenedor, inundado por la luz natural que entraba a través de la puerta. Ocupaba el centro de aquel espacio una cama bien hecha, cubierta con

un edredón de color rojo vivo que reflejaba la luz del día. En la pared sin ventana colgaba una marina enmarcada: un cielo despejado y una extensión de costa rocosa. Tal vez procediera de las pertenencias almacenadas originalmente en el contenedor. En el rincón había una mecedora, y en el suelo, junto a esta, una cesta de madejas con dos agujas metálicas. Otra cesta cercana contenía calcetines de punto diestramente tejidos, ejemplo de sus labores.

—¿Qué opinas?

Coates se había quedado fuera del contenedor para fumar. (Los cigarrillos, envueltos en papel de aluminio y celofán, eran otra de las cosas que se habían conservado razonablemente bien.) La directora de la cárcel, ya exdirectora, se había dejado crecer el pelo y no se lo teñía. La forma en que le caía suelto sobre los hombros estrechos le concedía un aspecto de profeta, como si hubiese estado vagando por el desierto en busca de su tribu. Lila pensó que le quedaba bien.

—Me gusta lo que te has hecho con el pelo.

—Gracias, pero me refería a la mujer que debería estar aquí y de repente no está.

Candy Meshaum era una de las cuatro mujeres que habían desaparecido en los últimos tiempos, contando a Essie. Lila había interrogado a otras ocupantes de los contenedores cercanos. Candy estaba meciéndose tan contenta en su silla, haciendo punto, y al cabo de diez minutos no estaba en ningún sitio. El contenedor se hallaba en la segunda planta del guardamuebles, casi en la zona central, y sin embargo ni una sola persona la había visto marcharse, pese a ser una mujer corpulenta con una marcada cojera. No era inconcebible que hubiese conseguido desaparecer así, pero era improbable.

Las vecinas describieron a Candy como una persona alegre y feliz. Una de ellas, que la conocía de antes, en el viejo mundo, utilizó la palabra «renacida». Estaba muy orgullosa de sus labores y del pequeño contenedor

hermosamente decorado que había convertido en su hogar. Más de una persona mencionó que llamaba a esa casa, sin una pizca de ironía, «el apartamento de sus sueños».

—No veo nada concluyente. Nada que me planteara presentar como prueba ante un juez —comentó Lila. Conjeturó, no obstante, que le había ocurrido lo mismo que a Essie: estaba allí y de pronto ya no estaba. Puf. Abracadabra.

—Lo mismo, ¿no?

Janice, que había estado mirando a Essie en el momento exacto de su desaparición, declaró haber visto un leve destello, no mayor que la llama de un encendedor, y luego nada. El espacio que la mujer había ocupado se hallaba vacío. Los ojos de Janice no habían detectado la transformación, ni la desintegración, ni el fenómeno que se había producido, fuera cual fuese. Era demasiado rápido para la vista. Daba la impresión, dijo la directora, de que Essie se hubiese apagado como una bombilla, solo que ni un filamento se extinguía así de rápido.

—Podría ser —contestó Lila.

—Está muerta —dijo Janice—. En el otro mundo. ¿No crees?

En la pared, por encima de la mecedora, había una mariposa nocturna. Lila alargó la mano. La mariposa revoloteó hacia ella y se posó en la uña de su índice. Lila percibió un ligero olor a quemado.

—Podría ser —repitió. De momento lo único que se atrevía a decir era esa expresión tan propia de Clint—. Debemos volver para despedirnos de las señoras.

—Una idea absurda —comentó Janice entre dientes—. Bastante trabajo tenemos ya sin necesidad de explorar.

Lila sonrió.

—¿Significa eso que a ti también te gustaría ir?

Imitando a Lila, la exdirectora Coates dijo:

—Podría ser. Eso mismo dice siempre tu condenado marido.
Tocada y hundida, pensó Lila.

2

En Main Street, una patrulla se disponía a ponerse en marcha para echar un vistazo al mundo más allá de Dooling. Componían el grupo seis mujeres y habían cargado provisiones en dos carritos de golf. Millie Olson, una funcionaria de la cárcel, se había ofrecido voluntaria para ir en cabeza. Hasta el momento nadie se había aventurado mucho más allá de los límites del pueblo. No las había sobrevolado ningún avión ni helicóptero, ningún incendio ardía a lo lejos, ni había surgido voz alguna de las frecuencias de las radios de emergencia que habían sintonizado. Eso reforzó en Lila la sensación de falta de plenitud que había experimentado desde el principio. El mundo que habitaban semejaba una reproducción. Casi como una escena dentro de una esfera de nieve, solo que sin nieve.

Lila y Janice llegaron a tiempo de ver los últimos preparativos. Una exreclusa llamada Nell Seeger se encontraba en cuclillas junto a uno de los carritos de golf, tarareando para sí mientras comprobaba la presión de los neumáticos. Millie examinaba los paquetes cargados en un remolque enganchado detrás, en una última verificación de las provisiones: sacos de dormir, alimentos liofilizados, agua potable, ropa, un par de walkie-talkies de juguete que habían encontrado herméticamente envueltos en plástico y (más o menos) funcionaban, un par de rifles que la propia Lila había limpiado, botiquines. Reinaba un ambiente de excitación y buen humor; se oían risas y palmadas. Alguien preguntó a Millie Olson qué haría si se tropezaba con un oso.

—Adiestrarlo —contestó, imperturbable, sin apartar la vista de la bolsa en la que hurgaba. Eso arrancó una salva de risas entre las presentes.

—¿La conocías? —preguntó Lila a Janice—. ¿La conocías de antes? —Se hallaban bajo un toldo en la acera, hombro con hombro, envueltas en sus abrigos. Se les empañaba el aliento.

—Joder, yo era su puñetera jefa.

—No me refiero a Millie, sino a Candy Meshaum.

—No. ¿Y tú?

—Sí —dijo Lila.

—¿Y?

—Era víctima de violencia de género. Su marido le pegaba. Mucho. Por eso cojeaba. Él era un completo gilipollas, un supuesto mecánico que en realidad se dedicaba a la venta de armas. Durante un tiempo rondó con los Griner. O eso se rumoreaba... nunca conseguimos pillarlo por nada. Las herramientas las utilizaba con ella. Vivían en West Lavin, en una casa que se caía a pedazos. No me extraña que ella no intentara arreglarla; no tenía sentido. Los vecinos nos llamaron más de una vez, la oían gritar, pero ella no decía ni pío. Temía las represalias.

—Tuvo suerte de que no la matara.

—Me temo que seguramente sí la ha matado.

La directora miró a Lila con los ojos entrecerrados.

—¿Quieres decir lo que creo que quieres decir?

—Acompáñame.

Se pasearon entre los escombros de la acera, esquivando las grietas abiertas por la mala hierba y los pedazos de asfalto. El pequeño parque situado frente a las ruinas del edificio municipal había sido rescatado, podado y barrido. Allí la única señal del paso del tiempo era la estatua caída de un dignatario municipal fallecido hacía mucho tiempo. Una enorme rama de olmo

—seguramente desprendida durante una tormenta— lo había derribado de su pedestal. La rama en cuestión la habían sacado a rastras y la habían cortado, pero el dignatario pesaba tanto que nadie había hecho nada al respecto aún. Formaba un ángulo agudo con el pedestal, con la chistera hundida en la tierra y las botas apuntando al cielo; Lila había visto a alguna que otra niña encaramarse a él y utilizar su espalda a modo de tobogán, desternillándose de risa.

—Crees que el marido, ese hijo de puta, le ha prendido fuego en el capullo —preguntó Janice.

Lila no contestó directamente.

—¿Alguien te ha comentado que sintiera mareos? ¿Náuseas? ¿Que vienen de repente y se pasan al cabo de un par de horas? —Lila se había sentido así un par de veces. Rita Coombs le había mencionado una experiencia similar, como la señora Ransom y Molly.

—Sí —dijo Janice—. Lo han comentado casi todas las personas que conozco. Como si les dieran vueltas, solo que no dan vueltas. No sé si conoces a Nadine Hicks, la mujer de mi compañero de la cárcel...

—Coincidí con ella en un par de cenas comunitarias —dijo Lila, y arrugó la nariz.

—Sí, no faltaba casi nunca. Y cuando faltaba, no se la echaba de menos, ya me entiendes. La cuestión es que, según cuenta, tiene esa sensación de vértigo casi a todas horas.

—Bien, pues tomemos ese dato por un lado. Ahora piensa en las quemaduras masivas. ¿Sabes algo de eso?

—Solo de forma indirecta. Yo estoy como tú, llegué relativamente pronto. Pero he oído decir a las recién llegadas que lo vieron en las noticias: hombres que quemaban a las mujeres en los capullos.

—Ahí lo tienes —dijo Lila.

—Ah —contestó Janice, viendo por dónde iban los tiros—. Mierda.

—«Mierda» describe bien la situación, desde luego. Al principio pensé... tenía la esperanza... de que quizá fuera un malentendido por parte de las recién llegadas. Habían estado privadas de sueño, claro, y angustiadas, y quizá vieron por televisión algo que *interpretaron* como capullos quemados pero en realidad era otra cosa. —Lila aspiró profundamente el aire de finales del otoño. Era tan tonificante y limpio que una se sentía más alta. Allí no olía a gases de escape. Ni a camiones cargados de carbón—. Ese instinto, dudar de lo que las mujeres dicen, siempre está presente. Encontrar alguna razón para no aceptar sus palabras. Los hombres lo hacen... pero nosotras también. Yo misma lo hago.

—Te juzgas con demasiada severidad.

—Y lo vi venir. Hablé de eso con Terry Coombs no más de tres o cuatro horas antes de dormirme en el viejo mundo. Las mujeres reaccionaban cuando alguien rompía sus capullos. Eran peligrosas. Luchaban. Mataban. No me sorprende que muchos hombres pudieran ver esa situación como una oportunidad o un motivo para tomar medidas o la excusa que siempre habían buscado para prender fuego a unas cuantas personas.

Janice le dirigió una sonrisa sesgada.

—Y a mí me acusan de no tener un concepto precisamente optimista de la especie humana.

—Alguien quemó a Essie, Janice. Allá en nuestro mundo. A saber quién. Y alguien ha quemado a Candy Meshaum. ¿Habrás sido su maridito, molesto porque se ha dormido su saco de boxeo? Desde luego, si yo estuviese allí, sería el primero al que interrogaría.

Lila se sentó en la estatua caída.

—¿Y el mareo? Estoy casi segura de que eso también se debe a lo que pasa allí. Alguien nos mueve. Nos mueve de un lado a otra como si fuésemos

muebles. Justo antes de que quemaran a Essie, ella andaba baja de ánimos. Deduzco que quizá alguien la movió un poco antes de prenderle fuego y se sentía abatida por el vértigo.

—Estoy casi segura de que has plantado el culo encima del primer alcalde de Dooling —comentó Janice.

—Puede soportarlo. Alguien le lavaba los calzoncillos. Este es nuestro nuevo banco honorario. —Lila tomó conciencia de su propia ira. ¿Qué habían hecho Essie o Candy Meshaum, aparte de encontrar por fin unos meses de felicidad en el conjunto de sus miserables vidas? Una felicidad cuyo precio no había sido más que unas cuantas muñecas y un contenedor reacondicionado sin ventanas.

Y los hombres las habían quemado. No le cabía duda. Así había terminado su historia. Cuando una moría allí, moría también ahí. Los hombres las habían eliminado del mundo... de los dos mundos. Los hombres. Por lo visto, no había forma de escapar de ellos.

Janice debía de haberle leído el pensamiento... o, más probablemente, la expresión del rostro.

—Mi marido, Archie, era un buen hombre. Me apoyaba en todo lo que hacía.

—Sí, pero murió joven. Puede que no opinaras lo mismo si hubiese seguido entre los vivos. —Era un comentario cruel, aunque Lila no se arrepintió. Por alguna razón, acudió a su mente un antiguo dicho amish: LOS BESOS NO DURAN; LOS GUIOS, SÍ. Podía afirmarse eso mismo de muchos aspectos de la vida de casada. La sinceridad. El respeto. Incluso la elemental amabilidad.

Coates no dio señales de ofenderse.

—¿Tan mal marido era Clint?

—Era mejor que el de Candy Meshaum.

—Un listón muy bajo —comentó Janice—. Da igual. Yo seguiré atesorando

el cálido recuerdo de mi marido, que tuvo la delicadeza de estirar la pata antes de convertirse en un mierda.

Lila echó atrás la cabeza.

—Vale. En fin, quizá me lo merecía.

Volvía a brillar el sol, pero se veían nubarrones al norte, a kilómetros de allí.

—¿Y bien? ¿*Era* tan mal marido?

—No. Clint era un buen marido. Y un buen padre. Arrimaba el hombro. Me quería. Nunca lo dudé. Pero se calló muchas cosas sobre su vida. Y para averiguarlas tuve que recurrir a métodos que me llevaron a sentirme mal conmigo misma. Clint soltaba el rollo, sobre la franqueza y el apoyo mutuo, hablaba hasta ponerse de color azul, pero, cuando rascabas bajo la superficie, era el típico hombre Marlboro. Eso, en mi opinión, es peor que las mentiras. Una mentira indica cierto grado de respeto. Estoy segura de que cargaba con una cruz, una cruz muy pesada, y que pensaba que yo era demasiado delicada para ayudarlo a sobrellevar la carga. Yo habría preferido las mentiras a la condescendencia.

—Una cruz ¿en qué sentido?

—Tuvo una infancia difícil. Creo que se abrió camino luchando, literalmente, quiero decir. He visto cómo se frota los nudillos cuando está preocupado o alterado. Pero no habla del tema. Se lo preguntaba, y él salía con su pose de hombre Marlboro. —Lila lanzó una mirada a Coates y percibió cierta inquietud en su semblante—. Sabes a lo que me refiero, ¿no? Porque tratabas con él de cerca.

—Supongo que sí. Clint tiene... otra faceta. Una faceta más dura. Más iracunda. No se la había visto claramente hasta hace poco.

—Eso me cabrea. Pero ¿sabes qué es lo peor? Me he quedado con cierta sensación de... desaliento.

Janice, valiéndose de una ramita, retiraba restos de barro seco de la cara de la estatua.

—Comprendo que eso pueda causar desaliento a una persona.

Los carritos de golf se pusieron en marcha, seguidos de los pequeños remolques de provisiones, cubiertos con lona. La comitiva se perdió de vista y luego reapareció durante un par de minutos donde la carretera ascendía hasta una elevación en el terreno antes de desaparecer definitivamente.

Lila y Janice pasaron a otros temas: las reformas en curso de las casas de Smith Street; los dos hermosos caballos que habían encerrado en un corral y adiestrado —o quizá readiestrado— para montar; y el prodigio que, según Magda Dubcek y aquellas dos exreclusas, estaban a punto de llevar a término. Si podían obtener más energía, más paneles solares, el agua corriente limpia parecía una posibilidad previsible. Instalación de agua en las casas, el sueño americano.

Ya anocheceía cuando acabaron de charlar, y ni una sola vez volvieron a surgir en la conversación Clint, Jared, Archie, el marido de Candy Meshaum, Jesucristo o ningún otro hombre.

3

No hablaron de Evie, pero Lila no la había olvidado. No había olvidado el significativo momento en que Eve Black apareció en Dooling, ni su misteriosa omnisciencia ni las huellas revestidas de telarañas en el bosque cerca de la caravana de Truman Mayweather. Tampoco había olvidado adónde la habían llevado aquellas huellas, al asombroso Árbol, que ascendía hacia el cielo sobre sus incontables raíces y troncos entrelazados. En cuanto a los animales que habían aparecido en torno al Árbol —el tigre blanco, la serpiente, el pavo

real y el zorro—, Lila también los recordaba.

La imagen mental de las raíces en espiral del Árbol, como los cordones de las zapatillas de un gigante, la forma en que se trenzaban, era recurrente. Tan perfecto era, tan majestuoso, tan erguido...

¿Procedía Evie del Árbol? ¿O procedía el Árbol de Evie? ¿Y las mujeres de Nuestro Sitio? ¿Soñaban o eran ellas el sueño?

4

Un gélido aguacero azotó Nuestro Sitio durante cuarenta y ocho horas. Tronchó ramas de árboles, vertió porquería helada a través de las goteras, llenó las calzadas y las aceras de charcos turbios. Lila, tumbada en su tienda, de vez en cuando dejaba a un lado el libro que estaba leyendo y golpeaba las paredes para desprender el revestimiento helado que se formaba sobre el vinilo. Sonaba a cristales rotos.

Anteriormente, había pasado de los libros en papel al lector electrónico, sin sospechar que el mundo se desintegraría y esos objetos pasarían a quedar obsoletos. Pero en su casa aún había libros, y unos cuantos no se habían enmohecido. Cuando terminó el que estaba leyendo, se aventuró a salir de la tienda, plantada en el jardín delantero, para entrar en su casa, en ruinas. La casa en sí la deprimía —demasiadas reminiscencias de su hijo y su marido— y no se imaginaba viviendo allí dentro, pero tampoco había sido capaz de alejarse.

Las filtraciones de agua que resbalaban por las paredes interiores brillaron a la luz de su linterna de dinamo. La lluvia sonaba como un océano encrespado. De un estante al fondo del salón, sacó una novela de misterio húmeda y se dispuso a salir por donde había entrado. El haz iluminó un

extraño papel de color pergamino, caído en el asiento podrido de un taburete junto a la encimera de la cocina. Lila lo cogió. Era una nota de Anton: los datos de contacto de su «experto en árboles», el que debía ocuparse de la grafiosis del olmo en el jardín trasero.

Examinó la nota durante largo rato, atónita por la repentina cercanía de esa otra vida —¿su vida real?, ¿su vida anterior?—, que asomaba de pronto como un niño que sale disparado a la calle entre los coches aparcados.

5

Hacía una semana que la partida de exploración se había marchado cuando Celia Frode regresó a pie, manchada de barro de arriba abajo. Volvía sola.

6

Celia contó que más allá del Centro Penitenciario de Dooling, en dirección al pequeño pueblo vecino de Maylock, las carreteras eran intransitables; cada vez que apartaban un árbol de la calzada, solo conseguían avanzar unos metros hasta el siguiente. Fue más fácil abandonar los carritos de golf y caminar.

En Maylock, cuando llegaron, no había nadie, ni el menor rastro de vida reciente. Los edificios y las casas se hallaban como los de Dooling —invadidos por la hierba, en distintos grados de deterioro, algunos reducidos a cenizas por el fuego—, y la carretera más allá del Dorr's Hollow, que se había convertido en un río caudaloso con coches sumergidos a modo de bajíos, se había hundido. Probablemente deberían haber dado media vuelta en ese momento, admitió Celia. Habían reunido provisiones útiles de la tienda de

alimentos y otros comercios de Maylock. Pero les dio por hablar del cine de la pequeña localidad de Eagle, que se hallaba a otros quince kilómetros, y de lo maravilloso que sería para las niñas si volvían con un proyector y bobinas. Magda les había asegurado que su gran generador estaría a la altura.

—Todavía pasaban aquella última entrega de *La guerra de las galaxias* —dijo Celia, e irónicamente añadió—: Ya sabes, jefa, esa en la que el héroe es la chica.

Lila no corrigió lo de «jefa». Había resultado ser muy difícil dejar de ser poli.

—Continúa, Celia.

La partida de exploración cruzó el Dorr's Hollow por un puente que permanecía intacto y enfiló una carretera de montaña llamada Lion Head Way, aparentemente un atajo hasta Eagle. El mapa que habían estado utilizando —tomado prestado de los restos de la Biblioteca Pública de Dooling— mostraba una vieja pista sin nombre de la compañía minera que se desviaba tortuosamente cerca de lo alto de la montaña. La pista de la compañía podía llevarlas hasta la Interestatal, y desde allí el viaje sería fácil. Pero resultó que el mapa estaba desfasado. Lion Head Way había pasado a terminar en un altiplano, donde se alzaba aquel temible lugar destinado al encarcelamiento de hombres que se conocía como Presidio de Lion Head. La pista de la compañía que tenían la esperanza de encontrar había sido eliminada durante la construcción de la prisión.

Como el día ya estaba muy avanzado, en lugar de tratar de volver sobre sus pasos por la estrecha y quebrada pendiente de la montaña a oscuras, decidieron acampar en la cárcel y ponerse en marcha por la mañana, ya descansadas.

Lila conocía bien el Presidio de Lion Head; era el centro de máxima seguridad donde había previsto que los hermanos Griner pasaran los

siguientes veinticinco años, poco más o menos.

Janice Coates, también presente durante la narración de Celia, expresó un parco veredicto sobre el presidio.

—Ese sitio. Un asco.

El Head, como lo llamaban los reclusos, había recibido la atención de los medios muy a menudo antes de Aurora, una rara historia de recuperación de la tierra con éxito en el antiguo yacimiento de una mina a cielo abierto. Ulysses Energy Solutions, después de deforestar y volar lo alto de la montaña para extraer el carbón de debajo, «restauró» la tierra transportando hasta lo alto los escombros y allanándola. La idea publicitada con frecuencia era que, en lugar de verse las cimas de las montañas como «destruidas», los ciudadanos debían verlas como si hubiesen sido «abiertas». La tierra recién aplanada era tierra nueva edificable. Si bien la mayor parte de la población del estado era partidaria de la industria carbonífera, casi todos se dieron cuenta de que aquella idea era absurda. Esos altiplanos nuevos y maravillosamente útiles por lo general se hallaban en medio de la nada y a menudo incluían embalses de residuos fangosos o balsas de vertidos químicos, que no era la clase de vecinos que nadie deseaba.

Pero una cárcel era idónea para presentarla como recuperación de tierras en un lugar remoto. Y a nadie le habían preocupado especialmente los posibles peligros medioambientales a los que acaso los residentes se enfrentarían. Así fue como el monte Lion Head se convirtió en el enclave de la prisión de máxima seguridad de Lion Head.

La verja del presidio, explicó Celia, estaba abierta, y la puerta de la entrada, también. Ella, Millie, Nell Seeger y las demás habían entrado. Casi todos los miembros de la partida de exploración salida de Nuestro Sitio eran reclusas recién liberadas y personal de la cárcel, y sentían curiosidad por saber cómo vivía la otra mitad. En general, resultaba bastante confortable.

Pese a lo mucho que apestaba a cerrado y a las grietas en el suelo y las paredes, estaba libre de humedades; y el equipamiento de las celdas parecía nuevo.

—Sentimos cierto *déjà vu* —admitió Celia—, pero también tenía su lado divertido, ¿sabéis?

La última noche había sido tranquila. Por la mañana, Celia bajó un trecho por la montaña en busca de un sendero que pudiera ahorrarles parte de la caminata, evitándoles tener que desandar el largo y tortuoso camino hasta Eagle. Para sorpresa de Celia, recibió una llamada en su walkie-talkie de juguete.

—¡Celia! ¡Creo que vemos a alguien! —Era Nell.

—¿Cómo? —contestó Celia—. Repítelo.

—¡Estamos dentro! ¡Dentro de la cárcel! Las ventanas al final de su versión de Broadway están sucias, ¡pero hay una mujer en una de las celdas de confinamiento! ¡Está tumbada debajo de una manta amarilla! ¡Parece que se mueve! Millie está buscando la manera de abrir la puerta sin electricidad, para... —En ese momento se cortó la transmisión.

Sobresaltó a Celia un descomunal retumbo en la tierra. Abrió los brazos para evitar perder el equilibrio. El walkie-talkie de juguete salió volando de su mano y se hizo añicos contra el suelo.

Celia regresó a lo alto de la pista —le ardían los pulmones y le temblaban las piernas— y cruzó la verja de la cárcel. El polvo flotaba como nieve en el aire; tuvo que taparse la boca para no asfixiarse. Lo que vio era difícil de asimilar, y más difícil aún de aceptar. El terreno estaba destruido, surcado de grietas como después de un terremoto. La tierra desplazada permanecía suspendida en el aire. Celia, con los ojos entornados, reducidos prácticamente a rendijas, tropezó y cayó de rodillas varias veces. Buscó a tientas cualquier cosa sólida donde agarrarse. Gradualmente, cobró forma el contorno

rectangular de la unidad de ingresos de Lion Head, de dos plantas de altura, y más allá, nada. No se veía tierra más allá de la unidad de ingresos, ni el resto de la prisión. El altiplano se había desintegrado y había cedido. El nuevo centro de máxima seguridad se había despeñado por la otra ladera de la montaña como un enorme niño de piedra por un tobogán. La unidad de ingresos parecía los decorados de un plató de cine, solo fachada sin nada detrás.

Celia no se atrevió a acercarse al borde para mirar abajo, pero alcanzó a ver restos del desastre: enormes bloques de cemento amontonados al pie, en medio de un pantano de partículas de polvo.

—Así que he vuelto sola —dijo Celia— lo más rápido que he podido.

Tomó aire y, rascándose, se desprendió barro de la mejilla. Las mujeres que la escuchaban, una docena que habían acudido apresuradamente a su lugar de encuentro en el supermercado Shopwell cuando corrió la voz de que Celia había vuelto, guardaron silencio. Las otras no regresarían.

—Recuerdo haber leído que existía cierta controversia sobre el relleno utilizado bajo esa cárcel descomunal —comentó Janice—. Algo así como que el terreno era demasiado blando para tanto peso. Según contaban, la compañía carbonífera no se tomó muchas molestias al apisonar la tierra. Los ingenieros del estado estaban estudiando la situación...

Celia soltó el aire, en un largo suspiro, y prosiguió distraídamente.

—Nell y yo siempre mantuvimos una relación informal. Yo no esperaba que durase fuera de la cárcel. —Se sorbió la nariz, solo una vez—. Así que seguramente no debería sentirme tan triste, pero ya veis: me muero de tristeza.

Siguió un silencio.

—Tengo que ir allí —dijo Lila finalmente.

—¿Quieres compañía? —Se ofreció Tiffany Jones.

Lo que estaban haciendo era una locura, dijo Coates.

—Una puta *locura*, Lila. Marcharos para jugar en medio de una avalancha.

Había acompañado a Lila y a Tiffany Jones hasta Ball's Hill Road. Las dos expedicionarias tiraban de un par de caballos.

—No vamos a jugar en medio de una avalancha —contestó Lila—. Vamos a jugar entre los escombros de una avalancha.

—Y ver si ha sobrevivido alguien —añadió Tiffany.

—¿Es broma? —Janice tenía la nariz como un tomate a causa del frío. Eso le daba un aspecto aún más oracular: el cabello blanco flotando detrás de ella, las encendidas mejillas en carne viva, tan resplandecientes como bengalas. Solo le faltaba el báculo nudoso y un ave de presa posada en el hombro—. Se despeñaron por la ladera de una *montaña*, y la cárcel les cayó *encima*. Están *muertas*. Y si vieron a una mujer dentro, también está muerta.

—Eso ya lo sé —respondió Lila—. Pero si vieron a una mujer en Lion Head, quiere decir que hay más mujeres fuera de Dooling. Saber que no estamos solas en este mundo... sería extraordinario.

—¡No muráis! —gritó la directora de la cárcel a sus espaldas mientras ascendían por Ball's Hill.

—Ese es el plan —contestó Lila.

Junto a ella, Tiffany agregó con tono más rotundo:

—No moriremos.

Tiffany había montado a caballo durante toda su infancia. Su familia tenía un manzanar con una zona de columpios, cabras que alimentar, un puesto de perritos calientes y ponis que alquilar.

—Yo montaba a todas horas, pero... en mi familia había también otras cosas... el lado negativo, podríamos decir. No todo eran ponis. Empecé a meterme en problemas y dejé de montar.

Esos problemas no eran un misterio para Lila, que había detenido personalmente a Tiff en más de una ocasión. Aquella Tiffany Jones guardaba asombrosamente poco parecido con esa otra. La mujer que montaba a horcajadas el enorme ruano junto a la yegua blanca de Lila, más pequeña, tenía el cabello castaño rojizo y el rostro redondo, y llevaba un sombrero vaquero blanco que no habría desentonado en un rancharo de una película de John Ford. Poseía un dominio de sí misma muy distinto del de la desdichada drogadicta a quien Truman Mayweather maltrataba en la caravana, cerca de su laboratorio de meta hacía ya mucho tiempo y en un lugar muy lejano.

Y estaba embarazada. Lila se lo había oído mencionar a Tiffany en una Reunión. A eso se debía, al menos en parte, su buen color, pensó Lila.

Anocheceía. Pronto tendrían que parar. Maylock se hallaba a la vista: un despliegue de edificios oscuros y desdibujados en un valle a unos tres kilómetros de distancia. La partida de exploración había estado allí y no había encontrado a nadie, ni hombre ni mujer. Al parecer solo quedaba vida humana en Dooling. A menos que de verdad hubiese habido una mujer en la prisión de hombres.

—Parece que te va bastante bien —comentó Lila con cautela—. Ahora.

Tiffany dejó escapar una risa cordial.

—En el más allá se te aclaran las ideas. No quiero drogas, si te refieres a eso.

—¿Eso piensas? ¿Que esto es el más allá?

—En realidad, no —contestó Tiffany, y no volvió a sacar el tema hasta que estuvieron acostadas en los sacos de dormir bajo el armazón de una gasolinera que también había sido abandonada en el otro mundo.

—O sea —dijo Tiffany—, se supone que el más allá es el cielo o el infierno, ¿no?

A través del cristal laminado, veían a los caballos, amarrados a los viejos surtidores. Sus pelajes relucían en el claro de luna.

—Yo no soy creyente —dijo Lila.

—Yo tampoco —contestó Tiffany—. Bueno, no creo en ángeles ni demonios, así que saca tus propias conclusiones. Pero ¿no es esto algo así como un milagro?

Lila pensó en Jessica y en Roger Elway. Su hija, Platinum, crecía deprisa, gateaba por todas partes. (La hija de Elaine Nutting, Nana, había quedado prendada de Plat —un apodo feo, pero todas la llamaban así; probablemente algún día la pequeña las odiaría por ello— y la llevaba a todas partes en una sillita oxidada.) Lila se acordó de Essie y Candy. Se acordó de su marido y su hijo, y de toda su vida, que ya no era su vida.

—Algo así —convino Lila—. Supongo.

—Perdona. «Milagro» no es la palabra exacta. Lo único que digo es que no nos va mal, ¿no? Entonces no es el infierno, ¿no? Estoy limpia. Me siento bien. Tengo estos magníficos caballos, cosa que no había imaginado ni en mis sueños más delirantes. ¿Alguien como yo cuidando de animales como estos? Imposible —Tiffany arrugó la frente—. Estoy centrándolo todo en mí, ¿no? Sé que tú has perdido mucho. Sé que aquí la mayoría de las mujeres han perdido mucho, y yo simplemente no tenía nada que perder.

—Me alegro por ti. —Y así era. Tiffany Jones se había merecido algo mejor.

Bordearon Maylock y continuaron a caballo por las orillas del crecido río Dorr's Hollow. En el bosque, una jauría de perros se congregó en un montículo para observarlas cuando pasaban. Eran seis o siete, pastores alemanes y labradores, con la lengua fuera, el aliento empañado. Lila sacó la pistola. Debajo de ella, la yegua blanca sacudió la cabeza y cambió de paso.

—No, no —dijo Tiffany. Alargó una mano y acarició la oreja a la yegua. Habló con voz suave pero firme, sin arrullarla—. Lila no va a disparar esa pistola.

—Ah, ¿no? —Lila permaneció atenta al perro del medio.

El animal tenía el pelo erizado, gris y negro, los ojos disparejos, uno azul y otro amarillo, y su boca parecía especialmente grande. Lila, por norma, no era dada a dejar volar la imaginación, pero tuvo la impresión de que ese perro tenía la rabia.

—Seguro que no. Pretenden perseguirnos. Pero nosotras vamos a lo nuestro. No queremos jugar a que nos persigan. Simplemente seguimos por nuestro camino. —Tiffany mantenía un tono despreocupado y convencido.

Lila pensó que si Tiffany no sabía qué estaba haciendo, sí *creía* saberlo. Continuaron avanzando a través de la maleza. Los perros no las siguieron.

—Tenías razón —dijo después Lila—. Gracias.

Tiffany dijo que no había de qué.

—No lo he hecho por ti. No te lo tomes a mal, pero no voy a permitir que asustes a mis caballos, jefa.

Cruzaron el río y evitaron la pista de montaña que habían tomado las otras para subir a lo alto. En lugar de eso, continuaron por el terreno bajo. Descendieron a un valle que formaba la brecha entre lo que quedaba de Lion Head, a la izquierda, y la pared de otro precipicio, a la derecha, pronunciada y escabrosa, con zonas de tierra ocre asomando entre marañas de matorrales y rocas. Se percibía un penetrante olor metálico que les producía un cosquilleo en la garganta. Terrones sueltos se desprendían, y las piedras incrustadas creaban un eco potente en la hondonada entre los dos precipicios.

Amarraron los caballos a unos doscientos metros de las ruinas de la cárcel y se acercaron a pie.

—Una mujer de otro sitio —dijo Tiffany—. ¿No sería extraordinario?

—Sí —coincidió Lila—. Pero encontrar a algunas de las nuestras aún vivas sería mejor todavía.

Fragmentos de mampostería, algunos tan altos y anchos como camionetas de mudanzas, permanecían empotrados a gran altura en la parte trasera de Lion Head, hundidos en la tierra como cenotafios enormes. Pese a lo sólidos que parecían, a Lila no le costó imaginar que se desprendían por efecto de su propio peso y se precipitaban al vacío para sumarse a los escombros del fondo.

La parte central de la cárcel había caído hasta abajo del todo y se había plegado sobre sí misma, formando una figura vagamente similar a una pirámide. Resultaba impresionante que se hubiese conservado una porción tan grande de la parte central del edificio después del corrimiento de tierras... y a la vez, en cierto modo, siniestro, por lo descifrable, como si se tratara de una casa de muñecas aplastada por un gamberro. Púas de acero desiguales sobresalían del hormigón y descomunales terrones surcados de raíces se habían amontonado sobre otras zonas de cascotes. En los contornos de esa

nueva estructura no planificada, se veían brechas quebradas en el hormigón por las que se atisbaba el negro interior. Por todas partes había árboles tronchados, troncos de ocho o diez metros en pedazos.

Lila se puso una mascarilla quirúrgica que llevaba.

—Quédate aquí, Tiffany.

—Quiero ir contigo. No tengo miedo. Dame una. —Tendió la mano para que le entregara una mascarilla.

—Ya sé que no tienes miedo. Solo quiero que alguien pueda volver si esto se me cae en la cabeza, y tú eres la experta en caballos. Yo soy solo una expoli. Además, las dos sabemos que tú vives por dos.

En la abertura más cercana, Lila se detuvo para despedirse con un gesto. Tiffany no la vio; había vuelto con los caballos.

11

La luz se filtraba en el interior del presidio en forma de sables que horadaban el hormigón aplastado. Lila descubrió que estaba caminando por una pared, pisando las puertas de acero cerradas de las celdas. Todo se hallaba girado un cuarto. El techo quedaba a su derecha. Lo que habría sido la pared izquierda era el techo, y el suelo quedaba a su izquierda. Se vio obligada a agachar la cabeza para deslizarse por debajo de la puerta abierta de una celda, que colgaba como una trampilla. Oyó golpeteos, goteos. Bajo sus botas crujían la piedra y el cristal.

Un obstáculo compuesto de roca, tuberías destrozadas y fragmentos de material aislante le impidió seguir avanzando. Recorrió el entorno con el haz de la linterna. Por encima de su cabeza, vio el rótulo **Nivel A** estampado en pintura roja. Lila retrocedió hasta el lugar donde la puerta colgaba. Después

de dar un salto y agarrarse al marco, se encaramó al interior de la celda. En la pared opuesta a la puerta colgante, se había abierto un agujero. Lila se acercó con cuidado a la brecha. Se encogió y la franqueó. Salientes de hormigón roto se le engancharon a la espalda de la camisa y se la rasgaron.

En su cabeza oyó la voz de Clint, que preguntaba si no creía acaso —*solo acaso*, y no te tomes esto como una acusación— que en esas circunstancias era necesario reconsiderar el equilibrio entre el riesgo y la recompensa.

Hablemos claro, ¿quieres, Lila? El riesgo radica en que estás adentrándote en un edificio en ruinas sin afianzar al pie de una montaña sin afianzar. Además, ahí fuera hay unos condenados perros salvajes, desquiciados, a juzgar por su aspecto, y una drogadicta embarazada esperándote —o sin esperarte— con los caballos. Y tú tienes —tampoco es una crítica, solo señalo un hecho, cariño— cuarenta y cinco años. Todo el mundo sabe que la edad óptima para que una mujer ande a rastras por un edificio en ruinas inestable y sin afianzar oscila entre los poco menos de veinte y poco menos de treinta años. Estás fuera del grupo objetivo. Todo se suma para crear un riesgo de muerte significativo, una muerte horrible o una muerte inimaginablemente horrible.

En la celda contigua, Lila tuvo que subirse a un inodoro de acero maltrecho y después descolgarse por otra abertura en el suelo que antes fuera la pared derecha. Se le torció el tobillo de manera extraña al caer, y tuvo que agarrarse para no perder el equilibrio. Se cortó en la mano con algo metálico.

La herida en la palma era un tajo profundo y rojo. Seguramente necesitaría un par de puntos. Debería volver, aplicarse un poco de pomada y un vendaje adecuado del botiquín que llevaban.

Sin embargo, Lila optó por arrancar un jirón de su camisa y envolverse la mano. Con la linterna, iluminó otro rótulo en la pared: **Módulo de seguridad**. Iba bien encaminada. Parecía el lugar donde habían visto a la mujer en la

celda. Lo malo era que el pasillo se encontraba por encima de su cabeza, un pozo ascendente. Pero lo peor era la pierna que vio en un rincón escorado, cercenada de manera irregular cinco centímetros por encima de la rodilla. Vestía pana verde. Nell Seeger llevaba un pantalón de pana verde cuando la expedición había partido rumbo a Eagle.

—Esto no voy a contárselo a Tiff —dijo Lila. Oír su propia voz la sobresaltó al tiempo que la reconfortaba—. No serviría de nada.

Lila apuntó hacia arriba con el haz. El módulo de seguridad de Lion Head se había convertido en una ancha chimenea. Enfocó con la luz a derecha e izquierda, en busca de un camino por donde seguir, y le pareció ver uno. El falso techo del módulo era de paneles abatibles, y todos los paneles se habían desprendido en el corrimiento de tierra, pero la retícula de acero permanecía en su sitio. Semejaba un enrejado. O los peldaños de una escalera de mano.

En cuanto a la recompensa, continuó Clint, quizá encuentres a alguien. Quizá. Pero sé sincera contigo misma. Sabes que estas ruinas están vacías, igual que el resto del mundo. Aquí no encontrarás nada más que los cadáveres de las mujeres que acompañaban a Nell. Que esa pierna seccionada las representa a todas. Si hubiera más mujeres en el mundo que llamáis Nuestro Sitio, a estas alturas ya habrían anunciado su existencia. Como mínimo habrían dejado algún rastro. ¿Qué crees que tienes que demostrar? ¿Que las mujeres también pueden ser hombres Marlboro?

Tuvo la impresión de que Clint, ni siquiera en su imaginación, era capaz de decir sin más que temía por ella. No podía dejar de tratarla como a una de sus pacientes encarceladas, de lanzarle preguntas orientativas como si fueran la pelota en el juego del balón prisionero.

—Márchate, Clint —dijo Lila, y asombrosamente él obedeció.

A sus pies había varios papeles, y unas cuantas fotografías de la pared de la celda de un recluso. Lila examinó una foto de un preso sonriente en compañía

de su mujer y una niña de corta edad frente a un telón de fondo de Disneylandia. Cuidadosamente la dejó a un lado y utilizó papeles rasgados para confeccionarse una venda de cartón piedra con la que cubrirse la herida a fin de contener el sangrado.

Alzó los brazos y se agarró a la varilla inferior de la retícula del techo. Se combó, pero no se rompió. Le dolió la mano y sintió que la sangre escapaba por los bordes de la compresa de papel, pero siguió colgada y tiró hacia arriba, muy recta. Afianzó la bota en el travesaño y empujó. La varilla volvió a combarse... y aguantó. Lila alargó los brazos, tiró, se impulsó con los pies. Comenzó a ascender por los peldaños de la retícula. Cada vez que llegaba al nivel de la puerta de una celda, se sujetaba con la mano izquierda, ilesa, y, balanceándose en el aire, apuntaba la linterna con la mano derecha herida. No vio a ninguna mujer a través del cristal reforzado con malla de alambre de la parte superior de la primera puerta, a ninguna en la segunda, a ninguna en la tercera; lo único que vio fueron los armazones de las camas en lo que antes fueran los suelos. Le palpitaba la mano. La sangre le goteaba dentro de la manga. Nada en la cuarta celda, y tuvo que detenerse a descansar, pero no demasiado tiempo, y desde luego no podía mirar abajo en la oscuridad. ¿Existía algún truco para esa clase de esfuerzos? ¿Algo que Jared le había mencionado sobre las carreras campo a través, algo que una debía decirse? Ah, sí, de pronto se acordó. «Cuando empiezo a sentir una opresión en los pulmones —había explicado Jared—, hago como si hubiera chicas mirándome, y pienso que no puedo defraudarlas.»

A ella no le servía de gran cosa. Sencillamente tendría que seguir adelante.

Lila trepó. La quinta celda solo contenía una cama, un lavabo y un inodoro colgante. Nada más.

Había llegado a una T. A la izquierda, al otro lado del pozo, se extendía otro pasillo. A lo lejos, al final del pasillo, el haz de luz de la linterna enfocó

lo que parecía una pila de ropa sucia: un cuerpo o varios, pensó, los restos de las otras exploradoras. ¿Era ese el anorak de Nell Seeger? Lila no estaba segura, pero, a pesar del frío, ya olía a descomposición. Habían sido zarandeadas hasta partirse y luego probablemente habían sido zarandeadas un poco más. Y no eran más que muñecas rotas, y no podía hacerse otra cosa que dejarlas allí.

Algo se movió en medio de la pila, y Lila oyó un chillido. Al parecer las ratas de la cárcel habían sobrevivido al tumulto.

Lila trepó un poco más. Cada varilla metálica de la retícula cedía más bajo su peso, crujía más tiempo y con un sonido más agudo cada vez que se impulsaba. La sexta celda estaba vacía, como también la séptima, la octava y la novena. Todo está siempre en el último sitio donde miras, ¿no? Siempre al fondo del último estante del armario. Siempre en la última carpeta de la pila. Siempre en el bolsillo más pequeño y menos usado de la mochila.

Si se caía entonces, al menos moriría en el acto.

Siempre —siempre, siempre, siempre— caías desde la varilla más alta de la retícula del techo que utilizabas a modo de escalera en el pasillo de la prisión de máxima seguridad, que se había venido abajo en un corrimiento de tierra junto con los inestables restos de una antigua montaña de carbón.

Pero decidió que no se rendiría. Había matado a Jessica Elway en defensa propia. Había sido la primera mujer jefa de policía de la historia del condado de Dooling. Había colocado unas esposas a los hermanos Griner, y cuando Low Griner la mandó a la mierda, ella se rio en su cara. Unos cuantos metros más no iban a detenerla.

Y no la detuvieron.

Se inclinó hacia la oscuridad, como si la soltara un compañero de baile, se balanceó y dirigió el haz de luz a través de la ventana de la puerta de la décima celda.

La muñeca hinchable había quedado con la cara contra el cristal. Sus labios de color rojo cereza, confeccionados para la felación, formaban un arco en una expresión de sorpresa; sus ojos eran de un azul ingenuo y seductor a lo Betty Boop. Por efecto de una corriente de aire procedente de algún sitio, movió su cabeza vacía en un gesto de asentimiento y encogió los hombros de color rosa. En una etiqueta pegada a su cabeza se leía: «¡Felices cuarenta, Larry!».

12

—Vamos, Lila —dijo Tiffany. Su voz se elevó desde el fondo del pozo—. Da un solo paso y ya te preocuparás después del siguiente.

—Vale —consiguió responder Lila.

Se alegraba de que Tiffany no le hubiese hecho caso. A decir verdad, no sabía si se había alegrado tanto de muchas más cosas en su vida. Tenía la garganta seca; le daba la impresión de que la piel le quedaba demasiado ajustada en torno al cuerpo; le ardía la mano. Sin embargo, la voz procedente de abajo era otra vida. Esa escalera oscura no tenía por qué ser el final.

—Muy bien. Ahora: un paso —dijo Tiffany—. Solo tienes que dar un paso. Por ahí se empieza.

13

—Una muñeca hinchable para follar —dijo Tiffany, maravillada, más tarde—. Vaya una gilipollez de regalo de cumpleaños. ¿Les dejaban tener mierdas como esa aquí dentro?

Lila se encogió de hombros.

—Yo solo sé lo que he visto. Seguramente detrás hay una historia, pero nunca la conoceremos.

Cabalgaron todo el día y durante la noche. Tiffany quería que una de las mujeres de Nuestro Sitio con experiencia en enfermería le limpiara cuanto antes la mano a Lila. Esta dijo que no le pasaría nada, pero Tiff insistió.

—Le he asegurado a esa bruja que dirigía la cárcel que no moriríamos. Eso significa *ninguna* de las dos.

Habló a Lila del apartamento que tenía en Charlottesville antes de que la adicción a la meta arrasara poco más o menos su última década. Tenía un montón de helechos. Además, los muy cabrones habían crecido bien.

—Eso es vivir como es debido, tener plantas de interior grandes —dijo Tiffany.

Semidesplomada en la silla, con el agradable balanceo del caballo, Lila tuvo que esforzarse para no dormirse y posiblemente caerse.

—¿Cómo?

—Mis helechos —repitió Tiffany—. Te estoy obsequiando con la historia de mis helechos para que no te me desmayes.

Al oír esto, a Lila le entraron ganas de reír, pero lo único que salió de ella fue un gemido. Tiffany le dijo que no estuviera triste.

—Podemos conseguirte algunos. Hay helechos por todas partes, joder. Son muy comunes.

Más tarde, Lila preguntó a Tiffany si esperaba tener un niño o una niña.

—Me basta con que sea un crío sano —contestó Tiffany—. Lo mismo me da, siempre y cuando esté sano.

—¿Por qué no le pones «Helecho» si es niña?

Tiffany se echó a reír.

—¡Así me gusta!

Dooling apareció a la vista al amanecer, con los edificios flotando en una

neblina azul. El humo se elevaba en espiral desde el aparcamiento situado detrás de los escombros del Squeaky Wheel. Allí tenían encendida una fogata comunal. La electricidad seguía siendo un bien escaso, así que cocinaban al aire libre siempre que era posible. (El Squeaky había resultado ser una excelente fuente de combustible. Estaban desmantelando poco a poco el tejado y las paredes.)

Tiffany las guio hacia el fuego. Había allí diez o doce mujeres, sin forma definida a causa de los gruesos abrigos, gorros y guantes. Dos grandes cafeteras hervían sobre la ancha fogata.

—Bienvenidas a casa. Tenemos café. —Coates se separó del grupo.

—A diferencia de nosotras, que no tenemos nada —contestó Lila—. Lo siento. En el módulo de seguridad solo había una muñeca follable tipo Farrah. Si vive alguien más en este mundo, sigue sin haber el menor rastro. Y las demás... —Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n.

—¿Señora Norcross?

Todas se volvieron para mirar a la nueva, que haba llegado el dfa anterior. Lila avanz6 un paso hacia ella y se detuvo.

—¿Mary Pak? ¿Eres t6?

Mary se acerc6 a Lila y la abraz6.

—Hace un momento estaba con Jared, sefiora Norcross. He pensado que querria usted saberlo: est6 bien. O lo estaba la 6ltima vez que lo he visto. Eso ha sido en el desv6n de la casa piloto de su barrio, antes de dormirme.

Tig Murphy fue el funcionario a quien Clint se lo contó primero, la verdad sobre Evie y sobre lo que había dicho: que todo parecía depender de si Clint podía mantenerla con vida o no, pero que ella no saldría en su propia defensa más que Jesús cuando lo llevaron a rastras ante Poncio Pilato. Para acabar, Clint añadió:

—He mentido porque no me he visto capaz de contar la verdad. La verdad es tan grande que se me atragantaba.

—Ajá. ¿Sabe que yo daba clases de Historia en un instituto, doctor? —De hecho, Tig lo estaba mirando de una manera que a Clint le recordaba claramente al instituto. Era la mirada de alguien que dudaba de la veracidad de una autorización para salir de clase. Era la mirada de alguien que quería comprobar si se te dilataban las pupilas.

—Sí, ya lo sabía —dijo Clint. Se había llevado al funcionario a la lavandería para poder hablar en privado.

—Fui el primero de mi familia que acabó una carrera universitaria. Hacer pasar malos ratos a las presas en una cárcel de mujeres para mí no ha sido precisamente un ascenso en el escalafón. Pero debe saber que he visto la atención que dedica usted a esas chicas. Y sé que, aunque muchas han hecho cosas terribles, la mayoría de ellas no son del todo malas. Así que quiero ayudar... —El funcionario hizo una mueca y se pasó la mano por las entradas del pelo. Se veía en él al profesor que había sido; era fácil representárselo paseándose de acá para allá, hablando de la gran diferencia entre la leyenda

de los Hatfield y los McCoy y los hechos históricos de la contienda, hundiéndose los dedos cada vez más en el pelo a medida que se emocionaba con el tema.

—Pues ayude —dijo Clint.

Si ninguno de los funcionarios accedía a quedarse, intentaría mantener la cárcel cerrada sin ellos, y no lo lograría. Terry Coombs y el nuevo disponían de lo que quedaba del cuerpo de policía. Podían reunir a más hombres si era necesario. Clint había visto que Frank Geary inspeccionaba las alambradas y las verjas en busca de puntos débiles.

—¿De verdad se lo cree? ¿Cree que esa mujer es... mágica? —Tig pronunció la palabra «mágica» tal como Jared pronunciaba la expresión «en serio», como en la frase «*¿En serio quieres ver mis deberes?*».

—Creo que tiene cierto poder sobre esto que está ocurriendo y, lo que es más importante, creo que los hombres que hay fuera de esta cárcel también lo creen.

—Cree que es mágica. —Tig le dirigió de nuevo esa mirada de profesor receloso: «Chico, ¿vas muy colocado?».

—La verdad es que sí —contestó Clint, y levantó la mano para impedir que Tig hablara, al menos de momento—. Pero, incluso si me equivoco, debemos defender esta cárcel. Es nuestra obligación. Tenemos que proteger a todas nuestras presas. No me fío de que Terry Coombs, borracho como está, se limite a *hablar* con Eve Black, y lo mismo digo de Frank Geary o de cualquier otro. Usted ya la ha oído. Loca o no, tiene verdadero talento para sacar de quicio a la gente. Seguirá haciéndolo hasta que alguno pierda los papeles y la mate. Alguno o todos ellos. Quemarla en la hoguera no queda del todo descartado.

—Eso no lo dirá en serio.

—La verdad es que sí. ¿Le suenan de algo las Brigadas del Soplete?

Tig se apoyó en una de las lavadoras industriales.

—De acuerdo.

Clint de buena gana lo habría abrazado.

—Gracias.

—En fin, ese es mi trabajo, por absurdo que sea, usted ya lo sabe, pero bueno, de nada. ¿Cuánto tiempo cree que tendremos que aguantar?

—No mucho. Unos días a lo sumo. Al menos eso dice ella. —Cayó en la cuenta de que hablaba de Eve Black como un griego antiguo hablaría de una deidad colérica. Era descabellado, y sin embargo tenía la sensación de que no podía ser más cierto.

2

—Alto ahí, alto ahí, alto ahí —dijo Rand Quigley cuando Clint terminó de repetirlo todo por segunda vez—. ¿Esa mujer va a acabar con el mundo si la entregamos a la policía?

Era casi con toda exactitud lo que Clint creía, pero prefería plantearlo de manera un poco más sutil.

—Sencillamente no podemos permitir que la policía del pueblo se la lleve, Rand. La conclusión es esa.

Rand parpadeó, sus claros ojos castaños detrás de las gruesas lentes cuadradas, con las cejas, unidas en un único trazo, en el puente de las gafas, posadas como un gusano rollizo.

—¿Y qué pasa con el Centro de Control y Prevención de Enfermedades? ¿No estaba usted en contacto con ellos?

Tig planteó esto último de forma abierta.

—Era mentira. El doctor se lo inventó para que nos quedáramos.

Aquí es donde perdemos a Rand, pensó Clint. Adiós, caballero, ha sido un placer, espero que encuentre su paraíso. Pero Rand se limitó a mirar a Clint y después otra vez a Tig.

—¿No ha llegado a ponerse en contacto con ellos?

—No —contestó Clint.

—¿Ni una sola vez?

—Bueno, me saltó un contestador un par de veces.

—Joder —dijo Rand—. Pues sí que estamos bien.

—Tú lo has dicho, colega —terció Tig—. ¿Aún podemos contar contigo? ¿Por si alguien quiere armar jaleo?

—Sí —contestó Rand, aparentemente ofendido—. Claro que sí. Ellos controlan el pueblo; nosotros controlamos la cárcel. Así tiene que ser.

El siguiente fue Wettermore. La situación en su conjunto le causó gracia, con cierta amargura pero no sin sinceridad.

—No me sorprendería lo más mínimo que la Guerrera Matadrogatas fuera mágica. No me extrañaría que conejos con relojes en el bolsillo empezaran a pasar brincando por aquí. Lo que me está contando es más delirante que Aurora. Para mí, no cambia nada. Yo me quedo aquí mientras esto dure.

Fue Scott Hughes, a sus diecinueve años el más joven del grupo, quien entregó las llaves, el arma, la táser y el resto del equipo. Si el Centro de Control y Prevención de Enfermedades no iba a llevarse a Eve Black, él no se quedaba. No era el caballero blanco de nadie; era un cristiano normal y corriente bautizado en la iglesia luterana, allí mismo, en Dooling, y rara vez fallaba un domingo.

—Me caéis todos bien. No sois como Peters o alguno de los otros gilipollas que trabajan aquí. Y no me importa que Billy sea gay o que Rand sea medio retrasado. Son buena gente.

Clint y Tig lo habían seguido a través de la zona de ingresos hasta la puerta

de entrada de la cárcel y el patio para intentar disuadirlo.

—Y Tig, tú siempre has sido buen tío. También tengo un buen concepto de usted, doctor Norcross. Pero no pienso morir aquí.

—¿Quién ha hablado de morir? —preguntó Clint.

El joven llegó a su furgoneta, provista de ruedas enormes.

—Sea realista. ¿A quién conoce en este pueblo que no tenga un arma? ¿A quién conoce en este pueblo que no tenga dos o tres?

Era verdad. En la región de los Apalaches, incluso en el extrarradio (y decir «extrarradio» podría ser un tanto exagerado; en Dooling había un Foot Locker y un Shopwell, pero el cine más cercano estaba en Eagle), casi todo el mundo tenía un arma.

—Y en serio, doctor Norcross, he estado en la oficina del sheriff. Tienen un armero lleno de M4. Además de otras cosas. Si los escuadrones de justicieros se presentan después de saquear el armero, no se ofenda, pero usted y Tig pueden coger esas Mossberg que tenemos aquí y metérselas por el culo.

Tig se hallaba junto al hombro de Clint.

—Así que ¿te marchas sin más?

—Sí —contestó Hughes—. Me marchó sin más. Alguien tiene que abrirme la verja.

—Mierda, Tig —dijo Clint, lo cual era la señal.

Tig suspiró, pidió disculpas a Scott Hughes —«Lo siento mucho, tío»— e inmovilizó a su colega con una descarga de taser. Era una posibilidad que habían analizado. Dejar marcharse a Scott Hughes planteaba serios problemas. No podían permitir que nadie contara a la gente del pueblo que disponían de efectivos tan escasos o describiera las limitaciones del armamento de la cárcel. Porque Scott tenía razón, el armero de la cárcel dejaba mucho que desear: una docena de escopetas Mossberg 590, perdigones para cargarlas y el arma de mano personal de cada funcionario, una pistola del calibre 45.

Los dos hombres permanecieron de pie junto a su colega, que se retorció en el asfalto del aparcamiento.

Clint, incómodo, se acordó del jardín trasero de la casa de los Burtell, las Peleas de los Viernes por la Noche, Jason, su hermano de acogida, tendido en la tierra con el pecho desnudo junto a las zapatillas mugrientas de Clint. Jason tenía bajo el ojo una marca roja del tamaño de una moneda, dejada por el puño de Clint. Moqueando, masculló desde el suelo: «No pasa nada, Clint». Los adultos vitoreaban y reían desde sus tumbonas, brindando con sus latas de Falstaff. Aquella vez Clint se ganó el batido. ¿Qué había ganado esta vez?

—En fin, maldita sea, hecho está —dijo Tig.

Tres días atrás, cuando habían tenido que ocuparse de Peters, Tig parecía un hombre en plena reacción alérgica, a punto de expulsar marisco tóxico del estómago. En ese momento parecía que solo tuviese una pizca de acidez. Se arrodilló, dio la vuelta a Scott y le inmovilizó las muñecas a la espalda.

—¿Lo dejamos en el módulo B, doctor?

—De acuerdo, supongo que sí. —Clint ni siquiera se había planteado dónde dejar a Scott, lo cual no aumentó precisamente su confianza en su propia capacidad para hacer frente a la situación en curso. Se puso en cuclillas para agarrar a Hughes por las axilas y ayudar a Tig a levantarlo y llevarlo adentro.

—Caballeros —dijo una voz desde el otro lado de la verja. Era una voz femenina, rebosante de valor, de agotamiento... y de satisfacción—. ¿Pueden permanecer en esa postura? Quiero sacar una buena foto.

Los dos hombres alzaron la vista, y sus expresiones eran la viva imagen de la culpabilidad; podrían haber sido soldados de la mafia a punto de enterrar un

cadáver. Michaela quedó incluso más complacida cuando echó un vistazo a su primera foto. La cámara que llevaba en el bolso era un Nikon muy básica, pero la imagen era nítida. Perfecta.

—¡Eh, piratas desastrados! —exclamó Garth Flickinger—. ¿Qué os traéis entre manos? Decid.

Michaela y él se habían detenido en un mirador cercano para probar el relámpago púrpura, y él estaba de lo más animado. También Mickey parecía haber hecho acopio de energía. Lo que a esas alturas era hacer mucho acopio.

—Mierda, doctor —dijo Tig—. Ahora sí que la hemos hecho buena.

Clint no contestó. Inmóvil, sostenía a Scott Hughes y miraba boquiabierto a los recién llegados, que se hallaban de pie ante un Mercedes maltrecho. Era como si, dentro de su cabeza, estuviera produciéndose un extraño corrimiento de tierras en sentido inverso, uno en el que las cosas se reagrupaban en lugar de desintegrarse. Quizá era así como la verdadera inspiración acudía a un gran científico o filósofo. Eso esperaba. Clint dejó caer a Scott, y el funcionario, desorientado, soltó un gemido de disgusto.

—¡Una más! —exclamó Michaela. Disparó—. ¡Y otra! ¡Bien! ¡Estupendo! Ahora, veamos, ¿qué estáis haciendo exactamente, chicos?

—¡Por la sangre de Cristo, esto es un motín! —exclamó Garth, en lo que acaso fuera una imitación del capitán Jack Sparrow en *Piratas del Caribe*—. ¡Han dejado inconsciente al primer oficial, y pronto lo obligarán a recorrer la pasarela! ¡Arrr!

—Cállate —replicó Michaela. Agarró la verja, que por suerte para ella no estaba electrificada, y la sacudió—. ¿Tiene esto algo que ver con la mujer?

—Estamos jodidos. —Tig dejó caer el comentario como si estuviera impresionado.

—Abra la verja —dijo Clint.

—¿Qué...?

—Ábrala.

Tig se encaminó hacia el puesto de control de la entrada. En el camino se detuvo y, con expresión dubitativa, se volvió para mirar por encima del hombro a Clint, quien asintió y le indicó con un gesto que siguiera. Clint se acercó a la verja, indiferente a los incesantes chasquidos de la cámara. La joven tenía los ojos enrojecidos, como cabía esperar tras cuatro días y tres noches de vigilia, pero su acompañante los tenía igual de rojos. Clint sospechaba que posiblemente habían compartido estimulantes ilegales. En su trance de repentina inspiración, esa era la menor de sus preocupaciones.

—Usted es la hija de Janice —dijo—. La periodista.

—Exacto, Michaela Coates. Michaela Morgan, para los espectadores. Y según creo, usted es el doctor Clinton Norcross.

—¿Nos conocemos? —Clint no lo recordaba.

—Lo entrevisté para el periódico del instituto. Debe de hacer ocho o nueve años.

—¿Le caí bien? —preguntó él. Dios santo, qué viejo era; y envejecía más a cada minuto.

Michaela ladeó una mano a uno y otro lado.

—Me pareció un poco raro que le gustara tanto trabajar en una cárcel. *En una cárcel con mi madre*. Pero eso da igual. ¿Qué pasa con esa mujer? ¿Se llama Eve Black? ¿Es verdad que se duerme y vuelve a despertar? Porque es lo que he oído.

—Eve Black es el nombre con el que se presenta —contestó Clint—, y sí, efectivamente se duerme y despierta con toda normalidad, aunque nada más en ella parece normal ni por asomo. —Clint sentía vértigo, como un hombre que camina por la cuerda floja con los ojos vendados—. ¿Le gustaría entrevistarla?

—¿Usted qué cree? —Por un momento dio la impresión de que Michaela no

estaba soñolienta en absoluto. Exhibía un entusiasmo febril.

Las verjas exterior e interior iniciaron su recorrido. Garth entrelazó su brazo con el de Michaela, y accedieron al espacio de seguridad intermedio, pero Clint alzó la mano.

—Hay condiciones.

—Dígalas —respondió Michaela, animosa—. Aunque, teniendo en cuenta las fotos que hay en mi cámara, quizá no le convenga ser demasiado codicioso.

—¿Han visto algún coche patrulla de la oficina del sheriff por aquí cerca?

Garth y Michaela negaron con la cabeza.

Ningún coche patrulla todavía. Nadie vigilaba la carretera de acceso procedente de West Lavin. Esa era una estratagema que Geary había pasado por alto, al menos de momento, y a Clint tampoco le sorprendía demasiado. Con Terry Coombs refugiándose en una petaca, su número dos, el tipo de Control Animal, debía de estar tanteando el terreno. Pero Clint dudaba que tardase mucho en caer en la cuenta. Tal vez ya hubiera alguien en camino. De hecho, debía dar por supuesto que era el caso, lo cual significaba que ir a buscar una pizza y comer con Jared quedaba descartado. Posiblemente a Geary no le gustaría la idea de que alguien entrase en la cárcel, pero desde luego no querría que nadie saliese. Por ejemplo, el problemático médico de la cabeza. Evie Black, acaso oculta en la parte de atrás de un furgón de la cárcel, era otro ejemplo.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Michaela.

—Tiene que ser breve —respondió Clint—. Y si oye lo que yo creo que va a oír y ve lo que yo creo que va a ver, debe ayudarme.

—Ayudarlo ¿con qué? —preguntó Tig cuando se reunió con ellos.

—Refuerzos —contestó Clint—. Armas. —Guardó silencio un momento—. Y mi hijo. Quiero aquí a mi hijo.

En el Olympia no había pastel. La mujer que preparaba los pasteles dormía envuelta en un capullo en la sala de descanso. Gus Vereen, que estaba tomando nota de los pedidos de los ayudantes del sheriff, dijo que andaba escaso de personal.

—He encontrado un trozo de tarta helada al fondo de la cámara frigorífica, pero no respondo de cómo esté. Lleva ahí desde hace un siglo.

—Yo la probaré —dijo Don, aunque le parecía un pobre sucedáneo (no había vergüenza mayor que un restaurante sin pasteles), pero como Frank Geary estaba al otro lado de la mesa, optó por portarse lo mejor posible.

En la mesa del fondo se hallaban los ayudantes Barrows, Rangle y Eric Blass, además de un viejo juez llamado Silver. Acababan de tomar un almuerzo asqueroso. Don había pedido el Haluski Special, que le había llegado flotando en un charco de grasa amarilla. Se lo había comido de todos modos, en parte por despecho, y algo le decía que se avecinaba un ataque de cagalera. Los demás comieron bocadillos y hamburguesas; ninguno pasó de la mitad. Prescindieron también del postre, lo cual tal vez fuera lo más inteligente. Frank había pasado media hora poniéndolos al corriente sobre lo que sabía de la situación en la cárcel.

—¿Crees que Norcross se la está tirando? —preguntó Don a bocajarro.

Frank entornó los párpados y lo fulminó con la mirada.

—Eso es improbable e intrascendente.

Don captó el mensaje y no pronunció otra palabra hasta que Gus Vereen se acercó a ver si necesitaban algo más.

En cuanto Gus se fue, tomó la palabra el juez Silver.

—¿Qué opciones crees que tenemos, Frank? ¿Cuál es la postura de Terry al

respecto? —Su señoría presentaba un tono de piel preocupantemente gris. Hablaba con voz acuosa, como si masticara tabaco.

—Nuestras opciones son limitadas. Podríamos esperar a que Norcross salga, pero a saber cuánto tardará. Es muy probable que en la cárcel haya abundantes provisiones.

—Es verdad —intervino Don—. No tienen solomillo de primera ni nada por el estilo, pero disponen de alimentos deshidratados hasta el fin de los tiempos.

—Cuanto más esperemos —prosiguió Frank—, más se propagarán las habladurías. Muchos de por aquí podrían plantearse tomar la iniciativa. — Esperó a que alguien dijera: «¿Acaso no es eso lo que estás haciendo tú?». Pero nadie dijo nada.

—¿Y si no esperamos? —preguntó el juez.

—Norcross tiene un hijo, y naturalmente ya conoce usted a su esposa.

—Una buena policía —afirmó el juez—. Cauta, concienzuda. Esa mujer se atiene al reglamento.

Eric, multado dos veces por exceso de velocidad a manos de la jefa Norcross, hizo una mueca de rechazo.

—Y ojalá pudiéramos contar con ella ahora —dijo Geary. Eso Don no se lo creyó ni por un segundo. Desde el principio, cuando Geary había agarrado a Don por la axila y lo había tratado como a una marioneta, vio que no era la clase de individuo que aceptaría un papel secundario—. Pero está en paradero desconocido, lo mismo que su hijo. Si estuvieran aquí, sugeriría que intentáramos animarlos para que convencieran a Norcross de que ponga fin a lo que sea que se trae entre manos con esa tal Black.

El juez Silver chasqueó la lengua y fijó la mirada en su taza de café. No la había tocado. Llevaba una corbata con un estampado de limones de vivo color amarillo, y el contraste con su piel resaltaba su aspecto enfermizo. Una

mariposa nocturna revoloteó alrededor de su cabeza. El juez la espantó, y la mariposa fue a posarse en uno de los globos de las lámparas colgadas del techo.

—Entonces... —empezó el juez Silver.

—Eso —dijo Don—. Entonces ¿qué hacemos?

Frank Geary meneó la cabeza y barrió de la mesa unas cuantas migas, que atrapó con la palma de la otra mano.

—Reunimos a un grupo de personas responsables. Quince o veinte hombres de fiar. Los equipamos. Debería haber chalecos antibalas suficientes en la comisaría. Y sabe Dios qué más. No es que hayamos tenido tiempo de hacer inventario.

—¿De verdad piensas...? —empezó a decir Reed Barrows con incertidumbre, pero Frank lo interrumpió.

—En todo caso hay cinco o seis fusiles de asalto. Deberían ponerse en manos de quienes sepan manejarlos. Todos los demás llevarán Winchester o sus armas reglamentarias, o lo uno y lo otro. Don nos facilitará un plano de la cárcel, cualquier detalle que pueda servirnos. Después haremos una demostración de fuerza y daremos a Norcross una oportunidad más para entregarla. Creo que cederá.

El juez preguntó lo evidente.

—¿Y si no cede?

—No creo que pueda detenernos.

—Eso me parece un tanto extremo, incluso dado lo extraordinario de las circunstancias —dictaminó el juez—. ¿Y qué hay de Terry?

—Terry está... —Frank echó las migas al suelo del restaurante.

—Está borracho, juez —contestó Reed Barrows.

Lo que ahorró a Frank tener que decirlo. Lo que dijo (adoptando una expresión lúgubre) fue:

—Hace lo que puede.

—Borracho es borracho —insistió Reed.

Vern Rangle opinó que era la pura verdad.

—Entonces... —El juez posó la palma en el ancho hombro de Frank y le dio un apretón—. Supongo que queda en tus manos, Frank.

Gus Vereen se acercó con el trozo de tarta helada de Don. El dueño del restaurante no parecía muy convencido. La porción estaba escarchada.

—¿Lo tienes claro, Don?

—¡Qué coño! —dijo Don.

Si las mujeres encargadas de hacer pasteles de ese mundo habían desaparecido, y a él seguía apeteciéndole algo dulce, iba a tener que arriesgarse más con lo que comía.

—¿Eh, Frank? —dijo Vern Rangle.

—¿Qué? —Sonó más a «¿Y ahora qué?».

—He pensado que quizá deberíamos mandar un coche patrulla a vigilar la cárcel. Por si el médico decide sacarla de allí y esconderla en algún sitio, ya me entendéis.

Frank se quedó mirándolo y de pronto se dio una palmada en la frente, un buen manotazo que sobresaltó a todos los demás.

—Dios santo. Tienes razón. Debería haberlo hecho ya.

—Yo iré —se ofreció Don, olvidándose de la tarta helada. Al levantarse apresuradamente, golpeó la mesa con los muslos, y las tazas repiquetearon en los platos. Le brillaban los ojos—. Eric y yo. Si alguien intenta entrar o salir, se lo impediremos.

Frank no sentía mucha simpatía por Don, y Blass era solo un crío, pero quizá diera igual. Al fin y al cabo, era una mera precaución. En realidad no creía que Norcross fuese a intentar sacar a la mujer de allí. Seguramente consideraba que estaba más a salvo donde se encontraba, tras los muros de la

cárcel.

—De acuerdo —dijo—. Pero si sale alguien, solo tenéis que cortarle el paso. Nada de desenfundar las armas, ¿entendido? Nada de tiroteos. Si se niegan a parar, los seguís. Y avisadme por radio cuanto antes.

—¿No a Terry? —preguntó el juez.

—No. A mí. Aparcad en la entrada de la carretera de acceso a la cárcel, en el cruce con West Lavin. ¿Queda claro?

—¿Queda claro! —contestó Don, muy metido en el papel—. Venga, compañero. Vámonos.

Cuando salían, el juez musitó:

—Lo indescriptible en persecución de lo incomedible.

—¿Cómo dice, juez? —preguntó Vern Rangle.

Silver negó con la cabeza. Tenía aspecto cansado.

—No tiene importancia. Caballeros, debo decir que, en general, no acaba de gustarme el cariz que está tomando esto. Me pregunto...

—¿Qué, Oscar? —preguntó Frank—. ¿Qué se pregunta?

Pero el juez no respondió.

5

—¿Cómo lo sabías? —Era Angel—. ¿Lo del bebé?

La pregunta obligó a Evie a apartar la atención del Olympia Diner, donde, desde los ojos de la mariposa posada en el globo de la lámpara, había estado observando a los hombres hacer sus planes. Y para mayor diversión, ocurría otra cosa, mucho más cerca. Clint tenía visita. Pronto también ella tendría visita.

Evie se incorporó y aspiró el aire del Centro Penitenciario de Dooling. El

hedor de los productos de limpieza industriales era de una intensidad espantosa; preveía morir pronto, y eso la entristecía, pero ya había muerto antes. Nunca era agradable, pero nunca había sido el final... aunque esa vez podía ser distinto.

El lado positivo, se dijo, es que ya no tendré que oler este lugar, esta mezcla de productos de limpieza y desesperación.

Y ella que había pensado que Troya apestaba: las pilas de cadáveres, las hogueras, las tripas de pescado expuestas en considerada ofrenda a los dioses —joder, chicos, muchas gracias, nada nos apetecía más que eso—, y los estúpidos aqueos marchando de acá para allá por la playa, negándose a lavarse, dejando que la sangre se ennegreciera al sol y oxidara la juntas de sus armaduras. Eso no era nada en comparación con la pestilencia ineludible del mundo moderno. Evie era joven y muy impresionable por aquel entonces, en los tiempos anteriores al desinfectante y la lejía.

Entretanto Angel había formulado una pregunta del todo aceptable, y casi parecía cuerda. Al menos de momento.

—Sé lo de tu bebé, porque leo el pensamiento. No siempre. La mayor parte del tiempo. Se me da mejor leer el pensamiento de los hombres... son más simples... pero las mujeres tampoco se me dan mal.

—Entonces sabrás que... yo no quería.

—Sí, lo sé. Y he sido demasiado severa contigo. Antes. Lo siento. Había muchas cosas en marcha.

Angel no prestó atención a la disculpa. Se concentraba en recitar algo que era obvio que había memorizado, unas breves frases de consuelo que había creado para proyectar luz cuando la oscuridad era más profunda y no había nadie despierto con quien hablar y apartar la mente de sí misma y de todos sus actos.

—No me quedó más remedio. Todos los hombres a los que maté me

hicieron daño o me habrían hecho daño si les hubiese dado ocasión. No quería desprenderme de aquella niña, pero no podía consentir que llevase esa vida.

En el suspiro que Evie exhaló en respuesta, se percibió el peso de las lágrimas reales. Angel decía la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, acerca de una existencia en un tiempo y un lugar en que las cosas sencillamente no habían salido bien. Desde luego las probabilidades de que le hubieran salido bien a Angel eran exiguas de todos modos: era mala y estaba loca. Aun así, era cierto: le habían hecho daño, y quizá, llegado el momento, habrían hecho daño a la niña. Aquellos hombres y todos los hombres que eran como ellos. La tierra los odiaba, pero adoraba el fertilizante que proporcionaban sus cuerpos homicidas.

—¿Por qué lloras, Evie?

—Porque lo percibo todo, y es doloroso. Ahora calla. Si se me permite citar de nuevo *Enrique IV*, ha empezado la caza. Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

Como en respuesta, de pronto se abrió la puerta del fondo del módulo A y se acercaron unas pisadas. Eran el doctor Norcross, los funcionarios Murphy y Quigley, y dos desconocidos.

—¿Dónde están sus pases? —preguntó Angel a voz en grito—. ¡Esos dos no tienen pases para estar aquí!

—He dicho que calles —atajó Evie—. O te haré callar yo. Estábamos disfrutando de un buen momento, Angel, no lo estropees.

Clint se detuvo delante de la celda de Evie. La mujer se abrió paso entre los demás para colocarse a su lado. Tenía unas ojeras moradas, pero la mirada radiante y alerta.

—Hola, Michaela Coates, también conocida como Michaela Morgan — saludó Evie—. Yo soy Eve Black. —Tendió la mano a través de los barrotes.

Instintivamente, Tig y Rand dieron un paso al frente, pero Clint extendió los

brazos para detenerlos.

Michaela aceptó la mano que se le ofrecía sin vacilar.

—Debes de haberme visto en las noticias, supongo.

Evie le dirigió una sonrisa afectuosa.

—Sintiéndolo mucho, las noticias no son lo mío. Me deprimen.

—Entonces ¿cómo sabes...?

—¿Puedo llamarte Mickey, como tu amigo el doctor Flickinger?

Garth se sobresaltó.

—Lamento que no hayas llegado a tiempo de ver a tu madre —prosiguió Evie—. Era una buena directora.

—Y una mierda —masculló Angel. Cuando Evie carraspeó en señal de advertencia, añadió—: Vale, me callo, me callo.

—¿Cómo sabes...? —empezó Michaela.

—¿Que tu madre era la directora Coates? ¿Que adoptaste el apellido Morgan porque un estúpido profesor de periodismo, un soplapollas, te dijo que los espectadores de televisión suelen recordar mejor los nombres aliterados? Ay, Mickey, no deberías haberte acostado con él, pero me parece que ahora ya lo sabes. Al menos el aborto espontáneo te libró de tener que tomar una decisión horrible. —Evie chasqueó la lengua y negó con la cabeza, lo que hizo que oscilara su melena oscura.

Salvo por los ojos ribeteados de rojo, Michaela estaba blanca como el papel. Cuando Garth le rodeó los hombros con el brazo, ella se aferró a su mano como una mujer a punto de ahogarse se aferraría a un flotador.

—¿Cómo lo sabes? —musitó Michaela—. ¿Quién *eres*?

—Soy una mujer, escucha mi rugido —dijo Evie, y se echó a reír una vez más: un sonido alegre, como un campanilleo. Posó la atención en Garth—. En cuanto a usted, doctor Flickinger, un consejo amistoso: le conviene dejar las drogas, y pronto. Ya ha tenido una advertencia del cardiólogo. No habrá otra.

Siga fumando esos cristales, y el infarto agudo le llegará dentro de... —Cerró los ojos como una vidente de feria y los abrió de repente—. Dentro de unos ocho meses. Nueve, quizá. Muy posiblemente mientras ve porno con el pantalón alrededor de los tobillos y un dosificador de Lubriderm a mano. Incluso antes de cumplir los cincuenta y tres.

—Hay maneras peores —respondió Garth, pero con voz apagada.

—Eso con suerte, claro. Si se queda aquí con Michaela y Clint, e intenta defenderme a mí, pobre indefensa, y al resto de las mujeres, seguramente morirá mucho antes.

—Tiene usted la cara más simétrica que he visto en la vida. —Garth se interrumpió y carraspeó—. ¿Y podría dejar ya de meterme miedo?

Evie, por lo visto, no podía.

—Es una lástima que su hija tenga hidrocefalia y deba pasar la vida en un centro especializado, pero eso no es excusa para causarle tales daños a un cuerpo y una mente antes admirables.

Los funcionarios se la comían con los ojos. Clint esperaba alguna prueba de que Evie fuera de otro mundo, pero eso excedía todo pronóstico. Como si lo hubiese dicho en voz alta, Evie se volvió hacia él... y le guiñó un ojo.

—¿Cómo sabe lo de Cathy? —preguntó Garth—. ¿Cómo es *posible*?

—Tengo agentes entre las criaturas de este mundo —dijo Evie, mirando a Michaela—. Me lo cuentan todo. Me ayudan. Es como en *La Cenicienta*, pero distinto. Para empezar, a mí me gustan más como ratas que como cocheros.

—Evie... señorita Black... ¿es usted la responsable de que las mujeres estén dormidas? Y si es así, ¿hay alguna posibilidad de que las despierte?

—Clint, ¿está usted seguro de que esto es lo más sensato? —preguntó Rand—. ¿Permitir que esta mujer haga una entrevista en la cárcel? Dudo que la directora Coates hubiera...

Jeanette Sorley eligió ese momento para entrar a trompicones por el pasillo,

creando una bolsa improvisada con el faldón delantero de la casaca.

—¿Quién quiere guisantes? —preguntó en voz alta—. ¿Quién quiere guisantes recién cogidos?

Evie, entretanto, parecía haber perdido el hilo. Se aferraba a los barrotes de la celda con tal fuerza que sus nudillos perdieron el color.

—¿Evie? —preguntó Clint—. ¿Estás bien?

—Sí. Y aunque agradezco tu presteza, Clint, esta tarde estoy en función multitarea. Tienes que esperar hasta que me ocupe de cierto asunto. —A continuación, más para sí misma que para la media docena de personas que se había congregado delante de su celda, añadió—: Siento hacer esto, pero en todo caso no le quedaba mucho tiempo. —Un silencio—. Y echa de menos a su gata.

6

El juez Silver, con sus pasos cortos, casi había llegado al aparcamiento del Olympia cuando Frank lo alcanzó. La llovizna perlaba los hombros encorvados del chaquetón del anciano.

Silver se volvió cuando Frank se acercaba —al parecer, no tenía problemas de oído— y le dedicó una sonrisa amable.

—Quiero darte otra vez las gracias por lo de Cocoa —dijo.

—No hay de qué —contestó Frank—. Solo hice mi trabajo.

—Sí, pero lo hiciste con verdadera compasión. Gracias a eso, para mí fue más llevadero.

—Me alegro. Juez, ahí dentro me ha dado la impresión de que se le ocurría a usted una idea. ¿Desea compartirla conmigo?

El juez Silver reflexionó.

—¿Puedo hablarte con franqueza?

El otro hombre sonrió.

—Dado que mi nombre es Frank, no esperaría menos.

Silver no le devolvió la sonrisa.

—Bien. Eres un buen hombre, y celebro que hayas cogido las riendas, dado que el ayudante Coombs está... digamos, *fuera de combate*... y se ve claramente que ninguno de los otros funcionarios quiere asumir la responsabilidad, pero tú no tienes experiencia en las fuerzas del orden, y esto es una situación delicada. Sumamente delicada. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí —respondió Frank—. En todos los sentidos.

—Me preocupa que se produzca un altercado. Que una partida se descontrole y se convierta en turbamulta. Lo he visto antes, durante las peores huelgas mineras de los años setenta, y no fue un espectáculo agradable. Edificios quemados, una explosión de dinamita, muertes.

—¿Se le ocurre una alternativa?

—Podría ser. He... ¡Largo de aquí, maldita sea! —El juez agitó una mano artrítica para espantar a la mariposa nocturna que revoloteaba en torno a su cabeza. Esta se alejó y fue a posarse en la antena de un coche, donde flexionó lentamente las alas bajo la leve llovizna—. Últimamente hay bichos de esos por todas partes.

—Ajá. ¿Qué estaba diciéndome?

—En Coughlin vive un tal Harry Rhinegold. Exagente del FBI, retirado desde hace dos años. Un buen hombre, un buen expediente, varias menciones honoríficas de su departamento... las he visto en la pared de su despacho. Estoy pensando que podría hablar con él, y ver si se apunta.

—¿En calidad de qué? ¿De ayudante?

—De asesor —contestó el juez, y cuando inspiró, el aire crepitó en su garganta—. Y posiblemente de negociador.

—Un negociador en una situación con rehenes, se refiere a eso.

—Sí.

El primer impulso de Frank, pueril pero intenso, fue negarse: allí mandaba él. Solo que, en rigor, no mandaba. Mandaba Terry Coombs, y siempre cabía la posibilidad de que apareciera, resacoso pero sobrio, y quisiera coger las riendas. Además, como no fuera recurriendo a la coerción física, ¿podía él, Frank, disuadir al juez? No podía. Aunque Silver era todo un caballero y jamás lo diría (a menos que fuera absolutamente necesario), él era funcionario judicial, y como tal poseía un rango superior al de un agente del orden autodesignado cuya especialidad residía en capturar perros callejeros y hacer anuncios para Adopte una Mascota en la televisión pública. Había una consideración más, la más importante: en realidad, la negociación en situaciones con rehenes no era mala idea. El Centro Penitenciario de Dooling parecía una fortificación. ¿Qué más daba quién sacara de allí a la mujer, siempre y cuando la misión se llevara a cabo? ¿Siempre y cuando fuera posible interrogarla? ¿Bajo coacción, de ser necesario, si llegaban a la conclusión de que podía detener Aurora realmente?

Entretanto el juez lo miraba, con las pobladas cejas enarcadas.

—Adelante —contestó Frank—. Se lo diré a Terry. Si ese Rhinegold accede, esta noche podemos organizar una sesión de estrategia aquí o en la oficina del sheriff.

—Así pues, ¿no...? —El juez se aclaró la garganta—. ¿No tomarás medidas inmediatas?

—Durante esta tarde y esta noche, me limitaré a mantener un coche apostado cerca de la cárcel. —Frank guardó silencio por un momento—. Más allá de eso, no prometo nada, e incluso eso depende de si Norcross intenta algo raro.

—Yo no creo...

—Pero yo sí. —Frank, muy serio, se apoyó un dedo en la sien como para

indicar que ahí dentro se desarrollaban arduos procesos mentales—. En la posición en la que me encuentro ahora, no me queda más remedio. Ese hombre se cree muy listo, y esa clase de individuos puede ser un problema. Para los demás, y para sí mismos. Desde ese punto de vista, juez, su viaje a Coughlin tal vez sea una misión humanitaria. Así que conduzca con cuidado.

—A mi edad, siempre lo hago —respondió el juez Silver.

Verlo entrar en el Land Rover fue un proceso lento y doloroso. Frank se disponía a ayudarlo cuando por fin Silver consiguió sentarse al volante y cerrar la puerta. El motor cobró vida con un rugido, pues Silver lo revolucionó de forma descuidada, y a continuación los faros proyectaron conos de luz a través de la llovizna.

Exagente del FBI, y en Coughlin, pensó Frank con asombro. Los prodigios no cesaban. Quizá pudiera ponerse en contacto con su departamento y conseguir una orden federal para conminar a Norcross a que dejara salir a la mujer. Era poco probable, con el gobierno en pleno caos, pero no podía descartarse. Si Norcross los desafiaba entonces, nadie podría culparlos por recurrir a la fuerza.

Volvió a entrar para dar órdenes al resto de los ayudantes. Ya había decidido enviar a Barrows y a Rangle a relevar a Peters y al chico, el tal Blass. Pete Ordway y él podían empezar a confeccionar una lista de hombres, personas responsables, para formar una partida, por si era necesaria. No hacía falta regresar a la oficina, donde tal vez se presentase Terry; podían ocuparse de eso allí mismo, en el restaurante.

El juez Oscar Silver ya rara vez conducía, y cuando conducía nunca superaba

los setenta kilómetros por hora, por larga que fuera la caravana que se formase detrás de él. Si empezaban a dar bocinazos y a acercarse demasiado por detrás, buscaba un sitio donde salir de la carretera y dejarlos pasar; después reanudaba su majestuosa marcha. Era consciente del declive tanto de sus reflejos como de su visión. Además, había padecido tres infartos, y sabía que el bypass al que habían sometido a su deficiente corazón en el St. Theresa hacía dos años postergaría el ataque definitivo solo durante un tiempo. Ya lo tenía asimilado, pero no deseaba morir al volante, donde podía llevarse a uno o más inocentes consigo en un último viraje. A no más de setenta (menos, dentro de los límites municipales), consideraba que tendría ocasión de frenar y dejar el coche en punto muerto antes de que las luces se apagaran para siempre.

No obstante, ese día era distinto. En cuanto dejó atrás el transbordador de Ball's Creek y la antigua carretera de Coughlin, aumentó la velocidad hasta que la aguja rondó los cien kilómetros por hora, territorio que no exploraba desde hacía al menos cinco años. Se había puesto en contacto con Rhinegold por el móvil, y Rhinegold estaba dispuesto a hablar (aunque el juez, hombre hábil, había preferido no tratar el tema de su confabulación por teléfono, una medida de precaución probablemente innecesaria, pero su lema siempre había sido la discreción), lo cual era positivo. El lado negativo: Silver descubrió de pronto que no confiaba en Frank Geary, quien hablaba sin ningún tapujo de reunir a una partida de hombres e irrumpir en la cárcel. En el Olympia su tono *parecía* bastante razonable, pero la situación no lo era en absoluto. El juez no veía con buenos ojos que Frank presentara la maniobra como una solución práctica cuando debería haber sido en cualquier caso un último recurso.

El limpiaparabrisas, desplazándose a uno y otro lado con sus chasquidos, limpiaba la leve lluvia. Encendió la radio y sintonizó la emisora de Wheeling. «La mayor parte de los servicios municipales se han suspendido hasta próximo

aviso —anunció el locutor—, y repito que el toque de queda de las nueve será de obligado cumplimiento.»

—Suerte con eso —musitó el juez.

«Repasemos ahora nuestra noticia de cabecera. Hemos sabido que las llamadas Brigadas del Soplete (alimentadas por el rumor infundado difundido por internet de que la respiración exhalada a través de las excrecencias, o *capullos*, que rodean a las mujeres dormidas propaga la enfermedad de Aurora) están actuando en Charleston, Atlanta, Savannah, Dallas, Houston, Nueva Orleans y Tampa. —El locutor se interrumpió y, cuando prosiguió, hablaba con un dejo más marcado. Más popular—. Vecinos, me enorgullece decir que esas turbas ignorantes no operan aquí en Wheeling. Todos tenemos mujeres a las que queremos con locura, y matarlas mientras duermen, por poco natural que sea ese sueño, sería una acción atroz.»

Pronunció «atroz» como *atrós*.

El Land Rover del juez Silver se acercaba al término municipal de Maylock, el pueblo vecino. La casa de Rhinegold en Coughlin se hallaba más allá, a otros veinte minutos aproximadamente.

«Se ha emplazado a la Guardia Nacional en todas las ciudades donde esas brigadas actúan, y tienen orden de disparar a matar si esos necios supersticiosos no cesan y desisten. Personalmente lo apruebo. El Centro de Control y Prevención de Enfermedades ha insistido en que no es cierto en absoluto que...»

El parabrisas se estaba empañando. El juez Silver se inclinó a la derecha sin apartar la vista de la carretera y accionó el antivaho. El ventilador emitió un zumbido. En la corriente de aire, surgieron de las toberas nubes de pequeñas mariposas marrones que llenaron el habitáculo y envolvieron la cabeza del juez. Se posaron en su pelo y aletearon contra sus mejillas. Lo peor de todo, giraron ante sus ojos, y algo que una anciana tía le había dicho hacía

mucho tiempo, cuando era solo un niño impresionable, volvió a su memoria con la nitidez de un hecho demostrado, como que arriba es arriba y abajo es abajo.

«No te frotes nunca los ojos después de tocar una mariposa nocturna, Oscar —le había dicho—. Te entrará el polvo de las alas y te quedarás ciego.»

—*¡Fuera de aquí!*— exclamó el juez Silver. Apartó las manos del volante y se dio palmadas en la cara. Siguieron saliendo mariposas de las toberas, cientos, miles. El habitáculo del Land Rover se convirtió en una bruma marrón arremolinada—. *¡Fuera de aquí, fuera de aquí, fuera de...!*

Un peso enorme le oprimió el lado izquierdo del pecho. El dolor descendió a mazazos por el brazo como una descarga eléctrica. Abrió la boca para gritar y se le llenó de mariposas, que reptaron por su lengua y le provocaron un cosquilleo en la cara interna de las mejillas. Con su trabajoso aliento final, las arrastró garganta abajo, donde le obstruyeron la tráquea. El Land Rover viró a la izquierda; una furgoneta que se acercaba viró a la derecha justo a tiempo de esquivarlo y fue a parar a la cuneta, sin llegar a volcar. En el otro lado de la carretera, no había cuneta que evitar; solo el guardarraíl separaba el puente del Dorr's Hollow del vacío y el río que discurría por debajo. El vehículo de Silver rompió el guardarraíl y se precipitó. El Land Rover cayó del revés en el agua. El juez Silver, para entonces ya muerto, salió despedido a través del parabrisas hacia el cauce del Dorr's Hollow, afluente del Ball's Creek. Un mocasín se le desprendió y, flotando corriente abajo, acumuló agua hasta hundirse.

Las mariposas abandonaron el vehículo volcado, que burbujaba ya hacia el fondo, y volaron de regreso a Dooling en bandada.

—No me ha gustado nada hacer eso —dijo Evie, hablando no para sus invitados, advirtió Clint, sino para sí. Se enjugó una única lágrima de la comisura del ojo izquierdo—. Cuanto más tiempo paso aquí, más humana me vuelvo. Me había olvidado de eso.

—¿De qué estás hablando, Evie? —preguntó Clint—. ¿Qué es lo que no te ha gustado?

—El juez Silver pretendía traer ayuda de fuera —repuso ella—. Tal vez no habría cambiado nada, pero no puedo correr riesgos.

—¿Lo has matado? —preguntó Angel con interés—. ¿Has utilizado tus poderes especiales y todo eso?

—No me ha quedado más remedio. De ahora en adelante lo que pase en Dooling tiene que quedarse en Dooling.

—Pero... —Michaela se frotó la cara con una mano—. Lo que está pasando en Dooling, está pasando *en todas partes*. Va a pasarme a mí.

—No durante un tiempo —aseguró Evie—. Y no vas a necesitar más estimulantes. —Sacó el brazo por entre los barrotes de la celda con el puño relajado, extendió un dedo y le indicó que se acercara—. Ven a mí.

—Yo no lo haría —advirtió Rand.

—No seas tonta, Mickey —dijo Garth al mismo tiempo, y la agarró por el antebrazo.

—¿Tú qué opinas, Clint? —preguntó Evie con una sonrisa.

Consciente de que cedía —no solo a eso, sino a todo—, Clint dijo:

—Suéltela.

Garth obedeció. Michaela, como hipnotizada, avanzó dos pasos. Evie apoyó el rostro en los barrotes, con los ojos fijos en los de Michaela. Separó los labios.

—¡Rollo lésbico! —graznó Angel—. ¡Encended las cámaras, frikis, que

viene la lamida!

Michaela no prestó atención. Apretó los labios contra los de Evie. Se besaron con los duros barrotes de la celda acolchada de por medio, y Clint oyó un suspiro cuando Eve Black espiró el aire en la boca y los pulmones de Michaela. Al mismo tiempo notó que se le erizaba el vello de los brazos y el cuello. Se le arrasaron los ojos en lágrimas. En algún lugar Jeanette gritaba, y Angel se reía a carcajadas.

Finalmente Evie rompió el beso y retrocedió.

—Una boca dulce —dijo—. Una *chica* dulce. ¿Cómo te sientes ahora?

—Estoy despierta —contestó Michaela. Tenía los ojos muy abiertos, le temblaban los labios—. ¡Estoy despierta de verdad!

Era indudable que lo estaba. Las ojeras habían desaparecido, pero eso era lo de menos; se le había tensado la piel sobre los huesos, y sus mejillas, antes pálidas, presentaban un brillo sonrosado. Se volvió hacia Garth, que la contemplaba boquiabierto.

—¡Estoy despierta de verdad, de verdad!

—La hostia —exclamó Garth—. Eso parece.

Clint dirigió de pronto los dedos extendidos hacia el rostro de Michaela. Ella echó atrás la cabeza con un respingo.

—Ha recuperado los reflejos —comentó él—. Hace cinco minutos no podría haber hecho eso.

—¿Cuánto tiempo puedo estar así? —Michaela se abrazó los hombros—. ¡Es *maravilloso*!

—Unos días —repitió Evie—. Después de eso el cansancio volverá, y con creces. Te dormirás hagas lo que hagas para luchar contra el sueño y te envolverá un capullo como a todas las demás. A menos, claro está...

—A menos que consigas lo que quieres —concluyó Clint.

—Lo que quiero yo ahora no tiene importancia —respondió Evie—.

Pensaba que lo habías entendido. Lo que importa es lo que los hombres de este pueblo hagan conmigo. Y lo que decidan las mujeres al otro lado del Árbol.

—¿Qué...? —empezó a decir Garth, pero de pronto Jeanette lo embistió como un *tackle* izquierdo resuelto a bloquear al *quarterback* y lo empujó contra la puerta de la celda.

Acto seguido lo apartó de un golpe de hombro y, mirando a Evie, se agarró a los barrotes.

—¡Házmelo a *mí!* ¡Evie, házmelo a *mí!* ¡No quiero seguir luchando, no quiero ver más al hombre de los brotes! ¡Házmelo a *mí!*

Evie le cogió las manos y la miró con tristeza.

—No puedo, Jeanette. Deberías dejar de luchar y dormirte como todas las demás. Al otro lado les vendría bien contar con alguien tan valiente y fuerte como tú. Lo llaman Nuestro Sitio. También puede ser tu sitio.

—Por favor —susurró Jeanette, pero Evie le soltó las manos. Jeanette retrocedió a trompicones, pisando los guisantes desparramados, y lloró en silencio.

—No sé —dijo Angel con aire pensativo—. Quizá no te mate, Evie. Estoy pensando que quizá... la verdad es que no lo sé. Eres espiritual. Además, estás aún más loca que yo, y ya es decir.

Evie se dirigió de nuevo a Clint y a los demás:

—Vendrán hombres armados. Me quieren porque piensan que podría ser la causante de Aurora y, de ser así, también puedo ponerle fin. No es del todo cierto... es más complicado... El mero hecho de que yo sola haya iniciado algo no significa que yo sola pueda concluirlo... Pero ¿creéis que hombres furiosos y asustados van a aceptar eso?

—Ni por asomo —contestó Garth Flickinger. Detrás de él, Billie Wettermore emitió un gruñido de conformidad.

—Matarán a cualquiera que se interponga en su camino —afirmó Evie—, y

cuando yo no sea capaz de despertar a sus bellas durmientes con un toque de mi varita mágica de hada madrina, me matarán. Después prenderán fuego a la cárcel y a todas las mujeres que hay dentro, por puro rencor.

Jeanette había entrado en la cámara de despioje para reanudar la conversación con el hombre de los brotes; Angel, en cambio, permaneció muy atenta. Clint casi la oía animarse, como un generador que primero cobrara vida con un tableteo y luego empezara a funcionar con un ronroneo.

—No pienso dejar que me maten. No sin luchar.

Por primera vez Evie la miró con curiosidad. Clint pensó que lo que había hecho para despertar a Mickey Coates, fuera lo que fuese, tal vez le había agotado las pilas.

—Angel, te arrollarán como una ola arrolla el castillo de arena de un niño.

—Puede ser, pero me llevaré a unos cuantos conmigo. —Angel ejecutó un par de movimientos torpes de kung-fu, y Clint experimentó una emoción que nunca había asociado a Angel Fitzroy: la lástima.

—¿Nos has traído hasta aquí? —preguntó Michaela. En su estado de fascinación, le brillaban los ojos—. ¿Nos has *atraído* hasta aquí? ¿A Garth y a mí?

—No —contestó Evie—. No entendéis lo indefensa que estoy... poco menos que uno de los conejos que el hombre de las drogas tenía colgados de un tendedero, esperando a que los despellejaran o los liberaran. —Concentró la mirada en Clint—. ¿Tienes un plan? Creo que sí.

—Nada digno de ese nombre —contestó Clint—, aunque quizá pueda ganar un poco de tiempo. Aquí tenemos una posición fortificada, pero no nos vendrían mal unos cuantos hombres más...

—Lo que no nos vendría mal —lo interrumpió Tig— es un pelotón de marines.

Clint negó con la cabeza.

—A menos que Terry Coombs y ese tal Geary consigan ayuda exterior, creo que podemos defender la prisión con una docena de hombres, tal vez no más de diez. Ahora mismo solo somos cuatro. Cinco si logramos convencer a Scott Hughes, pero yo no me hago muchas ilusiones.

Clint prosiguió, dirigiéndose en esencia a Mickey y al médico que la acompañaba. No le gustaba la idea de enviar a Flickinger en una misión a vida o muerte —nada de lo que veía y oía contradecía la afirmación de Evie con respecto a su desmedido consumo de drogas—, pero Flickinger y la hija de Janice Coates eran lo único de lo que disponía.

—El verdadero problema son las armas, y la gran cuestión es quién les echa mano primero. Por mi mujer, sé que hay todo un arsenal en la oficina del sheriff. Desde el 11-S y todas las amenazas terroristas internas posteriores, lo tienen en la mayoría de los pueblos del tamaño de Dooling. En cuanto a armas cortas, disponen de la Glock 17 y, según creo que me dijo Lila, la Sig... no sé qué.

—Sig Sauer —completó Billy Wettermore—. Una buena arma.

—Tienen semiautomáticas M4, con esos cargadores enormes —prosiguió Clint—, y un par de Remington modelo 700. Además, si no recuerdo mal, Lila me contó que también hay un lanzagranadas de cuarenta milímetros.

—Armas. —Evie no habló a nadie en particular—. La solución perfecta para cualquier problema. Cuantas más tengáis, mejor resolvéis el problema.

—¿Me está tomando el pelo? —exclamó Michaela—. ¿Un *lanzagranadas*?

—Sí, pero no para explosivos. Lo usan con gas lacrimógeno.

—No olvidemos los chalecos antibalas —añadió Rand con tono sombrío—. Excepto a quemarropa, esos artefactos impiden el paso de una bala de Mossberg. Y las Mossberg son el armamento más pesado que tenemos.

—Esto parece inviable —comentó Tig.

—Yo desde luego no quiero matar a nadie si no es inevitable —declaró

Billy Wettermore—. Por Dios, son amigos nuestros.

—Bien, que haya suerte —dijo Evie. Se retiró a su cama y encendió el teléfono del subdirector Hicks—. Voy a jugar unas partidas de *Boom Town* y luego me echaré una siesta. —Sonrió a Michaela—. No aceptaré más preguntas de la prensa. Besas de maravilla, Mickey Coates, pero me has dejado agotada.

—Ándense con cuidado, no vaya a decidir echarles las ratas encima — advirtió Angel al grupo en general—. Hace lo que quiere. Así consiguió el móvil de Hicksie.

—Ratas —repitió Garth—. Esto se pone cada vez más interesante.

—Necesito que me acompañen —dijo Clint—. Tenemos que hablar, sin pérdida de tiempo. No tardarán en controlar los accesos a la cárcel.

Billy Wettermore señaló a Jeanette, que en ese momento se encontraba sentada en el plato de ducha de la cámara de despioje, hablando muy seria con alguien a quien no veía más que ella.

—¿Y qué hacemos con Sorley?

—No le pasará nada —contestó Clint—. Vamos. Duérmete, Jeanette. Descansa.

Sin mirarlo, Jeanette pronunció una sola palabra.

—No.

Para Clint, el despacho de la directora ofrecía un aspecto arqueológico, como si hubiese sido abandonado hacía años, y no hacía menos de una semana. Janice Coates yacía en el sofá, envuelta en su mortaja blanca. Michaela se acercó a ella y se arrodilló, como si rezara. Acarició el capullo con la mano.

Este emitió un peculiar crujido que recordó a Clint el ruido del material de embalaje con que se envolvían los objetos frágiles para enviarlos por correo. Garth hizo ademán de aproximarse a ella, pero Clint lo sujetó del brazo.

—Dele un minuto, doctor Flickinger.

Pasaron más bien tres hasta que por fin Michaela se puso en pie y preguntó:

—¿Qué podemos hacer?

—¿Puede ser usted persistente y persuasiva? —preguntó Clint.

Michaela fijó en él unos ojos que ya no estaban inyectados en sangre.

—Entré en NewsAmerica como becaria sin remuneración a los veintitrés años. A los veintiséis, era corresponsal a jornada completa y hablaban de asignarme mi propio programa en horario nocturno. —Vio a Billy lanzar una mirada a Tig y a Rand, y les sonrió—. Ya saben lo que suele decirse, ¿no? Si es verdad, no hay alardeo. —Volvió a centrar la atención en Clint—. Esas son mis referencias. ¿Le bastan?

—Eso espero —contestó Clint—. Atienda.

Habló durante los cinco minutos siguientes. Hubo preguntas, aunque no muchas. Estaban en una posición precaria, y todos lo sabían.

Alexander Peter Bayer, el primer bebé nacido al otro lado del Árbol, respiró por primera vez una semana después de que Lila y Tiffany regresaran de las ruinas al pie de Lion Head. Pasaron unos pocos días más hasta que Lila lo conoció en una pequeña reunión en la vivienda reformada de Elaine Nutting Geary. No era un niño de un atractivo convencional; su considerable papada no recordaba tanto al bebé de la marca de alimentos Gerber como a un corredor de apuestas al que Lila había detenido tiempo atrás, conocido como Larry el Grande. Sin embargo, el pequeño Alexander tenía una manera irresistiblemente cómica de desplazar la mirada a un lado y al otro, como si, inquieto, intentara orientarse en medio de la congregación de caras femeninas que se cernían sobre él.

Las autoridades de ese estado de los Apalaches, en un gesto de un progresismo insólito, habían prohibido que las reclusas permanecieran inmobilizadas durante el parto, pero en el transcurso de la pequeña fiesta Linda Bayer, antes presa del Centro Penitenciario de Dooling, habló de una conocida de otro estado que se había visto obligada a dar a luz encadenada.

—A mí eso no me habría gustado, os lo aseguro.

Este comentario se vio acogido con un número considerable de suspiros, gestos de asentimiento y alguna que otra inspiración profunda. Nadie en el salón, ni la antigua jefa de policía ni siquiera la expresidenta de la Asociación de Mujeres Republicanas, aprobaba que se esposara a las presas embarazadas. Al margen de lo que estuvieran construyendo en el nuevo mundo,

Lila no concebía la posibilidad de que esa situación en concreto volviera a producirse allí.

Circuló un plato de bollos algo resecos (aunque bastante sabrosos). Entre episodios de aquel extraño vértigo que la aquejaba, Nadine Coombs los había preparado en un horno al aire libre. El horno había sido extraído recientemente de las ruinas del Lowe's de Maylock con ayuda de trineos y los caballos de Tiffany. A veces Lila se sorprendía ante el ritmo de los progresos que realizaban, la velocidad y la eficiencia con que los problemas se resolvían y se avanzaba.

En algún momento el bebé llegó a sus manos.

—¿Eres el último hombre de la tierra o el primero? —le preguntó.

Alexander Peter Bayer bostezó.

—Lo siento, Lila. No habla con polis. —Tiffany se había acercado a ella en el rincón del salón.

—Ah, ¿sí?

—Por aquí los aleccionamos desde muy pequeños —contestó Tiffany.

Desde su aventura habían entablado una peculiar amistad. A Lila le gustaba la forma en que Tiffany cabalgaba por el pueblo a lomos de sus caballos, tocada con el sombrero blanco de vaquero, animando a las niñas a que se aproximaran y acariciaran los cuellos de los animales, y vieran lo suaves y cálidos que eran.

Un día, sin nada mejor que hacer, Lila y Tiffany registraron el YMCA de Dooling. No sabían qué buscaban exactamente, sino solo que era uno de los pocos sitios que no se habían inspeccionado antes. Descubrieron muchas

cosas, algunas interesantes, pero nada que necesitaran realmente. Había papel higiénico, aunque a ese respecto Shopwell seguía bien abastecido. Había también briks de caldo, si bien con los años el contenido se había solidificado, convirtiéndose en ladrillos de color rosa. La piscina se había secado; no quedaba más que un ligero olor astringente a cloro.

El vestuario de los hombres apeataba a humedad; por las paredes se propagaban exuberantes masas de moho: verde, negro, amarillo. Al fondo de la sala, yacía el cadáver momificado de una alimaña, con las patas yertas apuntando al aire, el rostro paralizado en una atroz mueca mortuoria de asombro, los labios tirantes, hileras de afilados dientes a la vista. Lila y Tiffany guardaron un momento de silencio mientras contemplaban el primer urinario de una fila de seis.

—En perfecto estado de conservación —comentó Lila.

Tiffany la miró con expresión de perplejidad.

—¿Eso? —Señaló la alimaña.

—No. Esto. —Lila dio unas palmaditas en lo alto del urinario, y su alianza de bodas tintineó contra la porcelana—. Nos interesa para nuestro museo. Podemos llamarlo el Museo de los Hombres Perdidos.

—Ja —respondió Tiffany—. Te diré una cosa: este sitio de mierda asusta. Y créeme, es mucho decir, porque he visitado más de una auténtica mazmorra. O sea, podría escribir una guía de todas las putas cuevas de meta de los Apalaches, lugares con corrientes de aire y olor a sudor, pero esto es francamente repulsivo. Sabía que los vestuarios de hombres eran sitios espeluznantes, pero este es peor de lo que podría haber imaginado.

—Probablemente tenía mejor aspecto cuando estaba más nuevo —dijo Lila, aunque tenía sus dudas.

Valiéndose de martillos y cinceles, rompieron las cerraduras de combinación de las taquillas. Lila encontró relojes parados, billeteros llenos

de papel verde inútil y rectángulos de plástico inútiles, teléfonos inteligentes muertos y, por tanto, ya no tan inteligentes, llaveros, pantalones devorados por la polilla y un balón de baloncesto desinflado. El botín de Tiffany no fue mucho mejor: una caja prácticamente llena de caramelos Tic Tac y una fotografía descolorida de un hombre calvo de pelo en pecho, de pie en la playa, con su hija, de corta edad, riéndose sobre sus hombros.

—Florida, supongo —dijo Tiffany—. Ahí es a donde van si tienen pasta.

—Probablemente.

Al ver la foto, Lila pensó en su propio hijo, lo cual cada vez se le antojaba más contraproducente, por mucho que le fuera imposible dejar de hacerlo. Mary la había puesto al corriente sobre los planes de Clint, sus tácticas dilatorias para retener a los funcionarios en la cárcel, y los esfuerzos de Jared, que mantenía escondidos sus cuerpos (nuestros otros cuerpos, pensó Lila) en el desván de la casa piloto de la calle. ¿Volvería a saber de ellos? Después de Mary habían aparecido otras dos mujeres, pero ninguna sabía nada acerca de sus dos hombres, ¿y por qué habrían de saber nada? Jared y Clint viajaban en una nave espacial, y la nave espacial se alejaba cada vez más, a muchos años luz, hasta que finalmente abandonarían la galaxia, y ese sería el final. *Finito*. ¿Cuándo debía Lila empezar a llorar su pérdida? ¿Había empezado ya?

—Eh —dijo Tiffany—. Eso no.

—¿Qué?

Tiffany había interpretado de algún modo su expresión, había visto en su rostro la desesperanza y la confusión.

—No dejes que te afecte.

Devolvió la foto a la taquilla y la cerró.

Arriba, en el gimnasio, retó a Lila a un veintiuno. El premio era la caja casi llena de caramelos Tic Tac. Inflaron la pelota de baloncesto. Fue una guerra de desgaste; las dos jugaban mal y la pelota perdía aire. La hija de Clint, que

casualmente no era su hija, las habría superado a las dos con facilidad. Tiffany tiraba al estilo abuela, desde abajo, cosa que Lila encontraba irritantemente femenina pero a la vez encantadora. Cuando Tiffany se quitó el abrigo, dejó a la vista la protuberancia de su vientre de embarazada, un bulbo en la cintura.

—¿Por qué Dooling? ¿Por qué nosotras? Esas son las preguntas, ¿no te parece? —Lila trotó detrás de la pelota. Tiffany la había lanzado a las gradas polvorientas a la derecha de la pista—. Tengo una teoría.

—Ah, ¿sí? Oigámosla.

Lila arrojó la pelota desde las gradas. Falló por una distancia equivalente al largo de dos coches, y la pelota botó hasta llegar a la segunda hilera de gradas del lado opuesto.

—Patético —dijo Tiffany.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo lo reconozco.

—Tenemos un par de médicos y unas cuantas enfermeras. Tenemos una veterinaria. Tenemos un montón de maestras. Kayleigh sabía de circuitos eléctricos, y aunque ya no está, a Magda no se le dan mal. Tenemos una carpintera. Tenemos un par de músicas. Tenemos una socióloga que ya está escribiendo un libro sobre la nueva sociedad.

—Sí, y cuando lo termine, Molly puede imprimirlo con su tinta de grosellas —dijo Tiffany con tono burlón.

—Tenemos a una ingeniera, profesora universitaria jubilada. Tenemos un montón de costureras, jardineras y cocineras. Las del club de lectura dirigen un grupo de encuentro para que las mujeres puedan hablar de todo aquello que echan de menos y liberarse así de parte de la tristeza y el dolor. Incluso tenemos una mujer que susurra a los caballos. ¿Te das cuenta?

Tiffany recuperó la pelota.

—¿Si me doy cuenta de qué?

—Todas somos necesarias —contestó Lila. Había descendido de las gradas y se hallaba en la línea de fondo, cruzada de brazos—. Por eso hemos sido elegidas. Todas las habilidades básicas que necesitamos para sobrevivir están aquí.

—Vale. Puede ser. Podría ser. Me parece más o menos convincente. — Tiffany se quitó el sombrero de vaquero y se abanicó. Era evidente que se lo tomaba con humor—. Eres toda una poli. Siempre resolviendo misterios.

Pero Lila no había terminado.

—¿Cómo mantenemos las cosas en marcha, entonces? Ya tenemos a nuestro primer bebé. ¿Y cuántas mujeres embarazadas hay? ¿Una docena? ¿Ocho?

—Podrían ser hasta diez. ¿Tú crees que basta para empezar de cero en un nuevo mundo, cuando la mitad de los que nazcan probablemente sean niñas?

—No lo sé. —Ahora Lila improvisaba, y sentía calor en el rostro a medida que las ideas acudían a su mente—. Pero es un comienzo, y me apuesto lo que quieras a que hay cámaras frigoríficas con generadores que se programaron para funcionar y funcionar y siguen funcionando. Tendríamos que ir a una ciudad para encontrar una, supongo, pero seguro que la encontraríamos. Y ahí habría muestras de semen congeladas. Y con eso bastaría para poner en marcha un mundo, un mundo nuevo.

Tiffany se encasquetó el sombrero en la parte de atrás de la cabeza y botó el balón en el suelo un par de veces.

—Un mundo nuevo, ¿eh?

—Puede que ella lo planeara así. Esa mujer. Eve. Para que empezáramos de cero sin hombres, al menos al principio —prosiguió Lila.

—El Paraíso Terrenal sin Adán, ¿eh? Bien, jefa, déjame hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Es un *buen* plan? ¿El que esa mujer nos ha organizado?

Una buena pregunta, pensó Lila. Las habitantes de Nuestro Sitio habían hablado de Eve Black hasta la saciedad; los rumores que habían surgido en el viejo mundo se habían propagado al nuevo mundo; rara era la Reunión en que su nombre (si es que era realmente su nombre) no se mencionara. Ella era una prolongación, y una posible respuesta a las preguntas originales, el gran Cómo y el gran Porqué de su situación. Debatían sobre la posibilidad de que fuera algo más que una mujer —más que humana—, y existía cada vez mayor consenso en torno a la convicción de que era el origen de todo lo ocurrido.

Por un lado, Lila lamentaba la pérdida de vidas —Millie, Nell, Kayleigh, Jessica Elway antes que ellas, y cuántas otras—, así como las historias y existencias de las cuales se habían visto separadas aquellas que aún vivían. Sus maridos y sus hijos no estaban allí. Aun así, en su mayoría —Lila sin duda se contaba entre ellas—, no podían negar la regeneración que se había producido: Tiffany Jones con las mejillas carnosas y el pelo limpio y un segundo latido en su interior. En el viejo mundo había hombres que habían hecho daño a Tiff, y mucho. En el viejo mundo había hombres que quemaban a las mujeres, y con ello las incineraban en ambas realidades. Las Brigadas del Soplete, las llamaban, según Mary. Existían malas mujeres y malos hombres; si alguien estaba autorizado a hacer esa afirmación, era Lila, que había detenido a muchos tanto de unas como de otros. Pero los hombres se peleaban más; mataban más. En ese sentido los dos sexos nunca habían sido iguales; no eran igual de peligrosos.

Pues sí, Lila pensó que probablemente fuera un buen plan. Inclemente, pero muy bueno. Cabía la posibilidad de que un mundo reiniciado por mujeres fuera más seguro y más justo. Y sin embargo...

—No lo sé. —Lila no podía decir que una existencia sin su hijo fuese mejor. Podía conceptualizar la idea, pero no podía articularla sin sentir que traicionaba tanto a Jared como su antigua vida.

Tiffany asintió con la cabeza.

—¿Y qué te parece esto? ¿Sabes lanzar hacia atrás? —Se volvió de espaldas a la canasta, flexionó mucho las rodillas y arrojó la pelota por encima de la cabeza. El balón rebotó en el ángulo del recuadro, tocó el aro... y cayó fuera, botó, botó, botó. Por muy poco.

3

Un chorro ocre salió del grifo. Dos tuberías entrechocaron ruidosamente. El líquido parduzco salió a borbotones, se interrumpió y acto seguido, aleluya, empezó a manar agua limpia en el lavabo.

—Bueno —dijo Magda Dubcek al reducido grupo reunido en torno a la pila de trabajo adosada a la pared de la planta de tratamiento de aguas—. Ahí tenéis.

—Increíble —comentó Janice Coates.

—Qué va. Presión, gravedad, nada demasiado complejo. Nos andaremos con cuidado, daremos suministro barrio por barrio. Lento pero seguro, para ganar la carrera.

Lila, acordándose de la vieja nota del hijo de Magda, Anton, sin duda un zoquete y un mujeriego pero bastante sagaz en cuestiones de agua por derecho propio, abrazó de pronto a la anciana.

—Oh —dijo Magda—, vale. Gracias.

El agua resonó en la amplia planta del Distrito del Agua del condado de Dooling, haciéndolas callar a todas. En el silencio, las mujeres fueron pasando la mano por el chorro de agua fresca.

Una de las cosas que todo el mundo echaba de menos era la posibilidad de subirse a un coche sin más y viajar a algún sitio, en lugar de ir a pie y acabar con ampollas. Los coches seguían allí, algunos en bastante buen estado porque habían permanecido en garajes, y al menos algunas de las baterías que encontraron almacenadas conservaban aún la carga. El verdadero problema era la gasolina. Se había degradado hasta la última gota durante el período intermedio.

—Tendremos que refinar un poco —explicó la profesora de ingeniería jubilada en una reunión del comité.

A no más de doscientos cincuenta kilómetros de distancia, en Kentucky, había pozos de almacenamiento y refinerías que quizá, con mucho trabajo y suerte, pudieran reactivarse. De inmediato empezaron a planear otro viaje; asignaron tareas y seleccionaron voluntarias. Lila interrogó a las mujeres presentes en la sala buscando indicios de posibles recelos. No advirtió ninguno. Entre las caras de las asistentes, se fijó sobre todo en la de Celia Frode, la única superviviente de la partida de exploración. Celia asintió junto con todas las demás.

—Inclúyeme en la lista —dijo Celia—. Iré. Necesito calzarme las botas de marcha.

Entrañaría riesgos, pero esa vez se andarían con más cuidado. No se arredrarían.

Cuando llegaron a la planta superior de la casa piloto, Tiffany anunció que no

estaba dispuesta a trepar por la escalera del desván.

—Esperaré aquí.

—Si no vas a subir, ¿para qué has venido? —preguntó Lila—. Tampoco estás tan embarazada.

—Tenía la esperanza de que me dieras algún caramelo Tic Tac, colega. Y estoy más que bastante embarazada, créeme. —Lila había ganado al veintiuno y se había quedado con los caramelos de menta.

—Ten. —Lanzó la caja a Tiffany y subió por la escalera.

Irónicamente, la casa piloto de Pine Hills resultó estar mejor construida que casi cualquiera de las otras de Tremaine, incluida la de la propia Lila. Aunque en penumbra —ventanas pequeñas y manchadas con el tiempo—, el desván no tenía humedades. Lila se paseó de un lado a otro, y sus pasos levantaron nubes de polvo en el suelo. Mary había dicho que era el lugar de allí donde estaban Lila, la señora Ransom y ella misma, dondequiera que fuese allí. Deseaba percibirse a sí misma, percibir a su hijo.

No percibió nada.

En un extremo del desván, una mariposa nocturna golpeaba una de las ventanas mugrientas. Lila se acercó para dejarla en libertad. La ventana estaba atascada. Lila oyó un crujido cuando, a sus espaldas, Tiffany subió por la escalera. Apartó a Lila, sacó una navaja, deslizó la punta por los contornos, y la ventana cedió. La mariposa escapó y se alejó.

Abajo, la nieve cubría los jardines invadidos por la maleza, la calle agrietada, el coche patrulla inutilizado en el camino de acceso de la señora Ransom. Los caballos de Tiffany hurgaban con el hocico aquí y allá, relinchaban a lo que fuera que relincharan los caballos, movían la cola. Lila veía, más allá, su propia casa, la piscina que nunca había deseado y que Anton había atendido, y el olmo sobre el cual este le había dejado una nota. Un animal de color anaranjado trotó desde el borde sombrío del pinar situado en

el extremo del barrio. Era un zorro. Incluso de lejos se veía claramente el lustre de su pelaje invernal. ¿Cómo había llegado tan pronto el invierno?

Tiffany se irguió en medio del desván. No se notaba humedad, pero hacía frío, sobre todo con la ventana abierta. Tendió a Lila la caja de caramelos Tic Tac para devolvérsela.

—Quería comérmelos todos, pero no habría estado bien. He abandonado la vida criminal.

Lila sonrió y se los guardó en el bolsillo.

—Te declaro rehabilitada.

Las mujeres, a un paso la una de la otra, se miraban, exhalando vaho. Tiffany se quitó el sombrero y lo tiró al suelo.

—Si crees que estoy de broma, te equivocas. No quiero aceptar nada de ti, Lila. No quiero aceptar nada de nadie.

—¿Qué quieres? —preguntó Lila.

—Mi propia vida. El bebé, un sitio donde estar y esas cosas. Gente que me quiera.

Lila cerró los ojos. Ella había tenido todo eso. No percibía a Jared, no percibía a Clint, pero los recordaba, recordaba su propia vida. Le dolían, esos recuerdos. Creaban formas en la nieve, como los ángeles que modelaban de niñas, pero esas formas se desdibujaban cada día más. Dios, qué sola se sentía.

—Eso no es mucho —dijo Lila, y volvió a abrir los ojos.

—A mí sí me lo parece.

Tiffany alargó los brazos y atrajo el rostro de Lila hacia el suyo.

El zorro se alejó trotando de la urbanización Pine Hills, cruzó Tremaine Street y se adentró en el espeso trigal silvestre que había crecido al otro lado. Andaba a la caza de ardillas terrestres en hibernación. Al zorro le encantaban las ardillas terrestres —¡crujientes, jugosas!—, y a ese lado del Árbol, donde no acusaban la presión de los asentamientos humanos, se habían vuelto descuidadas.

Al cabo de media hora de búsqueda, descubrió una pequeña familia en un hueco excavado. No llegaron a despertar, ni siquiera cuando las trituraba entre los dientes.

—¡Qué sabrosas! —se dijo.

El zorro siguió adelante, entre la espesura, camino del Árbol. Se detuvo un momento a explorar una casa abandonada. Meó en unos libros desparramados por el suelo y olfateó en vano un armario lleno de ropa blanca deteriorada. En la cocina de la casa, la comida de la nevera despedía un delicioso aroma a rancio, pero, por más que lo intentó, no logró abrir la puerta.

—Déjame entrar —exigió el zorro a la nevera, por si solo fingía ser una cosa muerta.

La nevera, impasible, no reaccionó.

En el extremo opuesto de la cocina, una víbora cobriza salió de debajo de una estufa de leña.

—¿Por qué brillas? —preguntó la serpiente al zorro.

Otros animales le habían comentado ese fenómeno, y mostraban cautela. El propio zorro lo veía cuando contemplaba su reflejo en el agua quieta. Un brillo dorado se adhería a él. Era la marca de Ella.

—He tenido suerte —contestó el zorro.

La víbora cobriza movió la lengua en dirección a él.

—Ven aquí. Déjame morderte.

El zorro salió a toda prisa de la casa. Varios pájaros lo importunaron

mientras corría bajo la maraña de ramas nudosas y deshojadas, pero sus pequeñas pullas no significaban nada para él, que tenía el estómago lleno y el pelaje espeso como el de un oso.

Cuando llegó al claro, allí estaba el Árbol, la pieza central de un oasis frondoso y humeante entre los campos nevados. Sus patas pasaron del terreno gélido a la marga rica y cálida del verano que era el lecho permanente del Árbol. Las ramas de este se distribuían en capas y se fundían en un sinfín de verdes, y junto al pasadizo del tronco, el tigre blanco, meneando la enorme cola, lo observó acercarse con ojos soñolientos.

—No te preocupes por mí —dijo el zorro—, solo estoy de paso.

Penetró como una exhalación en la abertura negra y salió por el otro lado.

Don Peters y Eric Blass aún no habían sido relevados del control de carretera de West Lavin cuando un Mercedes SL 600 maltrecho se acercó despacio a ellos procedente de la cárcel. Don Peters, de pie entre los matorrales, se la sacudía después de vaciar la vejiga. Se subió la cremallera apresuradamente y regresó a la furgoneta que hacía las veces de coche patrulla. Eric se hallaba en la carretera con el arma desenfundada.

—Guarda el cañón, muchacho —instó Don, y Eric enfundó la Glock.

El conductor del Mercedes, un hombre de cabello rizado y rostro rubicundo, se detuvo obedientemente cuando Don alzó la mano. Ocupaba el asiento contiguo una mujer atractiva. Para ser más exactos, *asombrosamente* atractiva, y más después de todas las nenas zombis que Eric y él habían visto en los últimos días. Además, le sonaba de algo.

—Permiso y documentación del vehículo —dijo Don. No tenía órdenes de exigir a los conductores que se identificasen, pero era lo que la poli solía hacer cuando daba el alto. Tú observa, muchacho, pensó. Fíjate en cómo lo hace un hombre.

El conductor entregó su carnet; la mujer revolvió en la guantera y encontró los papeles. El hombre era Garth Flickinger, médico. De Dooling, con domicilio en Briar, el barrio más elegante del pueblo.

—¿Le importaría decirme qué hacía en la cárcel?

—Eso ha sido idea mía, agente —intervino la mujer. Dios, qué guapa era. Y *esa* zorra no tenía ojeras. Don se preguntó qué habría tomado para mantenerse

tan espabilada—. Soy Michaela Morgan. La de NewsAmerica, ¿sabe?

—¡Ya *sabía* yo que la conocía de algo! —exclamó Eric.

A Don el nombre no le decía nada de nada, porque él no veía las noticias, y menos el palabrerío de mierda que ponían las veinticuatro horas del día en los canales por cable, pero recordó dónde la había visto.

—¡Ya! El Squeaky Wheel. ¡Estaba usted bebiendo allí!

Ella le dirigió una sonrisa radiante, toda dientes enfundados y pómulos prominentes.

—¡Exacto! Un hombre soltó un discurso sobre que Dios estaba castigando a las mujeres por llevar pantalones. Fue muy interesante.

—¿Me firmará un autógrafo? —preguntó Eric—. Será guay tenerlo cuando usted... —Confuso, se interrumpió.

—¿Cuando me duerma? —apuntó ella—. Sospecho que el mercado de los autógrafos se ha ido a pique, al menos de forma temporal, pero si Garth... el doctor Flickinger... tiene un bolígrafo en la guantera, no veo por qué n...

—Dejemos eso —intervino Don con aspereza, avergonzado por la falta de profesionalidad de su joven compañero—. Quiero saber qué hacían en la cárcel, y no van a moverse de aquí hasta que me lo digan.

—Por supuesto, agente. —Michaela volvió a deslumbrarlo con su sonrisa—. Pese a que mi apellido profesional es Morgan, en realidad me llamo Coates, y soy de este pueblo. De hecho, la directora de la cárcel es...

—¿Coates es su *madre*? —Don se sorprendió, pero si se descartaba la nariz, que era rectísima en tanto que Janice la tenía torcida, sí se advertía el parecido—. En fin, lamento comunicárselo, pero su madre ya no está entre nosotros.

—Lo sé. —Ahora sin sonrisa—. Me lo ha dicho el doctor Norcross. Hemos hablado por el intercomunicador.

—Menudo gilipollas está hecho ese hombre —soltó el tal Flickinger.

Don esbozó una sonrisa; sencillamente no pudo contenerse.

—En eso le doy toda la razón. —Devolvió los papeles.

—No la ha dejado entrar —declaró Flickinger con asombro—. No la ha dejado despedirse siquiera de su propia madre.

—Bueno —admitió Michaela—, la verdad es que esa no era la *única* razón por la que he convencido a Garth de que me llevara allí. También quería entrevistar a una tal Eve Black. Seguramente han oído ustedes el rumor de que se duerme y despierta. Habría sido toda una primicia, como se imaginarán. Al mundo exterior no le interesan muchas cosas en estos momentos, pero eso sin duda interesaría. Solo que, según Norcross, esa mujer está en un capullo, como todas las demás reclusas.

Don se sintió obligado a corregir esa información. Las mujeres —incluso las periodistas, al parecer— podían llegar a ser lamentablemente crédulas.

—Mentira cochina, y todo el mundo lo sabe. Esa mujer es distinta, especial, y Norcross la retiene por sus propias absurdas razones. Pero eso va a cambiar. —Guiñó el ojo en un gesto lo bastante modoso para abarcar a Garth, que le devolvió el guiño—. Sea amable conmigo, y quizá le consiga esa entrevista en cuanto la saquemos de allí.

Michaela dejó escapar una risita.

—Mejor será que eche un vistazo al maletero, supongo —dijo Don—. Más que nada para poder decir que lo he hecho.

Garth se apeó y, a tirones, logró abrir el maletero, que se alzó con un cansino chirrido; Geary también le había atizado algún que otro golpe ahí. Esperaba que ese payaso no mirase debajo de la rueda de repuesto, que era donde había escondido la bolsa de relámpago púrpura. El payaso no se tomó la molestia; se limitó a echar una ojeada rápida y mover la cabeza en un gesto de asentimiento. Garth cerró el maletero. Esa vez el chirrido fue aún más agudo, el sonido de un gato al que pillan una pata con la puerta.

—¿Qué le ha pasado al coche? —preguntó Eric mientras Garth volvía a sentarse al volante.

Garth abrió la boca para decir al chico que un agente enloquecido de Control Animal la había emprendido con él, pero de pronto recordó que el agente enloquecido de Control Animal era en ese momento, según Norcross, el sheriff en funciones.

—Unos chavales —contestó—. Gamberros. Ven algo bonito y quieren destruirlo porque sí.

El payaso se inclinó para contemplar a la guapa mujer.

—Voy a pasarme por el Squeek cuando acabe mi turno. Si sigue despierta, la invitaré a una copa encantado.

—Eso estaría muy bien —respondió Michaela, como si lo dijera sinceramente.

—Conduzcan con prudencia y tengan una buena tarde —añadió el payaso.

Garth puso la marcha, pero antes de que pudiera incorporarse a la carretera, el chico exclamó:

—¡Espere!

Garth se detuvo. El chico se agachó y, apoyando las manos en las rodillas, miró a Michaela.

—¿Y el autógrafo?

Resultó que sí había un bolígrafo en la guantera, uno precioso con DR. GARTH FLICKINGER grabado en oro en el cuerpo central. Michaela garabateó «A Eric, con cariño» en el dorso de la tarjeta de visita de un representante farmacéutico y se la entregó. Garth se puso en marcha mientras el chico todavía le daba las gracias. A poco más de un kilómetro por la carretera Estatal 31, camino del pueblo, vieron un coche patrulla que avanzaba en su dirección a gran velocidad.

—Aminora —dijo Michaela.

En cuanto el coche patrulla desapareció tras el cambio de rasante a sus espaldas, le pidió que acelerara.

Garth así lo hizo.

2

Durante dos años Lila había insistido machaconamente a Clint en que añadiera sus contactos a los de ella, por si surgía algún problema en la cárcel. Por fin, seis meses atrás, él había accedido, sobre todo para quitársela de encima, y en ese momento dio gracias a Dios por la perseverancia de su esposa. Primero llamó a Jared y le dijo que no se moviera de donde estaba; si todo iba bien, aclaró a su hijo, alguien pasaría a recogerlo poco después de oscurecer. Posiblemente en una autocaravana. Luego cerró los ojos, rogó elocuencia mediante una breve plegaria y llamó al abogado que había facilitado el traslado de Eve Black a la cárcel.

Cuando el timbre sonaba ya por quinta vez y Clint se resignaba al buzón de voz, Barry Holden contestó.

—Aquí Holden. —Se lo notaba apático y exhausto.

—Le habla Clint Norcross, Barry. Desde la cárcel.

—Clint. —Solo eso.

—Necesito que me escuche. Muy atentamente.

No hubo respuesta por parte de Barry Holden.

—¿Sigue ahí?

Al cabo de un momento de silencio, Barry contestó con la misma apatía.

—Aquí sigo.

—¿Dónde están Clara y sus hijas? —Cuatro niñas, de edades comprendidas entre los tres y los doce años. Una circunstancia atroz para el padre, que las

quería, pero quizá una buena oportunidad para Clint, por ingrato que fuese pensarlo; no tenía por qué hablar del destino del mundo, solo del destino de las rehenes de la fortuna de Barry.

—Arriba, durmiendo. —Barry se echó a reír. Pero no era una risa genuina, solo un ja ja ja, como el diálogo del globo de un cómic—. Bueno, ya sabe. Envueltas en... eso. Yo estoy en el salón, con una escopeta. Si alguien se presenta aquí, aunque solo sea con una cerilla encendida, le vuelo los sesos.

—Me parece que quizá haya una posibilidad de salvar a su familia. Creo que podrían despertar. ¿Le interesa la idea?

—¿Es la mujer? —Algo nuevo asomó a la voz de Barry. Algo vivo—. ¿Es verdad eso que dicen? ¿Que es capaz de dormirse y luego despertar? Si es solo un rumor, sea sincero conmigo. No puedo hacerme ilusiones a menos que haya una razón para ello.

—Es verdad. Ahora escuche. Van a ir a verlo dos personas. Una es un médico; la otra es la hija de la directora Coates.

—¿Michaela sigue despierta? ¿Después de tanto tiempo? —Barry había empezado a adoptar su tono de voz natural—. No es imposible, supongo... Gerda, mi hija mayor, aguantó hasta anoche... aun así, es increíble.

—No solo está despierta; está *totalmente* despierta. A diferencia de todas las demás mujeres de la zona de los Tres Condados que todavía mantienen los ojos abiertos. Ha sido obra de la mujer que tenemos aquí en custodia. Le ha echado el aliento en la garganta y la ha despejado.

—Si esto es una broma, Norcross, es de muy mal gus...

—Lo verá con sus propios ojos. Ellos se lo contarán todo, y luego le pedirán que haga algo un tanto peligroso. No quiero decirle que es usted nuestra única esperanza, pero... —Clint cerró los ojos y se frotó las sienes con la mano libre—. Pero quizá lo sea. Y tenemos muy poco tiempo.

—Haría cualquier cosa por mi mujer y mis hijas —contestó Barry—.

Cualquier cosa.

Clint se permitió una larga exhalación de alivio.

—Amigo mío, eso esperaba que dijera.

3

Barry Holden en efecto tenía una escopeta. No era nueva: se había transmitido de mano en mano durante tres generaciones de Holden. Pero la había limpiado y engrasado, y ofrecía un aspecto lo bastante letal. Escuchó a Garth y a Michaela con el arma de sobre los muslos. A su lado, en la mesa adornada con uno de los tapetes de encaje de Clara Holden, había una caja abierta de gruesos cartuchos rojos.

Hablando por turnos, Michaela y Garth contaron al abogado lo que Clint les había dicho: que la llegada de Eve Black coincidía poco más o menos con los primeros casos conocidos de Aurora; que la mujer había matado a dos hombres con sus propias manos; que se había sometido al arresto sin oponer resistencia, afirmando que era su deseo; que se había golpeado repetidamente la cara contra la rejilla de protección del coche patrulla de Lila; que las magulladuras se le habían curado a una velocidad mágica.

—Además de despejarme del todo, sabía cosas de mí que era imposible que supiera —contó Michaela—, y según dicen, es capaz de controlar a las ratas. Sé que es difícil de creer, pero...

Garth la interrumpió.

—Otra reclusa, Fitzroy, nos ha contado que utilizó a las ratas para hacerse con el móvil del subdirector de la cárcel. Y efectivamente tiene un móvil. Lo he visto.

—Hay más —añadió Michaela—. Sostiene que ha matado al juez Silver.

Sostiene...

Guardó silencio un momento, reacia a continuar, pero Clint los había instado a contar la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Recuerden que puede que esté abatido, había dicho Clint, pero, aun así es abogado, y muy bueno. Huele una mentira a cuarenta metros, incluso con el viento en contra.

—Sostiene que lo ha hecho con la ayuda de unas mariposas nocturnas. Porque Silver se proponía traer a alguien de fuera del pueblo, y eso no está permitido.

Michaela sabía que una semana antes, en ese punto de la conversación, Barry Holden habría concluido que o bien compartían un delirio pernicioso o bien llevaban un colocón de aúpa y pretendían colarle la peor broma del mundo, y los habría invitado a salir de su casa. Pero no era una semana antes. En lugar de decirles que se marcharan, Barry entregó a Michaela la escopeta de su abuelo.

—Sujete esto.

En la mesita de centro había un ordenador portátil. Barry se sentó en el sofá (también profusamente decorado con las labores de aguja de su mujer) y se puso a teclear. Al cabo de un momento alzó la vista.

—La policía del condado de Bridger informa de un accidente ocurrido en la antigua carretera de Coughlin. Una víctima mortal. Sin nombre, pero el vehículo era un Land Rover. El juez Silver tiene un Land Rover.

Observó a Michaela Coates. Lo que estaban diciéndole era, en esencia, que el destino de todas las mujeres del planeta Tierra dependía de lo que sucediera en Dooling en los días siguientes. Era una locura, pero la hija de la directora Coates, allí sentada en la mecedora de madera curva preferida de Clara, mirándolo muy seria, era el mejor argumento en favor de su veracidad. Posiblemente un argumento irrefutable. Según un noticiario de la CNN de esa

mañana, se calculaba que menos del diez por ciento de las mujeres del mundo seguían despiertas el quinto día de Aurora. Barry no podía saberlo con certeza, pero habría apostado la escopeta del abuelo Holden a que ninguna presentaba el aspecto de Michaela.

—Esa mujer solo... ¿cómo? ¿La ha besado? ¿Como cuando el príncipe besó a la princesa Aurora en la película de dibujos animados?

—Sí —contestó Michaela—. Tal cual. Y me ha echado el aliento por la garganta. Me parece que esa ha sido en realidad la clave... el aliento.

Barry desvió la atención hacia Garth.

—¿Usted lo ha visto?

—Sí. Ha sido asombroso. Mickey parecía un vampiro después de una transfusión. —Y al advertir la expresión ceñuda de Michaela, añadió—: Perdona, cariño, quizá no sea la metáfora más afortunada.

—En realidad era un símil —corrigió ella con frialdad.

Barry aún intentaba asimilarlo.

—¿Y esa mujer dice que irán a por ella? ¿La policía? ¿Los vecinos del pueblo? ¿Y que Frank Geary está al frente?

—Sí. —Michaela había omitido el detalle de que, según Evie, las mujeres dormidas tendrían que decidir por sí mismas; incluso de ser verdad, esa parte no dependía de ellos.

—Conozco a Geary —dijo Barry—. Nunca lo he representado, pero ha comparecido ante el juzgado del distrito un par de veces. En uno de los casos, según recuerdo, una mujer lo denunció porque la había amenazado por no llevar sujeto con correa a su rottweiler. Padece lo que podríamos describir como episodios de ira.

—Que me lo digan a mí —susurró Garth.

Barry lo miró con las cejas enarcadas.

—Da igual —dijo Garth—. No tiene importancia.

Barry recuperó la escopeta.

—De acuerdo, cuenten conmigo. Para empezar, no tengo otra cosa que hacer ahora que Clara y las niñas no están. Y por otro lado... quiero ver a esa mujer misteriosa con mis propios ojos. ¿Qué espera Clint de mí?

—Ha dicho que tiene usted una autocaravana, una Winnebago —dijo Michaela—. Para ir de acampada con su mujer y sus hijas.

Barry sonrió.

—Una Winnebago, no, una Fiesta. Chupa combustible por un tubo, pero tiene cabida para seis personas. Aunque las niñas se pelean sin parar, hemos pasado buenos ratos en ese trasto viejo. —De pronto se le empañaron los ojos—. Muy muy buenos ratos.

4

La Fleetwood Fiesta de Barry Holden estaba en un pequeño aparcamiento detrás del anticuado bloque de granito donde tenía el bufete. La autocaravana era una monstruosidad pintada con rayas de cebra. Barry se sentó al volante, y Michaela subió al asiento contiguo. Esperaron a Garth, que había ido a la oficina del sheriff en misión de reconocimiento. La escopeta, la reliquia de la familia Holden, se hallaba en el suelo entre ellos.

—¿Cree que tenemos una mínima posibilidad? —preguntó Barry.

—No lo sé —contestó Michaela—. Eso espero, pero la verdad es que no lo sé.

—En fin, desde luego es un disparate, de eso no hay duda —dijo Barry—, pero es mejor que quedarse en casa sentado sumido en malos pensamientos.

—Tiene que ver a Evie Black para entenderlo realmente. Hablar con ella. Tiene que... —Buscó la palabra adecuada—. Tiene que *experimentarla*. Esa

mujer...

Sonó el teléfono móvil de Michaela. Era Garth.

—Veo a un vejete barbudo sentado en uno de los bancos de enfrente bajo un paraguas, pero por lo demás no hay moros en la costa. Ni coches de policía en el aparcamiento. Solo algunos vehículos privados. Si vamos a actuar, mejor será que nos demos prisa. Esa autocaravana no es lo que yo describiría como discreta.

—Ya vamos —contestó Michaela. Cortó la comunicación.

El callejón entre el edificio de Barry y el bloque contiguo era estrecho —entre la inmanejable Fleetwood y las paredes no podían quedar más de quince centímetros por cada lado—, pero Barry lo recorrió de punta a punta con la desenvoltura de una larga experiencia acumulada. Se detuvo en el extremo del callejón, aunque Main Street estaba vacía. Casi podría pensarse que los hombres también han desaparecido, se dijo Michaela mientras Barry trazaba un amplio giro a la derecha y recorría las dos manzanas hasta la casa consistorial.

Estacionó la Fleetwood delante, ocupando tres plazas abarcadas por el rótulo SOLO ASUNTOS OFICIALES, EL RESTO DE LOS VEHÍCULOS SERÁN RETIRADOS POR LA GRÚA. Se apearon, y Garth se unió a ellos. El hombre de la barba, cubriéndose la cabeza con el paraguas, se levantó y se acercó parsimoniosamente. Del bolsillo superior de su peto, asomaba la boquilla de una pipa. Tendió la mano a Barry y dijo:

—Qué hay, abogado.

Barry se la estrechó.

—Eh, Willy. Encantado de verlo, pero ahora no tengo tiempo para charlas. Vamos con prisa, digamos. Un asunto urgente.

Willy asintió.

—Estoy esperando a Lila. Sé que es muy probable que esté dormida, pero

confío en que no. Quiero hablar con ella. Volví a aquella caravana donde mataron a los adictos a la meta. Se percibe algo raro. Aparte de los pañuelos de hada. En los árboles hay muchísimas mariposas nocturnas. Quería comentárselo y quizá llevarla a verlo. Si no a ella, a quienquiera que esté al frente.

—Les presento a Willy Burke —dijo Barry a Garth y Michaela—. Departamento de Bomberos Voluntarios, Adopte una Carretera, entrena a un equipo de la liga juvenil Pop Warner, un buen tipo de la cabeza a los pies. Pero la verdad es que andamos fatal de tiempo, Willy, así que...

—Si es con Linny Mars con quien han venido a hablar, más vale que se den prisa. —Willy posó los ojos primero en Barry, luego en Garth y por último en Michaela. Los tenía muy hundidos, atrapados en redes de arrugas, pero su mirada era penetrante—. Seguía despierta la última vez que me he asomado, pero está apagándose por momentos.

—¿No hay ningún ayudante? —preguntó Garth.

—No, han salido todos a patrullar. Excepto Terry Coombs quizá. He oído decir que no anda muy fino. Borracho como una cuba, quién lo iba a decir.

Los tres empezaron a subir por la escalinata hacia la puerta triple.

—Entonces ¿no han visto a Lila? —les preguntó Willy, alzando la voz.

—No —respondió Barry.

—Bueno... tal vez espere un rato más. —Y Willy volvió tranquilamente a su banco—. Desde luego allí pasa algo raro. Todas esas mariposas. Y se nota una vibración.

que aquel lunes aún resistía, seguía paseándose con el portátil, pero ahora se movía despacio y de vez en cuando trastabillaba y se tropezaba con los muebles. A Michaela le pareció un juguete que estaba quedándose sin cuerda. Hace dos horas, así estaba yo, pensó.

Linny pasó por su lado, sin apartar del ordenador los ojos inyectados en sangre, y no pareció darse cuenta de su presencia hasta que Barry le tocó el hombro. Entonces se sobresaltó y levantó las manos. Garth atrapó el ordenador al vuelo antes de que se estrellara contra el suelo. La pantalla mostraba un vídeo de la Noria de Londres. En lento movimiento, se tambaleaba y rodaba hasta caer en el Támesis una y otra vez. Era difícil entender qué podía inducir a una persona a destruir la Noria de Londres, pero por lo visto alguien había sentido la necesidad de hacerlo.

—¡Barry! ¡Me ha dado un *susto* de muerte!

—Lo siento —se disculpó él—. Me manda Terry a por parte del material del armero. Supongo que quiere llevarlas a la cárcel. ¿Puedes darme la llave, por favor?

—¿Terry? —Linny arrugó el entrecejo—. ¿Por qué iba él...? El sheriff es Lila, no Terry. *Usted* ya lo sabe.

—Lila, sí, dijo Barry—. Es orden de Lila *a través* de Terry.

Garth se acercó a la puerta y miró hacia fuera, convencido de que, de un instante a otro, aparecería un coche patrulla del departamento del sheriff. Quizá dos o tres. Los meterían en la cárcel, y esa aventura delirante terminaría incluso antes de empezar. Por el momento no había nadie más que el tipo de la barba sentado allí bajo su paraguas, como la estatua de un monumento a la Paciencia, pero eso no podía durar.

—¿Puedes ayudarme, Linny? ¿Por Lila?

—Claro. Me alegraré cuando vuelva —respondió Linny. Se acercó a su escritorio y dejó allí el ordenador. En la pantalla, la Noria de Londres caía y

caía y volvía a caer—. Ese tal Dave está al frente hasta que ella regrese. O puede que se llame Pete. Resulta confuso tener aquí a dos Pete. En cualquier caso no sé qué pensar de él. Es muy serio.

Rebuscó en el amplio cajón superior y sacó un pesado llavero. Examinó las llaves. Se le cerraron los ojos. Inmediatamente surgieron hebras blancas de sus pestañas y ondearon en el aire.

—¡Linny! —exclamó Barry bruscamente—. ¡Despierta!

Ella abrió los ojos al instante, y las hebras desaparecieron.

—*Estoy* despierta. No me grite. —Recorrió las llaves con un dedo haciéndolas tintinear—. Sé que es una de estas...

Barry las cogió.

—Ya la encontraré. Señorita Morgan, quizá prefiera volver a la autocaravana y esperar allí.

—No, gracias. Quiero ayudar. Así acabaremos antes.

Al fondo de la sala principal había una puerta metálica sin identificar de un tono verde especialmente anodino. Tenía dos cerraduras. Barry encontró la llave de la de arriba con relativa facilidad. La segunda, en cambio, estaba llevándole más tiempo. Michaela pensó que quizá Lila se hubiese guardado esa llave. Quizá la tuviera en el bolsillo, enterrada bajo uno de esos capullos blancos.

—¿Ves venir a alguien? —preguntó a Garth.

—Todavía no, pero hay que darse prisa. Con todo esto, me están entrando ganas de mear.

Quedaban solo tres llaves cuando Barry encontró la que accionaba la segunda cerradura. Abrió la puerta, y Michaela vio un cuarto pequeño del tamaño de un ropero con fusiles dispuestos en soportes y pistolas en receptáculos revestidos de espuma de poliestireno. Había cajas de munición apiladas en los estantes. En una pared, un póster mostraba a un ranger de Texas

que llevaba un sombrero descomunal y apuntaba un revólver con un enorme cañón negro. LUCHÉ CONTRA LA LEY Y LA LEY GANÓ, rezaba la frase de debajo.

—Coja toda la munición posible —indicó Barry—. Yo cogeré los M4 y algunas Glock.

Michaela se acercó a los estantes de munición; de pronto cambió de idea y regresó a la zona de la centralita. Levantó la papelera de Linny y vertió el contenido, papeles arrugados y vasitos de café, en un montón. Linny ni siquiera se dio cuenta. Michaela cargó en la papelera tantas cajas de munición como creyó que podría acarrear y salió del armero con ella entre los brazos. Garth pasó rozándola para hacerse también con una brazada de armas. Barry había dejado una de las tres puertas de entrada abierta. Michaela descendió tambaleante por la ancha escalinata de piedra bajo la llovizna cada vez más intensa a tiempo de ver a Barry llegar a la Fleetwood. El hombre de la barba se levantó del banco, cubriéndose aún la cabeza con el paraguas. Dijo algo a Barry, el cual le contestó. A continuación el hombre de la barba, Willy, abrió la puerta trasera de la autocaravana para que Barry pudiera dejar las armas que llevaba en los brazos.

Michaela, jadeante, llegó junto a él. Barry le cogió la papelera y vació las cajas de munición encima de la pila de armas, como una montaña de palitos chinos. Volvieron a entrar juntos mientras Willy observaba bajo el paraguas. Garth salió con un segundo cargamento de armas, los pantalones deformados por el peso de las cajas de munición que se había metido en los bolsillos.

—¿Qué le ha dicho ese anciano? —preguntó Michaela.

—Quería saber si estamos haciendo algo que la sheriff Norcross aprobaría —contestó Barry—. Le he dicho que sí.

Regresaron al interior y entraron a toda prisa en el armero. Ya se habían llevado cerca de la mitad de las armas. Michaela descubrió algo que semejaba una metralleta aquejada de paperas.

—Eso decididamente nos lo llevamos. Me parece que es el artilugio para lanzar gas lacrimógeno. No sé si lo necesitamos, pero prefiero que no lo tengan otros.

Garth se reunió con ellos.

—Traigo malas noticias, abogado Holden. Acaba de parar detrás de su autocaravana una furgoneta con una luz estroboscópica en el salpicadero.

Corrieron a la puerta y escrutaron a través del cristal ahumado. De la furgoneta salían dos hombres, y Michaela los reconoció a ambos: el payaso y su compañero el cazaautógrafos.

—Vaya por Dios —dijo Barry—, ese es Don Peters, de la cárcel. ¿Qué pretende haciéndose pasar por poli? Ese hombre tiene el cerebro de un mosquito.

—A ese mosquito en particular lo hemos visto hace muy poco al frente de un control de carretera cerca de la cárcel —observó Garth—. El mismo mosquito, la misma furgoneta.

El hombre de la barba se acercó a los recién llegados, dijo algo y señaló Main Street arriba. Peters y su joven compañero volvieron corriendo a la furgoneta y montaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Linny con la voz alterada—. ¿Qué coño pasa?

—Todo en orden —respondió Garth, y le dirigió una sonrisa—. No hay nada de qué preocuparse. —Volviéndose hacia Barry y Michaela, preguntó—: ¿Se me permite sugerir que nos vayamos ahora que aún llevamos ventaja?

—¿Qué pasa? —gimoteó Linny—. ¡Todo esto parece una pesadilla!

—Usted quédese ahí, señorita —indicó Garth—. Puede que la situación mejore.

Los tres se fueron, y en cuanto llegaron a la acera, echaron a correr. Michaela sostenía el lanzagranadas en una mano y una bolsa de botes de humo en la otra. Se sentía como Bonnie Parker. Willy permanecía junto a la

Fleetwood.

—¿Cómo ha conseguido que esos tipos se marchen de aquí? —preguntó Barry.

—Les he dicho que he oído tiros en la ferretería. No tardarán en volver, así que será mejor que se larguen de aquí. —Willy cerró el paraguas—. Y será mejor que yo me largue con ustedes, creo. Esos dos no van a volver muy contentos.

—¿Por qué nos ayuda? —preguntó Garth.

—Bueno, corren tiempos extraños, y uno tiene que guiarse por la intuición. Yo siempre la he tenido bastante buena. Barry aquí presente ha sido amigo de Lila de toda la vida, a pesar de que en el juzgado batee con el equipo contrario, y he reconocido a esta chica de las noticias de la tele. —Observó a Garth—. Usted, con esa pinta, no me inspira mucha confianza, pero va con ellos, así que ¡qué demonios! Además, la suerte está echada, como suele decirse. ¿Adónde vamos?

—Primero a recoger al hijo de Lila —contestó Barry—, luego a la cárcel. ¿Qué le parecería participar en un asedio, Willy? Porque puede que sea eso lo que se avecina.

Willy sonrió, dejando a la vista unos dientes manchados de tabaco.

—Bueno, de niño tenía una gorra de piel de mapache, y siempre me han gustado las películas sobre El Álamo, así que ¿por qué no? Ayúdeme a subir los peldaños de este trasto, ¿quiere? Con esta condenada lluvia, el reuma me está matando.

Jared, que esperaba en la puerta de la casa piloto, se disponía a llamar a su

padre de nuevo cuando una enorme autocaravana se detuvo enfrente. Reconoció al conductor; al igual que los ayudantes de su madre y otros muchos funcionarios municipales, Barry Holden había cenado en casa de los Norcross alguna que otra vez. Jared salió a recibirlo a los escalones de entrada.

—Vamos —dijo Barry—. Tenemos que irnos.

Jared vaciló.

—En el desván está mi madre, y hay otras tres más. Ahí arriba hacía mucho calor antes de que empezara a llover, y volverá a hacer calor mañana. Deberían ayudarme a bajarlas.

—Esta noche refrescará enseguida, Jared, y no tenemos tiempo.

Barry no sabía si las mujeres envueltas en capullos sentían el frío y el calor, pero sí sabía que el cerco se estrechaba rápidamente. Pensaba también que Lila y las otras tal vez correrían menos peligro en esa calle tranquila. Él había insistido en llevarse a su mujer y sus hijas a causa de la autocaravana. En Dooling, muchos la conocían, y temía posibles represalias.

—¿Podemos al menos pedir a alguien...?

—Esa decisión ya la tomará tu padre. Por favor, Jared.

Jared se dejó guiar hacia la Fleetwood, al ralentí. Se abrió la puerta de atrás, y su viejo entrenador de la liga de fútbol Pop Warner se apeó visiblemente dolorido. Jared sonrió a su pesar.

—¡Entrenador Burke!

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclamó Willy—. El único mocoso al que, cuando jugaba de *quarterback*, no se le caía uno de cada dos pases. Sube aquí, hijo.

Pero lo primero que Jared vio fue el despliegue de armas y munición en el suelo.

—¡Joder! ¿Para qué es esto?

Justo al lado de la puerta, en el sofá de cuadros, había una mujer sentada.

Era joven, guapísima, y le sonaba vagamente, pero lo más extraordinario era lo despierta que se la veía.

—Esperemos que solo sea un seguro —dijo ella.

Un hombre, de pie en el pasillo frente a la mujer, se rio.

—Yo no contaría con eso, Mickey. —Tendió la mano—. Garth Flickinger.

Detrás de Garth Flickinger, en un sofá idéntico, había dispuestos cinco cuerpos envueltos en capullos, cada uno más pequeño que el anterior, como un juego de muñecas rusas separadas.

—Esas son la mujer y las hijas del señor Holden, según me han dicho —explicó el entrenador Burke.

La autocaravana se puso en marcha. Jared se tambaleó. Willy Burke lo sujetó, y mientras Jared estrechaba la mano al señor Flickinger, pensó que tal vez todo aquello fuera un sueño. Incluso el nombre de aquel tipo parecía salido de un sueño: ¿quién, en el mundo real, se llamaba Garth Flickinger?

—Encantado de conocerlo —saludó. Con el rabillo del ojo, vio que las mujeres de la familia Holden rodaban y chocaban unas contra otras cuando la autocaravana dobló una esquina. Jared se dijo que no debía mirarlas, pero era imposible no mirarlas, allí reducidas a muñecas momificadas—. Yo soy... esto... Jared Norcross. —Y fuera un sueño o no, lo asaltó cierto resentimiento: bien habían tenido tiempo para que el señor Holden cargara a *su* familia, ¿no? ¿Y eso por qué? ¿Porque era su autocaravana?

El teléfono de Jared sonó cuando Barry maniobraba en la rotonda del final de Tremaine Street. Estaban dejando abandonadas a su madre, Molly, Mary, el bebé y la señora Ransom. Le parecía mal. Pero todo le parecía mal, ¿qué había de nuevo en eso, entonces?

La llamada era de su padre. Intercambiaron unas palabras, y a continuación Clint le pidió que lo pusiera con Michaela. Cuando ella cogió el teléfono, Clint dijo:

—Esto es lo que tienen que hacer.
Ella escuchó con atención.

7

El ayudante Reed Barrows había aparcado la Unidad Tres de través justo al principio del desvío que conducía a la cárcel. Era un terreno elevado; Vern y él disponían de una vista despejada de como mínimo diez kilómetros de Estatal 31. Reed se temía una buena bronca por parte de Peters por relevarlos tan poco tiempo después de que ocupara su puesto, pero para su sorpresa Peters había accedido de buen grado. Seguramente estaba impaciente por iniciar cuanto antes las copas del día. Tal vez el chico también lo estuviera. Reed dudaba que esa semana en el Squeaky Wheel pidiesen los documentos de identidad, y por el momento los policías tenían mejores cosas que hacer que andar velando por el cumplimiento de las leyes contra el consumo de alcohol.

Peters notificó que solo habían dado el alto a un vehículo, una periodista que se había presentado en la cárcel con la esperanza de conseguir una entrevista, y la habían obligado a darse media vuelta. Reed y Vern no habían dado el alto a nadie. Incluso en la carretera principal, el tráfico era tan escaso que podía considerarse casi inexistente. El pueblo estaba de duelo por sus mujeres, pensó Reed. Demonios, el *mundo* entero estaba de duelo.

Reed se volvió hacia su compañero, que leía algo en su Kindle y se hurgaba la nariz.

—No estarás enganchando los mocos bajo el asiento, ¿verdad?

—No, por Dios. No seas asqueroso. —Vern levantó el trasero, se sacó un pañuelo del bolsillo de atrás, se limpió un pequeño tesoro verde con él, y volvió a guardarlo—. Dime una cosa: ¿qué hacemos aquí exactamente? ¿De

verdad creen que Norcross es tan tonto como para sacar a esa mujer al mundo ahora que la tiene entre rejas?

—No lo sé.

—Si pasa un camión de comida o algo así, ¿qué tenemos que hacer?

—Pararlo y pedir instrucciones por radio.

—Por radio ¿a quién? ¿A Terry o a Frank?

A ese respecto Reed ya no estaba tan seguro.

—Primero intentaría llamar al móvil de Terry, supongo. Si no contesta, dejaría un mensaje para cubrirnos las espaldas. ¿Y por qué no nos preocupamos de eso cuando llegue el momento?

—Cosa poco probable, teniendo en cuenta el caos que se ha armado.

—Sí. Las infraestructuras se han ido al garete.

—¿Qué son las infraestructuras?

—Búscalos en internet, ¿quieres?

Vern lo hizo.

—«Las estructuras físicas y organizativas básicas para el funcionamiento de una sociedad o una empresa.» Ah.

—¿Ah? ¿Qué quieres decir con «ah»?

—Que tienes razón. Se han ido al garete. Esta mañana he pasado por Shopwell antes de ir a la oficina. Daba la impresión de que hubiera caído allí una bomba.

Cuesta abajo, en la gris luz vespertina, vieron aproximarse un vehículo.

—¿Reed?

—¿Qué?

—Sin mujeres, no habrá bebés.

—Tienes una mente científica, eso desde luego —comentó Reed.

—Si esto no termina, ¿qué será de la especie humana dentro de sesenta o cien años?

Eso era algo en lo que Reed Barrows no deseaba pensar, y menos con su mujer en un capullo y su hijo de corta edad en las manos (probablemente inadecuadas) del vecino, el anciano señor Freeman. Ni necesitaba hacerlo. El vehículo ya se hallaba cerca, lo suficiente para distinguir que era una autocaravana descomunal con rayas de cebrá, que reducía la velocidad como si su intención fuese desviarse por la carretera de la cárcel. Aunque en realidad no podía, con la Unidad Tres estacionada allí.

—Es la autocaravana de Holden —observó Vern—. El abogado. Mi hermano se encarga de hacerle el mantenimiento en Maylock.

La Fleetwood se detuvo. La puerta del conductor se abrió, y salió Barry Holden. Simultáneamente los agentes se apearon de la Unidad Tres.

Holden los saludó con una sonrisa.

—Caballeros, traigo buenas nuevas de lo más jubilosas.

Ni Reed ni Vern le devolvieron la sonrisa.

—Nadie puede visitar la cárcel, señor Holden —advirtió Reed—. Órdenes del sheriff.

—Veamos, dudo que eso sea estrictamente cierto —respondió Barry, todavía sonriente—. Tengo entendido que quien ha dado esa orden es un caballero llamado Frank Geary, que podríamos describir como autoridad «autoproclamada». ¿No es así?

Reed no sabía bien cómo responder a eso, así que permaneció en silencio.

—En cualquier caso —continuó Barry—, he recibido una llamada de Clint Norcross. Ha decidido que la manera correcta de proceder es entregar a esa mujer a las fuerzas del orden locales.

—¡Vaya, gracias a Dios! —exclamó Vern—. ¡Por fin ha entrado en razón!

—Quiere que yo esté presente en la cárcel para facilitar el trato y dejar constancia pública de por qué se ha apartado del protocolo. Una mera formalidad, en realidad.

Reed se disponía a decir: «¿No ha encontrado un vehículo más pequeño para venir hasta aquí? ¿Acaso no le arrancaba el coche?». Pero en ese instante sonó la radio de la Unidad Tres. Era Terry Coombs, y parecía alterado. «Unidad Tres, Unidad Tres, ¡responda! ¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo!»

8

Justo cuando Reed y Vern veían aparecer la autocaravana de Barry Holden, Terry Coombs entró en el Olympia Diner y se aproximó al reservado que ocupaban Frank y el ayudante Pete Ordway. Frank no se alegró precisamente de ver a Coombs en danza, pero disimuló su disgusto lo mejor que pudo.

—Eh, Terry.

Terry los saludó a los dos con un gesto. Se había afeitado y cambiado de camisa. Se lo veía algo inestable, pero sobrio.

—Jack Albertson me ha dicho que estabais aquí. —Albertson era uno de los ayudantes retirados que dos días antes se habían visto obligados a reincorporarse al servicio activo—. Hace quince minutos he recibido una muy mala noticia desde el condado de Bridger.

Terry no despedía olor a alcohol. Frank confiaba en poder cambiar eso. No le gustaba la idea de incitar a un hombre que probablemente era un alcohólico en ciernes, pero resultaba más fácil trabajar con Coombs cuando había empinado el codo.

—¿Qué pasa en Bridger? —preguntó Pete.

—Un accidente de tráfico. El juez Silver ha caído al Dorr's Hollow. Ha muerto.

—¿Cómo? —Frank levantó la voz de tal modo que Gus Vereen salió de la cocina.

—Es una verdadera lástima —dijo Terry—. Era un buen hombre. —Arrimó una silla—. ¿Tenéis idea de qué hacía allí?

—Iba a Coughlin para hablar con un exagente del FBI al que conocía sobre la posibilidad de que nos ayudara a hacer entrar en razón a Norcross —explicó Frank. Debía de haber sido un infarto. El juez tenía un aspecto horrendo, pálido y tembloroso—. Si ha muerto... eso queda descartado, supongo. —Con esfuerzo, recobró la compostura. Sentía aprecio por el juez Silver y había estado dispuesto a seguirle la corriente, hasta cierto punto. Ese punto acababa de borrarse—. Y esa mujer sigue en la cárcel. —Frank se inclinó hacia delante—. Despierta. Norcross mentía cuando nos ha dicho que dormía envuelta en un capullo. Hicks lo ha confirmado.

—Hicks no tiene buena fama —afirmó Terry.

Frank no lo escuchó.

—Y no es lo único raro que han observado en ella. Esa mujer es la clave.

—Si esa zorra empezó esto, sabrá cómo pararlo —intervino Pete.

Terry contrajo los labios.

—De eso no hay ninguna prueba, Pete. Y dado que Aurora empezó a medio mundo de aquí, resulta un tanto traído por los pelos. Me parece que todos necesitamos respirar hondo y sencillamente...

El walkie-talkie de Frank cobró vida. Era Don Peters.

—¡Frank! ¡Frank, contesta! ¡Necesito hablar contigo! Más vale que respondas por este trasto, porque esos cabrones...

Frank se llevó el walkie-talkie a los labios.

—Aquí Frank. Habla. Y cuidado con ese vocabulario, estamos en abierto...

—*¡Esos cabrones han robado las armas!* —exclamó Don—. *¡Un viejo decrepito de mierda nos ha enredado, y entonces han robado las putas armas de la puta oficina del sheriff!*

Antes de que Frank pudiera contestar, Terry le arrancó el walkie-talkie de la

mano.

—Aquí Coombs. ¿Quién ha sido?

—¡Barry Holden, en un pedazo de caravana mastodónica! Dice tu operadora que lo acompañaban otros, pero está casi fuera de este mundo y no sabe quiénes eran.

—¿Todas las armas? —preguntó Terry, atónito—. ¿Se han llevado *todas* las armas?

—No, no, no todas, imagino que no han tenido tiempo, ¡pero sí muchas! ¡Dios bendito, esa autocaravana era *enorme*!

Terry, paralizado, se quedó mirando el walkie-talkie que tenía en la mano. Frank se dijo que debía mantener la boca cerrada y dejar que Terry realizase sus propias cábalas... y sencillamente no pudo. Por lo visto, nunca podía una vez que montaba en cólera.

—¿Todavía piensas que solo necesitamos respirar hondo y esperar a que Norcross salga? Porque ya sabes adónde van con esas armas, ¿no?

Terry lo miró, apretando tanto los labios que casi le desapareció la boca.

—Puede que hayas olvidado quién manda aquí, Frank.

—Perdón, sheriff. —Por debajo de la mesa, tenía las manos entrelazadas con tal fuerza que le temblaban, y las uñas le grababan medias lunas en las palmas.

Terry no apartó la mirada de él.

—Dime que has apostado a alguien en la carretera que va a la cárcel.

Maldita sea, tú tendrías la culpa si no lo hubiera hecho, por borracho que estuvieras. Ah, pero ¿quién había estado sirviéndole la bebida?

—Sí. A Rangle y a Barrows.

—Bien. Eso está bien. ¿En qué unidad van?

Frank no lo sabía, pero Pete Ordway, sí.

—La Tres.

Don continuaba balbuceando, pero Terry lo interrumpió y pulsó TRANSMITIR.
—Unidad Tres, Unidad Tres, ¡responda! ¡Ahora mismo! *¡Ahora mismo!*

Cuando se oyó el graznido de la radio, Reed Barrows indicó a Barry que no se moviera de donde estaba.

—No se preocupe —dijo Barry.

Golpeó tres veces con los nudillos en el flanco de la Fleetwood, un mensaje para anunciar a Willy Burke —agachado detrás de la cortina que separaba la parte de delante de la autocaravana de la trasera— que pasaban al plan B. El plan B era muy sencillo: en marcha, mientras él proporcionaba toda la distracción posible. Era de vital importancia que las armas llegaran a la cárcel, y que sus hijas y su mujer estuvieran a salvo. Barry no tuvo que pensárselo dos veces. Lo detendrían, por supuesto, pero conocía a un abogado excelente.

Apoyó la mano en el hombro de Vern Rangle y lo apartó con delicadeza del morro de la autocaravana.

—Parece que en la oficina del sheriff alguien se ha ensuciado el pañal —comentó Rangle en tono jocosos mientras, sin darse cuenta, se dejaba guiar por el abogado—. ¿Adónde vamos?

A donde iban era a situarse a cierta distancia de la autocaravana a fin de que, primero, Rangle no viera a Willy Burke instalarse en el asiento del conductor y, segundo, la Fleetwood tuviera espacio para seguir adelante sin atropellar a nadie. Aunque eso Barry no podía explicárselo al agente. Un concepto que pretendía inculcar a sus hijas era que la ley era impersonal: no tenía que ver con los sentimientos, sino con los argumentos. Era preferible

desligarse totalmente de las preferencias personales. En realidad convenía que uno se despojara de su propia piel y se pusiera en la de su cliente, a la vez que conservaba su propio cerebro.

(Gerda, a quien un chico del instituto había pedido para salir —solo de segundo, pero aun así demasiado mayor para ella—, había tratado recientemente de inducir a su padre a que la aceptara como cliente *pro bono* para convencer a su madre de que ya tenía edad para ir al cine con ese chico. Ahí Gerda había demostrado una sagacidad excepcional, pero Barry rehusó la petición aduciendo la relación de parentesco. También porque, como padre suyo, no tenía intención de dejar que fuera a ninguna parte con un muchacho a punto de cumplir los quince años a quien seguramente se le empinaba cada vez que soplabla el viento. Si Cary Benson deseaba tanto pasar un rato con ella, había dicho Barry, podía invitarla a un helado con frutas y nueces en el Dairy Treet allí, en el propio pueblo. Y a plena luz del día.)

Lo que Barry había preferido no explicar a Gerda era la incómoda circunstancia de la culpabilidad absoluta. A veces uno se metía en la piel de su cliente y descubría que este —*uno mismo*— era tan asombrosa, irremisible e indisimuladamente culpable como el pecado original. Cuando se daba esa situación, la única táctica sensata era distraer y perturbar, litigar sobre los detalles insignificantes, entorpecerlo todo y buscar la postergación. Con suerte, uno podía desgastar al contrario hasta que este le ofrecía un trato ventajoso para liberarse de él o, mejor aún, irritarlo o desorientarlo hasta inducirlo a echar a perder su caso por completo.

Con eso presente, improvisó la pregunta más desconcertante que se le ocurrió a corto plazo:

—Oiga, Vern. Quería llevármelo aparte para preguntarle una cosa.

—Vale...

Barry se inclinó hacia él como para hablarle en confianza.

—¿A usted le han hecho la circuncisión?

Gotas de lluvia salpicaban las lentes de las gafas de Vern Rangle y ocultaban sus ojos. Barry oyó que se encendía el motor de la autocaravana, oyó el sonido metálico del cambio cuando Willy puso la marcha, pero el policía no prestó atención. La pregunta de la circuncisión lo había llevado a un estado de bloqueo mental.

—Caray, señor Holden... —Vern desplegó distraídamente un pañuelo con una sacudida y empezó a plegarlo de nuevo—. Eso es un tanto personal, ¿no le parece?

A sus espaldas se oyó un golpetazo y un gemido de metal contra metal.

Entretanto Reed Barrows se había instalado en el asiento del conductor del coche patrulla para atender la llamada de Terry, pero el micro se le resbaló de la mano húmeda. Mientras se inclinaba para recogerlo del suelo y desenredar el cable, transcurrieron unos segundos vitales, porque ese fue el tiempo que Willy Burke necesitó para realizar la maniobra de arranque.

—Recibido, aquí Unidad Tres. Barrows al habla, corto —dijo Reed en cuanto recuperó el micro.

Por la ventanilla, vio la autocaravana virar en torno a la parte delantera del coche patrulla hacia el arcén de grava y el terraplén de hierba contiguos al carril dirección sur de la carretera. Reed, al ver eso, no se alarmó; se quedó perplejo. ¿Por qué movía Barry Holden la autocaravana? ¿O acaso la movía Vern para que pudiera pasar otro vehículo? No tenía ninguna lógica. Era necesario resolver el asunto del picapleitos y su Fleetwood antes de ocuparse de cualquier otra persona que quisiera pasar.

Terry Coombs habló a voz en cuello por la radio.

—¡Detened a Barry Holden y confiscad el vehículo! ¡Lleva un montón de armas robadas y va camino de la cárcel! ¿Me has oído...?

El morro de la autocaravana embistió el morro del coche patrulla, el micro

se resbaló de la mano de Reed por segunda vez, y la vista al otro lado del parabrisas empezó a girar como si se hallara articulada mediante bisagras.

—¡Eh!

2

En la parte de atrás de la autocaravana, Jared perdió el equilibrio. Se cayó del sofá sobre las armas.

—¿Estás bien? —preguntó Garth. El médico había conseguido mantenerse en pie apoyándose firmemente de espaldas en la encimera de la cocina y agarrándose al fregadero.

—Sí.

—¡Gracias por interesarte por mí! —Michaela había logrado permanecer en el sofá, pero había caído de costado.

Garth tomó conciencia de que adoraba a Mickey. Tenía arrestos, como se decía antes. No cambiaría nada en ella. Su nariz y todo lo demás estaban tan cerca como podían estar de la perfección.

—No me hace falta, Mickey —contestó él—. Sé que estás bien, porque siempre estarás bien.

3

La autocaravana avanzó despacio, ciñéndose en ángulo a la cuneta en pendiente, a no más de veinticinco kilómetros por hora, y apartó el coche patrulla. Se oyó el chirrido de metal contra metal. Vern, boquiabierto, se volvió hacia Barry. El abogado se le había reído en la cara. En consecuencia

Vern asestó un puñetazo a Barry en el ojo y lo tumbó de espaldas.

—¡Detén la autocaravana! —vociferó Reed a través de la puerta abierta del coche patrulla en movimiento—. ¡Dispara a los neumáticos!

Vern desenfundó el arma reglamentaria.

La autocaravana se soltó del coche patrulla y empezó a ganar velocidad. Se encontraba en un ángulo de treinta grados cuando abandonó el arcén y se dirigió hacia el centro de la calzada. Vern, apuntando a la rueda posterior derecha, se precipitó al apretar el gatillo. El disparo le salió alto y perforó la pared de la autocaravana. El vehículo se encontraba ya a unos cincuenta metros de distancia. En cuanto se situase en plena carretera, lo perderían. Vern tardó un momento en corregir la posición y apuntar de nuevo, esa vez debidamente, concentrándose en la rueda derecha posterior... y disparó al aire porque Barry Holden lo placó y lo derribó.

4

Jared, en el suelo, con las miras y los cañones de las armas hincándosele en media docena de puntos de la espalda, quedó ensordecido por la detonación. De algún modo percibió los gritos alrededor —¿la mujer, Michaela? ¿Flickinger?—, pero no los oyó. Sus ojos se posaron en un orificio en la pared: la bala había dejado una abertura semejante al extremo superior reventado de un petardo. En las palmas de sus manos, en contacto con el suelo de la autocaravana, sentía como se movían las ruedas, cada vez a mayor velocidad, zumbando sobre el asfalto.

Flickinger seguía de pie, apuntalado en la encimera de la cocina. No, no era Flickinger quien gritaba.

Jared miró hacia donde miraba el médico.

Las siluetas envueltas en capullos yacían en el sofá. Una cavidad sanguinolenta se había abierto en el esternón de la tercera de la fila, la mayor de las niñas, Gerda. Esta se levantó del sofá y avanzó tambaleante. Era ella quien gritaba. Jared vio que se movía hacia Michaela, acurrucada en el extremo del sofá paralelo. La niña tenía los brazos extendidos, libres ya del tejido que se los había mantenido firmemente unidos al torso, y se adivinaba con toda nitidez el contorno de la boca abierta y vociferante bajo la tela. Del orificio en el esternón brotaban mariposas.

Flickinger agarró a Gerda. Ella giró en redondo e hincó las manos en la garganta del médico cuando los dos se bambolearon en círculo. Tropezaron y cayeron al suelo, encima de las armas. Los dos cuerpos chocaron contra la puerta trasera. El pasador cedió, la puerta se abrió, y se precipitaron al exterior seguidos de un tumulto de mariposas y un aluvión de armas y balas.

5

Evie gimió.

—¿Qué? —preguntó Angel—. ¿Qué pasa?

—Ah —contestó Evie—. Nada.

—Mentirosa —repuso Jeanette. Seguía desplomada en el hueco de la ducha. Angel debía reconocerlo: Jeanette era casi tan testaruda como ella misma.

—Ese es el sonido que haces cuando muere alguien. —Jeanette tomó aire. Ladeó la cabeza y se dirigió a una persona invisible—. Ese es el sonido que hace cuando muere alguien, Damian.

—Me parece que tienes razón, Jeanette —respondió Evie—. Me parece que es lo que hago.

—Eso he dicho. ¿No, Damian?

—No estás viendo una mierda, Jeanette —dijo Angel.

Jeanette siguió mirando la nada.

—Salen mariposas de su boca, Angel. Tiene mariposas dentro. Ahora déjame en paz: estoy intentando mantener una conversación con mi marido.

Evie se disculpó.

—Tengo que hacer una llamada.

6

Reed oyó el disparo de Vern al tiempo que se abalanzaba sobre la consola central del coche de policía y abría la puerta del acompañante. Alcanzó a ver la parte de atrás de la autocaravana cuando rebasaba trabajosamente la cuesta, y cómo batía la puerta posterior.

Dos cuerpos yacían en la carretera. Reed desenfundó el arma reglamentaria y corrió hacia ellos. Más allá de los cuerpos, había un reguero de tres o cuatro fusiles de asalto y, entre ellos, munición desparramada.

Cuando llegó a los cuerpos, se detuvo. Sangre y materia gris salpicaban el asfalto en torno al cráneo del hombre que yacía boca arriba, más cerca de él. Reed había visto no pocos cadáveres, pero los destrozos en ese eran considerables; posiblemente era el que se llevaba la palma. En la caída, se le habían desplazado las gafas hacia arriba y las tenía acomodadas en el nacimiento del cabello rizado. Aquella disposición le confería un aspecto perversamente amable y despreocupado, la apariencia de un profesor, mientras yacía muerto en la carretera con los sesos esparcidos por el asfalto.

Unos pasos más allá había una mujer tendida de costado en la posición que el propio Reed adoptaba cuando estaba en el sofá viendo la televisión. La máscara de tela se había desprendido por el rozamiento con la calzada, y la

piel que quedaba estaba hecha jirones. Por lo que se veía de la cara y el cuerpo, Reed dedujo que era joven, pero poco más. Una bala le había abierto una amplia herida en el pecho. Un hilo de sangre resbalaba hacia el asfalto húmedo.

Reed oyó a su espalda el golpeteo de unas zapatillas de deporte.

—¡Gerda! —exclamó alguien—. ¡Gerda!

Reed se volvió. Barry Holden pasó apresuradamente junto a él y fue a arrodillarse al lado del cuerpo de su hija.

Vern Rangle, con la nariz ensangrentada, avanzó tambaleante por la carretera detrás de Holden, anunciando a gritos que iba a circuncidarlo él personalmente, al muy cabrón.

Vaya mierda: un tipo con la cabeza aplastada, una niña muerta, un abogado vociferante, Vern Rangle hecho una furia, armas y munición en la carretera. Reed sintió alivio al pensar que en esos momentos la jefa no era Lila Norcross, porque no habría querido siquiera intentar explicarle cómo había ocurrido aquello.

Reed alargó el brazo un segundo demasiado tarde y solo consiguió agarrar un trozo de tela del hombro de Vern. Este se zafó y asestó un culatazo en la nuca a Barry Holden. Se oyó un crujido desagradable, como el de una rama al troncharse, y brotó la sangre. Barry Holden cayó de bruces al suelo al lado de su hija. Vern se acuclilló junto al abogado inconsciente y lo golpeó una y otra vez con la empuñadura de su arma.

—¡Que te jodan, que te jodan, que te jodan! Me has roto la nariz, pedazo de ca...

La joven que debería haber estado muerta y no lo estaba agarró a Vern por la mandíbula, enroscó los dedos en torno a sus dientes inferiores y tiró de él obligándolo a bajar a su nivel. Levantó la cabeza, abrió la boca de par en par e hincó los dientes en el cuello de Vern. El compañero de Reed comenzó a

aporrearla con la culata de la pistola. Ella ni se inmutó. En torno a sus labios manó sangre arterial.

Reed se acordó de su propia arma. La levantó y disparó. La bala penetró por el ojo izquierdo de la joven y su cuerpo quedó inerte, pero mantuvo la boca aferrada al cuello de Vern. Parecía estar bebiendo su sangre.

De rodillas, Reed hundió los dedos en el pringue caliente y resbaladizo donde los dientes de la joven permanecían clavados en el cuello de su compañero. Tiró, notando el contacto de la lengua y el esmalte dental. Vern la golpeó una vez más, inútilmente, y el arma se desprendió de su mano ya flácida y, rebotando en el suelo, se alejó. Acto seguido, Vern se desplomó.

7

El último de una caravana de tres coches patrulla, Frank viajaba solo. Todos tenían las sirenas encendidas. Ordway y Terry encabezaban la marcha, seguidos de Peters y el adlátere de este, Blass. Frank no buscaba la soledad, pero la soledad parecía encontrarlo a él. ¿Eso por qué? Elaine se había llevado a Nana y lo había dejado solo. Oscar Silver se había salido de la carretera y lo había dejado solo. Era descorazonador. Lo convertía en un hombre sin corazón. Pero a lo mejor era como tenían que ser las cosas —como tenía que ser él— para hacer lo que debía hacer.

Ahora bien, ¿podía hacer lo que debía hacer? La situación se estaba torciendo. Reed Barrows había informado por radio de un tiroteo y de una baja. Frank creía que estaba dispuesto a matar por su hija; tenía la certeza de que estaba dispuesto a morir por ella. No obstante, como ya comprendía, no era el único decidido a correr riesgos mortales. La gente de Norcross había robado armamento policial y se había saltado un control de carretera. Fueran

cuales fuesen los motivos por los que actuaban de ese modo, su determinación era incuestionable. Ese grado de determinación preocupaba a Frank, como también que sus motivos fueran semejante enigma. ¿Qué los impulsaba? ¿Cuál era el vínculo entre Eve Black y Norcross?

Sonó el móvil. La caravana avanzaba rápidamente hacia el norte por Ball's Hill. Frank sacó el teléfono del bolsillo.

—Geary.

—Frank, soy Eve Black. —La mujer hablaba casi en un susurro, con una voz empañada, un tanto seductora.

—Es usted, ¿verdad? Encantado de conocerla.

—Lo llamo desde mi nuevo teléfono móvil. Yo no tenía, y Lore Hicks me regaló el suyo. ¿A que fue caballeroso por su parte? Por cierto, sería mejor que redujera la velocidad. No conviene que se arriesgue a tener un accidente. La autocaravana ha escapado. Solo quedan allí cuatro personas muertas y Reed Barrows.

—¿Cómo lo sabe?

—Créame, lo sé. A Clint le ha sorprendido que haya sido tan fácil dar el golpe. A mí también, para serle sincera. Nos hemos partido de risa. Pensaba que tenía las cosas un poco más controladas. Me equivocaba.

—Debería entregarse, señorita Black. —Frank se concentró en medir sus palabras, en mantener a raya ese enrojecimiento que pretendía adueñarse de su mente—. O debería poner fin a... esto. Lo que quiera que sea. Debería hacerlo antes de que alguien salga herido.

—Ah, ya hemos superado con creces la etapa de los heridos. El juez Silver, sin ir más lejos, ha acabado mucho más que herido. Como el doctor Flickinger, quien de hecho no era tan mala persona cuando tenía la cabeza despejada. Estamos en la etapa de la extinción en masa.

Frank se apretó el volante.

—¿Qué coño es *usted*?

—Yo podría hacerle la misma pregunta, pero ya sé lo que diría: «Soy el Buen Padre». Porque con usted todo se reduce a Nana Nana Nana, ¿no? El papá protector. ¿Ha pensado siquiera una vez en todas las demás mujeres y lo que podría estar usted haciéndoles? ¿En lo que podría estar poniendo en peligro?

—¿Cómo sabe que tengo una hija?

—Saber es mi obligación. Hay un viejo blues que dice: «Antes de acusarme, fíjate en ti». Necesita ampliar las miras, Frank.

Lo que necesito, pensó Frank Geary, es echarte las manos al cuello.

—¿Qué quiere?

—¡Quiero que se comporte como un hombre! ¡Quiero que se comporte como un puto hombre y haga esto interesante! Quiero que su preciada Nana pueda ir al colegio y decir: «Mi papá no es solo un funcionario que atrapa gatos salvajes, ni es solo un hombre que da puñetazos a las paredes o tira de mi camiseta preferida o grita a mi mamá cuando las cosas no salen como quiere. Es también el hombre que detuvo a aquella hada mala que durmió a todas las mujeres».

—Deja a mi hija fuera de esto, cabrona.

El tono provocador desapareció de la voz de Evie.

—Cuando la protegió usted en el hospital, fue un acto valiente. Eso lo admiré. Lo admiré a *usted*. Lo digo sinceramente. Sé que la quiere, y eso no es despreciable. Sé que, a su manera, lo único que desea es lo mejor para ella. Y eso me lleva a quererlo un poco pese a que es usted parte del problema.

Delante, los dos primeros vehículos se detenían ya junto al coche patrulla abollado de Reed Barrows. Frank vio que Barrows se acercaba a recibirlos. Más allá vio los cuerpos en la carretera.

—Ponga fin a esto —dijo Frank—. Libérelas. Libere a las mujeres. No solo

a mi mujer y a mi hija, a todas.

—Primero tendrá que matarme —respondió Evie.

8

Angel preguntó quién era ese Frank con el que Evie había estado hablando.

—Es el matadragones —contestó Evie—. Solo necesitaba asegurarme de que no va a dejarse distraer por los unicornios.

—Estás como una puta regadera. —Angel silbó.

Evie no estaba loca, pero no era un asunto que fuera a tratar con Angel, quien, en todo caso, tenía derecho a su propia opinión.

El zorro se acerca a Lila en un sueño. Ella sabe que es un sueño porque el zorro habla.

—Eh, chica —saluda al entrar en el dormitorio de la casa de St. George Street que ahora Lila comparte con Tiffany, Janice Coates y dos de las médicas del Centro de Atención a la Mujer: Erin Eisenberg y Jolie Suratt. (Erin y Jolie están solteras. La tercera médica del Centro de Atención a la Mujer, Georgia Peekins, vive en la otra parte del pueblo, con dos hijas que echan muchísimo de menos a su hermano mayor.) Otra razón por la que sabe que es un sueño es que no hay nadie más en la habitación. La otra cama individual, donde duerme Tiffany, está vacía y bien hecha.

El zorro apoya sus hábiles patas delanteras —blancas en lugar de rojas, como si hubiera caminado por pintura reciente para llegar allí— en el edredón que la cubre.

—¿Qué quieres? —pregunta Lila.

—Enseñarte el camino de regreso —contesta el zorro—. Pero solo si quieres ir.

Cuando Lila abrió los ojos, era de día. Tiffany ocupaba la otra cama, como correspondía, tapada solo hasta las rodillas, el vientre una media luna por

encima de los calzoncillos tipo bóxer con los que dormía. Estaba ya de más de siete meses.

En lugar de ir a la cocina para preparar el repulsivo brebaje a base de chicoria que en esa versión de Dooling servían en lugar de café, Lila recorrió el pasillo y fue a abrir la puerta de la calle a una agradable mañana de primavera (allí el tiempo transcurría con una rapidez escurridiza; los relojes marcaban las horas con normalidad, pero no había nada de normal en el paso de las horas). Como preveía, allí estaba el zorro, sentado en el sendero de pizarra, invadido por la maleza, con la exuberante cola perfectamente dispuesta alrededor de las patas. Observaba a Lila con vivo interés.

—Eh, chico —dijo Lila.

El zorro ladeó la cabeza y pareció sonreír. Luego trotó por el sendero hasta la calle agrietada y se sentó de nuevo. La observó. Esperó.

Lila fue a despertar a Tiffany.

3

Al final fueron diecisiete las residentes de Nuestro Sitio que siguieron al zorro en seis carritos de golf propulsados con energía solar, una caravana que salió lentamente del pueblo y continuó por lo que fuera la Estatal 31 hacia Ball's Hill. Tiffany viajaba en el primero junto con Janice y Lila, y a lo largo del camino se quejó sin parar de que no la hubieran permitido ir a caballo. La prohibición había partido de Erin y Jolie, que estaban preocupadas por la intensidad de las contracciones cuando le faltaban aún entre seis y ocho semanas para salir de cuentas. Así se lo habían hecho saber a la futura mamá. Lo que no habían manifestado (aunque Lila y Janice lo sabían) eran sus preocupaciones por el bebé, concebido cuando Tiffany aún consumía drogas

cada día, a veces cada hora.

Las acompañaban Mary Pak, Magda Dubcek, las cuatro miembros del Club de Lectura del Primer Jueves y cinco de las antiguas reclusas del Centro Penitenciario de Dooling. También formaba parte de la comitiva Elaine Nutting, antes Geary. Esta iba en el mismo carrito que las dos médicas. Su hija había insistido en ir con ellas, pero Elaine se había negado y mantenido en sus trece pese al llanto de la niña. Nana se había quedado con la anciana señora Ransom y su nieta. Las dos pequeñas se habían hecho amigas enseguida, pero ni siquiera la perspectiva de pasar el día con Molly había animado a Nana. Ella quería seguir al zorro, porque, según dijo, parecía salido de un cuento de hadas. Quería dibujarlo.

—Quédate con tu hija si quieres —había dicho Lila a Elaine—. Ya somos muchas.

—Lo que *quiero* es ver qué pretende ese bicho —había contestado Elaine. Aunque en realidad no sabía si quería verlo o no.

El zorro —entonces sentado ante los escombros de la barbería Pearson, esperando pacientemente a que las mujeres se congregaran y se pusieran en marcha— le inspiraba un mal presentimiento, difuso pero intenso.

—¡Vamos! —exclamó Tiffany, malhumorada—. ¡Antes de que necesite mear otra vez!

Y emprendieron el camino tras los pasos del zorro, que salió al trote del pueblo siguiendo la línea blanca descolorida del centro de la carretera, echando de vez en cuando la vista atrás para asegurarse de que su tropa continuaba allí. Parecía sonreír. Casi parecía decir: «Desde luego hoy hay mujeres muy atractivas entre el público».

Aquello era una excursión —extraña, sin duda, pero, aun así, un día de descanso de sus diversos trabajos y tareas—, y deberían haberse oído conversaciones y risas; sin embargo, las mujeres que componían la lenta fila

de carritos de golf iban casi en silencio. Los faros de los carritos, situados en el techo, se encendían cuando estos estaban en movimiento, y al pasar por delante de la selva que fuera el almacén de madera de Adams, Lila pensó que parecían más un cortejo fúnebre que chicas de excursión.

Cuando el zorro abandonó la carretera y enfiló un camino invadido por la hierba a unos quinientos metros del almacén de madera, Tiffany se puso tensa y se llevó las manos al vientre en actitud protectora.

—No, no, no, parad aquí y dejadme bajar. No pienso volver a la caravana de Tru Mayweather, aunque no sea más que un montón de chatarra.

—No es ahí adonde vamos —dijo Lila.

—¿Cómo lo sabes?

—Espera y verás.

Como se vio, los restos de la caravana resultaban apenas visibles; arrancada de los bloques de la base por una tormenta, se hallaba volcada entre la maleza y las zarzas como un dinosaurio oxidado. A treinta o cuarenta metros, el zorro dobló a la izquierda y se adentró en el bosque. Las mujeres de los dos primeros carritos advirtieron el destello de su pelaje rojo anaranjado, que enseguida desapareció.

Lila desmontó y se acercó al punto por donde el animal se había adentrado en el bosque. Los matorrales cubrían por completo los restos del cobertizo cercano, pero incluso después de tanto tiempo flotaba en el aire un tenue olor químico. Puede que la meta ya no esté, pensó Lila, pero los recuerdos persisten. Incluso aquí, donde el tiempo parece galopar, detenerse a tomar aliento y volver a galopar.

Janice, Magda y Blanche McIntyre se reunieron con ella. Tiffany se quedó en el carrito abrazándose el vientre. Se la veía indispuesta.

—Hay una vereda formada por el paso de los animales —observó Lila al tiempo que la señalaba—. Podemos seguirla sin grandes dificultades.

—Tampoco pienso entrar en ese bosque —declaró Tiffany—. Por mí como si ese zorro baila claqué. Vuelvo a tener contracciones.

—No irías aunque no las tuvieras —dijo Erin—. Yo me quedo contigo. Jolie, ve tú, si quieres.

Jolie fue. Las quince mujeres avanzaron por la vereda en fila india, Lila en vanguardia y la antigua señora de Frank Geary en retaguardia. Cuando llevaban caminando casi diez minutos, Lila se detuvo y alzó los brazos para señalar con los dedos índices a izquierda y derecha, como un guardia de tráfico incapaz de decidirse.

—Joder —exclamó Celia Frode—. Nunca he visto nada parecido. *Nunca*.

A ambos lados las ramas de los chopos, los abedules y los alisos estaban revestidas de mariposas nocturnas. Parecía haber millones.

—¿Y si nos atacan? —musitó Elaine, dando gracias a Dios por no haber cedido a los ruegos de Nana.

—No atacarán —aseguró Lila.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Elaine.

—Lo sé, sin más —contestó Lila—. Son como el zorro. —Titubeante, buscó la palabra adecuada—. Son emisarias.

—¿De quién? —preguntó Blanche—. ¿O de qué?

Esa fue otra pregunta a la que Lila prefirió no contestar pese a que podría haberlo hecho.

—Vamos —dijo—. Ya no falta mucho.

Quince mujeres, allí de pie, con la hierba hasta los muslos, contemplaban lo que en la cabeza de Lila se había convertido en el Árbol Asombroso. Hasta

pasados quizá treinta segundos, nadie despegó los labios. Luego, con voz aguda y entrecortada, Jolie Suratt dijo:

—Dios bendito que está en los cielos.

El Árbol se alzaba bajo el sol como una torre de alta tensión viva, sus varios troncos trenzados, a veces captando haces de sol rebosantes de granos de polen, a veces creando cavidades oscuras. Aves tropicales retozaban en sus numerosas ramas y gorjeaban entre sus hojas, semejantes a helechos. Delante, el pavo real que Lila había visto anteriormente se paseaba de acá para allá como el portero más elegante del mundo. También estaba allí la serpiente roja, colgando de una rama, un trapecista reptiliano que oscilaba lánguidamente. Por debajo de la serpiente se abría una grieta oscura de donde parecían surgir los distintos troncos. Lila eso no lo recordaba, pero no la sorprendió. Como tampoco la sorprendió cuando el zorro asomó de esa grieta como un muñeco de resorte y, juguetonamente, lanzó una dentellada al pavo, que no le prestó atención.

Janice Coates cogió a Lila del brazo.

—¿Estamos viendo esto?

—Sí —contestó Lila.

Celia, Magda y Jolie prorrumpieron en un penetrante y armonioso grito a tres voces. El tigre blanco salía de la hendidura de aquel árbol de múltiples troncos. Examinó a las mujeres dispuestas al borde del claro con sus ojos verdes y a continuación se estiró cuan largo era y se agachó casi como si les hiciera una reverencia.

—¡Quietas! —exclamó Lila—. ¡Quietas, todas! ¡No os hará daño! — Esperaba con toda su alma que así fuera.

El tigre rozó con su hocico el del zorro. Luego se volvió de nuevo hacia las mujeres y aparentemente puso especial interés en Lila. Después rodeó el Árbol y se perdió de vista.

—Dios mío —dijo Kitty McDavid. Lloraba—. ¡Joder, Dios mío, qué bonito era! ¡Qué bonito era!

—Esto es un *swiety miejsce* —intervino Magda Dubcek—, un lugar sagrado. —Y se santiguó.

Janice miraba a Lila.

—Explícate.

—Creo que es una salida —contestó Lila—. Un camino de regreso. Si queremos seguirlo.

Fue entonces cuando el walkie-talkie que llevaba al cinto cobró vida. Sonó una ráfaga de interferencia estática, y no hubo forma de distinguir las palabras. Pero Lila tuvo la impresión de que era Erin, y al parecer gritaba.

5

Tiffany se hallaba estirada en el asiento delantero del carrito de golf. En el suelo había una vieja camiseta de los Rams de St. Louis que había afanado de algún sitio. Sus pechos, antes poco más que nódulos, apuntaban hacia el cielo dentro de un sujetador de algodón con copa de talla D (los de licra ya no le servían). Erin estaba agachada entre sus piernas con las manos extendidas sobre la asombrosa prominencia del vientre. Cuando las mujeres se acercaron a todo correr, apartando ramitas y alguna que otra mariposa de su pelo, Erin presionó.

—¡Para! ¡Por Dios, para! —exclamó Tiffany, y extendió las piernas formando una V.

—¿Qué haces? —preguntó Lila al tiempo que alargaba los brazos hacia ella, pero cuando bajó la vista, quedó claro qué hacía Erin y por qué.

Tiff tenía el vaquero desabrochado. Se veía una mancha en la tela azul y el

algodón de las bragas se había teñido de rosa.

—El bebé ya llega, y tiene el trasero donde debería estar la cabeza — explicó Erin.

—Dios mío, ¿viene de nalgas? —preguntó Kitty.

—Tengo que darle la vuelta —afirmó Erin—. Llévanos al pueblo, Lila.

—Tendremos que sentarla —dijo Lila—. Si no, no puedo conducir.

Con la ayuda de Jolie y Blanche McIntyre, Lila consiguió colocar a Tiffany semisentada, y Erin se apretujó a su lado. Tiffany volvió a gritar.

—*¡Ay, qué dolor!*

Lila se sentó al volante del carrito, con el hombro derecho tenso contra el izquierdo de Tiffany. Erin iba casi de medio lado en el exiguo espacio que ocupaba.

—¿Qué velocidad alcanza esto? —preguntó.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo.

Lila pisó el pedal del acelerador e hizo una mueca al oír el aullido de dolor de Tiff cuando el carrito arrancó con una sacudida. Tiffany gritaba con cada bache, y los baches abundaban. En ese momento Lila Norcross no tenía nada más lejos de la mente que el Árbol Asombroso con su cargamento de aves exóticas.

No podía decirse lo mismo de la antes llamada Elaine Geary.

6

Pararon en el Olympia Diner. Tiffany sentía tal dolor que no podía ir más allá. Erin envió a Janice y a Magda al pueblo a por su maletín mientras Lila y otras tres mujeres introducían a Tiffany en el restaurante.

—Juntad un par de mesas —ordenó Erin—, y rápido. Necesito enderezar a

este bebé ya mismo, y para eso la madre tiene que estar tendida.

Lila y Mary acercaron las mesas. Margaret y Gail levantaron en volandas a Tiffany para colocarla encima, haciendo muecas y volviendo la cara, como si ella les lanzara barro en lugar de gritos de protesta.

Erin, concentrándose de nuevo en el vientre de Tiffany, lo masajeó como si se tratara de masa de pan.

—Me parece que empieza a moverse, gracias a Dios. Vamos, chiquitín, ¿y si haces una pequeña voltereta para la doctora E.?

Erin presionó el vientre de Tiff con una mano mientras Jolie Suratt oprimía desde el lado.

—*¡Parad!* —exclamó Tiffany—. *¡Parad, cabronas!*

—Está dándose la vuelta —anunció Erin, indiferente al impropio—. Está dándose la vuelta de verdad, gracias a Dios. Tira de los pantalones, Lila. Los pantalones y las bragas. Jolie, sigue presionando. No dejes que se dé la vuelta otra vez.

Lila agarró una pernera del vaquero de Tiffany; Celia Frode, la otra. Tiraron, y el viejo pantalón de mezclilla salió. Las bragas bajaron parcialmente, dejando en los muslos de Tiffany brochazos de sangre y líquido amniótico. Lila acabó de retirarlas. Las notó calientes, y estaban tan empapadas que pesaban. Sintió una arcada, pero se le pasó al cabo de un momento.

Tiffany había pasado a gritar sin cesar y sacudía la cabeza a un lado y al otro.

—No puedo esperar a tener el maletín —dijo Erin—. Este bebé va a llegar ya. Solo que... —Miró a su antigua compañera de consulta, quien asintió—. Que alguien le consiga un cuchillo a Jolie. Afilado. Tenemos que hacer una pequeña incisión.

—Tengo que empujar —dijo Tiffany entre jadeos.

—Ni hablar —contestó Jolie—. Todavía no. La puerta está abierta, pero tenemos que retirar las bisagras. Ensanchar un poco el hueco.

Lila encontró un cuchillo de trinchar y, en el cuarto de baño, una botella antigua de agua oxigenada. Roció la hoja, se detuvo a mirar el dispensador de gel desinfectante junto a la puerta y lo presionó. Nada. El jabón se había evaporado hacía mucho. Regresó a toda prisa. Las mujeres habían formado un semicírculo alrededor de Tiffany, Erin y Jolie. Todas estaban cogidas de las manos excepto Elaine Geary, que se rodeaba la cintura firmemente con los brazos. Posaba la mirada primero en la encimera, después en los reservados vacíos, después en la puerta. En cualquier parte menos en la mujer jadeante y vociferante tendida en la mesa de quirófano improvisada, desnuda ya como llegó al mundo, salvo por el viejo sujetador de algodón.

Jolie cogió el cuchillo.

—¿Lo has desinfectado con algo?

—Agua oxi...

—Servirá —dijo Erin—. Mary, trae un termo de poliestireno, si lo encuentras. Alguna de vosotras que busque paños. Seguro que hay alguno en la cocina. Ponedlos encima de los...

La interrumpió un patético grito de dolor de Tiffany cuando Jolie Suratt le practicó una episiotomía con un cuchillo de trinchar, *sin* anestesia.

—Poned los paños encima de los carritos de golf —concluyó Erin.

—¡Ah, sí, las placas solares! —Esa era Kitty—. Para calentarlos, qué buena ide...

—Los queremos tibios pero no calientes —aclaró Erin—. No tengo intención de asar a nuestro ciudadano más flamante. Vamos.

Elaine se quedó donde estaba, dejando que las otras mujeres se deslizaran en torno a ella como agua alrededor de una roca, posando aún la mirada en cualquier cosa que no fuera Tiffany Jones. Los ojos, un poco desorbitados, le

brillaban.

—¿Cuál es la dilatación? —preguntó Lila.

—Siete centímetros —contestó Jolie—. Estará en diez en menos de lo que tardas en decir Jack Robinson. El borramiento del cuello uterino es total... algo es algo. Empuja, empuja, Tiffany. Pero resérvate un poco para la siguiente contracción.

Tiffany empujó. Tiffany gritó. La vagina se dilató, luego se cerró, luego volvió a abrirse. Más sangre brotó entre sus piernas.

—No me gusta esa sangre. —Lila se lo oyó susurrar a Erin, quien se lo decía a Jolie con la comisura de los labios, como si pasara un soplo en una carrera de caballos—. Está sangrando demasiado. Dios, ojalá tuviera al menos el fetoscopio.

Mary regresó con un termo de plástico duro como los que Lila a menudo llevaba al lago Maylock cuando Clint, Jared y ella iban de picnic. En el costado se leía el rótulo: ¡BUDWEISER! ¡LA REINA DE LAS CERVEZAS!

—¿Servirá esto, doctora E.?

—Perfectamente —contestó Erin, pero no levantó la mirada—. Bien, Tiff, ahora un gran empujón.

—La espalda me está matando... —se quejó Tiffany, pero el «matando» se convirtió en un *matandoooooOOOOOO* al tiempo que contraía el rostro y golpeaba con los puños la superficie de formica desportillada de la mesa.

—¡Veo la cabeza! —exclamó Lila—. Veo la ca... oh, Dios, Erin, ¿qué...?

Erin apartó a Jolie de un empujón y agarró al bebé por un hombro antes de que retrocediera, hundiendo las yemas de los dedos de tal modo que Lila se mareó. La cabeza del bebé asomó torcida en una posición forzada, como si intentara mirar atrás, en dirección al lugar del que procedía. Tenía los ojos cerrados y el rostro ceniciento. Enroscado alrededor del cuello, ascendiendo por la mejilla hacia la oreja —como el lazo de la soga de un ahorcado—,

apareció el cordón umbilical manchado de sangre, lo que recordó a Lila la serpiente roja colgada del Árbol Asombroso. Del pecho para abajo, el niño seguía dentro de su madre, pero se había liberado un brazo, que colgaba flácido. Lila veía cada uno de los dedos perfectos, cada una de las uñas perfectas.

—Deja de empujar —indicó Erin—. Ya sé que quieres terminar, pero no empujes todavía.

—Necesito empujar —bramó Tiffany.

—Estrangularás al bebé si lo haces —advirtió Jolie, otra vez al lado de Erin, las dos hombro con hombro—. Espera. Déjame solo... solo un segundo...

Demasiado tarde, pensó Lila. Ya está estrangulado. Basta con mirar esa cara gris.

Jolie introdujo un dedo por debajo del cordón umbilical, luego otro. Flexionando los dedos en un gesto de llamada, primero separó el cordón del cuello del niño y después lo desprendió. Tiffany gritó, y se le marcaron todos los tendones del cuello en pronunciado relieve.

—¡Empuja! —ordenó Erin— ¡Con todas tus fuerzas! ¡A la de tres! ¡Jolie, no dejes que caiga de cara en este puto suelo mugriento cuando salga! ¡Tiff! ¡A la de una, a la de dos, a la de *tres*!

Tiffany empujó. El bebé pareció salir disparado a las manos de Jolie Suratt. Resbaladizo, precioso y muerto.

—¡Una pajita! —vociferó Jolie—. ¡Buscad una pajita! ¡Ya!

Elaine dio un paso al frente. Lila no la había visto moverse. Tenía una preparada, ya sin la funda de papel.

—Toma.

Erin cogió la pajita.

—Lila —dijo Erin—. Ábrele la boca al niño.

El *niño*. Hasta ese momento Lila no se había fijado en la pequeña coma gris que colgaba bajo el vientre del bebé.

—¡Ábrele la boca! —repitió Erin.

Con cuidado, Lila hizo lo que le indicaban utilizando dos dedos. Erin insertó un extremo de la pajita en su propia boca y el otro en la diminuta abertura que Lila había creado con los dedos.

—Ahora levántale la barbilla —ordenó Jolie—. Hay que crear succión.

¿Qué sentido tenía? Si estaba muerto, estaba muerto. Pero Lila obedeció una vez más y vio aparecer unas medias lunas sombrías en las mejillas de Erin Eisenberg cuando succionó por su extremo de la pajita. Se produjo un sonido audible: *flop*. Erin volvió la cabeza a un lado para escupir un cuajarón de flema. A continuación dirigió un gesto de asentimiento a Jolie, que levantó al bebé a la altura de su cara y le sopló con delicadeza en la boca.

El bebé siguió allí inmóvil sin más, la cabeza atrás, con gotas de sangre y espuma en la calva. Jolie volvió a soplar, y se obró el milagro. El diminuto pecho se hinchó; los ojos azules se abrieron de pronto sin ver. Empezó a lloriquear. Celia Frode inició el aplauso, y las demás se sumaron... excepto Elaine, que había retrocedido al lugar donde se hallaba al principio, los brazos otra vez firmemente entrelazados ante la cintura. El llanto del bebé era ya continuo. Cerró las manos en pequeños puños.

—Ese es mi niño —dijo Tiffany, y alzó los brazos—. Mi niño llora. Dámelo.

Jolie anudó el cordón umbilical con una goma y envolvió al bebé en lo primero que encontró: un delantal de camarera que alguien había cogido de un perchero. Entregó el bulto gemebundo a Tiffany, que lo miró a la cara, se rio y le besó una mejilla pegajosa.

—¿Dónde están esos paños? —preguntó Erin—. Traedlos ya.

—Aún no se habrán calentado —dijo Kitty.

—Traedlos.

Le llevaron los paños, y Mary revistió con ellos el termo de Budweiser. Mientras lo hacía, Lila vio manar más sangre entre las piernas de Tiffany. Mucha sangre. Litros, quizá.

—¿Eso es normal? —preguntó alguien.

—Totalmente. —Erin hablaba con voz firme y segura, el aplomo personificado: Aquí no hay el más mínimo problema. Fue entonces cuando Lila empezó a sospechar que era muy posible que Tiffany muriera—. Pero que alguien me traiga más paños.

Jolie Suratt hizo ademán de coger al bebé de los brazos de su madre para colocarlo en el moisés improvisado de Budweiser. Erin movió la cabeza en un gesto de negación.

—Deja que lo tenga un rato más.

Fue entonces cuando Lila lo supo con certeza.

7

Se ponía el sol en lo que antes fuera el pueblo de Dooling, Nuestro Sitio en ese momento.

Lila estaba sentada en los peldaños a la entrada de la casa de St. George Street con unas hojas grapadas entre las manos cuando Janice Coates enfiló el camino de acceso. Se sentó a su lado, y Lila percibió olor a enebro. Del bolsillo interior del chaleco acolchado, la exdirectora de la cárcel extrajo la fuente de ese aroma: una botella de ginebra Schenley's de medio litro. Se la ofreció a Lila. Lila la rechazó con un gesto.

—Ha retenido la placenta —informó Janice—. Eso me ha explicado Erin. No ha habido manera de desprenderla, al menos a tiempo de detener la

hemorragia. Y no disponían de ese medicamento que usan.

—Pitocin —apuntó Lila—. Me lo administraron cuando Jared nació.

Permanecieron en silencio durante un rato, contemplando la luz de lo que había sido un día muy largo.

—He pensado que quizá querrías un poco de ayuda para recoger sus cosas —dijo por fin Janice.

—Ya lo he hecho. No tenía casi nada.

—Como todas nosotras. Lo cual es más bien un alivio, ¿no crees? En el colegio aprendimos un poema, algo así como que en el conseguir y el gastar se van todas nuestras fuerzas. Keats, tal vez.

Lila, que había aprendido el mismo poema, sabía que era de Wordsworth, pero calló. Janice volvió a guardarse la botella en el bolsillo del que había salido y sacó un pañuelo relativamente limpio. Lo utilizó para enjuagar primero una de las mejillas de Lila, luego la otra, gesto que a esta le trajo a la memoria recuerdos dolorosamente dulces de su madre, que había hecho eso mismo en muchas ocasiones cuando su hija, tan poco femenina, se caía de la bicicleta o del monopatín de su hermano.

—He encontrado esto en la cómoda donde tenía guardadas las cosas del bebé —dijo Lila, y entregó a Janice el delgado fajo de hojas—. Debajo de unas camisitas y unos patucos.

En la portada, Tiffany había pegado una foto de una mamá risueña, con una permanente impecable, que sostenía a un bebé risueño bajo un haz de sol dorado. Janice estaba casi segura de que lo había recortado de un anuncio de alimentos para bebé Gerber de una antigua revista femenina, quizá *Good Housekeeping*. Debajo, Tiffany había escrito: LIBRO DE ANDREW JONES PARA UNA BUENA VIDA.

—Sabía que sería niño —dijo Lila—. Ignoro cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Se lo dijo Magda. Un cuento de viejas sobre la forma de la barriga.

—Debió de trabajar en esto durante bastante tiempo, y yo nunca la vi. — Lila se preguntó si Tiffany se avergonzaba—. Mira en la primera página. Ahí es donde se me ha abierto el grifo de las lágrimas.

Janice desplegó el pequeño libro casero. Lila se inclinó hacia ella y lo leyeron juntas.

10 NORMAS PARA UNA BUENA VIDA

1. Trata bien a los demás, y ellos te tratarán bien a ti.
2. NUNCA consumas drogas por diversión.
3. Si te equivocas, pide disculpas.
4. Dios ve lo que haces mal, pero es bueno y te perdonará.
5. No digas mentiras, porque eso se convierte en hábito.
6. Nunca azotes a un caballo.
7. Tu cuerpo es tu templo, así que NO FUMES.
8. No hagas trampa, sé HONRADO con todo el mundo.
9. Ten cuidado con los amigos que eliges, yo no lo tuve.
10. Recuerda que tu madre siempre te querrá y todo irá BIEN.

—Ha sido la última la que de verdad me ha llegado al alma —dijo Lila—. Y todavía me afecta. Dame esa botella. Me parece que sí necesito un trago.

Janice se la entregó. Lila bebió, hizo una mueca y se la devolvió.

—¿Cómo está el bebé? ¿Bien?

—Teniendo en cuenta que ha nacido seis semanas antes de tiempo y que venía con el cordón umbilical a modo de collar, está muy bien —contestó Janice—. Gracias a Dios, teníamos a Erin y a Jolie, o los habríamos perdido a los dos. Está con Linda Bayer y el bebé de Linda. Linda dejó de amamantar a Alex no hace mucho, pero en cuanto ha oído llorar a Andy, le ha vuelto la

leche. O eso dice. Mientras, tenemos otra tragedia entre manos.

Como si lo de Tiffany no fuera ya suficiente por un día, pensó Lila, e intentó poner cara de póquer.

—Cuenta.

—¿Sabes Gerda Holden? ¿La mayor de las cuatro hermanas Holden? Ha desaparecido.

Lo cual casi con toda seguridad significaba que le había ocurrido algo mortal en ese otro mundo. Todas lo aceptaban ya como un hecho.

—¿Cómo lo lleva Clara?

—Más o menos como cabría esperar —respondió Janice—. Está medio enloquecida. Ella y todas las niñas llevaban experimentando ese extraño vértigo desde hacía una semana o algo así...

—Es decir, que las están moviendo.

Janice se encogió de hombros.

—Quizá. Probablemente. En cualquier caso, Clara teme que otra de sus hijas vaya a esfumarse de un momento a otro. Tal vez las tres. Yo también tendría miedo. —Empezó a hojear el *Libro de Andrew Jones para una buena vida*. Las hojas siguientes contenían explicaciones de las diez normas.

—¿No deberíamos hablar del Árbol? —preguntó Lila.

Janice reflexionó y al cabo de un momento negó con la cabeza.

—Mañana, puede. Está noche solo quiero dormir.

Lila, que dudaba que fuera capaz de conciliar el sueño, cogió la mano de Janice y le dio un apretón.

Nana había preguntado a su madre si podía dormir con Molly en casa de la

señora Ransom, y Elaine le dio permiso después de cerciorarse de que la anciana no tenía inconveniente.

—Claro que no es problema —contestó la señora Ransom—. Molly y yo adoramos a Nana.

Eso bastó a la antes llamada Elaine Geary, que por una vez se alegraba de no tener a su hija en casa. Nana era su ser más querido, su tesoro —un raro punto de concordia con el marido del que estaba separada, y que había mantenido el matrimonio unido más tiempo del que habría durado de otro modo—, pero esa noche Elaine tenía un recado importante que hacer. Un recado que era más en interés de Nana que en el suyo propio. En el de todas las mujeres de Dooling, de hecho. Algunas (Lila Norcross, por ejemplo) tal vez no lo entendieran por el momento, pero ya lo entenderían más adelante.

En caso, claro, de que decidiera llevarlo a cabo.

Todos los carritos de golf utilizados en la expedición a aquel extraño árbol del bosque se hallaban perfectamente estacionados en el aparcamiento de detrás de lo que quedaba de la casa consistorial. Algo bueno que podía decirse de las mujeres, pensó —entre otras *muchas* cosas— era que por lo general dejaban las cosas en su sitio después de usarlas. Los hombres eran distintos. Lo dejaban todo patas arriba. ¿Cuántas veces había dicho a Frank que echara la ropa sucia al cesto? ¿No bastaba con que ella la lavara y la planchara, para tener que recogerla además? ¿Y cuántas veces seguía encontrándola en el cuarto de baño, junto a la ducha, o tirada por el dormitorio? ¿Y no podía molestarse en enjuagar un vaso o lavar un plato después de un tentempié ya entrada la noche? ¡No! Era como si los platos y los vasos pasaran a ser invisibles en cuanto habían cumplido su función. (El hecho de que su marido mantuviera immaculado su despacho e impolutas sus jaulas hacía aún más irritante ese comportamiento desconsiderado.)

Detalles insignificantes, diríamos, ¿y quién podría discrepar? ¡Lo eran!

Pero después de quince años esos detalles se convertían en la versión doméstica de una antigua tortura china sobre la que había leído en un libro de Time-Life encontrado en una caja donada en Goodwill. *La muerte de los mil cortes*, se titulaba. Los arrebatos de mal genio de Frank solo habían sido los peores y más profundos de esos cortes. Sí, a veces le regalaba algo, o le daba un beso en la nuca con ternura o la invitaba a cenar en un restaurante (¡a la luz de las velas!), pero todo eso era solo la cobertura de un pastel rancio y difícil de masticar. ¡El Pastel del Matrimonio! No estaba en condiciones de afirmar que todos los hombres fueran iguales, pero la mayoría de ellos lo eran, porque los instintos formaban parte del lote. Junto con el pene. El hogar de un hombre era su castillo, según el dicho, y grabada en el cromosoma XY estaba la profunda convicción de que todo hombre era un rey, y toda mujer, su sirvienta.

Las llaves seguían en los carritos. Como era lógico: en Nuestro Sitio podía producirse algún que otro hurto menor, pero no había verdaderos robos, esa era una de las ventajas de aquel lugar. Eran muchas las ventajas, pero no todo el mundo se contentaba con esos detalles. Allí estaban, por ejemplo, el sinfín de lamentos y quejas que se oían en las Reuniones. Nana había asistido a algunas. Pensaba que Elaine no lo sabía, pero sí lo sabía. Una buena madre vigila a su hija y sabe cuándo está bajo la influencia de malas compañías con malas ideas.

Hacía dos días había sido Molly quien las había visitado a ellas, y las dos niñas se lo pasaron en grande, primero jugando fuera (a la rayuela y la comba), luego dentro (redecorando la gran casa de muñecas que Elaine se había considerado autorizada a extraer de la Dooling Mercantile), luego otra vez fuera hasta que se puso el sol. Habían disfrutado de una cena opulenta, tras la cual Molly había recorrido a pie las dos manzanas de regreso a su casa al anochecer. Ella sola. ¿Y por qué había podido hacerlo? Porque en ese mundo no había depredadores. No había pederastas.

Un día feliz. Y por esa razón Elaine se había sorprendido tanto (y se asustó un poco, por qué no reconocerlo) cuando se detuvo delante de la habitación de su hija de camino a la cama y la oyó llorar.

Elaine eligió un carrito de golf, giró la llave y pisó el pequeño pedal redondo del acelerador. Salió en silencio del aparcamiento y continuó por Main Street, dejando atrás las farolas apagadas y los escaparates a oscuras. A tres kilómetros del pueblo, llegó a un cuidado edificio blanco con dos surtidores de gasolina inservibles en la parte delantera. El letrero del techo anunciaba TIENDA DE LA VIDA CAMPESTRE DE DOOLING. El dueño, Kabir Patel, había desaparecido, naturalmente, al igual que sus tres hijos, chicos bien educados (al menos en público). Su mujer había ido a la India a visitar a su familia cuando estalló Aurora, y, cabía suponer, estaría envuelta en un capullo en Mumbai o Lucknow o uno de esos lugares.

El señor Patel vendía un poco de todo —era la única manera de competir con el supermercado—, pero a esas alturas ya no quedaba casi nada. Las bebidas alcohólicas fueron lo primero que voló, naturalmente; a las mujeres les gustaba beber, ¿y quién las había enseñado a disfrutar del alcohol? ¿Otras mujeres? Rara vez.

Sin detenerse a mirar en la tienda a oscuras, Elaine la rodeó con el carrito hasta la parte de atrás. Allí había un largo anexo metálico con un letrero en la parte delantera donde se leía ARTÍCULOS PARA AUTOMÓVIL DE LA TIENDA DE LA VIDA CAMPESTRE, ¡VENGA PRIMERO AQUÍ Y AHORRE! El señor Patel la había mantenido en orden, Elaine se lo reconocía. Su propio padre reparaba en su día pequeños motores para complementar sus ingresos como fontanero —eso había sido en Clarksburg—, y en los dos cobertizos de la parte de atrás, donde él trabajaba, había piezas desechadas, neumáticos desgastados e innumerables cortacéspedes y motocultores abandonados. Aquello hacía daño a la vista, se quejaba la madre de Elaine. Con eso se pagan tus visitas a la peluquería de los

viernes, contestaba el rey del castillo, y por tanto el desorden continuaba.

Elaine tuvo que cargar todo su peso contra una de las puertas para deslizarla por el raíl sucio, pero al final consiguió desplazarla más o menos un metro y medio, y con eso le bastó.

—¿Qué te pasa, cielo? —había preguntado a su hija llorosa antes de conocer la existencia de ese condenado árbol, cuando pensaba que las lágrimas de Nana eran el único problema que tenía, y que terminarían tan pronto como un chaparrón de primavera—. ¿Te duele la tripita por la cena?

—No —contestó Nana—, y no hace falta que lo llames «tripita», mamá. No tengo *cinco* años.

Ese tono de exasperación era nuevo, y desconcertó un poco a Elaine, que aun así siguió acariciando el pelo a Nana.

—¿Qué es, pues?

Nana tenía los labios apretados y le temblaban, y de repente estalló.

—¡Echo de menos a papá! ¡Echo de menos a Billy, a veces me cogía de la mano cuando íbamos al colegio, y eso me gustaba, *él* me gustaba, pero sobre todo echo de menos a papá! ¡Quiero que se acaben estas vacaciones! ¡Quiero volver a *casa*!

En lugar de detenerse, como ocurre con los chaparrones de primavera, el llanto se convirtió en tormenta. Cuando Elaine intentó acariciarle la mejilla, Nana le apartó la mano con violencia y se incorporó en la cama con el pelo alborotado y electrizado en torno a la cara. En ese momento Elaine vio a Frank en ella. Lo vio tan claro que le causó desazón.

—¿No recuerdas cómo nos gritaba? —preguntó Elaine—. ¡Y aquella vez que pegó un puñetazo a la pared! Eso dio miedo, ¿no?

—¡Te gritaba a *ti*! —vociferó Nana—. A *ti*, porque tú siempre querías que él hiciera algo... o consiguiera algo... o fuera distinto... no lo sé, ¡pero a *mí* nunca me gritó!

—Pero te tiró de la camiseta —adujo Elaine. La desazón dio paso a algo próximo al horror. ¿Pensaba que Nana se había olvidado de Frank? ¿Que lo había relegado al montón de chatarra junto con su amiga invisible, la señora Humpty-Dump?—. Además era tu preferida.

—¿Porque le daba miedo el hombre del coche! ¡El que atropelló al gato! ¡Estaba cuidando de mí!

—¿Recuerdas cuando gritó a tu maestra, recuerdas lo mucho que te avergonzó?

—¡Me da igual! ¡Lo *necesito*!

—Nana, basta. Ya has dicho...

—*¡Necesito a papá!*

—Necesitas cerrar los ojos y dormirte y soñar...

—*¡NECESITO A PAPÁ!*

Elaine salió de la habitación y cerró la puerta con delicadeza. ¡Qué esfuerzo le supuso no rebajarse al nivel de la niña y cerrar de un portazo! Ni siquiera entonces, en el cobertizo del señor Patel, en medio de aquel olor a gasolina, reconocería lo cerca que había estado de gritar a su hija. O incluso (Dios santo, no, por favor) de pegarle. No fue por el tono estridente de Nana, tan distinto de su voz titubeante y baja de costumbre; no fue siquiera el parecido físico con Frank, lo cual por norma podía pasar por alto. Fue el hecho de que hablaba casi como él al plantear sus exigencias irracionales e inalcanzables. Fue casi como si Frank Geary hubiese traspasado el abismo que separaba aquel mundo violento de antes de ese otro nuevo y hubiese poseído a su hija.

Al día siguiente Nana parecía la de siempre, pero Elaine no había sido capaz de dejar de pensar en el llanto que había oído a través de la puerta, y la manera en que Nana le apartó la mano con la que solo pretendía ofrecerle consuelo, y aquella voz desapacible y chillona que salía de la boca infantil de Nana: *Necesito a papá*. Y eso no era todo. Había ido cogida de la mano del

pequeño y feo Billy Beeson, que vivía en la misma manzana. Echaba de menos a su amiguito, quien probablemente habría deseado llevarla detrás de un arbusto para jugar a los médicos. Incluso resultaba fácil imaginar a Nana y al bruto de Billy a los dieciséis años, besuqueándose en la parte de atrás de la Club Cab de su padre. Morreándose mientras él la sometía a una audición para el cargo de Primera Cocinera y Limpiabotellas en su castillito de mierda. Déjate de dibujos, Nana, vete a la cocina y trastea con esos cazos y sartenes. Dóblame la ropa. Echemos un polvo, y luego eructaré y me daré la vuelta y me dormiré.

Elaine había llevado una linterna de dinamo, con la que iluminaba el interior del anexo dedicado al automóvil, que permanecía casi intacto. Sin combustible para hacer funcionar los vehículos de Dooling, no hacían falta correas de ventilador ni bujías. Así que lo que ella andaba buscando tal vez estuviera allí. En el taller de su padre había mucho de eso almacenado, y el olor a gasolina de ese otro era idéntico, lo que le trajo a la memoria con sorprendente nitidez recuerdos de la niña con coletas que había sido en su día (pero no con nostalgia, eso no). Entregaba a su padre piezas y herramientas cuando él se las pedía, alegrándose estúpidamente cuando él le daba las gracias y encogiéndose si la reñía por ser lenta o por equivocarse de objeto. Porque ella deseaba complacerlo. Era su padre, grande y fuerte, y deseaba complacerlo en todo.

Ese mundo era mucho mejor que el mundo dirigido por los hombres. Ahí nadie le gritaba ni gritaba a Nana. Nadie las trataba como ciudadanas de segunda clase. Ese era un mundo donde una niña de corta edad podía volver a casa sola, incluso ya de noche, y sentirse a salvo. Un mundo donde el talento de una niña podía crecer a la par que sus caderas y sus pechos. Nadie se lo arrancaría antes de que floreciera. Eso Nana no lo entendía, y no era la única; para darse cuenta, bastaba con escuchar atentamente en una de aquella

absurdas Reuniones.

«Creo que es una salida», había dicho Lila mientras las mujeres, en medio de la hierba alta, contemplaban aquel extraño árbol. Y vaya si tenía razón.

Elaine se adentró más en el cobertizo de artículos para automóvil, enfocando el suelo con el haz de la linterna, porque era de hormigón, y el hormigón mantenía las cosas frescas. Y allí, en el rincón más alejado, estaba lo que ella esperaba encontrar: tres bidones de veinte litros con los tapones bien enroscados. Eran de metal corriente, sin letrero alguno, pero uno de ellos tenía alrededor una gruesa goma elástica roja, y los otros, dos gomas azules. Su padre identificaba los bidones de queroseno exactamente de la misma manera.

«Creo que es una salida. Un camino de regreso. Si queremos seguirlo.»

No cabía duda de que algunas querrían. Las mujeres asistentes a las Reuniones que no entendían lo bueno que era lo que tenían aquí. Lo excelente. Lo seguro. Esas eran las que, generación tras generación, se habían acostumbrado tanto a la servidumbre que estaban deseosas de volver cuanto antes a sus cadenas. Las de la cárcel, contra lo que cabría pensar, serían tal vez las primeras en desear volver, al viejo mundo que consideraban su hogar, derechas al trullo del que habían salido. Muchas de esas criaturas infantiles no podían, o no querían, darse cuenta de que casi siempre había un cómplice varón no condenado detrás de su encarcelamiento. Un hombre por el que se habían degradado. En sus años como voluntaria en el refugio de mujeres, Elaine lo había visto y oído todo un millón de veces. «Tiene buen corazón.» «No lo hace con mala intención.» «Promete que cambiará.» Dios santo, ella misma era vulnerable a eso. En medio de aquel interminable día y noche, antes de que se durmieran y fueran transportadas, casi se había convencido a sí misma, a pesar de todo lo que había experimentado con Frank en el pasado, de que él haría lo que ella le pidiese, de que conseguiría controlar el genio. Por

supuesto no había sido capaz.

Elaine no creía que Frank *pudiera* cambiar. Era su naturaleza masculina. Pero él sí la había cambiado a ella. A veces pensaba que Frank la había vuelto loca. Para él, ella era la gruñona, la tirana, el chirriante timbre que ponía fin al recreo cada día. La indiferencia de Frank al peso de la responsabilidad de ella la horrorizaba. ¿De verdad creía él que a ella le proporcionaba algún placer tener que recordarle que pagara las facturas, que recogiera sus cosas, que mantuviera bajo control su mal genio? Estaba convencida de que él sí lo creía. Elaine no estaba ciega: veía que su marido no era un hombre satisfecho. Pero él no la veía a ella en absoluto.

Tenía que actuar, por el bien de Nana y de todas las demás. Eso era lo que había comprendido esa misma tarde, mientras Tiffany Jones moría en ese restaurante, entregando los últimos momentos de su desdichada y miserable vida para que un niño pudiera venir al mundo.

Habría mujeres que desearían volver. No la mayoría. Elaine tenía que creer que gran parte de las mujeres que había allí no estaban locas ni eran masoquistas, pero ¿podía correr ese riesgo? ¿Podía, cuando su adorable Nana, que, encogida, había buscado protección en ella cada vez que su padre levantaba la voz...?

Deja de pensar en eso, se dijo. Concéntrate en tu misión.

La goma roja significaba queroseno barato, y probablemente no le sería más útil que la gasolina almacenada bajo las diversas estaciones de servicio del pueblo. Se podía apagar una cerilla encendida en el queroseno con goma roja cuando envejecía. Pero esas gomas azules significaban que se había añadido a la mezcla un estabilizador, y el queroseno de esa clase conservaba la volatilidad durante diez o más años.

Por asombroso que fuera el árbol que habían encontrado ese día, no dejaba de ser un árbol, y los árboles ardían. Debía tenerse en cuenta al tigre, por

supuesto, pero Elaine llevaría un arma. Lo asustaría, le dispararía si era necesario. (Sabía disparar; la había enseñado su padre.) Parte de ella pensaba que eso tal vez fuera una precaución innecesaria. Según Lila, el tigre y el zorro eran emisarios, y Elaine intuía que era así. Sospechaba que el tigre no intentaría detenerla, que el Árbol en esencia no estaba vigilado.

Si era una puerta, había que cerrarla para siempre.

Algún día Nana lo entendería, y le daría las gracias por hacer lo correcto.

9

Al final Lila sí concilió el sueño, pero despertó poco después de las cinco, cuando el nuevo día era solo un tenue trazo de luz en el horizonte de levante. Se levantó e hizo pis en el orinal. (Dooling tenía agua corriente, pero aún no había llegado a la casa de St. George. «Una o dos semanas, tal vez», les había asegurado Magda.) Lila se planteó volver a la cama, pero sabía que no haría más que dar vueltas y pensar en que Tiffany —entonces ya de un gris ceniciento— había perdido el conocimiento por última vez con su hijo recién nacido todavía en los brazos. Andrew Jones, cuyo único legado serían unas cuantas hojas escritas a mano y grapadas.

Se vistió y salió de casa. No tenía previsto ir a ningún sitio en particular, pero no se sorprendió del todo cuando vio ante sí la mole ruinososa de la casa consistorial; había trabajado allí durante la mayor parte de su vida adulta. Era una especie de norte magnético, pese a que en realidad allí ya no quedaba nada que ver. Los daños se debían a un incendio de causas desconocidas... un rayo, quizá, o un cable defectuoso. El lado del edificio donde antes se hallaba el despacho de Lila había quedado reducido a escombros ennegrecidos, en tanto que las inclemencias del tiempo habían penetrado a través de las paredes

derruidas y las ventanas rotas y hecho su trabajo en la otra mitad, reblandeciendo el yeso y propiciando así la aparición del moho, arrastrando hasta allí desechos, que se habían acumulado en capas sobre el suelo.

La sorprendió, pues, ver a alguien sentado en la escalinata de granito. La escalinata era prácticamente el único rasgo reconocible del antiguo edificio.

Cuando se encaminó hacia allí, la silueta se puso en pie y se acercó a ella.

—¿Lila? —Aunque empañada por el llanto reciente y marcada por un tono de incertidumbre, la voz le resultó familiar—. Lila, ¿eres tú?

Ya solo aparecían mujeres nuevas muy de vez en cuando, y si esa iba a ser la última, no podía haber ninguna mejor. Lila corrió hacia ella, la abrazó y la besó en las dos mejillas.

—¡Linny! ¡Dios mío, cuánto me alegro de verte!

Linny Mars le devolvió el abrazo con la fuerza del pánico y luego la apartó de sí para poder mirarla a la cara. Para asegurarse. Lila lo entendió perfectamente y se quedó quieta. Pero Linny sonreía, y las lágrimas que resbalaban por sus mejillas eran de las buenas. Lila tuvo la impresión de que una balanza divina se había equilibrado: la marcha de Tiffany en un lado, la llegada de Linny en el otro.

—¿Cuánto tiempo llevabas ahí sentada? —preguntó Lila por fin.

—No lo sé —contestó Linny—. Una hora, tal vez dos. He visto ponerse la luna. No... no sabía a qué otro sitio podía ir. Estaba en la oficina, mirando el portátil, y de pronto... ¿cómo he llegado aquí? ¿Dónde *estamos*?

—Es complicado —respondió Lila, y mientras llevaba a Linny de regreso a la escalinata, se le ocurrió pensar que eso era algo que las mujeres decían a menudo, y los hombres casi nunca—. En cierto modo, sigues en la oficina, solo que dentro de uno de esos capullos. O al menos eso pensamos.

—¿Estamos muertas? ¿Somos fantasmas? ¿Es lo que estás diciendo?

—No. Esto es un sitio real. —Al principio Lila tenía sus dudas al respecto,

pero ya estaba del todo convencida. La familiaridad podía engendrar desdén o no, pero desde luego engendraba seguridad.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Al menos ocho meses. Quizá más. El tiempo avanza más deprisa a este lado de... bueno, dondequiera que estemos. Diría que allí... en el lugar de donde has venido... no ha pasado ni una semana entera desde que empezó Aurora, ¿no?

—Cinco días. Creo. —Linny volvió a sentarse.

Lila se sentía como una mujer que ha pasado mucho tiempo en el extranjero y está impaciente por recibir noticias de casa.

—Cuéntame qué ocurre en Dooling.

Linny miró a Lila con los ojos entornados y luego abarcó la calle con un gesto.

—Pero esto *es* Dooling, ¿no? Solo que parece algo deteriorado.

—Estamos trabajando en eso —aseguró Lila—. Cuéntame qué ocurría cuando te has marchado. ¿Tienes noticias de Clint? ¿Sabes algo de Jared? —Era poco probable, pero tenía que preguntarlo.

—No puedo contarte gran cosa —respondió Linny—, porque durante los últimos dos días solo podía centrar la atención en permanecer despierta. Seguí tomando aquellas drogas del depósito de pruebas, las de la redada a los hermanos Griner, pero al final ya no me hacían casi efecto. Y pasaban cosas raras. La gente iba y venía. Gritaba. Había asumido el mando alguien nuevo. Dave, creo que se llamaba.

—Dave ¿qué más? —Lila sentía tal impaciencia que habría agarrado a su operadora y la habría sacudido.

Linny se miró las manos con expresión ceñuda, concentrándose, intentando hacer memoria.

—No se llamaba Dave —dijo por fin—. Era Frank. Un hombre corpulento.

Vestía uniforme, no uniforme de policía, aunque luego sí se lo cambió por un uniforme de policía. ¿Frank Gearhart, tal vez?

—¿Te refieres a Frank Geary? ¿El agente de Control Animal?

—Sí —contestó Linny—. Geary, eso es. Uf, un tipo impetuoso. Un hombre con una misión.

Lila no sabía cómo interpretar la noticia acerca de Geary. Recordaba que lo había entrevistado para la plaza que finalmente había concedido a Dan Treater. En persona, Geary causaba muy buena impresión —despierto, seguro de sí mismo—, pero su expediente en Control Animal le había despertado ciertas dudas. Se excedía con las citaciones y había sido objeto de demasiadas quejas: un subtexto de agresividad que no se correspondía con la clase de fuerza del orden que Lila deseaba en Dooling.

—¿Y Terry? Es el agente más veterano: debería haberme sustituido en el puesto.

—Borracho —dijo Linny—. Otros dos ayudantes se reían de eso.

—¿Y tú qué...?

Linny levantó la mano para interrumpirla.

—Pero justo antes de dormirme unos hombres entraron y dijeron que Terry quería las armas del armero por algo relacionado con una mujer que estaba en la cárcel. El que habló conmigo era aquel abogado de oficio, ese que dices que te recuerda a Will Gardner en *The Good Wife*.

—¿Barry Holden? —Lila no se lo explicaba. La mujer de la cárcel tenía que ser por fuerza Evie Black, y Barry había ayudado a Lila a meter a Evie en una celda del Centro Penitenciario, pero por qué habría de...

—Sí, ese mismo. Y lo acompañaban otros. Uno de ellos era una mujer. La hija de la directora de la cárcel, Coates, creo.

—Imposible —dijo Lila—. Trabaja en Washington.

—Pues quizá fuera otra persona. Para entonces yo me sentía como si

estuviera en medio de una niebla espesa. Pero me acuerdo de Don Peters, porque el año pasado, por Nochevieja, intentó meterme mano en el Squeaky Wheel.

—¿Peters, el de la cárcel? ¿Estaba con Barry?

—No. Peters llegó después. Se puso como una fiera al enterarse de que los otros se habían llevado algunas armas. «Han cogido todas las buenas», dijo, eso lo recuerdo, y con él iba un chico, y el chico dijo... dijo... —Linny miró a Lila con unos ojos enormes—. Dijo: «¿Y si se las llevan a Norcross, a la cárcel? ¿Cómo sacaremos de allí a la zorra entonces?».

En su cabeza Lila se representó el juego de la soga, un tira y afloja, en el que Evie Black era el nudo central que daría la victoria a un bando o a otro.

—¿Qué más recuerdas? ¡Piensa, Linny, es importante! —Pero, aunque lo fuera, ¿qué podía hacer ella, Lila, al respecto?

—Nada —contestó Linny—. Cuando Peters y ese joven salieron corriendo, me quedé dormida. Y me he despertado aquí. —Miró alrededor con expresión de incertidumbre, sin saber aún con seguridad que había un «aquí»—. ¿Lila?

—¿Hummm?

—¿Hay algo para comer? Supongo que en realidad no debo de haberme muerto, porque estoy *famélica*.

—Claro —respondió Lila, y la ayudó a levantarse—. Huevos revueltos y tostadas, ¿qué te parece eso?

—El cielo. Me siento como si pudiera comerme media docena de huevos y aún me quedara sitio para unas tortitas.

Pero, como se vio, Linnette Mars no llegó a desayunar; de hecho, había disfrutado de su última comida el día anterior (dos Pop-Tarts de cereza calentadas en el microondas de la sala de descanso de la oficina del sheriff). Cuando las dos mujeres doblaban por St. George Street, Lila sintió que la mano de Linny se fundía en la suya. Alcanzó a ver a Linny con el rabillo del

ojo, al parecer sobresaltada. Luego no quedó más que una nube de mariposas nocturnas que se elevó hacia el cielo matutino.

Era imposible saber, acostumbraba decir Lowell Griner, padre, dónde empezaba una veta profunda de carbón. «A veces un único golpe de cincel es la diferencia entre la mierda y el millón», así lo expresaba él. Esta perla había salido de los labios del viejo cascarrabias, más o menos en la época en que muchos de los mejores mineros de la zona de los Tres Condados desfilaban por algún jodido rincón del sudeste asiático, contrayendo úlceras tropicales y fumando porros aliñados con heroína. Era un conflicto que el anciano Griner se había perdido, debido a que le faltaban dos dedos del pie derecho y uno de la mano izquierda.

Pocos hombres que han pisado este verde mundo han dicho más insensateces que el difunto Lowell Girner, padre; también creía en los ovnis y los espíritus vengativos del bosque, y había dado por buenas las promesas vacuas de las compañías carboníferas. Big Lowell Griner, lo llamaban, quizá en honor de aquella vieja canción de Jimmy Dean sobre Big John. Big Low descansaba plácidamente en su ataúd desde hacía ya veinte años, junto con una botella llena de bourbon Rebel Yell y un par de pulmones tan negros como el betún que extraía de la mina.

Su hijo Lowell (conocido lógicamente como Little Low) recordó las palabras de su padre con compungido humor cuando la sheriff Lila Norcross detuvo a su hermano mayor, Maynard, y a él con diez kilos de cocaína, speed como para llenar una farmacia y todas sus armas. Sin duda daba la impresión de que la veta de su suerte había tocado de repente a su fin, convirtiéndose el

millón en mierda por arte de magia en cuanto el equipo de la sheriff aplicó el ariete del departamento a la puerta de la cocina de la vieja mansión familiar, una casa de labranza junto a un arroyo para la que el adjetivo «ruinoso» resultaba en exceso grandilocuente.

Aunque Little Low (quien en realidad medía uno ochenta y cinco y pesaba ciento diez kilos) no se arrepentía de ninguno de sus actos, sí lamentaba en extremo que todo aquello no hubiera durado más. En las semanas en que Maynard y él llevaban encerrados en la cárcel del condado de Coughlin en espera del traslado, había dedicado la mayor parte de su tiempo libre a soñar en lo mucho que se habían divertido: los coches deportivos que habían conducido en carreras de *dragsters*, las elegantes casas en las que habían vivido, las chicas a las que se habían cepillado y los numerosos capullos a los que habían pisoteado, intrusos que habían tratado de colarse en su territorio y habían terminado bajo tierra en el monte. Durante casi cinco años habían sido pesos pesados a un lado y otro de la Cordillera Azul. Habían vivido a todo tren, pero por lo visto el tren se había parado.

De hecho, los habían jodido por todos los orificios. La poli tenía las drogas, tenía las armas, tenía a Kitty McDavid para testificar que había visto varias veces a Lowell intercambiar fajos de billetes por paquetes de coca con su enlace en el cártel, y que lo había visto matar a tiros a aquel cretino de Alabama que pretendió endosarles billetes falsos. La poli incluso tenía el C-4 que se reservaban para el Cuatro de Julio. (Su plan era colocarlo bajo un silo y ver si aquel cabrón se elevaba igual que uno de esos cohetes de Cabo Cañaveral.) Pese a lo buena que había sido esa vida, Lowell no sabía bien cuánto tiempo rememorar esos hechos le permitiría mantener el ánimo. Lo deprimía pensar que esos recuerdos se debilitarían y finalmente se desvanecerían.

Little Low estaba convencido de que, cuando se le agotaran, tendría que

suicidarse. Esa perspectiva no le daba miedo. Lo que le daba miedo era asfixiarse de aburrimiento en una celda del mismo modo que Big Low, inmovilizado en una silla de ruedas chupando Yell y oxígeno embotellado durante los últimos años de su vida, había muerto asfixiado por sus propios mocos. Maynard, corto como era, probablemente sobrellevaría bien la cárcel durante unas décadas. Pero no era el caso de Little Lowell Griner. Él no estaba dispuesto a jugar una mala mano por el simple hecho de continuar en la partida.

De pronto, mientras esperaban las negociaciones previas al juicio, la mierda se convirtió otra vez en millón. Bendita fuese Aurora, el vehículo de su liberación.

Dicha liberación llegó la tarde del pasado jueves, el día que la enfermedad del sueño se propagó por la región de los Apalaches. Lowell y Maynard se hallaban encadenados a un banco delante de una sala de reuniones del juzgado de Coughlin. Tanto el fiscal como su abogado deberían haber llegado hacía una hora.

—¡Qué coño! —anunció el gilipollas del departamento de Policía de Coughlin que los tenía bajo vigilancia—. Esto es una estupidez. No cobro lo suficiente para pasarme el día haciendo de canguro de un par de paletos asesinos. Voy a ver qué quiere hacer la jueza.

A través del cristal blindado situado frente al banco, Lowell vio que la jueza Wainer, la única de las tres miembros del tribunal que había considerado oportuno presentarse a la vista, había agachado la cabeza entre los brazos y se había quedado traspuesta. En ese punto ninguno de los dos hermanos sabía nada de Aurora. Como tampoco el poli gilipollas.

—Ojalá le arranque la cabeza por despertarla —comentó Maynard.

No fue eso exactamente lo que ocurrió cuando el agente, horrorizado, retiró la máscara de telarañas que había crecido sobre el rostro de la honorable

jueza Regina Alberta Wainer, pero no anduvo lejos, como solía decirse.

Lowell y Maynard, encadenados al banco, lo vieron todo a través del cristal blindado. Fue impresionante. La jueza, que no medía más de uno cincuenta y cinco con tacones, se irguió y clavó, aleluya, una estilográfica con plumín de oro en el pecho al policía. Ante eso, el muy cabrón se desplomó en la moqueta, y ella, aprovechando la ventaja, blandió su maza y le aporreó la cara, sin que él tuviera ocasión de tirarse un pedo o gritar «Su señoría, protesto». A continuación la jueza Wainer echó a un lado la maza ensangrentada, volvió a sentarse, bajó de nuevo la cabeza sobre los brazos cruzados y siguió con su siesta.

—Hermano, ¿has visto eso? —preguntó Maynard.

—Sí.

Maynard negó con la cabeza, y sus greñas sucias y largas se agitaron.

—Increíble. Alucino.

—Se suspende la puta sesión —convino Lowell.

Maynard —aunque primogénito, recibió el nombre de un tío suyo cuando sus padres tuvieron la certeza de que el bebé moriría antes de ponerse el sol en el día de su nacimiento— lucía una barba de cavernícola y tenía los ojos inexpresivos y muy separados. Incluso cuando daba de puñetazos a algún pobre hijo de puta, tendía a parecer pasmado.

—Y ahora ¿qué hacemos?

Lo que hicieron fue dar tirones hasta romper los brazos del banco al que estaban sujetas las esposas y entrar en la sala de negociación, dejando un rastro de astillas a su paso. Cuidándose mucho de perturbar el sueño de la jueza Wainer —la telaraña se tejía de nuevo, cada vez más espesa, en torno a su cabeza—, se hicieron con las llaves del poli y se quitaron las esposas. Los hermanos requisaron también el arma, la táser y las llaves de una furgoneta GMC del gilipollas muerto.

—Mira esa mierda de telaraña —susurró Maynard, y señaló la nueva envoltura de la jueza.

—No hay tiempo —dijo Little Low.

Al final del pasillo, una puerta —que se abrió con la tarjeta del gilipollas— les dio paso a un segundo pasillo. Cuando cruzaron la puerta abierta de una sala de personal, ni una sola de las diez o doce personas, hombres y mujeres, que allí se congregaban —polis, secretarias, abogados— les prestó la menor atención. Permanecían todos atentos a NewsAmerica, donde unas imágenes extrañas y horrorosas mostraban a una amish que estaba tendida en una mesa y de pronto se levantaba y le arrancaba la nariz de un mordisco al hombre que tenía al lado.

Ese segundo pasillo daba al aparcamiento. Lowell y Maynard salieron tranquilamente al intenso sol y el aire libre, como si tal cosa y tan contentos como chuchos de caza en un concurso de ladridos. La GMC del poli muerto estaba aparcada allí cerca, y la consola central ofrecía un buen surtido de música country. Los hermanos Griner coincidieron en poner Brooks and Dunn, seguidos de Alan Jackson, quien sin duda era de los buenos de siempre.

A toda prisa viajaron a un camping cercano y aparcaron la GMC detrás de un puesto de guardabosques clausurado años atrás en una ronda de recortes. La cerradura del puesto cedió al primer empujón. En el armario colgaba un uniforme de mujer. Por suerte, había sido corpulenta, y Maynard, a petición de Lowell, se lo embutió. Así vestido fue fácil convencer al conductor de una Chevrolet Silverado estacionada en el aparcamiento del camping para que se acercara a intercambiar unas palabras.

—¿Hay algún problema con mi permiso de acampada? —preguntó a Maynard el hombre de la Silverado—. Todas esas noticias sobre la enfermedad me tienen muy alterado, se lo aseguro. O sea, ¿cuándo se había oído una cosa así? —Después, lanzando un vistazo a la placa de identificación

prendida del pecho de Maynard, añadió—: Oiga, ¿cómo es que se llama Susan?

Little Low dio a esta pregunta la respuesta que merecía. Saliendo de detrás de un árbol, partió el cráneo al hombre de la Silverado con un trozo de leña. Era aproximadamente del peso y la estatura de Lowell. Cuando Low se puso la ropa del hombre de la Silverado, los hermanos envolvieron el cadáver con una lona y lo metieron en la parte de atrás de su nuevo vehículo. Trasladaron la música del poli muerto de un automóvil al otro y viajaron hasta una cabaña que habían pertrechado mucho tiempo atrás en previsión de tiempos difíciles. En el camino, escucharon el resto de los CD, coincidiendo en que ese tal James McMurtry seguramente era comunista, pero Hank III era el no va más.

Ya en la cabaña, alternaron entre la radio y el escáner policial que guardaban allí, con la esperanza de captar información relacionada con la respuesta de la policía a su fuga.

Al principio a Lowell le pareció desconcertante la total indiferencia a dicha huida. Al segundo día, sin embargo, la bola de nieve de los acontecimientos derivados del fenómeno Aurora —fenómeno que explicaba el trato severo que la jueza había administrado al poli de Coughlin y el pringue que tenía en la cara— era tan grande y cataclísmica que los temores de Lowell se disiparon. ¿Quién tenía tiempo para dos forajidos de provincias en medio de disturbios multitudinarios, accidentes aéreos, fusiones accidentales del núcleo de reactores y gente que incineraba a las tías mientras dormían?

El lunes, mientras Frank Geary planeaba el asalto a la cárcel de mujeres, Lowell se hallaba reclinado en el sofá mohoso de la cabaña royendo cecina de

ciervo y calculando sus siguientes pasos. Por más que en esos momentos las autoridades estuvieran en pleno caos, no tardarían mucho en restablecer el orden de un modo u otro. Además, si las cosas tomaban el rumbo que, según parecía, iban a tomar, esas autoridades probablemente se compondrían solo de hombres, lo que significaba que aquello se convertiría en el salvaje oeste: ahorcadlos ya, colgadlos bien alto, las preguntas después. Los hermanos Griner no quedarían en el olvido eternamente, y cuando se acordaran de ellos, las botas estarían lustradas, a punto para patear culos.

Las noticias de la radio al principio sumieron a Maynard en un estado de ánimo sombrío.

—¿Aquí se acaba el folleto, Lowell? —preguntó.

Un poco triste ante la idea también él, Lowell contestó que ya se les ocurriría algo... como si pudiese haber alguna alternativa. Se acordó de una vieja canción que decía que los pájaros lo hacen, las abejas lo hacen, incluso las pulgas domesticadas lo hacen.

No obstante, su hermano mayor mejoró de ánimo al descubrir un rompecabezas en un armario. En ese momento Maynard, con su ropa interior de camuflaje, de rodillas junto a la mesita de centro, bebía una Schlitz mientras lo montaba. El rompecabezas mostraba a Krazy Kat con el dedo metido en una toma de corriente, electrocutándose. Maynard se divertía con los rompecabezas siempre y cuando no fueran muy difíciles. (Esa era otra de las razones por las que Lowell no temía por el futuro de su hermano en la cárcel.) La imagen de Krazy Kat, en el centro, estaba casi acabada, pero la pared de color verde claro que rodeaba la figura sacaba de quicio a May. Se quejaba de que todas las piezas parecían iguales, lo cual era trampa.

—Tenemos que hacer limpieza —anunció Lowell.

—Ya te lo dije —contestó Maynard—, metí la cabeza del viejo dentro de un tronco hueco y eché el resto a un hoyo. —(El hermano mayor de Low

descuartizaba cadáveres tal como otros trinchaban pavos. Era una excentricidad, pero al parecer a May le proporcionaba satisfacción.)

—Eso es un comienzo, May, pero no basta. Necesitamos limpiar aún mejor mientras todavía esté todo patas arriba. Una limpieza a fondo, por así decirlo.

Maynard se terminó la cerveza y lanzó a lo lejos la lata.

—¿Y eso cómo lo hacemos?

—Para empezar, incendiamos la oficina del sheriff de Dooling. Así desaparecerán las pruebas —explicó Lowell—. Ese es el primer gran paso.

La expresión de perplejidad en el rostro laxo de su hermano indicó la necesidad de una aclaración.

—Nuestras drogas, May. En la redada se lo llevaron todo. Si quemamos eso, no tienen nada consistente. —Lowell ya estaba imaginándose: una maravilla. Nunca había sido consciente de lo mucho que deseaba destruir la oficina de un sheriff—. Después, solo para poner los puntos sobre las íes, visitamos la cárcel de allí y nos ocupamos de Kitty McDavid. —Low se deslizó el dedo por el cuello sin afeitarse para mostrar a su hermano en qué consistía exactamente ocuparse de ella.

—Ah, seguro que está dormida.

Low había contemplado esa posibilidad.

—¿Y si los científicos descubren la manera de despertarlas a todas?

—A lo mejor, incluso si lo consiguen, se le ha borrado la memoria. Ya me entiendes, amnesia, como en *Days of our Lives*.

—¿Y si no, May? ¿Cuándo se arreglan las cosas de una manera tan cómoda? Esa puta, McDavid, puede mandarnos al trullo el resto de nuestras vidas. Y eso ni siquiera es lo más importante. Es una *soplona*, eso es lo importante. Tiene que pagar por ello, despierta o dormida.

—¿De verdad crees que podemos llegar hasta ella? —preguntó Maynard.

Lo cierto era que Lowell no lo sabía, pero pensaba que existía una

posibilidad. La suerte favorecía a los valientes; eso lo había visto en una película o tal vez en una serie de televisión. ¿Y qué mejor oportunidad tendrían? Prácticamente la mitad del mundo dormía, y el resto corría de acá para allá como pollo sin cabeza.

—Vamos. El tiempo apremia, May. No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Además, pronto será de noche. Siempre es el mejor momento para moverse.

—¿Adónde vamos primero? —preguntó Maynard.

Lowell no vaciló.

—A ver a Fritz.

Fritz Meshaum había trabajado alguna que otra vez de mecánico y limpiacoches para Lowell Griner, y también había colocado un poco de coca. A cambio, Lowell había puesto en contacto al alemán con unos cuantos traficantes de armas. Fritz, además de ser un mecánico extraordinario y un excelente limpiacoches, se la tenía jurada al gobierno federal, así que siempre andaba en busca de oportunidades para ampliar su arsenal particular de armamento pesado. Cuando llegara inevitablemente el día que el FBI decidiera capturar a todos los mecánicos gilipollas del país que vivían en tugurios y mandarlos a Guantánamo, Fritz tendría que defenderse, y hasta la muerte si era necesario. Cada vez que Lowell veía a Fritzie, este le enseñaba un pistolón u otro, y alardeaba de la potencia del arma, capaz de pulverizar a una persona. (La parte cómica: corría el rumor de que un empleado de la perrera había dejado a Fritz al borde de la muerte de una paliza. Era un hombre duro, ese Fritz.) La última vez que Lowell lo vio, ese gnomo barbudo le mostró, jubiloso, su último juguete: un auténtico bazuca. Excedente del ejército ruso.

Low necesitaba entrar en la cárcel de mujeres para asesinar a una soplona. Esa era la clase de misión en la que una bazuca podía venir bien.

Jared y Gerda Holden no se conocían bien —Gerda estaba en primero de secundaria y Jared iba ya al instituto—, pero sí había coincidido con ella en las cenas en que se reunían las dos familias. A veces se entretenían con videojuegos en el sótano, y Jared siempre le dejaba ganar un par de partidas. Muchas desgracias habían ocurrido desde el inicio de Aurora, pero esa era la primera vez que Jared veía a una persona herida de bala.

—Debe de estar muerta, ¿no, papá? —Clint y él estaban en el cuarto de baño de la zona de administración. Parte de la sangre de Gerda había salpicado a Jared la cara y la camisa—. ¿Por la caída, además del disparo?

—No lo sé —contestó Clint, apoyado en la pared alicatada.

Su hijo, enjugándose el agua de la cara con una toalla de papel, miró a Clint a los ojos a través del espejo del lavabo.

—Es probable —admitió Clint—. Sí. Por lo que me has contado, casi con toda seguridad está muerta.

—¿Y ese hombre también? ¿El médico? ¿Flickinger?

—Sí. Él también, probablemente.

—¿Todo por esa mujer? ¿Esa Evie?

—Sí —respondió Clint—. Por ella. Tenemos que mantenerla a salvo. De la policía y de cualquier otra persona. Sé que parece una locura. Ella podría ser la clave para entender lo que ha ocurrido, la clave para dar la vuelta a esta situación y... tú confía en mí, ¿vale, Jared?

—Vale, papá. Pero uno de los celadores, ese Rand, ha dicho que es como... ¿mágica?

—No puedo explicarte qué es, Jared.

Aunque procuraba aparentar calma, Clint estaba furioso: consigo mismo, con Geary, con Evie. Esa bala podría haber alcanzado a Jared. Podría haberlo dejado ciego. En coma. Podría haberlo matado. Clint no había dado una paliza a su viejo amigo Jason en el jardín de los Burtell para que su propio hijo muriese antes que él; no había compartido cama con chicos que se orinaban encima por la noche para eso; no había dejado atrás a Marcus, a Shannon y a todos los demás para eso; y no había estudiado en la universidad y la facultad de Medicina con grandes esfuerzos para eso.

Shannon le había dicho, hacía ya muchos años, que si aguantaba y procuraba no matar a nadie, saldría adelante. Pero para salir de la actual situación, tal vez tuvieran que matar a alguien. Tal vez *él* tuviera que matar a alguien. La idea no alteró a Clint tanto como habría imaginado. La situación cambió, y los premios cambiaron, pero quizá en el fondo el trato era el mismo: si uno quería el batido, más le valía estar dispuesto a pelear.

—¿Qué? —preguntó Jared.

Clint ladeó la cabeza.

—Se te ve... —observó su hijo— un tanto tenso.

—Es solo cansancio. —Tocó el hombro a Jared y le dijo que debía irse. Necesitaba asegurarse de que todos ocupaban sus puestos.

No hubo necesidad de decir: «Te lo dije».

Terry miró a Frank a los ojos cuando se alejaban del grupo reunido en torno a los cadáveres.

—Tenías razón —dijo Terry. Sacó la petaca. Frank se planteó impedirselo, pero se abstuvo. El sheriff en funciones tomó un trago generoso —. Tenías

razón desde el principio. Hay que sacarla de ahí.

—¿Seguro? —preguntó Frank, como si él mismo no lo estuviera.

—¿Tú qué crees? ¡Mira qué desastre! Vern muerto, a manos de esa niña, también muerta a tiros. El abogado con el cráneo hundido. Puede que quizá haya vivido un rato, pero ahora desde luego ha muerto. El otro, según el carnet de conducir, es médico y se llama Flickinger...

—¿Él también? ¿De verdad? —Si era así, Frank lo lamentaba. Flickinger era una calamidad, pero le quedaba alma suficiente para intentar ayudar a Nana.

—Y eso no es lo peor. Norcross y la tal Black y los demás disponen ahora de un armamento considerable, en su mayor parte de largo alcance, que podríamos haber utilizado para someterlos.

—¿Sabemos quién iba con ellos? —preguntó Frank—. ¿Quién conducía la autocaravana cuando se han largado a toda leche de aquí?

Terry volvió a inclinar la petaca, pero dentro no quedaba nada. Maldijo y dio un puntapié a un trozo de asfalto desprendido.

Frank esperó.^[P]_[SEP]—Un viejo que se llama Willy Burke —respondió Terry Coombs entre dientes—. En los últimos quince o veinte años ha mantenido limpio su historial, hace mucho trabajo para la comunidad, pero sigue siendo un cazador furtivo. Antes, cuando era joven, también fabricaba alcohol ilegal. Quizá todavía lo haga. Es veterano. Sabe defenderse. Lila siempre hacía la vista gorda; consideraba que no merecía la pena intentar pillarlo en alguna de sus actividades. Y además le caía bien, imagino. —Tomó aire—. Yo opinaba lo mismo.

—De acuerdo.

Frank había decidido mantener en secreto la llamada de Black. De hecho, lo había enfurecido tanto que le habría costado reproducir los detalles de la conversación. Sin embargo, una parte se le había quedado grabada, y le volvía

a la cabeza una y otra vez: el elogio de la mujer por proteger a su hija en el hospital. ¿Cómo lo sabía? Aquella mañana Eve Black estaba en la cárcel. La idea lo asaltaba repetidamente y procuraba apartarla. Como con las mariposas surgidas del fragmento en llamas del capullo de Nana, Frank no concebía una explicación. Solo veía que Eve Black pretendía provocarlo... y lo había conseguido. Pero no creía que ella comprendiese las consecuencias de provocarlo.

En todo caso Terry volvía a estar en el buen camino: no necesitaba más motivación.

—¿Quieres que empiece a organizar un grupo? Estoy dispuesto, si lo deseas.

Aunque sus deseos no tenían nada que ver con aquello, Terry secundó la propuesta.

5

Los defensores de la cárcel retiraron apresuradamente los neumáticos de los diversos coches y furgonetas del aparcamiento. Había unos cuarenta vehículos en total, contando los furgones de la prisión. Haciéndolos rodar, Billy Wettermore y Rand Quigley los llevaron a la zona intermedia entre la verja interior y la exterior, y allí los dispusieron en pirámides de tres; luego los rociaron con gasolina. El hedor a petróleo enseguida se impuso al olor a humedad y madera chamuscada del incendio todavía humeante del bosque. Dejaron los neumáticos de la furgoneta de Scott Hughes, pero la aparcaron de través justo detrás de la verja interior, como barricada suplementaria.

—A Scott le encanta esa furgoneta —dijo Rand a Tig.

—¿Quieres poner la tuya en su lugar? —preguntó Tig.

—No, por Dios —contestó Rand—. ¿Estás loco?

El único vehículo que dejaron intacto fue la autocaravana de Barry Holden, situada en el espacio para discapacitados junto al camino de cemento que llevaba a la entrada de Ingresos.

6

Excepto Vern Rangle, Roger Elway y las policías del departamento, todas ellas dormidas como habían confirmado durante la operación de recuento de Frank, quedaban siete ayudantes de la plantilla de la jefa Lila Norcross: Terry Coombs, Pete Ordway, Elmore Pearl, Dan Treat, alias Treater, Rupe Wittstock, Will Wittstock y Reed Barrows. En opinión de Terry, era un grupo sólido, todos veteranos de las fuerzas del orden con al menos un año de experiencia, y Pearl y Treater habían servido los dos en Afganistán.

Contando a los tres ayudantes jubilados —Jack Albertson, Mick Napolitano y Nate McGee—, sumaban diez.

Con Don Peters, Eric Blass y Frank Geary, ascendían al afortunado número de trece.

Frank emplazó rápidamente a otra media docena de voluntarios: J. T. Wittstock, padre de los ayudantes que llevaban su mismo apellido y entrenador defensivo del equipo de fútbol juvenil del instituto de Dooling; Pudge Marone, camarero del Squeaky Wheel, provisto de la escopeta Remington que normalmente guardaba tras la barra; Drew T. Barry, de la Aseguradora Drew T. Barry, estricto agente de seguros y cazador de ciervos galardonado; Carson Struthers, alias Recio, cuñado de Pudge, que había combatido en la competición amateur de boxeo un número récord de peleas antes de que su médico le dijera que debía abandonar mientras le quedara algo de cerebro; y

dos concejales, Bert Miller y Steve Pickering, ambos, como Drew T. Barry, expertos en la caza del ciervo. Con eso eran diecinueve, y en cuanto se les comunicó que la mujer encerrada en la cárcel podía tener información relacionada con la enfermedad del sueño, o quizá incluso conocer una cura, todos estuvieron más que dispuestos a prestar servicio.

7

Terry se daba por satisfecho, pero quería que fueran veinte, un número redondo. La visión del rostro pálido y el cuello desgarrado de Vern Rangle era algo que jamás olvidaría. Lo percibía de la misma manera que percibía a Geary, silencioso como una sombra, atento a todo lo que él hacía, juzgando cada una de sus decisiones.

Pero daba igual. La única salida era hacia delante: pasando por encima de Norcross para llegar a Eve Black, y por encima de esa Black para poner fin a la pesadilla. Terry ignoraba qué ocurriría cuando llegara a ella, pero sabía que sería el final. En cuanto llegara el final, podría concentrarse en borrar de su memoria el recuerdo del rostro exangüe de Vern Rangle. Además de los rostros de su propia mujer y su propia hija, que ya no existían como tales. En otras palabras, beber copiosamente hasta someter el cerebro. Se daba cuenta de que Frank lo había inducido a recurrir a la bebida, ¿y qué? ¿Y qué, joder?

A Don Peters se le había encomendado que se pusiera en contacto con los funcionarios varones del Centro Penitenciario de Dooling, y no tardó en deducir que Norcross contaba con cuatro funcionarios de servicio, como máximo. Uno de ellos, Wettermore, era marica, y otro, Murphy, había sido profesor de Historia. Si sumaban a ellos la tal Black y el viejo carcamal, Burke, más tal vez otros dos o tres de los que no sabían nada, siendo

generosos, en total ascendían a menos de una docena. Pocos, y eso en el supuesto de que todos se mantuvieran firmes en caso de que la situación se complicara, por mucho armamento que hubiesen acumulado.

Terry y Frank pararon en la licorería de Main Street. Estaba abierta y concurrida.

—¡De todos modos no me quería! —anunció un cretino a toda la tienda a la vez que blandía una botella de ginebra. Apeataba como una mofeta.

Terry estuvo tentado de decirle que no podía reprochárselo a su mujer, pero le faltó la energía necesaria.

Los estantes estaban prácticamente vacíos, aunque Terry encontró dos botellas de medio litro de ginebra y pagó con dinero que pronto no serviría de nada, supuso, si aquella mierda proseguía. Llenó la petaca con una de las botellas, metió la otra en una bolsa de papel y fue con Frank a un callejón cercano. Daba a un patio atestado de bolsas de basura y cajas de cartón reblandecidas por la lluvia. Allí estaba la puerta arañada del apartamento de Johnny Lee Kronsky, la planta baja, entre dos ventanas con láminas de plástico en lugar de cristales.

Kronsky, una figura legendaria en esa zona de Virginia Occidental, abrió y vio la botella en la bolsa.

—Los que vienen con regalos pueden entrar —dijo, y cogió la botella.

En el salón había una sola silla. Kronsky se la apropió. Sin prestar atención a Terry ni a Frank, se bebió media botella de dos colosales tragos; su nuez se mecía como el corcho del sedal de una caña de pescar. Un televisor colocado sobre un soporte, sin sonido, mostraba imágenes de varias mujeres envueltas en capullos flotando en la superficie del océano Atlántico. Semejaban extraños botes salvavidas.

¿Y si un tiburón decidía morder a alguna?, se preguntó Terry. Supuso que si eso ocurría, posiblemente el tiburón se llevaría una sorpresa.

¿Qué significaba todo eso? ¿Qué sentido tenía?

Terry llegó a la conclusión que el sentido podía ser la ginebra. Sacó la petaca de Frank y le dio un tiento.

—Esas mujeres viajaban en aquel avión enorme que cayó al mar —explicó John Lee—. Resulta interesante que floten así, ¿no? Ese material debe de ser muy ligero. Como el capoc o algo parecido.

—Miradlas —dijo Terry, maravillado.

—Sí, sí, todo un espectáculo. —Johnny Lee se relamió.

Tenía licencia de investigador privado, pero no era de esos detectives que andaban vigilando a cónyuges o resolviendo misterios. Hasta 2014 había trabajado para Ulysses Energy Solutions, la compañía carbonífera, yendo en moto de unos yacimientos a otros, donde se presentaba como minero, permanecía atento a cualquier rumor sobre posibles organizaciones sindicales y actuaba para debilitar a los líderes que parecían especialmente eficaces. En otras palabras, un sabueso al servicio de la empresa.

Un día llegaron los problemas. Problemas de envergadura, podría decirse. Se produjo un derrumbe. Kronsky era quien manejaba los explosivos. Los tres mineros que quedaron enterrados bajo las rocas habían estado hablando en voz alta sobre la convocatoria de una votación. Casi tan condenatorio fue el hecho de que uno llevaba una camiseta con la cara de Woody Guthrie. Los abogados contratados por Ulysses impidieron que se presentaran cargos —un trágico accidente, adujeron con éxito ante el gran jurado—, pero Kronsky se vio obligado a jubilarse.

Por eso Johnny Lee regresó a Dooling, el pueblo que lo vio nacer. Allí, en su apartamento situado en un lugar óptimo —justo a la vuelta de la esquina de la licorería—, iba camino de matarse a fuerza de beber. Cada mes llegaba un cheque de UES a través de Federal Express. Una empleada del banco, conocida de Terry, le dijo que el concepto que aparecía en el resguardo del

talón siempre indicaba lo mismo: **HONORARIOS**. Fueran cuales fuesen esos **HONORARIOS**, no eran una fortuna, como demostraba el exiguo apartamento, pero Kronsky iba tirando. Terry conocía bien la historia, ya que raro era el mes que algún vecino no avisaba a la policía porque había oído ruido de cristales rotos en el apartamento de ese hombre: una piedra o un ladrillo arrojados contra una de las ventanas de Kronsky, sin lugar a dudas por miembros del sindicato. Johnny Lee nunca avisaba personalmente. Había dado a entender que no le preocupaba demasiado. A J. L. Kronsky el sindicato se la traía floja.

Una tarde, no mucho antes del estallido de Aurora, cuando Terry acompañaba a Lila en la Unidad Uno, la conversación se desvió hacia Kronsky. Ella dijo: «Al final un minero desafecto, probablemente un familiar de alguno de los hombres que Kronsky mató, va a volarle la cabeza, y seguro que ese miserable hijo de puta se alegrará de irse de este mundo».

8

—Se nos ha presentado una situación complicada en la cárcel —anunció Terry.

—Señor mío, la situación es complicada en todas partes. —Kronsky tenía el rostro magullado, demacrado y ojeroso, y los ojos sombríos.

—Olvidémonos de otras partes —intervino Frank—. Estamos aquí.

—Me la trae floja dónde estamos —repuso Johnny Lee, y se pulió la botella.

—Puede que necesitemos volar algo —dijo Terry.

Barry Holden y los otros asaltantes de la oficina del sheriff se habían llevado todo un arsenal, pero se habían dejado el paquete de C-4 de los

hermanos Griner.

—Usted sabe manejar el explosivo plástico, ¿no?

—Podría ser —dijo Kronsky—. ¿Yo qué saco, señor mío?

Terry lo consideró.

—Le diré lo que haremos. Está de nuestro lado Pudge Marone, el del Squeaky, y creo que le permitirá beber a cuenta de la casa el resto de su vida.

—Que, supuso Terry, no sería muy larga.

—Hummm —dijo Johnny Lee.

—Y por supuesto también tiene la oportunidad de hacer un gran servicio a su pueblo.

—Por mí, Dooling puede irse a la puta mierda —dijo Johnny Lee Kronsky—, pero igualmente... ¿por qué no? ¿Por qué no, joder?

Con eso eran ya veinte.

9

El Centro Penitenciario de Dooling no tenía torres de vigilancia. El tejado era una azotea revestida de tela asfáltica con respiraderos, conductos y salidas de humos. Apenas ofrecía protección, salvo por un murete de ladrillo de un palmo de altura. Después de examinar la azotea, Willy Burke dijo a Clint que le gustaba la perspectiva de trescientos sesenta grados de todo el perímetro que ofrecía, pero que sus huevos le gustaban aún más.

—Aquí arriba no hay nada que pueda parar una bala, ¿entiende? ¿Qué me dice de ese cobertizo de ahí?

El anciano señaló hacia abajo.

Aunque el rótulo en letra azul carcelaria rezaba CASETA DE MATERIAL, era el típico trastero, donde guardaban el tractor cortacésped que las reclusas (las de

confianza) utilizaban para cuidar la hierba del campo de softball, además de herramientas de jardinería, equipo deportivo, pilas de periódicos y revistas enmohecidos atados con cordel. Lo más importante era que estaba construido con bloques de cemento.

Fueron a verlo de cerca. Clint llevó a rastras una silla a la parte de atrás del cobertizo, y Willy se sentó allí bajo el alero del tejado.

Desde esa posición, uno no sería visto desde la verja, pero sí desde los dos extremos de la línea de fuego trazada entre el cobertizo y la cárcel.

—Si se sitúan solo a un lado, no hay problema —dijo Willy—. Los veré de reojo y me pondré a cubierto.

—¿Y si vienen por los dos lados al mismo tiempo? —preguntó Clint.

—En ese caso, estaré perdido.

—Necesita ayuda. Respaldo.

—Cuando dice usted eso, doctor, lamento no haber ido más a la iglesia en mi juventud.

El anciano lo observó con expresión afable. Al llegar a la cárcel, solo había exigido a Clint una explicación: que le garantizara que el plan de resistencia que estaban adoptando era lo que Lila habría deseado. Clint le aseguró al instante que así era, aunque a esas alturas ya no tenía muy claro cuáles habrían sido los deseos de Lila. Daba la impresión de que la ausencia de Lila se prolongaba ya desde hacía años.

Clint trató de reflejar la misma actitud afable —un poco de desenfadado *savoir faire* en presencia del enemigo—, pero, al parecer, lo que quedaba de su sentido del humor se había caído de la parte de atrás de la autocaravana de Barry Holden junto con Gerda Holden y Garth Flickinger.

—Usted estuvo en Vietnam, ¿no, Willy?

Willy alzó la mano izquierda. Tenía una marca de tejido cicatricial en la palma.

—Resulta que algún que otro trozo mío sigue allí.

—¿Cómo se sentía? —preguntó Clint—. ¿Cuando estaba allí? Debió de perder amigos.

—Oh, sí —contestó Willy—. Perdí amigos. En cuanto a cómo me sentía, la mayor parte del tiempo solo asustado. Confuso. Todo el tiempo. ¿Es así como se siente usted ahora?

—Así es —admitió Clint—. No se me ha preparado para esto.

Permanecieron allí en la luz lechosa de la tarde. Clint se preguntó si Willy percibía lo que en realidad sentía él: algo de miedo y confusión, era cierto, pero también excitación. Los preparativos se impregnaban de cierta euforia, la perspectiva de volcar en forma de acción la frustración y el desaliento y la pérdida y la imposibilidad de todo. Clint advertía que eso le ocurría a él mismo, una subida de adrenalina agresiva tan antigua como los simios.

Se dijo que no debía pensar de ese modo, y quizá no debía, pero le proporcionaba satisfacción. Era como si un hombre con el mismo aspecto que él, al volante de un cupé con la capota bajada, se hubiera detenido junto al antiguo Clint en un semáforo, le hubiese dirigido un gesto impasible de asentimiento al reconocerlo, y luego, al cambiar a verde, su doble hubiese pisado el acelerador y el antiguo Clint se hubiese quedado allí, viéndolo alejarse con un rugido. El nuevo Clint debía apresurarse, porque tenía una misión, y tener una misión era bueno.

Mientras se dirigían a la parte de atrás de la cárcel, Willy le habló de las mariposas nocturnas y las huellas de hada que había visto cerca de la caravana de Truman Mayweather. Millones de mariposas, al parecer, recubrían las ramas de los árboles y se arremolinaban en enjambres por encima de las copas.

—¿Eso lo dejó allí ella? —Al igual que todos los demás, Willy había oído los rumores—. ¿La mujer que tiene usted aquí?

—Sí —contestó Clint—. Y eso no es ni la mitad de la historia.

Willy dijo que no lo dudaba.

Arrastraron al exterior una segunda silla y asignaron una automática a Billy Wettermore. La habían convertido (si legalmente o no, Clint no lo sabía ni le importaba) en totalmente automática. Con eso quedaba un hombre apostado en cada extremo del cobertizo. No era perfecto, solo lo mejor que podían hacer.

10

Detrás del escritorio de recepción de la oficina del sheriff, el cuerpo de Linny Mars yacía en el suelo envuelto en un capullo con el ordenador portátil al lado, emitiendo todavía el Vñe de la caída de la Noria de Londres. Terry dedujo que, cuando por fin la había vencido el sueño, había resbalado de la silla. Allí desmadejada, obstruía en parte el pasillo que llevaba a las zonas oficiales del edificio.

Kronsky pasó por encima de ella y recorrió el pasillo en busca del depósito de pruebas. A Terry eso no le gustó. Levantando la voz, le dijo:

—Eh, joder, ¿no ha visto que hay aquí una persona? ¿En el suelo?

—Tranquilo, Terry —lo interrumpió Frank—. Ya nos ocuparemos de ella tú y yo.

Llevaron a Linny a un calabozo y la depositaron con delicadeza en un colchón. No había sucumbido hacía mucho. Una fina capa de telarañas le recubría los ojos y la boca. Tenía los labios curvados en una expresión de felicidad delirante, a saber por qué, tal vez solo porque el esfuerzo de permanecer despierta había terminado.

Terry echó otro trago. Bajó la petaca, y la pared del calabozo se precipitó sobre él, que tendió la mano al frente para detenerla. Al cabo de un momento

consiguió enderezarla de nuevo.

—Me tienes preocupado —comentó Frank—. Te estás... sobremedicando.

—Estoy perfectamente. —Terry dio un manotazo a una mariposa que lo importunaba cerca de la oreja—. ¿Te alegras de que estemos armándonos, Frank? Es lo que querías, ¿no?

Frank posó en Terry una larga mirada. Era totalmente inexpresiva, sin el menor asomo de amenaza. Observó a Terry como los niños fijaban la mirada en la pantalla del televisor, como si se hubieran salido de sus cuerpos.

—No —contestó por fin Frank—. Yo no diría que me alegro. Son cosas del trabajo, así de sencillo. La tarea que tenemos por delante.

—¿Siempre te dices eso antes de darle una patada en el culo a alguien? —preguntó Terry, sinceramente interesado, y le sorprendió cuando Frank dio un respingo, como si acabara de recibir una bofetada.

Kronsky estaba en la sala de espera cuando salieron. Había dado con el explosivo plástico, y también con un paquete de dinamita que alguien había encontrado en una gravera cerca de la finca de los Griner y había entregado para que se deshicieran de ella. Johnny Lee los miró con cara de desaprobación.

—Esa dinamita no tenía por qué estar ahí, amigos. Envejece y se vuelve inestable. En cambio el C-4... —Lo agitó, y Frank hizo una mueca—. Podría pisarlo un camión y no pasaría nada.

—¿Quiere dejar la dinamita, entonces? —preguntó Terry.

—No, por Dios. —Kronsky pareció ofendido—. Me encanta disponer de un poco de dina. Siempre me ha gustado. La dina es lo que podríamos llamar vieja escuela. Hay que envolverla con una manta, solo eso. O a lo mejor, esa Bella Durmiente tiene un suéter grueso en el armario. Ah, y necesitaré unas cuantas cosas de la ferretería. Confío en que el departamento de Policía tenga cuenta allí.

Antes de que Terry y Frank salieran, metieron en un petate las pistolas y la munición que no habían perdido en el saqueo y se llevaron todos los chalecos antibalas y los cascos que pudieron cargar. No era gran cosa, pero los miembros de la partida —en realidad no tenía sentido llamarlos de otra manera— traerían bastante armamento de casa.

Linny no había dejado un suéter en el armario, así que Johnny Lee envolvió la dinamita con un par de toallas del cuarto de baño. La sujetó contra el pecho como si llevara un bebé.

—Hoy ya empieza a hacerse tarde para iniciar el asalto —observó Frank—. Si es que llegamos a eso.

—Lo sé —convino Terry—. Llevaremos allí a los chicos esta noche, para asegurarnos de que todo el mundo sabe de qué va la cosa y quién está al mando. —Al decir esto, dirigió a Frank una elocuente mirada—. Requisaremos un par de autobuses escolares del parque móvil del municipio y los estacionaremos en el cruce de la Estatal 31 con West Lavin, donde estaba el control de carretera, así los hombres no tendrán que dormir al raso. Pondremos a seis u ocho de guardia formando un... ya sabes... —Dibujó un círculo en el aire.

—Un perímetro —lo ayudó Frank.

—Sí, eso. Si tenemos que entrar, lo haremos mañana a primera hora, desde el este. Necesitaremos un par de buldóceres para abrirnos paso. Manda a Pearl y a Treater a buscarlos al depósito de Obras Públicas. Las llaves están en el tráiler oficina que hay allí.

—Bien —dijo Frank, porque era buena idea. A él no se le habría ocurrido lo de los buldóceres.

—Mañana a primera hora echaremos abajo las vallas con los buldóceres y accederemos al edificio principal a través del aparcamiento. Así el sol les dará en los ojos. Primer paso: obligarlos a refugiarse muy adentro, lejos de las

puertas y las ventanas. Segundo paso: Johnny Lee vuela la puerta principal y entramos. Les exigimos que depongan las armas. Llegados a ese punto, creo que lo harán. Mandamos a unos cuantos hombres a la parte de atrás para asegurarnos de que no puedan salir por piernas.

—Bien pensado —dijo Frank.

—Pero antes...

—¿Antes?

—Hablamos con Norcross. Esta noche. Cara a cara, si es lo bastante hombre. Le ofrecemos la oportunidad de entregar a la mujer antes de que pase algo para lo que ya no haya vuelta atrás.

Frank expresó con los ojos lo que opinaba.

—Sé lo que estás pensando, Frank, pero si Norcross es un hombre razonable, entenderá que es lo correcto. Al fin y al cabo, bajo su responsabilidad hay otras vidas aparte de la de esa mujer.

—¿Y si se niega de todos modos?

Terry se encogió de hombros.

—Entonces entramos y nos la llevamos.

—¿Caiga quien caiga?

—Así es, caiga quien caiga. —Salieron, y Terry cerró con llave las puertas de cristal de la oficina del sheriff.

Rand Quigley cogió su caja de herramientas y dedicó dos horas a desprender a golpes de escoplo y martillo la pequeña ventana reforzada con malla de alambre empotrada en el muro de hormigón de la sala de visitas.

Tig Murphy, sentado a corta distancia, se tomaba una Coca-Cola y fumaba

un cigarrillo. Se había anulado la prohibición de fumar.

—Si fueras una reclusa, eso te supondría cinco años más de condena.

—Menos mal que no soy una reclusa, entonces, ¿no te parece?

Tig echó la ceniza al suelo y decidió callarse lo que pensaba: si estar encerrado allí equivalía a ser una reclusa, eso eran ellos en esos momentos.

—Tío, se esmeraron al construir esto, ¿eh?

—Ajá. Cualquiera diría que es una cárcel o algo así —comentó Rand.

—Jiu jiu jiu.

Cuando por fin se desprendió el cristal, Tig aplaudió.

—Gracias, señoras y señores —dijo Rand, imitando a Elvis—. Muchas gracias.

Una vez extraída la ventana, Rand podía subirse a la mesa que habían arrimado a la pared a modo de plataforma de tiro y asomar el arma a través de la abertura. Ese era su sitio, con una vista despejada del aparcamiento y la verja delantera.

—Se creen que somos unos caguetas —dijo Rand—. Pero se equivocan.

—Ahí has dado en el blanco, amigo Rand.

Clint asomó la cabeza.

—Tig. Acompáñeme.

Los dos subieron por la escalera a la planta superior del módulo B. Ese era el punto más elevado de la cárcel, la única primera planta de todo el edificio. Las ventanas de las celdas daban a West Lavin. Esas estaban aún más reforzadas que la de la sala de visitas: gruesas, resistentes y embutidas entre capas de hormigón. Costaba imaginar que Rand pudiera desprender una del muro solo con herramientas de mano.

—Esta parte no podemos defenderla —dijo Tig.

—No —coincidió Clint—, pero es un puesto de vigilancia excelente, y no necesitamos defenderlo, ¿no? No hay manera de entrar por aquí.

A Clint le parecía indiscutible, como también a Scott Hughes, que, muy relajado a unas cuantas celdas de allí, los escuchaba.

—Estoy seguro de que van ustedes a conseguir que los maten de una manera u otra, y cuando eso pase, no seré yo quien lllore —exclamó—, pero el loquero tiene razón. Haría falta una bazuca para hacer un agujero en este muro.

12

El día que dos grupos enfrentados de hombres de Dooling se armaron, preparados para entrar en guerra, en la zona de los Tres Condados quedaban despiertas menos de cien mujeres. Una era Eve Black; otra era Angel Fitzroy, y otra era Jeanette Sorley.

Vanessa Lampley era la cuarta. Ese día, un rato antes, su marido había sucumbido por fin al sueño en su sillón, lo cual permitió a Van llevar a cabo lo que tenía decidido. Desde que había regresado a casa de la cárcel después de matar de un tiro a Ree Dempster, Tommy Lampley había intentado permanecer despierto con ella tanto tiempo como le fuera posible. Van había agradecido la compañía. Sin embargo, un concurso culinario había podido con él, arrullándolo hasta que un tutorial sobre gastronomía molecular lo transportó al mundo de los sueños. Van se aseguró de que dormía profundamente antes de marcharse. No estaba dispuesta a dejar a su marido, diez años mayor que ella, con caderas de titanio y aquejado de angina de pecho, encargado de la ingrata tarea de cuidar de algún modo del cuerpo de ella durante los años que le quedaran de vida. Tampoco tenía el menor interés en convertirse en el mueble más deprimente del mundo.

Pese al cansancio, seguía aún ligera de pies y salió sigilosamente del salón sin perturbar el sueño liviano de su marido. En el garaje, cogió el rifle de caza

y lo cargó. Abrió la puerta de un tirón, arrancó el todoterreno y se puso en marcha.

Su plan era sencillo: atajar a través del bosque hasta los montes situados por encima de la carretera, respirar aire limpio, disfrutar de la vista, dejar una nota a su marido y colocarse la boca del cañón debajo de la barbilla. Buenas noches. Al menos no tenía hijos de los que preocuparse.

Avanzó despacio, porque, en su estado de fatiga, temía sufrir un accidente. Notaba en los gruesos brazos y hasta en los mismísimos huesos cada sacudida de las robustas ruedas del todoterreno al pisar raíces y rocas. A Van no le importaba. También le parecía bien la llovizna. A pesar del agotamiento —el cerebro le funcionaba despacio— era muy consciente de todas las sensaciones físicas. ¿Sería mejor morir sin saber que vas a morir, como Ree? Van pudo hacerse la pregunta, pero su cerebro no consiguió rumiarla lo suficiente para ofrecer una respuesta satisfactoria. Cada contestación se diluía antes de formarse. ¿Por qué se sentía tan mal por el hecho de haber disparado contra una reclusa que habría matado a otra si no hubiese intervenido? ¿Por qué se sentía tan mal solo por haber hecho su trabajo? Tampoco esas respuestas cobraron forma, ni siquiera mínimamente.

Van llegó a lo alto de la sierra. Apagó el motor del todoterreno y se apeó. A lo lejos, en dirección a la cárcel, una neblina negra flotaba sobre el día, ya en su ocaso, el residuo húmedo del incendio forestal que se había extinguido solo. Justo debajo, el terreno descendía en una pendiente gradual y prolongada. Al pie de la ladera discurría un riachuelo lodoso, crecido por efecto de la lluvia. Por encima del riachuelo, a algo más de cien metros, había una cabaña con musgo en el tejado. Volutas de humo se elevaban de la chimenea de la estufa.

Se palpó los bolsillos y descubrió que se había olvidado de coger papel y algo con lo que escribir. Le entraron ganas de reír —al fin y al cabo, el

suicidio no era tan complicado, ¿no?—, pero solo le salió un suspiro.

Eso ya no tenía remedio, y sus razonamientos no deberían ser muy difíciles de interpretar. En el supuesto de que la encontraran, claro. Y de que a alguien le importara. Van se descolgó el rifle del hombro.

De pronto, justo cuando se colocaba la boca del cañón bajo la barbilla, se abrió la puerta de la cabaña.

—Mejor será que ese tío conserve el puto bazuca —dijo un hombre, llegando su voz clara y nítida—, o deseará que el de la perrera hubiese rematado la faena. Ah, y trae ese escáner. Quiero seguir de cerca los movimientos de la poli.

Van bajó el rifle y observó a los dos hombres mientras subían a una reluciente furgoneta Silverado y se marchaban. Estaba segura de que los conocía de algo y, por la pinta que tenían —un par de ratas de bosque desarrapadas—, no era de la ceremonia de entrega de premios de la Cámara de Comercio. Los nombres habrían acudido a su memoria de inmediato si no hubiese estado tan privada de sueño. Era como si tuviese la cabeza llena de barro. Sentía aún las sacudidas del todoterreno pese a que este ya no se movía. Puntos de luz fantasmas pasaban a toda velocidad por su campo de visión.

Cuando la furgoneta se marchó, Van decidió hacer una visita a la cabaña. Tal vez allí hubiera algo donde escribir, aunque fuera el dorso de un calendario de hacía años.

—Y necesito algo para prenderme la nota de la camisa —dijo.

Su voz le sonó empañada y ajena. La voz de otra persona. Y *había* otra persona de pie junto a ella. Solo que cuando volvió la cabeza, esa persona ya no estaba. Le ocurría cada vez más: mirones la acechaban en el extremo de su campo visual. Alucinaciones. ¿Cuánto tiempo podía permanecer una despierta hasta que todo pensamiento racional se venía abajo y perdía por completo la razón?

Van volvió a subir al todoterreno y avanzó por la cumbre hasta donde la ladera descendía para tomar desde allí el camino lleno de baches que llevaba hasta la cabaña.

El interior olía a alubias, cerveza, carne de ciervo frita y pedos de hombre. La mesa estaba abarrotada de platos, el fregadero también, y había cazos con cuajarones de mugre en la cocina de leña. En la repisa de la chimenea vio una foto de un hombre con una sonrisa vehemente; llevaba un pico al hombro y un maltrecho y rústico sombrero de fieltro tan calado que el ala le doblaba las puntas de las orejas. Al contemplar esa foto en tono sepia, Vanessa cayó en la cuenta de quiénes eran exactamente los hombres a los que había visto, porque su propio padre le había señalado al individuo del retrato cuando ella no contaba más de doce años. Cuando se lo señaló, el hombre en cuestión entraba en el Squeaky Wheel.

«Ese es Big Lowell Griner —había dicho su padre—, y no quiero que te acerques a él, cariño. Si alguna vez te saluda, devuélvele el saludo, ¿verdad que hace buen día?, y sigue adelante sin pararte.»

Esos eran, pues, aquellos dos: los inútiles de los hijos de Big Lowell. Maynard y Little Low Griner, allí ante sus mismas narices y en una furgoneta nueva cuando debían estar entre rejas en Coughlin, en espera de juicio por, entre otras cosas, un asesinato que Kitty McDavid había presenciado y sobre el que había accedido a testificar.

En la pared revestida de pino del corto pasillo que debía de conducir a los dormitorios de la cabaña, Van vio un cuaderno manoseado que colgaba de un cordel. Una de las hojas le serviría para una nota de suicidio, pero de pronto decidió que quería seguir despierta y viva al menos un rato más.

Salió, alegrándose de escapar de aquella pestilencia, y se alejó de la cabaña en el todoterreno tan rápido como se atrevió a ir. Recorridos casi dos kilómetros, el camino desembocaba en una de las muchas carreteras de tierra

del condado de Dooling. A la izquierda flotaba aún una nube de polvo, no mucho, por la llovizna, pero suficiente para indicarle qué dirección habían tomado los fugitivos. Le llevaban una ventaja considerable cuando llegó a la Estatal 7, pero allí el terreno descendía y estaba despejado, con lo que resultaba más fácil ver la furgoneta, empequeñecida por la distancia, pero a todas luces rumbo al pueblo.

Van se abofeteó enérgicamente las dos mejillas y los siguió. Para entonces estaba empapada, pero el frío la ayudaría a permanecer despierta un rato más. Si *ella* se hubiese dado a la fuga acusada de asesinato, a esas alturas estaría ya a medio camino de Georgia. Esos dos no; se dirigían hacia el pueblo, sin duda con malas intenciones, como era su costumbre. Van quería saber de qué se trataba, y tal vez impedirlo.

La expiación por lo que le había hecho a Ree no quedaba descartada.

Fritz Meshaum no quería entregar su bazuca, al menos no de balde. Sin embargo, cuando May lo agarró firmemente por los hombros y Low le torció el brazo derecho casi hasta los omóplatos, cambió de idea y, abriendo la trampilla del suelo de su decrepita chabola, mostró el tesoro por el que los hermanos Griner estaban allí.

Little Low imaginaba que sería verde, como los de las películas de la Segunda Guerra Mundial, pero la bazuca de Fritz estaba pintado de un negro granulado; tenía a un lado un largo número de serie y, debajo, unos cuantos de esos raros caracteres rusos. Escamas de óxido orlaban la boca. A un lado del arma, un petate contenía una docena de obuses con más palabras en ruso. Había asimismo ocho o diez fusiles y al menos veinte armas cortas, la mayor parte semiautomáticas. Los hermanos se metieron un par bajo los cinturones. No había nada como una pistola al cinto para que un hombre considerara que tenía derecho de paso.

—¿Qué es eso? —preguntó May, señalando un resplandeciente recuadro negro de plástico por encima del guardamonte la bazuca.

—No lo sé —contestó Fritz, al tiempo que lo escrutaba—. Una etiqueta con fines administrativos, seguramente, el control de inventario o algo así.

—Tiene unas palabras en inglés —observó May.

Fritz se encogió de hombros.

—¿Y qué? Yo tengo una gorra de John Deere con gilipollecés en chino en la etiqueta. Todo el mundo le vende de todo a cualquiera. Gracias a los judíos,

así funciona el mundo. Los judíos, esos...

—Déjate de putos judíos —lo interrumpió Little Low. Si permitía que Fritz se enrollara con los judíos, no tardaría en saltar al gobierno federal, y se quedarían atrapados en aquel agujero de mierda en el suelo el resto de la primavera—. Lo único que me interesa es saber si esto funciona. Si no, dímelo ya, no sea que volvamos y te arranquemos los huevos.

—Me parece que deberíamos arrancarle los huevos de todos modos, Low —propuso May—. Es mi opinión. Seguro que los tiene pequeños.

—Funciona, funciona —aseguró Fritz, cabía suponer que refiriéndose al bazuca más que a sus huevos—. Ahora soltadme, morralla.

—Vaya un bocas está hecho, ¿no te parece, hermano? —comentó Maynard.

—Sí —contestó Little Low—. Pues sí. Pero por esta vez se lo perdonaremos. Coge un par de esas pistolas lubricantes.

—Eso no son pistolas lubricantes —saltó Fritz, indignado—. Son armas totalmente automáticas del ejército...

—Estaría bien que te callaras —lo interrumpió Low—, y si eso es lo que me parece bien a mí, debería parecértelo a ti. Ahora nos vamos, pero si este bazuca tuyo no funciona, volveremos y te lo meteremos hasta el guardamonte por ese culo colgante que tienes.

—¡Eso, lo que acabas de oír! —exclamó May—. ¡Y procura cagar después de una carga como esa!

—¿Qué vais a hacer con mi bazuca?

Little Low Griner esbozó una sonrisa amable.

—Cállate ya —dijo—, y no te preocupes por lo que no es asunto tuyo.

Desde lo alto de un monte, a unos quinientos metros de distancia, Van Lampley observó la Silverado entrar en el sórdido patio de la chabola de Fritz Meshaum. Observó a los Griner apearse y volver a la furgoneta robada unos minutos después con algo a cuestas —sin duda más bienes robados—, que dejaron en la plataforma de la furgoneta. A continuación se pusieron otra vez en marcha, nuevamente en dirección a Dooling. Se planteó parar en casa de Meshaum cuando ellos se fueran, pero en su estado actual se sentía incapaz de hacer preguntas coherentes. Además, ¿realmente era necesario? En Dooling todos sabían que Fritz Meshaum era un entusiasta de todo aquello que tuviera gatillo y disparara. Los hermanos Griner habían pasado por allí para armarse. Claro como el agua.

Bueno, también ella tenía un arma, su fiable 30-06. Nada del otro mundo en comparación con lo que transportaba la plataforma de la furgoneta robada, pero ¿y qué? ¿De verdad tenía algo que perder que no hubiese previsto ya, hacía apenas una hora, entregar al universo?

—¿Queréis jugar conmigo, chicos? —dijo Van al tiempo que giraba la llave del todoterreno y revolucionaba el motor (un error, ya que no se había molestado en comprobar cuánta gasolina quedaba en el depósito del Suzuki antes de salir)—. Pues bien, veamos quién juega con quién.

Los Griner habían escuchado el escáner solo a ratos durante los días que pasaban en la cabaña, pero permanecieron atentos a él durante todo el viaje hasta el pueblo, porque la frecuencia de la policía había enloquecido. Las transmisiones y las comunicaciones cruzadas tenían poco sentido para Maynard, cuyo cerebro rara vez engranaba más allá de la primera marcha,

pero Lowell sí captó el significado general.

Alguien —un grupo, en realidad— se había llevado un montón de armas del arsenal de la oficina de sheriff, y los polis estaban tan enloquecidos como si alguien hubiera alborotado un avispero. Al menos dos de los ladrones de armas habían resultado muertos, también un poli, y el resto de la banda había huido en una autocaravana enorme. Habían llevado las armas robadas a la cárcel de mujeres. La pasma hablaba también de una mujer a la que quería sacar del hotel del Estado, y aparentemente los ladrones de armas querían retenerla. Esa parte Low no la entendía. Tampoco le importaba mucho. Lo que sí le interesaba era el hecho de que la pasma hubiera organizado una partida y se preparara para una gran batalla, que tal vez comenzara a la mañana siguiente, y planeara reunirse en el cruce de la Estatal 31 con West Lavin Road. Eso implicaba que la oficina del sheriff quedaría desprotegida. Además, permitió a Lowell concebir una idea brillante para cargarse a Kitty McDavid.

—¿Low?

—¿Sí, hermano?

—En medio de todo ese palabrerío, no soy capaz de saber quién está al frente. Unos dicen que el ayudante Coombs ha sucedido a la zorra de Norcross, y otros que ha sido un tal Frank. ¿Quién es Frank?

—Ni lo sé ni me importa —contestó Little Low—. Pero cuando entremos en el pueblo, estate atento por si ves a un chico solo.

—¿Qué chico, hermano?

—Uno con edad suficiente para ir en bicicleta y transmitir un mensaje —explicó Low justo cuando la Silverado robada pasaba por delante del cartel donde se leía: BIENVENIDO A DOOLING, UN SITIO AGRADABLE DONDE FUNDAR UNA FAMILIA.

El todoterreno Suzuki alcanzaba los noventa kilómetros por hora en carretera, pero Van, con la noche ya encima y los reflejos mermados, no se atrevía a superar los sesenta. Para cuando pasó por delante del cartel de BIENVENIDO A DOOLING, la Silverado en la que los hermanos Griner viajaban había desaparecido. Tal vez los hubiera perdido, pero tal vez no. Main Street estaba casi vacía, y esperaba ver la furgoneta allí, o bien aparcada o bien circulando lentamente mientras esos dos chicos malos buscaban algo de lo que mereciera la pena apropiarse. Si no la veía, lo mejor que podía hacer, supuso, era presentarse en la oficina del sheriff y denunciar el hecho a quienquiera que estuviese de guardia. Eso sería en cierto modo decepcionante para una mujer que albergaba la esperanza de hacer algo para compensar una muerte por la que aún se sentía fatal, pero, como decía su padre, aunque a veces consigues lo que quieres, en general consigues lo que consigues.

El centro del pueblo propiamente dicho empezaba donde estaban, a un lado, la peluquería y salón de manicura Barb's, y al otro lado, la ferretería Ace (visitada recientemente por Johnny Lee Kronsky en busca de herramientas, cable y pilas). Fue entre esos dos excelentes establecimientos donde el todoterreno de Vanessa dio dos sacudidas, petardeó y murió. Echó un vistazo al indicador del combustible y vio que la aguja estaba abajo del todo. ¿No era el final perfecto para un día de mierda perfecto?

Una manzana más allá había un Zoney donde podía comprar unos cuantos litros de gasolina, en el supuesto de que alguien se hubiese quedado al frente del local. Pero oscurecía, esos malditos Griner podían estar en cualquier parte y, en su actual estado, recorrer a pie aunque fuera solo una manzana se le antojaba toda una caminata. Quizá fuese mejor seguir con su plan y acabar con

todo, como tenía previsto antes... solo que no había llegado a ser campeona de pulsos a nivel estatal por rendirse a la mínima que se complicaban las cosas, ¿no? ¿Y no era eso lo que estaba planteándose? ¿Rendirse?

—No hasta que mi puta mano toque la puta mesa —dijo Van a su todoterreno varado, y se encaminó con paso cansino por la acera vacía hacia la oficina del sheriff.

5

El establecimiento situado justo enfrente de la oficina del sheriff era la Aseguradora Drew T. Barry, cuyo propietario se hallaba en esos momentos en West Lavin Road con el resto de la partida. Low aparcó la Silverado detrás, en una plaza señalada con el rótulo RESERVADO PARA EL PERSONAL DE BARRY, SE AVISARÁ A LA GRÚA PARA CUALQUIER OTRO VEHÍCULO. La puerta trasera estaba cerrada, pero eso May lo resolvió con un par de embestidas de su fornido hombro. Low entró después de él; llevaba a rastras al chico que habían encontrado en bicicleta delante de la bolera. El chico en cuestión era casualmente Kent Daley, miembro del equipo de tenis del instituto y buen amigo de Eric Blass. La bicicleta de Kent se hallaba en la plataforma de la Silverado. Kent gimoteaba, pese a no tener ya edad para un comportamiento así; en opinión de Low, ese gimoteo era aceptable en una adolescente, pero los chicos debían empezar a dejarlo a los diez años y haberlo abandonado del todo a eso de los doce. No obstante, estaba dispuesto a tolerárselo. Al fin y al cabo, seguramente pensaba que iban a violarlo y asesinarlo.

—Será mejor que te calles, chaval —dijo—. Si te comportas, no te pasará nada.

Hizo entrar por la fuerza a Kent en la amplia sala delantera, llena de

escritorios y pósteres que explicaban cuál era la póliza de seguros adecuada para salvar a tu familia de una vida de miseria. En el escaparate, que daba a la zona comercial vacía, se veía el nombre de Drew T. Barry escrito del revés en elegantes letras de purpurina dorada. Mientras Low miraba hacia la calle, vio a una mujer que se acercaba lentamente por la acera opuesta. No muy guapa, robusta, corte de pelo de bollera, pero ese día ver a cualquier mujer era poco común. Ella lanzó una ojeada al local de Barry, pero como las luces estaban apagadas no vio nada más que el reflejo de las farolas, que acababan de encenderse. Subió por la escalinata de la oficina del sheriff y probó a abrir la puerta. Cerrada con llave. Muy propio de un departamento de policía de pueblo, pensó Low. Echar la llave una vez robadas las armas. A continuación la mujer llamó al interfono.

—¿Señor? —lloriqueó Kent—. Quiero irme a casa. Quédese mi bici, si quiere.

—Nos quedaremos lo que nos dé la gana, niñato pueblerino —contestó May.

Low le retorció la muñeca al chico, y este aulló de dolor.

—¿Qué parte de «cállate» no has entendido? Hermano, ve a buscar al Señor Bazuca. Y los obuses.

May salió. Low se volvió hacia el chico.

—Según el carnet que llevas en la cartera, te llamas Kent Daley y vives en el número quince de Juniper Street. ¿Es así?

—Sí, señor —contestó el chico, y con la base de la mano se arrastró los mocos de la nariz hacia la mejilla—. Kent Daley, y no busco problemas. Quiero ir a casa.

—Estás metido en un buen lío, Kent. Mi hermano es un enfermo de cuidado. Nada le gusta más que hacer picadillo a un ser humano. ¿Qué crees tú que has hecho para tener tan mala suerte?

Kent se pasó la lengua por los labios y lo miró con un rápido parpadeo. Abrió la boca y la cerró.

—Has hecho algo, eso seguro. —Low soltó una carcajada; la culpabilidad daba risa—. ¿Quién hay en tu casa?

—Mis padres. Solo que mi madre, ya sabe...

—Echándose un sueñecito, ¿eh? ¿O un sueño?

—Sí, señor.

—Pero ¿tu padre está bien?

—Sí, señor.

—¿Te gustaría que fuera al número quince de Juniper Street y le volara los putos sesos a tu padre?

—No, señor —contestó Kent en un susurro. Las lágrimas le resbalaron por las pálidas mejillas.

—No, claro que no, pero lo haré, a no ser que tú hagas exactamente lo que voy a decirte. ¿Lo harás?

—Sí, señor. —Esta vez no fue siquiera un susurro, sino solo un aliento a través de sus labios.

—¿Cuántos años tienes, Kent?

—D-D-Diecisiete.

—Por Dios, casi tienes edad para votar y lloriqueas como un bebé. Basta. Kent hizo lo posible.

—Con esa bici vas muy rápido, ¿verdad?

—Eso creo. Gané la cuarenta-k de la zona de los Tres Condados el año pasado.

Little Low no tenía ni la más remota idea de lo que era una cuarenta-k, ni le importaba.

—¿Sabes el cruce de la Estatal 31 con West Lavin Road? ¿La carretera que va a la cárcel?

Maynard había regresado con la bazuca y la caja de obuses. En la acera de enfrente, la mujer robusta había desistido de seguir llamando al interfono y volvía sobre sus pasos con la cabeza gacha. Por fin había cesado la llovizna.

Low dio una sacudida a Kent, que contemplaba la bazuca con horror y fascinación.

—Conoces esa carretera, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien. Hay unos cuantos hombres allí, y voy a darte un mensaje para ellos. Se lo comunicarás al que se llama Terry o al que se llama Frank, o a los dos. Ahora atiende.

6

En ese momento Terry y Frank salían de la Unidad Cuatro y se acercaban a la doble verja del Centro Penitenciario de Dooling, donde los esperaban Clint y otro hombre. Diez miembros de la partida permanecían en el cruce; los demás habían ocupado posiciones en torno a la cárcel en lo que Terry llamaba «Rosa de los Vientos»: norte, nordeste, este, sudeste, sur, sudoeste, oeste y noroeste. Había bosque, y estaba húmedo, pero a ninguno de los hombres, embriagados de excitación, pareció importarle.

Y así seguirán hasta que el primero reciba un balazo y empiece a gritar, pensó Terry.

Una furgoneta tuneada obstruía el paso tras la verja interior. Habían llenado el espacio intermedio de neumáticos. Empapados en gasolina, a juzgar por el olor. No era mala táctica. Terry la admiró. Enfocó con la linterna primero a Norcross y luego al hombre barbudo que lo acompañaba.

—Willy Burke —dijo Terry—. Lamento verlo aquí.

—Y yo lamento verlo a usted —respondió Willy—. Haciendo lo que no debería estar haciendo. O sea, abusar de su autoridad. Jugar a los escuadrones de justicieros. —Se sacó la pipa del bolsillo del peto y empezó a cebarla.

Terry nunca había sabido bien si Norcross, en situaciones formales, recibía tratamiento de doctor o solo de señor, así que se decidió por seguir tuteándolo y llamarlo por su nombre, como había hecho siempre.

—Clint, esto casi ha llegado a un punto en que no es posible el dialogo. Uno de mis ayudantes ha resultado muerto. Vern Rangle. Creo que lo conocías.

Clint dejó escapar un suspiro y meneó la cabeza.

—Lo conocía, y lo siento. Era buen hombre. Espero que tú lo sientas por Garth Flickinger y Gerda Holden tanto como yo por él.

—La muerte de esa niña, la Holden, ha sido en defensa propia —contestó Frank—. Estaba desgarrándole la garganta al ayudante Rangle.

—Quiero hablar con Barry Holden —dijo Clint.

—Ha muerto —respondió Frank—. Y la culpa la tienes tú.

Terry se volvió hacia Frank.

—Déjame a mí.

Frank levantó las manos y dio un paso atrás. Sabía que Coombs tenía razón —ahí asomaba su mal genio, sacando lo peor que había en él—, pero lo detestó igualmente por ello. Lo que deseaba era trepar a lo alto de esa verja, indiferente a las concertinas, y entrechocar las cabezas de aquellos dos hijos de puta tan engreídos. La voz jactanciosa de Evie Black aún resonaba en su cabeza.

—Clint, escúchame —dijo Terry—. Estoy dispuesto a aceptar que las dos partes son culpables y a garantizaros que no se presentarán cargos contra ninguno de los presentes si me permites tomar bajo custodia a la mujer ahora.

—¿De verdad ha muerto Barry? —preguntó Clint.

—Sí —contestó el jefe en funciones—. También él ha agredido a Vern.

Willy Burke alargó el brazo y agarró a Clint por el hombro.

—Hablemos de Evie —dijo Clint—. ¿Qué os proponéis hacer con ella exactamente? ¿Qué *podéis* hacer?

Al parecer, Terry no sabía qué contestar, pero Frank, ya preparado, habló con aplomo.

—Vamos a llevarla a la oficina del sheriff. Mientras Terry la interroga, voy a traer a un equipo de médicos del hospital del estado a toda prisa. Entre los policías y los médicos, averiguaremos qué es, qué ha hecho a las mujeres y si puede arreglarlo o no.

—Esa mujer sostiene que no ha hecho nada —respondió Clint con la mirada fija a lo lejos—. Sostiene que es solo una emisaria.

Frank se volvió hacia Terry.

—¿Sabes qué te digo? Este tío es un embustero de mierda.

Terry le lanzó una mirada de reproche (aunque con los ojos un poco enrojecidos); Frank volvió a levantar las manos y retrocedió un paso.

—Ahí dentro no hay un solo médico —dijo Terry—, y no tienes ningún auxiliar sanitario a quien llamar, porque, creo recordar, las dos son mujeres y a estas alturas estarán ya envueltas en capullos. En resumidas cuentas, no estás examinándola; solo estás *reteniéndola*.

—Guardándosela —bramó Frank.

—... y escuchando lo que te dice.

—¡Tragándoselo, querrás decir! —vociferó Frank.

—Calma, Frank. —Terry habló sin levantar la voz, pero cuando se volvió hacia Clint y Willy, tenía las mejillas encendidas—. Pero lo que él dice es verdad. Te lo estás tragando. Tragándote la píldora, por así decirlo.

—Tú no lo entiendes —dijo Clint. Se lo notaba cansado—. No es siquiera una mujer, al menos no en el sentido habitual de la palabra. Creo que no es del todo humana. Posee ciertas facultades. Es capaz de llamar a las ratas, eso me

consta. Las ratas la obedecen. Así consiguió el móvil de Hicks. Por otro lado, todas esas mariposas que la gente ha estado viendo por el pueblo tienen algo que ver con ella, y sabe cosas. Cosas que en principio no tendría por qué saber.

—¿Estás diciendo que es una bruja? —preguntó Terry. Sacó la petaca y tomó un sorbo. Probablemente no era la mejor manera de negociar, pero necesitaba algo, y de inmediato—. Vamos, Clint. Ya solo falta que me digas que puede andar por encima del agua.

Frank se acordó del remolino de fuego que se había formado en el aire de su salón y que después, con un estallido, se convirtió en una nube de mariposas; y de la llamada de teléfono, de Evie Black diciéndole que lo había visto proteger a Nana. Tensó los brazos ante el pecho, conteniendo su ira por la fuerza. ¿Qué más daba lo que Eve Black fuera? Lo importante era lo que había ocurrido, lo que *estaba* ocurriendo y cómo arreglarlo.

—Abra los ojos, hijo —intervino Willy—. Fíjese en lo que ha pasado en el mundo en la última semana. Todas las mujeres dormidas y envueltas en capullos, ¿y usted sigue erre que erre con la idea de que esa Black puede ser algo sobrenatural? Tienen que esforzarse un poco más. Conviene que no metan más los dedos donde no deben y que dejen que la situación siga su curso tal como esa mujer quiere, según dice el doctor.

Como a Terry no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada, echó otro trago. Vio la forma en que Clint lo miraba y tomó un tercero, por puro rencor contra aquel cabrón. ¿Quién era él para juzgarlo, escondido tras los muros de la cárcel mientras él intentaba evitar que el resto del mundo se viniera abajo?

—Esa mujer solo ha pedido unos días más —dijo Clint—. Y eso es lo que quiero que le concedas. —Fijó los ojos en los de Terry—. Ella prevé derramamiento de sangre, eso lo ha dejado claro. Porque cree que los hombres solo saben resolver sus problemas así. No confirmemos sus previsiones.

Deponed vuestra actitud. Dejemos pasar setenta y dos horas. Pasado ese plazo revisaremos la situación.

—¿En serio? ¿Y qué crees que va a cambiar? —El alcohol no se había adueñado aún de la mente de Terry, de momento estaba solo de visita, y pensó, casi suplicó: Dame una respuesta a la que pueda dar crédito.

Pero Clint negó con la cabeza.

—No lo sé. Según esa mujer, la situación no depende totalmente de ella. Pero setenta y dos horas sin tiroteos serían el primer paso en la buena dirección, de eso estoy seguro. Ah, y dice que las mujeres tienen que votar.

Terry casi soltó una carcajada.

—¿Cómo coño van a votar si están dormidas?

—No lo sé —contestó Clint.

Pretende ganar tiempo, pensó Frank. No hace más que ensartar una tras otra toda invención que acude a su cerebro de loquero. Seguramente aún estás bastante sobrio para darte cuenta, ¿no, Terry?

—Necesito pensarlo —respondió Terry.

—Muy bien, pero necesitas pensarlo con claridad, así que hazte un favor y vacía el resto de esa petaca en el suelo. —Posó los ojos en Frank, y eran los ojos de expresión fría del huérfano que había peleado por un batido—. Frank piensa que él es la solución, pero a mí me parece que es el problema. Creo que ella sabía que habría un hombre como él. Creo que sabe que siempre lo hay.

Frank saltó al frente, atravesó la verja con los brazos, agarró a Norcross por el cuello, y se lo apretó hasta que los globos oculares primero sobresalieron y luego le quedaron colgando sobre las mejillas... pero solo en su imaginación. Esperó.

Terry reflexionó y luego escupió en la tierra.

—Vete a la mierda, Clint. Tú no eres un médico de verdad.

Y cuando levantó la petaca y echó otro trago largo y desafiante, Frank prorrumpió en vítores en su interior. A la mañana siguiente el sheriff en funciones Coombs estaría como una cuba. Entonces él, Frank, asumiría el control. No habría setenta y dos horas, y le traía sin cuidado si Eve Black era bruja, princesa de cuento de hadas o la Reina Roja del País de las Maravillas. Lo único que necesitaba saber sobre Eve Black estaba en esa breve llamada telefónica.

«Ponga fin a esto —había dicho, casi rogado, él cuando lo telefoneó con el móvil robado—. Libere a las mujeres.»

«Primero tendrá que matarme», había contestado la mujer.

Y eso era lo que Frank se proponía hacer. ¿Y si así conseguía que las mujeres volvieran? Final feliz. ¿Y si no? Sería la venganza por haberle arrebatado a la única persona que le importaba en esa vida. ¿En cualquier caso? Problema resuelto.

7

Justo cuando Van Lampley llegaba al todoterreno inmovilizado —sin saber qué hacer a continuación—, un chico pasó a toda velocidad con una bicicleta de manillar alto. Corría tanto que el cabello negro se le apartaba de la frente, y tenía los ojos desorbitados en una expresión de puro terror. Eso podía haberlo provocado una docena de situaciones, tal como estaba el mundo en esos momentos, pero Van supo con total seguridad qué era lo que había metido el miedo en el cuerpo al chico. No era una intuición; era una certidumbre sólida como una roca.

—¡Chico! —llamó ella—. Chico, ¿dónde están?

Kent Daley, sin hacerle caso, pedaleó aún más deprisa. Pensaba en la vieja

sintecho con la que habían hecho el burro. No deberían haberlo hecho. Eso era obra de Dios, que había decidido hacérselo pagar. Hacérselo pagar a *él*. Pedaleó aún más deprisa.

8

Aunque Maynard Griner había abandonado los pasillos del mundo académico a los catorce años (y esos pasillos lo habían visto marcharse con verdadera satisfacción), se le daba bien la mecánica; cuando su hermano menor le entregó la bazuca y uno de los obuses, May los manipuló como si llevara toda la vida haciéndolo. Examinó la punta altamente explosiva del obús, el alambre que descendía a un lado y las aletas de la base. Gruñó, asintió y alineó las aletas con los surcos del alma del tubo. El obús se deslizó como si nada. May señaló una palanca situada por encima del gatillo y por debajo de la etiqueta de plástico negra de control de inventario.

—Tira de eso hacia atrás. Debería trabarlo.

Low obedeció, y oyó un chasquido.

—¿Así está bien, May?

—Debería estarlo, siempre y cuando Fritz haya puesto una pila nueva. Creo que es una carga eléctrica lo que dispara el proyectil.

—Si no la ha puesto, vuelvo y se lo meto por el culo —dijo Low. Le centelleaban los ojos cuando se colocó de cara al cristal laminado del escaparate de Drew T. Barry y se apoyó la bazuca en el hombro al mejor estilo de película bélica—. ¡Apártate, hermano!

Como se vio, la pila instalada en el guardamonte estaba en condiciones. Se produjo un zumbido hueco. Gases de escape salieron del tubo. El escaparate salió despedido hacia la calle, y ninguno de los dos había tenido tiempo

siquiera de tomar aire cuando la fachada de la oficina del sheriff estalló. En la calle llovieron pedazos de ladrillo de color arena y esquirlas de cristal.

—*¡YuuuJUUUUUU!*—May dio una palmada a su hermano en la espalda—. *¿Has visto eso, hermano?*

—Sí —contestó Low. Una alarma bramaba en algún lugar en el fondo de la oficina herida. Unos hombres se acercaron corriendo a mirar. La fachada del edificio se había convertido en una boca abierta llena de dientes rotos. Dentro veían llamas, y papeles que revoloteaban como pájaros chamuscados—. Vuelve a cargar.

May alineó las aletas de un segundo obús y lo encajó bien.

—¡Listo!

May daba brincos de entusiasmo. Eso era más divertido que cuando habían echado un paquete de dinamita al estanque de las truchas en Tupelo Crossing.

—¡A cubierto! —exclamó Low, y apretó el gatillo de la bazuca.

El obús atravesó la calle con una estela de humo. Los hombres que habían salido a mirar lo vieron, y se dieron media vuelta o se echaron cuerpo a tierra. La segunda explosión reventó el centro del edificio. Linny, envuelta en su capullo, había sobrevivido al primer estallido, pero no a ese segundo. Donde ella estaba apareció una nube de mariposas, que se prendieron con el fuego.

—¡Déjame probar! —May alargó las manos para coger la bazuca.

—No, ahora tenemos que salir de aquí —contestó Low—. Pero ya tendrás tu ocasión, hermano. Te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—En la cárcel.

Van Lampley, atónita, se quedó inmóvil junto al todoterreno. Había visto la primera estela cruzar Main Street, y supo lo que era incluso antes de la detonación. Los hermanos Griner, los muy hijos de puta, habían conseguido un lanzagranadas o algo por el estilo en casa de Fritz Meshaum. Cuando empezó a disiparse el humo de la segunda explosión, vio que asomaban llamas por los boquetes que antes eran ventanas. Una de las hojas de la puerta triple estaba caída en la calle, retorcida como un sacacorchos de acero cromado. Las otras no se veían por ningún lado.

Pobre de aquel que estuviera ahí dentro, pensó.

Red Platt, uno de los vendedores del concesionario de Kia en Dooling, se acercó a ella a trompicones y tambaleante. La sangre le corría por el lado derecho de la cara y el labio inferior no parecía ya del todo prendido, aunque, en medio de semejante hemorragia, era difícil saberlo.

—¿Qué ha sido eso? —gritó Red con la voz quebrada. Esquirlas de cristal destellaban entre su cabello ralo—. ¿Qué coño ha sido *eso*?

—La obra de dos capullos de cuidado que necesitan que les metan un palo de escoba por el culo antes de que hagan daño a alguien más —contestó Van—. Tiene que ir a que lo cosan, Red.

Se dirigió hacia la gasolinera de Shell, sintiéndose ella misma por primera vez desde hacía días. Sabía que no duraría, pero mientras durase, se proponía aprovechar la adrenalina. La gasolinera estaba abierta, pero no atendía nadie. Van encontró un bidón de cuarenta litros en el garaje, lo llenó en uno de los surtidores y dejó veinte dólares en el mostrador junto a la caja registradora. Quizá el mundo estuviera acabándose, pero a ella la habían enseñado a pagar sus facturas.

Acarreó el bidón hasta el todoterreno, llenó el depósito y salió del pueblo en la misma dirección que los hermanos Griner habían tomado.

Kent Daley estaba teniendo una muy mala noche, y aún no eran ni las ocho. Nada más desviarse por la Estatal 31 y acelerar en dirección a los autobuses que bloqueaban West Lavin Road, salió volando de la bici a causa de una cuerda atravesada de lado a lado y cayó al suelo. Se golpeó la cabeza con el asfalto y ante sus ojos destellaron unas luces intensas. Cuando estas desaparecieron, vio la boca de un fusil a ocho centímetros de su cara.

—*¡Mierda!* —exclamó Reed Barrows, el ayudante que había derribado a Kent. Reed se hallaba apostado en la punta sudoeste de la Rosa de los Vientos de Terry. Bajó el arma y, agarrando a Kent por la pechera de la camiseta, lo levantó de un tirón—. Yo a ti te conozco, eres el que andaba metiendo petardos en los buzones el año pasado.

Otros hombres corrían hacia ellos desde el nuevo control de carretera mejorado, Frank Geary a la cabeza. Terry Coombs, en retaguardia, hacía discretas eses. Sabían lo que había ocurrido en el pueblo; habían recibido ya una docena de llamadas en una docena de teléfonos móviles, y desde aquella elevación veían claramente el incendio en el centro de Dooling. En su mayoría, querían volver a toda prisa, pero Terry, temiéndose que pudiera tratarse de una maniobra de distracción para sacar a la mujer de la cárcel, les ordenó que permanecieran en sus puestos.

—¿Qué haces aquí, Daley? —preguntó Reed—. Podrías haber recibido un tiro.

—Traigo un mensaje —dijo Kent frotándose la nuca. No le sangraba, pero empezaba a formarse un considerable chichón—. Es para Terry o Frank, o para los dos.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Don Peters. En algún momento se

había puesto un casco de fútbol. Sus ojos, muy juntos, a la sombra de la visera, parecían los de un pájaro pequeño y voraz—. ¿Y este quién es?

Frank apartó a Don de un empujón e hincó una rodilla en el suelo junto al chico.

—Yo soy Frank —se presentó—. ¿Cuál es el mensaje?

Terry se arrodilló también. El aliento le olía a alcohol.

—Vamos, hijo. Respira hondo... respira hondo... y tranquilízate.

Kent hurgó entre sus pensamientos dispersos.

—Esa mujer de la cárcel, la especial, tiene amigos en el pueblo. Muchos. Dos de ellos me han agarrado. Me han encargado que les diga que interrumpan lo que están haciendo y se marchen o la oficina del sheriff será solo lo primero que vuele.

Frank ensanchó los labios en una sonrisa que no se reflejó ni remotamente en sus ojos. Se volvió hacia Terry.

—¿Y tú qué piensas, sheriff? ¿Vamos a ser buenos chicos y marcharnos?

Little Low no era precisamente un superdotado, pero poseía un grado de astucia que había mantenido las actividades de los Griner a flote durante casi seis años, hasta que su hermano y él por fin cayeron. (Low culpaba de ello a su generosidad natural; habían consentido que los rondara la puta de McDavid, que no podía decirse que fuera un diez, y ella se lo había devuelto convirtiéndose en soplona.) Tenía una comprensión instintiva de la psicología humana en general y de la masculina en particular. Cuando uno decía a un hombre lo que no debía hacer, eso era lo que hacía.

Terry no vaciló.

—No nos vamos. Entraremos al amanecer. Por mí que vuelen el pueblo entero, maldita sea.

Los hombres que se habían reunido prorrumpieron en vítores tan roncós y tan desenfundados que Kent Daley se encogió. Lo que deseaba más que nada en

el mundo era llevarse a casa su dolorida cabeza, cerrar bien todas las puertas y echarse a dormir.

De momento persistía la adrenalina; Van aporreó la puerta de la chabola de Fritz Meshaum con fuerza suficiente para que temblara en el marco. Una mano de dedos largos que parecía tener demasiados nudillos apartó una cortina mugrienta. Se asomó una cara sin afeitar. Al cabo de un momento la puerta se abrió. Fritz abrió la boca, pero Van lo agarró y empezó a sacudirlo como un terrier a una rata, sin darle tiempo a pronunciar una sola palabra.

—¿Qué les has vendido, pedazo de mierda seca? ¿Era un lanzagranadas? Era eso, ¿verdad? ¿Cuánto te han pagado esos tarados por poder hacer un agujero en medio del pueblo?

Para entonces Van arrastraba ya a Fritz por el desordenado salón. Él la golpeaba débilmente en un hombro con la mano izquierda; el otro brazo lo llevaba en un cabestrillo improvisado hecho aparentemente con un jirón de sábana.

—¡Para! —exclamó Fritz—. ¡Para, tía! ¡Ya me ha dislocado el brazo uno de esos dos cretinos!

Van, de un empujón, lo obligó a sentarse en un sillón mugriento junto al que se alzaba una pila de revistas porno viejas.

—Habla.

—No era un lanzagranadas, era una bazuca ruso antiguo. Podría haberlo vendido por seis o siete mil dólares en uno de esos mercadillos de armas que se organizan en los aparcamientos de Wheeling, y esos dos cabrones me lo han *robado*.

—Claro, ¿qué ibas a decir tú, si no? —Van jadeaba.

—Es la verdad. —Fritz, mirándola más detenidamente, la recorrió con los ojos desde la cara redonda hasta los grandes pechos y las anchas caderas, y luego otra vez hacia arriba—. Eres la primera mujer que veo desde hace dos días. ¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—Desde el jueves por la mañana.

—La Virgen, eso debe de ser un récord.

—Ni de lejos. —Van lo había consultado en Google—. Dejémoslo. Ese par acaba de volar la oficina del sheriff.

—He oído una explosión del carajo —admitió Fritz—. Deduzco que la bazuca funciona bastante bien.

—Ha funcionado de maravilla, eso desde luego —contestó Van—. ¿No sabrás por casualidad adónde iban después?

—No, ni idea. —Fritz esbozó una sonrisa, dejando a la vista unos dientes que no habían pasado por las manos de un dentista en mucho tiempo, si es que habían pasado alguna vez—. Pero podría averiguarlo.

—¿Cómo?

—Esos imbéciles lo tenían delante de los ojos, y cuando les he dicho que era una etiqueta de control de inventario, ¡se lo han *tragado*! —Su risa sonó como la fricción de una lima en una bisagra oxidada.

—¿De qué me hablas?

—Del localizador GPS. Los pongo en mis piezas de gama alta, por si me las roban. Como ha sido el caso con ese bazuca. Puedo seguirle el rastro con el móvil.

—Que vas a darme a mí —dijo Van, y tendió la mano.

Fritz la miró, sus ojos de un azul ladino y acuoso bajo los párpados arrugados.

—Si recuperas mi bazuca, ¿me lo devolverás antes de dormirte?

—No —respondió Van—, pero no te romperé el otro brazo para que haga juego con el que te han dislocado. ¿Qué te parece eso?

El hombrecillo ahogó una risita.

—Vale —dijo—, pero solo porque siento debilidad por las mujeres anchas.

Si Van hubiese sido más la de siempre, tal vez lo habría molido a palos por un comentario como ese —no sería difícil y representaría un servicio público—, pero en su estado de agotamiento, apenas contempló la posibilidad.

—Venga, pues.

Fritz se levantó del sofá con esfuerzo.

—El teléfono está en la mesa de la cocina.

Van retrocedió sin dejar de apuntarlo con el rifle.

Él la guio por un pasillo corto y oscuro hasta la cocina. El hedor a ceniza era tal que Van sintió náuseas.

—¿Qué has estado cocinando?

—Candy —contestó Fritz. Se sentó bruscamente a una mesa con superficie de linóleo.

—¿Candy? ¿Caramelos? —Aquel olor no se parecía al de ningún caramelo que ella conociera. Vio esparcidos por el suelo jirones grises, como trozos de papel de periódico quemados.

—Candy es mi mujer —aclaró él—. Ya fallecida. Le he prendido fuego a esa vieja bocazas con una cerilla. Nunca me había dado cuenta de que tuviera tanta chispa. —Sus dientes negros y marrones quedaron al descubierto en una sonrisa feroz—. ¿Lo pillas? ¿Chispa?

Ya era inevitable. Cansada o no, Van iba a tener que hacer sufrir a ese miserable cabrón. Eso fue lo primero que pensó. Lo segundo fue que en la mesa de linóleo no había ningún móvil.

Se oyó la detonación de un arma, y el aire escapó de los pulmones de Van. Chocó con el frigorífico y cayó al suelo. La sangre le manó de una herida de

bala en la cadera. Se le había escapado el rifle de las manos. Una voluta de humo se elevaba del borde de la mesa justo enfrente de ella. Entonces vio el cañón; la pistola que Meshaum había sujetado con cinta bajo la superficie de la mesa.

Fritz la desprendió, se levantó y rodeó la mesa.

—Toda precaución es poca. Tengo un arma cargada en cada habitación. — Se sentó en cuclillas junto a ella y apoyó el cañón de la pistola en su frente. El aliento le olía a tabaco y a carne—. Esta era de mi abuelo. ¿Qué te parece, vacaburra?

A ella no le pareció nada del otro mundo, ni falta que hacía. El brazo derecho de Van Lampley —el brazo que había derrotado a Hallie O’Meara alias la Desguazadora en el pulso por el título de 2010 de la División Femenina de Ohio Valley, categoría de edad 35-45, y que partió un ligamento del codo a Erin Makepeace en 2011 para repetir título— era como una trampa de resorte. Doblando la mano derecha, agarró la muñeca de Fritz Meshaum, se la estrujó con sus dedos de acero y le dio tal tirón que él se desplomó sobre ella. La pistola antigua se disparó, y la bala fue a dar al suelo entre el brazo y el costado de Van. La bilis le subió a la garganta cuando el peso de él le oprimió la herida, pero siguió retorciéndole la muñeca, y desde ese ángulo lo único que él pudo hacer fue volver a disparar contra el suelo antes de que el arma se le escurriera de la mano. Crujió algún hueso. Chasqueó algún ligamento. Fritz gritó. Mordió la mano a Van, pero ella se limitó a retorcerle la muñeca con más fuerza aún y empezó a asestarle puñetazos metódicamente en la parte de atrás de la cabeza con la mano izquierda, hincándole el diamante de su anillo de compromiso.

—¡Ya vale, ya vale! ¡Me rindo! ¡Me rindo, joder! ¡Basta! —gritó Fritz Meshaum—. ¡No más!

Pero Van no lo veía del mismo modo. Flexionó el bíceps y el tatuaje de la

lápida —TU ORGULLO— se hinchó.

Siguió retorciéndole la muñeca con una mano y asestándole puñetazos con la otra.

La última noche en la cárcel, el cielo se despejó y un viento constante se llevó los nubarrones del día hacia el sur, dejando el cielo a las estrellas e invitando a los animales a asomar la cabeza, olfatear y conversar. Nada de setenta y dos horas. Nada de vacilaciones. Al día siguiente se produciría un cambio. Los animales lo presintieron, tal como presentían la inminencia de una tormenta.

Acurrucado junto a su compañero en el último asiento de uno de los autobuses escolares requisados para bloquear la Estatal 31, Eric Blass escuchaba los ronquidos de Don Peters. Cualquier vago remordimiento que hubiera albergado por quemar a la Vieja Essie se había disipado al declinar el día. Si nadie reparaba en su desaparición, ¿qué importancia tenía realmente esa mujer?

Rand Quigley, mucho más reflexivo de lo que creía la mayoría de la gente, estaba también acurrucado. Su lugar era una silla de plástico en la sala de visitas. En el regazo tenía, del revés, el coche de juguete para niños pequeños que antes estaba en la zona de la sala común destinada a las visitas en familia. Había sido fuente de decepción desde que Rand recordaba; los hijos de las reclusas se montaban en él y se impulsaban con los pies, pero sus deseos se frustraban porque no podían girar. El problema residía en un eje roto. Rand

había ido a por un tubo de cola a su caja de herramientas y había pegado la parte rota, y en ese momento ataba los dos extremos con un cordel para que las piezas quedaran fijas. No escapaba al funcionario Quigley la posibilidad de que esas fuesen sus últimas horas. Lo reconfortaba realizar una tarea útil en el tiempo que pudiera quedarle.

En la loma boscosa situada por encima de la cárcel, Maynard Griner contemplaba las estrellas e imaginaba que les disparaba con la bazuca de Fritz. Si uno hiciera eso, ¿reventarían como bombillas? ¿Había alguien — quizá los científicos— abierto un agujero en el espacio? ¿Se planteaban los alienígenas de otros planetas disparar a las estrellas con bazucas o rayos de la muerte?

Lowell, recostado contra el tronco de un cedro, ordenó a su hermano, tendido cara arriba, que se limpiara la boca; la luz de las estrellas, emitida hacía millones de años, reverberaba en el hilo de baba de Maynard. Low estaba de malhumor. No le gustaba esperar, pero no les convenía usar la artillería hasta que la poli actuara. Se lo estaban comiendo los mosquitos y algún búho, más pesado que una hemorroide, llevaba ululando desde la puesta de sol. Un Valium le habría mejorado el ánimo notablemente. Incluso un poco de NiQuil lo habría ayudado. Si la tumba de Big Lowell hubiese estado cerca, Little Lowell no habría dudado en exhumar el cadáver putrefacto y despojarlo de aquella botella de Rebel Yell.

Abajo, el edificio en forma de T de la cárcel quedaba atrapado en el áspero resplandor de los focos de las torres de iluminación. El bosque delimitaba la hondonada donde se hallaba el recinto por tres lados. Al este había un terreno abierto, que se elevaba hasta la loma donde Low y May habían acampado. Aquel sitio era, pensó Low, un excelente campo de tiro. Nada se interpondría en la trayectoria de un obús de bazuca de gran potencia.

Había dos hombres agachados en el espacio entre el morro de la Fleetwood de Barry Holden y la puerta delantera de la cárcel.

—¿Quiere hacer los honores? —preguntó Tig a Clint.

Clint no tenía muy claro que se tratara de un honor, pero contestó afirmativamente y encendió la cerilla. La acercó al reguero de gasolina que previamente Tig y Rand habían preparado.

El reguero prendió, y las llamas zigzaguearon por el aparcamiento desde la puerta delantera y pasaron por debajo de la verja interior. En la zona de hierba que separaba esa verja de la otra, la exterior, las pilas de neumáticos rociados primero humearon y después empezaron a arder. Pronto la luz del fuego había disipado en gran medida la oscuridad del perímetro de la cárcel. Espirales de humo sucio se elevaron en el aire.

Clint y Tig volvieron a entrar.

En la sala de descanso para funcionarios, a oscuras, Michaela se valió de una linterna para revisar los cajones. Encontró una baraja de Bicycles y pidió a Jared que jugara a la Guerra con ella. Todos los demás, excepto las tres reclusas que quedaban despiertas, montaban guardia. Michaela necesitaba algo con lo que entretenerse. Rondaban las diez de la noche del lunes. La mañana del jueves anterior, se había levantado a las seis en punto y había salido a correr. Entonces se sentía con las pilas cargadas, se sentía a gusto.

—No puedo —contestó Jared.

—¿Cómo? —preguntó Michaela.

—Estoy agobiado —respondió él, y le dirigió una sonrisa—. Pensando en cosas que debería haber hecho y no hice. Y en que mis padres deberían haber dejado sus peleas para otro momento. También en cómo se durmió mi novia... en realidad no era mi novia, pero algo así... se quedó dormida mientras yo la abrazaba. —Repitió—: Agobiado.

Si Jared Norcross necesitaba mimos, Michaela no era la persona indicada. Desde el jueves el mundo estaba desquiciado, pero, en compañía de Garth Flickinger, Michaela había podido afrontarlo como una diversión, una juerga. No habría imaginado que lo echaría tanto de menos. Su buen humor de pleno colocón era lo único que había tenido sentido a partir del momento en que el mundo enloqueció.

—Yo también tengo miedo —dijo Michaela—. Estarías mal de la cabeza si no lo tuvieras.

—Yo solo... —Su voz se fue apagando de manera gradual.

Jared no lo entendía, lo que los demás en la cárcel contaban sobre la mujer, eso de que tenía *poderes*, y de que Michaela, la hija periodista de la directora del centro, había recibido supuestamente un beso mágico de la presa especial que le había renovado la energía. No entendía qué se había adueñado de su padre. Lo único que entendía era que había empezado a morir gente.

Como Michaela había supuesto, Jared echaba de menos a su madre, pero no andaba buscando a una sustituta. Lila era irremplazable.

—Nosotros somos los buenos, ¿no? —preguntó Jared.

—No lo sé —reconoció Michaela—. Pero me consta que no somos los malos.

—Algo es algo —respondió Jared.

—Venga, juguemos a las cartas.

Jared se pasó una mano por encima de los ojos.

—Bueno, vale. Soy un hacha jugando a la Guerra. —Se acercó a la mesita de centro situada en medio de la sala de descanso.

—¿Te apetece una Coca-Cola o algo?

Jared asintió con la cabeza, pero ninguno de los dos tenía dinero suelto para la máquina. Fueron al despacho de la directora, vaciaron el enorme bolso de punto de Janice Coates y, en cuclillas, buscaron monedas entre los recibos, las notas y las barritas de cacao y el tabaco. Jared preguntó a Michaela por qué sonreía.

—Por el bolso de mi madre —contestó Michaela—. Es directora de una cárcel, y sin embargo va por ahí con esta... cómo llamarlo, esta monstruosidad de bolso hippy.

—Ah. —Jared dejó escapar una risa—. Pero ¿cómo se supone que ha de ser el bolso de la directora de una cárcel?

—Algo que se cierre con cadenas y esposas.

—¡A lo sado!

—No seas infantil, Jared.

Había monedas de sobra para dos Coca-Cola. Antes de volver a la sala de descanso, Michaela dio un beso al capullo que contenía a su madre.

El juego de la Guerra por lo general se alargaba eternamente, pero en la primera partida Michaela derrotó a Jared en menos de diez minutos.

—Mecachis. La Guerra es un horror —comentó él.

Jugaron otra vez y otra, y otra, sin apenas hablar, solo echando naipes en la oscuridad. Michaela siguió ganando.

Terry dormitaba en una silla plegable a unos metros por detrás del control de

carretera. Soñaba con su mujer. Ella había abierto un restaurante. Servían platos vacíos. «Pero, Rita, esto no es nada», decía él, y le devolvía el plato. Rita se lo devolvía a su vez. Esta situación se prolongaba aparentemente durante años. El plato vacío circulaba de acá para allá. La frustración de Terry iba en aumento. Rita, sin hablar jamás, le sonreía como si tuviera un secreto. Frente a los ventanales del restaurante, las estaciones pasaban como fotografías en uno de aquellos visores antiguos: invierno, primavera, verano, otoño, invierno, primavera...

Abrió los ojos, y tenía delante a Bert Miller.

El primer pensamiento que acudió a su mente al despertar no guardó relación con el sueño, sino con esa noche unas horas antes, en el momento en que Clint Norcross, en la verja, lo había amonestado por la bebida, humillándolo delante de los otros dos. La irritación producida por el sueño se mezcló con la vergüenza, y Terry comprendió con toda claridad que él no era el hombre adecuado para el puesto de sheriff. Que lo ocupara Frank Geary si tanto lo deseaba. Y que Clint Norcross se las viera con Frank Geary si lo que quería era tratar con un hombre sobrio.

Se veían luces de acampada por todas partes. Hombres en corrillo, los fusiles colgados al hombro de las correas, se reían y fumaban, cenaban comida preparada que sacaban de bolsas de plástico arrugadas. Solo Dios sabía de dónde había salido. Unos cuantos tipos jugaban a los dados arrodillados en la calzada. Jack Albertson, provisto de un taladro, colocaba una placa de hierro en la ventana de uno de los buldóceres.

El concejal Bert Miller quería saber si disponían de un extintor.

—El entrenador Wittstock tiene asma, y el humo de los neumáticos incendiados de esos gilipollas llega hasta aquí.

—Claro —dijo Terry, y señaló un coche patrulla cercano—. En el maletero.

—Gracias, jefe. —El concejal se fue a buscar el extintor. Los hombres que

jugaban a los dados prorrumpieron en vítores cuando alguien consiguió una buena jugada.

Terry, tambaleándose, se levantó de la silla plegable y se encaminó hacia los coches patrulla estacionados. Mientras avanzaba, se desabrochó el cinto del arma y lo dejó caer en la hierba. A la mierda este rollo, pensó. A la mierda, y punto.

En el bolsillo tenía las llaves de la Unidad Cuatro.

6

Desde el asiento del conductor de la furgoneta de Control Animal, Frank observó la muda dimisión del jefe en funciones.

Eso es obra tuya, Frank, dijo Elaine junto a él. ¿Estás orgulloso?

—Es obra de él mismo —dijo Frank—. Yo no lo he atado ni le he puesto un embudo en la boca. Lo compadezco, porque no ha sido lo bastante hombre para el puesto, pero también lo envidio, porque lo abandona.

Pero tú no, dijo Elaine.

—No —convino Frank—. Seguiré en esto hasta el final. Por Nana.

Estás obsesionado con ella, Frank. Nana-Nana-Nana. Te has negado a oír lo que Norcross ha dicho porque no puedes pensar más que en ella. ¿No podrías esperar al menos un poco más?

—No. —Porque los hombres se encontraban allí, y estaban motivados y prestos para la acción.

¿Y si esa mujer te tiene agarrado por la nariz?

Una gruesa mariposa nocturna se posó en las varillas del limpiaparabrisas de la furgoneta. Frank accionó la palanca para espantarla. Después arrancó el motor y se marchó, pero, a diferencia de Terry, se proponía regresar.

Primero paró en la casa de Smith Street para asegurarse de que Elaine y Nana permanecían a salvo en el sótano. Seguían tal como las había dejado, ocultas tras una estantería y cubiertas con sábanas. Dijo al cuerpo de Nana que la quería. Dijo al cuerpo de Elaine que lamentaba que, por lo visto, nunca pudieran ponerse de acuerdo. Además, era sincero, pese a que el hecho de que ella continuara reprendiéndolo, incluso sumida en su sueño antinatural, resultaba en extremo irritante.

Volvió a echar la llave a la puerta del sótano. En el camino de acceso, a la luz de los faros de la furgoneta, advirtió que se había formado un charco en el gran socavón que tenía previsto rellenar en breve. Sedimentos de colores verde, marrón, blanco y azul flotaban en el agua. Eran los restos del dibujo a tiza del árbol que Nana había hecho, borrado por la lluvia.

Cuando Frank llegó al centro de Dooling, el reloj del banco marcaba **00.04**. El martes había empezado.

Cuando pasó por el pequeño supermercado Zoney's, Frank se fijó en que alguien había destrozado los escaparates de cristal laminado.

La casa consistorial todavía humeaba. Le sorprendió que Norcross hubiese consentido que sus secuaces volaran el lugar de trabajo de su mujer. Pero al parecer los hombres habían cambiado, incluso los médicos como Norcross. Eran más como en otro tiempo, quizá.

En el parque, al otro lado de la calle, un hombre marcaba con un soplete, sin motivo aparente, el pantalón manchado de verdín de la estatua del primer alcalde, tocado con chistera. Saltaban chispas, que se reflejaban en la ranura tintada del casco de soldador del hombre. Más allá, otro hombre se colgaba de una farola a lo Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*, pero tenía la polla en la mano y meaba en la acera y entonaba a voz en cuello una puta canción de marinero: «*¡Muchachos, el capitán está en su camarote bebiendo cerveza y coñac! ¡Los marinos en el burdel, donde todas las furcias están a su*

disposición! ¡Arría, arría, todos arriamos, Joe!».

El orden que antes existía, y que Frank y Terry habían intentado apuntalar durante esos últimos días caóticos, se venía abajo. Era, suponía, una especie de duelo brutal. Podía terminar o podía ir a más hasta degenerar en un cataclismo de alcance mundial. ¿Quién lo sabía?

Es aquí donde deberías estar, Frank, dijo Elaine.

—No —le contestó él.

Aparcó detrás de su oficina. Cada día reservaba media hora para pasar por allí. Daba de comer a los animales callejeros en las jaulas y dejaba un plato de pienso para su mascota especial, el perro de la oficina. Cada vez que iba se encontraba sucia la zona de retención, los animales inquietos, temblando y gimoteando y aullando, porque normalmente solo podía pasearlos una vez al día, a lo sumo, y de los ocho animales probablemente solo un par habían sido adiestrados para hacer sus necesidades fuera de casa.

Se planteó sacrificarlos. Si a él le pasaba algo, casi con toda seguridad morirían de hambre; era poco probable que un buen samaritano fuera a cuidar de ellos. La posibilidad de soltarlos sin más no se le pasó por la cabeza. Uno no dejaba hacer vida salvaje a los perros.

Una fantasía cobró forma en su imaginación: iba allí al día siguiente con Nana, la dejaba ayudarlo a dar de comer y pasear a los perros. Eso siempre le gustaba. Sabía que le encantaría el perro de la oficina, un cruce de beagle y cocker de ojos soñolientos y actitud estoica. Le encantaría la forma en que apoyaba la cabeza en las patas, como un niño dormido sobre un pupitre, obligado a escuchar una lección interminable en el colegio. A Elaine no le gustaban los perros, pero, pasara lo que pasase, eso ya daba igual. De un modo u otro, Elaine y él habían terminado, y si Nana quería un perro, podía quedarse con Frank.

Frank los paseó con correas triples. Cuando acabó, escribió una nota —POR

FAVOR, ECHEN UN VISTAZO A LOS ANIMALES. ASEGÚRENSE DE QUE TIENEN COMIDA Y AGUA. EL CRUCE DE PITBULL BLANCO Y GRIS DE LA N.º 7 ES ASUSTADIZO: ACÉRQUENSE CON CUIDADO. POR FAVOR, NO ROBEN NADA, ESTO ES UN ESTABLECIMIENTO DEL ESTADO— y la pegó a la puerta de fuera con cinta adhesiva. Acarició durante un par de minutos al perro de la oficina.

—Mírate —dijo—. Tú mírate.

Cuando regresó a la furgoneta y se dirigió nuevamente al control de carretera, el reloj del banco indicaba la 1.11. Empezaría a preparar a todo el mundo para el asalto a las cuatro y media. Amanecería dos horas después.

7

Más allá de los campos de deporte de la cárcel, al otro lado de la valla, dos hombres provistos de extintores y con pañuelos atados en torno a la boca apagaban los neumáticos incendiados. A través de la mira de visión nocturna, los chorros de espuma se veían fosforescentes y los hombres aparecían realzados en amarillo. Billy Wettermore no identificó al más corpulento, pero al de menor estatura sí lo conocía bien.

—Ese tarado del sombrero de paja es el concejal Miller. Bert Miller —dijo Billy a Willy Burke.

Existía ahí una irónica historia personal. Cuando Billy Wettermore estudiaba en el instituto de Dooling, como alumno becado por la National Honor Society, hizo unas prácticas en la oficina del concejal. Allí se vio obligado a escuchar en silencio las frecuentes reflexiones de Bert Miller sobre la homosexualidad.

«Es una mutación —explicaba el concejal Miller, y soñaba con ponerle fin—. Si fuera posible eliminar a todos los gais en un instante, Billy, quizá podría

impedirle que la mutación se propagara, pero, claro, aunque preferiríamos no admitirlo, también son humanos, ¿no?»

En la década y pico transcurrida desde entonces, habían ocurrido muchas cosas. Billy era un chico de campo, muy testarudo, y cuando colgó los estudios universitarios, regresó a su pueblo de la región de los Apalaches, a pesar de las tendencias políticas predominantes en la zona. Allí, al parecer, su inclinación por los hombres era lo primero en que pensaba todo el mundo. Teniendo en cuenta que estaba ya avanzada la segunda década del siglo XXI, eso a Billy le resultaba francamente molesto, aunque no lo exteriorizaba, porque pondría a la gente en bandeja algo que no se merecía.

No obstante, la idea de disparar una bala al suelo justo delante de Bert Miller, para que el muy intolerante se cagara encima, era de los más atractiva.

—Voy a darle un susto, Willy, para apartarlo de nuestros neumáticos.

—No. —Eso no procedió de Willy Burke, sino de detrás de él.

Norcross había salido de pronto por la puerta entreabierta de la parte de atrás de la cárcel. En la penumbra, apenas se le veía la cara, salvo por el destello de la montura de las gafas.

—¿No? —dijo Billy.

—No. —Clint se frotaba los nudillos de la mano derecha con el pulgar de la izquierda—. Dele en la pierna. Túmbelo.

—¿En serio? —Billy había disparado contra animales en cacerías, pero nunca contra un hombre.

Willy Burke emitió una especie de zumbido por la nariz.

—Una bala en la pierna puede matar a un hombre, doctor.

Clint asintió con la cabeza para indicar que lo sabía.

—Tenemos que defender este lugar. Adelante, Billy. Dispárele a la pierna. Así habrá uno menos, y los demás verán que la cosa va en serio. Para que entiendan que no podrán vencernos sin pagar un precio.

—De acuerdo —contestó Billy.

Puso el ojo en la mira. El concejal Miller, grande como una valla publicitaria, dibujándose ante él la retícula de la doble alambrada, se abanicaba con el sombrero de paja, con el extintor en la hierba junto a él. Billy fijó el punto de mira en la rodilla izquierda de Miller. Billy se alegró de que su objetivo fuese semejante gilipollas, pero de todos modos no le gustaba la idea.

Apretó el gatillo.

8

Las normas de Evie eran:

- 1) ¡Quedarse a cubierto y no matar hasta que sea de día!
- 2) ¡Cortar los capullos que envuelven a Kayleigh y a Maura para abrirlos!
- 3) ¡Disfrutar de la vida!

—Sí, eso está bien —dijo Angel—. Pero ¿estás segura de que Maura y Kay no me matarán mientras disfruto de la vida?

—Bastante segura —contestó Evie.

—Pues vale —dijo Angel.

—Abrid la celda —ordenó Evie, y del agujero cercano al hueco de la ducha salió una hilera de ratas.

La primera se detuvo al pie de la puerta de la celda de Angel. La segunda se encaramó sobre la primera; la tercera, sobre la segunda. Se formó una torre, una rata gris encima de una rata gris como abominables cucharadas de helado. Evie ahogó una exclamación al percibir que la rata situada en la posición inferior se asfixiaba.

—Ay, madre —dijo—. No sabes cuánto lo siento.

—Vaya número circense, increíble. —Angel estaba fascinada—. Hermana, podrías sacarte un dinero con esta mierda, ¿sabes?

La rata en lo alto era la más pequeña, una cría todavía. Apretujándose, penetró en el ojo de la cerradura, y Evie, controlando sus diminutas patas y dotándolas de una fuerza que ninguna rata había poseído antes, manipuló los mecanismos. La puerta de la celda se abrió.

Angel fue a la ducha a buscar un par de toallas, las ahuecó, las extendió en la cama y colocó una manta encima. Cerró la puerta de la celda al salir. Si alguien miraba dentro, daría la impresión de que por fin había perdido la batalla y se había dormido.

Se encaminó por el pasillo hacia el módulo C, donde entonces residían la mayor parte de las durmientes en sus capullos.

—Adiós, Angel —se despidió Evie.

—Eso —contestó Angel—. Hasta pronto. —Con la mano ya en la puerta, vaciló—. ¿No oyes unos gritos a lo lejos?

Evie los oía. Era, como ella sabía, el concejal Bert Miller, quejándose del balazo en la pierna. Sus gemidos llegaban a la cárcel a través de los conductos de ventilación. No era asunto de Angel.

—Descuida —contestó Evie—. Es solo un hombre.

—Ah —dijo Angel, y salió.

Durante la conversación entre Angel y Evie, Jeanette, sentada en el suelo, apoyada en la pared frente a las celdas, había estado escuchando y observando. En ese momento se volvió hacia Damian, muerto desde hacía

años y enterrado a casi doscientos kilómetros de allí, y aun así, sentado también a su lado. Tenía un destornillador de estrella en el muslo y se desangraba en el suelo, aunque Jeanette no percibía la sangre en modo alguno, ni siquiera su humedad. Cosa extraña, porque estaba sentada en un charco rojo.

—¿Has visto eso? —preguntó—. ¿Esas ratas?

—Sí —contestó Damian. Habló con una voz aguda y chillona, imitándola a ella—. *Veo esas ratitas, pequeña Jeanie.*

Uf, pensó Jeanette. Al principio, cuando Damian había reaparecido en su vida, lo encontraba aceptable, pero ya empezaba a irritarse por cualquier cosa.

—Hay ratas como esas comiéndose mi cadáver por cómo me mataste, pequeña Jeanie.

—Lo siento. —Se tocó la cara. Le dio la sensación de que estaba llorando, pero tenía el rostro seco. Jeanette se arañó la frente, clavándose las uñas con ganas, en busca de dolor. La horrorizaba haber enloquecido.

—Venga. Compruébalo tú misma. —Damian acercó la cara a ella—. Se me comieron hasta la médula. —Sus ojos eran cuencas negras; las ratas le habían devorado los globos oculares. Jeanette no quiso mirar, quiso cerrar sus propios ojos, pero sabía que si lo hacía, la esperaba el sueño.

—¿Qué clase de madre permite que el padre de su hijo acabe así? ¿Lo mata y deja que las ratas se lo coman como si fuera una puta barrita de Twix?

—Jeanette —dijo Evie—. Eh. Ven aquí.

—Olvídate de esa zorra, Jeanie —ordenó Damian. Una cría de rata cayó de su boca mientras hablaba. Fue a parar al regazo de Jeanette. Ella lanzó un grito y le dio un manotazo, pero la rata ya no estaba—. Necesito tú atención. Mírame, tarada.

—Me alegro de que hayas seguido despierta, Jeanette —dijo Evie—. Me

alegre de que no me hayas hecho caso. Al otro lado está pasando algo y... en fin, pensaba que sería de mi agrado, pero a lo mejor me estoy reblandeciendo con la edad. En el supuesto de que esto dure lo suficiente, me gustaría que allí tuvieran la posibilidad de elegir.

—¿De qué estás hablando? —A Jeanette le dolía la garganta. Le dolía todo.

—¿Quieres volver a ver a Bobby?

—Claro que quiero verlo —contestó Jeanette, indiferente a Damian, cosa que le resultaba cada vez más fácil—. Claro que quiero ver a mi hijo.

—Muy bien, pues. Escúchame con atención. Existen pasadizos secretos entre los dos mundos: túneles. Cada mujer que se duerme cruza uno de ellos, pero hay otro, uno muy especial, que parte de un árbol muy especial. Ese es el único que comunica en los dos sentidos. ¿Me entiendes?

—No.

—Ya me entenderás —aseguró Evie—. Al otro lado de ese túnel hay una mujer, y va a cerrarlo a menos que alguien se lo impida. Respeto su postura, la considero perfectamente válida; la especie masculina ha tenido una actuación desastrosa a este lado del Árbol, y por mucho que se pretenda subirles la nota, esa conclusión es inalterable, pero todo el mundo merece expresarse. Una mujer, un voto. No puede permitirse que Elaine Nutting decida por todas.

Evie tenía la cara contra los barrotes de la celda. Zarcillos verdeantes habían brotado en torno a sus sienes. Sus ojos eran de un color castaño rojizo, ojos de tigre. Mariposas nocturnas se habían acumulado en su pelo, unidas en una nube en continuo aleteo. Era un monstruo, pensó Jeanette, y hermosa.

—¿Qué tiene eso que ver con Bobby?

—Si el Árbol arde, el túnel se cierra. Nadie podrá volver jamás. Ni tú ni ninguna otra mujer, Jeanette. El final será inevitable.

—No, no, no. Ya es inevitable —intervino Damian—. Duérmete, Jeanie.

—¿Quieres callarte? ¡Estás muerto! —le dijo Jeanette a voz en cuello—.

¡Me arrepiento de haberte matado, y haría cualquier cosa por volver atrás, por cambiar esa situación, pero eras un cabrón de mierda, y lo hecho hecho está, así que cierra la boca!

Esa declaración reverberó en los estrechos confines del módulo A. Damian no estaba allí.

—Bien dicho —encomió Evie—. ¡Muy valiente! Ahora escúchame, Jeanette: quiero que cierres los ojos. Cruzarás el túnel, *tu* túnel, pero no te acordarás.

Esa parte Jeanette creyó comprenderla.

—¿Porque estaré dormida?

—¡Exacto! En cuanto estés al otro lado, te sentirás mejor, como no te has sentido en mucho tiempo. Quiero que sigas al zorro. Él te llevará a donde necesitas ir. Acuérdate: Bobby y el Árbol. El uno depende del otro.

Jeanette cerró los ojos. Bobby, se recordó. Bobby y el Árbol y el túnel que comunicaba en los dos sentidos. El que una tal Elaine quería cerrar mediante un acto de piromanía. Sigue al zorro. Contó uno, dos, tres, cuatro, cinco, y todo continuaba igual. Excepto Evie, que se había convertido en una Dama Verde. Como si ella misma fuera un árbol.

De pronto sintió un cosquilleo en la mejilla, un roce del más liviano encaje.

Después del disparo, oyeron bramar, gemir y seguir gimiendo a Bert Miller mientras su compañero se lo llevaba a rastras. Clint pidió el fusil a Wettermore para echar un vistazo por la mira telescópica. La figura vestida de amarillo caída en el suelo se aferraba el muslo, y el otro hombre, sujetándolo por las axilas, tiraba de él.

—Bien. Gracias. —Clint devolvió el fusil a Wettermore.

Willy Burke los observaba a los dos atentamente, en parte con admiración, en parte con cautela.

Clint regresó adentro. La puerta trasera, que conducía al pequeño gimnasio, permanecía abierta mediante un ladrillo.

Para que la visibilidad desde el exterior fuese menor, habían reducido la iluminación a las bombillas de emergencia, tintadas de rojo. Estas proyectaban pequeñas manchas de color escarlata sobre los contornos del suelo de parqué donde las reclusas jugaban al baloncesto en media cancha. Clint se detuvo bajo el aro y se apoyó en la pared acolchada. El corazón le latía con fuerza. No estaba asustado, no estaba contento, pero estaba *allí*.

Clint se previno con respecto a la euforia que sentía, pero eso no atenuó la grata vibración en brazos y piernas. Estaba bien aislándose de sí mismo, bien regresando a sí mismo. No sabía si lo uno o lo otro. Lo que sí sabía era que él tenía el batido, y Geary no iba a arrebatárselo. El hecho de que Geary estuviera equivocado prácticamente carecía de importancia.

Aurora no era un virus, era un hechizo, y Evie Black no se parecía en nada a ninguna mujer —a ningún humano— que hubiese existido jamás. Uno no podía arreglar a mazazos algo inasequible para el entendimiento humano, que era lo que pretendían Frank Geary, Terry Coombs y el resto de los hombres reunidos fuera de la cárcel. Aquello exigía un enfoque distinto. Para Clint, era evidente, y debería haberlo sido para ellos, porque no todos eran estúpidos, pero por alguna razón no les parecía evidente, y por consiguiente él tendría que utilizar su propio mazo para atajar los mazazos de ellos.

«¡Han empezado ellos!» ¡Qué infantil! ¡Y qué cierto!

El ciclo de esa lógica giraba sobre ruedas oxidadas y chirriantes. Clint dio varios puñetazos a la pared acolchada y deseó que esta fuera un hombre bajo sus nudillos. Pensó en la piroterapia: la cura de la fiebre. Durante una época,

había sido un tratamiento puntero, salvo por el hecho de que inocular la malaria a los pacientes era una práctica médica brutal. A veces los salvaba, y a veces acababa con ellos. ¿Era Evie una pirotérapeuta o la pirotterapia? ¿Podía ser médico y tratamiento a la vez?

¿O acaso había sido él mismo, al ordenar a Billy Wettermore que disparara a la pierna del concejal Bert Miller, quien había administrado la primera dosis?

11

Se oyeron unos leves pasos procedentes del gimnasio. Angel acababa de salir de la Garita abandonada con un juego de llaves de las celdas. Las mantenía bien sujetas en la mano derecha, y la más larga sobresalía entre los nudillos de sus dedos índice y medio. Una vez, en un aparcamiento de Ohio, había clavado una llave afilada en la oreja a un viejo vaquero, un desharrapado. El vaquero no murió a causa de eso, pero desde luego tampoco le produjo un gran placer. Angel, en un gesto de bondad, se limitó a quitarle la cartera, una alianza de bodas barata, unos números de lotería y un cinturón con hebilla de plata; le permitió conservar la vida.

El doctor Norcross pasó junto a la pared de cristal de la Garita sin detenerse. Angel se planteó acercarse por detrás a aquel matasanos que tan poca confianza le merecía y hundirle la llave en la yugular. Le atrajo la idea. Por desgracia, había prometido a Evie no matar a nadie hasta que amaneciera, y Angel iba a cuidarse mucho de contrariar a la bruja.

Dejó pasar al médico.

Angel enfiló hacia el módulo C y la celda ocupada por Maura y Kayleigh. La silueta que era sin duda Maura, baja y robusta, yacía en el exterior de la

cama de abajo, donde alguien la había colocado después de que se quedara frita en el módulo A. Kayleigh ocupaba el lado interior de esa misma cama. Angel no había entendido ni remotamente qué había querido decir Evie al afirmar que «sus almas estaban muertas», pero inducía a la cautela.

Valiéndose de la punta de una llave, cortó la tela que cubría el rostro de Maura. El tejido se rasgó con un susurro, y debajo aparecieron las facciones rechonchas y las mejillas rojas de Maura. Su rostro podría haber servido como modelo para la ilustración de la caja de algún producto «casero» vendido en pequeñas tiendas de zonas rurales: «Pan de Mamá Maura» o «Sirope balsámico Dunbarton». Angel salió de un brinco al pasillo, dispuesta a huir si Maura se abalanzaba hacia ella.

La mujer tendida en la cama se incorporó lentamente.

—¿Maura?

Maura Dunbarton parpadeó. Miró a Angel. Sus ojos eran todo pupilas. Sacó el brazo derecho del capullo, luego el izquierdo, y después juntó las manos en el regazo arrugado.

Cuando Maura llevaba así un par de minutos, Angel volvió a entrar en la celda.

—Mo-Mo, si te me echas encima, no solo te haré daño; te mataré.

La mujer permaneció sentada en silencio, con los ojos, negros, fijos en la pared.

Angel, usando la llave, cortó la tela que cubría el rostro de Kayleigh. Con igual rapidez que antes, salió al pasillo.

Se repitió el proceso: Kayleigh se despojó de la mitad superior del capullo como si de un vestido se tratara y miró con unos ojos totalmente negros. Hombro con hombro, las dos mujeres se quedaron sentadas, con los jirones de tela colgando del pelo, de la barbilla y del cuello. Parecían fantasmas de una cumbre casa encantada de feria ambulante.

—¿Estáis bien, chicas? —preguntó Angel.

Ellas no contestaron. Aparentemente no respiraban.

—¿Sabéis qué se supone que debéis hacer? —preguntó Angel, ya menos nerviosa, pero ahora con curiosidad.

Ellas guardaron silencio. A sus ojos negros no asomó el menor atisbo de nada. Un ligero olor a tierra húmeda y revuelta emanaba de las dos mujeres. Angel pensó (y lamentó pensarlo): Así es como sudan los muertos.

—Bien. Vale. —O harían algo, o no lo harían—. Os dejo con lo vuestro. —Contempló la posibilidad de añadir unas palabras alentadoras, como «id a por ellos», pero se abstuvo.

Angel fue al taller de carpintería y, con las llaves, abrió el arcón de las herramientas. Se guardó un pequeño taladro manual bajo la cinturilla del pantalón, un escoplo en un calcetín y un destornillador en el otro.

A continuación se tendió boca arriba debajo de una mesa y observó una ventana oscura, atenta al primer asomo de luz. No tenía nada de sueño.

12

En torno al rostro de Jeanette, se tejieron y arremolinaron filamentos; a medida que se dividían, caían y se elevaban, iban ocultando sus rasgos. Clint, de rodillas a su lado, deseó sujetarle la mano, pero no se atrevió.

—Has sido una buena persona —le dijo—. Tu hijo te quería.

—*Es* una buena persona. Su hijo la *quiere*. No está muerta, solo dormida.

Clint se acercó a los barrotes de la celda de Evie.

—Eso dices tú, Evie.

Ella se sentó en su cama.

—Parece que estés en tu segunda juventud, Clint.

Evie había adoptado una pose melancólica: el ángulo descendente de la cabeza, el cabello negro y lustroso cubriéndole parte de la cara.

—Todavía puedes entregarme. Pero ya no queda mucho tiempo.

—No —dijo él.

—¡Vaya gritos daba ese hombre al que Wettermore le ha disparado! Lo oía desde aquí.

Su tono no era de regodeo. Era reflexivo.

—A nadie le gusta que le peguen un tiro. Duele. Quizá no lo sepas.

—Anoche destruyeron la casa consistorial. Los responsables te echaron la culpa a ti. El sheriff Coombs se ha ido de paseo. Frank Geary traerá a su gente por la mañana. ¿Te sorprende algo de eso, Clint?

No lo sorprendía.

—Eres muy hábil para conseguir lo que quieres, Evie. Pero no voy a felicitarte.

—Ahora piensa en Lila y las demás en el mundo que hay más allá del Árbol. Créeme, te lo ruego: allí les va bien. Están construyendo algo nuevo, algo bueno. Y habrá hombres. Hombres mejores, criados desde pequeños por mujeres en una comunidad de mujeres, hombres a quienes se enseñará a conocerse a sí mismos y a conocer su mundo.

—Con el tiempo se impondrá su naturaleza esencial —aseguró Clint—. Su masculinidad. Uno levantará el puño contra otro. Créeme, Evie. Estás ante un hombre que lo sabe.

—Ciertamente —admitió Evie—. Pero esa agresión no es de carácter *sexual*; es de carácter *humano*. Si alguna vez dudas de la capacidad de agresión de las mujeres, pregunta a la funcionaria Lampley.

—A estas alturas ya estará dormida en algún sitio —dijo Clint.

Evie sonrió, como si supiera que no era así.

—No soy tan tonta como para prometerte que las mujeres al otro lado del

Árbol han conseguido una utopía. Lo que tienen es un punto de partida mejor, y una buena oportunidad de terminar mejor. Tú te interpones en el camino de esa oportunidad. Precisamente tú y solo tú entre todos los hombres del mundo. Necesito que lo sepas. Si permites que yo muera, esas mujeres serán libres de vivir la vida que ellas elijan.

—La vida que *tú* elijas, Evie. —A él mismo su voz le sonó reseca.

El ser al otro lado de la puerta de la celda tamborileó rítmicamente en el armazón de la cama con las yemas de los dedos.

—Linny Mars estaba en la comisaría cuando fue destruida. Se ha ido para siempre. Ella no ha tenido posibilidad de elegir.

—Tú se la has quitado —repuso Clint.

—Podríamos seguir así eternamente. Él ha dicho, ella ha dicho. La historia más antigua del universo. Ve a librar tu guerra, Clint. Eso es algo que los hombres saben hacer. Consigue que yo llegue a ver otra puesta de sol.

Cuando el contorno del sol apareció por encima del bosque, detrás del Centro Penitenciario de Dooling, varios buldóceres, uno tras otro, avanzaban ruidosamente por West Lavin. Los tres eran Caterpillar; dos D-9 y un enorme D-11. La brigada de asalto la componían dieciocho hombres en total. Quince iban con los buldóceres, rumbo a la verja de entrada; tres se aproximaban a la alambrada de la cárcel por la parte de atrás. (Habían dejado al concejal Miller en el control de carretera con un frasco de Vicodin y la pierna vendada y apoyada en una silla plegable.)

Frank había organizado a la docena del grupo de cabeza —sus doce del patíbulo— en tres cuartetos. Cada cuarteto, con chalecos y máscaras, a cubierto detrás de un buldócer. En las ventanas y rejillas de los buldóceres habían colocado planchas de chatarra a modo de improvisados blindajes. Jack Albertson, ayudante del sheriff jubilado, conducía el primero de la fila; el entrenador J. T. Wittstock, el segundo, y Carson Struthers, expúgil del campeonato amateur de boxeo, el tercero. Frank ocupaba el asiento del acompañante en la cabina del buldócer de Albertson.

Los hombres apostados en el bosque eran el ayudante Elmore Pearl, el cazador de ciervos Drew T. Barry (su local reducido ya a escombros), y Don Peters.

Clint avistó los buldóceres desde la ventana de la planta superior del módulo B y corrió hacia la escalera al tiempo que se ponía el chaleco antibalas.

—Disfrútelo mientras lo joden, doctor —exclamó Scott Hughes, muy jovial, al verlo pasar.

—¿Se cree que van a hacer una salvedad con usted si entran? —preguntó Clint.

A Scott se le borró la sonrisa de la cara al oír eso.

Clint avanzó apresuradamente por Broadway y, ante la sala de visitas, se detuvo para asomar la cabeza.

—Rand, ya vienen. Eche el gas lacrimógeno.

—Vale —contestó Rand desde el espacio reservado a las familias al final de la sala, y se colocó tranquilamente la máscara antigás, que ya tenía a mano.

Clint siguió adelante hasta el puesto de seguridad de la puerta principal.

El puesto era en esencia una cabina de peaje con cristales blindados donde se exigía a los visitantes que se identificaran. El reducido espacio contaba con una ventanilla alargada y un cajón para entregar los documentos de identidad y los objetos de valor al funcionario de guardia. Contenía un panel de comunicaciones como los de la Garita y el puesto de control de la verja, con monitores que proporcionaban vistas de las diversas zonas interiores y exteriores de la cárcel. Tig permanecía ante el panel.

Clint llamó a la puerta, y Tig abrió.

—¿Qué muestran los monitores?

—El sol del amanecer ciega los objetivos de las cámaras. Si hay hombres detrás de los buldóceres, aún no los veo.

Disponían de ocho o nueve botes de gas para el lanzagranadas. En el monitor central, debajo de las espirales de resplandor, Clint vio que caían varios en el aparcamiento y despedían gases blancos, los cuales se mezclaban

con el humo alquitranoso de los neumáticos. Indicó a Tig que siguiera atento y se fue corriendo.

Su siguiente destino era la sala de descanso. Jared y Michaela se hallaban sentados a una mesa con una baraja de cartas y una taza de café.

—Esfúmese, y tú también Jared. Esto va a empezar.

Michaela alzó la taza en dirección a él.

—Perdone, doctor. Ya tengo edad para votar y demás. Creo que me quedaré por aquí. ¿Quién sabe? A lo mejor me espera un Pulitzer en el futuro.

Jared estaba blanco como el papel. Miró alternativamente a Michaela y a su padre.

—Bien —contestó Clint—. Nada más lejos de mis intenciones que limitar la libertad de prensa. Jared, escóndete y no me digas dónde.

Se marchó al trote sin dar tiempo a su hijo a responder. Le faltaba el aliento cuando llegó a la puerta trasera cercana al cobertizo y los campos de deporte. La razón por la que, hasta la mañana de Aurora, nunca había propuesto a Lila salir juntos a correr era que no quería obligarla a reducir su ritmo por él; habría sido bochornoso. ¿Cuál era la raíz de eso, la vanidad o la pereza? Clint se prometió dedicar a esa duda hondas reflexiones cuando dispusiera de un segundo libre, y si tenía la suerte de sobrevivir a esa mañana, y volver a hablar con su mujer, posiblemente para repetir su propuesta de ir a correr juntos.

—Tres buldóceres en la carretera —anunció Clint nada más salir.

—Lo sabemos —dijo Willy Burke. Se acercó a Clint desde su puesto, detrás del cobertizo. El chaleco antibalas y los festivos tirantes rojos, que colgaban a modo de lazadas en sus caderas, ofrecían un extraño contraste—. Nos ha informado Tig por radio. Billy va a montar guardia aquí, vigilando el lado norte de la alambrada. Yo, arrimado a la pared, voy a acercarme sigilosamente a la esquina para ver si tengo algún blanco limpio desde allí.

Acompáñeme si quiere, pero necesitará una de estas. —Entregó una máscara antigás a Clint y se puso la suya.

3

En el giro de noventa grados de la carretera hacia la verja, Frank aporreó la placa metálica fijada a la puerta, señal para que Albertson doblara a la derecha. Jack lo hizo, lenta y cuidadosamente. Los hombres se quedaron algo atrás, manteniendo la masa de metal ante ellos en todo momento mientras torcía. Frank llevaba un chaleco, y una Glock en la mano derecha. Veía que se propagaban nubes de humo más adelante. Era de prever. Había oído los estampidos de los botes de gas recién lanzados. No podían tener más que unos cuantos. En el arsenal de la oficina del sheriff, había muchas más máscaras que botes.

El primer buldócer acabó de ajustar su trayectoria, y los cuatro hombres se encaramaron a la parte de atrás, hombro con hombro sobre el escarificador.

En la cabina del buldócer, Jack Albertson permanecía a resguardo tras la pala de acero, elevada a su posición más alta, con lo que protegía el parabrisas. Pisó el acelerador al enfilarse rumbo a la verja.

Frank habló por el walkie-talkie, pese a que no todos los miembros de su fuerza de ataque disponían de uno; aquello se había hecho precipitadamente.

—Preparaos, todos. Esto va a empezar.

Y por favor, pensó, con el menor derramamiento de sangre posible. Ya había perdido a dos hombres, y ni siquiera había comenzado el ataque.

4

—¿Qué opina? —preguntó Clint a Willy.

Al otro lado de la doble verja, el primer buldócer, pala en alto, avanzaba arrolladoramente. Durante una décima de segundo habían alcanzado a ver movimiento detrás de la máquina.

Willy no respondió. El viejo fabricante de alcohol ilegal rememoraba un anónimo metro cuadrado de infierno en el sudeste asiático allá por el año 68. Todo estaba quieto, agua de pantano hasta la nuez, el cielo oculto tras una capa de humo, él situado entre sus compañeros, todo muy quieto, y un ave, roja y azul y amarilla y enorme, del tamaño de un águila, apareció flotando junto a él, muerta, el ojo velado. La criatura constituía una imagen vívida y fuera de lugar bajo aquella extraña luz. Su magnífico plumaje rozó el hombro de Willy y la ligera corriente se la llevó, hasta que se perdió de vista entre el humo.

(En una ocasión se lo había contado a su hermana. «Nunca había visto un ave como esa. En todo el tiempo que pasé allí. Ni he vuelto a ver ninguna, claro está. A veces me pregunto si era la última de su especie.» Para entonces, el alzhéimer ya la había despojado de lo que hacía de ella la persona que era, pero aún quedaba una pequeña porción, y su hermana dijo: «Quizá era solo... sufrimiento, Willy». Y Willy le contestó: «Cómo te quiero, que lo sepas». Su hermana se ruborizó.)

La pala del buldócer golpeó la zona central de la verja con estrépito metálico. Los eslabones se combaron hacia dentro antes de que toda la sección se desprendiera de la tierra y cayera contra la segunda alambrada, al otro lado de la zona intermedia. Espectros de gas lacrimógeno se desplazaron por el aire por delante del buldócer mientras este avanzaba y embestía la segunda alambrada con el fragmento enmarañado de la primera. La alambrada interior se sacudió y se desplomó, y el buldócer pasó bamboleante por encima de los restos. Continuó avanzando por el aparcamiento envuelto en humo con un trozo

de alambrada chirriante bajo el morro.

Los otros dos bulldóceres siguieron al primero a través de la brecha.

Un zapato marrón, visible detrás del ángulo izquierdo del primer bulldócer, apareció en la mira de Willy, que disparó. Un hombre profirió un alarido y cayó de detrás del bulldócer, soltando una escopeta al doblar el brazo. Era un hombrecillo patizambo con máscara antigás y chaleco. (Willy no habría sabido que era Pudge Marone, dueño del Squeaky Wheel, aunque le hubiera visto la cara. Willy no bebía en los bares, no desde hacía años.) Si bien el hombre llevaba el torso protegido, no así las piernas y los brazos, y tanto mejor, porque Willy no quería matar a nadie si podía evitarlo. Volvió a disparar, no exactamente a donde quería, pero bastante cerca, y la bala del calibre 223, disparada por un fusil de asalto M4 propiedad del departamento del sheriff de Dooling hasta el día anterior, arrancó el pulgar a Pudge Marone.

Un brazo se extendió desde detrás del bulldócer para auxiliar al hombre caído, un gesto comprensible y quizá encomiable, aunque decididamente imprudente. El brazo en cuestión pertenecía al ayudante del sheriff jubilado Nate McGee, quien, tras perder más de cien dólares jugando a los dados sobre el asfalto de la Estatal 31 la noche anterior, se había tranquilizado con un par de falsos pensamientos: primero, que si hubiera sabido con certeza que la señora McGee tal vez despertara algún día, no habría apostado; y segundo, que como mínimo había consumido ya toda su mala suerte esa semana. No era así. Willy disparó por tercera vez y la bala dio en el codo del brazo extendido. Se oyó otro grito, y McGee cayó de detrás del bulldócer. Willy descerrajó cuatro tiros en ráfaga para poner a prueba la placa de acero montada sobre la rejilla del bulldócer y oyó rebotar las balas inútilmente.

Frank se asomó desde la cabina del primer bulldócer con una pistola y disparó en rápida sucesión. En 1968 Willy tal vez habría sido capaz de juzgar, por el ángulo del brazo de Geary, que sus disparos saldrían desviados, y por

tanto habría mantenido la posición y abatido a Geary, pero desde 1968 habían transcurrido cincuenta años, y ser blanco de fuego enemigo era algo a lo que uno se desacostumbraba enseguida. Willy y Clint corrieron a ponerse a cubierto.

Mientras el buldócer de Jack Albertson avanzaba entre las nubes de gas lacrimógeno y humo negro, derecho hacia la autocaravana y la puerta delantera, entre el chirrido de los restos prendidos de su morro, el segundo buldócer, conducido por el entrenador Wittstock, atravesó el agujero en la alambrada.

Al igual que Albertson delante de él y Carson Struthers detrás, el entrenador Wittstock llevaba la pala en alto para protegerse. Oyó los disparos, oyó los gritos, pero no vio a Nate McGee sujetarse el codo en el suelo delante de él, y cuando el buldócer arrolló al hombre incapacitado, el entrenador Wittstock dio por supuesto que las orugas de la máquina pisaban uno de los neumáticos.

Profirió un hurra. Estaba avanzando tal como había enseñado a sus *linebackers*, temerarios e implacables.

Desde su posición elevada en la ventana de la sala de visitas, Rand esperó a disparar a que el primer buldócer se hallara a medio camino entre el puesto de control de la entrada y la puerta delantera. Las balas alcanzaron las placas metálicas aquí y allá, y rebotaron sin efecto alguno.

Pete Ordway, los hijos de Wittstock y Dan Treat alias Treater, a cubierto tras el segundo buldócer, se encontraron con al cadáver aplastado de Nate McGee. La máscara antigás del muerto rebosaba sangre y el torso reventado se desparramaba en torno a las correas del chaleco. Un pringue viscoso se desprendía de las orugas; jirones de piel ondeaban como serpentinas. Rupe Wittstock gritó y saltó para alejarse de aquel horror, apartándose de las vísceras pero poniéndose en la línea de tiro de Rand.

El primer disparo de Rand no lo alcanzó en la cabeza por un par de

centímetros, el segundo por un centímetro. Rand se maldijo y le acertó con el tercero en plena espalda. La bala se alojó en el chaleco que llevaba y lo impulsó al frente. El hombre alzó los brazos al cielo como un hincha que hiciera la ola en un estadio. Rand disparó por cuarta vez, a menos altura. Alcanzó al blanco en las nalgas, y el hombre cayó de bruces.

El ayudante Treat no se inmutó. Treater, licenciado hacía solo un año de la 82ª División Aerotransportada, aún conservaba la relativa familiaridad con el fuego enemigo que Willy Burke había perdido hacía mucho. Saltó del segundo buldócer sin pensárselo dos veces. (De hecho, para él fue un alivio pasar a actitud militar. La acción le brindó un descanso de la insoportable realidad de su hija, Alice, en ese momento desplomada en su mesa de juego en el apartamento, envuelta en fibras blancas, cuando debería haber estado preparándose para otro día en segundo de primaria. Y le brindó un descanso de la idea de que su hijo de un año estaba en ese momento bajo los cuidados poco fiables de una guardería a cargo de hombres.) Ya a descubierto, Treat devolvió el fuego con un M4 que había recuperado en la Estatal 31.

En la ventana, Rand se arrodilló en la mesa a la que se había subido. Fragmentos de hormigón le llovieron sobre el cuello y la espalda.

Treater cargó con Rupe Wittstock y lo llevó a lugar seguro, tras una pila de neumáticos humeantes.

El primer buldócer embistió la parte trasera de la autocaravana Fleetwood, empotrando el morro en la puerta de la cárcel en medio de un estallido de cristales.

Jared permanecía sentado en el suelo de la lavandería mientras Michaela

apilaba sábanas en torno a él para construir un montículo que lo ocultara.

—Me siento como un tonto —comentó Jared.

—A mí no me pareces tonto —respondió Michaela, lo cual no era cierto. Extendió una sábana sobre su cabeza.

—Me siento como una nenaza.

Michaela detestaba esa palabra. Pese a estar oyendo las reverberaciones del tiroteo, le tocó una fibra sensible. Le disgustaba esa identificación de la feminidad con la cobardía, entre otras cosas porque ella no tenía nada de cobarde. Janice Coates no la había criado para ser una blandengue. Levantó la sábana y dio a Jared un fuerte bofetón —aunque tampoco demasiado fuerte— en la mejilla.

—¡Eh! —Jared se llevó la mano a la cara.

—No digas eso.

—Decir ¿qué?

—No digas nenaza en el sentido de «débil». Si tu madre no te lo enseñó, debería haberlo hecho.

Michaela dejó caer la sábana sobre su cara.

6

—Es un puto crimen que nadie esté filmando esto para un puto reality de la tele —comentó Low.

Con el ojo en la mira de la bazuca, había visto cómo aplastaba el segundo buldócer al pobre mamón que había caído ante las orugas y luego al Rambo que había saltado de detrás del segundo buldócer, empezado a disparar y rescatado al otro tipo. Después presenció —no sin una mezcla de asombro y júbilo— cómo el primer buldócer convertía la autocaravana en un acordeón

contra la puerta de la cárcel. Era un conflicto estelar, y no haría más que mejorar en cuanto ellos sazonaran el caldo con tres o cuatro obuses de bazuca.

—¿Cuándo metemos baza? —preguntó May.

—En cuanto la poli se haya desgastado un poco más.

—¿Cómo sabremos con seguridad que nos hemos cargado a Kitty, Low? Eso debe de estar lleno de fulanas envueltas en capullos.

—Posiblemente no estaremos del todo seguros May, pero vamos a disparar todos estos obuses y volar ese puto sitio, así que nuestras probabilidades no están del todo mal. Hasta cierto punto, no nos quedará más remedio que esperar lo mejor, supongo. —Low no vio con buenos ojos ese pesimismo de su hermano en el último momento—. ¿Y ahora vamos a pasárnoslo bien con esto o no? ¿O prefieres que sea yo el único que dispare?

—Vamos, Low, yo no he dicho eso —protestó May—. Sé justo.

7

En el nivel 32 de *Boom Town*, pequeñas arañas de color rosa empezaban a invadir el campo de estrellas, triángulos y esferas en llamas de Evie. Las arañas rociaban las esferas y las convertían en molestas estrellas azules chispeantes que bloqueaban toda la actividad. Mierda. En el módulo A, reverberaba el eco penetrante de las detonaciones. Evie permanecía impertérrita; había visto y oído a hombres matar en numerosas ocasiones. Pero las arañas rosa sí la molestaban.

—Qué malas son —dijo a nadie al tiempo que deslizaba de acá para allá las formas de vivos colores y buscaba conexiones. Evie estaba sumamente relajada; mientras jugaba con el teléfono, flotaba sobre la espalda a un par de centímetros por encima de la cama.

Al otro lado de la alambrada norte, se movieron los arbustos justo enfrente de la posición de Billy Wettermore, en el callejón situado detrás del cobertizo de herramientas. Descerrajó una docena de tiros hacia la masa de vegetación donde había detectado el movimiento. Los arbustos se sacudieron y temblaron.

Drew T. Barry, un artero agente de seguros que siempre optaba por la opción de menor riesgo, no estaba ni mucho menos cerca de la línea de fuego de Billy. Por el contrario, con la prudencia que lo convertía no solo en la primera opción de Dooling para toda necesidad de indemnización, sino también en un excelente cazador de ciervos, dispuesto a dedicar tiempo a encontrar la posición de tiro ideal, había apostado a los otros dos hombres — Pearl y Peters— en el bosque, por detrás del gimnasio de la cárcel. Peters le había dicho que la puerta trasera de la cárcel se hallaba en el muro oeste del gimnasio. La reacción provocada por la piedra que Drew había lanzado al matorral cerca de ese lugar les había proporcionado mucha información: sí, debía de haber una puerta, y sí, desde luego estaba defendida.

—¿Ayudante? —preguntó Drew T. Barry.

Se hallaban agachados detrás de un roble. A unos cinco metros por delante de ellos, flotaban aún en el aire trozos de hojas allí donde la ráfaga de balas las había arrancado. A juzgar por el sonido, el tirador se hallaba a unos treinta o cuarenta metros más allá de la alambrada interior, cerca del muro de la cárcel.

—¿Qué? —contestó Don Peters. El sudor le corría por la cara enrojecida. Había acarreado el petate con las máscaras y las cizallas.

—Usted no, el ayudante de verdad —respondió Drew T. Barry.

—¿Sí? —Pearl asintió con la cabeza en dirección a él.

—Si mato a ese hombre que está disparando, ¿no corro riesgo de que se presenten cargos contra mí? ¿Está usted seguro de que Geary y Coombs jurarán que actuamos en el cumplimiento legítimo de nuestros deberes?

—Sí. Palabra de honor. —Elmore Pearl levantó la mano en el saludo de su infancia en los *boy scouts*, los tres dedos centrales en alto, el meñique y el pulgar abajo.

Peters escupió un poco de flema.

—¿Me necesita para que vuelva a toda prisa y le traiga un notario, Drew?

Drew T. Barry pasó por alto esa pulla tan poco ocurrente, les dijo que no se movieran de allí y, volviendo sobre sus pasos bosque adentro, subió por la pendiente norte a zancadas rápidas y quedas, con el rifle Weatherby colgado al hombro.

9

Con el buldócer detenido, Frank siguió apuntando su arma hacia el ángulo sudoccidental de la cárcel, dispuesto a eliminar al tirador que había apostado allí si se asomaba. Los disparos lo habían alterado; con ellos todo había cobrado un carácter real. Sintió náuseas por la sangre y los cadáveres caídos en el suelo, que las nubes de gas lacrimógeno ocultaban y revelaban al desplazarse movidas por el viento, pero conservaba una firme determinación. Sentía horror pero no remordimientos. Su vida era la vida de Nana, con lo cual el riesgo era aceptable. Eso se dijo a sí mismo.

Kronsky se reunió con él.

—Deprisa —dijo Frank—. Cuanto antes se acabe esto, tanto mejor.

—En eso le doy la razón, caballero —respondió Kronsky, arrodillado y con

la mochila en el suelo. Abrió la cremallera de la mochila, sacó el paquete de dinamita y cortó tres cuartas partes de la mecha.

La puerta blindada del buldócer se abrió de par en par. Jack Albertson subió, portando su antigua arma reglamentaria, un revólver del calibre 38.

—Cúbranos de aquel inútil que hay allí —dijo Kronsky a Albertson, señalando hacia la posición de Willy Burke. Después se volvió hacia Frank—. Vamos, y más vale que apriete el paso.

Los dos avanzaron apresuradamente, arrimados a la pared noroeste de la cárcel y muy agachados. Debajo de la ventana retirada que era uno de los puntos de disparo de los defensores, Kronsky se detuvo. Tenía la dinamita en la mano derecha y un mechero de plástico en la otra. El cañón del fusil del defensor que estaba allí antes volvió a asomar.

—Agárrelo —indicó a Frank.

Frank, sin cuestionar la orden, alzó el brazo y cerró la mano izquierda en torno al tubo metálico. De un tirón, lo desprendió de las manos del hombre que había dentro. Oyó una maldición ahogada. Kronsky encendió el mechero, prendió la mecha recortada del paquete y, despreocupadamente, lo lanzó con un gancho a través de la abertura. Frank soltó el fusil y se echó cuerpo a tierra.

Al cabo de tres segundos, se produjo un estampido atronador. Humo y trozos de carne ensangrentada salieron por la ventana retirada.

La tierra tembló y emitió un rugido de indignación.

Clint, junto a Willy Burke en la pared oeste, vio que una oleada de gas lacrimógeno se arremolinaba en el aparcamiento, arrastrada por lo que fuera que acababa de estallar. En su cráneo resonaron alarmas, y le vibraron las

articulaciones. Por debajo del ruido, solo pudo pensar que las cosas no iban tan bien como esperaba. Esos tipos iban a matar a Evie y a todos los demás. Por su culpa, su fracaso. La pistola que llevaba, de forma ridícula —en quince años de matrimonio, nunca había aceptado la invitación de Lila para ir al pabellón de tiro con ella—, había aparecido no obstante en su mano, suplicándole que la disparara.

Inclinándose junto a Willy Burke, se asomó, escrutó la colisión ocurrida frente a la puerta de entrada y fijó la mirada en la figura apostada detrás del primer buldócer. Ese hombre contemplaba la nube de polvo que surgía de la ventana de Rand Quigley, ventana que por efecto de la explosión —como todo lo demás esa mañana— había perdido su forma normal.

(Jack Albertson no esperaba la detonación. Lo sobresaltó y bajó la guardia para mirar. Si bien el caos no lo inquietó —como minero en su juventud, superviviente de muchos estruendos bajo tierra, tenía los nervios templados—, pero sí le causó perplejidad. ¿Qué le pasaba a esa gente, que prefería un tiroteo a poner a una puñetera loca en manos de la justicia? En su opinión, el mundo se desquiciaba más y más a cada año. Su Waterloo personal había sido la elección de Lila Norcross como jefa del departamento de Policía de Dooling. ¡Unas faldas en la oficina del jefe! No había cosas mucho más ridículas que esa. Jack Albertson había solicitado la jubilación en aquel mismo momento, y había vuelto a casa para disfrutar en paz de su vida de soltero.)

El brazo de Clint levantó la pistola, la mira localizó al hombre situado tras el buldócer, y el dedo de Clint apretó el gatillo. Al disparo siguió un carnosos *plop*, el sonido de una bala al perforar la placa frontal de la máscara antigás de aquel hombre. Clint vio que la cabeza se sacudía hacia atrás y el cuerpo se desplomaba.

Dios santo, pensó. Seguramente era alguien a quien conocía.

—Vamos —exclamó Willy, y tiró de él hacia la puerta trasera.

Clint lo siguió, y sus piernas hicieron lo que debían. Matar a alguien había sido más fácil de lo que él suponía. Lo cual no hacía sino empeorar las cosas.

Cuando Jeanette abrió los ojos, había un zorro tumbado delante de la puerta de la celda de Evie. Apoyaba el hocico en el suelo agrietado de cemento, del que brotaban acumulaciones de musgo verde.

—Túnel —se dijo Jeanette. Algo sobre un túnel. Dirigiéndose al zorro, preguntó—: ¿He pasado por uno? Si es así, no lo recuerdo. ¿Eres de Evie?

El animal no contestó, contrariamente a lo que ella casi esperaba (en los sueños los animales hablaban, y aquello parecía un sueño... y sin embargo al mismo tiempo no lo parecía). El zorro se limitó a bostezar, la miró con expresión astuta y se levantó.

El módulo A estaba vacío, y había una brecha en la pared. Haces de sol matutino penetraban por ella. Se veía escarcha en los trozos de cemento roto, que se perlaba y licuaba a medida que la temperatura aumentaba.

Jeanette pensó: Me siento despierta. Creo que *estoy* despierta.

El zorro emitió una especie de maullido y trotó hacia la brecha. Lanzó una mirada a Jeanette, maulló por segunda vez y la atravesó. La luz lo engulló.

Cruzó con cuidado la brecha, agachándose bajo los afilados bordes de cemento roto, y se encontró en un campo en el que la hierba y los girasoles muertos llegaban a la altura de la rodilla. Jeanette entrecerró los ojos a la luz

de la mañana. La maleza helada crujió bajo sus pies y el aire fresco le puso carne de gallina bajo la fina tela del uniforme.

Las intensas sensaciones del aire fresco y la luz del sol la despertaron por completo. Su antiguo cuerpo, agotado por el trauma, el estrés y la falta de sueño, era una piel que había mudado. Jeanette se sentía nueva.

El zorro, atajando por la hierba con andar brioso, la llevó en dirección a la Estatal 31, más allá del lado este de la cárcel. Jeanette tuvo que apretar el paso para no rezagarse mientras la vista se le acostumbraba a la intensa luz del día. Lanzó una ojeada a la cárcel: zarzales deshojados revestían los muros; empotradas contra la parte delantera del edificio, también densamente cubierta de zarzales, vio la mole herrumbrosa de un buldócer y una autocaravana; exuberantes matas de hierba amarilla brotaban de las grietas y los socavones del suelo del aparcamiento; sobre el asfalto había más vehículos oxidados. Jeanette miró en el sentido opuesto. Las vallas estaban derribadas, y entre la maleza brillaba la alambrada allanada. Aunque Jeanette no podía explicarse el cómo ni el porqué, sí asimiló inmediatamente el qué: aquello era el Centro Penitenciario de Dooling, pero el mundo había seguido girando, quizá durante años.

Su guía continuó avanzando desde la cuneta de la Estatal 31, cruzó la calzada agrietada y en proceso de desintegración, y se adentró en la oscuridad verde azulada de la ladera boscosa que ascendía al otro lado. Conforme el zorro subía, su cola anaranjada oscilaba y destellaba en la penumbra.

Jeanette atravesó corriendo la carretera, atenta a la cola en movimiento. Resbaló en una mancha de humedad y tuvo que agarrarse a una rama para no perder el equilibrio. La pureza del aire —sabía de árbol y hojas en descomposición y tierra húmeda— le abrasó la garganta y el pecho. Estaba fuera de la cárcel, y afloró a su memoria el recuerdo de cuando jugaba al Monopoly en su infancia: ¡Sal de la cárcel! Aquella prodigiosa realidad nueva

arrancó el recuadro de bosque del mismísimo tiempo y lo convirtió en una isla inaccesible —para los detergentes industriales, las órdenes, el tintineo de llaves, los ronquidos y los pedos de las compañeras de celda, el llanto de las compañeras de celda, el sexo de las compañeras de celda, los portazos en las celdas— donde ella era la única soberana; la reina Jeanette, por siempre jamás. Verse en libertad era un placer, un placer inmenso que no había concebido en sus fantasías.

Pero de pronto: «Bobby». Lo susurró para sí. Ese era el nombre que debía recordar, que debía llevar consigo, para no sentir la tentación de quedarse.

3

Para Jeanette, era difícil juzgar la distancia; estaba acostumbrada a la llana pista de caucho que rodeaba el patio del Centro Penitenciario, con cada vuelta de unos cuatrocientos metros. El ascenso continuado hacia el sudoeste era más agotador que eso, y tenía que alargar el paso, con lo que los músculos de los muslos le protestaban de un modo doloroso y a la vez muy grato. El zorro se detenía de vez en cuando para permitirle recortar la distancia y luego reanudaba el trote. A pesar del frío, Jeanette estaba sudando a mares. En el aire se percibía esa sensación propia de los días en los que empieza a flojear el invierno y se adivina ya la primavera. Unos cuantos brotes de puntas verdes relucían en el marrón grisáceo del bosque, y allí donde la tierra quedaba desnuda bajo el cielo, se formaba fango a causa del deshielo.

Habían recorrido tal vez tres kilómetros, acaso cuatro, cuando el zorro llevó a Jeanette alrededor de una caravana volcada y embarrancada en medio de un mar de maleza. Antigua cinta policial amarilla aleteaba sobre la tierra. Intuyó que ya se encontraba cerca. Oyó un tenue zumbido en el aire. El sol

estaba más alto y se acercaba el mediodía. Empezaba a tener sed y hambre, y quizá en su destino hubiera algo que comer y beber. ¡Qué bien le vendría en ese momento un refresco frío! Pero daba igual, era en Bobby en lo que necesitaba pensar. En volver a ver a Bobby. Más adelante el zorro desapareció bajo un arco de árboles quebrados.

Jeanette se apresuró a seguirlo, dejando atrás una pila de escombros envueltos en hierba. Tal vez en otro tiempo fuera una pequeña cabaña o un cobertizo. Allí cubrían las ramas de los árboles mariposas nocturnas, sus incontables cuerpos de color parduzco apretujados de tal modo que semejaban extrañas lapas. A lo que de algún modo siguió la comprensión intuitiva, pensó Jeanette, de que el mundo en que se encontraba era distinto de todo lo que había conocido antes, como un paraje en el fondo del mar. Las mariposas parecían inmóviles, pero las oía crepitar ligeramente, como si hablaran.

Bobby, parecían decir. No es tarde para empezar de nuevo, parecían decir.

Por fin llegó a terreno llano. A través de la última franja de árboles, Jeanette vio al zorro de pie entre la hierba desvaída de un campo invernal. Respiró hondo. Un olor a queroseno, completamente inesperado y en apariencia desligado de todo lo demás, le produjo un cosquilleo en la nariz y la boca.

Jeanette salió al claro y vio algo que no podía ser. Algo que la llevó a la absoluta certeza de que ya no estaba en la región de los Apalaches que conocía desde siempre.

Era un tigre blanco, con el pelaje coronado de marcas negras en forma de aleta. Movi6 en círculo la cabeza y rugió; fue un sonido semejante al del león

de la Metro. Detrás de él se alzaba un árbol —un Árbol— que surgía de la tierra en una maraña de un centenar de troncos entrelazados en un amplio e imponente surtidor de ramas, recubiertas de hojas colgantes y espirales de musgo, entre las cuales bullía una muchedumbre de cuerpos de aves tropicales. Una gigantesca serpiente roja, con un resplandor trémulo, ascendía por el centro.

El zorro trotó hasta una hendidura en el tronco, lanzó una mirada un tanto pícara a Jeanette y desapareció en las profundidades. Eso era, ese era el túnel que comunicaba en los dos sentidos. El túnel que la llevaría de regreso al mundo que había abandonado, el mundo donde Bobby la esperaba. Se encaminó hacia allí.

—Quieta ahí. Y arriba las manos.

Una mujer que vestía una camisa amarilla de cuadros con botones en el cuello y unos vaqueros, de pie entre la hierba que le llegaba hasta las rodillas, apuntaba a Jeanette con una pistola. Había salido de detrás del árbol, que era, en su base, poco más o menos del tamaño de un bloque de apartamentos. En la mano que no sostenía la pistola, sujetaba un bidón con una goma elástica azul en torno a la franja media.

—No te acerques. Eres nueva, ¿verdad? Y esa ropa indica que vienes de la cárcel. Debes de estar confusa. —Una peculiar sonrisa asomó a los labios de la mujer de la camisa amarilla, un vano intento de atenuar la rareza de la situación: el Árbol, el tigre, el arma—. Quiero ayudarte. Te ayudaré. Aquí todas somos amigas. Soy Elaine, ¿vale? Elaine Nutting. Tú déjame ocuparme de esto, y luego hablaremos.

—¿«De esto»? ¿De qué? —preguntó Jeanette, pese a que estaba casi segura de saber a qué se refería. ¿Por qué, si no, olía a queroseno? La mujer se disponía a prender fuego al Árbol Imposible. Si este ardía, ardería el camino de regreso a Bobby. Eso había dicho Evie. No podía permitirse, pero ¿cómo

detener a esa mujer? Estaba al menos a seis metros, demasiado lejos para abalanzarse sobre ella.

Elaine hincó una rodilla en el suelo. Sin apartar la vista de Jeanette, dejó la pistola a un lado en la tierra (aunque a mano) y se apresuró a desenroscar el tapón del bidón de queroseno—. Ya he vaciado los dos primeros alrededor. Solo necesito cerrar el círculo. Para asegurarme de que prende.

Jeanette dio un par de pasos al frente. Elaine agarró el arma y se puso en pie.

—¡Atrás!

—No puedes hacer eso —dijo Jeanette—. No tienes derecho.

El tigre blanco estaba sentado cerca de la hendidura por la que se había esfumado el zorro. Meneaba la cola y observaba con los ojos entornados, unos ojos de un vivo color ambarino. Elaine roció el árbol con queroseno, y la madera manchada adquirió una tonalidad marrón más oscura.

—*Tengo* que hacerlo. Es mejor así. Resuelve todos los problemas. ¿Cuántos hombres te han hecho daño? Muchos, imagino. Yo he trabajado con mujeres como tú durante toda mi vida adulta. Sé que no entraste en la cárcel por iniciativa propia. Un hombre te empujó.

—Señora —dijo Jeanette, ofendida por la idea de que bastara una mirada para saber todo lo importante sobre ella—. Usted no me conoce.

—Quizá no personalmente, pero ¿tengo razón o no? —Elaine vació el resto del queroseno en unas raíces y arrojó el bidón a un lado. Jeanette pensó: Elaine Nutting, estás mal de la cabeza.

—Un hombre me hizo daño, sí. Pero yo le hice más daño a él. —Jeanette dio un paso hacia Elaine. Ya se hallaba a unos cinco metros—. Lo maté.

—Bien hecho, pero no te acerques. —Elaine blandió la pistola a uno y otro lado, como si así pudiera ahuyentar a Jeanette. O hacerla desaparecer.

Jeanette dio otro paso.

—Algunos dicen que se lo merecía, incluso algunos que eran amigos suyos. Bien, puede que ellos lo crean. Pero el fiscal no lo creyó. Más importante aún, tampoco *yo* lo creo, aunque es verdad que no estaba en mi sano juicio cuando eso pasó. Y es verdad que nadie me ayudó cuando necesitaba ayuda. Así que lo maté, y lamento haberlo hecho. Yo cargo con el peso, no él. He de convivir con eso. Y lo hago.

Otro paso, corto.

—Tengo fortaleza suficiente para sobrellevar mi parte de la culpa, ¿entiende? Pero tengo un hijo que me necesita. Necesita saber cómo crecer sin torcerse, y eso puedo enseñárselo. Me he cansado de que me manipulen, hombres o mujeres. La próxima vez que Don Peters intente obligarme a meneársela, no lo mataré, pero... le arrancaré los ojos con las uñas y, si me pega, seguiré arañándolo. Me he cansado de ser un saco de boxeo. Así que puede usted coger lo que cree que sabe de mí y metérselo por donde no brilla el sol.

—Me temo que has perdido la razón —dijo Elaine.

—¿No hay aquí mujeres que quieren volver?

—No lo sé. —Elaine desvió la mirada—. Es posible. Pero están equivocadas.

—¿Y usted va a tomar la decisión por ellas?

—Si nadie más tiene agallas, sí —contestó Elaine (sin darse cuenta en absoluto de que hablaba casi como su marido)—. En ese caso me corresponde a mí.

Del bolsillo de los vaqueros, se sacó un encendedor largo con gatillo, de esos que se usaban para prender el carbón en las barbacoas. El tigre blanco observaba y ronroneaba: un retumbo grave semejante al de un motor al ralentí. Jeanette tuvo la impresión de que por ese lado no podía esperar ayuda.

—Supongo que no tiene hijos, ¿verdad? —preguntó Jeanette.

La mujer pareció dolida.

—Tengo una hija. Es la luz de mi vida.

—¿Y está aquí?

—Claro que sí. Aquí vive a salvo. Y quiero que siga así.

—¿Qué dice ella al respecto?

—Lo que ella dice no tiene importancia. Es solo una niña.

—Bien, ¿y qué me dice de todas las mujeres que han tenido que dejar atrás a hijos varones? ¿No tienen ellas derecho a criar a sus hijos y mantenerlos a salvo? Incluso si les gusta esto, ¿no tienen esa *responsabilidad*?

—Mira —dijo Elaine con una sonrisa de superioridad—, eso que acabas de decir prueba por sí solo lo tonta que eres. Los *chicos* crecen y se convierten en *hombres*. Y son los hombres los causantes de todos los problemas. Son ellos quienes derraman sangre y envenenan la tierra. Estamos mejor aquí. Aquí hay niños varones, sí, pero serán distintos. Les enseñaremos a ser distintos. — Respiró hondo. Su sonrisa se agrandó, como si la inflara con gas de la locura —. Este mundo será bueno.

—Déjeme preguntarle una cosa: ¿se propone cerrar la puerta a la vida que todas las demás mujeres han dejado atrás sin preguntárselo siquiera?

La sonrisa de Elaine vaciló.

—Puede que no lo entiendas, así que... estoy haciendo...

—¿Qué está haciendo, señora? ¿Además de provocar un desastre? — Jeanette se metió la mano en el bolsillo.

El zorro reapareció y se sentó al lado del tigre. La serpiente roja se deslizó pesadamente sobre una de las zapatillas de Jeanette, pero ella ni siquiera la miró. Esos animales no atacaban, comprendió; pertenecían a lo que cierto predicador, allá en los días sombríos de su optimista infancia cuando aún iba a la iglesia, llamaba el Reino Apacible.

Elaine pulsó el gatillo del encendedor. Una llama ondeó en la punta.

—¡Estoy tomando *una decisión ejecutiva!*

Jeanette se sacó la mano del bolsillo y arrojó un puñado de guisantes a la otra mujer. Elaine dio un respingo, levantó la mano con la que empuñaba el arma en un movimiento de defensa instintivo y retrocedió. Jeanette salvó la distancia que las separaba y la rodeó por la cintura. El arma escapó de la mano de Elaine y cayó al suelo. Aun así, Elaine se aferró al encendedor. Se estiró, y la llama de la punta se curvó hacia el nudo de raíces húmedas de queroseno. Jeanette se golpeó la muñeca contra el suelo. El encendedor le resbaló de la mano y se apagó, pero ya era tarde: vacilantes llamas azules se deslizaban por una de las raíces y ascendían hacia el tronco.

La serpiente roja reptó árbol arriba para alejarse del fuego. El tigre, perezosamente, se puso en pie, se acercó a la raíz encendida y plantó una pata encima. Una nube de humo se elevó en torno a la pata, y Jeanette percibió un olor a pelaje chamuscado, pero el tigre permaneció inmóvil. Cuando se apartó, las llamas azules habían desaparecido.

La mujer sollozaba cuando Jeanette se apartó de ella.

—Solo quiero que Nana esté a salvo... Solo quiero que crezca a salvo...

—Ya lo sé.

Jeanette no conocía a la hija de esa mujer, y seguramente nunca la conocería, pero reconoció el sonido del verdadero dolor, el dolor del espíritu. Ella misma lo había experimentado de sobra. Cogió el encendedor de barbacoa. Lo examinó. Una herramienta tan pequeña para cerrar la puerta entre dos mundos. Podría haber servido, a no ser por el tigre. ¿Era acaso lo que ese animal debía hacer?, se preguntó Jeanette. ¿O se había excedido en sus competencias? Y si era así, ¿sería castigado?

Tantas preguntas. Tan pocas respuestas. Daba igual. Trazó un círculo con el brazo y observó el encendedor de barbacoa alejarse girando por el aire. Elaine profirió un grito de desesperación cuando se perdió de vista entra la

hierba a diez o quince metros de distancia. Jeanette se agachó y cogió la pistola, dispuesta a colocársela bajo el cinturón, pero lógicamente vestía el uniforme de reclusa, sin cinturón. Los cinturones estaban prohibidos. A veces las reclusas se ahorcaban con los cinturones, si los tenían. El pantalón, ceñido mediante un cordón, tenía bolsillo, pero era poco profundo y aún lo llevaba medio lleno de guisantes; el arma se le caería. ¿Qué hacer con ella? Tirarla a lo lejos parecía la solución más sensata.

Todavía no había tenido oportunidad de hacerlo cuando oyó a sus espaldas un susurro entre el follaje. Jeanette giró en redondo con la pistola en la mano.

—¡Eh! ¡Suéltala! ¡Suelta el arma!

En el linde del bosque acababa de aparecer otra mujer armada, que apuntaba con su pistola a Jeanette. A diferencia de Elaine, esta sostenía el arma con las dos manos y tenía las piernas separadas y bien apuntaladas, como si supiera lo que hacía. Jeanette, para quien las órdenes no eran nada nuevo, empezó a bajar el arma con la intención de dejarla en la hierba junto al árbol... pero a una distancia prudencial de la chiflada de Elaine, que quizá intentara recuperarla. Cuando se agachaba, la serpiente se deslizó susurrante por la rama situada encima de ella. Jeanette dio un respingo y levantó la mano con la que sostenía el arma para protegerse la cabeza de un objeto que caía y solo entrevió. Se oyó un crujido, luego un débil sonido metálico, el de dos tazas de café al entrechocar dentro de un armario, y le pareció oír a Evie: un grito inarticulado de dolor y sorpresa. Después de eso, el tiempo avanzó de un salto. Jeanette yacía en el suelo, el cielo eran solo hojas, y tenía sangre en la boca.

La mujer armada se acercó. El cañón humeaba, y Jeanette comprendió que, en realidad, aquello no había sido un salto en el tiempo. Había recibido un disparo.

—¡Déjala! —ordenó la mujer.

Jeanette abrió la mano, sin saber que aún sujetaba la pistola hasta que esta se desprendió de entre sus dedos.

—Yo a usted la conozco —susurró Jeanette. Sentía un peso grande y caliente en el pecho. Le costaba respirar, pero no le dolía—. Usted es la que trajo a Evie a la cárcel. La policía. La vi por la ventana.

—Eso huele a queroseno —dijo Lila. Cogió el bidón volcado, lo olfateó y lo dejó caer.

Al acabar la Reunión de esa mañana en Shopwell, alguien había mencionado que uno de los carritos de golf no estaba, y en el registro no constaba que nadie se lo hubiera llevado; una chica llamada Maisie Wettermore informó voluntariamente de que había visto a Elaine Nutting hacia solo unos minutos dirigirse en el carrito hacia el almacén de madera de Adams. Lila, en compañía de Janice Coates, intercambió una mirada con la exdirectora de la cárcel. Por entonces, en dirección al almacén de madera de Adams, había solo dos cosas: los escombros estériles de un laboratorio de meta y el Árbol. La idea de que Elaine Nutting fuese allí sola preocupó a las dos. Lila recordó las dudas de Elaine sobre los animales que había allí —en especial, el tigre—, y se le ocurrió que quizá intentara matarlo. Eso, Lila estaba segura, sería una imprudencia. Así que las dos habían cogido otro carrito de golf y la habían seguido.

Y Lila acababa de disparar contra una mujer que nunca antes había visto, y la mujer yacía sangrando en el suelo.

—¿Qué demonios ibas a hacer? —preguntó Lila.

—Yo no —contestó Jeanette, y miró a la mujer sollozante—. Ella. Ha sido ella. Su queroseno. Su arma. Yo se lo he impedido.

Jeanette supo que estaba a punto de morir, pero no le dolía exactamente. Ascendía por su cuerpo una frialdad como la del agua de un pozo, primero los dedos de los pies, luego los tobillos, luego las rodillas, en continuo ascenso

hacia el corazón. Bobby, de pequeño, tenía miedo al agua.

Y Bobby temía que alguien le quitara la Coca-Cola y la gorra de Mickey Mouse. Ese era el momento plasmado en la foto del pequeño recuadro pintado en su celda. No, cielo, no, le había dicho ella. No te preocupes. Eso es tuyo. Tu madre no va a permitir que nadie te lo quite.

¿Y si Bobby estuviera allí ahora, preguntándole por esa agua? ¿Esa agua en la que su madre se estaba hundiendo? Ah, le diría, tampoco hay razón para preocuparse por eso. Al principio notas la impresión, pero luego te acostumbras.

Sin embargo, Jeanette no era una campeona de Premio a la Mentira. No era una concursante de ese nivel. Habría podido colarle una mentirijilla a Bobbie, pero no a Ree. Si Ree hubiese estado allí, habría tenido que reconocer que si bien el agua del pozo no dolía, tampoco producía una sensación de normalidad.

Oía la voz incorpórea del presentador: «Aquí se acabó el juego para Jeanette Sorley, me temo, pero vamos a mandarla a casa con unos preciosos regalos de despedida. ¡Háblale de ellos, Ken!». El presentador hablaba como Warner Wolf, nada menos que el hombre de «Pasemos al vídeo». Eh, si a una la mandaban a casa, no podía pedir mejor locutor.

La directora Coates, con el cabello ya tan blanco como el papel, tapó el cielo que Jeanette veía. Le quedaba bien, ese pelo. Aunque estaba muy delgada, con grandes huecos bajo los ojos, las mejillas chupadas. Encontró el encendedor de barbacoa.

—¿Sorley? —Coates se arrodilló y le cogió la mano—. ¿Jeanette?

—Mierda —dijo la policía—. Me parece que acabo de cometer un error gravísimo. —Se arrodilló y, apoyando las palmas de las manos contra la herida de Jeanette, hizo presión, consciente de que no servía de nada—. Yo solo quería herirla levemente, pero a esa distancia... y temía tanto por el

Árbol. Lo siento.

Jeanette notó hilos de sangre que escapaban de las comisuras de sus labios. Empezó a jadear.

—Tengo un hijo... se llama Bobby... tengo un hijo...

Jeanette dirigió sus últimas palabras a Elaine, y lo último que vio fue la cara de esa mujer, sus ojos muy abiertos, temerosos.

—... Por favor... tengo un hijo...

Más tarde, cuando el humo y el gas lacrimógeno se disipen, correrán decenas de historias sobre la batalla por el Centro de Penitenciario de Mujeres de Dooling, todas distintas, contradictorias en su mayoría, ciertas en algunos detalles y falsas en otros. Cuando se inicia un conflicto grave — una lucha a muerte—, la realidad objetiva se desvanece enseguida entre el humo y el ruido.

Además, muchos de aquellos que podrían haber aportado sus versiones estaban muertos.

1

Mientras Van Lampley —herida en la cadera, sangrante, muerta de cansancio— avanzaba lentamente en su todoterreno por un camino de tierra que podía ser Allen Lane (costaba asegurarlo; un sinfín de caminos tortuosos surcaban aquellos montes), oyó una explosión lejana, procedente de la zona donde se hallaba la cárcel. Apartó la vista del móvil equipado con localizador que había confiscado a Fritz Meshaum. En la pantalla, el teléfono que tenía en su mano aparecía representado como un punto rojo. El emisor de señal GPS instalado en la bazuca era verde. En ese momento los dos puntos se hallaban muy cerca, y Van tenía la sensación de que ya había llegado en el todoterreno todo lo lejos que era posible llegar sin alertar a los Griner de su presencia.

Tal vez esa explosión fuera otro obús de bazuca lanzado por ellos. Cabía la posibilidad, pero Van, como mujer que se había criado en una zona minera al

desapacible son de la dinamita, no lo creía. El estallido proveniente de la cárcel había sido más agudo y potente. Había sido dina, sin duda. Por lo visto, esa noche los hermanos Griner no eran los únicos granujas sueltos provistos de explosivos.

Aparcó, se apeó del todoterreno y siguió a pie con andar vacilante. Tenía la pernera izquierda empapada de sangre desde la cadera hasta la rodilla, y la adrenalina que la había llevado hasta allí empezaba a decaer. Le dolían todas las partes del cuerpo, pero la cadera, donde Meshaum le había disparado, era un suplicio. Ahí se le había roto algo, notaba que le rechinaban los huesos con cada paso, y sentía ya el mareo de la pérdida de sangre, unido a los días y días con sus noches de privación del sueño. Todas las partes de ella le pedían a gritos que se rindiera, que abandonara esa locura y se durmiera.

Y lo haré, pensó, agarrando el rifle y la pistola antigua que Meshaum había utilizado contra ella, pero todavía no. Quizá no sea capaz de hacer nada con respecto a lo que está pasando en la cárcel, pero sí puedo hacer sufrir a esos cabrones antes de que cometan alguna fechoría peor. Después ya podré irme a sobar.

Dos roderas invadidas por la hierba que quizá en otro tiempo fueran un sendero se desviaban del camino entre los árboles replantados y la maleza. Veinte metros más allá encontró la furgoneta que los Griner habían robado. Miró en su interior, no vio nada que le interesara y siguió adelante, arrastrando la pierna junto con el resto de su cuerpo. No necesitaba ya la aplicación de localización, porque sabía dónde estaba, si bien no había visitado esa zona desde que estaba en el instituto, cuando aquello era un lugar de magreo para los adolescentes no precisamente selecto. A unos quinientos metros, tal vez un poco más, el sendero invadido por la hierba terminaba en una loma donde había unas cuantas lápidas ladeadas: el cementerio de una familia que se había marchado hacía mucho tiempo, probablemente la familia Allen, si se trataba

realmente de Allen Lane. En su día era la tercera o cuarta opción para los chicos salidos, porque la loma daba al Centro Penitenciario de Dooling, una vista no muy propicia para los idilios.

Puedo hacerlo, se dijo. Cincuenta metros más.

Recorrió los cincuenta metros, se dijo que podía andar otros cincuenta, y siguió así hasta que oyó voces más adelante. De pronto resonó un zumbido explosivo, seguido de los hurras y las palmadas en la espalda de Little Low Griner y su hermano.

—¡Tenía mis dudas sobre el alcance, hermano, pero fíjate! —exclamó uno de ellos.

La respuesta del otro fue un grito de rebeldía.

Van amartilló la pistola de Meshaum y avanzó hacia los sonidos de celebración de aquellos dos paletos.

2

Clint pensaba que la expresión «caerse el alma a los pies» no era más que una figura poética hasta que él mismo la experimentó. Sin darse cuenta de que ya no lo cubría el ángulo sudoccidental del edificio principal, se quedó mirando, boquiabierto, la lluvia de hormigón procedente del módulo C. ¿Cuántas de las mujeres dormidas en esa galería de celdas habrían muerto a causa de la explosión, calcinadas o echas trizas en sus capullos? Apenas oyó un zumbido junto a su oreja izquierda ni sintió el tirón cuando otra bala, esta disparada por Mick Napolitano desde detrás del segundo buldócer, le rasgó el bolsillo del pantalón y la calderilla se le cayó por dentro de la pernera.

Willy Burke lo agarró por los hombros y tiró de él con tal violencia que Clint estuvo a punto de caerse.

—¿Está loco, doctor? ¿Quiere que lo maten?

—Las mujeres —dijo Clint—. Ahí había mujeres. —Se enjugó los ojos, que le escocían a causa del gas acre y se le llenaban de lágrimas—. ¡Ese Geary, el muy hijo de puta, ha apostado un lanzagranadas o algo parecido en la loma donde está el pequeño cementerio!

—Ya no podemos hacer nada al respecto. —Willy se dobló por la cintura y se agarró las rodillas—. En todo caso ha eliminado a uno de esos cabrones, y ya es algo, para empezar. Tenemos que entrar. Vamos a la puerta de atrás; de paso nos llevaremos a Billy adentro.

Tenía razón. La parte delantera del edificio había quedado expuesta al fuego.

—Willy, ¿se encuentra bien?

Willy Burke se irguió y le dirigió una sonrisa tensa. Estaba pálido y tenía la frente perlada de sudor.

—En fin, caray. Puede que esté teniendo un ligero ataque al corazón. Después del último chequeo, el médico me aconsejó que dejara la pipa. Tendría que haberle hecho caso.

Oh, no, pensó Clint. Joder, oh, no.

Willy adivinó el pensamiento a Clint por su expresión —la vista no le fallaba— y le dio una palmada en el hombro.

—Aún no estoy acabado. Vamos.

Desde su posición frente a la sala de visitas, ya con toda seguridad destruida por la explosión de dinamita (junto con quienquiera que estuviese dentro), Frank vio a Jack Albertson caer con la máscara antigás torcida. Donde antes

tenía la cara no quedaba más que sangre. Ni su madre lo habría reconocido, pensó Frank.

Levantó el walkie-talkie.

—¡Informad! ¡Informad todos!

Solo se comunicaron unos ocho, en su mayor parte aquellos que habían utilizado los buldóceres para cubrirse. No todos los hombres tenían walkie-talkies, era cierto, pero debería haber habido algunas respuestas más. El cálculo más optimista de Frank era que había perdido a cuatro hombres, incluido Jack, que por fuerza estaba muerto. En el fondo, se temía que podían ser cinco o seis, y los heridos necesitarían hospitalización. Quizá el chico, Blass, a quien habían dejado en el control de carretera con Miller, podía llevarlos al St. Theresa en uno de los autobuses, aunque a saber quién seguía allí de servicio. Si es que quedaba alguien. ¿Cómo habían llegado a ese punto? Contaban con los buldóceres, por Dios. ¡Con eso teóricamente todo tendría que haber terminado enseguida!

Johnny Lee Kronsky lo agarró por el hombro.

—Tenemos que entrar ahí, amigo. Acabar con ellos. Con esto. —Aún tenía la mochila abierta. Apartó la toalla con la que había envuelto la dinamita y enseñó a Frank el mazacote de C-4 de los hermanos Griner. Kronsky le había dado forma de algo parecido a un balón de fútbol para niños. Llevaba un Android incrustado.

—Es mi teléfono —aclaró Kronsky—. Lo dono a la causa. De todos modos, era una mierda.

—¿Por dónde entramos? —preguntó Frank.

El viento se llevaba el gas lacrimógeno, pero tenía la sensación de que el humo le había invadido la cabeza, empañando todo pensamiento. Clareaba, un sol rojo asomaba ya.

—Yo iría derecho al meollo —contestó Kronsky, y señaló la autocaravana

Fleetwood, medio aplastada. Estaba ladeada contra el edificio, pero había un mínimo espacio para pasar y llegar a la puerta principal, hundida hacia dentro y arrancada de las bisagras—. Struthers y esa gente del buldócer nos cubrirán. Nosotros entramos y avanzamos hasta llegar a donde está la zorra que ha provocado todo esto.

Frank ya no sabía muy bien cuál era la causa de todo aquello, ni quién estaba al mando, pero asintió. Al parecer, no tenía alternativa.

—He de poner el temporizador —anunció Kronsky, y encendió el teléfono incrustado en el C-4.

El móvil tenía un cable conectado en el puerto. El otro extremo comunicaba con varias pilas hincadas en el explosivo. Al mirarlo Frank se acordó de cuando Elaine preparaba las comidas de los domingos y, al sacar el asado del horno, clavaba un termómetro para carne.

Kronsky le dio una palmada en el hombro, y no con delicadeza.

—¿Cuánto tiempo, calcula usted? Y piénselo con cuidado, porque cuando la cuenta atrás llegue a un número de una sola cifra, voy a tirar esto, esté donde esté.

—Supongo... —Frank sacudió la cabeza en un intento de despejársela. Nunca había entrado en la cárcel, y confiaba en que Don Peters le proporcionara la descripción del espacio interior. No se había dado cuenta de lo inútil que era Peters. Cuando ya era demasiado tarde, eso se le antojaba un descuido clamoroso. ¿Cuántas más cosas habría pasado por alto?—. ¿Cuatro minutos?

—¿Me lo está preguntando o me está respondiendo? —dijo Kronsky en el mismo tono que un profesor de instituto malhumorado ante un alumno duro de mollera.

Oyeron disparos aislados, pero el ataque parecía haber amainado. Tal vez lo siguiente fuera que sus hombres decidieran retroceder. Eso no podía

consentirse.

Nana, pensó Frank, y dijo:

—Cuatro minutos. Estoy seguro.

Frank pensó: Dentro de cuatro minutos estaré muerto o esto irá camino de terminarse.

Por supuesto cabía la posibilidad de que la mujer resultara muerta en el asalto final, pero era un riesgo que tendría que asumir. Eso lo llevó a pensar en sus perros callejeros enjaulados, en sus vidas a merced de fuerzas que no entendían.

Kronsky abrió una aplicación, pulsó en la pantalla y apareció un **4.00**. Volvió a pulsar y se inició la cuenta atrás. Frank observó, fascinado, mientras **3.59** daba paso a **3.58** y luego a **3.57**.

—¿Preparado, Geary? —preguntó Kronsky. En su sonrisa de psicópata relució un diente de oro.

(«¿Qué haces?», había preguntado a gritos el hijo de puta del agitador a Kronsky aquel día en la mina Graystone n.º 7 de Ulysses Energy. «No te rezagues.» El hijo de puta del agitador iba al menos veinte metros por delante en el túnel. En la profunda negrura subterránea, Kronsky no le había visto la cara a aquel cabrón descerebrado, y menos la camiseta de Woody Guthrie, sino solo la lámpara frontal. El poder está en el sindicato, se complacía en decir el hijo de puta del agitador. Más poder hay en un dólar, y el hombre de Ulysses Energy había dado a Johnny Lee Kronsky unos cuantos billetes nuevos y crujientes para que le resolviera el problema. «Os podéis ir a la mierda tú, el sindicato y la madre que os parió», había dicho Kronsky al hijo de puta del agitador antes de arrojar la dinamita y echarse a correr como alma que llevaba el diablo.)

—Creo que deberíamos... —empezó a decir Frank, y fue entonces cuando Lowell Griner disparó la bazuca por primera vez. Se oyó un zumbido casi por

encima de sus cabezas. Alcanzó a ver la imagen borrosa de un objeto volador. Un proyectil.

—¡Cuerpo a tierra! —exclamó Kronsky, pero no dio a Frank opción a obedecer; sencillamente lo agarró del cuello y tiró de él hacia abajo.

El obús de la bazuca impactó en el módulo C y estalló. En el mundo más allá del Árbol, desaparecieron catorce antiguas reclusas del Centro Penitenciario de Dooling en medio de un fognazo antes de que nubes de mariposas se dispersaran por el aire donde ellas habían estado.

4

Pese a que tenía un walkie-talkie, Drew T. Barry era uno de los que no había respondido a la orden de informar de Frank. Ni siquiera la había oído, porque tenía apagado al aparato. Había ascendido a la posición más elevada posible sin dejar de estar a cubierto, y allí se descolgó el Weatherby del hombro. El ángulo no era tan bueno como esperaba. Por la mira, vio un cobertizo de metal acanalado. La puerta trasera de la cárcel estaba abierta —ante ella se proyectaba un rectángulo de luz—, pero aquel individuo se ocultaba detrás del cobertizo, defendiendo esa entrada. Barry vio un codo... un hombro... parte de una cabeza, aunque desaparecieron rápidamente después de que el individuo echara un vistazo rápido al lugar donde Elmore Pearl y Don Peters seguían apostados. Drew T. Barry tenía que abatir a ese tipo y ardía en deseos de disparar —sí, el dedo del gatillo le ardía literalmente—, pero sabía que abstenerse de disparar era mejor que errar un tiro. Tenía que esperar. Si Pearl o Peters tiraban otra piedra, el tipo tal vez asomaría toda la cabeza para ver qué ocurría, pero Drew T. Barry no contaba con eso ni lo esperaba. Elmore Pearl era demasiado cauto, y el gordo de Peters era más tonto que hecho de

encargo.

Muévete, mamón, pensó Drew T. Barry. Dos pasos bastarían. Quizá solo uno.

Pero Billy Wettermore, pese a haberse acuclillado cuando estalló la dinamita, mantuvo la posición detrás del cobertizo. Hizo falta que estallara el obús de la bazuca para que se pusiera en pie. Abandonó la protección del cobertizo para mirar hacia el sonido, y en ese momento Drew T. Barry dispuso del blanco limpio que estaba esperando.

El humo flotaba por encima de la cárcel. La gente gritaba. Disparaba... sin duda a ciegas. Drew T. Barry no soportaba los tiros a ciegas. Contuvo la respiración y apretó el gatillo del rifle. El resultado fue plenamente satisfactorio. En la mira vio volar hacia delante al defensor, con la camisa hecha jirones.

—Dios, le he dado —exclamó Drew T. Barry, contemplando los restos de Billy Wettermore con compungida satisfacción—. Ha sido un buen tiro, si no está mal que yo lo...

Más abajo, entre los árboles, sonó otra detonación, seguida de la voz inconfundible del ayudante Elmore Pearl:

—*Eh, pedazo de gilipollas, ¿qué has hecho? ¿QUÉ HAS HECHO?*

Drew T. Barry corrió hacia sus compañeros, agazapado, preguntándose qué habría salido mal.

Clint y Willy vieron a Billy Wettermore salir lanzado por los aires. Cuando cayó, ya estaba inerte. Uno de los zapatos voló de su pie, giró y rebotó en el borde del tejado del cobertizo. Clint hizo ademán de acercarse a él. La mano

con que Willy Burke lo retuvo poseía una fuerza sorprendente.

—No, no —instó Willy—. Atrás, doctor. Ese camino ya no nos sirve.

Clint intentó pensar.

—Quizá podríamos entrar en mi despacho por la ventana. Tiene cristal reforzado, pero no barrotes.

—Yo me ocuparé de la ventana —dijo Willy—. Vamos. —Sin embargo, en lugar de moverse, volvió a doblarse por la cintura y se agarró las rodillas.

6

Don Peters apenas oyó los gritos de Elmore Pearl. Aturdido por la conmoción, de rodillas, contemplaba a su compañero de la Patrulla Zombi, caído en el suelo con los brazos y las piernas extendidos y sangre manando a borbotones de un agujero en la base del cuello. Eric Blass, de cuya garganta borbotaba la sangre, lo miraba.

—¡Compañero! —exclamó Don. El casco de fútbol le resbaló, tapándole los ojos, y se lo echó atrás con la palma de la mano—. ¡Compañero, no era mi intención!

Pearl lo obligó a levantarse de un tirón.

—Pedazo de gilipollas, ¿nadie te ha enseñado a mirar a qué disparas antes de apretar el gatillo?

Eric emitió un denso gorgoteo, tosió expulsando gotas de sangre y se palpó la garganta destrozada.

Don quiso explicarse. Primero el rugido de la dinamita, luego una segunda explosión, luego el murmullo entre los arbustos a su espalda. Estaba seguro de que era alguno de los hombres del puto loquero. ¿Cómo iba a imaginar que era Blass? Había disparado sin pensar, y menos aún apuntar. ¿Qué malévola

manifestación de la providencia había querido que la bala alcanzara a Blass cuando salía de entre los árboles para reunirse con ellos?

—Yo... yo...

Apareció Drew T. Barry con el Weatherby colgado al hombro.

—¿Qué demonios...?

—Bill Hickok el Salvaje acaba de disparar contra uno de los nuestros —respondió Pearl. Asestó un puñetazo en el vientre a Don, que cayó junto a Eric—. El chico venía a ayudar, supongo.

—¿Pensaba que estaba en los autobuses! —se disculpó Don con la respiración entrecortada—. ¡Frank le había ordenado que se quedara allí por si había heridos, yo lo he oído! —Eso era verdad.

Drew T. Barry tiró de Don para obligarlo a ponerse en pie. Cuando Pearl cerró el puño para golpear de nuevo a aquel hombre pálido y sollozante, Barry lo sujetó.

—Péguele todo lo que quiera más tarde. Por lo que a mí respecta, péguele hasta cansarse. Pero de momento puede que lo necesitemos: él conoce el terreno, y nosotros, no.

—¿Le ha dado? —preguntó Pearl—. ¿Al tipo situado junto al cobertizo?

—Le he dado —contestó Drew T. Barry—, y si alguna vez esto termina en un juzgado, recuerde que usted me ha dado luz verde. Ahora terminemos con este asunto.

Vieron un intenso destello procedente de una loma situada frente a la cárcel y una estela de humo blanco. A esta siguió otra explosión en el otro extremo de la cárcel.

—¿Quién coño está disparando proyectiles desde aquel monte? —preguntó Pearl.

—Ni lo sé ni me importa —respondió Barry—. Estando aquí, detrás de la cárcel, hay unas mil toneladas de hormigón entre nosotros y ellos. —Señaló

monte abajo y más allá de la pista de atletismo—. ¿Qué hay al otro lado de esa puerta?

—El gimnasio —contestó Don, deseoso de expiar lo que ya empezaba a creer que había sido un error justificable, una de esas cosas que le pasarían a cualquiera. Intentaba proteger a Pearl además de a mí, pensó, y cuando esta locura termine, Elmore se dará cuenta. Probablemente me dará las gracias y me invitará a una copa en el Squeaky. Y además solo era Blass, un chiflado, un delincuente donde los haya, que prendió fuego a aquella pobre sintecho antes de que Don pudiera impedirselo.

—Es donde esas putas juegan al baloncesto y al softball. El pasillo principal empieza al otro lado, lo que llamamos Broadway. La mujer está en una celda del módulo A, a la izquierda. No muy lejos.

—Pues vamos —instó Pearl—. Tú guías, pistolero. Tengo unas cizallas para la alambrada.

Don no deseaba guiarlos.

—Quizá debería quedarme aquí con Eric. Al fin y al cabo, era mi compañero.

—No hace falta —contestó Drew T. Barry—. Ha fallecido.

Un año antes de Aurora, cuando Michaela aún estaba relegada a las noticias de relleno en NewsAmerica —cosas como perros que sabían contar y hermanos gemelos que se reunían por azar después de cincuenta años de separación—, hizo un reportaje sobre la circunstancia de que las personas con grandes colecciones de libros pagaban menos de calefacción que quienes no leían, porque los libros eran un buen aislante. Con esto en mente, en cuanto

empezó el tiroteo, se escabulló con la cabeza gacha y se refugió en la biblioteca de la cárcel. Descubrió que en las estanterías había en esencia libros de bolsillo manoseados, no precisamente el aislante en que ella pensaba, y cuando la dinamita estalló en la sala contigua y la pared se sacudió, llovieron sobre ella novelas de Nora Roberts y James Patterson.

Volvió corriendo a Broadway, esa vez sin molestarse en agachar la cabeza, pero sí se detuvo, horrorizada, a mirar en la sala de visitas, donde lo que quedaba de Rand Quigley formaba un charco en el suelo y goteaba del techo.

Se sentía totalmente desorientada, al borde del pánico, y cuando el obús de la bazuca alcanzó el módulo C y una nube de polvo avanzó hacia ella (recordándole imágenes que había visto después del hundimiento de las Torres Gemelas), se volvió para desandar el camino. No había dado ni tres pasos cuando un brazo fuerte le rodeó el cuello, y notó el frío del acero contra la sien.

—Eh, monada —dijo Angel Fitzroy. Al ver que Michaela no respondía de inmediato a su saludo, Angel apretó más con el escoplo que se había llevado prestado del taller de carpintería—. ¿Qué coño está pasando ahí fuera?

—El apocalipsis —consiguió responder Michaela con una voz ahogada que no se parecía nada a sus trinos televisivos—. Por favor, deja de apretarme el cuello.

Angel la soltó y obligó a Michaela a volverse de cara a ella. El humo que flotaba en el pasillo arrastraba el olor acre del gas lacrimógeno, y las dos tosieron, pero se veían perfectamente. La mujer del escoplo era guapa de una manera rectilínea, intensa y depredadora.

—Te noto distinta —observó Michaela. Posiblemente un comentario en extremo estúpido cuando la cárcel estaba bajo asedio y una presa blandía un escoplo antes sus ojos, pero no se le ocurrió otra cosa que decir—. Despierta. Despierta de verdad.

—*Ella* me ha despertado —explicó Angel con orgullo—. Evie. Como hizo contigo. Porque tenía una misión que cumplir.

—¿Qué misión?

—*Ellas* —contestó Angel, y señaló a dos mujeres que se acercaban lentamente por el pasillo, al parecer indiferentes al humo y los disparos.

A ojos de Michaela, los jirones de capullo que colgaban de Maura Dunbarton y Kayleigh Rawlings semejaban restos de mortaja podrida en una película de terror. Pasaron de largo sin mirar a Michaela ni a Angel.

—¿Cómo pueden...? —empezó Michaela, pero un segundo obús de bazuca estalló en la parte delantera sin darle tiempo a terminar la pregunta.

El suelo tembló y entró más humo, negro, con olor a gasoil.

—No sé cómo pueden hacer nada, ni me importa —respondió Angel—. Ellas tienen su tarea, y yo, la mía. Puedes echarme una mano o puedo clavarte este escoplo en la molleja. ¿Qué prefieres?

—Te echaré una mano —contestó Michaela. (Ética periodística al margen, sería difícil dar esa noticia más adelante si estaba, en fin, muerta.) Siguió a Angel, quien al menos parecía saber por dónde iba—. ¿Cuál es la tarea?

—Proteger a la bruja —contestó Angel—. O morir en el intento.

Antes de que Michaela pudiera responder, Jared Norcross salió de la cocina, contigua a la lavandería de la cárcel, donde Michaela lo había dejado. Angel levantó el escoplo. Michaela le agarró la muñeca.

—¡No! ¡Es de los nuestros!

Angel dirigió a Jared su mejor Mirada de la Muerte.

—¿Lo eres? ¿Eres de los nuestros? ¿Ayudarás a proteger a la bruja?

—Bueno —dijo Jared—, me proponía ir de discotecas y tomar un poco de éxtasis, pero supongo que puedo cambiar de planes.

—Le he dicho a Clint que te protegería —recordó Michaela con tono de reproche.

Angel blandió el escoplo y enseñó los dientes.

—Hoy nadie recibe protección más que la bruja. ¡Nadie recibe protección más que Evie!

—Bien —contestó Jared—. Si eso ayuda a mi padre y sirve para devolvernos a mi madre y a Mary, me apunto.

—¿Mary es tu novia? —preguntó Angel. Había bajado el escoplo.

—No lo sé. No exactamente.

—No exactamente. —Angel pareció reflexionar al respecto por un momento—. ¿La tratas bien? ¿No la empujas, no le pegas, no le gritas?

—Tenemos que salir de aquí, o nos asfixiaremos —instó Michaela.

—Sí, la trato bien.

—Más te vale —dijo Angel—. Venga, en marcha. Evie está en la celda acolchada del módulo A. Por acolchada que esté la celda, los barrotes son igual de duros que los de cualquier otra. Tenéis que colocaros delante. Así, todo aquel que quiera llegar a ella tendrá que pasar por encima de vosotros.

A Michaela eso le pareció un pésimo plan, lo que podía explicar por qué Angel decía «vosotros» en lugar de «nosotros».

—¿Tú dónde estarás?

—En misión comando —contestó Angel—. Quizá pueda liquidar a unos cuantos antes de que lleguen aquí. —Blandió el escoplo—. No tardaré en estar con vosotros, no temáis.

—Unas cuantas armas no vendrían mal, si de verdad te... —La voz de Jared quedó ahogada por una última explosión, aún más sonora.

Esta vez llovieron cascotes, en su mayor parte trozos de pared y techo. Cuando Michaela y Jared se irguieron, Angel ya no estaba.

—¿Qué coño ha sido *eso*? —preguntó Frank en los segundos posteriores al impacto del primer obús de bazuca en el módulo C. Se puso en pie y se sacudió el polvo, la tierra y unos cuantos trozos de cemento del pelo. No le zumbaban los oídos exactamente; lo que oía era el gemido acerado y agudo que a veces se le metía en la cabeza después de tomar demasiadas aspirinas.

—Están disparando con artillería desde aquella loma —dijo Kronsky—. Probablemente los mismos que se han cargado la oficina del sheriff. Vamos, señor Sheriff en Funciones. El tiempo apremia. —Una vez más enseñó los dientes en una sonrisa con un destello dorado tan alegre que resultaba surrealista. Señaló la pantalla del teléfono incrustado en el explosivo plástico. **3.07** dio paso a **3.06** y luego a **3.05**.

—Vale —dijo Frank.

—Recuerde, nada de vacilaciones. Al que vacila le dan por el culo.

Se encaminaron hacia las puertas delanteras derribadas. De reojo, Frank vio a los hombres que habían llegado hasta allí, a cubierto detrás de los buldóceres; los observaban. Ninguno parecía demasiado interesado en unirse a esa parte del asalto en particular, y Frank lo entendía. Seguramente algunos lamentaban no haberse marchado con Terry Coombs.

Mientras la batalla por el Centro Penitenciario de Dooling se acercaba a su clímax, Terry se hallaba en su garaje, dentro de su coche. El garaje era pequeño; la puerta estaba cerrada; tenía las ventanillas de la Unidad Cuatro abiertas y el potente motor de ocho válvulas al ralentí. Terry aspiraba los gases de escape en largas bocanadas para llenarse los pulmones. Al principio

sabía mal, pero uno se acostumbraba deprisa.

Todavía estás a tiempo de cambiar de idea, dijo Rita, a la vez que le cogía la mano. Su mujer ocupaba el asiento del acompañante, a su lado. *Aún podrías hacerte con el control ahí fuera. Imponer un poco de cordura.*

—Ya es tarde para eso, cielo —dijo Terry. El aire del garaje presentaba ya un color azul por efecto de los gases tóxicos. Terry respiró hondo otra vez, contuvo la tos e inspiró de nuevo—. No sé cómo va a terminar esto, pero no concibo un final feliz. Esta es la mejor solución.

Rita le apretó la mano en actitud comprensiva.

—No dejo de pensar en todos los accidentes de carretera en los que he tenido que intervenir —continuó Terry—. Y en la cabeza de aquel tío, a través de la pared de la caravana del cocinero de meta.

Tenuemente, a kilómetros de distancia, se oía el sonido de las explosiones en la zona de la cárcel.

—Esta es la mejor solución —repitió Terry, y cerró los ojos. Aunque sabía que estaba solo en la Unidad Cuatro, sintió que su mujer le apretaba la mano mientras él se alejaba flotando de Dooling y de todo lo demás.

10

Frank y Johnny Lee Kronsky se deslizaban entre los restos de la autocaravana de Barry Holden y el muro de la cárcel. Se hallaban casi en la puerta principal aplastada cuando oyeron el segundo obús de la bazuca.

—*¡Que viene!* —avisó Kronsky a voz en grito.

Frank miró por encima del hombro y vio algo asombroso: el obús cayó en el aparcamiento, golpeó el suelo con la aleta posterior, rebotó sin estallar y se desvió hacia el buldócer que antes conducía el difunto Jack Albertson. El

fragor de la detonación fue ensordecedor. El asiento del conductor voló a través del fino cascarón del tejadillo del buldócer. Los fragmentos de las orugas en desintegración se elevaron en el aire como teclas de piano de acero. Y uno de los escudos de hierro instalados para proteger las puertas de la cabina saltó hacia fuera y traspasó la autocaravana como el corte del martillo de un gigante.

Frank tropezó con la base retorcida de una de las puertas principales y, gracias a eso, salvó la vida. Johnny Lee Kronsky, todavía en pie, no solo resultó decapitado por una cuña voladora arrancada de la carrocería de la Fleetwood; quedó dividido en dos partes a la altura de los hombros. Aun así, avanzó tambaleante dos o tres pasos más; su corazón bombeó el tiempo suficiente para que escaparan de él un par de vistosos chorros de sangre. Luego se desplomó. El balón de C-4 cayó de sus manos y rodó en una trayectoria irregular hacia el puesto de seguridad. Quedó inmóvil con el Android a la vista, y Frank vio que **1.49** daba paso a **1.48** y luego a **1.47**.

Se dirigió hacia él a rastras, parpadeando para deshacerse del polvo de hormigón de los ojos. Luego rodó a un lado para refugiarse tras el mostrador de recepción semidesplomado a la vez que Tig Murphy se apostaba de un salto tras el cristal blindado del puesto de seguridad y disparaba la pistola a través de la rendija por donde los visitantes entregaban sus teléfonos y documentos de identidad. Era un mal ángulo, y el tiro de Tig salió alto. Frank no corría peligro si permanecía tendido, pero si trataba de avanzar hacia la puerta que conducía a la cárcel propiamente dicha sería un blanco fácil. Si retrocedía, ídem de ídem.

El vestíbulo se llenaba de humo de gasoil procedente del buldócer en llamas. A esto se añadía el hedor penetrante y nauseabundo de la sangre de Kronsky: litros y litros, aparentemente. Frank tenía debajo una de las patas del mostrador de recepción, clavándosele el extremo astillado entre los

omóplatos. Fuera del alcance de Frank por muy poco, se hallaba el C-4. **1.29** dio paso a **1.28** y luego a **1.27**.

—¡Hay hombres rodeando la cárcel! —advirtió Frank a voz en cuello—. ¡Desista, y no resultará herido!

—¡Y una mierda! ¡Esta es nuestra cárcel! ¡Están entrando sin permiso y no tienen autoridad alguna! —Tig volvió a disparar.

—¡Hay explosivo! ¡C-4! ¡Va usted a volar en pedazos!

—¡Ya, y yo soy el puto Luke Skywalker!

—¡Asómese! ¡Mire abajo! ¡Véalo usted mismo!

—¿Para que pueda pegarme un tiro en la tripa por la rendija? Creo que paso.

Frank, desesperado, miró en dirección a la puerta que acababa de cruzar, destruida parcialmente por los restos de la autocaravana.

—*¡Los que estáis ahí fuera!* —exclamó—. *¡Necesito que me cubráis!*

Nadie lo cubrió. Tampoco llegaron refuerzos. Dos de los hombres —Steve Pickering y Will Wittstock— estaban en franca retirada, cargando entre los dos a Rupe Wittstock, herido.

En el suelo salpicado de escombros del vestíbulo, casi al pie del puesto de seguridad controlado por Tig Murphy, proseguía la cuenta atrás en el teléfono móvil.

Al ver a Billy Wettermore innegablemente muerto, Don Peters se sintió un poco mejor. Don había ido una vez a jugar a los bolos con él. La princesita había anotado un 252 y le había ganado veinte pavos a Don. Era evidente que había utilizado una bola amañada, pero Don lo dejó correr tal como dejaba

correr tantas cosas, porque era un hombre de trato cordial. Bueno, a veces las cosas se decantaban del lado correcto, y eso era un hecho. Un maricón menos en el mundo, pensó, y todos gritamos hurra.

Avanzó apresuradamente hacia al gimnasio. Quizá sea yo quien llegue hasta ella, pensó. Quien meta una bala en la bocaza a Evie Black y ponga fin a esto para siempre. Así se olvidarán del error que he cometido con el muchacho, y no tendré que invitar a copas en el Squeaky durante el resto de mi vida.

Se acercó a la puerta, imaginando ya a Evie Black en la mira de su arma, pero Elmore Pearl lo apartó de un empujón.

—Tú detrás, pistolero.

—¡Eh! —se quejó Don—. ¡Tú no sabes adónde vamos!

Se dispuso a seguir adelante, pero Drew T. Barry lo agarró y negó con la cabeza. Tampoco era que Barry tuviera intención de ser el primero en entrar. No sin saber qué le esperaba. Posiblemente el hombre al que había abatido él era el único defensor en retaguardia, pero si *había* alguien, Pearl tenía más posibilidades de eliminarlo que Peters, cuya única víctima esa mañana había sido uno de los suyos.

Pearl miraba por encima del hombro a Don y sonreía cuando entró en el gimnasio.

—Relájate y deja que un hombre encabece la...

Solo había llegado hasta ahí cuando Maura Dunbarton lo agarró con sus manos frías, una en el cuello y la otra en la nuca. Elmore Pearl miró esos ojos sin alma y se puso a chillar. No chilló mucho tiempo; el ser reanimado que había sido Maura le metió la mano en la boca, indiferente a sus mordiscos, y la hundió hacia abajo. El sonido de sus maxilares al desencajarse fue semejante al que producía el muslo del pavo de Acción de Gracias al arrancarlo.

—¡Vaya si somos un par de hijos de puta con suerte! —exclamó Maynard Griner, exultante—. Un poco más lejos, y los obuses explotarían en el aparcamiento. ¿Has visto cómo ha rebotado ese último, Low?

—Lo he visto —admitió Low—. Como una piedra en un estanque, y ha destrozado un buldócer. No está mal, pero yo puedo hacerlo mejor. Vuelve a cargar.

Abajo, brotaba humo de la brecha abierta en el muro oeste de la cárcel. Era una imagen magnífica, que recordaba la nube que salía de una mina después de una detonación, solo que eso era obviamente mucho mejor, porque no se dedicaban a resquebrajar rocas. Estaban resquebrajando un puto edificio del estado. Habría valido la pena aunque no hubiesen tenido necesidad de cerrarle la boca a la soplona de Kitty McDavid.

May se disponía a rebuscar en la bolsa de la munición cuando oyó que una rama se partía. Giró en redondo al tiempo que se llevaba la mano al arma que tenía en el cinto, en la espalda.

Van disparó la pistola con la que Fritz Meshaum había intentado matarla. La distancia era corta, pero ella estaba extenuada, y la bala, en lugar de alcanzar a Maynard en el pecho, le rozó el hombro. Él cayó sobre el petate de obuses, ya medio vacío. Su pistola, sin disparar, fue a caer entre unos arbustos, donde quedó prendida por el guardamonte.

—¡Hermano! —exclamó—. ¡Me ha disparado! ¡Esa mujer me ha disparado!

Low soltó la bazuca y agarró el fusil que tenía al lado. Con uno de los dos fuera de combate, Van pudo concentrarse en el que quedaba. Afianzó la empuñadura de la pistola en el centro de su busto, considerable, y apretó el gatillo. La boca de Little Low estalló, le salieron los sesos por detrás del

cráneo, y con su último aliento aspiró sus propios dientes.

—¡Low! —exclamó Maynard—. ¡Hermano!

Agarró el arma, que colgaba entre los arbustos, pero antes de que pudiera empuñarla le aferró la muñeca algo más parecido a una esposa de hierro que a una mano humana.

—Deberías saber que no te conviene apuntar a una campeona de pulsos, ni siquiera cuando lleva sin dormir una semana —dijo Van con una voz extrañamente afable, y retorció la muñeca a May. En el interior de esta se oyó un ruido semejante al de unas ramas pequeñas al partirse.

May lanzó un alarido. El arma cayó de su mano, y Van la apartó con el pie.

—Le has pegado un tiro a Low —balbuceó Maynard—. ¡Lo has matado!

—Exacto. —A Van le zumbaba la cabeza; le palpitaba la cadera; se sentía como si se hallara de pie sobre una cubierta en aguas revueltas. Había llegado casi al final de su considerable resistencia, y lo sabía. Así y todo, el espectáculo había sido más provechoso que suicidarse, de eso no cabía duda. Pero ¿entonces qué?

May, por lo visto, se formulaba la misma pregunta.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

No puedo atarlo, pensó Van. No tengo nada con que atarlo. ¿Voy a quedarme dormida y a dejarlo marchar sin más? ¿Probablemente después de pegarme varios tiros mientras formo el capullo?

Van miró hacia la cárcel, donde una autocaravana aplastada y un buldócer en llamas obstruían la puerta principal. Reflexionó acerca de la brecha que había abierto el primer obús en el módulo C, donde había docenas de mujeres dormidas, indefensas en sus capullos. ¿Cuántas habrían muerto a manos de aquellos dos gilipollas con el cerebro asado?

—¿Tú cuál eres? ¿Lowell o Maynard?

—Maynard, señora. —Intentó sonreír.

—¿Eres el tonto o el listo?

Él ensanchó la sonrisa.

—El tonto, sin duda. Dejé el colegio en séptimo. Siempre hago lo que Lowell me dice.

Van le devolvió la sonrisa.

—Bueno, me parece que te dejaré marchar, Maynard. Si no hay ofensa, no hay delito. Ahí abajo tienes una furgoneta. He echado un vistazo y las llaves están en el contacto. Creo que podrías haber llegado casi a Carolina del Sur a mediodía, si vas a buena marcha. ¿Por qué, entonces, no te pones en camino antes de que cambie de idea?

—Gracias, señora.

May echó a trotar entre las lápidas del pequeño cementerio. Van se planteó brevemente cumplir su promesa, pero casi con toda probabilidad él volvería sobre sus pasos y la encontraría dormida junto a su hermano muerto. Incluso si no lo hacía, poco antes los dos hermanos se reían a carcajadas de su miserable emboscada como niños que lanzaran pelotas de béisbol contra botellas de madera en una feria. No se atrevió a dejarlo ir muy lejos, porque no se fiaba ya de su puntería.

Al menos no se dará cuenta de lo que le ha pasado.

Van levantó la pistola de Meshaum y —no sin pesar— metió una bala en la espalda de May.

—Uf —fue la última palabra de Maynard en la madre tierra cuando cayó de bruces en una pila de hojas secas.

Van se sentó, se recostó contra una lápida inclinada —tan antigua que el nombre que tenía grabado casi había desaparecido por completo— y cerró los ojos. Se sentía mal por haber disparado contra un hombre por la espalda, pero una creciente oleada de sueño ahogó rápidamente ese sentimiento.

Qué grato fue rendirse.

Las hebras empezaron a brotar de su piel. Se agitaron hermosamente en la brisa matutina. Iba a ser otro precioso día en la montaña.

13

Supuestamente el cristal era blindado, pero los disparos a corta distancia del M4 de Willy desencajaron del marco la ventana del despacho de Clint. Clint se descolgó hasta el interior y aterrizó en su escritorio (tuvo la sensación de haber estado allí redactando informes y evaluaciones en otra vida). Oyó chillidos y voces procedentes del gimnasio, pero de momento no podía ocuparse de eso.

Se volvió para ayudar a Willy y vio al anciano apoyado en la pared del edificio con la cabeza gacha. Su respiración era ronca y rápida.

Willy levantó los brazos.

—Espero que tenga fuerzas para llevarme adentro, doctor, porque yo no voy a poder colaborar demasiado.

—Primero deme el arma.

Willy le entregó el M4. Clint lo dejó en su mesa junto con su propia arma, encima de una pila de formularios de informes de buena conducta. A continuación cogió a Willy de las manos y tiró. Al final, el anciano sí colaboró, apuntalando los zapatos de faena en el muro por debajo de la ventana e impulsándose, tanto que prácticamente entró volando. Clint cayó de espaldas. Willy aterrizó sobre él.

—Esto es lo que yo llamaría una situación condenadamente íntima — comentó Willy. Hablaba con voz forzada y su aspecto era aún peor que antes, pero sonreía.

—En ese caso, será mejor que me llame Clint. —Puso a Willy en pie, le

entregó el M4 y cogió su arma—. Movamos el culo y vayamos a la celda de Evie.

—¿Qué vamos a hacer cuando lleguemos?

—Ni idea —contestó Clint.

14

Drew T. Barry no podía dar crédito a lo que veía: dos mujeres que parecían cadáveres y Elmore Pearl con la boca muy abierta, como una caverna. Daba la impresión de que la mandíbula le descansaba en el pecho.

Pearl, tambaleante, se apartó de la criatura que lo tenía sujeto. Dio casi una docena de pasos antes de que Maura lo agarrara por el cuello de la camisa, empapada de sudor. Ella lo atrajo hacia sí y le hundió el pulgar en el ojo derecho. Se oyó un chasquido, como el de una botella al descorcharse. Un líquido viscoso resbaló por la mejilla de Pearl, y su cuerpo quedó inerte.

Kayleigh se volvió hacia Don Peters con movimientos espasmódicos, como un juguete casi sin cuerda. Don supo que debía echar a correr, pero parecía haberse adueñado de él una extraordinaria lasitud. Me he dormido, razonó, y esta es la peor pesadilla del mundo. Tiene que serlo, porque esa es Kayleigh Rawlings. No hace ni un mes que presenté un informe de mala conducta de esa zorra. Dejaré que llegue hasta mí y entonces despertaré.

Drew T. Barry, cuyo trabajo de toda la vida conllevaba imaginar lo peor que podía ocurrirle a una persona, ni se planteó la clásica hipótesis «debo de estar soñando». Aquello estaba ocurriendo, por más que pareciera algo salido de esa serie en la que personas muertas y putrefactas volvían a la vida, y él tenía toda la intención de sobrevivir.

—*¡Agáchese!* —ordenó a voz en grito.

Tal vez Don no habría seguido esa indicación si en ese preciso momento no hubiese detonado el explosivo plástico en el otro extremo de la cárcel. En realidad, más que agacharse se cayó, pero eso ya valió: Kayleigh, en lugar de hincarle los dedos en la carne blanda de la cara, dio un manotazo al duro caparazón de plástico del casco de fútbol. A eso siguió un disparo, amplificado a niveles colosales en el gimnasio vacío, y el balazo a quemarropa del Weatherby —arma capaz de detener a un elefante literalmente— surtió efecto en Kayleigh. Su garganta estalló, así sin más, y la cabeza le cayó hacia atrás, totalmente hacia atrás. Su cuerpo se desmoronó.

Maura arrojó a Elmore a un lado y se abalanzó hacia Don, una mujer del saco que abría y cerraba las manos, las abría y las cerraba.

—¡Dispárele! —gritó Don. Se le aflojó la vejiga y la orina caliente le corrió por las piernas y le empapó los calcetines.

Drew T. Barry se planteó no hacerlo. Peters era un idiota, un verdadero peligro, y las cosas les irían mejor sin él. En fin, pensó, de acuerdo. Pero después de esto, señor Celador de la Cárcel, apáñeselas usted solo.

Disparó a Maura Dunbarton en el pecho. Ella voló hasta la pista central y fue a caer junto al difunto Elmore Pearl. Permaneció allí tendida un momento y luego, tras levantarse con dificultad, se encaminó de nuevo hacia Don, pese a que sus mitades superior e inferior ya no parecían muy bien coordinadas.

—*¡Dispárele a la cabeza!* —vociferó Don (por lo visto, había olvidado que él mismo disponía de un arma)—. *¡Dispárele a la cabeza como ha hecho con la otra!*

—Haga el favor de callarse —ordenó Drew T. Barry. Apuntó y abrió un agujero en la cabeza de Maura Dunbarton que desintegró el cuadrante superior izquierdo de su cráneo.

—Dios mío —exclamó Don con voz ahogada—. Dios mío, Dios mío, Dios mío. Salgamos de aquí. Volvamos al pueblo.

Por poca simpatía que ese excelador rechoncho le inspirase, Drew T. Barry entendió el impulso de Peters de poner tierra de por medio; incluso lo compartió en cierta medida. Pero no había llegado a ser el agente de seguros de más éxito en la zona de los Tres Condados por abandonar trabajos a medias. Agarró a Don por el brazo.

—¿Drew, estaban *muertas*? ¿Y si hay más?

—Yo no veo a ninguna otra, ¿y usted?

—Pero...

—Guíeme. Vamos a buscar a la mujer a por la que hemos venido. —Y de pronto acudió a la cabeza de Drew T. Barry, como salida de la nada, una frase en francés que aprendió en el instituto—. *Cherchez la femme*.

—*Cheché ¿qué?*

—Da igual. —Drew T. Barry señaló con el rifle de gran alcance. No exactamente a Don, pero más o menos en su dirección—. Usted primero. Unos diez metros por delante bastaría.

—¿Por qué?

—Porque creo en los seguros —contestó Drew T. Barry.

Mientras Vanessa Lampley liquidaba a Maynard Griner, y Elmore Pearl sufría una improvisada intervención odontológica a manos del cadáver reanimado de Maura Dunbarton, Frank Geeary permanecía bajo el mostrador de recepción medio volcado, observando el teléfono móvil mientras **0.46** daba paso a **0.45** y luego a **0.44**. No recibiría ayuda del exterior, eso ya lo sabía. Los hombres que quedaban allí fuera habían decidido no avanzar más o se habían marchado. Si quería superar el condenado puesto de seguridad y entrar en la cárcel

propiamente dicha, tenía que actuar por su cuenta. La única alternativa era escabullirse a gatas por la puerta y confiar en que el tipo parapetado detrás del cristal blindado no le pegara un tiro en el trasero.

Deseó que nada de aquello hubiese ocurrido. Deseó estar recorriendo una de las agradables carreteras del condado de Dooling al volante de su pequeña furgoneta, buscando el mapache de compañía de alguien. Si un mapache domesticado tenía hambre, era posible atraerlo con un trozo de queso o de hamburguesa colocado en la punta de pértiga larga que Frank llamaba «el palo de las chuches» para atraparlo entonces con la red. Eso lo llevó a pensar en la pata rota del mostrador que se le clavaba en la espalda. Rodó a un lado, la agarró y la desplazó por el suelo. Tenía la longitud necesaria para llegar al balón de fútbol letal. Le complació ver por fin una esperanza.

—¿Qué hace? —preguntó Tig desde detrás del cristal.

Frank no se molestó en contestar. Si eso no daba resultado, era hombre muerto. Ensartó el balón con el extremo desigual de la pata del mostrador. Johnny Lee le había asegurado que ese material no estallararía ni siquiera arrollándolo con un camión, y el palo no lo activó. Levantó la pértiga improvisada y la apoyó justo por debajo de la ranura de la ventanilla por donde se entregaban los documentos de identidad. **0.17** dio paso a **0.16** y luego a **0.15**. Tig disparó una vez, y Frank notó pasar la bala justo por encima de los nudillos.

—Quienquiera que haya ahí, será mejor que se marche —advirtió Frank—. Hágalo ahora que aún tiene ocasión.

Siguiendo su propio consejo, Frank se arrojó hacia la puerta esperando recibir un balazo. Pero Tig no volvió a disparar.

Tig mantenía la mirada fija a través del cristal en el balón blanco ensartado en la punta de la pata del mostrador como un trozo enorme de chicle. Alcanzó a ver bien por primera vez el teléfono, en el que **0.04** dio paso a **0.03**.

Entendió en ese instante qué era aquello y qué iba a ocurrir. Salió como una flecha en dirección a la puerta que daba al pasillo principal de la cárcel. Tenía la mano en el picaporte cuando el mundo se tornó blanco.

16

Al otro lado de la puerta principal, protegido del sol, cada vez más intenso, por la autocaravana Fleetwood —que nunca volvería a llevar de acampada a Barry Holden y a su familia—, Frank sintió el temblor causado por la última explosión en el edificio gravemente dañado. Los cristales que habían sobrevivido a los estallidos anteriores gracias al refuerzo de alambre volaron en esquirlas relucientes.

—¡Vamos! —ordenó Frank a gritos—. ¡Todos los que queden, vamos! *¡Vamos a llevárnosla ahora mismo!*

Por un momento no hubo respuesta. Luego cuatro hombres —Carson Struthers, el ayudante Treat, el ayudante Ordway y el ayudante Barrows— abandonaron sus posiciones a cubierto y corrieron hacia los restos de la puerta principal de la cárcel.

Se reunieron con Frank entre el humo.

17

—Joder... la hostia —dijo entre dientes Jared Norcross.

Michaela era incapaz de hablar en ese momento, pero inconscientemente deseó con toda su alma un equipo de rodaje. Solo que un equipo no serviría de nada, ¿no? Si llegara a emitirse lo que estaba viendo, la audiencia lo

consideraría un montaje. Era necesario estar allí para creérselo. Era necesario ver a una mujer desnuda flotando a un palmo por encima de su cama con un móvil en las manos; era necesario ver las volutas verdes que se trenzaban en su pelo negro.

—¡Eh, hola! —saludó Evie alegremente, pero sin volver la cabeza. Tenía puesta casi toda la atención en el móvil—. Enseguida estoy con vosotros, pero ahora tengo un asunto importante que terminar.

Movía los dedos a tal velocidad sobre el teléfono que apenas se le veían.

—¿Jared? —Era Clint. Se lo veía asombrado y asustado—. ¿Qué haces *tú* aquí?

18

Encabezando la marcha (por poco que le gustara), Don Peters había recorrido la mitad del pasillo que llevaba a Broadway cuando Norcross y un viejo con barba y tirantes rojos salieron de entre el humo. Norcross sostenía a su compañero. El de los tirantes rojos avanzaba encorvado, despacio. Don supuso que estaba herido de bala, aunque no veía sangre. Dentro de nada sí que estaréis los dos heridos de bala, pensó Don, y levantó su fusil.

A diez metros por detrás de él, Drew T. Barry alzó también su rifle, sin saber qué había visto Peters; el humo en movimiento era muy denso, y Peters se hallaba en medio. De pronto —cuando Clint y Willy dejaban atrás la Garita y seguían por el corto pasillo del módulo A que llevaba a la celda acolchada — dos brazos blancos y largos salieron de la enfermería y agarraron a Don por el cuello. Drew T. Barry observó, atónito, que Don desaparecía como por arte de magia. La puerta de la enfermería se cerró ruidosamente. Cuando Barry corrió hacia el lugar donde Peters se encontraba hacía solo un instante y trató

de accionar el picaporte, descubrió que la puerta estaba cerrada por dentro. Escrutó por el cristal reforzado con malla de alambre y vio a una mujer —por su aspecto, acaso drogada— que sujetaba un escoplo contra la garganta de Peters. Lo había despojado del ridículo casco de fútbol, que se hallaba en el suelo, del revés, junto al arma de Peters. Este tenía el ralo cabello negro pegado al cráneo en mechones sudorosos.

La mujer —una reclusa con el uniforme de la cárcel— vio que Barry los miraba. Levantó el escoplo e hizo un gesto con él. La indicación era clara: Largo de aquí.

Drew T. Barry se planteó disparar a través del cristal, pero eso atraería a los defensores que quedaban. Recordó asimismo la promesa que se había hecho antes de disparar contra la segunda mujer del saco en el gimnasio: «Después de esto, señor Celador de la Cárcel, apáñeselas usted solo».

Dirigió a la reclusa con cara de loca un breve saludo militar y, para más seguridad, alzó el pulgar. Luego siguió avanzando por el pasillo. Pero con cautela. Peters, antes de que la mujer lo agarrara, había visto *algo*.

19

—Vaya, mira tú a quién he ido a encontrarme —dijo Angel—. Al que le gusta agarrar a las chicas de las tetas y retorcerles los pezones y frotarse contra sus traseros hasta correrse en los calzoncillos.

Cuando levantó la mano para indicar al agente de seguros que se marchara, Don se apartó, dejando un pequeño hueco entre ellos.

—Suelta ese escoplo, reclusa. Suéltalo ahora mismo y no tendré que presentar un informe.

—Esa mancha que veo en tus pantalones no es de correrte —observó Angel

—. Ahí hay demasiado líquido, incluso para un salido como tú. Te has meado, ¿eh? A mamá no le gustaría eso, ¿verdad que no?

Ante la mención de su santa madre, Don abandonó toda cautela y se precipitó hacia Angel. Ella le lanzó una estocada, y podría haber puesto fin a todo en ese mismo instante, de no ser porque Don tropezó con el casco de fútbol; en lugar de rajarle la garganta, el escoplo le abrió un profundo tajo en la frente. La sangre manó en una cortina por el rostro de Peters al tiempo que este hincaba las rodillas en el suelo.

—*¡Ay! ¡Ay! ¡Para, eso duele!*

—Ah, ¿sí? Pues a ver qué te parece esto —dijo Angel, y le asestó un puntapié en el estómago.

Parpadeando para quitarse la sangre de los ojos, Don agarró a Angel por las piernas y la derribó. Ella se golpeó el codo en el suelo y el escoplo se le escapó de entre los dedos. Don se arrastró por encima del cuerpo de Angel y alargó las manos hacia su cuello.

—No voy a follarte después de muerta —dijo él—; eso es repulsivo. Solo te asfixiaré hasta que quedes inconsciente. No te mataré hasta que haya ter...

Angel cogió el casco, trazó un amplio arco con él y se lo estampó a Don en la frente sangrante. Él se apartó llevándose las manos a la cara.

—*¡Ay, no, para, reclusa!*

Los golpes con el casco también están muy sancionados en la liga de fútbol, pensó Angel, pero como esto no se ve por televisión, supongo que no perderé ninguna yarda.

Asestó otros dos golpes con el casco a Don, y con el segundo quizá le rompió la nariz. Desde luego la tenía muy torcida. Él consiguió darse la vuelta y levantarse hasta quedar de rodillas con el trasero en alto. Decía a gritos algo así como «Para, reclusa», pero no se lo entendía bien por cómo jadeaba, el muy cerdo. Además tenía los labios reventados y la boca llena de sangre.

Salpicaba a cada palabra, y Angel recordó lo que decían de niñas cuando a alguien se le escapaba la saliva al hablar: «Vaya, vaya, si me mojas, me das una toalla».

—No más —dijo Don—. Por favor, no más. Me has roto la *cara*.

Angel tiró el casco a un lado y cogió el escoplo.

—¡Aquí tienes unas tetas con las que frotarte, funcionario Peters!

Le hundió el escoplo entre los omóplatos hasta el mango de madera.

—¡Mamá! —exclamó él.

—Vale, funcionario Peters... ¡Y aquí tienes otro para tu madre! —Arrancó el escoplo y se lo clavó en el cuello.

Don se desplomó.

Angel lo pateó unas cuantas veces. Después se sentó a horcajadas sobre él y empezó a apuñalarlo otra vez. Continuó hasta que ya no podía levantar el brazo.

Drew T. Barry llegó a la Garita y vio lo que había detenido a Peters antes de que la mujer lo agarrara: dos hombres, uno de ellos posiblemente Norcross, el cabrón arrogante que había instigado ese desastre. Rodeaba con el brazo al otro. Eso lo favorecía. No tenían ni idea de que él estaba allí, y probablemente se dirigían hacia la mujer. Para protegerla. Era una locura, teniendo en cuenta los efectivos que Geary había reunido, pero ahí estaban los daños que ya habían conseguido infligir. ¡Buenos vecinos del pueblo muertos o heridos! Merecían perder la vida por eso.

Y en ese momento salieron del humo otros dos: una mujer y un hombre más joven. Todos de espaldas a Drew T. Barry.

Aquello pintaba mejor cada vez.

—Dios santo —dijo Clint a su hijo—. Tendrías que estar escondido. — Lanzó una mirada de reproche a Michaela—. Usted debería haberse ocupado de eso.

—Ella ha hecho lo que tú le has dicho, pero yo no podía quedarme escondido —contestó Jared, adelantándose a Michaela—. Sencillamente no podía. No si hay una oportunidad de recuperar a mamá. Y a Mary. Y también a Molly. —Señaló a la mujer encerrada en la celda al final del pasillo—.

¡Mírala, papá! ¡Está *flotando*! ¿Qué es? ¿Es siquiera humana?

Antes de que Clint pudiera contestar, el teléfono de Hicks emitió una ráfaga musical seguida de un anuncio en una débil voz electrónica: «¡Enhorabuena, jugadora Evie! ¡Has sobrevivido! ¡Boom Town *es tuya!*!».

Evie cayó a la cama, bajó las piernas al suelo y se acercó a los barrotes. Clint habría pensado que a esas alturas ya nada podía sorprenderlo, pero lo asombró ver que ella tenía el vello púbico prácticamente verde. De hecho no era vello, sino una especie de vegetación.

—¡He ganado! —exclamó, muy ufana—. ¡Y justo a tiempo! Me quedaba solo el dos por ciento de batería. ¡Ya puedo morir feliz!

—No vas a morir —aseguró Clint. Pero ya no lo creía. Sí iba a morir, y cuando los efectivos restantes de Geary llegaran allí, cosa que ocurriría de un momento a otro, muy posiblemente ellos morirían con ella. Habían matado a demasiada gente. Los hombres de Frank no se detendrían.

3

Drew T. Barry rodeó con sigilo la Garita, cada vez más complacido con lo que veía. A menos que algunos de los defensores siguieran ocultos en las celdas, el resto de los miembros del conciliábulo de Norcross estaban al final de ese pasillo, agrupados como bolos en una bolera. No tenían dónde esconderse ni por dónde huir. Excelente.

Alzó el Weatherby... y notó en la garganta la presión de un escoplo, justo por debajo del ángulo de la mandíbula.

—No, no, no —dijo Angel con la voz de una alegre maestra de primaria. Tenía la cara, la casaca y el holgado pantalón salpicados de sangre—. Muévete, y te corto la yugular. La hoja está apoyada justo en ella. La única

razón por la que no te he matado ya es que me has dejado terminar lo mío con el funcionario Peters. Pon esa arma de cazar elefantes en el suelo. No te agaches, solo suéltala.

—Señora, es un arma muy valiosa —dijo Drew T. Barry.

—Pregúntame si me importa un carajo.

—Podría dispararse.

—Correré el riesgo.

Drew T. Barry soltó el rifle.

—Ahora dame la otra que llevas colgada al hombro. No intentes nada raro.

Desde detrás de ellos:

—Señora, sea lo que sea lo que tiene apoyado contra la garganta de ese hombre, apártelo.

Angel lanzó una ojeada por encima del hombro y vio que la apuntaban cuatro o cinco hombres con fusiles. Les sonrió.

—Podéis dispararme, pero este morirá conmigo. Eso os lo juro.

Frank se quedó indeciso. Drew T. Barry, con la esperanza de vivir un poco más, entregó el M4 de Don.

—Gracias —dijo Angel, y se colgó el arma al hombro. Dio un paso atrás, dejó caer el escoplo y levantó las manos a ambos lados de la cara para demostrar a Frank y los demás que las tenía vacías. Luego retrocedió lentamente por el corto pasillo hacia donde Clint sostenía aún a Willy con el brazo. Mantuvo las manos en alto en todo momento.

Drew T. Barry, sorprendido de estar vivo (pero agradecido), cogió su Weatherby. Sentía cierto mareo. Supuso que cualquiera se marearía después de pasar por la experiencia de que una reclusa loca le apoyara un escoplo en la garganta. Ella le había dicho que dejara el arma... después le había permitido recogerla. ¿Por qué? ¿Para poder estar en la zona de matanza con sus amigos? Parecía la única respuesta. Demencial, pero *esa mujer* era una demente. Todos

lo eran.

Drew T. Barry decidió que correspondía a Frank Geary dar el siguiente paso. Él había iniciado aquella cagada monumental; que encontrara también él la manera de limpiarla. Eso era lo mejor, porque ante el mundo exterior, las acciones que habían llevado a cabo en la última media hora se parecían mucho a la actuación de un escuadrón de justicieros. Y había elementos de todo aquello —los cadáveres andantes del gimnasio, por ejemplo, o la mujer verde desnuda que había visto de pie junto a los barrotes unos pasos por detrás de Norcross— que el mundo exterior sencillamente no creería, con o sin Aurora. Drew T. Barry se consideraba afortunado de estar vivo, y con mucho gusto se quedaría en segundo plano. Con suerte, tal vez el mundo nunca supiese siquiera que había estado allí.

—¿Qué coño...? —dijo Carson Struthers, que había visto a la mujer verde al final de pasillo—. Eso no es lógico ni normal. ¿Qué quiere hacer con ella, Geary?

—Nos la llevaremos, y nos la llevaremos viva —respondió Frank. No se había sentido tan cansado en la vida, pero llegaría al final de aquello—. Si esa mujer de verdad es la clave de Aurora, que los médicos lo averigüen. La llevaremos a Atlanta y la entregaremos.

Willy empezó a levantar su fusil, pero despacio, como si pesara quinientos kilos. Aunque en el módulo A no hacía calor, el sudor le humedecía la redonda cara y le oscurecía la barba. Clint le quitó el fusil. En el otro extremo del pasillo, Carson Struthers, Treater, Ordway y Barrows alzaron sus armas.

—¡Eso es! —exclamó Evie—. ¡Allá vamos! ¡Tiroteo en el OK Corral! ¡Bonnie y Clyde! ¡*La jungla de cristal* en una cárcel de mujeres!

Pero antes de que el corto pasillo del módulo A pudiera convertirse en una zona de fuego cruzado, Clint dejó caer el fusil de Willy y arrebató a Angel el M4 que llevaba al hombro. Lo sostuvo por encima de la cabeza para que el

grupo de Frank lo viera. Lentamente, y con cierta reticencia, los hombres que habían levantado sus armas las bajaron.

—No, no —dijo Evie—. La gente no pagará por ver un desenlace tan lamentable como este. Tenemos que reescribir el guion.

Clint no prestó atención; estaba pendiente de Frank.

—Señor Geary, no puedo permitir que se la lleve.

En una imitación inquietantemente fiel de John Wayne, Evie dijo:

—Si haces daño a la damisela, vas a tener que rendirme cuentas, alimaña.

Frank tampoco entonces le hizo el menor caso.

—Admiro su entrega, Norcross, pero le juro que no la entiendo.

—Quizá no quiere entenderla —dijo Clint.

—Bueno, me parece que sí me hago una idea —contestó Frank—. Es usted quien no ve claro.

—Demasiadas chorradas de loquero en la cabeza —intervino Struthers, y el comentario arrancó unos cuantos gruñidos de risa tensa.

Frank habló con paciencia, como si aleccionase a un alumno torpe.

—Por lo que sabemos hasta ahora, ella es la única mujer del mundo que puede dormirse y volver a despertar. Sea razonable. Quiero llevársela a unos médicos que puedan examinarla y quizá encontrar la manera de remediar lo ocurrido. Estos hombres quieren recuperar a sus mujeres y sus hijas.

Ante estas palabras los invasores reaccionaron con un murmullo de conformidad.

—Apártate, pues, novato —dijo Evie, imitando todavía al Duque—. Me figuro...

—Cállate ya —la interrumpió Michaela. Evie abrió mucho los ojos, como si la hubieran abofeteado de pronto. Michaela dio un paso al frente y fijó en Frank una mirada abrasadora—. ¿Le parezco yo soñolienta, señor Geary?

—Me da igual como esté usted —contestó Frank—. No hemos venido a por

usted.

Esto suscitó otro coro de conformidad.

—No debería darle igual. Estoy totalmente despierta. También lo está Angel. *Ella* nos ha despertado. Nos ha echado el aliento dentro y nos ha despertado.

—Que es lo que queremos para todas las mujeres —afirmó Frank, y eso provocó un coro de conformidad aún más sonoro. La impaciencia que Michaela advertía en los semblantes de los hombres reunidos ante ella rayaba en odio—. Si de verdad está despierta, debería entenderlo. No es ciencia aeroespacial.

—Es *usted* quien no lo entiende, señor Geary. Ella ha podido hacerlo porque Angel y yo no estábamos envueltas en capullos. Sus mujeres e hijas *sí* lo están. Tampoco eso es ciencia aeroespacial.

Silencio. Por fin Michaela había captado su atención, y Clint se permitió un rayo de esperanza. Carson Struthers pronunció una palabra muy clara:

—Chorradas.

Michaela movió la cabeza en un gesto de negación.

—Es usted estúpido y obstinado. Todos lo son, estúpidos y obstinados. Evie Black no es una mujer; es un ser sobrenatural. ¿Todavía no lo entienden? ¿Después de todo lo que ha pasado? ¿Creen que los médicos van a poder extraer el ADN de un ser sobrenatural? ¿Meterla en un tubo de resonancia magnética y descubrir cómo *funciona*? ¡Todos los hombres que han muerto aquí han muerto por nada!

Peter Ordway levantó un fusil Garand.

—Podría pegarle un tiro, señora, y cerrarle la boca. Estoy tentado.

—Bájalo, Pete —ordenó Frank. Percibía el precario equilibrio de la situación, al borde del descontrol. Eran hombres armados ante un problema aparentemente irresoluble. Para ellos, la manera más fácil de afrontarlo sería

hacerlo trizas a tiros. Lo sabía porque también él se sentía así.

—¿Norcross? Ordene a los suyos que se aparten. Quiero echar un buen vistazo a esa mujer.

Clint retrocedió con un brazo alrededor de Willy Burke para sostenerlo y la otra mano entrelazada con la de Jared. Michaela flanqueaba a Jared por el otro lado. Angel se plantó desafiante ante la celda acolchada por un momento, protegiéndola con su cuerpo, pero cuando Michaela la cogió de la mano y tiró de ella con delicadeza, Angel cedió y se situó junto a ella.

—Más vale que no le hagan daño —advirtió Angel. Le temblaba la voz y tenía lágrimas en los ojos—. Más les vale, cabrones. Es una puta diosa.

Frank dio tres pasos al frente, sin saber ni preocuparle si sus hombres lo seguían. Observó a Evie durante tanto rato y con tal intensidad que Clint se volvió para mirar también.

La vegetación que antes se entretejía en su pelo había desaparecido. Su cuerpo desnudo era hermoso, pero en modo alguno extraordinario. Su vello púbico era un triángulo oscuro por encima del arranque de los muslos.

—Qué coño... —dijo Carson Struthers—. ¿No era... hace solo un momento... verde?

—Esto... encantado de conocerla por fin en persona, señora —saludó Frank.

—Gracias —contestó Evie. Al margen de su absoluta desnudez, parecía tan tímida como una colegiala. Mantenía la mirada baja—. ¿Te gusta, Frank, meter animales en jaulas?

—Solo meto en jaulas a los que lo necesitan —repuso Frank, y por primera vez desde hacía días sonrió de verdad. Si algo sabía bien, era que la vida salvaje podía verse desde dos ángulos: el peligro que un animal salvaje representaba para los demás y el peligro que los demás representaban para un animal salvaje. En general, le preocupaba más mantener a los animales a salvo

de las personas—. Y he venido para sacarla a usted de su jaula. Quiero llevarla ante unos médicos que puedan examinarla. ¿Me lo permitiría?

—Me parece que no —contestó Evie—. No encontrarían nada ni cambiaría nada. ¿Te acuerdas del cuento de la gallina de los huevos de oro? Cuando los hombres la abren, dentro solo hay entrañas.

Frank exhaló un suspiro y meneó la cabeza.

No la cree porque no quiere creerla, pensó Clint. Porque no puede permitirse *creerla*. No después de todo lo que ha hecho.

—Señora...

—¿Por qué no me llamas Evie? —dijo ella—. No me gusta tanto formalismo. Cuando hablamos por teléfono, me pareció que nos entendíamos bien. —Pero aún mantenía la mirada baja.

Clint se preguntó qué había en sus ojos que deseaba esconder. ¿Dudas sobre su misión allí? Tal vez Clint solo se hacía vanas ilusiones, pero era una posibilidad. ¿Acaso el propio Jesucristo no había rogado al Padre que apartara de él ese cáliz? Del mismo modo, supuso Clint, que Frank deseaba que los científicos del Centro de Control y Prevención de Enfermedades apartaran de él ese otro cáliz. Que examinaran los escáneres y análisis de sangre y ADN de Evie y dijeran «Ajá».

—Evie, pues —dijo Frank—. Esta reclusa... —Ladeó la cabeza hacia Angel, que lo miraba con ira—. Dice que eres una diosa. ¿Es verdad?

—No —contestó Evie.

Al lado de Clint, Willy empezó a toser y se frotó el lado derecho del pecho.

—Esta otra mujer... —Esta vez inclinó la cabeza en dirección a Michaela—. *Ella* dice que eres un ser sobrenatural. Y... —A Frank no le gustaba la idea de decirlo en voz alta, de acercarse a la furia que eso podía provocar, pero debía hacerlo—. Y sabías cosas sobre mí que no tenías forma de saber.

—¡Además flota! —prorrumpió Jared—. Puede que ya lo haya notado.

¡Levita! ¡Yo lo he visto! ¡Todos lo hemos visto!

Evie se volvió hacia Michaela.

—Te equivocas sobre mí, ¿sabes? Soy una mujer, y como cualquier otra en casi todos los sentidos. Como las mujeres a quienes estos hombres aman. Aunque la palabra «amor» es peligrosa en labios de los hombres. Muy a menudo no quieren decir lo mismo que las mujeres cuando la pronuncian. A veces quieren decir que matarán por ese amor. Otras veces, cuando la pronuncian, no quieren decir prácticamente nada. Cosa, claro, que la mayoría de las mujeres acaba descubriendo. Algunas con resignación, muchas con pesar.

—Cuando un hombre dice que te quiere, significa que desea meter el pito debajo de tus bragas —apuntó Angel servicialmente.

Evie volvió a centrar la atención en Frank y los hombres que se hallaban detrás de él.

—Las mujeres a las que os proponéis salvar viven en este mismo momento en otro lugar. Vidas en general felices, aunque por supuesto casi todas echan de menos a sus hijos y algunas echan de menos a sus maridos y padres. No diré que nunca se comporten mal, no son santas ni mucho menos, pero por lo regular viven en armonía. En ese mundo, Frank, nadie tira de la camiseta preferida de su hija ni le grita a la cara, ni la avergüenza ni la aterroriza traspasando la pared de un puñetazo.

—¿Están vivas? —preguntó Carson Struthers—. ¿Lo juras, mujer? ¿Lo juras por Dios?

—Sí —contestó Evie—. Lo juro por vuestro dios y por todos los dioses.

—Entonces ¿qué tenemos que hacer para recuperarlas?

—No palparme ni pincharme ni sacarme sangre. Nada de eso daría resultado aunque os lo permitiera.

—¿Y qué daría resultado?

Evie abrió los brazos. Sus ojos titilaron, sus pupilas se agrandaron hasta convertirse en diamantes negros, los iris pasaron de verde claro a ámbar resplandeciente, como los ojos de un gato.

—Matadme —contestó—. Matadme, y despertarán. Todas las mujeres de la tierra. Os lo juro.

Como un hombre en un sueño, Frank levantó su fusil.

4

Clint se colocó delante de Evie.

—¡No, papá, no! —exclamó Jared.

Clint no le hizo caso.

—Miente, Geary. Quiere que usted la mate. No toda ella... creo que parte de ella ha cambiado de idea... pero es lo que ha venido a hacer aquí. Lo que la han mandado a hacer aquí.

—Ya solo falta que diga que quiere que la crucifiquen —comentó Pete Ordway—. Apártese, doctor.

Clint no obedeció.

—Esto es una prueba. Si la superamos, tendremos una oportunidad. Si no, si hacen ustedes lo que ella prevé que hagan, la puerta se cierra. Este será un mundo de hombres hasta que todos los hombres hayan desaparecido.

Se acordó de las peleas que había tenido de niño, no los combates por batidos, no eso, sino las peleas por un poco de sol y espacio... un puto hueco donde *respirar*. Donde crecer. Se acordó de Shannon, su vieja amiga, que había contado con él para que la sacara de ese purgatorio en igual medida que él había contado con ella. Clint había hecho las cosas lo mejor que sabía, y ella se había acordado. ¿Por qué, si no, le había puesto su apellido a su hija?

Pero él seguía estando en deuda. Con Shannon, por ser su amiga. Con Lila, por ser su amiga y su mujer y la madre de su hijo. ¿Y aquellos que se hallaban con él, allí frente a la celda de Evie? También tenían mujeres con las que estaban en deuda... Sí, incluso Angel. Había llegado el momento de saldar esa deuda.

La pelea que él buscaba había terminado. Clint comprendió que lo habían derribado y no había ganado nada.

Todavía no.

Tendió las manos a los lados, con las palmas hacia arriba, e hizo una seña. Los últimos defensores de Evie se acercaron y formaron una hilera frente a su celda, incluso Willy, que parecía a punto de desmayarse. Jared permaneció junto a Clint, y Clint apoyó una mano en el cuello de su hijo. Luego, muy despacio, cogió el M4. Se lo entregó a Michaela, cuya madre dormía en un capullo no muy lejos de donde se encontraban en ese momento.

—Escúcheme, Frank. Evie nos ha dicho que si no la matan, si la dejan ir sin más, existe una posibilidad de que las mujeres vuelvan.

—Miente —dijo Evie, pero Frank no la veía y percibió algo en su voz que le dio que pensar. Parecía angustia.

—Basta ya de chorradas —dijo Pete Ordway, y escupió en el suelo—. Hemos perdido a muchos buenos hombres para llegar hasta aquí. Llévemonosla, y punto. Ya decidiremos después el siguiente paso.

Clint levantó el fusil de Willy. Lo hizo a su pesar, pero lo hizo.

Michaela se volvió hacia Evie.

—Quiquiera que te haya enviado aquí piensa que así es como resuelven los hombres sus problemas. ¿Me equivoco?

Evie no contestó. Michaela intuyó que la extraordinaria criatura encerrada en la celda acolchada se debatía de un modo que ella misma no había previsto al aparecer en el bosque por encima de aquella caravana oxidada. Porque allí era donde había empezado aquello. Michaela había estado allí y no le cabía la

menor duda.

Se volvió de nuevo hacia los hombres armados, que habían recorrido ya medio pasillo. Los encañonaban con sus armas. A esa distancia destrozarían con sus balas al pequeño grupo plantado ante la extraña mujer.

Michaela alzó el arma.

—No tiene por qué ocurrir así. Demuéstrenle que no tiene por qué.

—¿Y para eso qué tenemos que hacer? —preguntó Frank.

—Dejar que vaya al sitio de donde ha venido —contestó Clint.

—Por nada del mundo —intervino Drew T. Barry, y fue entonces cuando a Willy Burke le fallaron las rodillas y se desplomó, ya sin respiración.

5

Frank entregó su fusil a Ordway.

—Necesita reanimación cardiopulmonar. Hice el curso el verano pasado...

Clint apuntó a Frank al pecho con su fusil.

—No.

Frank lo miró atónito.

—Oiga, ¿está usted loco?

—Atrás —dijo Michaela, encañonando a Frank con su arma. Ignoraba qué se proponía Clint, pero sospechaba que estaba jugando la última baza de su mano. De *nuestra* mano, pensó.

—Matémoslos a todos —propuso Carson Struthers. Parecía al borde la histeria—. A esa mujer demonio también.

—*Quietos* —ordenó Frank. Volviéndose hacia Clint, preguntó—: ¿Va a dejarlo morir? ¿Eso qué demostraría?

—Evie puede salvarlo —dijo Clint—. ¿No, Evie?

La mujer de la celda guardó silencio. Tenía la cabeza gacha y el pelo le ocultaba el rostro.

—Geary... si lo salva, ¿la dejará ir?

—¡Ese viejo soplapollas está fingiendo! —exclamó Carson Struthers—. ¡Esto es un montaje que han planeado!

—¿Puedo solo comprobar si...? —empezó Frank.

—De acuerdo, sí —dijo Clint—. Pero deprisa. Los daños cerebrales se producen al cabo de tres minutos, y no creo que ni siquiera un ser sobrenatural pueda invertir eso.

Frank se acercó apresuradamente a Willy, apoyó una rodilla en el suelo y palpó la garganta del viejo con los dedos. Miró a Clint.

—Se le ha parado el reloj. Debería iniciar ya mismo la maniobra de reanimación.

—Hace un minuto estabas dispuesto a matarlo —gruñó Reed Barrows.

El agente Treat, que creía haberlo visto todo en Afganistán, soltó un gemido.

—No entiendo nada de esto. Díganme qué hace falta para recuperar a mis hijas y lo haré. —No estaba claro a quién exactamente había dirigido esas palabras.

—Nada de maniobra de reanimación. —Clint se volvió hacia Evie, que permanecía con la cabeza gacha. Lo cual, pensó, era bueno, porque así no podía evitar ver al hombre caído en el suelo—. Este es Willy Burke. Su país le exigió que sirviera, y sirvió. Hoy día sale con el departamento de Bomberos Voluntarios a combatir los incendios en la maleza en primavera. Lo hacen sin remuneración. Ayuda en todas las cenas que Ladies Aid organiza para familias indigentes sin ningún apoyo público por la tacañería del estado. Entrena al equipo de la liga juvenil Pop Warner en otoño.

—Además era un buen entrenador —aseguró Jared con la voz empañada por el llanto.

Clint prosiguió.

—Cuidó de su hermana durante diez años cuando le diagnosticaron un alzhéimer precoz. Le daba de comer, iba a buscarla cuando a ella le entraba la necesidad de vagar por ahí, le cambiaba los pañales sucios. Vino aquí a defenderte porque quería hacer lo correcto por ti y por su conciencia. Nunca ha hecho daño a una mujer en su vida. Ahora se está muriendo. Puede que permitas que eso ocurra. Al fin y al cabo, solo es un hombre más, ¿no?

Alguien tosía a causa del humo procedente de Broadway. Por un momento no se oyó nada, y de pronto Evie Black chilló. Las bombillas reventaron tras las rejillas de las lámparas del techo. Las puertas de las celdas que estaban cerradas se abrieron de repente y se cerraron con un sonido semejante a los aplausos de un montón de manos de hierro. Varios de los hombres del grupo de Frank gritaron, uno de ellos con el timbre tan agudo que podría haber sido la voz de una niña de seis o siete años.

Ordway se dio media vuelta y echó a correr. Sus pisadas resonaron en los pasillos de hormigón.

—Levantadlo —dijo Evie.

La puerta de su celda se había abierto junto con las demás. Es decir, si había estado cerrada en algún momento. Clint no tenía la menor duda de que podría haberse marchado cuando hubiese querido durante la última semana. Las ratas habían sido parte de su teatro.

Clint y Jared Norcross incorporaron la figura inerte de Willy. Pesaba mucho, pero Evie lo sujetó como si no fuera más que una bolsa de plumas de oca.

—Has apelado a mi corazón —dijo a Clint—. Eso es una crueldad, doctor Norcross. —Habló con voz solemne, pero a Clint le pareció ver un asomo de humor en su mirada. Quizá incluso de alegría. Rodeó la considerable cintura de Willy con el brazo izquierdo y le colocó la mano derecha en el cabello

empapado de sudor y apelmazado de la nuca. A continuación apretó su boca contra la de él.

Willy se estremeció de arriba abajo. Alzó los brazos y rodeó la espalda de Evie. Por un momento el viejo y la joven permanecieron unidos en un estrecho abrazo. Luego ella lo soltó y retrocedió.

—¿Cómo te encuentras, Willy?

—Estupendamente —contestó Willy Burke. Se irguió.

—Dios mío —dijo Reed Barrows—. Parece veinte años más joven.

—No me besaban así desde el instituto —comentó Willy—, si es que alguna vez me han besado así. Señora, creo que me ha salvado la vida. Le doy las gracias por eso, pero me parece que el beso ha sido aún mejor.

Evie empezó a sonreír.

—Me alegro de que lo hayas disfrutado. A mí también me ha gustado, aunque no tanto como ganar al *Boom Town*.

A Clint ya no le hervía la sangre; el agotamiento y el último milagro de Evie se la habían enfriado. Vio la ira que sentía hacía solo un momento como quien ve a un intruso que ha irrumpido en su casa y ha desordenado la cocina al prepararse un desayuno desmesurado y opíparo. Se sintió triste y pesaroso y muy cansado. Solo deseaba poder marcharse a casa, sentarse al lado de su mujer, compartir el espacio con ella y no tener que pronunciar una sola palabra.

—Geary —dijo Clint.

Frank tardó un momento en volverse para mirarlo, como un hombre que se sacude de encima el aturdimiento.

—Déjela ir. Es la única posibilidad.

—Puede ser, pero ni siquiera eso es seguro, ¿verdad?

—No —confirmó Clint—. ¿Qué lo es en esta puta vida?

En ese momento intervino Angel.

—Malos tiempos y buenos tiempos —dijo—. Malos tiempos y buenos. Todo lo demás no es más que mierda de caballo en el establo.

—Pensaba que esto se alargaría al menos hasta el jueves, pero... —Evie se echó a reír, un sonido semejante a un campanilleo—. Me olvidaba de lo deprisa que pueden moverse los hombres cuando se obsesionan con algo.

—Desde luego —convino Michaela—. Solo hay que pensar en el Proyecto Manhattan.

6

A las ocho y diez de esa magnífica mañana, una fila de seis vehículos avanzaba por West Lavin Road mientras, detrás de ellos, la cárcel humeaba como la colilla de un puro abandonada en un cenicero. Doblaron por Ball's Hill Road. Encabezaba la marcha la Unidad Dos, con las luces de emergencia girando lentamente. Frank iba al volante. Clint ocupaba el asiento de al lado. Detrás viajaba Evie Black, allí donde estaba después de que Lila la detuviera. Entonces iba medio desnuda. En ese viaje de regreso vestía un uniforme rojo del Centro Penitenciario de Dooling.

—No sé cómo vamos a explicar esto a la policía del estado —comentó Frank—. Muchos muertos, muchos heridos.

—Ahora mismo todo el mundo está desbordado por Aurora —dijo Clint—, y probablemente la mitad de los policías ni siquiera se presentan a sus trabajos. Cuando vuelvan todas las mujeres... *si* es que vuelven... esto no le importará a nadie.

Detrás de ellos, Evie habló en voz baja.

—Les importará a las madres. A las esposas. A las hijas. ¿Quiénes creéis que limpian el campo de batalla cuando cesa el fuego?

La Unidad Dos se detuvo en el camino que conducía a la caravana de Truman Mayweather, donde todavía ondeaba la cinta amarilla con el rótulo **ESCENARIO DE UN CRIMEN**. Los otros vehículos —dos coches patrulla, dos automóviles civiles y la furgoneta de Carson Struthers— pararon detrás de ellos.

—¿Ahora qué? —preguntó Clint.

—Ya veremos —dijo Evie—. En el supuesto de que alguno de estos hombres no cambie de idea y acabe matándome, claro.

—Eso no ocurrirá —contestó Clint, no tan convencido como aparentaba.

Se oyeron portazos. Por el momento el conductor y los dos pasajeros de la Unidad Dos permanecieron en sus sitios.

—Dime una cosa, Evie —dijo Frank—. Si eres solo la emisaria, ¿quién está al frente de este rodeo? ¿Alguna... no sé... *fuerza vital*? ¿La Gran Madre Tierra, tal vez, pulsando el botón de reinicio?

—¿Te refieres a la Gran Lesbiana del cielo? —preguntó Evie—. ¿Una deidad baja y obesa con pantalón malva y zapatos cómodos? ¿No es esa la imagen que se forman la mayoría de los hombres cuando creen que una mujer intenta gobernar sus vidas?

—No lo sé. —Frank se sentía apático, extenuado. Echaba de menos a su hija. Incluso echaba de menos a Elaine. Ignoraba en qué había quedado su ira. Era como si se le hubiese roto el bolsillo y se le hubiera caído algo en el camino—. ¿Y a ti qué te viene a la cabeza cuando piensas en los hombres, listilla?

—Armas —contestó ella—. Arrogancia. Anteojeas. Vergüenza y desvergüenza. Y más armas. Clint, parece que estás puertas no tienen

tiradores.

—No permitas que eso sea un obstáculo para ti —respondió él.

No lo permitió. Una de las puertas traseras se abrió, y Evie Black se apeó. Clint y Frank la siguieron, uno a cada lado, y Clint se acordó de las clases de catequesis a las que lo habían obligado a asistir en algún hogar de acogida: Jesús en la cruz, con el hombre malo sin fe a un lado y el buen ladrón al otro, el que según el mesías moribundo no tardaría en reunirse con él en el paraíso. Clint recordó haber pensado que aquel pobre desdichado posiblemente se habría conformado con la libertad condicional y una cena a base de pollo.

—Desconozco qué fuerza me ha enviado aquí —dijo Evie—. Solo sé que fui emplazada, y...

—Viniste —concluyó Clint.

—Sí. Y ahora volveré.

—Y *nosotros* ¿qué hacemos? —preguntó Frank.

Evie se volvió hacia él, y ya no sonreía.

—Haréis la tarea normalmente reservada a las mujeres. Esperaréis. —Respiró hondo—. ¡Qué limpio huele el aire después de esa cárcel!

Pasó por delante del grupo de hombres como si no estuvieran allí y cogió a Angel por los hombros. Angel la miró con un brillo en los ojos.

—Lo has hecho bien —dijo Evie—, y te lo agradezco de todo corazón.

—¡Te quiero, Evie! —prorrumpió Angel.

—Yo también te quiero —contestó Evie, y la besó en los labios.

Evie se encaminó hacia las ruinas del cobertizo de meta. Más allá estaba sentado el zorro, con la cola enroscada en torno a las patas, jadeando y mirándola con los ojos relucientes. Ella lo siguió, y después los hombres la siguieron a ella.

—Papá —dijo Jared en voz muy baja, poco más que un susurro—. ¿Lo ves? Dime que lo ves.

—Dios mío —exclamó el ayudante Treat—. ¿Y *eso* qué es?

Miraban asombrados el árbol, con sus numerosos troncos trenzados y sus bandadas de aves exóticas. Alcanzaba tal altura que no se veía la copa. Clint percibió una fuerza que irradiaba de él como una potente corriente eléctrica. El pavo real desplegó la cola para admiración de todos ellos, y cuando el tigre apareció por el otro lado, rozando con el vientre la hierba alta, varios levantaron sus armas.

—*¡Bajad esas armas!* —ordenó Frank a voz en grito.

El tigre se tendió y los escrutó a través de la hierba con sus extraordinarios ojos. Los hombres bajaron las armas. Todos menos uno.

—Esperad aquí —dijo Evie.

—Si vuelven las mujeres de Dooling, ¿volverán todas las mujeres de la tierra? —preguntó Clint—. ¿Así funciona?

—Sí. Las mujeres de este pueblo representan a todas las mujeres, y deben volver todas vuestras mujeres. Por ahí. —Señaló una hendidura en el Árbol—. Si una sola se niega... —No tuvo que terminar. Unas mariposas se acercaron y aletearon en torno a su cabeza formando una especie de diadema.

—¿Por qué habrían de querer quedarse? —preguntó Reed Barrows, al parecer sinceramente perplejo.

La carcajada de Angel sonó tan áspera como el graznido de un cuervo.

—Yo tengo una pregunta mejor: si han construido algo bueno, como dice Evie, ¿por qué habrían de querer marcharse?

Evie se dirigió hacia el Árbol, se oía el roce de la hierba alta contra su pantalón rojo, pero se detuvo al percibir un chasquido cuando alguien insertó

un cartucho en la recámara de un rifle. Un Weatherby, como se vio. Drew T. Barry era el único hombre que no había bajado su arma cuando Frank lo ordenó, pero no apuntaba a Evie. Apuntaba a Michaela.

—Usted vaya con ella —indicó.

—Bájela, Drew —ordenó Frank.

—No.

Michaela miró a Evie.

—¿Puedo acompañarte a dondequiera que sea? ¿Sin estar en uno de esos capullos?

—Por supuesto —contestó Evie.

Michaela se volvió hacia Barry. Ya se la veía asustada; fruncía la frente en una expresión de perplejidad.

—Pero ¿por qué?

—Llamémoslo seguro —contestó Drew T. Barry—. Si está diciendo la verdad, a lo mejor usted puede convencer a su madre, y quizá su madre pueda convencer a las demás. Creo firmemente en los seguros.

Clint vio que Frank levantaba una pistola. Barry tenía la atención puesta en las mujeres, y habría sido un disparo fácil, pero Clint negó con la cabeza.

—Ya ha habido bastantes muertes —dijo en voz baja.

Además, pensó, posiblemente el señor Doble Indemnización está en lo cierto.

Evie y Michaela pasaron junto al tigre blanco hacia la hendidura del Árbol, donde el zorro las esperaba sentado. Evie entró sin vacilar y se perdió de vista. Michaela sí vaciló, y luego la siguió.

Los supervivientes del grupo que había atacado la cárcel y los supervivientes del grupo que la había defendido se dispusieron a esperar. Al principio se pasearon de acá para allá, pero al cabo de un rato, al ver que no ocurría nada, casi todos se sentaron entre la hierba alta.

No así Angel. Ella iba de un lado a otro, como si no pudiera llegar a cansarse de estar fuera de los confines de su celda, y del taller de carpintería, y la Garita, y Broadway. El tigre dormitaba. En cierto momento Angel se acercó a él, y Clint contuvo la respiración. Estaba realmente loca.

El animal levantó la cabeza cuando Angel osó acariciarle el lomo, pero a continuación aquella cabeza enorme volvió a posarse en las patas, y aquellos ojos prodigiosos se cerraron.

—*¡Ronronea!* —los informó ella alzando la voz en un tono que parecía exultante.

El sol ascendió hasta lo alto de la bóveda celeste, y dio la impresión de que se detenía allí.

—Dudo que eso llegue a pasar —dijo Frank—. Y si no pasa, lamentaré durante el resto de mi vida no haberla matado.

—No creo que la cuestión se haya decidido todavía.

—Ah, ¿no? ¿Cómo lo sabe?

Fue Jared quien contestó. Señaló el Árbol.

—Porque *eso* sigue ahí. Si desaparece, o se convierte en un roble o un sauce llorón, *entonces* sí puede desistir.

Esperaron.

En el supermercado Shopwell, donde se celebraban tradicionalmente las Reuniones, Evie habló ante una numerosa concurrencia de aquellas que consideraban Nuestro Sitio su hogar. No tardó en pronunciar su alocución, que se reducía a lo siguiente: la decisión estaba en manos de ellas.

—Si os quedáis aquí, todas las mujeres, desde Dooling hasta Marrakech, aparecerán en este mundo, en el lugar donde se quedaron dormidas. Libres para empezar de nuevo. Libres para criar a sus hijos como quieran. Libres para crear la paz. Es una buena opción, o esa impresión tengo yo. Pero podéis marcharos. Y si os vais, todas las mujeres despertarán allí donde se durmieron en el mundo de los hombres. Pero debéis ir os todas.

—¿Tú qué eres? —Janice Coates, estrechando a Michaela contra sí, habló a Evie por encima del hombro de su hija—. ¿Quién te ha conferido este poder?

Evie sonrió. Una luz verde la envolvió.

—Soy solo una vieja que de momento parece joven. Y no tengo ningún poder. Al igual que el zorro, soy solo una emisaria. Sois vosotras, todas vosotras, quienes tenéis el poder.

—Bueno —dijo Blanche McIntyre—, hablemos del tema. Como un jurado. Porque supongo que eso es lo que somos.

—Sí —contestó Lila—. Pero no aquí.

No lograron reunir a todas las habitantes del nuevo mundo hasta esa tarde. Enviaron mensajeras a todos los rincones del pueblo para emplazar a las mujeres que no habían acudido al supermercado.

Partieron desde Main Street formando una columna silenciosa y subieron por Ball's Hill. A Blanche McIntyre le dolían los pies, por lo que Mary Pak la llevó en uno de los carritos de golf. Blanche, con Andy Jones, el bebé huérfano, en brazos envuelto en una manta azul, contó al pequeño una brevísima historia: «Érase una vez un hombrecito que iba de acá para allá y al que todas las mujeres del lugar querían».

Brotaban matas verdes. Hacía frío, pero estaba a punto de empezar la primavera. Casi había llegado la época del año que era en el viejo mundo cuando se marcharon de allí. Blanche se sorprendió al cobrar conciencia de ese hecho. Tenía la sensación de que había transcurrido mucho más tiempo.

Cuando abandonaron la carretera e iniciaron el ascenso por el sendero revestido de mariposas a través del bosque, apareció el zorro para guiarlas el resto del camino.

3

Una vez explicadas las condiciones de Evie a aquellas que necesitaban ponerse al corriente, Michaela Coates se subió a una caja de reparto de leche, adoptó su actitud de periodista (quizá por última vez) y contó a todas lo que había ocurrido fuera de allí.

—El doctor Norcross convenció al escuadrón de justicieros de que depusiera su actitud —dijo—. Varios hombres dieron la vida antes de que se impusiera la razón.

—¿Quiénes murieron? —preguntó una mujer levantando la voz—. ¡Dime que Micah no era uno de ellos, te lo ruego!

—¿Y Lawrence Hicks? —preguntó otra.

Siguió un barullo de voces interrogativas.

Lila alzó las manos.

—¡Señoras, señoras!

—Yo no soy una señora —refunfuñó una exreclusa llamada Freida Elkins—. Habla por ti misma, jefa.

—No puedo decirlos quiénes han muerto —prosiguió Michaela—, porque durante la mayor parte del enfrentamiento yo estaba aislada dentro de la cárcel. Sé que ha muerto Garth Flickinger, y... —Estuvo a un tris de mencionar a Barry Holden, pero vio que su mujer y sus otras hijas la miraban expectantes y le faltó el valor—. Y en esencia eso es todo lo que sé. Pero sí puedo decirlos que todos los niños y los bebés de Dooling están perfectamente. —Rogó con toda su alma que eso fuera cierto.

La concurrencia prorrumpió en vítores, hurras y aplausos.

Cuando Michaela terminó, Janice Coates ocupó su lugar para explicar que todas darían a conocer su decisión por turno.

—Personalmente —dijo—, voto con cierto pesar que volvamos. Este lugar es mucho mejor que el que abandonamos, y creo que nuestras posibilidades aquí son ilimitadas. Sin los hombres, las decisiones que tomamos son más justas, y llegamos a ellas con menos alboroto. Compartimos recursos sin tantas disputas. Apenas se dan situaciones de violencia entre los miembros de nuestra comunidad. Las mujeres me han irritado toda la vida, pero no tienen nada contra los hombres. —No mencionó lo irónico de su caso en particular, el hecho de que su propio marido, el pobre Archie, que había abandonado repentinamente esa vida a causa de un infarto prematuro, fuese un hombre muy ecuánime y sensato. Las excepciones no eran lo importante. Lo importante era

la generalidad. Lo importante era la historia.

Allí donde antes las facciones de Janice eran enjutas, se veían consumidas hasta el hueso. El cabello blanco le caía por la espalda. Sus ojos, muy hundidos en las cuencas, presentaban un brillo lejano. Michaela cayó en la cuenta de que su madre, por erguida que se mantuviese y por más que hablara con toda claridad, había enfermado. Necesitas un médico, mamá.

—Sin embargo —continuó Janice—, también me siento obligada a volver por el doctor Norcross. Ha arriesgado la vida, como los otros han arriesgado las suyas, por las mujeres de la cárcel, y dudo que otros muchos lo hubieran hecho. En relación con esto, quiero anunciaros a las mujeres que fuisteis reclusas en la cárcel que haré cuanto esté a mi alcance para que os conmuten las penas, o al menos las reduzcan. Y si queréis marcharos al monte enseguida, informaré a las autoridades de Charleston y Wheeling de que casi con toda seguridad resultasteis muertas en el ataque.

Las expresas dieron un paso al frente en bloque. Había doce menos que esa mañana. Entre ellas había desaparecido sin dejar rastro (excepto por un breve remolino de mariposas) Kitty McDavid. Ya no quedaba duda de lo que eso significaba: esas mujeres estaban muertas en los dos mundos. Los hombres las habían matado.

Sin embargo, todas las reclusas votaron en favor del regreso. Eso acaso habría sorprendido a un hombre, pero no sorprendió a la directora de la cárcel, Janice Coates, quien conocía un dato estadístico revelador: cuando las mujeres se fugaban de la cárcel, en su mayoría volvían a ser capturadas casi de inmediato, porque normalmente no se echaban enseguida al monte, como acostumbraban hacer los hombres. Las mujeres volvían a casa. Lo primero en que pensaron las exreclusas al tomar la palabra en esa última Reunión fueron los niños varones que habían quedado en ese otro mundo.

Por ejemplo, Celia Frode: Celia dijo que los hijos de Nell necesitarían los

cuidados de una madre, y aunque Celia tuviera que volver a prisión, podía contarse con que la hermana de Nell se ocupara de ellos.

—Pero la hermana de Nell no servirá de gran ayuda si está dormida, ¿no?

Claudia Stephenson habló a las presentes en voz tan baja que le pidieron que lo repitiera.

—Yo no quiero retener a nadie aquí abajo —dijo por segunda vez—. Me amoldaré a lo que la mayoría decida.

Los miembros del Primer Jueves votaron también en favor del regreso.

—Aquí se está mejor —declaró Gail en nombre de todas—; a ese respecto, Janice tiene razón. Pero en realidad no es Nuestro Sitio. Es otro sitio. Y quién sabe, quizá todo lo que aparentemente ha ocurrido allí mejore también ese lugar.

Michaela pensó que seguramente tenía razón, pero que con toda probabilidad eso no duraría. Los hombres prometían no levantar nunca la mano a sus mujeres e hijos con mucha frecuencia, y en un primer momento hablaban sinceramente, pero solo eran capaces de mantener sus promesas durante uno o dos meses, como mucho. La ira se reproducía, como un brote de malaria recurrente. ¿Por qué habría de ser distinto ahora?

Vigorosas ráfagas de aire frío agitaban la hierba alta. Bandadas de patos en formación de cuña, volviendo del sur deshabitado, cruzaban la bóveda azul por encima de la multitud.

Esto parece un funeral, pensó Mary Pak. Era tan innegable como la propia muerte, cuyo brillo cegaba, cuyo frío traspasaba el abrigo y el jersey, y ponía carne de gallina.

Cuando le tocó el turno a ella, dijo:

—Yo quiero averiguar qué se siente cuando una se enamora de verdad de un chico. —Esta confesión sin duda habría roto el corazón de Jared Norcross si hubiera estado presente—. Sé que el mundo es más fácil para los hombres, y

que es un asco, y que hay desigualdades, pero quiero tener la oportunidad de llevar una vida normal como esperaba, y quizá eso sea egoísta, pero es lo que quiero, ¿vale? Puede que incluso quiera tener un bebé. Y... eso es todo. — Estas últimas palabras las pronunció entre sollozos, y bajó de la caja. A quienes acudieron a reconfortarla les indicó que se apartaran.

Magda Dubcek dijo que por supuesto ella tenía que volver. «Anton me necesita.» Su sonrisa, en su inocencia, horrorizaba. Evie vio esa sonrisa y se le partió el corazón.

(Desde un lugar a unos metros de distancia, a la vez que se rascaba el lomo contra un roble, el zorro observaba el fardo azul que era Andy Jones, arrebujado en la parte de atrás del carrito de golf. El bebé dormía profundamente, sin vigilancia de nadie. Ahí estaba, el mayor sueño de todos. Ni las gallinas, ni el puto gallinero entero, ni todos los gallineros del mundo. El bocado más delicioso: un bebé humano. ¿Se atrevía? Por desgracia no. Solo podía fantasear, pero ¡ay, qué fantasía! ¡Rosado y aromático, una carne que se deshacía como la mantequilla!)

Una mujer habló de su marido. Era un buen hombre, de verdad, de verdad lo era, hacía su parte del trabajo, la respaldaba, todo eso. Otra mujer dijo que su pareja componía canciones. No podía decirse que la relación fuera como la seda, pero había entre ellos un vínculo, una sintonía. Él era la letra; ella era la música.

Algunas simplemente añoraban su casa.

Carol Leighton, profesora de Educación Cívica en el instituto, dijo que deseaba comerse un KitKat que no estuviese rancio y sentarse en su sofá a ver una película por Netflix y cuidar de su gato.

—Mis experiencias con los hombres han sido pésimas en un cien por cien, pero no estoy hecha para empezar de cero en un mundo nuevo. A lo mejor soy una cobarde por eso, pero no puedo fingir lo que no soy.

No era la única que anhelaba las comodidades corrientes que habían dejado atrás.

Por lo general, no obstante, fueron los hijos varones lo que las atraía. Un nuevo comienzo para todas las mujeres en el mundo equivalía a una despedida para siempre de sus preciados hijos, y eso no podían soportarlo. También eso partió el corazón a Evie. Los hijos mataban a los hijos. Los hijos mataban a las hijas. Los hijos dejaban armas donde otros hijos podían encontrarlas y disparar accidentalmente contra sí mismos o contra sus hermanas. Los hijos quemaban bosques y los hijos vertían sustancias en la tierra en cuanto los inspectores de la Agencia de Protección del Medioambiente se iban. Los hijos no telefoneaban el día del cumpleaños. Los hijos no eran aficionados a compartir. Los hijos pegaban a los niños, estrangulaban a las novias. Los hijos tomaban conciencia de que ellos eran más grandes y nunca lo olvidaban. Los hijos hacían daño a una si se negaba a decir que creía sus mentiras. A los hijos les traía sin cuidado el mundo que dejaban a sus hijos o a sus hijas, por más que afirmaran que sí les preocupaba cuando llegaba el momento de hacer campaña.

La serpiente se deslizó Árbol abajo y quedó suspendida en la negrura, meciéndose ante Evie.

—He visto lo que has hecho —le dijo ella—. He visto cómo has distraído a Jeanette. Y te odio por ello.

La serpiente no respondió. Las serpientes no necesitan justificar su comportamiento.

Elaine Nutting permanecía al lado de su hija, pero no estaba presente, en realidad no lo estaba. Aún veía los ojos húmedos de la mujer muerta. Eran casi dorados, esos ojos, y muy profundos. Su expresión no era iracunda, solo insistente. Elaine no podía negar la existencia de esos ojos. Un hijo, esa mujer tenía un hijo, yo tengo un hijo.

—¿Elaine? —preguntó alguien. Le había llegado el momento de tomar una decisión.

—Debo hacer ciertas cosas —dijo Elaine. Rodeó a Nana con el brazo—. Y mi hija quiere a su padre.

Nana le devolvió el abrazo.

—¿Lila? —preguntó Janice—. ¿Y tú?

Todas se volvieron hacia ella, y Lila comprendió que podía disuadirlas si quería. Podía garantizar la seguridad de ese nuevo mundo y destruir el viejo. Le bastaría con unas palabras. Podía decir: «Os quiero, y me gusta lo que hemos hecho aquí. No lo perdamos». Podía decir: «Voy a perder a mi marido, por heroico que haya intentado ser, y no quiero perder esto». Podía decir: «Vosotras, mujeres, ya nunca seréis lo que erais, ni lo que ellos esperan, porque una parte de vosotras estará siempre aquí, donde erais de verdad libres. De ahora en adelante llevaréis Nuestro Sitio con vosotras, y por eso siempre los desconcertaréis».

Solo que, a decir verdad, ¿cuándo no habían desconcertado las mujeres a los hombres? Eran la magia con que los hombres soñaban, y a veces sus sueños eran pesadillas.

El intenso azul del cielo se había apagado. Las últimas vetas de luz eran manchas de magnesio por encima de los montes. Evie observaba a Lila, consciente de que todo estaba en sus manos.

—Sí —dijo—. Sí. Volvamos y metamos en vereda a esos tíos.

La ovacionaron.

Evie lloró.

De dos en dos, se pusieron en marcha, como si salieran del Arca de Noé varada en el monte Ararat. Blanche y el pequeño Andy, Claudia y Celia, Elaine y Nana, la señora Ransom y Platinum Elway. Cogidas de la mano, rebasaban con cuidado el gigantesco escalón formado por una raíz nudosa y se adentraban en la profunda noche del interior del Árbol. En el espacio intermedio, se producía un destello, pero era difuso, como si la fuente de luz se hallara al otro lado de un recodo... pero ¿un recodo de qué? Intensificaba las tinieblas sin revelar nada. Lo que recordaban las viajeras era ruido y una sensación de calor. Dentro del pasadizo exiguamente iluminado se producía una reverberación crepitante, una sensación de hormigueo en la piel, como el roce de unas alas de mariposa...

... y de pronto despertaban al otro lado del Árbol, en el mundo de los hombres, a la vez que se fundían los capullos... pero no había mariposas. Esta vez no.

Magda Dubcek se incorporó en la habitación de hospital adonde la policía había trasladado su cuerpo tras descubrirla dormida en la habitación junto al cadáver de su hijo. Se limpió las telarañas de los ojos, asombrada de ver a todas las mujeres de la sala levantarse de sus camas, despojarse de los jirones de sus capullos en una orgía de resurrección.

Lila vio desprenderse las lustrosas hojas del Árbol, como si este llorase. Caían al suelo y formaban montículos relucientes. Cordones de musgo resbalaban, precipitándose desde las ramas con un zumbido. Vio una cacatúa, sus maravillosas alas verdes surcadas de marcas plateadas, elevarse del Árbol y perforar el cielo; la vio penetrar en la oscuridad y dejar de existir.

Torbellinos de motas, no muy distintas de la grafiosis del olmo sobre la que Anton la había prevenido, se propagaron rápidamente por las raíces del Árbol. En el aire se percibió un olor a enfermedad, como a podredumbre. Supo que el Árbol estaba infestado, que algo lo devoraba por dentro mientras moría por fuera.

—Nos vemos allí, señora Norcross —dijo Mary Pak, y se despidió con una mano mientras llevaba a Molly de la otra.

—Llámame Lila —respondió Lila, pero Mary ya había cruzado.

El zorro trotaba detrás de ellas.

Al final quedaron Janice, Michaela, Lila y el cadáver de Jeanette. Janice cogió una pala de uno de los carritos de golf. La tumba que cavaron no tenía más de un metro de profundidad, pero Lila dudaba que importara. Ese mundo dejaría de existir en cuanto ellas se fuesen; ningún animal intentaría llegar hasta el cuerpo. Envolvieron a Jeanette con unos abrigo y le cubrieron la cara con una manta sobrante del bebé.

—Fue un accidente —dijo Janice.

Lila se agachó, cogió un puñado de tierra y lo echó sobre la figura amortajada en el hoyo.

—Eso es lo que siempre dice la poli después de disparar contra un pobre negro, una mujer o un niño.

—Iba armada.

—No tenía intención de usar el arma. Vino para salvar el Árbol.

—Lo sé —contestó Janice. Dio una palmada en el hombro a Lila—. Pero tú no lo sabías. Recuérdalo.

Una gruesa rama del Árbol gimió y se partió. Se estrelló contra el suelo en medio de un estallido de hojas.

—Daría cualquier cosa por llevármela —dijo Lila. No lloraba. De momento el llanto no estaba a su alcance—. Daría el alma.

—Creo que es hora de marcharse —instó Michaela—. Ahora que todavía podemos. —Cogió a su madre de la mano y tiró de ella hacia el Árbol.

6

Durante unos minutos Lila fue la última mujer en Nuestro Sitio. Aun así, no reflexionó sobre ese prodigio. Se había propuesto actuar con sentido práctico a partir de ese mismo momento. Centró la atención en la tierra, en la pala y en llenar la fosa. Solo después de terminar su trabajo, se internó en la oscuridad del Árbol y cruzó al otro lado. Se marchó sin mirar atrás. Si lo hacía, pensó, se le rompería el frágil corazón.

TERCERA PARTE

POR LA MAÑANA

La doncella no ha muerto; está dormida.

Evangelio según San Mateo, 9, 24

En las semanas posteriores al despertar de las mujeres, la gente, en general, veía el mundo como un deprimente juego de mesa comprado en una tienda de segunda mano: faltaban piezas, no necesariamente las importantes, pero desde luego algunas que uno habría deseado tener. Uno tenía la sensación de que, como mínimo, determinadas cartas que acaso le habrían servido para obtener la victoria no estaban.

El dolor se percibía por todas partes, como una desfiguración. Pero ¿qué hacía uno cuando perdía a su mujer, o a una hija o a su marido? A menos que fuera como Terry Coombs —y algunos lo eran—, vivía con la pérdida y seguía con la partida.

Pudge Marone, camarero y propietario del Squeaky, había perdido un trozo de sí mismo y aprendió a vivir con ello. Su pulgar derecho terminaba por debajo del nudillo. Tardó un tiempo en perder la costumbre de tender esa mano hacia el grifo de la cerveza, pero se las arregló. Más adelante recibió una oferta por el edificio de un tipo que quería abrir una franquicia de TGI Friday's. Pudge se dijo que en todo caso el Squeaky Wheel nunca se habría recobrado de Aurora, y el precio no era malo.

A ciertas personas —Don Peters, por ejemplo— no se las echó mucho de menos. Cayeron en el olvido tan absolutamente que fue como si nunca hubieran existido. Las ruinas de la vivienda de los Peters se vendieron en subasta.

Las escasas pertenencias de Johnny Lee Kronsky acabaron en una bolsa de basura, pero su sombrío apartamento sigue desocupado a día de hoy.

Van había dejado la puerta abierta al salir de la casa de Fritz Meshaum aquel último día de Aurora, y cuando él llevaba muerto uno o dos días, los buitres entraron y se sirvieron en el bufé libre. Aves menores se acercaron a llevarse los gruesos pelos de la barba roja de Fritz como material para sus nidos. Finalmente, un oso emprendedor sacó de allí los restos. A su debido tiempo, los insectos limpiaron el esqueleto y el sol blanqueó el peto. La naturaleza lo aprovechó y, como solía, logró hacer de él algo hermoso: una escultura de hueso.

Cuando Magda Dubcek descubrió lo ocurrido a Anton —la mancha de sangre en la alfombra del dormitorio lo decía casi todo—, lamentó amargamente haber votado en favor del regreso. «Qué error he cometido», se dijo demasiadas veces para contarlas, ante demasiados cubalibres para contarlos. Para Magda, su Anton no era una pieza, ni dos ni tres; para ella, era todo el juego. Blanche McIntyre intentó animar a Magda para que se implicara en el trabajo voluntario —eran muchos los niños que habían perdido a un progenitor y necesitaban ayuda— y la invitó a unirse al club de lectura, pero Magda no estaba interesada. «Aquí no hay final feliz para mí», dijo. En las largas noches de insomnio bebía y veía *Boardwalk Empire*. Cuando terminó esa serie, pasó a *Los Soprano*. Llenó sus horas vacías con las historias de hombres malvados que cometían acciones malvadas.

Para Blanche, sí hubo final feliz.

Despertó en el apartamento de Dorothy, en el suelo, donde se había quedado dormida hacía unos días, y se despojó de los restos del capullo en descomposición. Sus amigas estaban también allí, recuperando el

conocimiento y liberándose de la tela al igual que ella. Pero un cambio sí se había producido: Andy Jones. El bebé no estaba en los brazos de Blanche, como cuando había entrado en el Árbol. Dormía cerca de ella en una tosca cuna construida de ramas entrelazadas.

—Joder —dijo Dorothy—. ¡El niño! ¡Yupi!

Blanche lo interpretó como una señal. En el solar donde había ardido una casa durante Aurora, se construyó la guardería Tiffany Jones. El proyecto se financió con el dinero del plan de jubilación de Blanche, con el de su nuevo novio (que, en el caso de Willy Burke, había estado acumulándose sin intereses bajo el forro de su amarillento colchón desde 1973) y con muchas donaciones de la comunidad. Después de Aurora, por lo visto eran muchas más las personas dispuestas a la caridad. La familia Norcross fue especialmente generosa a pesar de sus dificultades. En el letrero exterior, bajo el nombre de Tiffany, se incluyó una imagen de una cuna hecha de ramas entrelazadas.

Blanche y su personal aceptaban a todos los niños de edades comprendidas entre un mes y cuatro años, fueran cuales fuesen las posibilidades económicas de los progenitores (o progenitor). Tras Aurora fueron las pequeñas empresas comunitarias como la de Blanche, financiadas y atendidas en gran parte por hombres, las que iniciaron el movimiento que condujo a la creación de un programa universal de asistencia a la infancia. Al parecer, muchos hombres comprendieron la necesidad de buscar un nuevo equilibrio.

Al fin y al cabo, habían recibido una advertencia.

Blanche pensó una o dos veces en la novela que las había llevado a reunirse aquella última noche antes de que todo cambiara: el relato de una muchacha cuya mentira alteró muchas vidas. A menudo Blanche reflexionaba sobre la penitencia que se convirtió en tan pesada carga en la vida de esa muchacha. Ella, Blanche, no tenía la sensación de merecer una penitencia así. Era una

persona decente, lo había sido siempre, muy trabajadora y buena amiga. Siempre había tratado bien a las reclusas en la cárcel. La guardería no tenía nada que ver con la expiación. Tenía que ver con la decencia. Era algo natural, evidente y esencial. Si faltaban piezas en el juego, a veces —incluso a menudo— era posible confeccionar nuevas.

Blanche conoció a Willy cuando este se presentó a la puerta de la guardería, por entonces todavía en obras, con un fajo de billetes de cincuenta dólares.

—¿Y esto qué es? —preguntó ella.

—Mi parte —respondió él.

Solo que no lo era. El simple dinero no bastaba. Si quería participar, tendría que *hacer* su parte.

—Los niños se ensucian mucho —dijo Willy a Blanche una noche cuando llevaban ya un tiempo de cortejo.

Ella estaba de pie junto a su Prius, esperando a que él terminara de arrastrar dos bolsas pesadas y transparentes de pañales usados hasta la plataforma de su furgoneta. Los llevaban a la lavandería Tiny Tot de Maylock. Blanche no tenía intención de llenar de pañales usados un vertedero. Willy había perdido peso y se había comprado tirantes nuevos. Blanche lo consideraba una monada ya antes, pero entonces, después de recortarse la barba (y aquellas cejas rebeldes), estaba directamente apuesto.

—Si te mueres antes que yo, Willy —dijo Blanche—, vamos a divertirnos con la necrológica. «Willy Burke murió haciendo lo que le gustaba. Acarreando pañales con caca a través de un aparcamiento.» —Le lanzó un beso.

Jared Norcross se ofreció voluntario para trabajar en la guardería de Tiffany Jones el verano siguiente, y a tiempo parcial durante su último curso en el instituto. Le gustaba ayudar. Los niños eran una especie de dementes —hacían castillos de tierra y lamían las paredes y se revolcaban en charcos, y precisamente entonces eran felices—, pero siempre lo fascinaba, como a muchos otros antes que él, ver con qué facilidad jugaban juntos niños y niñas. ¿Qué cambiaba, pues, más adelante? ¿Por qué un buen día se dividían en grupos de juego en esencia separados casi tan pronto como empezaban a estudiar en la escuela? ¿Era una cuestión química? ¿Genética? Jared no aceptaba esa explicación. Las personas eran más complejas; las personas tenían sistemas de raíces, y sus sistemas de raíces tenían a su vez sistemas de raíces. Presentía que en la universidad quizá deseara estudiar el comportamiento infantil y llegar con el tiempo a ser psiquiatra, como su padre.

Esas reflexiones reconfortaban a Jared y lo distraían cuando necesitaba distraerse, que era, durante esa etapa de su vida, casi todo el tiempo. El matrimonio de sus padres se venía abajo, y Mary salía con un primo mayor de Molly Ransom, una estrella del lacrosse en el instituto del condado contiguo. Los había visto juntos una vez, a Mary y a su novio. Estaban sentados a una mesa de picnic delante de una heladería, ofreciéndose sus respectivos helados. Solo habría sido más espantoso si los hubiese sorprendido en plena actividad sexual.

Molly lo abordó una vez cuando él salía de casa.

—¿Qué hay, tío? Mary y Jeff vendrán luego por aquí. ¿Te apuntas tú también? —La niña había pasado a llevar aparato y daba la impresión de que había crecido unos dos metros. Pronto los chicos que no querían jugar con ella después de clase estarían persiguiéndola quizá solo por un beso.

—Ojalá pudiera —contestó Jared.

—¿Y por qué no puedes? —preguntó Molly.

—Tengo el corazón roto —contestó Jared, y le guiñó el ojo—. Sé que nunca me amarás, Molly.

—Anda ya, por favor... Supéralo —respondió ella, y alzó la vista al cielo.

A veces sus pasos lo llevaban hasta la casa vacía donde había escondido a Mary, Molly y su madre. Mary y él habían formado un equipo entrañable, pensaba, pero ella había dejado atrás todo eso resueltamente.

—Este es ahora un mundo muy distinto, ¿sabes? —Le había dicho Mary, como si eso le sirviera de consuelo o explicara algo.

Jared se dijo que ella no tenía ni idea de qué echaba de menos, aunque tal vez no echara de menos nada, reconoció sombríamente.

4

Los capullos, como se vio, flotaban.

Tres mujeres, pasajeras del vuelo que se había estrellado en el océano Atlántico, despertaron envueltas en sus telas en una playa rocosa de Nueva Escocia. Los capullos estaban mojados, pero ellas, dentro, seguían secas. Fueron a pie hasta un puesto de salvamento vacío y llamaron al servicio de información telefónica para solicitar ayuda.

La noticia se relegó a las últimas páginas de los periódicos y las publicaciones electrónicas, si es que se dio a conocer. A la sombra del gran milagro de aquel año, esos otros menores casi carecían de interés.

5

Encontrarse a su marido muerto en un garaje lleno de gases de escape era una

manera horrenda de volver a casa.

Rita Coombs pasó algunos momentos difíciles después de eso: desesperación, terror ante la vida en soledad, y por supuesto sus propias noches de insomnio, en las que parecía que el día siguiente nunca llegaría. Terry había sido un hombre estable, inteligente y afable. El hecho de que se hubiera sumido en una depresión atroz y absoluta hasta el punto de quitarse la vida era difícil de armonizar con su experiencia al lado de quien había sido su compañero y padre de su hija. Lloró hasta que tuvo la certeza de que no le quedaban lágrimas... y entonces llegaron más lágrimas.

Una tarde la visitó un tal Geary para darle el pésame. Rita sabía —pese a que corrían historias contradictorias, y el deseo de proteger a todos los implicados había envuelto en silencio los detalles del suceso— que era Geary quien había dirigido el asalto contra la prisión, pero era un hombre amable y bien hablado. Insistió en que lo llamara Frank.

—¿Qué le pasó a mi marido, Frank?

Frank Geary contestó que, a su juicio, Terry sencillamente no había podido soportarlo.

—Todo se nos fue de las manos, y él lo sabía. Pero no podía poner fin a ese descontrol. A lo único que puso fin fue a su vida.

Ella se serenó y le planteó una de las preguntas que la atormentaban en sus noches de insomnio.

—Señor Geary... mi marido... tenía cierto problema con la bebida. ¿Acaso... estaba...?

—Sobrio en todo momento —contestó Frank. Levantó la mano izquierda, sin ningún anillo—. Le doy mi palabra. Lo juro por Dios.

Los multitudinarios estallidos de violencia y los daños causados por Aurora, más la desaparición de muchísimas mujeres, dieron lugar a una reestructuración generalizada del sector de los seguros a nivel nacional y mundial. Drew T. Barry, y el equipo de la Aseguradora Drew T. Barry, capeó el temporal tan bien como cualquier otra compañía en Estados Unidos y logró facilitar los pagos de las indemnizaciones de los seguros de vida tanto a la viuda de Nate McGee como a los padres de Eric Blass. Dado que los dos habían muerto durante un asalto no autorizado contra un centro penitenciario, no fue una hazaña pequeña, pero Drew T. Barry no era un agente de seguros mezquino.

Más fácil fue conseguir compensaciones para los parientes, cercanos y lejanos, del honorable Oscar Silver, Barry y Gerda Holden, Linny Mars, el agente Vern Rangle, el doctor Garth Flickinger, y los funcionarios Rand Quigley, Tig Murphy y Billy Wettermore, todos los cuales, podía afirmarse legítimamente, habían muerto en circunstancias cubiertas por sus respectivas pólizas. No por ello las diversas resoluciones dejaron de ser procesos largos y enrevesados. Fue un trabajo de años, trabajo a lo largo del cual el cabello de Drew T. Barry encaneció y su piel se tornó gris, y en medio de todo eso, a fuerza de contestar emails por la mañana temprano y archivar documentos ya entrada la noche, Drew T. Barry perdió el gusto por la caza. Se le antojó un pasatiempo decadente en contraposición con la seriedad de su trabajo en representación de los abandonados y los afligidos. Sentado en su puesto de observación, veía, al otro lado de su mira telescópica, un ciervo con una cornamenta de diez puntas deambular entre la niebla y pensaba: Seguro contra caso fortuito. ¿Tiene ese macho un seguro contra caso fortuito? Porque para un ciervo a eso debe de equivaler recibir un disparo, ¿no? ¿Serán atendidas sus crías? ¿Puede un macho muerto con un buen seguro generar un poco de pasta?

Claro que no, la idea era incluso más ridícula que el chiste. Así que vendió su Weatherby e intentó hacerse vegetariano, aunque no lo consiguió del todo. A veces, después de un día de brega existencial en el sector de los seguros, un hombre necesitaba una chuleta de cerdo.

La pérdida lo cambia todo. A veces eso es malo. A veces es bueno. Tanto en un caso como en otro, uno se come su maldita chuleta de cerdo y sigue adelante.

7

Debido a la falta de documentos de identidad, Lowell y Maynard Griner fueron enterrados en tumbas anónimas. Mucho más tarde, cuando el delirio de Aurora empezó a remitir (si bien nunca desapareció del todo), sus huellas dactilares se correlacionaron con los amplios historiales delictivos y se declaró muertos oficialmente a los dos hermanos. No obstante, muchos lo dudaron, sobre todo aquellos que vivían al margen de la ley. Abundaban los rumores de que Little Low y Maynard se habían instalado en el pozo de una mina abandonada, que dirigían Acapulco Gold más al sur con nombres falsos, que conducían por los montes en un Ford F150 trucado de color negro como la noche con una cabeza de jabalí encadenada a la calandra y música de Hank Williams Jr. a todo volumen en el estéreo. Un escritor galardonado que de joven había vivido en la región de los Apalaches y había huido de allí en cuanto cumplió los dieciocho, oyó algunas de esas leyendas de labios de sus parientes y las utilizó como base para un libro de cuentos infantiles ilustrado que se tituló *Los hermanos tontos y malos*. En el libro, terminaron como miserables sapos en el Pantano de la Caca.

El riachuelo que los Dorados habían represado cerca de su complejo en Hatch, Nuevo México, se desbordó, y las aguas arrancaron los edificios de la comunidad de sus cimientos. Cuando las aguas volvieron a su cauce, aquello quedó desertizado; la arena cubrió unas cuantas armas desechadas que los federales habían pasado por alto; unas cuantas hojas de la Constitución de su nueva nación, que declaraba su control sobre los terrenos y los cauces de agua de los que se habían apropiado y su derecho a portar armas y negaba al gobierno federal de Estados Unidos la prerrogativa de exigirles el pago de impuestos, quedaron ensartadas en las espinas de los cactus. Una estudiante universitaria de Botánica, de excursión por la zona para recoger especímenes de plantas autóctonas del desierto, descubrió varias de esas hojas allí clavadas.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó, y las desprendió del cactus.

La estudiante tenía molestias de estómago. Se apartó del sendero, defecó y utilizó los providenciales papeles para limpiarse.

Para proseguir la andadura hacia su pensión por treinta años de servicio, Van Lampley aceptó un empleo en la cárcel de mujeres de Curly, que fue a donde se trasladó a la gran mayoría de las presas supervivientes de Dooling. Celia Frode acabó allí, aunque por poco tiempo (libertad condicional), como también Claudia Stephenson.

En conjunto, las reclusas del Centro Penitenciario de Curly eran un grupo

intratable —muchas chicas excitables, muchas reincidentes de armas tomar—, pero Van dio la talla. Un día una joven blanca con dentadura postiza de similar, trenzas africanas y un tatuaje en la frente (decía VACÍO en letras sangrantes) preguntó a Van a qué se debía su cojera. La sonrisa burlona de la reclusa era porcina y jovial a la vez.

—Pateé más culos de la cuenta —contestó Van, una mentira inocente.

Había pateado la cantidad justa de culos exactamente. La funcionaria se remangó para enseñar el tatuaje en su poderoso bíceps izquierdo: TU ORGULLO, grabado en la lápida de una tumba con el brazo laxo. Se volvió del otro lado y se subió la otra manga. En su bíceps derecho, igualmente impresionante, tenía dibujada a tinta otra lápida. En esta se había grabado TODO TU PUTO ORGULLO.

—Vale —dijo la chica dura, ya sin sonrisa burlona—. Eres guay.

—Más te vale creerlo —contestó Van—. Y ahora andando.

A veces Van rezaba con Claudia, ordenada entonces reverenda Stephenson. Rezaban por el perdón de sus pecados. Rezaban por el alma de Ree. Rezaban por el alma de Jeanette. Rezaban por los bebés y las madres. Rezaban por todo aquello por lo que hiciera falta rezar.

—¿Qué era esa mujer, Claudia? —preguntó Van una vez.

—Aquí no se trata de qué era ella, Vanessa —respondió la reverenda Stephenson—. Se trata de qué somos nosotras.

—¿Y qué somos?

La reverenda era severa, muy distinta de la antigua Claudia, que no mataba ni una mosca.

—Personas decididas a ser mejores. Decididas a ser más fuertes. Dispuestas a hacer lo que tengamos que hacer.

El cáncer cervical que había estado desarrollándose dentro de Janice Coates habría acabado matándola, pero de algún modo el reloj al otro lado del Árbol había ralentizado su crecimiento. Además, al otro lado del Árbol, su hija se había percatado de su enfermedad. Michaela llevó a su madre a un oncólogo a los dos días de que las mujeres se despertaran, y dos días después de eso la directora de la cárcel inició un tratamiento de quimioterapia. Cuando Michaela pidió a Janice que abandonara de inmediato su trabajo, ella accedió, y permitió a su hija que lo organizara todo, cuidara de ella, la mandara al médico, a la cama y a tomar sus medicamentos con regularidad. Michaela se aseguró también de que su madre dejaba de fumar.

En la modesta opinión de Michaela, el cáncer era una mierda. Había perdido a su padre siendo este aún muy joven, y todavía intentaba superar parte de la mierda emocional que eso le había provocado. Pero la mierda abundaba. La mierda era algo que una tenía que apartar a paladas casi incesantemente si era mujer, y si era mujer en la televisión, tenía que palear el doble de deprisa. Michaela era capaz de palear el triple de rápido. No había vuelto a casa desde Washington, volcado la máquina antigua de un motero malo, permanecido despierta días y días fumando meta con Garth Flickinger y sobrevivido a un cruento conflicto armado para sucumbir luego a ningún género de mierda, ni siquiera si esa mierda era una enfermedad que en realidad afectaba a su madre.

En el transcurso de la quimio, cuando llegó el resultado de la prueba que reveló que el cáncer de Janice estaba en remisión, Michaela dijo a su madre:

—Muy bien. ¿Y qué vas a hacer ahora? Tienes que permanecer activa.

Janice contestó a Mickey que tenía toda la razón. Su primer plan: llevar a Michaela en coche a Washington. Su hija tenía que volver a trabajar.

—¿Alguna vez intentarás informar de lo ocurrido? —preguntó Janice a su hija—. ¿Una de esas cosas tipo experiencia personal?

—Lo he pensado, pero...

—¿Pero...?

Había problemas, ese era el pero. En primer lugar, la mayoría de la gente diría que las aventuras de las mujeres al otro lado del Árbol eran una gilipollez. En segundo lugar, diría que una criatura sobrenatural como Evie Black no había existido, y que Aurora se había debido a causas perfectamente naturales (aún por descubrir). En tercer lugar, si determinadas autoridades decidían que Michaela *no* estaba ensartando una gilipollez tras otra, surgirían preguntas para las que las autoridades de Dooling —en particular, la exjefa Lila Norcross— no tendrían respuesta.

Durante un par de días, Janice se quedó con su hija en la capital. Las flores de los cerezos habían desaparecido hacía tiempo. A pesar del calor, pasearon mucho. En Pennsylvania Avenue vieron el convoy del presidente, una caravana de lustrosos todoterrenos y limusinas negras. Pasó de largo sin detenerse.

—Mira. —Michaela señaló con el dedo.

—¿A quién le importa un carajo? —dijo Janice—. Es un fantoche más.

En Akron, Ohio, en el apartamento donde vivía con su tía Nancy, empezaron a llegar cheques a nombre de Robert Sorley. Las cantidades nunca eran grandes —veinte dólares por aquí, dieciséis dólares por allá—, pero iban acumulándose. Esos cheques procedían de la cuenta de una tal Elaine Nutting. En las tarjetas y cartas que acompañaban los cheques, Elaine escribía a Bobby sobre su difunta madre, Jeanette, sobre la vida de bondad, generosidad y

logros que había imaginado para él.

Aunque Bobby no la había conocido tan bien como habría deseado, y como consecuencia de su delito nunca había podido confiar del todo en ella mientras vivió, el niño quería a su madre. La impresión que, por lo visto, Jeanette había causado en Elaine Nutting convenció al niño de que su madre había sido buena.

La hija de Elaine, Nana, incluía dibujos en algunas de las cartas de su madre. Poseía verdadero talento. Bobby le pidió que, por favor, dibujara una montaña para que él pudiera mirarla y pensar en el mundo más allá de Akron, que no era un mal sitio pero era, a fin de cuentas, Akron.

Ella lo hizo. Era una montaña hermosa: arroyos, un monasterio enclavado en un valle, pájaros alrededor, nubes iluminadas desde lo alto, un sendero tortuoso que conducía hacia la ladera opuesta invisible.

«Porque lo pediste por favor», escribió Nana.

«¿Cómo no iba a pedirlo por favor? —preguntó él en su carta de respuesta—. ¿Quién no pide las cosas por favor?»

En su carta siguiente, Nana escribió: «Conozco a muchos chicos que no piden nada por favor. En esta hoja no tengo sitio para escribir los nombres de todos los chicos que conozco que no piden nada por favor».

En su contestación él escribió: «No soy uno de esos chicos».

Se convirtieron en correspondientes asiduos, y al final planearon quedar.

Y quedaron.

Clint nunca preguntó a Lila si había tenido una amante durante el tiempo que pasó al otro lado del Árbol. Era como si dentro de su marido existiera un

universo, un despliegue de planetas meticulosamente elaborados y bien diseñados colgados de alambres. Los planetas eran ideas y personas. Los exploraba y los estudiaba y acababa por conocerlos. Solo que no se movían, no rotaban, no cambiaban con el paso del tiempo, a diferencia de los cuerpos reales, los celestes y los de toda índole. Lila medio comprendió que eso, aun a sabiendas de que él en otro tiempo había llevado una vida en la que no había más que movimiento e incertidumbre, no significaba que a ella tuviera que gustarle. O que tuviera que aceptarlo.

¿Y qué sentía por haber matado a Jeanette Sorley, fuese un hecho accidental o no? Eso era algo que él nunca entendería, y las pocas veces que lo intentó, ella se alejó rápidamente, con los puños cerrados, llena de odio. No sabía exactamente qué era lo que quería, pero no era la comprensión de nadie.

Aquella primera tarde después de despertar, Lila fue en su coche patrulla directamente desde el camino de acceso de la casa de la señora Ransom hasta la cárcel humeante. Tenía aún adheridos a la piel restos de tela del capullo a medio disolverse. Organizó el levantamiento de los cadáveres de los atacantes y la recogida y eliminación de las armas y el equipamiento policial. Las ayudantes a sus órdenes en esa tarea fueron, principalmente, las reclusas del Centro Penitenciario de Dooling. Esas mujeres, presidiarias que habían renunciado a su libertad —casi todas ellas supervivientes de la violencia de género, o supervivientes de la adicción, o supervivientes de la pobreza, o supervivientes de las enfermedades mentales, o de alguna combinación de las cuatro—, estaban acostumbradas a los trabajos desagradables. Hacían lo que hubiera que hacer. Evie les había dado a elegir y ellas habían decidido.

Cuando las autoridades del estado centraron por fin la atención en el Centro Penitenciario de Dooling, la versión de los hechos se había difundido y codificado ya entre los vecinos del pueblo y la gente de la cárcel. Unos merodeadores —una Brigada del Soplete fuertemente armada— había sitiado

el recinto, y el doctor Clinton Norcross y sus funcionarios habían defendido su posición de forma heroica, con ayuda de la policía y de voluntarios como Barry Holden, Eric Blass, Jack Albertson y Nate McGee. Dado el carácter generalizado e inexplicable del fenómeno Aurora, esa noticia tuvo algo menos de interés que la de las mujeres flotantes que las olas habían arrastrado hasta Nueva Escocia.

Al fin y al cabo, se trataba solo de la región de los Apalaches.

13

—Se llama Andy. Su madre murió —dijo Lila.

Andy lloraba cuando se lo presentó a Clint. Lo había rescatado de Blanche McIntyre. Tenía el rostro enrojecido y estaba famélico.

—Voy a decir que es mío, que lo he traído yo al mundo. Así será más sencillo. Mi amiga Jolie es médico. Ya ha rellenado los papeles.

—Cariño, la gente sabrá que no has estado embarazada. No se lo creerá.

—La mayoría sí —contestó ella—, porque allí el tiempo era distinto. En cuanto al resto... me da igual.

Como Clint vio que ella hablaba en serio, alargó los brazos y aceptó al niño llorón. Meció a Andy. El llanto del pequeño se convirtió en berridos.

—Creo que le caigo bien —comentó Clint.

Lila no sonrió.

—Está estreñido.

Clint no quería un niño. Quería una siesta. Quería olvidarse de todo, la sangre y la muerte y Evie, especialmente de Evie, que había trastocado el mundo, que lo había trastocado a él. Pero la cinta de vídeo permanecía en su cabeza; siempre que quería hacer de Warner Wolf y pasar a él, las imágenes se

reproducían en bucle.

Se acordó de que Lila, aquella noche atroz en que el mundo ardía, de pronto lo informó de que nunca había deseado la piscina.

—¿Tengo voz en esto? —preguntó.

—No —contestó Lila—. Lo siento.

—No parece que lo sientas. —Lo cual era cierto.

14

A veces —normalmente por la noche, cuando yacía en vela, pero a veces incluso en las tardes más luminosas— desfilaban nombres por la cabeza de Lila. Eran los nombres de agentes de policía blancos (como ella) que habían disparado contra civiles negros inocentes (como Jeanette Sorley). Pensó en Richard Haste, que disparó contra Ramarley Graham, de dieciocho años, en el cuarto de baño del apartamento del joven en el Bronx. Pensó en Betty Shelby, que mató a Terence Crutcher en Tulsa. Sobre todo pensó en Alfred Olango, muerto a tiros a manos del agente Richard Gonsalves cuando Olango, a modo de juego, lo apuntó con un vaporizador.

Janice Coates y otras mujeres de Nuestro Sitio habían intentado convencerla de que existían razones perfectamente válidas para lo que había hecho. Esas exhortaciones podían ser ciertas o no; en cualquier caso, no servían de gran ayuda. Había una pregunta que se repetía como una cantinela enloquecedora: ¿habría dado más tiempo a una mujer blanca? Se temía muy mucho que conocía la respuesta a eso... pero era consciente de que nunca en la vida lo sabría con certeza.

Lila permaneció en el cargo hasta que se aclaró la situación con respecto a la cárcel, y luego presentó la dimisión. Llevó a Andy a la guardería Tiffany

Jones y se quedó allí para ayudar.

Clint se trasladaba a diario a Curly, una hora más de viaje. Estaba obsesionado con sus pacientes, sobre todo con las reclusas trasladadas desde Dooling que habían cruzado al otro lado, porque él era la única persona con quien podían hablar de lo que habían visto y experimentado sin temor a que las tachara de locas.

«¿Lamentas tu decisión?», les preguntaba.

Todas contestaban que no.

Su desinteresada actitud asombraba a Clint, lo acomplexaba, le quitaba el sueño y permanecía sentado en su sillón en la penumbra del amanecer. Había arriesgado la vida, sí, pero las reclusas habían entregado las suyas. Las habían obsequiado. ¿Qué grupo de hombres habría realizado un sacrificio tan unánime? Ningún grupo de hombres, esa era la respuesta, y si uno reconocía esa circunstancia, ¿no podía concluirse, Dios santo, que las mujeres habían cometido un error garrafal?

Comía en autoservicios al principio y al final del día, y el reblandecimiento que lo preocupaba esa primavera se convirtió en un saludable porche delantero en el otoño siguiente. Jared era un fantasma melancólico que rondaba en la periferia de su percepción, yendo y viniendo, a veces dirigiéndole un parco saludo o un «eh, papá». Los sueños eróticos con Evie pulverizaban cualquier serenidad real que Clint pudiera haber encontrado. Lo capturaba entre enredaderas y hacía correr el viento por su cuerpo desnudo. ¿Y el cuerpo de ella? Era una pérgola donde él creía que sería capaz de descansar, pero nunca llegaba a ella antes de despertar.

Cuando estaba en la misma habitación que el bebé, este le sonreía, como si quisiera entablar amistad. Clint le devolvía la sonrisa y luego se descubría llorando en el coche de camino al trabajo.

Una noche, incapaz de conciliar el sueño, buscó en Google el nombre de su

primer paciente, Paul Montpelier, el de la «ambición sexual». Apareció una necrológica. Paul Montpelier había fallecido hacía cinco años, después de una larga lucha contra el cáncer. No se mencionaba mujer ni hijos. ¿Qué fruto habría obtenido de aquella «ambición sexual» suya? Una necrológica muy breve y triste, por lo visto. Clint también lloró por él. Entendía que ese era un conocido fenómeno psicológico llamado *transferencia*, y no le importaba.

Una noche lluviosa, no mucho después de leer la necrológica de Montpelier, agotado de todo un día de reuniones en grupo y consultas individuales, paró en un motel de la pequeña localidad de Eagle, donde el radiador hacía ruidos y en el televisor todos salían de color verde. Tres noches más tarde, cuando Lila lo llamó al teléfono móvil para preguntarle si volvería a casa, seguía en la misma habitación. No se la notaba especialmente preocupada por la respuesta.

—Creo que estoy roto, Lila —contestó él.

Lila interpretó el significado, la amplia y envolvente derrota que transmitían sus palabras.

—Eres un buen hombre —dijo. Eso era mucho darle en ese momento. El bebé apenas dormía. Ella misma estaba rota—. Mejor que la mayoría.

Clint no pudo evitar reírse.

—Creo que a eso se lo conoce como maldecir con un ligero elogio.

—Te quiero de verdad —aseguró ella—. Sencillamente ha sido demasiado. ¿No?

Así había sido. Vaya si había sido demasiado.

El director de la cárcel de Curly dijo a Clint que bajo ningún concepto quería verle la cara durante el puente de Acción de Gracias.

—Cúrese usted, doctor —recomendó el director—. Coma verdura, al menos. Algo aparte de Big Macs y panqueques de chocolate y malvavisco.

De repente decidió viajar a Coughlin para ver a Shannon, pero acabó aparcado frente a la casa de ella, incapaz de entrar. A través de las vaporosas cortinas de la vivienda unifamiliar, observó moverse las sombras de siluetas femeninas. La calidez de las luces era alegre e invitadora; había empezado a nevar en grandes copos. Se planteó llamar a la puerta. Se planteó decir: «Eh, Shan, tú fuiste el batido que se me escapó». Rio al imaginar un batido corriendo con las torneadas piernas de Shannon, y seguía riendo cuando se alejó de allí en el coche.

Terminó en una taberna llamada O'Byrne con nieve derretida en el suelo, los Dubliners en la gramola y un camarero de cabeza canosa y ojos soñolientos que se movía a cámara lenta entre los dispensadores y los vasos, como si, en lugar de servir cervezas, manejara isótopos radiactivos. Ese buen hombre se dirigió a Clint.

—¿Una Guinness, hijo? Sabe bien en una noche como esta.

—Que sea una Bud.

La canción de los Dubliners que sonaba en ese momento era «The Auld Triangle». Clint la conocía, y en cierto modo le gustaba, a su pesar. La canción tenía un elemento romántico que no se parecía en nada a su propia experiencia de la cárcel, pero, al unirse esas voces, le llegaba a uno. Aun así, pensó, alguien debería añadir otra estrofa. Se mencionaba al director, al celador y al preso de confianza. Pero ¿dónde estaba el loquero?

Se disponía a llevarse la cerveza a un rincón oscuro cuando alguien le tocó el hombro con el dedo.

—¿Clint?

La clave fue el abrazo.

Cuando Frank y su hija se reencontraron, ella no solo lo abrazó; hincó sus manos infantiles en los brazos de su padre de tal modo que él sintió sus uñas a través de la camisa. Después de todo lo que había ocurrido, de todo lo que Frank había hecho, tenía claro que necesitaba hacer algo —¡cualquier cosa!— consigo mismo, pero fue ese abrazo lo que volcó todas las piezas de dominó. La última vez que la había visto despierta, casi le había arrancado del cuerpo su camiseta preferida. A pesar de eso su hija lo quería. Él no lo merecía, pero lo deseaba.

El programa de gestión de la ira se impartía tres días por semana. En la primera reunión en el sótano del Centro de Veteranos de Guerras en el Extranjero, Frank y la psicoterapeuta estaban solos.

Ella se llamaba Viswanathan. Llevaba unas gafas grandes de lentes redondas y parecía tan joven que seguramente, calculó Frank, no recordaba las casetes. Le preguntó para qué había ido allí.

—Porque asusto a mi hija y me asusto a mí mismo. Además, he echado a perder mi matrimonio, pero eso es solo un efecto secundario.

La terapeuta tomó notas mientras él explicaba sus sentimientos y compulsiones. A Frank le resultó más fácil de lo que preveía, más o menos como sacar el pus de una herida infectada. En muchos sentidos era como hablar sobre otra persona, porque tenía la sensación de que ese empleado de perrera cabreado no era él. El empleado de perrera cabreado era alguien que se presentaba y se hacía con el control cuando a Frank no le gustaba lo que estaba ocurriendo, cuando él sencillamente no podía afrontar una situación. Le contó que metía a los animales en jaulas. Volvía una y otra vez a ese tema.

—Amigo mío —dijo la doctora Viswanathan, esa chica de veinticuatro años

con unas gafas del color de un refresco—, ¿ha oído hablar alguna vez de un fármaco que se llama Zoloff?

—¿Eso es condescendencia? —Frank quería recomponerse, no que se divirtieran a su costa.

La terapeuta negó con la cabeza y sonrió.

—No, es desenfado. Y lo de usted es valentía.

Ella le presentó a un psicofarmacólogo, y el psicofarmacólogo le extendió una receta. Tomó la dosis prescrita sin notar especiales cambios y continuó yendo a las reuniones. Corrió la voz, y empezaron a asistir más hombres, hasta que ocuparon la mitad de las sillas en el sótano del Centro de Veteranos. Decían que «querían cambiar algo». Decían que «querían un reajuste». Decían que «no querían estar tan puñeteramente enfadados a todas horas».

Ni toda la terapia del mundo ni las pastillas de la felicidad podían cambiar el hecho de que el matrimonio de Frank había fracasado. Había roto la confianza de Elaine demasiadas veces (además de la pared de la cocina). Pero quizá esa parte no estaba tan mal. Descubrió que en realidad ella no le caía muy bien. Lo mejor fue dejarla ir. Le concedió la custodia completa, y le dio las gracias por sus dos fines de semana al mes con su hija. A su debido tiempo, si las cosas iban bien, serían más.

A su hija le dijo:

—He estado pensando en un perro.

—¿Cómo le va? —preguntó Frank a Clint mientras los Dubliners tocaban y cantaban.

Frank iba camino de Virginia para celebrar Acción de Gracias con sus

exsuegros. El Zoloft y las reuniones lo ayudaban a controlar el mal genio, pero los suegros seguían siendo los suegros, tanto más cuando su hija se había divorciado de uno. Había hecho un alto en O’Byrne’s para posponer la ejecución durante media hora.

—Tirando. —Clint se frotó los ojos—. Necesito perder un poco de peso, pero sí, vamos tirando.

Se sentaron en un reservado de un rincón oscuro.

Frank dijo:

—Está usted bebiendo en un barucho irlandés en Acción de Gracias. ¿Esa es su idea de ir tirando?

—No he dicho que estuviera de maravilla. Además, usted también está aquí. Frank pensó qué demonios y lo soltó sin más.

—Me alegro de que no nos matáramos.

Clint levantó su vaso.

—Brindo por eso.

Entrechocaron los vasos. Clint no sentía la menor ira hacia Frank. No sentía ira hacia nadie. Sentía una gran decepción consigo mismo. No esperaba salvar a su familia solo para después perderla. No era esa su idea de un final feliz. Era su idea de la típica cagada americana.

Geary y él hablaron de sus hijos. La hija de Frank estaba enamorada de un chico de Ohio. A él le preocupaba un poco la posibilidad de ser abuelo a los cuarenta y cinco, pero se lo tomaba con calma. Clint contó que de un tiempo a esa parte su hijo estaba de lo más callado, quizá impaciente por largarse del pueblo, ir a la universidad, ver cómo era el mundo más allá de una zona rural minera.

—¿Y su mujer?

Clint hizo una seña al camarero para que sirviera otra ronda.

Frank negó con la cabeza.

—Gracias, pero para mí no. El alcohol y el Zolofit no combinan demasiado bien. Debería abrirme ya. Los suegros me esperan. —De pronto se le iluminó el rostro—. Eh, ¿por qué no me acompaña? Le presentaré a los padres de Elaine. Tengo que mantener la buena relación con ellos; al fin y al cabo, son los abuelos de mi hija. Visitarlos viene a ser como ir al infierno, solo que la comida es un poco mejor.

Clint le dio las gracias, pero rehusó el ofrecimiento.

Frank hizo ademán de levantarse, aunque se acomodó de nuevo.

—Oiga, aquel día en el Árbol...

—¿Qué?

—¿Recuerda cuando empezaron a sonar las campanas de la iglesia?

Clint dijo que nunca lo olvidaría. Las campanadas empezaron cuando las mujeres comenzaron a despertar.

—Sí —dijo Frank—. Más o menos en ese momento miré alrededor buscando a aquella loca y vi que se había ido. Angel, creo que se llamaba.

Clint sonrió.

—Angel Fitzroy.

—¿Tiene idea de qué ha sido de ella?

—Ni la más remota. En Curly no está, eso sí lo sé.

—¿Sabe el tal Barry, el de los seguros? Me contó que estaba casi convencido de que ella mató a Peters.

Clint asintió.

—A mí me contó lo mismo.

—Ah, ¿sí? ¿Y usted qué le dijo?

—Él se lo buscó. Eso le dije. Porque Don Peters era el problema, en locas palabras. —Hizo una pausa—. *Pocas*. Eso quería decir. *Pocas* palabras.

—Amigo mío, me parece que debería marcharse a casa.

—Buena idea —dijo Clint—. ¿Dónde está eso?

Dos meses después de lo que pasó a conocerse como el Gran Despertar, un ranchero de Montana vio a una mujer que hacía autostop en la Interestatal 2, justo al este de Chinook, y paró.

—Suba, joven —dijo—. ¿Adónde va?

—No estoy segura —contestó ella—. De entrada, a Idaho. A lo mejor después a California.

Él le tendió la mano.

—Ross Albright. Tengo unas tierras dos condados más allá. ¿Cómo se llama?

—Angel Fitzroy. —En otro tiempo se habría negado a estrecharle la mano, habría utilizado un alias y habría mantenido a mano el cuchillo que siempre llevaba en el bolsillo del abrigo. Ya no usaba cuchillo ni alias. No necesitaba lo uno ni lo otro.

—Un nombre bonito, Angel —comentó él, y puso la tercera con una sacudida—. Yo me llamo Christian, y ferviente cristiano soy.

—Bien —dijo Angel, y sin el menor asomo de sarcasmo.

—¿De dónde es, Angel?

—De un pueblo que se llama Dooling.

—¿Es ahí donde despertó?

En otro tiempo Angel habría mentido y dicho que sí, porque era lo más fácil y además mentir le salía de manera natural. En ella era un auténtico don. Solo que eso era su nueva vida, y había tomado la firme determinación de decir la verdad en la medida de sus posibilidades a pesar de las complicaciones.

—Fui una de las pocas que no llegaron a dormirse —contestó.

—¡Uau! ¡Eso sí es suerte! ¡Y fortaleza!

—Más bien fue una bendición —respondió Angel. También eso era verdad, al menos tal como ella lo entendía.

—Solo oírsele decir es una bendición —dijo el rancharo, y con mucha convicción—. Y ahora ¿qué, Angel?, si no es indiscreción. ¿Qué piensa hacer cuando por fin decida colgar el sombrero?

Angel contempló las magníficas montañas y el interminable cielo de poniente. Finalmente dijo:

—Lo correcto. Eso pienso hacer, señor Albright. Lo correcto.

Él apartó los ojos de la carretera lo suficiente para sonreírle y decir:

—Amén, hermana. Amén a eso.

19

El Centro Penitenciario de Mujeres fue cercado y declarado ruinoso. Colocaron carteles para disuadir de entrar a los intrusos y dejaron que se desmoronara mientras el gobierno asignaba fondos a obras públicas más urgentes. La nueva valla era robusta, y su base estaba hincada en la tierra a gran profundidad. El zorro tuvo que cavar de manera intermitente a lo largo varias semanas y agotar todas sus reservas de paciencia para abrir un túnel por debajo.

Una vez lograda esa hazaña de ingeniería, entró al trote en el edificio a través de la enorme brecha abierta en la pared y se dispuso a construir su nueva madriguera en una celda cercana. Percibía allí el olor de su dueña, débil pero dulce y penetrante.

Llegó una emisaria de las ratas.

—Este es nuestro castillo —dijo la rata—. ¿Cuáles son tus intenciones,

zorro?

El zorro agradeció la franqueza de la rata. Era un zorro, pero se hacía viejo. Quizá había llegado el momento de dejarse de tretas y riesgos, encontrar una pareja y quedarse cerca de su manada.

—Mis intenciones son modestas, te lo aseguro.

—¿Y cuáles son? —insistió la rata.

—Dudo si expresarlas en voz alta —contestó el zorro—. Resulta un poco bochornoso.

—Habla —dijo la rata.

—De acuerdo —contestó el zorro. Ladeó tímidamente la cabeza—. Lo diré en un susurro. Acércate a mí y te lo susurraré.

La rata se acercó. El zorro podría haberle arrancado la cabeza de un mordisco —ese era su don, todas la criaturas de Dios poseían al menos uno—, pero no lo hizo.

—Quiero vivir en paz —dijo.

La mañana después de Acción de Gracias Lila va en coche al ensanchamiento de grava de Ball's Hill y aparca. Coloca a Andy, arrebujado en su buzo, en una mochila portabebés. Empieza a caminar.

Quizá podrían recomponer su matrimonio roto, reflexiona Lila. Quizá, si ella lo desea, Clint podría quererla otra vez. Pero ¿es eso lo que desea? En el alma de Lila hay una marca, el nombre de la marca es Jeanette Sorley, y no sabe cómo borrarla. Ni si quiere borrarla.

Andy emite leves sonidos de júbilo mientras avanzan. Lila siente pena por Tiffany. La injusticia y la aleatoriedad forman parte del tejido de todas las cosas, y eso la sobrecoge al tiempo que le inspira resentimiento. Se oyen los crujidos y chasquidos del bosque helado. Cuando llega a la caravana de Truman Mayweather, la encuentra cubierta de nieve. Le lanza una ojeada y sigue adelante. No le queda mucho camino por recorrer.

Sale al claro. El Árbol Asombroso no está ahí. La tumba de Jeanette no está ahí. Solo hay hierba invernal y un roble ajado y deshojado. La hierba oscila, una forma anaranjada asoma, desaparece, y la hierba vuelve a quedar inmóvil. Se le condensa el aliento. El bebé murmura y expresa lo que parece una pregunta.

—¿Evie? —Lila se mueve en círculo, buscando, en el bosque, la tierra, la hierba, el aire, el sol lechoso, pero no hay nadie—. Evie, ¿estás ahí?

Anhela una señal, cualquier señal.

Una mariposa nocturna vuela desde la rama del viejo roble y se posa en su mano.



STEPHEN
KING

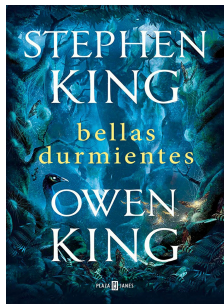
bellas
durmientes

OWEN
KING

PLAZA  JANES

D.J.57

Una fábula del siglo XXI sobre la posibilidad de un mundo exclusivamente femenino más pacífico y más justo que resulta especialmente relevante hoy en día



En esta espectacular colaboración entre padre e hijo, Stephen King y Owen King nos ofrecen la historia más arriesgada de cuantas han contado hasta ahora: ¿qué pasaría si las mujeres abandonaran este mundo?

En un futuro tan real y cercano que podría ser hoy, cuando las mujeres se duermen, brota de su cuerpo una especie de capullo que las aísla del exterior. Si las despiertan, las molestan o tocan el capullo que las envuelve, reaccionan con una violencia extrema. Y durante el sueño se evaden a otro mundo. Los hombres, por su parte, quedan abandonados a sus instintos primarios.

La misteriosa Evie, sin embargo, es inmune a esta bendición o castigo del trastorno del sueño. ¿Se trata de una anomalía médica que hay que estudiar? O ¿es un demonio al que hay que liquidar?

Stephen King es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de cincuenta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde* y las siete novelas que componen el ciclo «La Torre Oscura». DeBolsillo ha publicado, entre muchos otros, *Blaze*, *El ciclo del hombre lobo* y *La cúpula*. Sus últimos libros publicados en nuestro idioma son *Mr. Mercedes*, *Doctor Sueño*, *Joyland* y *22/11/63*.

Owen King es autor de *Double Feature* y *We're All in This Together* y coeditor de *Who Can Save Us Now? Brand-New Superheroes and Their Amazing (Short) Stories*.

Título original: *Sleeping Beauties*

Edición en formato digital: febrero de 2018

© 2017, Stephen King y Owen King

Publicado por acuerdo con Stephen King (The Lotts Agency, Ltd.) y con Owen King (Jenny Meyer Literary Agency, Inc.)

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Carlos Milla Soler, por la traducción

Adaptación del diseño original de © Vasava studio: Penguin Random House Grupo Editorial / Gemma Martínez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-02045-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Bellas durmientes

Personajes

Primera parte. Ese viejo triángulo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Segunda parte. Dormiré cuando esté muerto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Tercera parte. Por la mañana](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Stephen King y Owen King](#)

[Créditos](#)